
22101523277

Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas.

HISTORIA

de la

Comisión Científica del Pacífico

(1862 a 1865)

por el

P. Agustín Jesús Barreiro

(Agustino)

DOCTOR EN CIENCIAS NATURALES,

PRESIDENTE DE LA SOCIEDAD ESPAÑOLA DE ANTROPOLOGÍA,

ETNOLOGÍA Y PREHISTORIA

CON 47 LÁMINAS Y 3 MAPAS

MUSEO NACIONAL DE CIENCIAS NATURALES

MADRID (HIPÓDROMO)

1926



Establecimiento Tipográfico de Rafael G.-Menor.—TOLEDO

PRÓLOGO

América, con la esplendorosa variedad de su privilegiada naturaleza, tan grandiosa en muchos aspectos, tan nueva en otros, no podía menos de atraer la curiosa atención de los naturalistas, que se lanzaron en pos de los descubridores y conquistadores de tierras a descubrir y conquistar para la Ciencia los misterios de un mundo nuevo.

No quedaron, ciertamente, a la zaga los españoles en este descubrimiento científico del continente que acababan de sacar a luz. Y Fernández de Oviedo, al emprender el primer viaje científico a América, inaugura la serie de los que sin interrupción habían de llevar a cabo los naturalistas españoles, a la cual viene a poner término el viaje de la Comisión del Pacífico de 1862, notable por muchos conceptos.

Una árdua investigación en busca de infinidad de datos dispersos ha permitido al P. Barreiro reconstituir detalladamente la historia de esta azarosa expedición, en la cual unos cuantos hombres beneméritos, verdaderos héroes de la Ciencia, supieron obtener conocimientos valiosos para el saber humano sobreponiéndose a las penalidades inevitables en tamaña empresa, debidas a la hostilidad de los elementos, y a las dificultades lamentables hijas de la incomprensión y desidia (para no emplear calificativos más duros) de quien pudo y debió organizar una misión científica de tal importancia dotándola de cuantos elementos exigía, no ya su propio decoro, sino el interés de la Ciencia, que estaba en hacer fecundo ese trabajo y en el buen aprovechamiento de los materiales obtenidos.

El relato de la expedición con sus vicisitudes, como homenaje a la memoria de aquellos denodados naturalis-

tas, avalorado, además, con una interesante nota sobre todos los viajes de exploración y estudio llevados a cabo por naturalistas españoles en el Continente americano desde su descubrimiento, es ya una labor meritoria y digna de elogio. Pero el autor de este libro, al ir relatando las fases e incidencias del viaje, da también cuenta de los estudios y de las investigaciones que se iban realizando, a la vez que presenta «un ligero esbozo del estado de las poblaciones, intentando hacer» con esta completa relación del viaje de la Comisión, que abarca todos sus aspectos, lo que, según dice, «hubiera realizado a la perfección la mayor parte de aquellos expedicionarios» y en verdad que lo ha conseguido y ha salido airoso con su intento al dar a la estampa un libro ameno e interesante, de valor científico e histórico innegables, en el cual ha sabido fundir y reunir los dos modos de la Historia que distinguía el eminente naturalista Buffon: Historia natural y civil. Y no se podía esperar menos de quien ha ofrecido ya a la Ciencia tan valiosos frutos como los cosechados en remotas tierras por el actual digno Presidente de la Sociedad Española de Antropología.

Manuel Antón y Ferrándiz.
Director del Museo Antropológico.

Madrid, 20 Abril 1926.

ÍNDICE DE MATERIAS

Páginas

Páginas

Páginas

Páginas

SEGUNDA PARTE

Páginas

TERCERA PARTE

PAUTA PARA LA COLOCACIÓN DE LAS LÁMINAS

La Comisión Científica del Pacífico 1862-1865.

INTRODUCCIÓN

La Comisión científica del Pacífico.—Motivo del presente trabajo.—En busca de documentos.—Documentación oficial.—Cartas y diarios.—Comunicaciones existentes en el Ministerio de Marina.—Los apuntes de D. Manuel Almagro.—Los documentos oficiales.—Proyecto del Ministro de Fomento.—La Memoria de Almagro.—El «Diario» de Martínez.—El de Amor.—El de D. Juan Isern.—Sus cartas.—Los manuscritos de Jiménez de la Espada.—Su notable «Diario».—La Prensa americana de aquella época.—Partes que abarca el presente trabajo.

Las primeras noticias acerca del *accidentado viaje* de varios naturalistas españoles a las costas del Pacífico y mejor dicho a varias regiones de ambas Américas, las oímos el año 1897, de labios del, entonces venerable anciano, Doctor D. Fidel Pérez Mínguez, Profesor de Historia Natural en el Instituto de Valladolid.

Habíanle invitado para formar parte de la expedición citada y lleno de juvenil entusiasmo dió inmediatamente su nombre, dispuesto a dejar por largo tiempo sus clases, su patria y la compañía de su amante familia, pero ésta se opuso resueltamente, por lo que hubo de retirar su ofrecimiento.

Tres años después de esa fecha, tuvimos la suerte de contarnos entre los pocos discípulos de D. Francisco de Paula Martínez y Sáez, Profesor de Vertebrados de la Universidad Central, y último superviviente de la mencionada «Comisión del Pacífico», y de nuevo volvimos a refrescar la memoria de

ésta, con la narración de algunos episodios, que, sólo en casos muy contados, dejaba deslizarse en medio de sus explicaciones, el referido Profesor. Natural parecía, que tratándose de una expedición en que había tomado parte tan activa como colector, como Secretario, y después como Jefe de la misma, fuese más explícito en sus relatos y aun manifestase el mayor interés en sacar a luz las mil peripecias de una peregrinación tan fatigosa, cuyos detalles no podía menos de conservar en su memoria, con raíces muy hondas; pero algo muy desagradable, que nosotros ignorábamos, debía sellar entonces sus labios imponiéndole tan significativa y persistente reserva. Al seguir hoy paso a paso las huellas de aquellos viajeros en los documentos que tenemos a la vista, y al reflexionar sobre los resultados prácticos de la empresa y especialmente sobre los desengaños, en verdad muy amargos, que *durante aquélla y después de aquélla, cosecharon por todo galardón,* los naturalistas que habían intervenido directamente en la misma, hemos hallado la clave de la excesiva reserva del antiguo explorador, quien sin duda alguna, *huía de evocar recuerdos por demás ingratos, que seguramente habían de contristar su espíritu y apenarle.* He aquí las noticias que poseíamos acerca de la Comisión del Pacífico por entonces.....

Andando los años, volvimos a frecuentar de nuevo *nuestra Casa solariega*—el Museo de Ciencias Naturales de Madrid—, y un día, por una de tantas casualidades, oímos decir que se guardaba en el Archivo de ese Centro, el «Diario manuscrito de la Expedición al Pacífico», redactado por el mismo D. Francisco de Paula Martínez y Sáez, y como si esta noticia viniese a dar nueva vida e interés a las antiguas referencias, cuya memoria todavía conservábamos, pedimos inmediatamente autorización para leerle, al Sr. Director de ese Centro D. Ignacio Bolivar, nuestro respetado Maestro, quien con exquisita amabilidad nos complació en el acto, poniéndolo, él mismo, en nuestras manos. Dimos principio a la lectura con gran curiosidad y aun ilusión, pero hemos de confesar que sufrimos algún desengaño, por las razones que después apuntaremos; esto no fué motivo para que cejáramos



Los expedicionarios antes de su partida (1862).—Sres. Paz y Almagro (sentados).
Isern, Amor, Espada y Martínez (en pie de izquierda a derecha).

en nuestro empeño de recorrer con detención todas sus páginas y anotar cuidadosamente las noticias que a nuestro juicio lo merecieran. No pensábamos por entonces hacer uso de ellas, pero precisamente, por aquella época, tuvo lugar el Congreso VI de la Asociación Española para el progreso de las Ciencias, en Sevilla, y esto nos movió a variar de parecer utilizándolas en esa ocasión, para consagrar a la Comisión del Pacífico un modesto recuerdo, en forma de breve Conferencia. Así lo hicimos, en efecto, en la Sección de Ciencias Naturales, el día 6 de Mayo de 1917, dando con ello por satisfechas nuestras aspiraciones. Pocos días después, departíamos acerca de esta expedición con el Director ya citado del Museo Nacional de Ciencias Naturales, quien hubo de proponernos que hiciésemos la historia de aquella ya que sus ocupaciones le impedían realizar por sí mismo este pensamiento que hacía tiempo venía acariciando; un poco perplejos ante el proyecto que nos brindaba, no nos atrevimos, sin embargo, a desoir sus autorizadas palabras y accediendo gustosos a ellas, decidimos retirar nuestra conferencia y emprender algún trabajo más serio y más digno de la memoria de la «Comisión del Pacífico» y de la confianza que en nosotros depositaba nuestro antiguo Maestro al hacernos semejante proposición.

He aquí el motivo determinante del presente trabajo.

El primer problema que debíamos abordar sin demora, era el de buscar los documentos relativos a la expedición, ya que el «Diario» del Sr. Martínez resultaba desde luego insuficiente, a pesar de estar casi completo. ¿Dónde se hallaban? Acudimos a consultar los volúmenes de la *Gaceta* del 62, donde esperábamos encontrar la R. O. en que se nombraba la Comisión citada; pero allí no apareció, porque no se había publicado; guiados por nuestro compañero el R. P. Gregorio Santiago, pedimos consejo al Sr. Paz y Espeso, Jefe prestigioso del Cuerpo de Archiveros, y éste nos indicó que recurriéramos al Archivo del Ministerio de Instrucción Pública; allí dirijimos los pasos, teniendo la suerte de encontrarnos con el Sr. D. Daniel Prujen, persona atentísima que figuraba entonces al frente de dicho Archivo, y que nos sirvió con la

mayor amabilidad, poniendo a nuestra disposición un voluminoso legajo que contenía toda la documentación oficial relativa a nuestro asunto (1). Nuestra satisfacción fué muy grande, pero distaba mucho de ser completa.

Los otros naturalistas de la Comisión escribirían seguramente sus diarios como lo había hecho el Sr. Martínez, ¿dónde estaban?, sostendrían correspondencia epistolar con sus respectivas familias y aun con otras personas como el Sr. Graells y Profesores del Museo, ¿pero sería posible dar con ellos?, nos dedicamos, pues, a indagar el paradero de esas familias y muy pronto pudimos averiguar dónde vivían los hijos del botánico Sr. Isern y la Sra. Viuda e hijos del Sr. Jiménez de la Espada. A éstos nos dirigimos y por cierto en buena hora, pues siempre será poco cuanto digamos de la amabilidad con que nos recibieron y del entusiasmo con que acogieron nuestro proyecto, tanto la Sra. D.ª Ana Fernández, Viuda de Jiménez de la Espada, como su hijo don Gonzalo, actual Jefe del Archivo del Ministerio de Marina. Pusieron inmediatamente a nuestra disposición cuantos impresos conservaban del Sr. Jiménez de la Espada, y nos relacionaron con D. Rafael Altamira, del Centro de Estudios Históricos, donde se conservaban casi todos los manuscritos de aquél. También éste nos acogió con benevolencia, facilitándonos los *ciento y pico de legajos* del señor Espada (padre) que allí se custodiaban. Uno por uno los fuimos registrando con el mayor cuidado, teniendo la suerte de encontrar entre varios documentos de verdadero interés para nosotros, la copia del Reglamento de la Comisión y la primera parte del diario de D. Fernando Amor, que se creía totalmente perdido. No hallamos en nuestra requisa el diario de D. Marcos, y acudimos de nuevo a su hijo D. Gonzalo, quien, una vez más obsequioso a nuestros ruegos, nos facilitó el original de aquél que se conservaba en su casa, y también parte en el Museo Pedagógico. Igual conducta observó con nosotros D. Enrique Isern, a quien debemos algunos fragmen-

(1) Al Sr. Prujen y también a los ordenanzas D. Manuel Meliá y D. Pedro López dedicaremos un recuerdo de gratitud ya que no existen.

tos del diario de su padre (el botánico de la expedición) que nos ha cedido generosamente, más treinta y seis cartas de éste a su familia, de las cuales nos permitió sacar copia. Firmes en nuestra campaña de pesquisa y busca de documentos, nos presentamos después a los Sres. de Goitia, hijos de D. Mariano de la Paz Graells, Profesor que había sido de varios de los miembros de la Comisión y Director además del Museo por aquella época. Sospechábamos que por ambos conceptos no dejaría de sostener activa y constante correspondencia con los individuos de la Comisión, y así había sucedido. Su familia conservaba un legajo voluminoso que contenía las listas de los objetos remitidos por los naturalistas viajeros desde Canarias, Cabo Verde, Brasil y la Argentina, con numerosos oficios relativos a la exposición celebrada el año 1866 en el Jardín Botánico de Madrid, con el material científico recogido por aquéllos en su viaje; el «Libro de Actas» de la Comisión Receptora; y bastantes cartas dirigidas al Dr. Graells por los Sres. Jiménez de la Espada, Puig, e Isern, desde diversos puntos de América. Los señores Martínez, Amor, Paz y Membiela, y Castro, no tuvieron correspondencia con el Director del Museo. También acudimos al Archivo del Ministerio de Marina, donde constan las comunicaciones oficiales del Jefe de la Escuadra, General Pinzón, al Ministro del Ramo correspondiente, más el original de la Sumaria mandada instruir por éste, con motivo de las desavenencias entre D. Enrique Croquer y Pavía, Comandante de la fragata «Nuestra Señora del Triunfo», y don Patricio Paz y Membiela, Presidente de la Comisión de naturalistas. Una vez más hacemos aquí pública nuestra gratitud profunda al Sr. D. Gonzalo Jiménez de la Espada, Jefe del citado Archivo, por su amabilidad exquisita para con nosotros y por la solicitud y diligencia con que nos ha servido en toda ocasión, y asimismo al Sr. D. Luis Vial, nuestro querido amigo, hoy ya difunto, a quien somos deudores de la copia de varios documentos de Pinzón y de la sumaria citada, copia con que nos favoreció generosamente a su costa.

Con respecto al Sr. Paz y Membiela, sabíamos por conducto de su gran amigo D. Joaquín González Hidalgo, que

no había escrito diario alguno; pero aun así no quisimos omitir esta nueva gestión para conseguir algún documento que nos sirviese si no para reivindicar su conducta de los graves cargos que contra él aparecen en los diarios de los naturalistas, a lo menos para atenuarlos en lo posible. Consultamos, pues, con el Excmo. Sr. Marqués de Toca, sobre el medio para informarnos del paradero de los herederos de aquél y no se hizo esperar la respuesta del ilustre prócer, quien obtuvo del Sr. Extremera, pariente del Sr. Paz, una carta de presentación para los actuales poseedores de los papeles de éste. Desgraciadamente sólo conseguimos promesas que no llegaron a realizarse.

Cerrada para nosotros esta puerta, tuvimos todavía, si no valor, por lo menos fuerza de voluntad para llamar a otra de mucho mayor interés para nuestro asunto. Tratábase de buscar una pista que nos guiase al paradero de los apuntes y notas de D. Manuel Almagro, antropólogo de la Comisión y encargado de hacer la historia del viaje. Este explorador regresó a España algunos días después que los Sres. Jiménez de la Espada, Isern y Martínez y Sáez, pero su permanencia aquí fué muy corta. Pocos meses después embarcó para Cuba, su país natal, y según noticias, llevó consigo sus papeles y anotaciones, que suponemos fuesen de interés. El Gobierno español le asignó una pensión anual de 5.000 pesetas que se abonó religiosamente, no sin recordarle al mismo tiempo el compromiso de redactar la relación del viaje y de instarle para que le diese término lo antes posible. No era fácil que el Sr. Almagro pudiese cumplir la comisión que se le había confiado, pues si nuestros informes no fallan, su ánimo estaba muy amargado, por desavenencias con sus compañeros y por otras causas..... ¿Qué fué de sus manuscritos? Repetidas veces nos hemos dirigido a varios Profesores cubanos en busca de noticias acerca de ellos; pero hasta la fecha nada hemos podido conseguir, aunque perseveramos al presente en nuestra campaña. Aun sin estos últimos elementos, el material del presente trabajo es bastante completo.

Disponemos de la *documentación oficial* que comprende:

1.° Un Decreto del Director de Instrucción Pública D. Víctor Sabau, en que acuerda agregar a la Escuadra destinada a las costas del Pacífico mandada por el General Pinzón, una Comisión científica que llevase por objeto hacer investigaciones propias de su carácter y recoger objetos para los Museos de Historia Natural, etc.; 2.° Nombramiento de una Comisión consultora; 3.° Actas de ésta; 4.° Propuesta de los individuos que habían de formar la Comisión del Pacífico y Reales órdenes correspondientes; 5.° Instrucciones para los trabajos físicos, geológicos, botánicos, zoológicos y etnográficos; 6.° Listas de los envíos verificados desde Canarias, Cabo Verde, Brasil y Argentina; 7.° Comunicaciones oficiales del General Pinzón y de los Presidentes de la Comisión Paz y Martínez, desde América; 8.° Nombramiento de la Comisión Receptora y actas de ésta; 9.° Exposición en el Botánico, etcétera, etc., y por último, la disolución de la Comisión Receptora y el traslado al Museo de Ciencias Naturales, de todos los objetos expuestos al público en el Jardín Botánico.

Para el conocimiento del viaje de la Comisión y de la vida y trabajos de ésta durante los cuatro años de su campaña, hemos dispuesto de valiosos elementos, a los cuales queremos consagrar aquí algunas líneas.

Cuéntase ante todo entre ellos la Memoria del Antropólogo, titulada: BREVE DESCRIPCIÓN DE LOS VIAJES HECHOS EN AMÉRICA POR LA COMISIÓN CIENTÍFICA ENVIADA POR S. M. C. DURANTE LOS AÑOS 1862 A 1866, ACOMPAÑADA DE DOS MAPAS Y DE LA ENUMERACIÓN DE LAS COLECCIONES QUE FORMAN LA EXPOSICIÓN PÚBLICA, POR D. MANUEL DE ALMAGRO, DR. EN MEDICINA DE LA FACULTAD DE PARÍS, etc., etc.—*Publicada por orden del Ministerio de Fomento* (1).

El Dr. Almagro y los Sres. Martínez y Jiménez de la Espada habían recibido, con fecha 14 de Marzo de 1866, una Real orden del entonces Ministro de Fomento excelentísimo Sr. Marqués de la Vega de Armijo, en la cual (dice Almagro):

(1) Madrid.—Imprenta de Rivadeneyra 1866.—Un vol. en 4.°, 174 páginas.

«se nos honraba con el encargo de escribir una obra de grandes proporciones y carácter puramente científico, en la que se consignen los adelantos y descubrimientos hechos durante los tres años y medio que ha durado nuestro viaje a las comarcas de la América Austral. En la misma Real orden, se disponía que se hiciese una exposición pública de las colecciones que con tantos afanes hemos traído de aquellos países; y que a esta exposición acompañara una breve descripción del viaje, debiendo ser esta última de pequeñas dimensiones y de carácter popular.....»

Hemos visto ya que Almagro y compañeros no pudieron cumplir la primera parte, por las causas arriba expresadas; aun sin ellas el proyecto constituye por sí una utopía, por no decir un despropósito. Pretender que *tres personas solamente* llevasen a cabo la empresa magna de consignar en una obra *de grandes dimensiones y carácter puramente científico* los adelantos y descubrimientos hechos en ramas tan distintas como la zoología, la botánica, la geología, la etnografía, que tenían en las colecciones recogidas, representaciones amplísimas de grupos muy diferentes dentro de cada una de dichas ramas, era sencillamente un imposible en el estado de esas ciencias por entonces.

Con respecto a la segunda parte del Real decreto, el antropólogo de la Exposición del Pacífico, desempeñó su cometido con bastante acierto. Dejando a un lado apreciaciones tan infundadas como la que nos brinda en la exposición al Ministro, que sirve de introducción a la Memoria, presentándonos a *Córdova la Sultana*, como depositaria *única* del saber del viejo Mundo, aseverando dogmáticamente, que Pelayo, *saliendo de Covadonga, nos enseñó el camino del cielo borrando la senda de las ciencias, por donde venían a España los sabios de todos los países*, y corriendo un tupido velo sobre las glorias españolas del siglo de oro, con sus Universidades de Salamanca y Alcalá, sus eminencias en todos los órdenes del saber y sus exploradores científicos, precisamente de América, llamados Gonzalo Fernández de Oviedo y el Dr. Francisco Hernández, prescindiendo, repetimos, de estos lunares, el trabajo está bien escrito y se lee con gusto.

Brillan en su estilo flúido, la naturalidad, y la sencillez en sus narraciones y episodios; el interés y atractivo, hijos de una imaginación rica e influída por la realidad y en todo él, los frutos de una cultura muy amplia, bien que afeada de ciertos resabios propios, sin duda, de aquella época. Este libro viene amenizado con numerosas descripciones de ciudades y paisajes americanos, que llenan la mayoría de sus páginas. De la expedición se ocupa menos, pudiendo reducirse el relato a un conjunto de fechas correspondientes a los viajes y exploraciones de los naturalistas, con el adorno de algún detalle más o menos interesante. El *carácter popular* que le asignaba la Real orden, excluía por de contado, todo aparato científico, y en cuanto a la *vida interna de la Comisión,* a los conflictos que surgieron entre Paz y Croquer y a las relaciones entre los individuos de la misma, estaban muy recientes todavía, para poderlos revelar al público en aquellas circunstancias.

A pesar de todo esto, la Memoria de D. Manuel Almagro es una guía muy útil para el conocimiento de nuestro asunto, y nos ha prestado buenos servicios. Tiene además el mérito de ser *lo único* que se ha publicado acerca de la Comisión del Pacífico, aparte de algunas crónicas enviadas durante el viaje a la «Correspondencia de España», a «La Iberia», al «Museo Universal» y a otros diarios de nuestra Península. También la Prensa americana de aquella época se ocupó de nuestros naturalistas en distintas ocasiones.

Mayor interés ofrecen para nosotros los diarios inéditos y aun las cartas particulares de aquéllos. Cada diario es el retrato moral de su autor, cuyo carácter, cultura, criterio particular y opiniones, refleja fielmente.

El del Sr. Martínez y Sáez comienza el 10 de Agosto de 1862 y termina el 6 de Junio de 1865. Está escrito en limpio, de pluma y letra de su autor, quien tuvo la curiosidad de encabezarlo con la hoja oficial en que consta la dotación de «La Triunfo» en personal y pertrechos de guerra, y de intercalar en el mismo recortes de algunos periódicos, un ejemplar de la tirada elegantísima de varias alocuciones pronunciadas en el Teatro del Callao, el día 18 de Julio de 1863, en

honor de la Escuadra española; algunas vistas tomadas a lápiz por el mismo Martínez, entre ellas la del Pichincha; los diversos pasaportes para sus viajes; las tarjetas de hoteles donde estuvo alojado, y hasta las invitaciones para los bailes y convites, con que fueron obsequiadas, ya la Comisión, ya ésta y la Escuadra.

El diario tiene un carácter completamente personal y su autor vierte en él, con todo detalle, sus tristezas, amarguras y desengaños, y menciona sus cuotidianas ocupaciones.

D. Francisco de Paula Martínez y Sáez, era persona de creencias religiosas profundamente arraigadas y sinceramente piadoso; por esto, sin duda, las primeras líneas de su «Diario» son del tenor siguiente: «10 de Agosto 1862. Después de haber oído misa de 1.ª en la Iglesia de *San Juan de Dios,* de Cádiz, me dirigí hacia el muelle en donde embarqué en compañía de algunos amigos en el 5.º bote de la fragata de guerra «Triunfo» a bordo de la que debíamos hacer el viaje». Por el mismo estilo sigue después recordando sus prácticas religiosas durante el viaje, tanto en el mar, como en tierra.

A pesar de todo esto, no faltan en el Diario noticias muy interesantes, que procuramos extractar, para intercalarlas en este trabajo. A veces aparecen en aquél frases aceradas contra ciertas personas y cargos muy graves que, por piedad, hemos cuidado de callar. Tal es el «Diario» del Sr. Martínez, que no ha dejado de sernos útil para nuestro objeto, aunque menos de lo que esperábamos. Por esto decíamos arriba que habíamos sufrido al hojearle algún desengaño. Del mismo autor poseemos una colección de cartas muy curiosas, dirigidas a D. Laureano Pérez Arcas desde varios puntos de América.

El «Diario» de D. Fernando Amor y Mayor, lleva al frente la siguiente nota: «Recibido de Copiapó el 6 de Octubre de 1864 por conducto del Cónsul de S. M. C. en ésta. Valparaíso fha ut supra. Fran.co de Paula Martínez y Sáez—rubricado—». Marca desde el 10 de Agosto hasta el 12 de Septiembre, y es el reverso del anterior. D. Fernando se olvida por completo de sí mismo, para ocuparse de cuanto le rodea. Está redactado con esmero y en estilo sencillo, pero correcto

y hasta elegante en algunos casos. Su autor maneja bien la pluma y sabe infundir en sus relatos aliento y vida.

Comienza describiendo el momento solemne de darse las naves a la vela el día 10 de Agosto de 1862, a las dos de la tarde; y después de consignar los nombres de la tripulación, estado del buque, recibimiento hecho a la Comisión en éste y el servicio asignado a la misma, hace, por decirlo así un alto, para dedicar un recuerdo de piedad al infeliz marinero caído al agua en la noche del 13 o sea al tercer día de navegación, y un entusiasta elogio a los que arriesgaron (aunque inútilmente) su vida para ver de salvarle, y continúa sus interesantes narraciones dedicadas a Canarias, a Cabo Verde, a la vida de a bordo y también a las *contrariedades de la Comisión*. La tierra brasileña, principalmente San Salvador y Río Janeiro, las atenciones del Emperador D. Pedro II y demás autoridades y los trabajos de la Comisión, ocupan las últimas páginas de este Diario, en verdad interesante y digno de publicarse. Un año después, de trazadas éstas, falleció D. Fernando Amor en San Francisco de California, confiando sus apuntes, lo restante de su «Diario» y su equipaje, al Médico de «La Triunfo» D. José Pérez de Lora. ¿Qué fué de todo ello? Entre los documentos que tenemos a la vista figura una Exposición dirigida a S. M. la Reina Doña Isabel II en 1865, por Isidora Amor, hermana del difunto D. Fernando, pidiéndola protección y amparo. En ella se hace presente que la interesada había reclamado repetidas veces del citado Médico, los efectos dichos, además de una cantidad en metálico, obteniendo por única contestación «que todo ello había desaparecido en el incendio de la fragata ocurrido en las Chinchas». No sabemos qué juzgar de este asunto, pero es verdaderamente lamentable que los apuntes de Amor y la narración de aquellas fatigosas excursiones por el desierto de Atacama, donde contrajo la traidora dolencia que le costó la vida, no hubiesen llegado a poder de la Comisión. Este diario hubiese sido indudablemente el más ameno e interesante de todos.

Aunque no completo el diario del botánico D. Juan Isern, ha llegado, sin embargo, hasta nosotros una parte muy prin-

cipal del mismo, que como arriba vimos, nos fué donada por su hijo D. Enrique, acreditado Farmacéutico madrileño, Regente en la actualidad de la farmacia de Borrell en esta Corte. Comienza el 18 de Agosto del 62, y pasa desde el día 22 del mismo mes al 7 de Julio del 63. La parte más detallada y exenta de lagunas, corresponde a los años 64 y 65 y de consiguiente al *gran viaje*. Además tenemos en nuestro poder el cuaderno de campo que corresponde al Brasil y Argentina y aunque de difícil lectura por hallarse escrito a lápiz y borroso, todavía presta buenos servicios para el conocimiento de las especies propias de esas regiones; las listas completas de sus herborizaciones por los parajes citados y por las regiones chilenas y peruanas, con sus localidades bien especificadas y varias cartas extensas, dirigidas al Profesor Graells. Estos documentos se completan mutuamente y dan una idea muy clara de la inmensa labor, del benemérito naturalista.

Del «Diario» puede decirse que es casi exclusivamente botánico. Las excursiones, con las plantas en ellas encontradas, algunas referencias sobre el aspecto y naturaleza de los terrenos, pequeños detalles de las contingencias de los viajes y alguna que otra nota acerca de los indios y de las aves por él observadas, son todo lo que en él se contiene. Nos hemos permitido numerosas correcciones del estilo por cierto muy desaliñado y a veces casi ininteligible, respetando siempre la fidelidad del pensamiento del autor. Las cartas familiares son asimismo interesantes y en ellas aparece de cuerpo entero el carácter verdaderamente envidiable de don Juan Isern, como veremos después.

Hemos dejado para lo último los documentos de D. Marcos Jiménez de la Espada, porque son realmente lo que más vale de todo cuanto nos ha sido posible recoger. Pueden clasificarse así: cartas, notas sueltas y el «Diario». Salvo algunas hojas del último, lo demás está escrito a lápiz con letra *inverosimilmente diminuta*, que logramos entender y leer después de repetidos ensayos para descifrarla y familiarizarnos con ella y, por supuesto, sin dejar la lente de la mano. Confesamos francamente, que al fijar la vista en los primeros escritos, sufrimos verdadera contrariedad y no poco des-

aliento, y que de no abrigar la convicción de la gran importancia que para nuestro proyecto ofrecían, jamás hubiésemos acometido la empresa de copiarlos. Hoy nos alegramos de nuestra resolución.

Las cartas son varias y todas muy extensas. Una está dirigida a D. Adolfo Aguirre, gran amigo de Jiménez de la Espada, y las restantes a D. Mariano de la Paz Graells, Director entonces del Museo de Ciencias Naturales de Madrid y Profesor de D. Marcos. Las notas sueltas, son descripciones de algún episodio culminante, como la caída al agua del marinero, de que oportunamente hablamos, o de procedimientos industriales, como el de los *saladeros* de la Argentina, etc., etc. También las musas le inspiraban, a ratos, versos humorísticos, por cierto muy bien hechos, en los cuales desahogaba Espada las amarguras que le producían los padecimientos del cuerpo o los pesares del alma. Pero en fin, pasemos ya a tratar del «Diario», que es lo más importante de los documentos inéditos que nos ha legado.

Comienza el 22 de Agosto del 62 con la excursión a San Vicente de Cabo Verde; continúa, sin interrupción, hasta el 4 de Marzo del 63, y salta después al 15 de Noviembre del 64, describiendo, día por día, el *gran viaje* hasta su terminación en Pará (Brasil). Suponemos se hayan extraviado uno o dos cuadernos del mismo, correspondientes a los meses comprendidos entre Marzo del 63 y Noviembre del 64. Es una verdadera lástima, por tratarse del trabajo más completo, para el conocimiento de la expedición.

El «Diario» de D. Marcos Jiménez de la Espada es en realidad notable por el fondo, no menos que por la forma.

Su autor, hombre de clara inteligencia y espíritu profundamente observador, estaba dotado de la visión del conjunto y sabía descender a la de los detalles más pequeños. Sobre aquellos cuadernos apaisados, de magnífico papel de hilo, aparecen descritas con verdadera maestría las poblaciones por él visitadas, sus calles, sus edificios más importantes, museos, bibliotecas, hospitales; los paisajes campestres, el carácter y costumbre de sus habitantes, y mil detalles más que hacen su lectura, tan agradable como instructiva.

Por esas páginas desfilan asimismo los nombres de algunos sabios con quienes entabló provechosas relaciones, como Mr. Lacerda, Otto Wucherer, Mr. Williams, Hofmaister, etc., etc., y en ellas ocupan lugar preferente, las noticias relativas a la Botánica, Zoología (sobre todo de reptiles) y Etnografía. Tiene particular interés la narración del accidentado viaje de la Goleta «Covadonga» desde Buenos Aires a San Carlos de Chiloe por el Estrecho de Magallanes. De los naturalistas, sólo Espada pudo enbarcar en ella, por causas que después veremos y esto le puso en condiciones de trazar un cuadro acabado de aquella travesia penosísima, cuyas peripecias necesariamente hubo de presenciar y sufrir. Esta parte del «Diario» y más aún, la dedicada al viaje por los Andes, Napo y Amazonas, son lo mejor del mismo. Jiménez de la Espada intercala en sus relatos reflexiones ingeniosas, a veces profundas, propias de un pensador, y viste sus ideas con las galas de un estilo apropiado, fruto de rica imaginación y de fino gusto literario.

Hace, con frecuencia, víctima de sus burlas e invectivas, a D. Patricio Paz y Membiela, contra quien dispara los epítetos más duros. También resultan mal parados en este diario, los miembros del clero tanto secular, como regular. Aprovecha cuantas ocasiones se le presentan para acumular sobre ellos cargos reales o imaginarios, para zaherirles con intencionadas pullas. En fin, ni aun García Moreno, Presidente excelso de la República ecuatoriana por aquel entonces, hombre verdaderamente extraordinario, sale *ileso de la acerada* pluma del Sr. Jiménez de la Espada.

Dos palabras nada más, acerca de la prensa americana de aquéllos días. Pinzón, Jiménez de la Espada y Martínez y Sáez, tuvieron la previsión de conservarla y entre sus papeles ha llegado hasta nosotros. Constan en ella; primero las reseñas de no pocos homenajes tributados a la Escuadra española y a la Comisión científica y los brindis del Almirante, que no siempre fueron del agrado de los chilenos y peruanos. Cuando vino la tirantez de relaciones entre aquellas repúblicas y su antigua metrópoli, predecesora de la ruptura definitiva, incautación de las islas Chinchas, y los bombardeos del

Callao y Valparaíso dos periódicos reflejaron como era natural, toda la contrariedad, toda la ira, y todo el odio, contra los españoles, producidos por medidas tan violentas, y los naturalistas, ya desembarcados, sufrieron de rechazo las consecuencias de semejante campaña. Con este motivo habremos de ocuparnos alguna vez de los acontecimientos citados tomando como fuente de información muy importante, la monografía de D. Pedro Novo y Colson, titulada «*Historia de la guerra de España en el Pacífico*» (1).

Puestos los preliminares que anteceden, veamos ahora el plan del presente trabajo. Dividiremos éste en tres partes: 1.ª Abarcará desde el nombramiento de la Comisión (Junio del 62) hasta el desembarco de la misma, regreso a la Península de algunos de los funcionarios auxiliares de ella, y reunión en Chile de Martínez, Isern, Jiménez de la Espada y Almagro (Marzo de 1864); 2.ª Viaje de estos últimos por el Napo y Amazonas, después de atravesar los Andes y embarque y arribo a España; 3.ª Exposición de las colecciones en el Jardín Botánico, distribución de una parte de las mismas, traslación de las restantes al Museo de Ciencias Naturales, trabajos publicados a cerca de ellas y, por último, suerte de los naturalistas expedicionarios, y biografías de los mismos.

Antes de dar fin a este preámbulo, juzgamos necesario adelantar algunas advertencias: primera, aunque nuestro objeto es historiar cuanto se refiere a la Comisión del Pacífico, habiendo convivido esta con la Escuadra muy cerca de tres años, necesario nos será hablar en muchas ocasiones de asuntos que se refieren también a ella; segunda, en el transcurso del relato aparecerán nombres de personas cuyas gestiones resultan dignas de censura. Al emitir juicios que desde luego no les serán favorables, declaramos por anticipado que es nuestro ánimo guardarles todo género de respetos y consideraciones en lo que se refiere a sus personas e intenciones.

Por último, para reflejar en lo posible todo el mérito de la

(1) Madrid-1882. Debemos a la amabilidad de su ilustre autor y a la mediación de nuestro querido amigo, ya difunto, D. Luis Vial el ejemplar que nos ha servido para este trabajo.

inmensa labor llevada a cabo por la Comisión en tan prolongada y dolorosa peregrinación, hemos recogido cuidadosamente cuantos detalles vinieron a nuestra mano, relativos a su vida y privaciones a bordo de la fragata «Triunfo» y a los grandes sufrimientos por que hubieron de pasar en el desempeño de la misión que les había sido confiada. A esto y a presentar aquí un ligero esbozo del estado de las poblaciones intentando hacer lo que sin duda hubiera realizado a la perfección la mayor parte de aquellos expedicionarios, es a lo que tiende este modestísimo trabajo que, sin más mérito que el de un buen deseo, nos atrevemos a ofrecer a los naturalistas españoles como un tributo de gratitud a la gloriosa memoria de la *Comisión Científica del Pacífico.*

CAPÍTULO I

Expediciones científicas españolas.—Fernández de Oviedo.—Sus viajes y trabajos sobre la Historia Natural de las Américas, 1510. El Doctor Francisco Hernández.—Su expedición a Méjico y sus escritos acerca de Historia Natural, 1570-1576.—El P. Bernabé Cobo y su Historia del Nuevo Mundo, 1596-1650.—Expediciones de Fernández de Quirós a las tierras de Australia, 1576-1606.—Viaje de Romanes al Perú, 1604.—Idem. de Ruy Gonzálex de Sequeira a Maluco, 1607.—Idem. de los PP. Simón Rojas y Humberto Coronado, 1621.—Idem. de D. Pedro Porter, 1649.—Idem de D. Pedro Ordóñez y Ceballos, 1660.—Fernando VI gestiona la venida de un discípulo de Linneo a España.—Llega D. Pedro Loeffling, 1751.—Organízase una expedición científica compuesta de nueve miembros.—Dáse a la vela, 15 de Febrero de 1754.—Trabajos botánicos y zoológicos.—Muerte de Loeffling, 22 de Febrero de 1756, Eugenio de Alvarado y sus trabajos acerca de la Flora de Guayaquil, 1755.—Expedición de Ruiz y Pavón a Chile y Perú, 1777-1788.—Idem. de Mutis a Nueva Granada, 1783-1808.—Idem. del Cápitán D. Antonio de Córdova y Lazo al Estrecho de Magallanes, 1785-1786.—Idem. de Sessé y Mociño a Méjico, 1788-1808.—Idem. del Comandante Malaspina, 1789-1795.—Idem. de los hermanos Heuland a la Argentina, 1794-1796.

La expedición científica del 62 al Pacífico llevada a cabo por los naturalistas españoles, fué un hecho que vino a reanudar gloriosas tradiciones que arrancan de los primeros años de nuestro siglo de oro. Esas tradiciones continuadas en los dos siguientes, sólo se vieron interrumpidas desde principios del XIX hasta el citado año de 1862, en que nuestros gobernantes trataron de restaurarlas, con motivo del envío de una escuadra, a visitar los puertos suramericanos.

Al hacer hoy la historia de la «Comisión del Pacífico», surge naturalmente el recuerdo de aquellas otras que la precedieron en su meritoria campaña, señalándoles el camino

que habían de recorrer, y justo será por consiguiente que encabecemos este trabajo con un resumen, siquiera de las más principales, como tributo de gratitud a los que intervinieron en ella con tanto celo, con tanta abnegación y con tantos sacrificios.

El primero que viene hoy a nuestra memoria es Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, antiguo mozo de Cámara del malogrado Infante D. Juan, hijo de los Reyes Católicos, soldado después aquél en Italia, familiar del Rey D. Fadrique, y Secretario, en España, del Gran Capitán Gonzalo de Córdova (1). Había recibido educación esmerada en la Corte de los Reyes Católicos, y poseía gran cultura perfeccionada en sus viajes y relaciones con artistas y literatos. Dotado además de un espíritu altamente observador, curioso, aventurero e inclinado a consignar sus impresiones por escrito, Fernández de Oviedo llevó a cabo una empresa que le conquistó con justicia el nombramiento de primer cronista de las Indias.

El día 11 de Abril de 1514 salió del puerto de San Lucas de Barrameda, en la armada de Pedrarías Dávila, arribando al de Santa María, a mediados de Junio. Visitó gran parte de las Antillas, especialmente Cuba, Haiti, Santo Tomás, San Juan y Jamáica, y pasó después a Tierra-Firme. Aquel mundo para él completamente nuevo, causóle admiración profunda y su espíritu cultivado y reflexivo encontróse con un campo virgen y pletórico de producciones naturales, que comenzó a tomar por objeto de sus investigaciones y estudios.

Once años después (1525), había terminado el «Sumario de la natural historia de las Indias», y algunos meses más tarde ofrecíale a Carlos V como un muestrario de los productos de aquellas tierras (2). Eran las primicias de sus trabajos en América y Antillas, distribuídas en los 86 capítulos de aquel libro donde todo estaba por decirlo así registrado: Navegación a las Antillas, caracteres, usos y costumbres de sus indios y de los de Tierra-Firme, fauna, flora y, especialmente, las pesquerías de perlas y las minas de oro de la

(1) Nació en Madrid en Agosto de 1478 y falleció en Valladolid en el estío de 1557.

(2) Imprimióse en Toledo en 1526.

segunda región, minas cuyas riquezas y labores describe con detalles interesantes que acreditan su competencia en la materia.

Nuestro autor hizo *ocho viajes redondos,* desde España a las Indias, y no satisfecho con su primer ensayo de Historia Natural, y siempre constante en sus propósitos de revelar a la posteridad cuantas noticias pudo adquirir acerca de aquellos países, acometió la magna empresa de preparar su monumental obra titulada «Historia General y Natural de las Indias, Islas y Tierra-Firme del mar Océano», en la cual trabajó desde 1535 hasta 1557. Es un verdadero arsenal, donde fué acumulando Fernández de Oviedo, un depósito inmenso de noticias e informes adquiridos, ya por sí mismo, ya mediante referencias de personas que le merecían entero crédito.

Mezclados con otros de índole muy diversa, se hallan datos muy curiosos e interesantes, sobre los temblores de tierra (1), sobre los depósitos o lagos de asfalto de la isla de Cabagua, de la de Cuba; de Panuco y Santa Elena, en Méjico; de Colombia y de Venezuela (2), sobre las fuentes termales de la Isla Dominica (3) y las salinas artificiales y naturales (4) y los metales y minas de oro de Haiti (5).

Los libros VIII, IX, X y XI, están dedicados a las plantas de Antillas y Tierra-Firme, cuyas particularidades y virtudes se van enumerando minuciosamente, incluyendo asimismo las que se llevaron desde España y hasta las del Brasil, que se encontraban también en aquellas tierras.

El libro XII contiene todo lo relativo a los mamíferos, el XIII a los peces y anfibios, el XIV a las aves y el XV a los insectos.

Finalmente encuéntranse noticias de gran interés, respecto a las razas humanas de aquellos países, en el libro III y aún en otros.

Nada omitió Fernández de Oviedo en esta su famosa obra,

(1) Lib. V.—Cap. XXIX.
(2) Ibid.—Cap. XXVIII.
(3) Ibid.—Cap. XIII.
(4) Ibid.—Cap. VI.
(5) Ibid.—Cap. VIII.

que constituye una enciclopedia de América y de muchas de sus islas.

Sigue a esta expedición, la del Dr. Francisco Hernández, comisionado por el Rey D. Felipe II, para estudiar la Historia Natural de Nueva España.

Emprendió aquél su viaje el año 1570 y permaneció en este Virreinato hasta 1576, en compañía de su hijo Juan. Su labor fué tan intensa que a los dos años escasos, escribía estas palabras al Monarca español: «Tengo hasta agora dibujados y pintados como tres libros de plantas peregrinas de grande importancia y virtud como V. M. verá y casi otros dos de animales terrestres y aves peregrinas ignotas a nuestro orbe y escrito lo que he podido hallar de sus naturalezas y propiedades en borrador..... y este cuidado y pena ha sido causa de una prolija y grave enfermedad de que al presente como por milagro de Dios me he libertado» (1). El Dr. Hernández recorrió gran parte de Méjico, estudiando sus minerales, sus plantas, su zoología, la historia y costumbres de aquel pueblo, la geografía de aquellos países y sus condiciones climatológicas.

En su calidad de Protomédico, dió orden a los médicos del país para que ensayasen en los enfermos las virtudes curativas de muchas plantas, y durante los dos últimos años de su permanencia allí, dedicóse de un modo especial a tan humanitaria labor. Antes de poner térmimo a ésta, recibió invitación insistente del gran Felipe II para que extendiese sus investigaciones científicas *al Perú y otras tierras nuevas* (2), pero Hernández debilitado por las fatigas inherentes a su excesivo trabajo y edad algún tanto avanzada, no pudo aceptarla.

En 1577 regresó a la península, trayendo consigo lo siguiente: un herbario, una colección numerosa de semillas y de plantas vivas, 16 volúmenes que contenían, parte el texto y los restantes, dibujos de plantas y animales de Nueva España, tres volúmemes, con la traducción de la obra anterior

(1) Documentos inéditos para la Historia de España. Vol. I. Página 363.

(2) Carta a Felipe II, 20 de Marzo de 1575.—Documentos inéditos para la Historia de España. Vol. I. Pág. 378.

al mejicano, otro volúmen con apéndices a los tratados anteriores, otro con la descripción geográfica de aquel país, y por último, varias tablas de pinturas de plantas y animales (1).

Sus obras científicas son: un tratado de minerales, otro muy extenso de plantas que llama de *acuátiles*, en el que se comprenden los corales, alcionarios, esponjas, gusanos, insectos palustres y peces; (2) otro de insectos (3), otro de reptiles, otro de aves y otro de cuadrúpedos. A estos hay que añadir el «Tratado de las antigüedades de Nueva España», como obra de carácter etnográfico, y varios más, de Materia médica, Medicina, Historia y Filosofía.

Conocemos la mayoría, o mejor dicho, casi todos estos trabajos, cuya ejecución se ve claramente que obedece ya a un plan bien meditado. No se trata, por lo tanto, de un registro en que se van consignando detalles curiosos de carácter muy diferente, hechos o sucesos más o menos sorprendentes por su novedad, o episodios trágicos y peregrinos, cual ocurre en la Historia General y Natural de las Indias, por Fernández de Oviedo, sino de la obra de un naturalista eximio que, reino por reino, y grupo por grupo, va sometiendo separada y ordenadamente a una observación detenida y minuciosa cuantos objetos tuvo a su alcance: minerales, plantas, animales inferiores—como esponjas y alcionarios—, moluscos, insectos, etc., etc., hasta el hombre de Méjico, que aparece magistralmente pintado en el libro «De Antiquitatibus Novæ Hispaniæ» (4).

---

(1) Estos detalles los tomamos de un testamento, que por casualidad hemos descubierto recientemente.

(2) De Historia aquatilium liber unus Francisco Hernando, (sic) Médico atque Histórico Philipi II Regis Hispaniarum atque Indiarum. Authore Ms.

(3) De Historia Insectorum. Liber unus, etc., etc.

(4) Al escribir estas líneas tenemos presentes los manuscritos originales, o por lo menos, copias auténticas de las obras de Historia Natural arriba citadas. Consígnase en las biografías de Hernández que los 16 volúmenes entregados por éste a Felipe II, fueron pasto de las llamas en el incendio de la Biblioteca escurialense ocurrido en 1671, y por desgracia parece ser cierto; pero en el siglo XVIII descubrió una copia auténtica de cinco de los tomos citados, el erudito D. Juan Bau-

El Dr. Hernández consagró especial atención a las plantas de aquellos países, plantas cuyo estudio ocupa tres volúmenes en folio, en la edición de 1790. Las descripciones tienen siempre por base, la raíz, la forma y aspecto del tronco, el color de las flores y pétalos de éstas, fijándose el autor de un modo especial, en lo que atañe a las aplicaciones médicas. Con mayor perfección están hechos, todavía, los tratados restantes, en especial el de las «Antigüedades de Nueva España» en que se describen los caracteres todos del pueblo mejicano; sus creencias y supersticiones, las leyes de sus matrimonios, sus instituciones, sus fiestas, sus virtudes y vicios, etcétera, etc. Aún tuvo tiempo el Dr. Hernández para escribir varios estudios sobre materias de Filosofía y otro titulado «De la Toma de Nueva España» (1). ¡Ejemplo raro de laboriosidad e inteligencia que la posteridad no ha sabido ni apreciar, ni premiar debidamente!

En las postrimerías del mismo siglo XVI y primera mitad del XVII, aparece todavía otra figura de primera magnitud como explorador, geógrafo y naturalista: el P. Bernabé Cobo (S. J.) En 1596 fué destinado a Sur-América donde permaneció, por espacio de cincuenta y pico de años, dedicándose por completo al estudio de aquellas tierras y recorriendo las Antillas, Méjico y el Perú. Fruto de tan intensa y prolongada labor, fué la obra manuscrita titulada «Historia del Nuevo Mundo», compuesta de 43 libros, de los cuales *sólo diez* han sido hallados hasta el presente (2); de ellos contienen la bo-

---

tista Muñoz, y de ella hizo uso D. Casimiro Gómez Ortega, para preparar la edición de la parte botánica, publicada en Madrid en 1790. Se conserva, además, en la Academia de la Historia, un volúmen que contiene varios tratados de Filosofía e Historia y el más famoso de *Antiquitativus Novæ Hispaniæ.*

(1) De Expugnatione Novæ Hispaniæ liber unus, Francisco Hernando, medico et historico Philipi II, etc. Forman un volúmen con la obra De Antiquitatibus, etc., y otras más, y ocupa las páginas 138-169.

(2) Vieron la luz pública en Sevilla en los años 1890-1895, a expensas de la Sociedad de Bibliófilos andaluces, con el siguiente título: «Historia del Nuevo Mundo», por el P. Bernabé Cobo, de la Compañía de Jesús, publicada por primera vez con notas y aclaraciones por don Marcos J. de la Espada.

tánica el 4.°, 5.° y 6.°, y es tal la exactitud de las descripciones al par que la concisión y elegancia del lenguaje, que puede calificarse este trabajo como uno de los mejores de su época.

Siguen a estas expediciones las famosísimas de Pedro Fernández de Quirós a las Islas de la Oceanía. Aunque su objeto era la exploración y descubrimiento de nuevas tierras, fueron, sin embargo, de gran provecho para la Historia Natural, por las interesantes y numerosas noticias adquiridas en ellas, acerca de las producciones vegetales y animales de aquellos países.

Fernández de Quirós partió de Lima acompañando a don Alvaro Mendaña en 1567. Ambos navegaron los mares de la Oceanía descubriendo las islas de Salomón, Marquesas, Santa Cruz y otras, y además la Australia.

Regresó Quirós a España y repitió el viaje volviendo después de 1606 (1) a Madrid, donde comenzó para él un calvario aun más doloroso que el recorrido en sus prolongadas luchas con mares desconocidos y procelosos; diecisiete años continuos insistió ante el Rey D. Felipe III, presentando hasta ¡50 memoriales! en súplica de protección para sus proyectos de colonizar con españoles aquellas tierras, y en demanda de auxilios pecuniarios para satisfacer sus necesidades y resarcirse de las cuantiosas sumas que, a costa de su hacienda, había invertido en las expediciones. En esos documentos dánse a conocer la situación geográfica de aquellas islas y su extensión aproximada, las condiciones del suelo, las razas humanas que lo habitan, las plantas y animales, los minera-

(1) He aquí como lo cuenta en uno de sus memoriales al Rey. «Fuí desde el Perú a la parte incógnita y de la parte incógnita a Filipinas a proponer mi intento a la ciudad de los Reyes, y desde la ciudad de los Reyes a la de Roma, y desde Roma vine derecho a esta corte, y de esta corte a la parte incógnita, y de élla a la Nueva España que atravesé de mar a mar, y de allí vine aquí donde estoy, pudiendo con verdad decir que no debo a mi causa un día, y que mi porfía monta casi 16 años y las leguas son 20.000 las que he andado, y he dejado en Indias muchas cosas que no son fáciles de navegar (sic).....

les, y en fin, cuanto puede interesar a las ciencias naturales (1) desde cualquier aspecto, que se considere (2). No se trata de una exploración científica como la de Francisco Hernández ni podía esperarse de Quirós una labor comparable a la del Médico de Felipe II; pero aún así, prestó el famoso navegante servicios importantísimos a las ciencias naturales, por varios conceptos, que no es del caso enumerar aquí (3).

Lo mismo hicieron en 1604, Felipe de Romanes, quien describió muchos vegetales y animales del Perú, en sus viajes por las provincias de ese virreinato (4) entre otros la *Bertholetia excelsa;* en 1607, Ruiz González de Sequeira, Capitán Mayor de Maluco (5); en 1606, Fernández de Quirós que incluye en su quincuagésimo memorial a Felipe III un extracto de la citada relación, del cual Jiménez de la Espada deduce claramente el gran interés que ofrecía para la Historia Natural la obra citada, cuya «Relación» contenía numerosos e importantes datos botánicos y zoológicos y en particular la

---

(1) D. Marcos Jiménez de la Espada encontró en la Biblioteca de Palacio un códice con este rótulo: «Mendaña, Quirós, viajes al mar del Sur y descubrimiento de las islas de Salomón, las Marquesas, etcétera, executados por Alvaro de Mendaña y Fernando (sic) de Quirós desde el año 1567 hasta el de 606 escritos por Hernán Gallego. Piloto de Mendaña». Advierte D. Marcos que éste sólo es autor del primer viaje. Lo restante es de Fernández de Quirós.

(2) En el Depósito Hidrográfico de Madrid, y con el título «Noticias Hidrográficas de América Meridional, Vol. II, hay un códice que contiene el 8.º de los memoriales citados con los siguientes asuntos: Grandezas de las tierras australes, situación, variedad de gentes, casas y modos de vestir, pan y frutas, plantas y animales, minas. Es el que tenemos a la vista al redactar estas líneas.

(3) Los derroteros de Fernández de Quirós fueron seguidos por el famoso navegante inglés J. Cook, dos siglos después.

(4) *Cosas notables del Perú. Ms.* Sólo se conoce un extracto hecho por Zapata y citado, además, por León Pinelo.

Así lo hace constar Jiménez de la Espada en su obra inédita titulada «Bibliografía de Historia Natural».

(5) «Relación que dió en Madrid el Capitán Mayor de Maluco, así de lo que vió como de lo que tuvo noticias de las tierras australes durante el tiempo de su capitanía o gobierno». Ms.

descripción de una especie del género *Phalangista;* en 1621, los PP. Misioneros Jesuítas Simón Rojas y Humberto Coronado con su «Relación de la jornada a las provincias de los Omaguas e Icaguates o Encabellados entre el Napo y el Curaray»; en 1649, D. Pedro Porter Casanate con la carta relación escrita con motivo de un viaje para el descubrimiento del Golfo de California, emprendido seis años antes (1); y en el último tercio del mismo siglo, D. Pedro Ordóñez y Ceballos, famoso viajero que visitó numerosos países, recogiendo noticias abundantes de Historia Natural que nos cuenta con mucho interés en su obra publicada en 1691 (2).

Todos estos viajes, unidos a los trabajos de los misioneros y a las «Relaciones» de los gobernadores de nuestras antiguas colonias, contribuyeron eficazmente al conocimiento de las razas de aquellos países y de su flora y fauna, supliendo al mismo tiempo la falta de expediciones científicas interrumpidas desde los tiempos de Felipe II. Y vino el siglo XVIII, y con él una época de gran esplendor para las ciencias naturales.

Al terminar el siglo XVII, era ya célebre por sus publicaciones botánicas el Profesor del Jardín de plantas de París don José Pitton de Tournefort, quien movido de su entusiasmo por las ciencias de los vegetales, viajó primero por Inglaterra, Holanda, Portugal y España y después (1700-1702) por Constantinopla, Armenia, Grecia y otras regiones de Oriente. Siguieron a este viaje los de Cook y Forster, etc. etc.

En 1731 comenzó a brillar como verdadero sol en el mundo de la Historia Natural el inmortal sueco Carlos Linneo, creador de la nomenclatura de su nombre y del sistema sexual que sirvió de ensayo para la clasificación de las plantas por la disposición y número de sus estambres y pistilos, en su

(1) «Carta relación de D. Pedro Porter y Casanate, Caballero de Santiago desde que salió de España el año 1643 para el descubrimiento del Golfo de la California hasta el 24 de Enero de 1649.»

(2) Historia y viaje del Mundo del clérigo agradecido D..... natural de la insigne ciudad de Jaén, a las cinco partes de la Europa, Africa, Asia, América y Magalanica con el itinerario de todo él. Madrid 1691.

primera obra «Hortus Uplandicus». Linneo formó a su lado numerosos y aprovechados discípulos, que divulgaron las ideas de su Maestro y comunicaron a la ciencia de las plantas gran impulso y actividad. España no quiso permanecer ajena a ese movimiento y dispuesta a reanudar las gloriosas y olvidadas tradiciones de Fernández de Oviedo, de Francisco Hernández, del P. Cobo y del Lic. Bernardo Cienfuegos, se dirigió a Linneo por medio de su Rey D. Fernando VI, en solicitud de uno de los citados discípulos para restaurar aquí las ciencias naturales y sobre todo la Botánica. Gustoso accedió el gran Maestro a los requerimientos del Monarca español enviando a la Península a Pedro Loeffling, joven entusiasta y aventajado alumno suyo, quien llegó a España en 1751. Sólo dos años permaneció aquí Loeffling invirtiendo ese tiempo en el estudio de las minas de Almadén y en otras excursiones por varias regiones españolas, acompañado de los marinos D. Salvador Medina y D. José Solano y del abogado y naturalista D. Pedro Saura. Acariciaba Fernando VI la idea de establecer en Madrid un Gabinete de Historia Natural; pero juzgó preferible organizar antes una expedición a las tierras suramericanas para dotar al futuro Museo de productos de éstas, al mismo tiempo que de los peninsulares.

Preparóse todo con orden y esplendidez, aviáronse las fragatas «Nuestra Señora de la Concepción» y «Santa Ana», y se procedió a la designación del personal, nombrándose para Jefe de la expedición a D. José de Iturriaga, Caballero del hábito de Santiago y para segundo a D. Eugenio de Alvarado.

La Comisión científica estaba formada por D. Pedro Loeffling, Botánico; D. Benito Paltor, Médico-Botánico; D. Antonio Condal, ídem; D. Juan de Dios Cartel, Dibujante-Botánico; D. Bruno de Salvador Carmona, ídem; D. José Guerrero Sánchez Monroy, Ingeniero; D. José Santos Cabrera, Cosmógrafo; D. Apolinar Díaz de la Fuente, Instrumentario, y el P. Francisco Haller S. J., Matemático.

A últimos del 53 comenzaron a reunirse en Cádiz donde se hallaba ya el Sr. Iturriaga; D. Pedro Loeffling partió de Madrid el día 20 de Octubre del año citado y llegó á Cádiz

el 5 de Noviembre (1). Desde el momento de emprender la marcha hasta la hora del embarque, tuvo el ilustre sueco la constancia de ir consignando día por día y, casi hora por hora, no solamente las plantas por él observadas durante su viaje, sino también el aspecto y composición de los terrenos, la situación de los poblados, su aspecto, sus edificios, su industria, sus costumbres, etc., etc. El 15 de Febrero de 1754 levaron anclas y como dice Loeffling «echamos en nombre de Dios a la vela». El 11 de Abril del mismo año desembarcó en Cumana comenzando inmediatamente sus exploraciones científicas, que alternaba con la redacción de la Flora de Cumana (2) que dejó casi terminada. Hemos encontrado asimismo un estudio completo de la nigua, treinta y siete descripciones de coleópteros, tres de himenópteros, cuatro de hemípteros, etc., etc. aparte de otros apuntes sobre vermes, reptiles, zoofitos y moluscos. Pasó después a la Guayana y allí enfermó gravemente, falleciendo el 22 de Febrero de 1756 en el pueblo de Garoni, a los 27 años de edad.

Honda impresión y dolor causó esta prematura muerte en España y sobre todo en Suecia donde exclamó al saberla el gran Linneo «ninguna cosa pudo serme más sensible que la pérdida del mejor y más amado de mis discípulos». Con respecto a la expedición, sufrió con este accidente tan grave quebranto, que llegó a disolverse en sentir de algunos escritores. No nos atrevemos a darlo como cierto, aunque nada hemos encontrado hasta la fecha, relativo a los trabajos de los compañeros del malogrado Loeffling.

A la misma fecha corresponden también los trabajos de

---

(1) Hemos tenido la suerte de dar con una copia del «Diario» de Loeffling, la cual lleva el siguiente título: «Anotaciones y observaciones hechas en el viaje desde Madrid a Cádiz en el día 20 de Octubre de 1753 por D. Pedro Loeffling, botanista.

(2) Flora Cumanensis, por D. Pedro Loeffling. Ms. 388 fojas en 4.º Abraza las veintitrés primeras clases de Linneo. Lema: Avia Pieridum peragro loca nullius ante trita pede Lucret. Archivo del Jardín Botánico de Madrid.

Eugenio Alvarado sobre las plantas de la provincia de Guayaquil, y en especial su estudio del árbol de la Quina (1).

Reinando ya Carlos III, se insistió de nuevo en organizar expediciones a las Américas, a pesar del grave contratiempo que sobrevino a la de Loeffling, con el fallecimiento de éste. Nombróse para Jefe de la primera a D. Hipólito Ruiz, persona de sólido prestigio, y para auxiliares suyos, a D. José Pavón, a D. José Dombey médico y naturalista francés y a los dibujantes pintores D. José Brunete y D. Isidro Gálvez. Salieron éstos de Cádiz el 4 de Noviembre de 1777 en el «Peruano» al mando de D. José de Córdova, quien guardó a los naturalistas las mayores atenciones y cuidados y arribaron al Callao, el día 8 de Abril del siguiente año.

Recorrió esta expedición gran parte del territorio de Chile y las provincias meridionales del Perú, permaneciendo en América por espacio de diez años.

Grandes incomodidades hubieron de soportar en este tiempo «trepando» como dice D. Hipólito Ruiz, por montes tan inaccesibles y nunca señalados de huella humana y por árboles encumbrados cuyas ramas se me desgajaban bajo los pies, para tener la satisfacción de poder presentar al público mis descripciones hechas a la intemperie entre aquellas asperezas..... ¡pero fueron para ellos infinitamente más sensibles los gravísimos percances y amargas contrariedades causadas por sucesos de muy otra índole. Visitando los pueblos de Chinchao y Chuchero en el Valle de Huamico, estuvieron a punto de ser víctimas de los indios salvajes. El 6 de Agosto de 1785 fueron pasto de un voraz incendio las descripciones de plantas, animales y minerales de Chile, las descripciones topográficas de ese virreinato y del virreinato del Perú, gran número de plantas, insectos, aves y cuadrúpedos, y los equipajes y bastimentos, de que habían hecho provisión para tres meses. Todavía continuó la desgracia persiguiendo a

(1) Pequeña sombra del Reino Vegetable que corresponde a la Historia Natural de la provincia de Guayaquil. Ms. de 8 fojas en fólio. Estudio de la Quina, por Eugenio de Alvarado, 20 de Abril de 1755. Depósito Hidrográfico de Madrid. Archivo. Virreinato de Santa Fé. Tom. I. B. 4ª.

estos infelices naturalistas! En el mismo año de 1785, habían acumulado una riqueza de inestimable valor, compuesta de *treinta y seis* macetas de plantas vivas y *cincuenta y cuatro cajones,* con *ochocientos dibujos,* plantas disecadas, semillas, resinas, bálsamos, minerales, rocas, conchas, aves, peces y animales y muchas curiosidades de los indios salvajes.

Todo lo embarcaron en el «San Pedro de Alcántara» que hizo, sin novedad, la travesía hasta las costas de Portugal! pero he aquí que al llegar a éstas, una tempestad sorprendió a la nave, que impotente ante la impetuosidad de los elementos, fué a estrellarse contra la roca de Papona en las inmediaciones de Peniche y cerca del Fuerte de Ntra. Señora de la Luz, en la ¡noche aciaga! del 2 al 3 de Febrero de 1786 (1).

No es fácil calcular la inmensa pena que se apoderó de los corazones de Ruiz y de Pavón al enterarse de tan irreparable pérdida. Sólo a costa de sobrehumanos esfuerzos, consiguieron sobreponerse al profundo desaliento que invadió sus almas y emprender de nuevo la campaña, para compensar con otras adquisiciones, la desaparición de las que habían sido arrebatadas por las olas del mar.

Por último, el año 1787 falleció, casi repentinamente, en Pasco, el dibujante D. José Brunete, dejando en la expedición un gran sentimiento y un hueco imposible de llenar. A fin de prestar ayuda a los restantes exploradores, entraron a formar parte de aquélla D. Juan Tafalla y D. Francisco Pulgar, quienes trabajaron con verdadero celo y laudable actividad. El año 1788 regresaron a su patria D. Hipólito Ruiz y D. José Pavón, quienes trajeron consigo 29 cajones con herbarios, dibujos y 124 plantas vivas, destinadas al Jardín Botánico de Madrid.

Cuatro años después publicó D. Hipólito Ruiz su «Quinología, y en 1794 éste y Pavón el «Prodromus Floræ Peruvianæ et Chilensis», en que describieron 149 géneros de plantas reconocidos aún hoy como legítimos, en su mayoría.

(1) D. Hipólito Ruiz pinta con vivos colores, estos contratiempos en el prólogo de su Quinología impresa en Madrid en 1792 y en la Introducción del Prodromus Floræ Peruvianæ et Chilensis 1758.

Finalmente, en 1798, comenzó la edición de la gran obra titulada «Flora Peruviana et Chilensis sive Descriptiones et Icones plantarum peruvianarum et chilensium», etc., que sólo llegó al tercer volumen quedando inéditos los restantes.

A esta expedición famosa siguió otra no menos importante, la de D. José Celestino Mutis al nuevo Reino de Granada. Llevóse a cabo merced a los buenos oficios del Arzobispo, virrey de aquella posesión española, quien noticioso de la autorización obtenida por Guillermo Humboldt del Monarca de Castilla D. Carlos III, se adelantó a la llegada de aquél nombrando al citado Mutis para que estudiase la Flora de Colombia, en unión de varios discípulos, recabando así para España la gloria de esta empresa. Esa medida mereció la aprobación del Gobierno de Madrid, quien dió carácter oficial a la citada expedición en 1783, nombrando a Mutis para Jefe de la misma, y para auxiliares suyos al Dr. D. Eloy Valenzuela, al Religioso Franciscano Fr. Diego García, a los señores D. Bruno Landete, D. Pedro Fermín de Vargas y don José Camblor, y a los dibujantes D. Antonio García y don Pedro Caballero. Proveyó el Rey a éstos de material y libros, asignóles las gratificaciones convenientes y dió a Mutis 2.000 doblones, para pagar deudas contraídas en anteriores viajes.

Establecióse la expedición en Mariquita, donde vivían don Juan José D'Elduyar y D. Angel Díaz, quienes prestaron a Mutis grandes servicios. Escogió éste para la recolección de plantas a los herbolarios Roque, Pedro, Amaya, Esteban y Fetegua, todos ellos criollos del país; contrató en Quito cinco dibujantes más, formó un Jardín Botánico al lado de su residencia, y construyó en ésta locales espaciosos para depósito de plantas, minerales, animales disecados, etc. etc.

En 1785 descubrió Mutis el The de Bogotá, *Symplocos Alstonia* L'Herit; y por aquellos días preparó además una colección numerosa de Gramáticas y Vocabularios de lenguas aborígenes de Colombia, cumpliendo órdenes de Carlos III, quien a su vez había recibido encargo especial de Catalina II de Rusia, interesada en este asunto.

Hubo un momento en que la expedición estuvo a punto de fracasar por ausencia de D. Pedro Fermín de Vargas y en-

fermedad de los restantes miembros y también del propio Mutis, quien llegó a quedarse casi solo; pero la férrea voluntad de éste se sobrepuso pronto a todo contratiempo, incluso a sus dolencias.

En 1791 se trasladó a Bogotá, donde encontró auxiliares eficacísimos en los Sres. D. Jorge Tadeo Lozano, D. Francisco Antonio Cea, D. José y D. Sinforoso Mutis, D. Francisco Javier Zavarán, y en varios discípulos de D. José Celestino. Trabajaban además al lado de estos trece dibujantes pintores, quiteños en su mayoría.

Así fué preparando aquel gran naturalista los materiales para levantar aquel monumento botánico de la Flora de Nueva Granada. Entre tanto publicó tres importantes trabajos acerca de las quinas, aparte de otros varios que no citaremos aquí, pero sin abandonar un momento la preparación de la citada Flora, que desgraciadamente no llegó a ver la luz pública.

En 1808 falleció Mutis en Bogotá, y dos años después quedó disuelta la expedición al rebelarse Colombia contra la dominación española. Las tropas de Bolivar invadieron el edificio de aquélla, destruyendo algunos objetos y llevándose otros.

Once volúmenes de texto y 6.849 láminas, fueron los materiales dispuestos por aquél para la Flora Colombiana, los cuales llegaron a España en 1817, merced al celo de Morillo. Constaba la remesa enviada por éste, de 140 cajones, de los cuales catorce contenían láminas y diseños, otros tantos, anatomía de plantas y quinas; quince, minerales; nueve, semillas; seis, objetos curiosos; ocho, muestras de maderas; uno, muestras de canela; dos, cuadros de animales y varias otras pinturas. El herbario constaba de 20.000 plantas.

Así terminó la expedición de D. José Celestino Mutis al Reino de Nueva Granada.

Tres años depués de comenzar la anterior o sea en 1785, dióse otra a la vela en el Puerto de Cádiz. Llevaba por objeto el estudio del Estrecho de Magallanes, y era su Jefe el Capitán de Navío D. Antonio de Córdova Lazo. No parece que formasen parte de su programa, las investiga-

ciones de Historia Natural, ni figuraba entre los individuos de la comisión, Profesor botánico alguno; pero el celo y la cultura de aquellos marinos, suplieron esta deficiencia haciendo curiosas observaciones sobre el suelo, clima, aspecto y composición del terreno, producciones animales y vegetales, razas humanas de aquéllos *parajes* etc. etc. (1). D. Dionisio Alcalá Galiano y D. Alejandro Belmonte, Tenientes de Fragata asesorados por los cirujanos de a bordo, D. Luis Sánchez y D. Bartolomé de Rivas, fueron los autores de los trabajos de Historia Natural.

Estudiadas ya las producciones animales y sobre todo las vegetales de Chile, Perú y Colombia y las otras regiones de América del Sur, se proyectó hacer lo mismo con las de Centro-América procediéndose inmediatamente a organizar la correspondiente expedición en tiempo del mismo Carlos III, el año 1788. Se nombró para Director de aquélla a D. Martín Sessé y para auxiliares de éste a D. Jaime Senseve y a los dibujantes D. Mariano Echevarría y D. Juan de Dios Cerdá. Sucesivamente vinieron a tomar parte en la misma, los botánicos D. José Mociño, D. Juan del Castillo y D. Ignacio León y el colector zoólogo D. José Lonjinos.

Establecióse la expedición en el pueblo de San Angel, del cual hubo de retirarse un año después, a causa del perjuicio que sufrían las plantas con las lluvias y humedades, pasando entonces a la ciudad de Méjico.

En 1789 comenzaron a verse ya los frutos de aquélla, remitiendo Sessé a Madrid, *dos cajones con plantas vivas, seis piedrecitas de oro virgen y polvo sobre matriz de guijarro verdoso; ventiún muestras de plata y dos de cuarzo,* etc., etc. A esta remesa, siguieron otras muchas que la brevedad nos impide detallar aquí (2) y cuya impor-

(1) Véase la relación del último viaje al Estrecho de Magallanes de la Fragata de S. M. «Santa María de la Cabeza» en los años de 1785 y 1786. Extracto de todos los anteriores desde su descubrimiento, impresos y mss. y noticias de los habitantes, suelo, clima y producciones del Estrecho. Madrid 1788. págs. 289-395.

(2) En nuestro «Estudio sobre la Historia Natural durante el último tercio del siglo XVIII» esperamos publicar las listas correspondientes.

tancia era sin duda muy grande. Mayor fué aún la de tantos trabajos científicos como llegaron a preparar Sessé, Mociño y sus compañeros. Por su valor ocupa sin duda el primer lugar la Flora Mejicana que lleva el siguiente título: «Plantas de Nueva España recogidas hasta aquí por disposiciones del benignísimo Rey Carlos IV con su auxilio y protección y ordenadas según el sistema linneano *de las cuales trescientas o más parecen no haber sido dadas a conocer por autor alguno*. Para esta obra había preparadas mil quinientas láminas en colores obra del Sr. Cerdá y principalmente del famoso Echevarría, de quien afirma Lagasca, en comunicación oficial dirigida al Exmo. Sr. Marqués de Santa Cruz, protector del Museo, que era el mejor dibujante naturalista de Europa, que había entonces (1815). Al lado de la obra anterior merece figurar también la «Flora Guatemalensis» de D. José Mociño, trabajo magistral encabezado con elegantísimo prólogo en que pinta aquél con vívidos colores las privaciones, enfermedades, fatigas y contratiempos sufridos en sus campañas a través de los bosques mejicanos, (1). Estos otros manuscritos quedaron en poder de Mociño, quien los trajo a España en 1808 al terminar la expedición. De ellos sólo ha visto la luz pública la «Flora Novæ Hispaniæ» editada en Méjico sin láminas, a mediados del próximo pasado siglo.

En 1789 se preparó otra expedición con arreglo a un plan más vasto aún que aquellas que habían precedido a las anteriores. Fué la que tuvo por Jefe al Capitán D. Alejandro Malaspina, de quien tomó el nombre.

Su objeto era primero «la construcción de cartas hidrográficas y de derroteros que pudieran guiar con acierto la poco experta navegación mercantil (2), y después la investigación

(1) Consérvase el original en el Archivo del Jardín Botánico de Madrid aunque sin láminas.

(2) Plan de un viaje científico y político alrededor del Mundo remitido al Excmo. Sr. Bailío D. Antonio Valdés, Ministro de Marina, por los Capitanes de Fragata D. Alejandro Malaspina y D. José Bustamente, incluído en la obra de D. Pedro Novo y Colson. La vuelta al Mundo por las Corbetas «Descubierta» y «Atrevida». Madrid 1885.

del estado político de América, así relativamente a España como a otras naciones extranjeras. Dispuso asimismo el Rey D. Carlos IV que se incorporasen a ella los naturalistas don Antonio Pineda, D. Luis Nee y D. Tadeo Heenke, y los dibujantes D. José del Pozo, D. José Guío, D. Fernando Brambila y D. Juan Ravenet.

El día 30 del año citado de Julio diéronse a la vela en el puerto de Cádiz las corbetas «Descubierta» y «Atrevida», haciendo rumbo a Montevideo, donde fondearon el 20 de Septiembre. Al siguiente comenzaron sus tareas de caza y herborización Pineda y Nee, y el 26 acompañaron al oficial D. Felipe Bausá en su ascensión al *Monte Ordeo*. El 15 de Noviembre salieron para Puerto Deseado, visitando después las Malvinas, Chiloe, Valdivia, Valparaíso y Callao. Aquí saltaron a tierra naturalistas y marinos para consagrarse cada uno a sus tareas.

Heenke emprendió un viaje de exploración por Tarma, al otro lado de la cordillera cerca del río Guanuco, y Nee otro a las «Quebradas de Cantas», por espacio de treinta días. Continuaron después su viaje hacia el Norte, visitando los puertos Americanos hasta Panamá.

En Nicaragua ascendieron los naturalistas a los volcanes «del Viejo» y «Telica». El reconocimiento de las costas occidentales de América ocupó a los expedicionarios cerca de dos años, al cabo de los cuales emprendieron la travesía del Pacífico, dirigiéndose a las islas Marianas, donde hicieron escala por varios días. Desde allí pasaron a Filipinas, fondeando en la Bahía de Manila el 26 de Febrero de 1792. Mientras los marinos levantaban planos y cartas hidrográficas en multitud de puertos y ensenadas que reconocieron y sondearon, Pineda, Heenke y Nee, dedicaron el tiempo a estudiar el país, visitando volcanes, recogiendo ejemplares de la fauna y flora de aquél, tomando notas de las costumbres y usos de sus habitantes, de su estado religioso y político, y en fin, de todo lo que podía contribuir al conocimiento de aquellas colonias. Mientras tanto pasó a las costas de China la Corbeta «Atrevida», con el fin de repetir allí las experiencias sobre la gravedad, con el péndulo simple:

Por esta época ocurrió a la expedición una desgracia tan sensible como irreparable con la muerte del viajero infatigable D. Antonio Pineda, acaecida el 20 de Junio de 1792, en el pueblo de Badoc, provincia de Ilocos Norte (1). Grande fué el dolor que con esto sufrieron Malaspina y demás compañeros, quienes dedicaron a Pineda un sencillo monumento, levantado en Malate (Manila), conforme al diseño trazado por D. Fernando Brambila.

Cumplida satisfactoriamente la misión que las corbetas habían llevado a Filipinas, diéronse a la vela el 7 de Noviembre de 1791, haciendo rumbo a Mindanao, continuando después su viaje por el Norte de Guinea e Islas de Salomón, cambiando hacia el Sur para alcanzar las de Santa Cruz y Norfolk, y a los pocos días el extremo meridional de Nueva Zelanda. El 31 de Junio del siguiente año (1792), dieron fondo en el puerto del Callao. Todavía permanecieron los expedicionarios en América cerca de dos años, durante los cuales D. Luis Nee visitó las tierras de los Puenches, y después de algunos días de reposo en Santiago de Chile, atravesó los Andes herborizando en éstos, Mendoza y las Pampas, y recogiendo una escogida colección de rocas y minerales. Los demás naturalistas y pintores, siguieron igualmente en sus tareas, visitando Heenke, el Cuzco y Arequipa, analizando muchas aguas minerales, estudiando las minas de azogue de Huancavélica, determinando diferentes alturas de la cordillera andina, y preparando, en fin, el material para la grande obra que esperaban ofrecer al Rey, a la nación española y a todo el mundo sabio.

Por fin, el 21 de Junio de 1795, partieron las Corbetas de Montevideo, y en idéntica fecha del mes de Septiembre dieron fondo en la Bahía de Cádiz, después de cinco años y dos meses de feliz navegación y de intensísima labor por parte de cuantos intervinieron en esta expedición.

Los trabajos llevados a cabo por los marinos debían for-

(1) Era misionero de ese pueblo el M. R. P. Vicente Candau, Religioso Agustino, quien asistió a Pineda en los últimos momentos, prestándole los más solícitos cuidados.

mar una obra de siete tomos en folio, de 700 o más páginas cada uno, ilustrada con 70 cartas y 70 láminas y figuras. Las investigaciones de los naturalistas hubiesen formado, por lo menos, otra igual. Desgraciadamente todo ha quedado en el mayor abandono, fuera de algunos fragmentos incluídos en la citada obra de Novo y Colson (1). Lo restante se halla disperso por los archivos de Madrid, donde mil veces lo hemos contemplado con verdadera pena.

Todavía no terminan aquí los viajes realizados en esta época gloriosísima para las ciencias naturales. Pocos meses antes de arribar a España la «Descubierta» y la «Atrevida», salían de la Coruña en el paquebote «La Princesa» (13 de Noviembre de 1794), los hermanos Cristiano y Conrado Heuland, comisionados por el Rey Carlos IV para hacer colecciones de rocas, minerales y conchas, con destino al Museo de Historia Natural de Madrid. El 17 de Enero del 95 fondearon en Montevideo, e inmediatameute dieron principio a sus trabajos. No se concretaron aquéllos a la cuestión mineralógica y conchológica, extendieron también sus observaciones al estado político de aquellos países, a la fauna y flora, al clima y otros asuntos igualmente interesantes. Visitaron Montevideo, Buenos Aires, Lujan, San Luis de Punta, Mendoza, Santiago de Chile, Valparaíso, Santa Rosa, Huasco, Coquimbo, etc., etc., consignando en su «diario» noticias interesantes sobre la fundación y vicisitudes de esas poblaciones, industria y comercio e intercalando multitud de curiosos episodios relativos a las costumbres y usos de aquellos habitantes.

Comenzaron sus exploraciones mineras en Uspallacta (Argentina), y después de pasar por Santiago de Chile y Valparaíso (Mayo del 95), estableciéronse en Copiapó, como centro más a propósito para sus excursiones. Examinaron las minas de cobre de Punta Gorda, las de oro de Cochiyuyo, la de plata de Chanchoquín, la de cobre de Soledad y de Rosario,

(1) En nuestro estudio sobre la Historia Natural durante el último tercio del siglo XVIII pensamos ocuparnos detenidamente de esta expedición y en especial de la labor de los naturalistas.

las de oro de Chicharras, Tinajitas, Santos, Ojencos, Bodegas, etc.; las de azogue de Andacollo y muchas más, en las cuales recogieron numerosos y valiosísimos ejemplares que sucesivamente fueron remitiendo al Gabinete de Historia Natural de Madrid. La última remesa llegó a esta capital a principios del siglo XIX y constaba de 103 cajones, según comunicación oficial que obra en el Archivo del Museo.

Cerraremos el presente capítulo con dos palabras acerca de la expedición de Terry a la Isla de los Pinos. Tuvo lugar en 1797 y duró un año incompleto. Llevaba aquél la misión principal de examinar la utilidad de los pinos de dicha isla y si podrían emplearse en los bajeles de la Real Armada, y escribió con este objeto un extenso informe en el cual dejó consignados datos numerosos relativos a la composición de aquel terreno, así como también a su flora y fauna (1). Por cierto que al regreso de Terry a España, hubo de ordenar el Excmo. Sr. Conde de la Lángara, se le abonasen sus atrasos, *por cuanto le habían mandado de Cuba sin dinero, sin papeles y sin ajustes. ¡La historia de siempre!....*

Con esta expedición termina la serie gloriosa, que dió principio en el reinado de Felipe II. Es verdaderamente lamentable que la decadencia del siglo pasado y la incuria de sus desatentados gobernantes hayan abandonado en los archivos los meritísimos trabajos que a costa de tanto dispendio y de tanto sacrificio hubieron de realizar nuestros padres en épocas ciertamente más venturosas.

(1) Descripción de la Isla de los Pinos por el Capitán de Fragata de la Marina Real D. Juan Terry y Lacy, quien consecuente a la Real orden pasó desde Madrid a la de Cuba, bajo las inmediatas órdenes del Conde de Mompox, Brigadier de los Reales Ejércitos, Subinspector General de las tropas de la última isla, etc., etc., a examinar en la primera si los pinos de que está poblada y los betunes que éstos producen podrían ser útiles para el uso de los bajeles de la Armada, exornado de varias noticias sobre sus producciones, situación de sus costas y ventajas que pueden producir. Un volumen de 61 página en 4.º—Ms. Depósito Hidrográfico de Madrid.

CAPÍTULO II

Proyecta el Gobierno español el envío de algunos navíos de guerra a las aguas del Pacífico (1860).—Nombramiento del General D. Luis Hernández Pinzón para el mando de la Escuadra. Dispone el Ministro de Fomento que embarque en ésta una comisión científica con destino a las costas de dicho mar.—Nómbrase una comisión consultiva para preparar la expedición.—Acuerdos. Designación del personal que había de agregarse a la Escuadra.—Dotación del mismo y promesas para lo futuro.—Encárgase el Real Cuerpo de Marina de las observaciones físicas y astronómicas.—Instrucciones a los comisionados.—Juicio crítico sobre la conveniencia y oportunidad de la expedición científica.—Alójase ésta en la fragata «Nuestra Señora del Triunfo».—Ofrecimientos de Pinzón.

Había transcurrido ya más de medio siglo XIX sin que nadie se acordase en España de mandar expediciones científicas a las Américas. Víctima, aquélla, de guerras, de asonadas y motines promovidos por las facciones políticas, cayó como no podía menos en esa abyección e ignorancia que, cual la sombra al cuerpo, siguen siempre a esos estados anárquicos. Y no sólo no pensó en continuar las gloriosas campañas del siglo XVIII en pro de las ciencias, sino que, muy al contrario, entregó al abandono más completo la casi totalidad de la inmensa labor científica de aquéllas y no pareciéndole aún bastante, *entregó* también al pillaje y al saqueo al mismo tiempo que los conventos y los templos de Dios, los del arte y de la ciencia. Mal podía pensar en el aumento de su patrimonio, con riquezas traídas de afuera, quien se dedicaba a destruir y malversar las que tenía dentro de su propia morada.

Por otra parte, aquellas tierras ya no eran nuestras y sus producciones estaban lejos de inspirar el primitivo interés que en otros tiempos nos había impuesto tantos sacrificios de todo género. A pesar de ello vino por vías extraordinarias y como por sorpresa a reanudarse el hilo de las antiguas tradiciones cuando menos podía esperarse.

En 26 de Marzo de 1860, nuestro Ministro de Estado pasó una comunicación al de Marina, haciéndole presentes las poderosas razones que exigían de España, el envío de una Escuadra a las costas del Pacífico. Desgraciadamente no estábamos en condiciones de llevar a la práctica semejante proyecto, al menos con la rapidez que era de desear; pero los acontecimientos políticos de América obligaron al Gobierno a adoptar por fin el acuerdo de mandar a las citadas costas dos buques de guerra que fueron las fragatas «Resolución» y «Nuestra Señora del Triunfo», y con éstas la goleta «Covadonga» que estaba en aguas de Buenos Aires. Más de dos años tardó en aprestarse la Escuadra para emprender su prolongado viaje; pero al fin se activaron los preparativos convenientes al caso y se nombró el personal necesario, designándose para Jefe de la misma al General D. Luis Hernández Pinzón; para Comandante de la «Resolución» al Capitán de navío D. Manuel de la Rigada, y para el mismo cargo en la «Triunfo» a D. Enrique Croquer y Pavía. No sabemos que nadie pensase en agregar a la Escuadra una comisión científica hasta pocos meses antes de emprender su viaje. ¿De quién partió la iniciativa? No hemos podido averiguarlo. Tan sólo recordamos haber oído al antiguo profesor del Instituto de Valladolid D. Fidel Pérez Mínguez, que la paternidad de semejante proyecto, correspondía a un *diario de la oposición*, en cuyas columnas se había reprochado al Gobierno (que era entonces el de la Unión Liberal) el que no se aprovechase la oportunidad presente, para enviar una comisión de hombres de ciencia, a las Américas, con el fin de repetir las antiguas campañas de Ruiz y Pavón, de Mutis y de Sessé. El Ministro de Fomento contestó, según nuestras referencias, que el Gobierno había deliberado ya sobre ese asunto, acordando por sí mismo, sin necesidad de excitación ajena, el destino de un grupo de naturalistas y físicos a las costas americanas, en los buques de la Escuadra (1), para

(1) El Sr. Pérez Mínguez fué uno de los que figuraron por algún tiempo como candidato para formar parte de la comisión, aunque por fin no llegó a incorporarse a ella. Con este motivo hizo un viaje a Madrid, donde tuvo noticia de la versión que arriba dejamos consignada.

estudiar aquellos países y coleccionar objetos con destino a nuestros museos. No podemos garantir la verdad de esa información, pero sí hemos de confesar que la creemos muy verosímil dadas la precipitación y la imprevisión que presidieron a ese asunto. Con fecha 27 de Mayo de 1862, es decir, *dos meses* y *medio* antes de salir la Escuadra, el Director General de Instrucción Pública dirigía al Ministro de Fomento, Excmo. Sr. Marqués de la Vega de Armijo, la siguiente comunicación: «Estando destinada al Pacífico una Escuadra mandada por el General Pinzón, es muy conveniente que en ella vaya una misión científica, como lo practican las naciones cultas en casos semejantes y lo ejecutó España con tanta gloria como la que más en la segunda mitad del pasado siglo, y principios del actual, en cuya época nuestros sabios hicieron adelantar algunos pasos (sic) a las ciencias y enriquecieron los museos nacionales hasta el punto de que fueran citados entre las primeras; estado por cierto bien diferente de su actual abatimiento y pobreza, circunstancias que hacen necesaria la misión proyectada, para que se empiece a sacar ya a las ciencias españolas del olvido en que cayeron, máxime cuando de todas maneras ha de verificarse el mayor gasto que consiste en el fletamiento de los buques; por lo cual, y cumpliendo las indicaciones de V. E., esta Dirección general tiene la honra de someter a su superior aprobación, las dos siguientes bases, para preparar el proyecto que tanto interesa al adelantamiento de las ciencias y a la gloria nacional.

Los gastos del personal de la misión podrían cargarse a las economías del capítulo 22 del presupuesto vigente y los de compra de instrumentos y demás que se refieran al material, al capítulo 26, artículo 1.° del mismo presupuesto.

Deberá nombrarse una comisión de personas enteradas en los diversos ramos de las ciencias que, reuniéndose en la Dirección general de mi cargo, y con asistencia del Oficial del respectivo Negociado para que haga las veces de Secretario: 1.°, examine el proyecto y dé dictamen acerca de la conveniencia o no conveniencia de su realización; 2.°, prepare las instrucciones que hayan de darse a la Comisión exploradora para que se consiga el objeto apetecido; 3.°, manifieste los

instrumentos y medios de que deba ser provista, y 4.°, proponga las personas que hayan de componerla.

La comisión consultiva podría componerse del Excelentísimo Sr. D. Vicente Vázquez Queipo, Consejero de Instrucción Pública; el Ilmo. Sr. D. Vicente Santiago Masarnau, Ponente del mismo cuerpo; el Ilmo. Sr. D. Mariano de la Paz Graells, Director del Jardín Botánico; el Sr. D. Venancio González Valledor, Decano de la Facultad de Ciencias; el Ilustrísimo Sr. D. Miguel Colmeiro, Catedrático de la misma; el Sr. D. Antonio Aguilar, Director del Observatorio Astronómico, y D. Eduardo Novella, Astrónomo del mismo.

Si V. E. aprueba las bases que preceden, la Dirección cumplirá con el deber de darle cuenta oportunamente de cuanto se vaya adelantando en este proyecto para su resolución conveniente. Sabau. (Director de Instrucción Pública) (1).

El día 27 de Mayo reunióse por vez primera bajo la Presidencia de éste, la Comisión consultora sometiéndose a su examen los siguientes puntos: 1.° Conveniencia y ventajas que deberán procurarse por medio de la expedición para el progreso de los conocimientos científicos; 2.° Extensión y límites de las investigaciones que deberán hacerse; 3.° Personal y circunstancias de los individuos a quienes deba darse tan honrosa comisión.

Examinadas por su orden las cuestiones indicadas y habiendo tomado parte en su dilucidación todos los señores asistentes, convinieron por unanimidad en las siguientes conclusiones: 1.ª Que la expedición científica de cuya conveniencia y aun necesidad no podía dudarse, ya se atendiese al desarrollo de las ciencias, ya al interés y honra nacional, podría tener dos objetos: uno, el de fijar y determinar datos, hoy dudosos, para la resolución de difíciles problemas científicos; otro, el de recoger seres, plantas y demás objetos de la Naturaleza, para enriquecer con nuevas especies nuestras colecciones y fomentar la propagación y aclimatación de otras,

(1) Este documento y los siguientes se encuentran en el Archivo General del Ministerio de Instrucción Pública.—4—Legajo—7.

útiles a la vida del hombre y provechosas para la aplicación a las ciencias.

2.ª Que las observaciones y trabajos deberían recaer sobre las materias propias de la Física, Mineralogía, Botánica y Zoología, según los lugares que la expedición recorriese, no tocando a la parte astronómica y geográfica, puesto que de ellas cuidaría, especialmente, el Cuerpo de Marina.

3.ª Que la Comisión que se nombrase por el Ministerio debería constar de un Jefe, persona de competencia científica y de categoría social; de dos Profesores de Física, dos de Historia Natural, dos disectores y un dibujante y fotógrafo. Se designó por unanimidad para el cargo de Presidente a don Patricio M.ª Paz y Membiela, Capitán retirado de navío, persona de reconocida competencia en Ciencias Naturales, acordándose que disfrutase de las condiciones equitativas y nada extraordinarias de doble sueldo, asistencia de Oficial de Marina, y un ascenso al regreso de la expedición y que se invitase a los Profesores de Ciencias Naturales Sres. Pérez Arcas, Galdo, Amor, Pérez Mínguez, Mieg, y a los de Ciencias Físicas Sres. Merino, Luanco, Banús, Guillén, Chamorro y Ravé.

Indicáronse también para disectores a Puig y Sánchez, y para colector a Altea.

Finalmente se acordó que los Académicos y Profesores presentes, redactasen las oportunas instrucciones partiendo de las bases indicadas y que formulasen los puntos generales y particulares necesarios para la marcha más expedita de la Comisión y el mejor logro de los deseos del Gobierno, quedando encargados de la redacción de este trabajo los señores Vázquez Queipo, Masarnau, Graells y Colmeiro». Santos de Isasa, Secretario.

El día 7 de Junio se reunió de nuevo la Comisión, compuesta de los Sres. Sabau, Vázquez Queipo, Paz y Membiela, Masarnau, Aguilar, Colmeiro, Novella, Amor (D. Fernando), Pérez Mínguez (D. Fidel) y Martínez Sáez (D. Francisco). «Hizo presente el Sr. Director de Instrucción Pública que había convocado para esta conferencia a los señores que habían aceptado la invitación para tomar parte en la expedi-

ción científica, con arreglo a lo acordado en la sesión anterior.

Se dió cuenta de haber invitado a los Sres. Pérez Arcas, Galdo, Ravé, Chamorro, Pérez Mínguez, Guillén, Banús, Amor, Otaño y Gorroño, de los cuales habían aceptado, Amor y Pérez Mínguez, no pudiendo hacerlo los demás por *causas de familia.* Dióse igualmente cuenta de una exposición del Sr. Puig y Galup, disector de la Universidad de Barcelona, ofreciendo sus servicios para la Comisión.

Acto continuo, se leyeron las instrucciones redactadas por el Sr. Vázquez Queipo, sobre puntos generales de observación y en particular sobre las materias propias de la Física; una copia de las observaciones metereológicas recomendadas a los Oficiales de Marina, por la Academia de Ciencias de París y una nota del «Viaje político y científico», efectuado por la fragata francesa «Venus», al mando del Capitán Du Petit Thouars, desde el 29 de Diciembre de 1836 al 24 de Junio de 1839, observaciones y notas que el Sr. Aguilar presentó por considerarlas útiles. Fueron aprobadas las observaciones y notas antes indicadas».

«Se dió luego lectura a las instrucciones que habían redactado los Sres. Graells y Colmeiro, relativas a los ramos de Historia Natural y quedaron aprobadas.

Leídas luego las notas de los instrumentos, aparatos y útiles que se necesitaban, se resolvió que se extendieran con la distinción conveniente, se consignaran los precios de todos los artículos y se dijese cuáles podían adquirirse en Madrid y cuáles en el extranjero con mayores ventajas, a fin de acordar en dicha sesión sobre este asunto lo más conveniente.

Se conferenció acerca de si sería posible dar a la Comisión el encargo de las observaciones físicas y magnéticas, a la vez que las investigaciones sobre Ciencias Naturales, y se hizo observar por el Presidente que hasta entonces *ningún Catedrático de Ciencias Físicas había contestado aceptando,* y pasóse lista a los nombres de personas que, versadas en estos conocimientos, pudieran ser nuevamente invitadas.»

Parece que la Comisión preparadora no abrigaba gran confianza en nuevas gestiones acerca de otros físicos para que formasen parte de la expedición, y entonces se acordó dirigirse al Cuerpo de Marina, proponiéndole por mediación del Sr. Paz y Membiela se hiciese también cargo de las observaciones de ese ramo.

El 8 de Junio volvió a reunirse la citada Comisión, procediéndose, ante todo, a dar lectura de un oficio del Sr. Pérez Mínguez, en que manifestaba la imposibilidad de que él formase parte de la expedición al Pacífico, por causas de familia.

Seguidamente se tomó el acuerdo de que los cargos de dibujante y fotógrafo recayesen en una misma persona. Propuso también el Sr. Director de Instrucción Pública el nombramiento de un cronista de la expedición que tuviese además el carácter de Administrador, y también de un etnógrafo para el estudio de las razas humanas de los países que habían de visitarse.

Al siguiente día (9 de Junio) celebróse nueva sesión, y en ella se supo ya de un modo oficial, que el Cuerpo de Marina tomaba a su cargo las observaciones físicas y magnéticas durante la expedición. En su consecuencia se procedió a determinar el personal de naturalistas en la siguiente forma: Presidente, D. Patricio Paz y Membiela, con el haber anual de 15.000 pesetas; D. Fernando Amor y Mayor, Catedrático del Instituto de Valladolid, con 9.600; D. Francisco de Paula Martínez y Sáez, Ayudante interino de la Facultad de Ciencias de la Universidad Central, propuesto por oposición para Catedrático de Instituto, con 7.600 pesetas; D. Marcos Jiménez de la Espada, Ayudante del Museo de Ciencias Naturales, 8.100; D. Bartolomé Puig y Galup, Ayudante disecador del Gabinete de Historia Natural de la Universidad de Barcelona, con 6.600; D. Juan Isern, con 6.100; D. Rafael Fernández de Moratín, empleado del Tribunal de Cuentas del Reino (1), y D. Manuel Almagro, con 3.600. También se

(1) Presentó su renuncia siendo sustituído por D. Rafael Castro y Ordóñez, a quien se asignó el sueldo de 7.350 pesetas.

acordó el nombramiento de D. Amós Escalante, para Cronista y Secretario, pero no se llevó a efecto.

Nombrada ya la junta de profesores naturalistas, que había de marchar con la Escuadra, y hecha la distribución de las tareas científicas entre aquélla y el Real Cuerpo de Marina, se comunicaron a éste las instrucciones oportunas que habían de observarse, tanto en los trabajos meteorológicos, como en los demás que estaban a su cargo.

Se redactó además el Reglamento para el régimen de la Comisión, en el cual intervinieron, según parece, el Director de Instrucción Pública, y principalmente D. Patricio Paz y Membiela». (1).

Este documento fué aprobado en la misma fecha por el Ministro de Fomento y entregado al Sr. Paz y Membiela, quien lo dió a conocer a sus compañeros el 30 de Julio, estando ya en Cádiz dispuestos para embarcarse. Su lectura produjo en los naturalistas una impresión desagradable que se tradujo en quejas y protestas, sobre todo, por parte de D. Marcos Jiménez de la Espada.

Con arreglo a él se hizo la siguiente distribución de trabajos. *Geología y Entomología,* Sr. Amor; *mamíferos y reptiles acuáticos, peces, crustáceos, anélidos, moluscos y zoófitos*, Sr. Martínez y Sáez; *aves, mamíferos y reptiles terrestres,* Sr. Jiménez de la Espada; *Antropología y Etnografía,* Sr. Almagro; *Botánica,* Sr. Isern; *dibujo y fotografía*, Sr. Castro y Ordóñez; disecador, Sr. Puig y Galup. A continuación entregó el Sr. Presidente a cada uno de los individuos de la comisión las instrucciones correspondientes redactadas por la comisión consultiva.

He aquí como quedó organizada y dispuesta la comisión de Naturalistas españoles, enviada a las costas del Pacífico el año de 1862. A poco que se reflexione sobre lo que acabamos de exponer, obsérvase inmediatamente: primero, *lo improcedente* de semejante *aventura;* segundo, *la falta de ambiente y preparación para la misma,* y tercero, toda una serie de gravísimos errores cometidos en la manera de darla

(1) Apéndice núm. 1.

forma y llevarla a vías de hecho. Esto, con perdón de las Autoridades que lo proyectaron, cuyas intenciones y deseos eran, sin embargo, buenos y dignos por lo mismo de alabanza y aplauso.

Volviendo a nuestro tema afirmamos sin reserva que era improcedente la expedición, porque estando todo sin hacer aquí en España, lo primero que se imponía era el estudio de nuestra Península y la formación de colecciones de nuestra gea, de nuestra flora y de nuestra fauna, todo lo cual se había olvidado desde los tiempos de Carlos III. Parecía por lo tanto natural, que antes de enviar nuestros sabios al Continente Americano, antes de invertir nuestros caudales en el estudio de países que, por desgracia, ya no nos pertenecían, dedicásemos unos y otros a satisfacer *las necesidades domésticas*.

Alegábase en la exposición del Director de Instrucción Pública al Sr. Ministro de Fomento, el ejemplo de otras naciones cultas y la práctica de nuestros reyes en anteriores épocas, pero si se hubiese reflexionado un poco sobre ambos extremos, veríase inmediatamente con respecto al primero, que dichas naciones no *confinaban* sus expediciones científicas en los barcos de guerra, sometiéndolas a los movimientos y necesidades de éstos y condenándolas a la inactividad, como se hacía en el caso presente; sino al contrario, eran las naves las que estaban al servicio de los sabios, cual ocurría con las de Bougainville, Cook, Quoy y Gaimard, La Perouse, Dumont d'Urbille, etc., etc., y en cuanto a las españolas de Fernández de Oviedo, de Francisco Hernández, de Loeffling, de Ruiz y Pavón, de Mutis, de Sessé..... ignoraban sin duda nuestros hombres de gobierno que antes de pensar en otras semejantes, lo que debía preocuparles era *la exhumación de los trabajos de aquéllas, sepultados casi todos en los archivos de la Península, y el desembalar los objetos de la expedición de Nueva Granada que llevaban ¡más de treinta años sin ver la luz!*

Por otra parte sabían muy bien los gobernantes españoles que nuestras relaciones con algunas repúblicas suramericanas, sobre todo con el Perú, eran ya por aquella fecha

muy poco cordiales; que los trastornos de Méjico y Santo Domingo, podían reclamar el día menos pensado la presencia de la Escuadra en esos puntos, y en suma que la estabilidad de ésta era muy problemática y sus movimientos inciertos y sujetos a mil contingencias: en semejantes casos ¿qué se hacía de la Comisión científica? ¿qué trabajos podía ésta llevar a cabo?....

Tales inconvenientes no se ocultaron, sin duda alguna, a los que se esperaba diesen sus nombres para la expedición. De aquí el que no aceptase *ni uno solo* de seis profesores de Física invitados, de aquí el que imitasen a éstos en su negativa, los naturalistas Pérez Arcas, Galdo, Pérez Mínguez y Mieg, inscribiéndose únicamente Amor y con fecha posterior los restantes compañeros ya citados, a quienes sus entusiasmos juveniles, aparte de otras razones que no es del caso exponer, arrastraron a esta empresa, de la cual no tardaron en manifestarse arrepentidos. He aquí por qué hemos dicho que esta expedición carecía por completo de ambiente y que no estaba preparada con el debido esmero y cuidado.

Más, por si ello fuera poco, hubo errores lamentables en las disposiciones del Reglamento por que había de regirse la Comisión. El primero de todos fué la elección de D. Patricio Paz y Membiela para Presidente de la misma. Era éste un marino que había dejado su carrera pidiendo el retiro. A pesar de su edad ya provecta, no había dado pruebas de su competencia en ningún ramo científico y concretándonos a la Historia Natural, puede afirmarse de él que era un perfecto indocumentado; y si hubiese todavía alguna duda acerca de esto, bastará recordar que siendo incumbencia suya aceptada voluntariamente la recolección de moluscos durante el tiempo que acompañó al cuerpo expedicionario, el estudio y clasificación de éstos fué encomendado a los Sres. Martínez y Sáez y González Hidalgo, aun estando aquél en Madrid. ¿Qué prestigio podía tener como Presidente de una Comisión científica una persona a quien superaba en conocimientos cualquiera de los restantes miembros de ella? Por eso mereció el referido nombramiento, no pocas censuras que trascendieron

a la prensa, y mereció también al Sr. Graells la significativa frase de que la *Comisión no tenía cabeza.* (1).

Otro de los desaciertos cometidos por los Sres. Paz y Membiela y Sabau, fué la clasificación del personal en categorías distintas (un naturalista, dos ayudantes 1.° y 2.°, un colector botánico etc. etc.) con sueldos también distintos. Era infundada porque no había motivo alguno para distinguir entre la labor del geólogo, la del zoólogo y la del botánico, todas igualmente interesantes, que deberían realizarse con idéntica exposición a las fatigas de un viaje prolongado y con el mismo provecho para las ciencias y produjo, como era natural, recelos y disensiones en el seno de la Comisión que resultó ya dividida en dos o tres bandos, antes de embarcar.

Con respecto a la plaza de dibujante y fotógrafo en una sola persona, era a todas luces insuficiente. Desde la expedición de Francisco Hernández en 1570, hasta la de Sessé, todas habían dispuesto de dos o más. La de Malaspina llegó a tener cuatro o cinco; en la de Mutis trabajaron hasta *¡catorce!* en algunas ocasiones. Como se ve por todo lo que antecede, la organización de este viaje científico adolecía de graves defectos cuyas consecuencias no tardaron en hacerse patentes y manifiestas. A pesar de ello se procedió al embarque de los expedicionarios a quienes se asignó alojamiento en la fragata «Triunfo». El Almirante Pinzón los recibió con las mayores muestras de afecto y deferencia, les ofreció su apoyo incondicional y les brindó con camarotes en la «Resolución» que era la Capitana ¡Ojalá los hubiese aceptado el Sr. Paz y Membiela! ¡Cuántos sinsabores y contrariedades hubiese evitado a sí y a sus compañeros!

---

(1) Véase la carta dirigida a éste por el Sr. Jiménez de la Espada desde Cádiz con fecha 30 de Julio de 1862. Apéndice, núm. 2.

4



Fragata «Ntra. Sra. del Triunfo».—(Islas Malvinas-1862).

CAPÍTULO III

Salida de la Escuadra; 10 de Agosto de 1862.—Accidente del día 13.—Arribo a Canarias.—Primeros trabajos de la comisión. Atenciones de los socios del casino canario y de otras personas.—El Jardín botánico y el proyecto de Jardín zoológico.—Excursión a La Laguna.—Recolección.—Se ven obligados los Naturalistas a arrojar al mar parte de los objetos recogidos.—Resultado de los primeros trabajos de la Comisión.—Salida para Cabo Verde y observaciones hechas en la travesía.—Arribo a la isla de San Vicente.—D. Juan Antonio Martínez y la Comisión.—Excursiones de los Naturalistas a los alrededores del puerto y a Lameiron.—Noticias sobre la constitución geológica del terreno, sus producciones, etc.—Observación curiosa de Jiménez de la Espada.—Colecciones.—Nuevas contrariedades.—Parte la Escuadra para el Brasil y observaciones verificadas durante el viaje.—Lamentable conducta del Comandante de la «Triunfo» con la Comisión.—Dan vista a las costas americanas.

Por fin quedó preparada y dispuesta la Escuadra del Pacífico a los dos años bien cumplidos de haberse acordado su apresto. El día 10 de Agosto de 1862, a las seis de su tarde, izó velas en la bahía de Cádiz y abandonó su fondeadero a los acordes de la Marcha Real y en presencia de inmenso gentío que desde las murallas gaditanas, agitaba sus pañuelos enviando el último adiós a los expedicionarios.

Los miembros de la Comisión científica habían embarcado algunas horas antes en la fragata «Triunfo», y poseídos de intensa emoción, contemplaban aquel espectáculo, nuevo para la mayor parte de ellos, con el sentimiento de quien abandona su patria y familia, con el temor de un futuro que comenzaba ya a presentarse poco halagüeño. Buenos mares y felices vientos, dice Almagro, conducían las naves y aparte las molestias del mareo que postraron inmediatamente en cama a la mayoría de los Naturalistas, tranquila hubiese transcurrido la primera parte del viaje, de no haberle pertur-

bado un suceso trágico que les impresionó triste y hondamente. A él dedica Jiménez de la Espada las primeras páginas de su «diario» que dice así: «Día 13 de Agosto de 1862. Tiempo hermoso y viento fuerte. Hacíamos por término medio ocho millas por hora. La marejada alzaba la porta y el agua mojaba nuestros camarotes entrando por ellos, no obstante haberse calafateado con estopa y sebo todas las rendijas. A pesar de ello recibimos con gusto la rociada porque nos indicaba que nos acercábamos con más rapidez a las Canarias. Yo estaba cenando; no había almorzado ni salido de mi camarote en todo el día. Aún con la certidumbre de mejorar tomando el aire sobre cubierta, mi postración era tan grande que no tenía voluntad para tomar ese alivio. Este es uno de los más terribles caracteres del mareo. Llegó la hora de las cuatro, tocaron a comer y tampoco tuve ánimos para acercarme a la mesa. Con el fin de consolar mi asendereado cuerpo trato de dormirme al ruido de los platos, copas y alegre algazara que armaba a bordo la mesa de oficiales. A la media hora de todo esto, sentí como un murmullo, después... nada. De repente unas sencillas palabras me sacan de mi no muy seguro sueño «hombre al agua» y siguen a ellas un ruido sordo y confuso que demuestra la agitación reinante sobre cubierta, dominada por la enronquecida voz del Comandante que ordenaba la maniobra de orzar y ponerse en facha. Yo lo sentí precisamente encima de mi cama porque un tropel de marineros se dirigía a la porta de mira babor a proa a picar la góndola.

Disipóseme el mareo como disipan la embriaguez los grandes peligros y medio vestido y precipitadamente salí de mi camarote a la batería. A través de una de sus portas distinguí la silueta de un bote, ya tripulado, sobre el obscuro y ancho horizonte; colgaba a la popa y ya la proa se sumergía en el agua, arrastrando a los que habían tenido ánimo para exponerse al peligro por salvar la vida de un pobre marinero. Subo a cubierta; había comenzado a obscurecer, la ventolina soplaba con fuerza y el mar estaba bastante picado. Todos los oficiales, guardias marinas, contramaestres y multitud de marineros, estaban a popa mirando con ansia hacia un punto,

desgraciadamente ya lejano, donde suponían luchando con la muerte a un desventurado compañero.

Pregunto y pido detalles del suceso..... Un pobre gaviero, me dicen, al pasar por delante del trinquete a tiempo que la fragata daba una guiñada, recibió un golpe con la vela en todo el cuerpo, que le arrojó al mar. Es hijo de Canarias (1) y viene a bordo un hermano suyo que ha tratado de arrojarse tras él. Ambos esperaban ver muy pronto a su madre y a su patria..... Es buen nadador..... ¡quizá se salve! Al caer se le han arrojado dos cuarteles de los que cubren el pozo de la hélice porque la góndola no ha querido caer después de picada. En esto ya el bote cortaba a la fragata por la popa y se adelantaba rápidamente hacia el sitio del desastre. Llevaba una luz roja que levantaban de cuando en cuando para que pudiese difundirse por la desigual superficie del agua. Allí estaba alejándose como una mancha negra, como un punto luminoso, ya apareciendo sobre una ola, ya ocultándose detrás de ella. Era imagen de la duda que se agitaba en nuestras almas inquietas. Y ¿quiénes van en el bote?. D. Camilo Arana, Alférez de navío y nuestro encargado, me contestó: un guardia marina, el guardia marina de 1.ª clase, habilitado de Oficial D. Fausto Saavedra, hijo del Duque dé Rivas. Era el primero que tuvo la fortuna de saltar en ese bote que además llevaba patrón y seis marineros. ¡Dios les dé acierto y fortuna! Mientras se alejaban, «La Triunfo» que parecía también expresar su impaciencia con bruscos balanceos y con el ruido de sus velas que azotaban los palos, había iluminado con faroles todo el aparejo. ¡Media hora esperamos!.... ¡media hora de angustia!..... Al cabo de ella conocieron los marineros de mejor vista que el bote había iniciado el regreso: pronto le percibimos todos, al aproximarse, una sola voz..... la voz de la tripulación preguntó ¿se ha salvado?..... ¡No le hemos visto!.... contestaron sus tripulantes en medio de las olas que se deshacían contra el costado de la fragata. Siguió

(1) Hemos buscado en las Comunicaciones de Pinzón el nombre de esta víctima, omitido en todos los «diarios», teniendo la suerte de encontrarle. Se llamaba *Marcial Martín Fernández.*

a estas palabras un triste silencio y un recogimiento religioso se apoderó de nuestras almas. El Comandante ordenó con voz firme continuar el rumbo, y el movimiento y el ruido continuaron a bordo nuevamente. Todavía permanecí algún tiempo sobre cubierta fijando mis ojos y mi imaginación en el sitio donde acaso estaría el pobre gaviero en medio de las olas luchando con las ansias de la muerte ¡casi a la vista de su patria!.....

Me hacía daño el relente y el mareo se presentaba de nuevo con sus angustias sintomáticas. Bajé a la batería para entrar en mi camarote y acostarme. Hallábanse allí los seis marinos que fueron con el patrón a salvar la vida de su compañero. Había ordenado el Comandante se les recompensase con un vaso de vino y relevo de todo servicio hasta el día siguiente y aguardaban el premio más por obediencia, que por gana de saborearlo. Trajéronlo, apuraron el vaso, limpiáronse la boca con el dorso de la mano y fuése cada cual a reunirse con los muchos grupos esparcidos por las inmediaciones de la batería.

¡Qué impresión había dejado en el alma de aquella ruda gente el desgraciado fin del gaviero! Oyendo estuve durante dos horas narraciones pintorescas despertadas por tan triste suceso. Contaban primero historias idénticas a esta, o también muy análogas y por último hablaban sólo de la muerte!....

Al siguiente día (14 de Agosto) fondearon las fragatas en Santa Cruz de Tenerife, desembarcando los naturalistas en busca de alivio para las fatigas del cuerpo y también para los pesares del alma todavía oprimida por el recuerdo del naufragio ocurrido algunas horas antes.....

No amenguó, sin embargo, por esto ni por algunas contrariedades sufridas el arresto ni el celo de la Comisión que se propuso aprovechar la breve estancia en aquel puerto, para dar comienzo a sus trabajos. Mucho hubiese podido hacer de haber dispuesto siquiera de algunas semanas, pero la Escuadra solo permanecía en Santa Cruz de Tenerife cuarenta y ocho horas y era inútil pretensión la de proyectar nada serio. Aun así, las aprovecharon para describir la población y recoger curiosas noticias acerca de las costumbres y usos de sus

habitantes actuales y también de los primitivos o *guanches*. Por aquellos días, se descubrieron en una caverna de las inmediaciones de Santa Cruz, cuatro momias de los últimos y los comisionados gestionaron su adquisición para el Museo de Historia Natural de Madrid, obteniendo del Gobernador civil de aquellas islas la promesa formal de que allí serían remitidas (1).

Entre las personas que más distinguieron con sus atenciones a la Comisión, cita D. Fernando Amor, a los señores socios del Casino de Santa Cruz, a D. Pedro Gurrea, al Secretario del Gobierno civil D. Alonso de Nava y al Cónsul de Francia Mr. Berthelot. Con éste conferenció largamente acerca de las producciones del país y en especial de la feracidad del valle de la Orotava recordando al mismo tiempo la fundación del Jardín Botánico de dicha ciudad, entonces bastante decaído, y el proyecto del antiguo Ministro, Marqués de la Rivera, en el cual se proponía no sólo restaurarlo sino también establecer un Jardín Zoológico de aclimatación «en el cual hiciesen escala, digámoslo así, los productos vivos tanto animales como vegetales de todos los países cálidos antes de pasar a España» (2). Añade Amor, que le ofrecieron la dirección de ese establecimiento y que con gusto la aceptaría al regresar de su expedición. ¡Cuán lejos estaba, de sospechar que no volvería a pisar su patria!

Otro de los detalles que excitaron la curiosidad de los naturalistas, fué el monumento existente en la plaza principal de Santa Cruz. Consistía en una estatua de Nuestra Señora de la Candelaria, rodeada de otras cuatro que representaban a los últimos reyes de la dinastía guanche (3).

El día 15 hicieron los naturalistas una excursión a la ciudad de «La Laguna», antigua capital de aquellas islas, regresando

---

(1) El Sr. Almagro dice en su Memoria, que al regresar a Madrid el año 1865, se encontró con que dichas momias no habían sido enviadas a su destino, ¿Llegarían posteriormente? porque en el Museo antropológico existen hace ya años momias guanches.

(2) Diario de Amor, 15 de Agosto del 62.

(3) La descripción se encuentra en el citado Diario de D. Fernando Amor. Día 15 de Octubre.

por la tarde bastante fatigados y relativamente satisfechos del resultado de aquélla. No calcularon, sin embargo, el desengaño que les esperaba y la sorpresa desagradable con que el Sr. Comandante D. Enrique Croquer se proponía corresponder a los primeros trabajos de la Comisión.

Buena parte de los ejemplares recogidos, exigió las precauciones obligadas de limpieza, etc., para que pudieran conservarse y ser enviados a su destino; pero he aquí que al dar principio a ellas vino la Ordenanza a prohibirlo, poniendo a los colectores en el doloroso trance de tener que arrojar por la borda una porción del fruto de sus trabajos (1). Y ahora ocurre preguntar: Si, como es de suponer, eran conocedores de las leyes de Marina los Ministros que proyectaron la expedición ¿cómo no previeron este conflicto? cómo no dictaron órdenes terminantes para que se facilitase a los expedicionarios el cumplimiento de su cometido? ¿qué se proponían al embarcarles en semejantes condiciones? He aquí la primera de la serie de contrariedades que empezaron a dificultar la obra de la Comisión.

Por lo demás, los objetos recogidos en Canarias por Martínez, Paz, Amor e Isern, fueron los siguientes: numerosos ejemplares de *Pupa, Helix, Ancylus* y *Bulimus;* una colección regular de *Coleópteros* y, sobre todo, un herbario de 437 ejemplares pertenecientes a 41 especies.

Parecía natural que paralelamente a los trabajos de los Naturalistas, diesen también principio las observaciones físicas encomendadas al Cuerpo de Marina; pero por desgracia no fué así; mas aún, ni siquiera podía ser. La primera condición para ello era tener personal preparado y especializado en ciertas materias, por ejemplo, en la cartografía y magnetismo, como se había practicado en las expediciones de D. Antonio de Córdova y D. Alejandro Malaspina, y ahora nada de eso se había hecho, pues sólo días antes de la partida tuvieron

(1) Veáse Almagro. Breve descripción de los viajes hechos en América por la Comisión científica enviada por el Gobierno de S. M. C. durante los años 1862 a 1866, etc., etc., por D. Manuel Almagro, Doctor en Medicina.—Madrid—1866.

conocimiento los marinos de semejante encargo. La segunda condición, absolutamente indispensable, consistía en designar concretamente a los oficiales que habían de realizar las observaciones citadas, pues tampoco ésto se llevó a cabo. Hemos examinado toda la documentación oficial de las dos fragatas, «Triunfo» y «Resolución», y nada aparece relativo a nuestro asunto fuera de las «hojas que contienen las observaciones mandadas a todos los buques de guerra».

El 16 (1), a las once y treinta y ocho minutos de la mañana, salieron las fragatas del puerto de Tenerife con rumbo a Cabo Verde, empleando seis días en la travesía. Las observaciones consignadas en los diarios de Amor y de Martínez, son escasas: la escena de una Misa a bordo, que, por cierto, inspiró al geólogo Amor la página tal vez más bella de su «diario»; la presencia de peces voladores, de bonitos y tortugas; la fosforescencia del mar, el paso del Trópico de Cáncer (el 19) y la aparición de un cometa en ese mismo día, son lo único que se registra en dichos diarios.

El 22, a las ocho de la mañana, dieron fondo las fragatas en el puerto de San Vicente de Cabo Verde. Tampoco debían parar aquí más que dos días, y era de necesidad sacar de ellos el mayor partido posible. La Comisión saltó en seguida a tierra y se dirigió al domicilio del Cónsul español, para quien llevaba algunas cartas. Desempeñaba entonces ese cargo en aquella capital D. Juan Antonio Martín, caballero portugués, quien los recibió con la mayor amabilidad, haciéndoles objeto de atenciones delicadas y ofreciéndoles sus servicios. Inmediatamente se distribuyeron aquéllos por los alrededores de la población, marchando a la playa Paz y Martínez, en busca de moluscos y zoófitos; Amor, a otros sitios cercanos, a caza de insectos, y Jiménez de la Espada e Isern, a dos parajes más elevados, conocidos allí con los nombres de *Cerro del Forte* y *Morro Branco* respectivamente.

Las primeras observaciones consignadas en todos los diarios, refiérense al aspecto y composición de aquellos te-

(1) Almagro dice en su «Memoria» que fué el 17, pero no es así.

rrenos. «San Vicente, dice Jiménez de la Espada», es una isla volcánica situada a la entrada del puerto, o bahía, mejor dicho, que es en forma de cráter. Su suelo es árido. Vénse en la superficie trozos de basalto bien caracterizados y la cúspide de las montañas presenta esta roca al descubierto y afectando sus formas bien características. Por la costa y parte Sur de la bahía, frente al islote de Hico, hallé vetas de carbonato de cal cristalizado en romboedros y en la variedad llamada Espato de Islandia atravesados por filones de basalto.»

Amor observó asimismo la composición de las rocas inmediatas a la ciudad, a las cuales dedica estas líneas: «Son..... por lo regular masas pizarrosas divisibles sólo en muy gruesas lajas con grande inclinación, de color parduzco y que en unos puntos pasan a sieníticas y en otros toman el aspecto de porfídicas. En unos sitios están cubiertas por lechos de calizas terrosas blanquecinas o mezcladas con rojas arcillas al paso que en otros, estas mismas rocas sirven de barrera al mar, cuyas olas las han denudado, corroído y entrecortado, dejando masas aisladas, entre las que pueden recogerse, en las bajas mareas, varias especies de moluscos vivos, todos curiosos y algunos al parecer nuevos, y diversos zoófitos». Estas indicaciones geológicas fueron extendidas después por el mismo D. Fernando Amor a la región de San Vicente, opuesta al mar, donde halló un valle, cuyas laderas eran montañas escabrosas y cuyas faldas estaban cubiertas por lechos de calizas pertenecientes al *Terciario Moderno;* y más al interior, un conglomerado de cantos rojizos, atravesado, en algunos puntos, por estrechos muros de rocas volcánicas de naturaleza *piroxénica*.

La falta de humedad en esta isla, es causa de su aridez e improducción y de un clima ardiente, cuyos efectos experimentaron los naturalistas el día 26 en una visita que hicieron a la finca del Cónsul español enclavada en un sitio llamado *Lameiron,* a cierta distancia de la capital. En esa finca, brotaba la única fuente de agua dulce que se encuentra en San Vicente, y de la que se surtían para beber los habitantes de esta ciudad. Esperando hallar en el citado *Lameiron* un ver-

gel frondoso y rico en especies animales y vegetales, allá se dirigierou muy de mañana, ansiosos de aumentar sus colecciones, con abundantes ejemplares de la fauna y flora de dicho paraje. Pronto se convencieron de que sólo manaba un hilito de agua de aquel famoso manantial, al que sólo, constreñidos por la necesidad, acudían los habitantes de la isla. No fué, sin embargo, infructuoso este viaje, sobre todo para el botánico, el geólogo y el entomólogo, como veremos después. Al mismo Jiménez de la Espada, se le presentó ocasión para observar el siguiente detalle que narra en su diario y que no carece de interés. «A un tiro de bala de la fuente hay una choza (debe ser del guarda de la finca) cuyo aspecto, así como el de sus habitantes, hirió fuertemente mi imaginación. Era de *piedras negras* como las del terreno sobre que estaba construída; *negra* la techumbre por ser de hojas secas de bananos; *negros* los que vivían en ella (varón y hembra y un perro de lanas también *negras* y sucias), todos desnudos. Ensartados en un palo, secaban al sol unos pedazos de carne ennegrecida ya, por la acción de los rayos solares y del aire. ¡Qué miseria tan desoladora! ¡Qué tristeza siente el alma al considerar que el sér que vive en un abismo tan profundo de pobreza es el hombre! ¡Hasta le falta alrededor de sí un color que refleje los alegres rayos del Sol! ¡Qué armonía tan terrible!, ¡negra su alma porque en su raza la inteligencia es poca y un esclavo no recibe educación!, ¡negro su cuerpo!.... negro su albergue!.... ¡negro su alimento!.... Ahora bien, o ese hombre conoce su situación y desea, o no la conoce y no desea; si lo primero ¡cuánto debe sufrir! si lo segundo, es como el bruto. ¡Pero sí es dolorosa la idea del extremo a que puede llegar nuestra especie, de lo que el hombre puede degenerar, la idea de que pueda desear o querer en ese perpetuo destierro, es en extremo horrible!»........................

Como puede deducirse de lo dicho, las producciones naturales observadas por la Comisión en esta isla, eran escasas.

La parte mineral estaba representada por algunas rocas volcánicas y calizas; la botánica, por la *Euphorbia canariensis, Tamarix, Tribulus, Jatropa,* etc., etc., a las cuales deben añadirse algunas importadas de América, como piñas,

cocoteros, chirimoyas y bananas; la zoológica, por varias especies de insectos (*Acridium, melasomas, neurópteros);* algunos reptiles (gecónidos y lacértidos), pocas aves (fringílidos y silvias), aparte de la fauna marina, que tampoco resultó muy abundante.

San Vicente estaba habitado en aquella época por unos seiscientos negros originarios de la tribu de los Yolof que puebla la vecina costa de África; por algunos portugueses y por los ingleses que poseían el depósito de carbón. El color de los primeros oscilaba según los individuos entre el negro puro y el cobrizo. «El tipo de facciones y el pelo se alejaba del tipo primitivo en algunos lo mismo que el color..... Las mujeres, todas de la clase pobre, son en general altas y robustas; su traje está reducido a una saya de coco azul o de listas de color rosa y blancas; el cuerpo cubierto solo con la camisa escotada y de manga corta; un pañuelo puesto a modo de turbante les cubre la cabeza, llevando pulseras, collar y pendientes de cuentas azules de cristal» (1).

Falta de terrenos cultivables dicha isla, los negros se dedicaban de ordinario al cargamento del carbón. Su religión era la Católica (2), su lengua una mezcla de portugués y de su idioma nativo y sus costumbres sencillas, aunque en muchas mujeres un tanto disconformes con la moralidad y el pudor.

Los comisionados recogieron también informes de las siguientes islas de ese archipiélago: de *Santiago,* residencia de las autoridades portuguesas, *San Nicolás, San Antonio,* notable por sus aguas y abundancia de frutos, dice Amor, aunque de clima muy insano; *la sal* abundante en esta estancia y en *Buena Vista;* todas habitadas. Inhabitadas *Blanca, Razza* y *Santa Lucía* con los peñascos *Mayo, Fuego* y *Brava,* y sobre todos, añade el mismo Amor, «*O Lleó,* llamado así porque como un grosero y enorme León se halla

(1) Diario de D. F. Amor. Día 22 de Agosto de 1862.

(2) Tenían párroco de su raza y una Iglesia recién construída. Martínez, dice, que entró en élla y que halló a los negros cantando la letanía con mucho fervor. ¡Con qué gusto, añade, hubiera orado más, si no lo impidiera lo avanzado de la hora!....



Puerto de Pernambuco (1962).

echado en medio del mar y guardando la entrada de este puerto».

Los objetos recogidos en San Vicente fueron estos: *rocas volcánicas y areniscas, 221 ejemplares de plantas pertenecientes a 21 especies; varios zoófitos, entre éstos una colección hermosa de muestras de coral* (1), *numerosas especies de moluscos, (Littorina, Siphonaria, Purpura, Trochus, Fissurella, Nerita, Patella, Chama, Conus, Buccinum y Cypræa); ídem de coleópteros y neurópteros, y por último algunos reptiles.* Como puede suponerse también se adquirieron bastantes ejemplares de peces, pero se perdieron dinero y trabajo. En primer lugar o no se prepararon o se hizo la preparación de un modo deficiente por no incurrir en el desagrado del Sr. Comandante Croquer, opuesto desde el primer día a semejantes manipulaciones. Por si esto fuera poco, se encontró Martínez y Sáez, con que no había medio de adquirir envases. Previó ya en Cádiz esta dificultad y trató de resolverla comprando latas; pero el Presidente le hizo desistir de su propósito, asegurándole que las fabricaría el armero del buque y por consiguiente que bastaba proveerse de hojalata y estaño, como en efecto se hizo. En esa convicción se acudió al citado armero solicitando su auxilio; pero después de insistentes ruegos y aun de promesas de gratificarle, sólo pudo obtenerse la respuesta de que *no podía ocuparse de semejantes menudencias* (2). ¡Digno súbdito de tal superior!

Hay todavía dos detalles que vamos a consignar aquí porque vinieron a ser, por opuestos conceptos, un síntoma

(1) Encuéntrase parte de ella en el Museo Nacional de Ciencias Naturales de Madrid. Algunos ejemplares están pulimentados, la mayoría conservan restos del sarcosoma. Hay uno de *coral blanco* (Hemicoralismo de Gray) y otro muy notable por haberse desarrollado sobre un *Antipathes* que sirve de eje. Fué adquirida esta colección por D. Francisco Martínez, quien la compró al patrón de un pailebot español de las costas de Gerona, fondeado, por entonces, en aguas de Cabo Verde.

(2) Diario de D. Francisco de Paula Martínez y Sáez. Día 22 de Agosto.

de futuros acontecimientos y una revelación de los motivos que determinaban entonces dificultades ya presentes.

Al fondear las fragatas en Cabo Verde los Naturalistas quisieron desembarcar inmediatamente y pidieron, como era natural, una lancha para trasladarse a tierra; no aparecía aquélla por ningún lado, y hastiados de tan larga espera, exteriorizaron su protesta en una *forma viva* que pudo producir un conflicto, según dice Martínez. Por fin les fué facilitada, gracias a las órdenes del 2.° Comandante; pero no sin haberse iniciado ya la *cuestión del bote* que llegaría a ser *famosa* durante este viaje.

Refiérese el otro al comportamiento del caballeroso Almirante con la comisión; y dejaremos al Sr. Martínez su relato:

«Día 24 de Octubre de 1862. Estaba vestido de campo para marchar a tierra cuando vino a mi camarote el Ayudante del General para convidarme de parte de S. E. a almorzar. Me mudé y fuí en su compañía y en la de Almagro en un bote a la fragata «Resolución», en la que fuimos recibidos con agrado por el Sr. Pinzón. Me hizo éste algunas preguntas acerca de la poca abundancia que se notaba en este puerto de especies de peces de facies distintas de los españoles, permitiéndome hacerle algunas indicaciones acerca del modo de formar las colecciones de animales, sobre todo en lo que se refiere a la utilidad de que los ejemplares de una misma especie procedan siempre que sea posible de diferentes localidades, como dato interesante para la Geografía Zoológica. Al mismo tiempo le manifesté la imposibilidad absoluta de trabajar en el barco, pues las preparaciones daban mal olor, y sobre todo, por falta de espacio. *Mucho me extrañó al oir que me contestó no ser culpa suya no se hubiese pedido más local, que siempre estuvo dispuesto a dar, que sus deseos eran fuésemos todo lo mejor posible, habernos hecho una sala de estudio y hasta exigió del Comandante comiésemos a su mesa;* PERO QUE A TODO SE HABÍA OPUESTO EL SR. PAZ. Ví confirmadas mis sospechas sobre el *egoísmo* de la persona que nos dirigía, *cuyas determinaciones nunca son acertadas, como no sea en lo relativo a su persona.* Paso en silencio las cosas que nos fueron dichas, pues por



Alfandega (Aduana)-Pernambuco (1862).

desgracia, creo no se me olvidarán y las tomo como uno de tantos desengaños que sirven para conocer a los hombres. Le supliqué en nombre de la ciencia hiciese algo por ella remediando en lo posible los efectos de la mala dirección que habíamos tenido. Ví que acogió con interés mis indicaciones y las del Sr. Almagro, y no puedo menos de hacer justicia aquí a lo elevado de sus ideas, a su buen deseo y amabilidad, prendas que le hacen Jefe muy apreciable y que se revelan hasta en sus menores acciones.

Nos mandó sentar en la mesa a su lado, acompañándonos además el primer y segundo Comandante, mayor, ayudante y un oficial. En el almuerzo y después versó la conversación sobre lo mismo que la anterior, sobre el carácter de los marinos y americanos, y forma general de las dos fragatas. El Sr. de la Rigada (Comandante) nos entretuvo agradablemente con una instructiva conversación sobre algunas particularidades de ambos barcos. Conocí entonces lo agradable que debe ser ir en el (barco) que manda tan digno Jefe, bien distinto del del nuestro que parece ser... (aquí un término muy fuerte que omitimos por piedad) por sus acciones y por las palabras que pronuncia aún cuando esté mandando en el puente».

El día 24 de Agosto, a las tres de la tarde, levaron ancla ambas fragatas y abandonaron la Bahía de San Vicente, avanzando hacia mar libre, por el canal que media entre el cabo de *morro blanco* y el islote de los pájaros. A las seis perdieron de vista los últimos picachos de las montañas de Cabo Verde, dirigiendo el rumbo a Pernambuco. La navegación siguió tranquila el día 25, y a falta de otras impresiones los Naturalistas consignan en sus diarios la por demás grata y para ellos nueva que les produjo el mar reflejando como un inmenso espejo a la caída de la tarde los tintes arrebolados del firmamento. Durante esta travesía puede decirse que concentraron su atención en la vida interior del buque.

El 27 hubo ejercicios de cañón, y con este motivo supieron Amor y sus compañeros que en caso de combate su misión era la de conducir cartuchos desde la Santa Bárbara a la batería. Martínez como persona de piedad acendrada nos

hace observar el efecto consolador que producían en los pobres marineros las pláticas y exhortaciones del P. Capellán.

Amor se fijó por su parte en el abuso lamentable de obligar a proveerse de tabaco al personal de marinería aunque no fumase, descontándoles todos los meses una parte de su menguado sueldo.

A los pocos días de navegación, ordenó el Almirante a la fragata «Triunfo» que hiciese rumbo a Bahía, dejando el de Pernambuco. Semejante cambio produjo en los naturalistas mal efecto según claramente se deduce de las frases de Amor que a continuación copiamos: «Esta contrariedad es una de las muchas que nos ocurren por no habernos puesto a bordo de la Capitana como el General parece quería y propuso al Sr. Presidente, ofrecimiento que no aceptó por creer que en la fragata «Triunfo» tendríamos más local para trabajar; pero desgraciadamente no es así, pues nada se nos permite hacer a bordo. Incomoda la disección del más pequeño pájaro; los papeles de las plantas no pueden extenderse en la batería; los pescados apestan según los marinos y hubo que arrojar al mar los que se estaban preparando y eran resultado de la pesquería de Cabo Verde. Bote para ir a tierra lo hay pocas veces, y éstas, además de tenerlo que mendigar, si se nos cede, es no muy a gusto. Los marineros de nuestro servicio, raro es el día que no se destinan a otro. Todo lo que sobre esto ocurre está en contradicción con lo que en Madrid se nos ofreció. En quien consista lo ignoro. Sé que el General quiso que se nos facilitase todo lo necesario, que sabe lo que hoy nos ocurre y que trata de remediarlo, veremos.

Sospechamos fundadamente que no se ocultaban a D. Fernando Amor las causas de tan lamentables cuanto inesperadas deficiencias, pero si es que realmente no las sabía tuvo muy pronto motivo para adivinarlas. A los pocos días de haber salido de Cabo Verde, la fragata «Triunfo» se comunicó a los individuos de la Comisión una orden del Comandante D. Enrique Croquer y Pavía, prohibiéndoles de un modo terminante sentarse en cubierta, y por si esto era poco, se colocó un centinela con bayoneta calada, para hacer toda-



Lagunas (Alagoas).—Pernambuco-Brasil (1862).

vía más odiosa esta medida, desatención que tenía todos los visos de un atropello y que causó a los Naturalistas hondo disgusto y no pequeña preocupación. Y en verdad ¿qué trato podían esperar para lo futuro de un Jefe que así procedía con sus huéspedes en los primeros días de una larga navegación? Y por otra parte ¿qué motivos racionales podía alegar aquél para conducirse con ellos de una manera tan poco hidalga y caballerosa? Si no estaba dispuesto a guardarles aquellas consideraciones que imponen las reglas más elementales de cortesía, ¿por qué les admite en su barco?; por qué al llegar a Canarias o a Cabo Verde no pidió al Sr. Almirante el traslado de la Comisión a la «Capitana» donde había pruebas de que aquélla sería recibida con agrado? Y si como parece, se hallaba indispuesto con el Presidente Paz y Membiela ¿por qué hacer extensiva su animosidad a los Naturalistas, completamente ajenos a esas disensiones?

¡Qué diferencia tan grande entre esta conducta y la que observaron en el siglo XVIII el Almirante Malaspina con Pineda, Haenke y Nee y antes el Comandante del «Peruano» D. José de Córdova, con D. Hipólito Ruiz y D. José Pavón! (1).

En la mañana del 4 aparecieron sobre la superficie de las aguas marinas, restos abundantes de *Fucus* que anunciaban la proximidad de las costas americanas, y poco después se notó la presencia de numerosos individuos de un *sifonóforo* que Amor y Martínez denominan *Velella,* pero que indudablemente no era otra cosa que una *Physalia* conocida vulgarmente con los nombres de *navío de guerra portugués, batel de Guinea, galera, fragata y caravela.* Se capturaron algunos ejemplares de los cuales sacó un dibujo el Sr. Castro y Ordóñez.

(1) Véase el «Viaje político-científico alrededor del Mundo por las corbetas «Descubierta» y «Atrevida», al mando de D. Alejandro Malaspina y D. José Bustamante, publicado por D. Pedro Novo y Colson..... Madrid 1888.

En la Introducción al Prodromus Floræ Peruvianæ et Chilensis, constan los testimonios de gratitud de ambos botánicos al citado Capitán. Prefacio, pág. 9.

El día 9 se presentó por fin ante su vista la ansiada tierra americana, que por momentos deseaban pisar cual tierra de promisión donde podrían consagrase de lleno, siquiera durante algunas semanas, a cumplir el cometido que se les había confiado, a gozar de una independencia que les redimiese de la odiosa servidumbre a que venían sometidos y a buscar algún consuelo a las decepciones amargas, que habían sufrido ya en la primera etapa de su viaje.



Cascada (Cachoeira) de Novo Mundo.—Brasil-Pernambuco.

CAPÍTULO IV

Tierra americana.—Bahía de San Salvador.—Fondeo de la «Triunfo» y saludo de ambas fragatas a la plaza.—En busca de alojamiento.—Cumplimiento de un voto sagrado.—Visitas a las Autoridades.—Las Cadeiras.—Excursión a Itaparica.—Resultados obtenidos en ella.—La biblioteca pública de Bahía.—La Escuela de Medicina.—El Liceo.—Dragados de Paz y Martínez en la bahía y alrededores.—Disensiones entre Paz y Jiménez de la Espada.—Mr. Lacerda y su laboratorio.—Examen de una india patacho.—El Dr. Wucherer y su comportamiento con Jiménez de la Espada.—Observaciones de éste en casa de aquél.—Regala una colección de ofidios para el Museo de Madrid.—Cerruti.—Williams.—Compra de aves en casa de Chuchu.—Excursión al Lago Dile.—Idem de Martínez y Amor a Pitanga.—Observaciones de éste sobre los termites.

Honda y conmovedora en gran manera fué la impresión que experimentaron los Naturalistas, al contemplar por primera vez la magnificencia del país brasileño, que describen en sus diarios con los colores más vivos. «El día 9, a las tres de la tarde y con tiempo achubascado, dice Jiménez de la Espada, dimos vista a la costa americana tan deseada. A consecuencia del estado atmosférico, cuando se presentó a mis ojos se percibían claramente las masas de árboles, entre las que descollaban los cocoteros, de manera que las eminencias semejaban en su cresta, a los dentellones de las sierras vistos a distancia. Duró poco tan deseada vista: recargó la cerrazón y desapareció por completo, pero pronto empezó a aclarar de nuevo aunque lentamente. Distinguióse el faro, la punta derecha de la bahía con el fuerte más a la derecha y terminando la parte más avanzada de la costa un bosque de cocoteros que llegaba hasta el mar y parecía mojar los troncos en sus aguas. Por último despejó el tiempo y apareció en el momento de entrar en bahía la ciudad iluminada por un sol clarísimo. ¡Qué espectáculo después de 16 días

de navegación entre cielo y agua! Las humildes costas hubieran bastado a mi deseo; ¡qué no sentiría al encontrarme casi de repente con la naturaleza virgen y opulenta del Brasil! Arboles gigantescos amontonados y como fundiendo sus ramas formando una sola masa; palmeras y cocoteros tan esbeltos y tan elevados que parecían arrancar de la superficie misma de la masa del follaje. Estos bosques bañan el pie de sus árboles en las aguas del mar, y en la falda del cerro que circunda la bahía y en su cima envuelven y rodean las casas de los contornos de la población y ocultan a otras como un nido entre follaje. Vénse a trechos praderas de un verde claro con grupos caprichosos de verdes plátanos y la tierra, de un rojo ardiente y ferruginoso, se muestra sólo en algunos puntos».

«La situación de San Salvador es de las más pintorescas del mundo, y la forma del terreno y condiciones del clima son las que han obligado a colocar las casas de una manera, que el capricho de un buen gusto hubiera alcanzado apenas».

«La falda del cerro que limita hacia el Norte la ancha bahía es bastante escarpada, y el mar, sin descansar ni amortiguarse en playa alguna, rompe sus olas al pie del cerro mismo. En esta parte se construyó una hilera de casas que, esparcidas aquí y allá en dicho cerro, constituían la primitiva población. Su aspecto es feo y ruinoso. Afligidos los habitantes por las fiebres y otras enfermedades que ocasionaba esta situación topográfica, determinaron cambiar sus viviendas a la cima del cerro, particularmente los más ricos, abandonando la parte baja para almacenes, tiendas y escritorios; después, creciendo la población en importancia y riqueza, las casas se esparcieron por los bosques cercanos, se rodearon de jardines y embellecieron los contornos de la antigua San Salvador».

«Las construcciones superiores en el cerro, se han hecho en dirección a la línea paralela a la antigua ciudad de manera que, aumentando ésta por las *villas* y casas de campo, hacen que sea estrecha y larguísima, y que todas sus casas gocen de una vista admirable sobre la bahía».

«Hace treinta años, la población baja ha aumentado, por la



Cruzeiro de Goyama.—Pernambuco-Brasil (1862).

extensión del comercío, con una calle más, formada por la *Rua Nova d'Alfándega,* y por la *Rua Nova do Comercio,* cuyas casas se han sentado sobre *pilotes.* De manera que el cerro, costa derecha de Bahía, aparece coronado por una ancha faja de lindas casas y hermosos edificios, paralela a otra más baja junto al muelle y entre las dos, otra ancha de verdura salpicada de alguna que otra casa y cortada por la línea en zigzag que forman las subidas de la parte baja a la alta del pueblo».

«Tres días hacía que nos estaba esperando la *Capitana.* Háblanos para darnos la bienvenida y señalarnos el sitio de fondeo, y a poco pasamos junto a ella y tan próximos, que oímos los acordes de la música que llevaba a bordo. Anclamos junto a ella, cesó el movimiento del buque, meciόse tranquilamente prometiéndonos la firmeza de la tierra que teníamos a la vista y al poco rato, la «Capitana» rompió el fuego saludando a la Plaza y embrumándose en una nube de humo. Seguimos nosotros, contestó el fuerte del centro colocado allí sobre un peñasco y las corbetas brasileñas presentes a la sazón, unieron asimismo sus cañonazos a los del fuerte. Al primer disparo de la «Triunfo» ondeaba ya en el tope del trinquete el pabellón del Brasil. Después subieron a las bergas los marineros y gritaron repetidas veces ¡viva la Reina!; los brasileños hicieron un saludo análogo». Hastiados ya de barco los Naturalistas por causas arriba indicadas, determinaron saltar a tierra inmediatamente solicitando el indispensable bote, que *por fin lograron obtener aunque después de larga e impaciente espera.* Ya en tierra, dedicáronse a buscar alojamiento que encontraron después de muchas vueltas en el restoran francés *Fortein,* al precio de 12 reales por habitación y comida. Resuelto este problema, satisfactoriamente, no quisieron regresar al barco a pesar de hallarse ya bastante cansados, sin dar antes cumplimiento a un voto sagrado muy propio de la fe española. Habían prometido una ofrenda a la Virgen Santísima si llegaban sin novedad a tierras americanas, y como veían cumplidos sus deseos, resolvieron hacerla efectiva y con este objeto entraron, a las nueve de la noche, en una ermita dedicada a

Nuestra Señora de los Dolores, y después de orar ante la sagrada imagen, depositaron a sus pies el piadoso testimonio de profunda y devota gratitud (1).

Al siguiente día o sea el 10 de Septiembre de 1862, el General Pinzón, de acuerdo con el Vice-Cónsul español en Bahía, D. Francisco Javier Machado, dispuso la visita oficial a las autoridades de la población. A las doce salieron de la «Triunfo» la oficialidad presidida por su Comandante y la Comisión por su Jefe Sr. Paz y Membiela. Atravesaron la parte baja de la ciudad acompañados del citado Vice-Cónsul, y al aproximarse a una de las rampas más penosas que conducen a la parte alta, aparecieron ante su vista veinticuatro *cadeiras* o séase, sillas gestatorias o palanquines servidos por doble número de negros. No dejó de llamar poderosamente la atención de los españoles, semejante espectáculo de carácter completamente oriental. Las *cadeiras* estaban constituídas por una especie de andas terminadas en una cúpula que remataba una corona.

Las maderas estaban pintadas de azul. Pendían de la corona, amplias cortinas de color negro por fuera y de azul vivo por dentro, sembradas de ramilletes y cenefas de oro falso sobrepuestas Dentro llevaba esta armadura una silla ordinaria, en la cual tomaba asiento la persona que había de ser conducida.

Nuestro representante invitó a las Comisiciones a ocupar los vehículos y aunque algunos manifestaron repugnancia, concluyeron por acceder a los ruegos de aquél. Una en pos de otra comenzaron a moverse las *cadeiras* formando prolongada fila, que ofrecía una perspectiva por demás curiosa. «No es fácil comprender, sino viéndolo, dice Amor, el extraño efecto que hacía esta rara comitiva subiendo por una cuesta que se acerca bastante a la vertical, no menos el singular dialecto de los negros conductores, ni las más o menos oportunas y picarescas ocurrencias de los conducidos. La vecindad de todas las casas salía a las ventanas a vernos, y así llegamos a la «Plaza del Teatro», donde nos esperaban los seis

(1) Amor.—Diario, 9 de Septiembre.

carruajes de cuatro caballos, que el Cónsul nos tenía preparados». Acomodáronse en éstos, marchando seguidamente a la residencia del Presidente de la provincia, quien los recibió con las mayores pruebas de consideración y afecto; de aquí pasaron sucesivamente al Palacio Arzobispal, y a los del General de Armas, Jefe superior de policía y Director de Arsenales. En todas partes pudieron observar el vivo interés que inspiraba a las autoridades citadas la Comisión Científica. Cumplido este deber de cortesía, consultaron los Naturalistas al Sr. Cónsul sobre los sitios más a propósito para excursiones propias de la misión que ellos traían. Contestóles que por lo pronto podían hacer una visita al vapor brasileño recién llegado de Pará, con objetos de Historia Natural y una india salvaje del Amazonas, y después una excursión a la islita de *Itaparica,* distante cuatro leguas de Bahía. No pudo realizarse la proyectada visita al vapor citado, pero sí la excursión. El día 11, a las doce de su mañana, embarcó la Comisión en un bote tripulado por marineros y guiado por un negro que les había proporcionado el Vice-Cónsul, y poco después arribaban a una playa arenosa en el sitio conocido con el nombre de *Porto de todos os Santos.* «Sentamos nuestros reales, dice Jiménez de la Espada (1), junto a un establecimiento para la extracción de aceite de ballenas, cuyas cercanías estaban sembradas de huesos de aquellos cetáceos, algunos como las costillas sirviendo para contener los terraplenes cercanos al edificio. Todos ellos estaban deteriorados y ninguno podía aprovecharse. Parecen ser de una misma especie. Sin descansar un instante, nos internamos en la isla y a los pocos pasos empezamos a ver volar infinidad de pájaros de tan variadas especies, que de cada tiro matábamos uno diferente. Ya puede usted imaginarse, amigo D. Mariano, añade Espada, con qué sorpresa veríamos volar por primera vez las bandadas de *periquitos* y *crotofagas,* los *tiranos,* las *tanagras,* las *cotorras* y todos por entre árboles y arbustos, que en España sólo había admirado en las estufas. No

(1) Carta a D. Mariano de la Paz Graells, fechada en Río Janeiro a 2 de Noviembre de 1862.

fué menos admirable para mí, el ver la facilidad con que se dejaban acercar la mayor parte, sobre todo el que algunos no huyesen a pesar del ruido del escopetazo. Parecía un país encantado. Sin embargo, si es fácil matarlos, es muy difícil encontrarlos después de muertos, porque las matas son tan espesas y están de tal modo entrelazadas, que el encontrarlos cuesta a veces un cuarto de hora o más, en cuyo tiempo es preferible matar otro. Puede decirse, sin exageración, que la mitad de lo que se mata se pierde. Con todo, Puig, tuvo bastante que hacer. Isern no tenía manos para coger plantas. Amor pudo recolectar algunos insectos y los marineros pescaron en abundancia.»

«D. Patricio y Martínez perdieron el tiempo porque no hallaron un solo caracol.»

«Dormimos aquella noche de cualquier modo, yo sobre un montón de cuerdas y al sereno, y a la mañana siguiente, con el alba, el Sr. Paz se fué tierra adentro en busca de moluscos, Puig se quedó disecando y Amor y yo continuamos con Isern que nos acompañó algún trecho, en nuestras cazas respectivas. La mía fué variada y abundante contándose entre las víctimas un *pájaro mosca*, el cual recogí del suelo, vivo, con una curiosidad indescriptible. Estos pajarillos, tan difíciles de matar al vuelo, pues parecen a primera vista libélulas, son tan confiados cuando descansan, que puede casi tocárselos con la mano. Maté también una curiosa especie de *lacértido* (1) valiéndome de la escopeta, porque de otro modo hubiera sido interminable el cogerlo.»

«En este país los lagartos no corren, vuelan; y en logrando meterse entre las matas no hay quien los coja. Tan ocupado estaba y tan absorto en mis cazas, que no volví hasta cerca de anochecido a nuestro rancho. Me encontré ya de vuelta al Sr. Paz y a Martínez, chasqueados por segunda vez, pues no habían encontrado tampoco caracol alguno (2). Nuestro digno Presidente determinó dejar aquella isla y volvernos a

(1) *Trachycyclus superciliaris* de Günther.

(2) No fué, sin embargo, infructuoso el viaje de éstos, pues cazaron bastantes pájaros y algunos crustáceos.—Diario de Martínez.—Día 12.



Cachoeira (San Francisco).—Pernambuco-Brasil (1862).



Olvida-Brasil (1862).

bordo en una noche infernal y con exposición de tomar un baño.»

Los resultados de esta expedición no pudieron ser más satisfactorios para los Naturalistas, y es de lamentar que no prolongasen su estancia allí por algunos días.

Según las notas consignadas en los diarios de Martínez, Jiménez de la Espada y especialmente Amor, tiene esta isla unas doce leguas de extensión, y existe en ella, según Amor, el *terreno granítico,* encontrándose también grandes masas de arenisca roja que toman a veces color amarillento. «Estas areniscas, añade el mismo, mezcladas con los detritus de los granitos y gneis en las partes altas y con las arenas del mar en las bajas, constituyen los terrenos cultivables de esta parte de la isla». «Hay depósitos de una arcilla purísima, especie de kaolín, muy deleznable, de tacto fino y color blanco que en el país llaman *Tabatinga branca;* en otros puntos pasa a color amarillo de yema de huevo, y en otros está cargada de gran cantidad de óxidos de hierro a que dan el nombre de *Toa,* y que produce un excelente barro de que en Nazaret confeccionan botellas, vasos, jarras y otros utensilios de preciosas formas para refrescar el agua». *Porto de todos os Santos* constaba de unas cien casas, enclavadas en la comarca de Nazaret y pertenecientes al partido de Itaparica. Dependientes de ésta eran *Minquiño* y *San Joan.*

La parte botánica de Itaparica, y en general de Bahía, estaba representada por numerosas especies de *criptógamas, mirtáceas*, *cucurbitáceas, gencianáceas,* etc., etc. A esto, hay que añadir varias otras de zoófitos y equinodermos, algunos gusanos y crustáceos, más de mil ejemplares de moluscos, principalmente *Helix, Fissurella, Patella, Purpura, Nassa,* etc., etc.; colecciones valiosísimas de reptiles, con ejemplares tan interesantes como el *Trachycyclus superciliaris* de Günther, especie de lagarto, recién descubierta por aquella época; batracios de rareza extraordinaria, cual una *Hila* (rana) y un *Bufo* o sapo, de *pupila elíptica y horizontal,* que no había visto ni el mismo Günther; algunos peces conocidos allí con los nombres de *aramacan, gallo, biaída, sambuco, espada*, *carapiba, gato, jarúpreto, gaguaraga,*

barbeiro, caramurú, mulatinho, ditto, penima, carapicú, barbudo, garapao, vermelho, cabezudo, tremetreme, flagostinha; gran número de aves y bastantes mamíferos.

El día 16 visitaron algunos la bliblioteca pública de Bahía, de la que, dice Jiménez de la Espada, que constaba de 16.000 volúmenes, entre los cuales no había, por cierto, ni uno sólo en español, ni tampoco en americano (1). Era entonces Director de la misma el Dr. Lisboa, descendiente de Vicente de Cairu Silva Lisboa, autor de varias obras y defensor entusiasta de la independencia del Brasil. En el testero de la sala veíase una tabla con la siguiente inscripción: *P. O. Ilustrísimo e Excmo. Sr. Conde dos Arcos G.or e Cap.n Gl. de esta Cap.a deu principio ao Establecim.to de esta biblioteca no anno 1811.*

A esta visita siguieron otras, a una fábrica de cal que extraían de madréporas y conchas, perteneciente a D. Manuel Ernesto de Souza Francia: a la Escuela de Medicina y Hospital, donde fueron recibidos por el Dr. Virgilio Clímaco Damario, quien les mostró una colección muy buena de esqueletos de animales, preparados casi todos por los alumnos y hábilmente colocados en la sala de disección que mereció asimismo los plácemes de Martínez, Almagro y demás compañeros; al Liceo donde encontraron un gabinete de Historia Natural provisto de colecciones bastante numerosas, y además de abundantes trajes y armas, por cierto muy curiosos y pintorescos, pertenecientes a los indios de Pará y por fin a un convento de Franciscos, cuyas galerías e Iglesia pudieron admirar guiados por un religioso llamado Fray Juan de Santa Teresa, quien se les ofreció amablemente para esto.

También frecuentaron el mercado para adquirir algunas gallináceas y varios peces que por fin consiguieron preparar y envasar debidamente, gracias a la circunstancia de hallarse en tierra.

Los repetidos dragados de Paz y Martínez en la bahía e inmediaciones les proporcionaron bastantes ejemplares de

(1) Suponemos se referirá a los idiomas aborígenes, como por ejemplo el *guaraní*.



Bahía de todos los Santos.—Muelle (1862).

erizos y estrellas de mar, de pequeños crustáceos, de grandes *Turbinella,* de *Cardium, Corbula, Erato, Marginella,* y restos de *Tellina.*

Jiménez de la Espada visitó una granja de avestruces con el fin de adquirir algunos para el Jardín Zoológico de Madrid, según encargo que tenía del Sr. Graells, pero no pudo realizar sus deseos por habérsele opuesto el Presidente Sr. Paz y Membiela, objetándole que la expedición no tenía otro fin que el enriquecimiento del Museo. Esto dió lugar a una escena violenta entre ambos y como consecuencia al acuerdo de resolver en adelante los asuntos de la compra de ejemplares en el seno de la Junta de Comisionados.

La circunstancia de hallar en Bahía varios colectores y entusiastas de las ciencias naturales, favoreció en gran manera la meritoria labor de la Comisión que logró, merced a ella, un éxito muy superior al que podía esperar de solo sus esfuerzos.

El primer personaje que por este concepto debe figurar aquí, es D. Antonio de Lacerda, acaudalado comerciante, cultísimo naturalista y corresponsal de los principales museos de Europa. Vivía en deliciosa quinta situada en las afueras de la población y rodeada de espléndido parque poblado de mamueros, plátanos, aucubas (plantas de la independencia), etcétera, etc., entre las cuales se veían algunas *pacas* (1) y otros animales; todo lo cual formaba un jardín botánico-zoológico, sumamente curioso e interesante.

Era su casa un verdadero museo que atesoraba valiosas colecciones de minerales, de maderas del país, de coleópteros, de pájaros y de otras producciones semejantes y una biblioteca numerosa y selecta. Tenía también un Observatorio Meteorológico, del cual estaba encargada su señora. En su laboratorio figuraba un magnífico microscopio *Smith,* que llamó justamente la atención de los visitantes. Sentó varias veces a su mesa a los miembros de la Comisión, haciéndoles objeto de atenciones delicadas y regaló a Martínez un magnífico bejuco para bastón, varias semillas rojas

(1) Aguti Paca (Roedores).

de una leguminosa brasileña y otras curiosidades dignas de estima.

A sus gestiones fué debido el que Almagro y Jiménez de la Espada, pudiesen examinar detenidamente una niña *patacho* y tomar su ficha antropométrica. Tenía aquélla de ocho a diez años y había sido encontrada entre los cadáveres después de un combate de su tribu con otra enemiga. Llevaba sobre el hipocondrio izquierdo una marca impresa con un hierro candente, por el estilo de las que se ven en los caballos: era la señal de un grupo de indios antropófagos del Amazonas. Sólo arrojaba un grito inarticulado y salvaje. Al principio se abalanzaba a la carne cruda que aún comía por aquella fecha con mucho gusto. Rompió en llanto cuando se le acercaron Espada y Almagro, pasando en seguida a una risa estrepitosa, al ver a éste adosarse el cefalómetro. Después se lo dejó aplicar sin moverse y completamente tranquila. Jiménez de la Espada la describe así (1): «Es de color negro sucio; su musculatura es muy blanda (flasque) y bien desarrollada. Cráneo muy desarrollado exteriormente y estrecho en la parte anterior. Pelo largo, abundante, sedoso, *plat,* ojos negros muy hermosos, pero oblícuos; nariz chata, circunstancia rara en la raza india; labio superior convexo; boca corta, distancia entre los ojos muy grande y la nariz apenas sobresale en ese punto. Cara en general muy desarrollada y hocico saliente. Es de las tribus más estúpidas de los indios. El aspecto de la niña es triste y pensativo. Cara muy redonda y formas muy redondeadas inferiormente».

Lacerda regaló a Jiménez de la Espada varios huevos y un nido muy curioso de *Furnarius.*

Otro buen amigo y poderoso auxiliar de nuestros Naturalistas fué el Dr. Otto E. M. Vucherer, Médico alemán establecido en Bahía, que se dedicaba al estudio de reptiles y a preparar colecciones de los mismos para los museos de Europa en especial para el británico. Sostenía relaciones con Mr. Günther, encargado de todas las colecciones de éste, conservadas en alcohol y gran especialista en la materia.

(1) Diario, 17 de Septiembre de 1862.



Dionisia Patajos (Bahía).
India de la tribu «patacho» (1862).

Vucherer ofreció a Espada la única colección de que entonces disponía y se mostró dispuesto a completarla en cuanto se le presentase ocasión oportuna para ello.

Son curiosísimas las observaciones que recogió Jiménez de la Espada acerca de los reptiles, lo mismo que las noticias oídas de labios de Vucherer sobre *Lachesis mutus, Botrops atrox, Xenodon raptocephalus, Liophis conirrostris, etcétera, etc.* (1). Según Vucherer, el *Botrops anomalus,* cambia de color como el camaleón; el *Trachycyclus marmoratus,* cuando se le persigue, para a trechos en su carrera y mueve repetidas veces la cabeza de arriba abajo, antes de emprenderla de nuevo, y el *Dryophis acuminatus,* lo mismo que otras especies de culebras, dan tales muestras de inquietud y de ferocidad en el cautiverio, que se hace imposible conservarlos enjaulados, cual ocurre con algunos pájaros.

También observó que los ofidios sacuden fuertemente la cola contra el suelo cuando se irritan.

Respecto a las aves dijo Vucherer que había matado el *Ven te ví* sobre una vaca cuando estaba comiendo las garrapatas, que son comunes en aquellos animales y que el *Joan de barro, Galbula viridis* era conocido allí con el nombre de *pájaro católico* por atribuirle la leyenda popular que no trabajaba los domingos en la construcción de su nido.

Merece asimismo un recuerdo de gratitud por su hidalgo proceder con la Comisión, el Cónsul de Italia en aquella capital, D. G. B. Cerruti. Este buen caballero no sólo recibió varias veces en su casa a los Naturalistas españoles obsequiándoles con esplendidez, sino que también les acompañó, tanto en las visitas a los distintos puntos de la ciudad, como en varias otras excursiones. Tampoco debemos omitir aquí los nombres de los Sres. Montobio, Bloem y Williams, benémeritos de la Comisión del Pacífico, y consiguientemente de la nación española.

Como no había de prolongarse mucho la permanencia de la Escuadra en aquellas aguas, Jiménez de la Espada creyó conveniente adquirir por compra una colección de pájaros de

(1) Diario.—Día 17 de Septiembre de 1862.

Bahía ya que no podían completarse por sucesivas cazas las que tenían por su parte reunidas. Acudió para esto a Mr. Chuchú, francés, comerciante en ese ramo, quien le ofreció varias a un precio muy moderado. Esperó todavía Espada antes de hacer trato, pretendiendo con esto lograr mayores ventajas en el coste; pero lejos de conseguir su objeto, se vió precisado a soportar la imposición del vendedor, porque los Sres. Paz y Puig, anteponiendo sus intereses personales a todo otro, compraron para sí cuanto tenía Chuchú, excepción hecha, de una, poco numerosa serie, con la cual hubo de quedarse Espada al precio que quisieron exigirle. Semejante detalle, al parecer insignificante, ocasionó justificadas críticas de los compañeros de aquéllos y contribuyó a que se hiciesen aún más hondas las diferencias ya existentes entre los miembros de la Comisión.

Jiménez de la Espada anotó cuidadosamente los nombres vulgares de las aves que los tenían y consignó en su diario las siguientes advertencias: «Con el nombre de *Corujas* van confundidos los buhos, las grandes lechuzas y los chotacabras. Una de las grandes águilas de la colección es la que se alimenta de macacos (monos). El *Falco,* blanco por encima y negro por abajo (no el *nauclerus)* aparece por las cercanías de ésta, en la época del paso de una paloma de reflejos cobrizos, a la que persigue para alimentarse de ella, a lo menos por entonces. La llaman *gaviao de pomba.* El huevo grande, dado por Lacerda, es de un ave que se llama *Grande Acu.*

Espada pagó por la colección 353.000 reis: bastante menos hubiese sido la cantidad de no mediar la circunstancia citada.

En casa de Mr. Williams observaron detenidamente Almagro y Espada una hembra viva del *Tapirus americanus,* de la cual hace el segundo una descripción completa y a continuación añade lo siguiente: «Ví asimismo el *Europyga caudale;* anda por la cocina comiendo moscas que caza con suma habilidad y calma. Se mueve oscilando lentamente el cuerpo de derecha a izquierda como una aguja magnética. Cuando pelea con otra ave pone las alas a manera de un *troquílido*, y sopla como una culebra».

El 24 se organizó una excursión al *Lago Dile,* en la que

figuraban Lacerda, Cerruti, Nicolai (pastor protestante inglés), Pizarello, Paz, Amor, Espada, Isern y Martínez.

Tenía por objeto rectificar las medidas de aquél, averiguar su fondo y la temperatura del agua a distintas profundidades, y recoger plantas, moluscos, pájaros, etc., etc. Aunque sólo duró algunas horas resultó bastante aprovechada. La flora exhuberante y abundantísima formada por variedad de *ninfáceas,* de *aráceas,* de *ciperáceas, gramináceas, leguminosas,* etc., proporcionó a los colectores mucho trabajo y no pequeña satisfacción; igual ocurrió con la fauna ornitológica, de la cual cita Jiménez de la Espada los *paranís* o perdices, patos, tórtolas o *mari di Dí;* una *Hirundo,* etc., etc. De moluscos sólo encontraron algunas especies de *Ampularia* y una o dos de *Ancylaria.*

Dos días después hicieron otra expedición a Pitanga los Sres. Paz, Martínez y Amor, en busca de moluscos e insectos. Salieron en tren a las ocho de la mañana, recreando su vista en la contemplación de un paisaje verdaderamente encantador, de islitas tan sumamente pintorescas como las de *Tapahipi* y El Cabrito; de poblados tan risueños y agradables como los de Plataforma, Paripiri, Paripe, Olaría, Mapelle, Moritiba, Parafuro, Camassari, Feiravelha y Matto de San Joan. En el espacio de sólo unas horas que permanecieron allí, cosecharon algunos basaltos en un terreno de diamantes, bastantes insectos, especialmente coleópteros y varios moluscos.

Amor tuvo ocasión de observar nuevamente el fenómeno de las hormigas y *termites,* visto ya en Itaparica y que describe con estas palabras: «Lo que abunda extraordinariamente son las hormigas y *termites.* De aquéllas recogí en poco tiempo nueve especies; algunas existen en tan prodigioso número, que causan destrozos incalculables, lo que ha dado lugar a este adagio del país: «la pereza causa tanto daño como las hormigas»; hay entre éstas una especie. *(Atta?) cephalotes,* cuya mordedura causa un vivísimo aunque momentáneo dolor, y es notable por su enorme cabeza y robustísimas mandíbulas.»

«Más curioso es aún lo relativo a los *termites* u hormigas

blancas, a que en el país dan el nombre de *toupin*, no sabiéndose que admirar más, si su inconcebible abundancia o lo disforme y curioso de sus nidos. Una de estas especies construye sus viviendas en las ramas de los árboles. Tienen estos nidos la forma de un huevo y están atravesados por una o dos ramas, pareciendo a primera vista una excrescencia enorme de las mismas. Su tamaño de media vara de diámetro unas veces, llega a tener otras una vara de longitud y más de otra de circunferencia. Son de un color pardo o ceniciento y están cubiertos de una especie de cáscara. Presentan en su interior un inmenso número de celdillas, por las que circulan numerosísimas falanges de estos curiosos insectos. Otras especies establecen extrañas comunicaciones entre la tierra y las partes superiores de los troncos de gruesos y añosos árboles.»

«Estas galerías, colocadas sobre la superficie externa del árbol, se hallan cubiertas por una larguísima, continua y estrecha bóveda formada de una sustancia particular, por debajo de la cual los *termites* circulan completamente ocultos.»

«Elévanse estas galerías desde la raíz del árbol, en uno o más ramales que se dividen y subdividen, lo abrazan y rodean de tal modo, que a la vista del observador parecen vástagos secos de las lianas o bejucos, plantas trepadoras tan frecuentes en los bosques de este país.»

Con esta excursión puede afirmarse que terminaron los trabajos del Sr. Paz y compañeros en la capital y alrededores de Bahía.

Veintiún días habían permanecido allí con relativa independencia de la Escuadra, y libres, por consiguiente, de las exigencias de D. Enrique Croquer. En aquellas hermosas tierras encontraron sus aficiones naturalistas, mies abundantísima, zoológica y botánica, qne supieron recoger con el mayor celo y actividad.

Buena parte del éxito obtenido ahora por la Comisión, corresponde, sin duda alguna, al incondicional apoyo, a la entusiasta acogida, de los caballeros Sres. Lacerda, Wucherer, Cerruti y otros que no solamente colmaron de atenciones y delicadezas a los miembros de aquélla, sino que también facilitaron su labor por cuantos medios estuvieron a su alcance.

La parte de esta labor correspondiente a Geología fué de escasa importancia. Se redujo a breves indicaciones sobre la composición de los terrenos de Itaparica y en cuanto a colecciones, a varios ejemplares de *micacitas y conglomerados* de Bahía; de *kaolin* blanco *(Tabatinga branca)* de *kaolin* rojo *(Toa)* y de *kaolin* amarillo *(Tabatinga amarella)* de Itaparica, y a *Cascalho lavado, sin lavar* y *prieto*, de Pitanga. El botánico formó, en cambio, un abundante herbario de más de 60 especies y 300 ejemplares, pertenecientes a las familias de las *dileniáceas, leguminosas, melastomáceas, mirtáceas, compuestas, gencianáceas, convolvuláceas, verbenáceas,* etc., etc., aparte de multitud de curiosas *criptógamas.*

No fueron menos afortunados Paz y Martínez en sus recolecciones de zoófitos, gusanos, equinodermos, crustáceos, y sobre todo, moluscos, y el Sr. Jiménez de la Espada en la de peces, reptiles, anfibios, pájaros y mamíferos. También trabajó con verdadera constancia y celo el disecador señor Puig. Con respecto al Sr. Castro y Ordóñez no creemos que su labor fuese de gran utilidad, ya que actuó mucho más de fotógrafo que de dibujante, y lo que se exigía en este caso era todo lo contrario, es decir, más dibujo que fotografías.

La Comisión consagró los últimos días de su estancia en Bahía, a ordenar y empacar las colecciones y a despedirse de las autoridades y amigos de quienes llevaban, ciertamente, gratísimos recuerdos.

¿Qué se hizo en la cuestión importantísima de las observaciones de Física encargadas al Real Cuerpo de Marina? Nada hemos podido encontrar respecto a este asunto.

Al escribir estas líneas acudimos de nuevo al Archivo del Ministerio del ramo para examinar la documentación de ambas fragatas, y en ella sólo aparece un extracto del Diario de navegación en que constan las longitudes, latitudes, derrota, corrientes, variación magnética, mar, atmósfera y aparejo, verificadas una vez al día. Durante la estancia en Bahía no hicieron absolutamente nada, ni se ve tampoco que hubiese oficial o guardia marina alguno designado concretamente al efecto.

CAPÍTULO V

Sale la Escuadra de Bahía con dirección a Río Janeiro.—Vejaciones que hace sufrir a los expedicionarios D. Enrique Croquer. Queda la Comisión sin servicio.—Separación de ranchos.—Vista de Río Janeiro.—Panorama.—La Bahía.—Entrada y fondeo de las fragatas.—En busca de alojamiento.—Las fondas de Río Janeiro.—El Hotel de Venoza.—La Ciudad de Río Janeiro.—Principales edificios.—El Museo de Historia Natural.—Alrededores de la Capital.—Detalles acerca de sus habitantes.—El Emperador.—La esclavitud.—Los negros.—El Cónsul Español.—Excursiones de Paz y Martínez.—Auguste Bourget.—La colección de animales vivos del banquero Souto.—Expedición al Corcovado.

El 1.° de Octubre de 1862, a las seis y veinticinco de la mañana izaron sus velas ambas fragatas, abandonaron el puerto de Bahía de todos los Santos y tomaron el rumbo de Río Janeiro. Volvieron los Naturalistas a sus camarotes con el sentimiento de quien cambia su libertad por un hospedaje que tenía más bien carácter de cautiverio; con la repugnancia de aquel que se ve trasplantado en breves instantes desde un ambiente de simpatía, de amistad fiel y desinteresada cual era el que habían disfrutado en Bahía de todos los Santos, a otro de animosidad, de recelo y desconfianza.

La conducta del Comandante durante la estancia en el citado puerto brasileño, no fué menos desconsiderada con los individuos de la Comisión, de lo que había sido anteriormente. Tenían, pues, motivo para temer nuevas vejaciones, y así ocurrió, en efecto. Continuó en vigor la prohibición de sentarse en cubierta (1) *ni aun en el suelo,* escudándose por

(1) Los disgustos que había tenido en los días anteriores, produjeron su efecto, así es que el almuerzo me hizo daño, lo que me obligó a estar echado casi todo el día. Contribuyó a esto también el saber por mis compañeros, que se nos había puesto un guardia con sable en mano (ya se había hecho en la travesía de Cabo Verde a Bahía) para que no

supuesto, con el señuelo de la ordenanza, de que por cierto hacía el Sr. Comandante caso omiso, en asuntos de bastante más interés (1).

El 21, a medio día, cayó sobre el barco una nube de mariposas nocturnas de variadas especies, que proporcionó a los Comisionados ejemplares abundantes. También aparecieron en las vergas algunas aves curiosas, pero el temor de incurrir en las iras del Sr. Croquer, les impidió darlas caza. Pocas horas después ocurrió la siguiente escena que describe así el Diario de Martínez y Sáez: «Parece que el viento había desquiciado algo la puerta del camarote del fotógrafo, que con el movimiento vino al suelo. Visto por el Comandante, prorrumpió en descompasados gritos, amenazando con *dar un cañón* a los marineros del bote destinado al servicio de la Comisión, con lo que no volvieron a aparecer por los camarotes. Esto había de producir, naturalmente, la falta completa de las cosas más necesarias a todos nosotros para el aseo, como agua, etc., por una parte; y además, los marineros temerosos, no sólo por ésto, sino por los continuos dichos de jefes y subalternos, solicitaron ser destinados en el buque a otros servicios».

Aquel mismo día comunicó a la Comisión el cabo de rancho de los oficiales, que éstos habían acordado separar el suyo del de aquélla, la cual tendría que comer aparte en adelante. Ya veremos las molestias que acarreó a los Naturalistas semejante medida.

El 6 de Octubre, a primera hora, avistaron las fragatas Río Janeiro. El panorama encantador de sus costas, inspiró a Jiménez de la Espada la siguiente descripción, que encontra-

---

pudiéramos sentarnos sobre cubierta como antes hacíamos en las *portas* que no tenían cañón *o en el suelo*..... ¡Cuánta privación hasta en las menores cosas, cuando todo debía ser hacer cómodo el viaje a quien no siendo marino como uno, había de tener grandes molestias! Diario de D. Francisco Martínez. Día 1.º de Octubre 1862.

(1) Jiménez de la Espada. Diario. 5 de Octubre de 1862. *Domingo*. Hoy no se ha dicho misa a bordo. Pregunto al P. Capellán, el por qué *y me contesta con aire resignado:* porque había que trabajar en la maniobra..... Tripulaban el barco 457 hombres.....



Pão de Assucar (en el fondo).—La Gloria.—Río Janeiro (1862).

mos en una carta dirigida a su amigo D. Adolfo Aguirre. «Por la mañana temprano, cuando supe que se descubría ya la entrada de la Bahía de Río Janeiro, animado yo por el deseo que tiene todo el que navega de ver tierra, subí a la cubierta de la «Triunfo» y me dirigí al portalón de estribor, desde donde podía contemplar la parte de costa comprendida entre la punta *Jaipu*, al Norte, y la que limita el cerro llamado «La Gavia», al Sur; primera que aparece entre las brumas, a las naves que después de doblar el «Cabo Frío», recalan en el primero de los puertos del Brasil. Eran como las seis y media. El contorno de la costa aparece aún confuso y la cima de las montañas, de un color plomizo y uniforme; pero a medida que el sol se remontaba y avanzaban disipándose las brumas, la primera línea de montañas se iba tiñendo de un color de oro, y la del segundo término, de un color opalino. El mar cambiaba sus tonos sombríos por los de verde esmeralda y la estrecha playa sobre la que avanzaban los montes hacia la derecha, se dibujaba como un limpio trozo de plata. Cambia a cada instante el aspecto general de la tierra, con la dirección tortuosa del buque; ya se aproximan unas a otras las montañas, ya se apartan, se doblan, pliegan o se despliegan, y las islas próximas se destacan unas veces, otras se encubren en las costas hasta poco antes de dejar a la izquierda las llamadas *Redonda* y *Raza,* enfilan los buques la entrada de la bahía. Entonces es cuando se ven destacarse majestuosamente sobre el cielo con una forma invariable, y a la izquierda, la serie de cerros, cuyos perfiles reunidos engendran el más caprichoso contorno, entre los extraños que presentan las masas de las formaciones graníticas. Es el de un cuerpo inmenso tendido sobre el mar, con la cabeza hacia el Sur y los pies reunidos en un cono elevado (el Pão de Assucar), que limita por la izquierda, la estrecha embocadura de la bahía, y yace sobre la espalda y las bellas formas de un busto de elevada frente y nariz aguileña, sorprenden al espectador menos experimentado. Le llaman aquí el *Gigante,* y los poetas brasileños, han apostrofado alguna vez al titán americano».

«Dice el primer maquinista de la «Triunfo»—un inglés

grave, alto y seco—al señalarme los puntos más salientes de la costa, que la cabeza del *Gigante* se llamaba el *perfil de Wellington*. Sus palabras evocaron instantáneamente en mi memoria el recuerdo de Enrique Heine, y es lo extraño, que sus facciones se parecen mucho a las del héroe inglés.»

«La bahía de Río Janeiro, es un gran seno de cinco leguas de fondo y de variable anchura, alcanzando en algunos sitios cuatro, y disminuyendo hasta su entrada que tendrá una milla próximamente.»

«Ciñen sus contornos por todas partes elevadas montañas y la superficie de sus aguas está salpicada de innumerables islas. La del *Gobernador*, la corta en dos partes casi iguales, y detrás de ella se alza la *Sierra de los Organos*, cuyas crestas largas y agudas, se asemejan algún tanto a los cañones del instrumento cuyo nombre lleva. Sobre la izquierda de la ensenada, y al pie de los medianos cerros, se asienta la *Ciudad de Río*, adelantándose uno de sus extremos hacia el mar, como para vigilar la entrada de la bahía.»

«El que de pie, sobre la proa de un navío, atraviesa sus soberbios umbrales en un día de sol claro y con brisa de tierra cargada de ese aroma americano voluptuoso, narcótico, que se sube a la cabeza y embriaga la imaginación, llorará de ternura y amor a la tierra madre nuestra, tan hermosa siempre en sus magnificencias, aunque lejos de la patria.»

«Cerca ya de la *Isla Redonda*, la «Triunfo» detuvo su marcha para dejar pasar delante a la «Capitana» y siguiendo nosotros un poco atrás y a su izquierda, pasamos junto a los pies del *Pão d'Assucar*, que como un colosal centinela guarda uno de los dinteles y tan próximos a él, que distinguíamos algunas de las flores que hermoseaban, a trechos, sus ásperas faldas. Poco después llegamos frente al fuerte de Santa Cruz en el cual sobre el más avanzado de los baluartes, ondeaba solitaria la bandera brasileña.»

«Más allá, Río Janeiro se desplegaba todo entero a nuestra vista, sin que con ella pudiéramos alcanzar sus límites. Distinguíamos claramente los innumerables buques que se acercan a sus muelles, y los franceses, ingleses y brasileños que fondeaban algo más lejos.»

«Allí estaba el *Bayard,* veterano buque que había atravesado dos veces el Estrecho de Magallanes, y otras tantas se ha visto expuesto a perderse por completo. Por entre él y una de las fragatas inglesas, pasó nuestra «Capitana» airosa y elegante, y virando majestuosamente, dió fondo junto al navío francés. La «Triunfo» echó anclas un poco más lejos, hacia el centro de la bahía. ¡Qué dos buques los nuestros! Ninguno de los extranjeros allí fondeados podía compararseles, ni por la majestad de su porte, ni por la finura y gracia de su construcción; y no temo pecar de exagerado al decir, que parecíamos entre ellos, como dos cisnes entre una manada de patos.»

«Durante media hora los ecos de las colinas no cesaron de repetir los saludos que cruzamos con el fuerte de Villejagnon y las capitanas extranjeras envolvieron en denso humo los afilados mástiles de los barcos que nos rodeaban.»

«A poco empezaron a distinguirse los pabellones que flotaban sobre aquella espesa nube, que fué disipándose por el aire hasta arrastrar los últimos restos sobre la superficie de las aguas.»

Fondeada la Escuadra, pasó la Comisión a la «Capitana» con el doble fin de ofrecer sus respetos al General Pinzón y recibir instrucciones acerca del tiempo que había de permanecer la primera en aguas de Río Janeiro. Inmediatamente se trasladó la Comisión a la ciudad para buscar alojamiento conveniente. Era empresa difícil, por las condiciones a que había de someterse—economía y habitaciones para ocho—costó su realización muchas indagaciones y paseos, pero en cambio proporcionó a los Naturalistas la ocasión de estudiar este aspecto de Río Janeiro que no dejaba de ofrecer algo de original como dice muy bien Jiménez de la Espada. «Excepto tres o cuatro fondas y (su número es inmenso) albergan constantemente esas pobres mujeres, que venden lo que debían guardar y que se encargan de tales casas como de otras tantas islas de Calipso.»

«El inocente viajero tiene que cerrar los oídos, los ojos y la puerta de su cuarto, y aún así ha de conformarse con la gritería y zambra de las nocturnas bacanales.»

«No quiero pasar por alto la descripción de uno de esos es-

tablecimientos modelos que parece ser el tipo de los de su especie. Hablo del «Hotel Real de Veneza». Está situado en la Plaza del Rocío. Tiene una fachada de noble y tranquilo aspecto, y sobre la puerta, en un cartelón, campea sobre fondo rojo un alado letrero que es todo un símbolo.

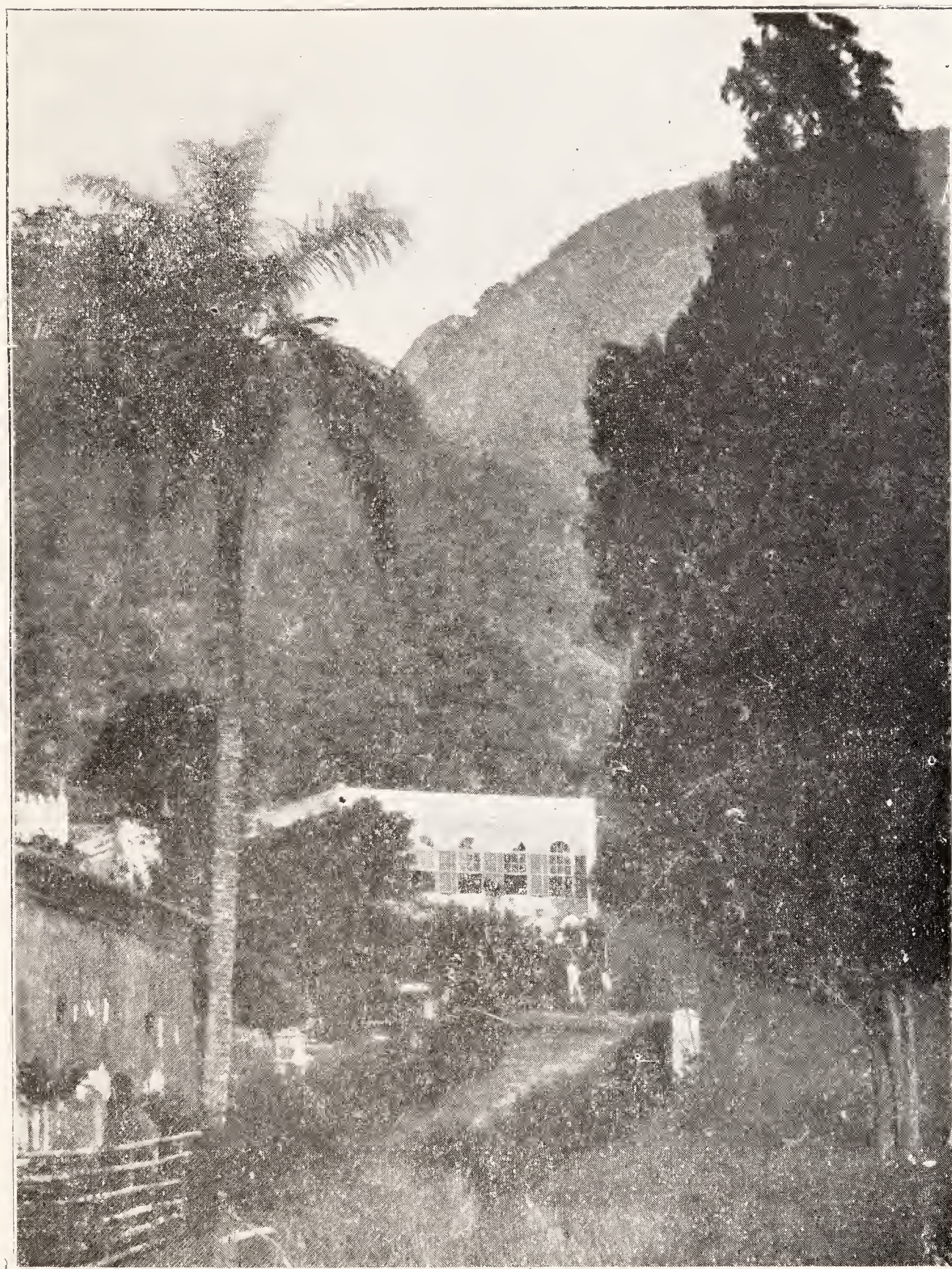
Pásase del dintel de su puerta y aquí comienza el contraste. Súbese una escalera ancha, sucia y solitaria. Es en vano esforzarse en llamar, porque nadie acude. La escalera conduce al comedor, vasta estancia abierta a todos aires, y que parece encantada. La sopera de metal sobre la mesa, pero vacía y tomada por la intemperie; los búcaros de agua vacíos y sedientos; los manteles sucios y el centro de la mesa con los pocillos para la crema y las tazas para el café salpicadas de esos puntos negros que dejan las moscas antes de volar.»

«Si se llama con paciencia, al cabo de media hora aparece un viejo italiano con más cara de rufián que de hostelero, y contestará a la obligada pregunta con la acomodaticia respuesta de «hay habitaciones de sobra». Tal es la descripción que hace Espada de esta fonda modelo, en la cual observó además otros detalles excesivamente realistas, que omitimos aquí por razones de pudor.

A pesar de las gestiones practicadas por la Comisión, no encontró ni un sólo hotel con habitaciones para los ocho individuos que la componían. En vista de ello, acordaron dividirse en dos grupos, de los cuales, uno, ocupó el hotel «Don Luiz», y el otro, el «*des frères Provenzeaux*».

Ya instalados en tierra nuestros Naturalistas, dedicaron los primeros días al estudio de cuanto podía ofrecerles aquella gran capital, que el ya citado Jiménez de la Espada nos describe así: «Río Janeiro es una población inmensa, sin límites fijos y cuyas casas se apiñan en la parte cercana a los muelles y se esparcen en la opuesta por el campo hasta ocultarse algunas entre los bosques.»

«Sus calles, tiradas a cordel, son estrechas en el centro, espaciosas en los barrios apartados, pero todas sucias con un arroyo fangoso por el medio, excepto las que constituyen los arrabales de Larangeiras, Botafogo, etc., que desembocan en los campos de estas selvas. Su aspecto es casi siem-



Botafogo.—Río Janeiro.
Indayá.—¿*Attalea conepta*? (1862).

pre vulgar y de mal gusto, exceptuando alguna que otra situada ya en el campo. Ocúpanlas unas 800.000 almas, aunque yo creo que esta cifra es resultado de un cálculo portugués. Alternan con ellas hermosísimos edificios públicos, por lo general de buena arquitectura, y templos de construcción barroca, pesada y de mal gusto.»

«Es notable entre los primeros el cuartel para la guarnición de *Río,* la Casa de Misericordia, el Hospital de Dementes, los Acueductos de Bella Vista y el palacio viejo del Emperador, modesta morada que acaso desdeñaría uno de nuestros magnates.»

«Distínguense entre todos los establecimientos la Casa de Misericordia que algunos encuentran servida con demasiado lujo, la de locos en que ellos mismos desempeñan los diferentes oficios interiores, el Museo de Historia Natural (1) con una curiosa colección de trajes y objetos de indios y una bellísima de minerales del imperio; la biblioteca imperial que guarda gran copia de libros antiguos y raros; el paseo públi-

(1) El Sr. Martínez y Sáez amplía estas noticias en su Diario, con detalles que vamos a recoger aquí.—15 de Septiembre de 1862.—Está situado (el Museo) en un edificio bastante bueno del que ocupa una parte. No deja de ser rico en animales vertebrados (mamíferos y aves sobre todo) propios del país que no siempre están bien preparados. ¡Qué formas tan curiosas precisamente en los grupos menos abundantes en nuestro país y colecciones! Estas colecciones se han empezado a formar hace pocos años, con donaciones, por compras, y aun creando una Comisión científica encargada de recorrer las provincias, en la que figuraban el Dr. Frey, aleman, Lagos, Capaneman, etc., que se ha mandado suprimir por los excesivos gastos que, sin gran fruto, producía. Hay, sin embargo, colecciones mineralógicas y etnográficas, importantes y numerosas debidas a ella. Ciertamente las zoológicas exigen más constancia y tiempo; no pueden formarse en casi ningún ramo en el corto que se les puede consagrar viajando en vacaciones como la mayor parte de estos señores tenía que hacer, por ser Catèdráticos de la Escuela Central. También son importantes las colecciones botánicas, por el número y disposición de los ejemplares que las constituyen, reunidos por los cuidados de Frey en su mayor parte. Larga tarea tiene el que quiera estudiar las antigüedades de todo género que encierra este Museo, no sólo propias del país, sino romanas, egipcias, europeas, etc., que todo se pone fácilmente a disposición del extranjero en países tan hospitalarios como este.

co, delicioso y fresco jardín con un terraplén sobre la bahía y donde crecen extrañas y exóticas plantas de Asia, Africa y Occeanía.»

«Las plazas son vastísimas con fuentes casi todas. La del *Rocío* tiene el centro adornado con el monumento, en bronce, dedicado a D. Pedro I de Portugal, que soporta la estatua escuestre del buen Emperador del Brasil, sobre un pedestal de cuatro lados y en cada uno de ellos simbolizados, respectivamente, los cuatro ríos caudalosos del Brasil—Amazonas, Pará, San Francisco y Río Grande—, y en uno de sus frentes, se encuentra el «Teatro del Drama», edificio de mal gusto y tan feo por dentro como por fuera.»

«En la «Plaza de la Magdalena», mucho más ancha que la primera, están el «Teatro Lírico», peor aún que el del Drama y el Museo de Historia Natural.»

«Los que pueden llamarse alrededores de la Ciudad son encantadores. Allí los jardines de las casas, se terminan en las florestas casi intactas. El saludable viento que entra por ellas después de mecer el follaje, penetra por las ventanas y orea las habitaciones; el canto de aves salvajes se oye en la cocina y en la alcoba; las *poincianas* y *adelfas* asoman sus rojas flores por cima de las tapias; las *bougainvilias* se meten en la sala por los balcones y las bignoniáceas lucen en los cenadores sus cálices de oro sobre ramos de verde sombrío. Las palmeras reales y los bananos cubren de sombra con sus anchas hojas los blancos muros y el *Jazmín del Cabo* y los *Clorodendron* embalsaman el ambiente por la noche . . . . . .

. . . .

La mayoría de los habitantes de Río Janeiro son comerciantes. Sus ocupaciones exclusivas, comprar y vender: a ello ajustan sus costumbres y género de vida y el aspecto de la población así lo revela. Los ricos viven en el campo y se trasladan de día a la ciudad.»

«En las calles cercanas al muelle ya retornan de noche al seno de su familia a la cual dedican los días festivos siempre que no sea víspera de correo para Europa.»

«Los mercaderes, gente pobre, esclavos y forasteros, son los que habitan constantemente la parte céntrica de la pobla-



Museo de Ciencias Naturales.—Río Janeiro (1862).

ción y próxima a la bahía. La aristocracia huye también de estos sitios y con los Embajadores y Cónsules se hallan esparcidos en las quintas de las cercanías de los barrios más extensos. Su influencia en la sociedad y costumbres es nula, tanto en mi concepto porque no es aquí la nobleza hereditaria, cuanto por la especial organización del Estado.»

«El Emperador goza de un poder muy restringido; tiene un sueldo muy corto (400.000 duros); escaso patrimonio, y no puede mantener a su alrededor los magnates en puestos lucrativos y honoríficos.»

«El pueblo sólo es el que manda, el que dispone; y lo que el pueblo únicamente quiere es ganar mucho dinero, sin gastarlo en presupuestos, rodearse de comodidades y dotar espléndidamente al propio tiempo todas las instituciones humanitarias o de utilidad pública, por eso en el Hospital de la Misericordia, los enfermos disfrutan hasta de un lujo inútil, y los faroles de gas están sembrados por los campos hasta una legua de distancia.»

«La población de Río Janeiro está adelantadísima, pero como todas las que en América se han formado de repente entrando de lleno y de buena fe en la marcha del moderno progreso, al lado de ciertos rasgos de exquisita cultura, conserva todavía recuerdos de su pasada barbarie. Por fortuna el espíritu eminentemente ilustrado que rige los destinos y la vida política de este imperio, borrará muy pronto estas negras manchas.»

«La esclavitud desaparece del Brasil a pasos agigantados; la trata de negros está terminantemente prohibida y los esclavos pueden fácilmente adquirir su libertad.»

«Tan luego como la consiguen son expulsados del Imperio, salvo en determinadas circunstancias en que adquieren derechos de ciudadanía tomando las armas o ejerciendo una industria cualquiera.»

«La expulsión es necesaria porque los brasileños se iban ennegreciendo demasiado en términos que raro es el que no tiene en sus venas algo de sangre africana. Bien se puede asegurar al ver algún blanco puro, que su patria no es el Brasil. Y ¡qué fatal es para la belleza y para la robustez del

cuerpo esa maldita mezcla! En Bahía de todos los Santos, la segunda ciudad del Imperio y donde he permanecido cerca de un mes, he podido observar esos efectos mejor todavía que aquí. No hay una mestiza ni un mestizo, particularmente en la tercera generación, siquiera se hayan continuado en blancos solamente, que sean agradables de fisonomía, ó sanos de cuerpo. El aire de su cara es profundamente melancólico y parecen estar siempre tristes por no ser enteramente blancos.»

«Este Gobierno, así como rechaza los negros, llama y ampara las inmigraciones (alemana principalmente) que vienen a colonizar el país y a introducir poco a poco la civilización europea. Los indios, sin embargo, se muestran siempre rebeldes y su raza no es de tan blanda condición como aquella que sometimos y nuestros descendientes siguen atrayéndose, al otro lado de los Andes.....»

Una de las primeras visitas que hicieron los Naturalistas en Río Janeiro, fué la del Cónsul español D. Pedro de Aranaga. Recibióles con exquisita cortesía, aunque no encontraron en él aquellas atenciones que les había prodigado el Vice-cónsul de Bahía D. Francisco Javier Machado. Les comunicó los informes que deseaban y salieron de allí dispuestos a dar principio a sus trabajos. Al siguiente día (8 de Octubre) embarcaron Paz y Martínez en un bote para visitar una islita cercana donde trabajaban en una fábrica de cal. En las inmediaciones de ésta encontraron abundancia de moluscos *Purpura*, *Murex*, *Fissurella*, etc., y algunos *Balanus* de magnitud extraordinaria, que recogieron para conservarlos en alcohol. A éstos añadieron varios *Helix*, *Bulimus*, *Streptaxis*, etc., de las inmediaciones del muelle.

También visitó Martínez el Mercado, adquiriendo aquí varias especies de peces *(garopas, badejos, vermelhos, crocorova, batatas, michodes, bagres y cabrinhas)*.

Por aquellos días entablaron amistad con un francés llamado Auguste Bourget, comerciante en objetos de Historia Natural. Vivía en la calle del Ouvidor, núm. 128, y desde el primer momento se mostró dispuesto en favor de la Comisión, como se habían manifestado en Bahía, Lacerda, Wuche-



Acueducto.—Río Janeiro (1862).

rer y otros varios. Uno de los beneficios más señalados que prestó a Martínez, fué el de enseñarle a preparar pieles, para suplir por sí mismo, las deficiencias del disecador Sr. Puig, que «hacía poco, malo y de mala gana» (1). También le comunicó informes acerca de una colección de animales vivos, propiedad de un banquero apellidado Souto, y hasta se ofreció a acompañarle en una visita que por fin realizaron ambos (Martínez y Bourget) a la quinta en que se hallaba instalada dicha colección. Constaba ésta de algunos *leones, coati, hiena, ibis, onzas, jagüar, urubú, el rey de éstos, jacú, occos, avestruz, faisanes, jiboyas, tartániga, danta, acutí, paca, leopardo, grulla coronada, garzas, ciervos, gamos, gacelas* y un *elefante.* No deja de llamar la atención el que un particular sostuviese a sus expensas todos estos animales cuyo mantenimiento y cuidados debían importar una fuerte suma.

Otra de las personas que por su celo en pro de la Comisión merece aquí un recuerdo, es D. Juan Blanco del Valle, Embajador de España en el Brasil por aquella época. «Estuvo este señor siempre muy obsequioso con nosotros, dice Martínez, y facilitó todo lo necesario para el éxito de nuestros trabajos». A sus gestiones se debió principalmente la interesante audiencia concedida por el Emperador D. Pedro II a los individuos de la Comisión.

El 17 de Octubre hicieron una visita a la montaña del «Corcovado». He aquí cómo la refiere Jiménez de la Espada en su carta a D. Adolfo Aguirre. «Comentóse desde la víspera la manera de llevarla a cabo, quiénes habían de ser los expedicionarios y la hora de emprender la marcha, y a las dos y media de la mañana del día 17 de Octubre, nuestro Presidente el Sr. Paz, Amor, Martínez, encargado de la recolección de moluscos y peces, y el incansable Isern, colector botánico, más un Naturalista comerciante (A. Bourget) que nos guiaba y yo, emprendimos a pie nuestra marcha por las cuestas qne desde la ciudad conducen a la cima del cerro».

«En vez de levantarme a las dos de la mañana preferí pasar la noche escribiendo y así lo hice hasta que a cosa de la una

(1) Diario de Martínez. 12 de Octubre de 1862.

y media, me calcé los claveteados borceguíes, me vestí el traje de dril, cargué el morral sobre la espalda, bien repleto con el almuerzo, crucéme avíos de caza sobre el pecho y echando la escopeta al hombro, salí a reunirme con mis compañeros. La noche era templada y el cielo estaba oscurecido por anchos nubarrones que cubrían casi constantemente la faz de la Luna. Había llovido bastante el día anterior y los barrizales del camino eran tan profundos que nos metíamos en ellos hasta media pierna. De manera que con la falta de luz y la blandura del suelo no dábamos paso; pero toda molestia desaparece ante la magia de una noche de primavera.»

«La calzada que nosotros seguíamos está abierta sobre la colina llamada de Carioca, en que estriba el Corcovado y desde ella a la derecha se distinguían las innumerables luces que alumbraban a la dormida ciudad, como una inmensa constelación que hubiera caído del cielo. El borde izquierdo toca en los matorrales que cubre la colina. A medida que avanzábamos se iban haciendo cada vez mayores las masas de árboles por entre las que serpenteaba el camino y sobre esas masas sombrías, se veían cruzar como meteoros, las luciérnagas de los trópicos».

«Los desentonados gritos o melancólicos cantos de las aves nocturnas, el cròar de los escuerzos, el chirrido estridente de algunos insectos y los olores penetrantes de algunas flores..... todo lo que revela esa misteriosa creación que huye del Sol padre, de la vida, de esa creación que aguarda a que todo duerma para entregarse a sus amores, a sus rapiñas, a sus guerras, todo esto hiere poderosamente nuestra imaginación y al sentir agitarse entre las sombras esos fantásticos seres se los representa con formas horribles, opacos colores y quizá malignos recuerdos de alguno que vió tal vez a la luz del sol».

«Acompaña casi constantemente el acueducto que trae a Río Janeiro las aguas del Tijuca y el murmullo que produce ecos, como pedal de aquellos coros armoniosos. Llegamos a *Dos Hermanas,* y descansamos entre los bancos que se ofrecen al caminante. Pasamos junto al depósito de aguas y al cuarto de hora de habernos apartado de ellas ya empezaba



Corcovado.—Río Janeiro (1862).

a clarear el día asomando a poco rato la aurora sobre el horizonte.»

«Al pisar el recinto del Corcovado brillaba ya en el oriente una ancha faja de púrpura festoneada de oro en su parte más próxima al Sol y ansioso por sorprenderle en la cima del monte antes de que asomara su hermosa faz, me separé de mis compañeros y emprendí a buen paso el camino adelante. Entré por aquellas selvas a cuyo lado la *Casa de Campo,* parece un prado de hierbas. Sin sentir el peso de mi cuerpo, la frescura de aquellos sitios la percibía en el alma. Levantaba al cielo mis ojos y me encontraba cubierto por un dosel de variadas hojas, ya finas, como las del *aromo*, ya anchas como las del plátano. De derecha a izquierda, los rollizos y elevados troncos de las *mamoerias*, los rechonchos de la yuca, cuyos frutos llegan a pesar *dos arrobas;* las esbeltas palmeras, las vainillas rodeando con sus vueltas serpentíneas aquellas elevadas columnas y cubriéndolas con sus hojas carnosas, ahogando a veces en sus brazos el árbol sobre que viven. Los arbustos envidiosos de los árboles queriendo alcanzar las copas de éstos y abriendo esas flores en cuyas corolas cabe un vaso de rocío, los musgos euvidiosos también de los arbustos, las lianas colgando de los árboles y cuajadas de gotas diamantinas como collares gigantes.....»

«Esta tierra próspera y rica sustenta todas las plantas que pueden agruparse en su superficie y a falta de terreno, las orquídeas se encaraman en las ramas y apoyándose en una horcajadura, en una aspereza, viven casi en el aire, lozanas y ostentando las flores más caprichosas y más apreciadas por la belleza de sus colores. Estos árboles tan corpulentos si encuentran una árida roca, extienden sus raíces como los miembros de un gigante y trepan por ellas como un hombre, por eso los montes del Brasil no destacan nunca sus crestas en el horizonte como los nuestros, pues subiendo los árboles hasta sus peladas rocas, el contorno se ve a lo lejos terminado por la masa de aquéllos.»

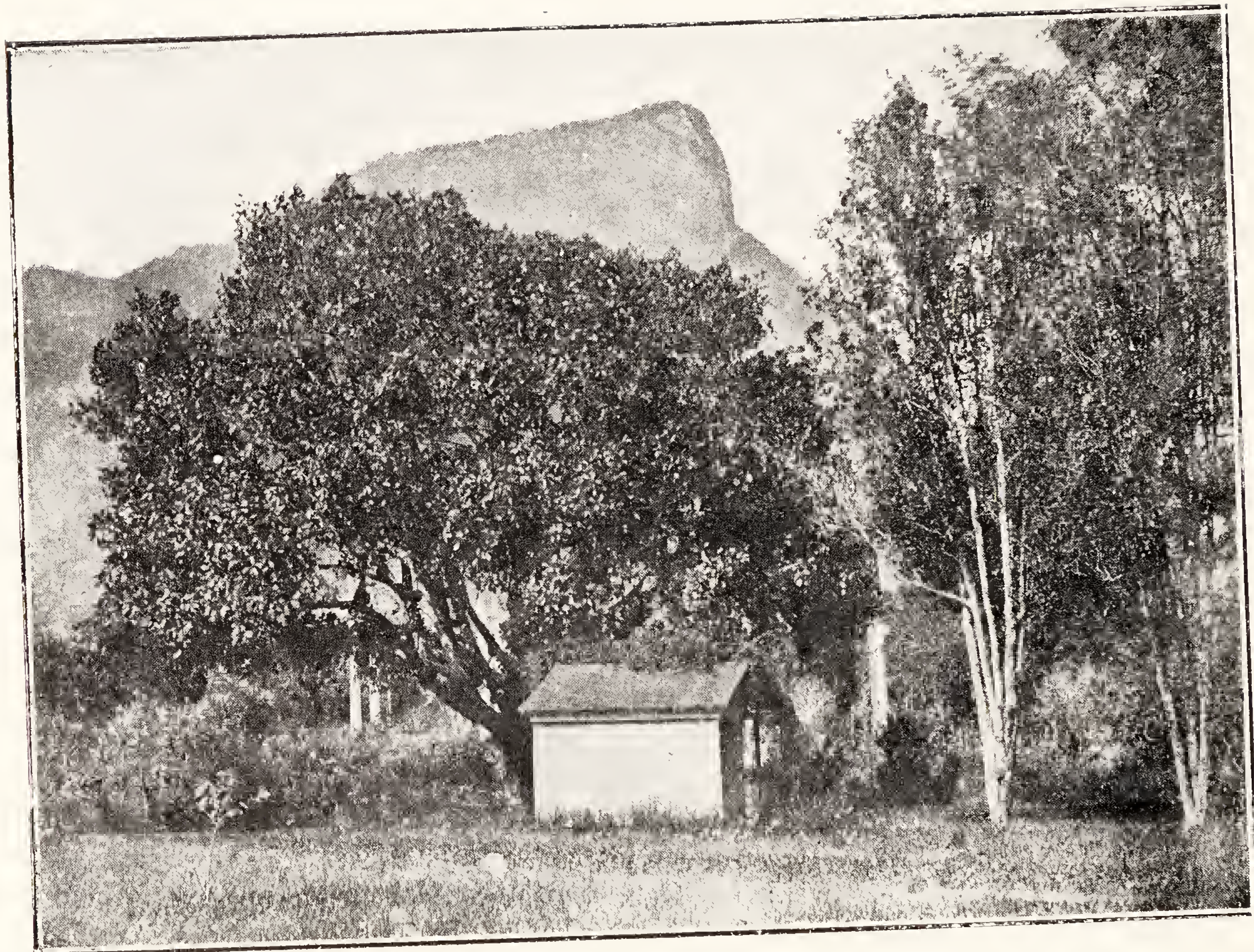
«El agua corre a torrentes por las faldas del Corcovado, resbalando sobre las pulidas lajas de granito en multitud de arroyuelos y humedece constantemente aquella atmósfera ali-

mento de los rudos hijos de la tierra. Anduve cuesta arriba por aquellas florestas en que resonaban los cantos de tantos pájaros como sustentan y protegen. Los *pica-pao* (pico carpinteros) sobre todo, armaban tal ruído y algazara en las cortezas de los árboles, que no parecía sino que estaban clavando y preparando alguna obra de carpintería. En esta ocasión me he persuadido que nunca llegaré a ser buen cazador, porque *me gusta más un pájaro volando que ciento en la mano.*»

«Voy a ahorrarle a usted la mitad de la cuesta que aún me queda por subir, amigo mío. Descansamos un poco en la plataforma llamada *mesa redonda,* en la cual hay una mesa cubierta por un cenador que el monarca ha mandado construir para que puedan comer en ella los que suben al Corcovado. Desde la *mesa redonda* a la cima, queda lo más penoso, lo más pendiente, y aseguro a usted que a pesar de mi entusiasmo necesitaba de todas las ramas y raíces que encontraba a mi paso, para agarrarme y de todas las piedras para descansar; pero al ver las escaleras abiertas en la roca viva, el cuerpo es algodón y le falta a uno tierra para llegar a ellas.»

«A las seis en punto de la mañana, cuando puse el pie en la cúspide, estaba yo solo; mi deseo se había cumplido. Contemplaba sin testigos una grandeza superior a cuantas me habían conmovido hasta entonces. El primer recuerdo fué para mis amigos, para mis queridos amigos, a quienes saludé con un ¡viva la patria española! ¡Ojalá lo hubieran oído!»

«¿Habrá acaso hombre en el mundo que después de haber contemplado la Bahía de Río Janeiro desde esta montaña llame a la tierra valle de lágrimas? He ahí el mar inmenso, profundo como el corazón humano..... He ahí la tierra, madre fecunda, derramando flores y frutos, abriendo su seno para dejar correr los ríos que la fertilizan, levantando orgullosos montes cargados de espesos árboles, ciñéndose las nubes alrededor como una gasa que los vientos arrebatan..... siempre risueña, siempre buena. El sol la llena con sus rayos de oro, la vida se derrama sobre ella con su luz y con sus ardores..... Es preciso ascender al Corcovado, para hacerse cargo de la gran extensión que abarca Río Janeiro.....»



Corcovado.—Río Janeiro (1862).

Así describe Jiménez de la Espada su ascensión al famoso cerro que tan gratas y profundas impresiones dejó en su alma de artista. Muy de cerca le siguieron sus compañeros a quienes se unió durante la marcha Mr. J. Nadeaud, cirujano de la fragata francesa «Pandora». Era muy competente en botánica y cultivaba la especialidad de helechos, de los cuales tenía una colección numerosa y selecta que había ido recogiendo en sus viajes por las islas de la Polinesia y diversos parajes americanos. Llevaba dos años de estancia en el Brasil y conocía muy bien el Corcovado por haberlo recorrido muchas veces. «Me acompañó con amabilidad, dice Martínez, enseñándome árboles variados, helechos preciosos, frutos, plantas medicinales, etc., que yo recogía con gusto para nuestro botánico con quien pensaba hacerle entrar en relaciones».

Mr. Nadeaud invitó a nuestros compatriotas a visitar la «Pandora», y así lo hicieron dos días después, quedando satisfechísimos de la amabilidad con que fueron recibidos y obsequiados por el Comandante y oficiales de la misma.

A pesar de haber durado tan sólo unas horas esta visita, volvieron los expedicionarios con material abundante, principalmente en botánica. Amor recogió varios ejemplares de *areniscas gneísicas y de margas esquistosas* y 24 ejemplares de *coleópteros;* Jiménez de la Espada, numerosas aves y varios anuros; Martínez algunas conchas, en especial *Bulimus,* notables por su magnitud, y D. Juan Isern un hermoso herbario compuesto de abundantes *criptógamas* y numerosas *dileniáceas, verbenáceas, melastomáceas,* etc., etc.

CAPÍTULO VI

El Emperador D. Pedro II recibe a los Naturalistas españoles y les ofrece la posesión real de Santa Cruz, para que puedan cazar en ella.--El parque de Río Janeiro.—El Jardín Botánico.—Sepárase la Comisión temporalmente de la Escuadra, que marcha el 28 de Octubre a Montevideo.—Compra de pájaros y peces.—Excursión de Paz y Martínez a Cabo Frío y Macahé.—Marcha de Paz, Amor, Martínez y Almagro a «Nossa Senhora do Desterro».—El Pampero.—Excursión al Cerro del Telégrafo.—Duarte, Fritz Müller y el Comandante Hoonholt.—Excursiones a la «Isla de las Viñas» y «Freguezía de Lagoa».—Detalle acerca de los batracios.—El Bodoco.—Más excursiones.—La colección Duarte.—Adquiérese una colección de orquídeas vivas.—Trabajos de Isern y Espada en Río Janeiro.—Salen para «Desterro» y siguen a Río grande do Zul en compañía de los demás.—El viaje.—D. Federico G. de Alburquerque.--Excursión a la Isla dos Marineiros.—Idem a la Barra.—Alves dos Santos.—Excursión a «Las Mongueiras».

El día 20 de Octubre fueron recibidos por el Emperador D. Pedro II, del Brasil, los Sres. Paz y Membiela, Amor, Martínez y demás, a quienes acompañaba el Sr. Blanco del Valle, representante de España. Después de breve espera en un modesto salón donde se veían las armas de nuestra patria, apareció el Monarca ostentando sobre negro frac la cruz de Carlos III. Saludó afectuosamente a la Comisión en idioma español, preguntó a cada uno en particular sobre el objeto del viaje y materias propias de su cargo, habló largo rato de la flora brasileña y principales obras relacionadas con ella, dando evidentes pruebas de su extensa cultura y concluyó por fin ofreciéndoles la posesión real de Santa Cruz para que pudiesen aumentar sus colecciones, cazando en ella el tiempo que juzgasen necesario.

Dos horas permanecieron con él nuestros Naturalistas, saliendo de allí sumamente reconocidos a las muchas atencio-

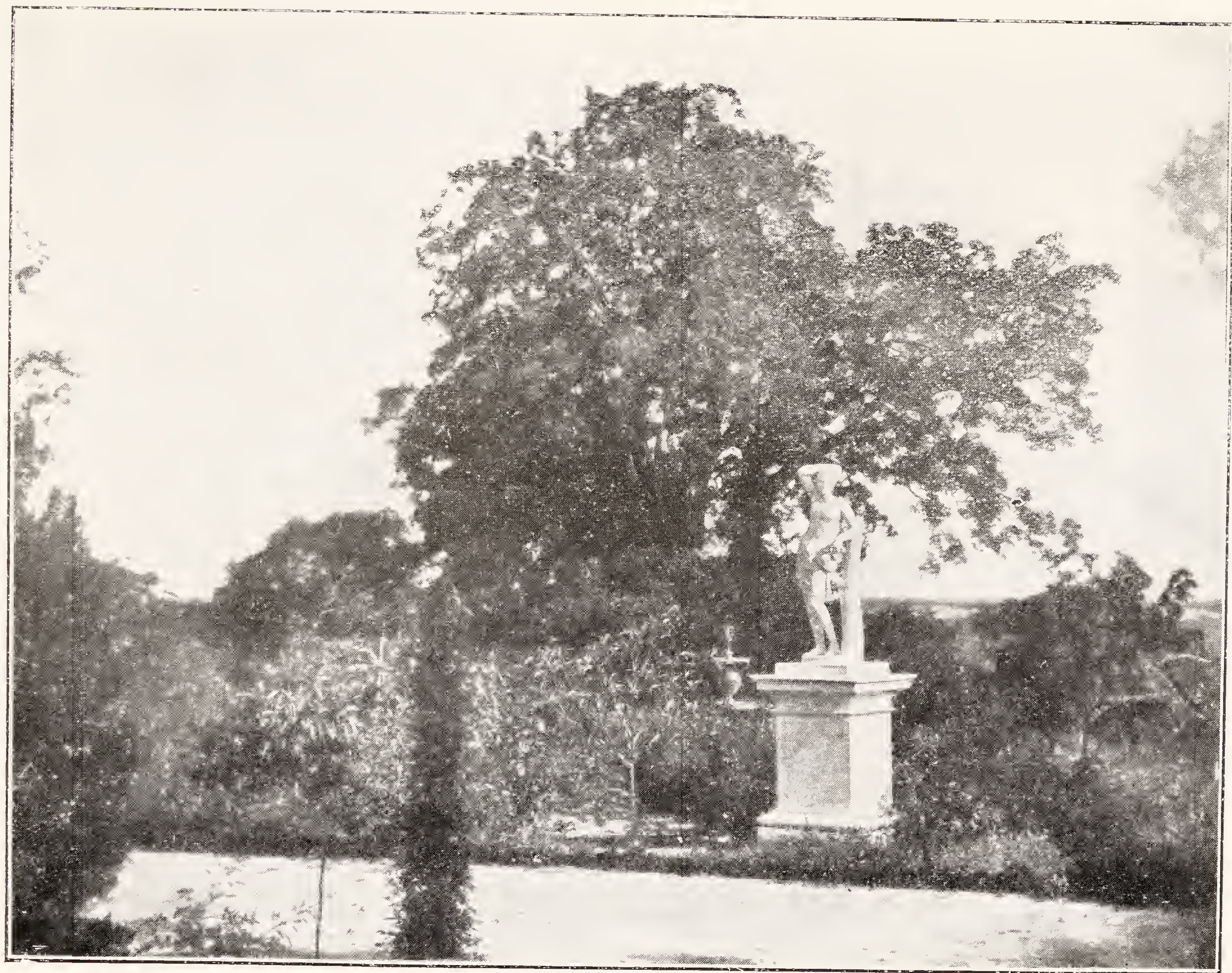
nes de que fueron objeto. «Dos visitas, dice Almagro, hicimos al Emperador y en ellas pudimos apreciar su gran ilustración científica y la amenidad de su carácter». Cumplido por la Comisión este deber de cortesía siguió recorriendo cuantos lugares consideró dignos de conocerse y estudiarse y entre éstos el parque de Río Janeiro, de reciente construcción por aquella época. «Ha sido dispuesto a la inglesa, dice Martínez, con bastante buen gusto; las plantaciones son nuevas en su mayor parte, habiendo elegido vegetales de diferentes partes del mundo acompañados de etiquetas..... Llama la atención en él un edificio para descansar acaso los Reyes, unas pirámides con inscripciones (A saudade do Río) (A amor do publico); el café, el lago con su lancha, una roca artificial con cenador cubierto de parásitas y un mirador con kiosco, cuyos muros baña la marea».

Refiere Martínez que excitó su curiosidad un *sirenio* llamado peje-buey *(Manatus amazonicus)* que comía hierba en las riberas del lago. Habíanlo regalado al Emperador en un viaje de éste a Italia, y fué llevado al parque por encargo de aquél.

Otro de los sitios de Río Janeiro dignos de mención era el Jardín Botánico, situado en las afueras de la ciudad. «Más que elemento de enseñanza, dice Martínez, es un hermoso sitio de recreo, construído aprovechando la ventajosa situación de un valle. Las aguas descienden en abundancia de las montañas próximas (Corcovado, Morro do Jardin, Tijuca, etcétera) formando lagos y cascadas entre bosques de bambúes, mangueras, etc.; los paseos cubiertos de verdor, y los árboles, de vainilla, campanulas y otras plantas trepadoras; los montículos sembrados de gazón así como las márgenes, de una gran laguna artificial, todo compitiendo con el grandioso espectáculo de las montañas próximas y el agradable aspecto de un lago natural (lago Rodríguez). Algunos cuadros han sido destinados para flores y parásitas». . . . .

. . . .

Desde su arribo al Brasil no habían descansado un momento en su labor los miembros de la Comisión científica; pero el campo confiado a su acción era por demás extenso e



Paseo Público.—Río Janeiro (1862).

imposible por lo tanto de abarcar no ya en el espacio de solo un mes que había de permanecer la escuadra en aguas de ese imperio, sino en muchos meses y aun años. Con el fin de obtener el mayor partido posible decidieron separarse temporalmente de aquélla después de obtener el beneplácito del caballeroso General Pinzón y además la promesa de que pondría oportunamente a disposición de los comisionados una nave para trasladarse a Montevideo (1). El día 28 de Octubre del 62 salieron de Río Janeiro la «Resolución» y la «Triunfo», emprendiendo la ruta de Montevideo, a donde llegaron el 4 de Noviembre, a las siete de la tarde. La Comisión científica quedó, pues, en el Brasil por algunas semanas para continuar sus trabajos de recolección y estudio. Aparte de lo que adquirió en sus viajes, compró a Mr. Burguet una colección numerosa de colibries, y en repetidas visitas al mercado, bastantes peces, *arrayas, garopetas, badojetes, pargas, vípedas, sargos, canhanhas, tainhas papaterras, roballos, bagres, cruvinas, peixe-porco, baranas,* etc., y también algunos moluscos marinos. El 28 de Octubre hicieron una excursión a Cabo-Frío y Macahé, los Sres. Paz y Martínez, en busca de moluscos terrestres. Como siempre ocurría en aquel país hospitalario, encontraron favorable y afectuosa acogida en el Capitán de la «Ceres» D. J. I. Rodríguez de Al-

(1) Este acto del Jefe de la Escuadra, fué completamente espontáneo y digno por lo mismo del mayor aplauso.

«Esta Comisión científica (decía Pinzón al Ministro de Marina con fecha 31 de Junio de 1863) *sobre la cual no se me comunicaron ni antes ni después de la salida de España instrucciones determinadas respecto al enlace de sus operaciones con las mías, pues si algunas recibí fueron las que a consecuencia de las consultas que hice a V. E. en mi carta* núm. 69 *de veintidós de Octubre del año último se sirvió V. E. enviarme en Real orden de veintidós de Noviembre siguiente en que se expresa que en nada se detenga el curso de mi comisión por la citada Corporación, a pesar de lo cual desde la salida de Cádiz he procurado por mi parte conciliar todos los extremos consultando con el Sr. Paz el tiempo que necesitarían en cada punto para efectuar sus investigaciones científicas,* etc., etc.» Como se ve, la conducta de Pinzón no pudo ser más noble y contrasta por cierto notablemente con la imprevisión, con la torpeza inexcusable de ambos Ministros (Marina y Fomento).

burquerque Bloen, en el Dr. D. Juan Teixeira de Miranda Junior y en D. Antonio Joaquín da Costa, quienes tuvieron para nuestros compatriotas las atenciones más delicadas.

Con el fin de abarcar un radio de acción más amplio, acordaron los Naturalistas dividirse en dos grupos, uno formado por los Sres. Paz, Amor, Martínez y Almagro, y el otro por Espada, Isern, Puig y Castro. Quedaron éstos en Río Janeiro mientras que los primeros salieron el 6 de Noviembre en el vapor «Tocantim» para la ciudad de *Desterro,* capital de la provincia de *Santa Catharina.* Tres días emplearon en la travesía que fué ciertamente muy feliz, así por el estado del mar, como por el trato amable y obsequioso que recibieron a bordo. El Capitán D. Hipólito Duarte, su hermano el Oficial D. Cándido y hasta los pasajeros D. Juan Astudillo y Jiménez, D. Juan Pedroso Barreto d'Alburquerque y D. Antonio Luis Fernández da Cunha, colmaron de atenciones a nuestros compatriotas, compensándoles así de los desaires sufridos a bordo de la fragata «Triunfo».

El día 8 enfilaron el canal que separa la isla, del continente, avistando los pueblecitos de San Francisco a la derecha y San Miguel a la izquierda, y rozaron las *isletas de los Patones,* fondeando algunas horas después en la magnífica rada de *Nossa Senhora do Desterro.* Esta ciudad, de situación pintoresca, de anchas calles tiradas a cordel, de amplias y hermosas plazas, adornadas de grandes palmeras, ostentaba por aquellos días edificios tan notables como la Iglesia principal, el Palacio del Presidente, la Casa de Correos, el Ayuntamiento y el Mercado, recién construído, según los adelantos de aquella época. Los alredores de ella estaban poblados de quintas hermosísimas, conocidas allí con el nombre de *chacaras.* Alojáronse los Naturalistas en el *Hotel do Vapor,* único que existía en la población. Lo mismo que en Bahía, lo mismo que en Río Janeiro, nuestros compatriotas pudieron también apreciar aquí el carácter dulce de aquellas gentes y sus instintos hospitalarios. De ello es una prueba el siguiente detalle que Martínez consigna en su diario. «Preguntando por una lavandera fuímos conducidos a una casa de negros que nos hicieron sentar algún tiempo (Paz, Amor y yo), se excu-



Jardín Botánico.—Río Janeiro (1862).
Palma Real.—*Orcodora olerácea.*

saron *de no podernos ofrecer flores y nos preguntaron por la Reina de España.* Mucho me impresionó la alegría que en medio de no pocas privaciones, demostraban estas sencillas gentes, ocupadas en arreglar algunas prendas».

Inmediatamente dieron principio los Naturalistas a su labor, recorriendo los alrededores de la ciudad. Encontraron abundancia de insectos, en especial de bellísimas mariposas, algunos moluscos *(Helix, Uncinea, Glandina,* etc., etc.,) y también bastantes aves *(Anser, bienteveo, sabias,* etc.) A poco de regresar al hotel tuvieron oportunidad de observar una irrupción del *pampero,* es decir, de viento huracanado que abría violentamente las vidrieras haciéndolas añicos, penetraba en el interior de las viviendas, derribando los muebles y objetos que hallaba a su paso y levantaba en el mar olas ingentes que al anochecer se iban extinguiendo cuando cesaba el elemento perturbador. Era la primera vez que semejante fenómeno se presentaba a la consideración y examen de nuestros viajeros.

La siguiente excursión fué al «Cerro del Telégrafo» que marcaba, dice Martínez, la entrada de los buques. Su vegetación formada por esbeltas palmeras, por corpulentos árboles y hermosísimos helechos, ocultaba a los rayos de aquel sol tropical, numerosas viviendas de negros e indígenas, cubiertas de hojas de palmera, y amuebladas según Martínez, con una grosera mesa, varios cofres y algunos bancos o taburetes. La alimentación de aquellas gentes consistía en harina de *mandioca,* carne seca, tocino y pesca o leche. Esta y algunas frutas eran llevadas a la ciudad en tarros de lata o en cestos suspendidos de los extremos de un palo, por grupos de muchachos a quienes causó extrañeza y admiración, la indumentaria de los españoles y sobre todo la manga de mariposas que utilizaba D. Fernando Amor.

No tardaron Paz y sus compañeros en recibir la visita y ofrecimientos de los Sres. D. Antonio Luis Von Hoonholt, Comandante del patache «Achva»; D. Antonio Paranhos, Cónsul de Portugal; D. Carlos Duarte Silva, Cónsul de España, y D. Joaquín de los Remedios Monteiro. Éste se ofreció a Martínez, para presentarle al Prof. Fritz Müller, Natura-

lista de reconocida competencia. Vivía en una modesta casa de la «Praía de Jora» a las mismas orillas del mar; había hecho notables descubrimientos en *zoófitos* y *anélidos* y escogidas colecciones, mandadas a Alemania, en Blumane y Desterro. Conservaba todavía algunos restos de aquéllas, los que pudo examinar detenidamente Martínez. El Dr. Müller tuvo la amabilidad de acompañar a éste en varias excursiones a la playa, de las cuales obtuvieron excelentes resultados en la recolección de *anélidos, zoófitos, moluscos* y *crustáceos*.

A repetidas instancias del Comandante Hoonholt para que utilizasen los botes del «Achva». hicieron en éstos un viaje, Martínez, Amor y compañeros a la «Isla de las Viñas», antiguo depósito de carbón y también a la «Playa de José Méndez»; fué muy escaso el fruto obtenido, pero en cambio tuvieron ocasión de admirar la notable ligereza de las canoas construídas de troncos de árbol, y la extraordinaria habilidad y arrestos de los indios que se aventuraban a llegar con ellas hasta alta mar desafiando sus tempestades. También observaron por primera vez el curioso árbol conocido allí con el nombre de *chabuticavera,* cuyos frutos aparecen en el tronco y se llaman *chabuticavas*.

El 15 de Noviembre dispuso el Sr. Duarte una excursión a la «Freguezía de Lagoa». Partieron de la ciudad a las seis de la tarde en sendas cabalgaduras oportunamente dispuestas por el mencionado Duarte, que se constituyó en su guía. «El camino era muy agradable dice Martínez. Hay vegas inmensas, arbolado espeso, agua en abundancia; los ríos, de cauce extenso, tienen sus márgenes tan cubiertas de vegetación, que el agua se desliza por una alfombra verde. Se pasan puentes nada seguros, hechos toscamente con algunas tablas.....»

«Era algo tarde y los aldeanos marchaban con sus vacas hacia sus casitas dispuestas en las márgenes del río.»

«A medida que se aproximaba la noche, dejábase oir a lo lejos, el croar de gran número de batracios, que imitaban los ladridos de una manada de perros con tal semejanza, que al principio creímos todos ser realmente éstos los autores de tan monstruosa algarabía. Otras especies del mismo género



Río Janeiro.—Santa Teresa desde el pie de la Iglesia (1862).

producían sonidos sumamente raros, destacándose entre ellas una que imitaba perfectamente el redoble de un tambor»....

....

Nuestros viajeros hallaron cómodo y hasta lujoso alojamiento en casa de los Sres. D. Francisco Antonio Viel y don Manuel Antonio Núñez Viel, donde pasaron la noche. Al siguiente día (16 de Noviembre del 62) (1) continuaron su viaje durante el cual tuvieron ocasión de observar el empleo del *bodoco,* instrumento de caza que sustituye allí a las armas de fuego. Consiste en un arco de *cozubantao* u otra madera flexible, del que se valen para lanzar, por cierto con gran destreza, pequeñas bolas hechas de arcilla. Ese día (el 16 de Noviembre) era domingo y los Naturalistas se creyeron en el deber de cumplir sus obligaciones religiosas, tanto por convicción, como por adaptarse al medio en que se hallaban. Con este motivo consigna Martínez el siguiente detalle que revela el carácter y costumbres de aquellas gentes: «Oímos misa. Cantaban en ella al alzar, primero un individuo sólo y después todos los demás repitiendo lo que aquél decía. Nos causó impresión profunda el fervor y piedad de los concurrentes». Pasaron después a visitar una laguna inmediata, en la cual abundaba un crustáceo denominado *seri,* la *Psamobia* violada, algunas *Venus* y varios otros moluscos; y llegaron a un arenal donde habían formado los vientos varias *dunas o médanos,* que estuvieron examinando por algún tiempo. Aquí encontraron abundancia de *Mytilus, Donax* y *Patella* y algunos *carábidos.* Por la tarde regresaron a la ciudad en caballos *ricamente engalanados con profusión de flores de orquídeas y jazmines del Cabo.*

---

(1) Dice Martínez que los Sres. de Viel les sirvieron en el desayuno buen café y azúcar, ambos de la propia cosecha, y añade esta observación: «Se quejaban de la pobreza del terreno, la cual era cada día más patente. Esto es debido al vicioso sistema agrícola de casi todo el Brasil. Despojan los *mattos* cortando primero la leña y quemando después el resto. En seguida preparan las plantaciones que no tardan en empobrecer el terreno, a la segunda o tercera cosecha. Tampoco hay cultivos variados, ni abonos que se harán precisos, cuando los bosques vírgenes hayan desaparecido.....»

El 18 visitó Martínez la «Playa de Flora» en compañía de Müller y consiguió recoger numerosos ejemplares de *anélidos, crustáceos, moluscos, zoófitos y briozoos.* También reunió bastantes peces *(papaterra, bagre, vermelha, galho, pescadinha, banana, crocodoca, parati, cavaca, byume, gordinho, bacacu de espinha, basacu miralete, cañanha, cazarrete, mangagaba, catrinha, peixe-porco, charco, sardinha, lage, papaterra-dussobio, gangoa, cavatinga, borriquete, badocho, cuxovinha, viola, micholas, cornuda, molusco, polbo, ofidios, cîpó, jararaca.* El famoso *Amphioxus lanceolatus* o *Branchiostoma*, que tantas discusiones ha suscitado entre los Naturalistas, fué también recogido por Martínez en las inmediaciones de «Nossa Senhora do Desterro» y figuró en nuestro Museo de Ciencias Naturales, antes que en la mayor parte de los establecimientos semejantes de Europa.

Merece citarse también entre las adquisiciones hechas por los Comisionados en Santa Catharina, y como muestra de una industria curiosa, la colección de flores artificiales compuestas de *escamas, plumas y conchas.*

Por último, no quisieron nuestros viajeros abandonar aquel hermoso país sin conseguir antes una colección de orquídeas vivas, de aquellas orquideas que, según Almagro, eran las más bellas del mundo. Todavía aprovecharon nuestros viajeros las pocas horas que les quedaban de estancia en «Desterro» para visitar el Hospital de la Caridad y la casa de los PP. Lazaristas, y sobre todo la del Sr. Duarte, donde pudieron admirar dos trajes completos de indios del Pará, con sus hamacas, collares de dientes, etc., etc., todo perfectamente conservado y tres esqueletos también de indios, uno de mujer y dos de niño. Habían pertenecido éstos a una familia de caciques de las inmediaciones de «Lages», que fueron traídos a casa del citado Duarte, donde fallecieron de *tristeza*, poco después de su llegada.

El segundo grupo de la Comisión que había quedado en Río Janeiro, se dividió en dos secciones: una formada por Isern y el fotógrafo, marchó al sitio Real de Petrópolis, y la otra (Jiménez de la Espada y el disecador Puig) a la hacienda



Olvido-Brasil.—Bosque (Matto) (1862).

de Santa Cruz galantemente cedida por su dueño el emperador D. Pedro II. Ambos trabajaron con gran ahinco en sus especialidades respectivas. El botánico recogió miles de ejemplares de plantas en el Corcovado, en Petrópolis, en Santa Teresa, en Botafogo, y en esta labor tuvo el eficaz auxilio de sus compañeros, quienes aprovecharon toda oportunidad para proporcionarle otros muchos, con los cuales completó la colección del Brasil que llegó a constar de once grandes paquetes tan bien preparados y dispuestos, que aún *hoy* después de *sesenta años* se hallan en perfecto estado de conservación y pueden ser objeto de estudio, sin la menor dificultad.

No fué menor el resultado obtenido por Jiménez de la Espada en la cuestión de mamíferos, aves, batracios y ofidios, tanto por el número, como por el valor de los ejemplares.

La campaña de Santa Catharina fué también muy productiva en *zoófitos*, *anélidos*, *crustáceos*, *moluscos* e *insectos*.

El 23 de Noviembre de 1862 llegó a Nossa Senhora do Desterro el resto de la Comisión que había quedado en Río Janeiro y el 24 (no el 19 como dice Almagro) embarcaron para «Río Grande do Zul» en el vapor «Emperatriz». El abundante equipaje de la Comisión fué trasladado al vapor en los botes del «Achva» que aceptaron los Naturalistas a repetidas instancias del Comandante de éste, Sr. Hoonholt, a quien dedica Martínez el siguiente tributo de gratitud: «Difícil será se borren de mi memoria las atenciones que debimos a tan instruído marino, de origen alemán, establecido accidentalmente en esta ciudad, con una comisión hidrográfica.»

«El viaje fué por demás incómodo y molesto. Los camarotes se hallaban invadidos por un exceso grande de pasaje hacinado en ellos de mala manera. Era imposible permanecer allí a causa de su atmósfera irrespirable y tampoco cabía acogerse a la cubierta porque la humedad y el frío penetraban hasta los huesos». Durante la travesía, dice Martínez, me puse a considerar lo inútiles que serán siempre estos viajes y hasta lo imposible (si se han de hacer como corresponde), por el excesivo equipaje que producen y lo costosos que en este caso tienen que resultar aun prescindiendo ahora

de los objetos que venían sin corresponder a la Comisión, pues para algunos ésta no se ha hecho más que para divertirse y hacer compras.»

El 27 arribaron a la ciudad de San José, capital de «Río Grande do Zul», alojándose en el «Hotel des Trois fréres provenzeaux», que resultó una mala posada. El dueño de la fonda donde habían parado en «Nossa Senhora do Desterro» dió a Martínez una carta de recomendación para el Naturalista de San José de Río Grande, Dr. D. Federico G. Alburquerque, a quien visitó en seguida. «Fuí recibido por él con amabilidad, dice Martínez. Me mostró algunos peces, varias aves vivas, un zorro del país, algunas plantas parásitas, etcétera, etc. Le indiqué mi deseo y salimos inmediatamente al campo. Me acompañó a la fonda, donde le presenté a los compañeros (Amor y Almagro), y todos juntos, provistos de magníficos aparatos de caza y de frascos (todo ello propiedad del mismo), salimos de la ciudad. Sus cercanías están constituídas por arenales numerosos cubiertos a trechos de agua. Hay pequeños cerros *formados por los vientos*. Se encuentran también algunos terrenos cubiertos de cesped, acequias, lagunazas, etc., etc.»

«Las aves acuáticas eran numerosas, más en ejemplares que en especies. Se vió algún cisne, batracios en gran número y bastantes entomostráceos de los géneros *Daphnia* y *Cypris*. Alburquerque dió a los Naturalistas una prueba más de atención y aprecio, al desembalar todas sus colecciones ya dispuestas por aquella fecha para ser remitidas fuera de allí, con el fin de que pudiesen aquellos examinarlas detenidamente.

«Quedamos sorprendidos, dice Martínez, al ver el número e importancia de los mamíferos y aves que conserva en piel, todos del Brasil y la mayor parte de la provincia; unos preparados por un francés que permaneció algunos años en el país, y otros por el mismo Aburquerque. No son menos notables los insectos, de los que dió algunos ejemplares a nuestro encargado de este ramo. Separó asimismo, con este objeto algunas pieles de vertebrados, así como algún pez y crustáceo».

En vista de no haber llegado aún la nave en que debían continuar su viaje, proyectaron, de acuerdo con Alburquerque, una excursión a la «Isla de los Marineiros». Había entre ésta y la ciudad una laguna de escaso fondo que atravesaron con algún cuidado, encontrándose con restos de barcos perdidos que indicaban lo peligroso de la navegación. Ya en la isla «no tardamos, dice Martínez, en observar en las ramas de algunos arbustos, algunos coleópteros longicornios y lamelicornios que indicaban ir adelantando la estación. Como no había viento volaban también *lepidópteros*, *hemípteros*, *dipteros*, etc.. etc. Hasta entonces se puede decir que no habíamos visto en este país los insectos en algún desarrollo; me convencí de que en todas partes es necesario para recolectar, época y oportunidad que no se alcanzan sino *con tiempo y reposo*». En esta ocasión encontraron también un número prodigioso de crustáceos que habitaban pequeñas cavidades de los terrenos innundados o asimismo de las inmediaciones de la laguna.

La necesidad de agua potable obligó a nuestros expedicionarios a buscarla en una casa próxima habitada por negros, donde observaron un procedimiento curioso para recogerla y conservarla. Consistía en abrir en el terreno algunas cavidades destinadas a contener cubos o tinas sin fòndo, hundidos hasta enrasar con el suelo, los cuales, una vez llenos, eran tapados con cubiertas de madera, y convertidos en depósitos de agua de beber.

Pasaron después a recorrer unos arenales próximos, encontrando entre las hojas caídas, buen número de melasomas (coleópteros). «También llamaron nuestra atención, dice Martínez, racimos de orugas de algunas pulgadas, con manchas rojas sobre fondo claro, pelos rígidos, largos y de fuerte coloración; la simetría con que estaban colocados en el ápice de los ramos, y el verde subido de las hojas de las plantas, formaban un bonito contraste». Había muy cerca una fábrica de cola ordinaria y a ese establecimiento llamaban «La Filantropía»; entraron a verla y con este motivo hicieron la siguiente observación que refiere así Martínez. «En una pipa había un gran lagarto (Deguizin) de bonito color que ya había-

mos visto en Río Janeiro; lo comen *y con las escamas de la cola hacen sortijas que sirven como amuletos para las enfermedades del pecho»*. A última hora de la tarde regresaron a la ciudad muy satisfechos de la expedición y en especial del Sr. Alburquerque.

El día 30 de Noviembre salieron a visitar la Barra en la entrada del Puerto, Paz, Martínez y Espada. El Comandante A. Alves dos Santos, a quien ya conocían, recibióles con gran amabilidad, ofreciéndoles numerosos ejemplares de *Voluta*, *Venus*, *Myas*, *Janthina*, etc., etc., que había mandado recoger y preparar anticipadamente.

Aprovechando esta oportunidad, trataron de adquirir algún delfín; pero no hallaron quién se decidiese a pescarlo, a pesar de haber ofrecido retribuirle bien.

El día 1.° de Diciembre hicieron la última excursión del Brasil al sitio denominado «Las Mangueiras». Les acompañó también Alburquerque, quien, como experto guía, les fué conduciendo por los parajes más a propósito para el objeto de la misma. La caza fué abundante, sobre todo en insectos, aves (zancudas y palmípedas), capibaras, etc., etc., aparte de las plantas recogidas por Isern.

La colección de peces fué tan sólo de algunas *cravinas*, *sardinhas*, *parupros*, *prejarebas*, *cossaos*, etc.

Con esto quedó terminada la campaña de la Comisión en el Imperio del Brasil.

Tres meses escasos (9 de Septiembre a 4 de Diciembre) habían permanecido los Naturalistas en tierras brasileñas. Aislados de la Escuadra, llenos de aquel entusiasmo que no habían podido amenguar los amargos desengaños ya sufridos; en presencia de las hermosas y exhuberantes tierras brasileñas; siempre acompañados de amigos generosos y leales; en contacto inmediato con distinguidos Naturalistas y hombres de ciencia, agasajados espléndidamente por todos desde los humildes campesinos hasta los jefes políticos de la provincia y el supremo jerarca del imperio D. Pedro II, podemos afirmar que la estancia de la Comisión en el Brasil constituyó su mejor campaña y dejó en el ánimo de todos sus miembros recuerdos gratísimos que jamás olvidaron.

CAPÍTULO VII

Sale para Montevideo la Comisión.—El viaje.—Arribo a Montevideo y primera excursión.—Visitas.—Excursiones.—El Museo de Historia Natural.—Las casas de los indios.—D. Adolfo Pedralbes.—Viaje al «Puerto del Buceo».—Besnes e Irigoyen.—Un hecho glorioso para nuestra marina.—Los saladeros de Montevideo.—Creencias de los gauchos.—Lafond y Hunzinger.—Excursión al río Solís.—Azarola.—El Museo de Burmeister.—Acuerda la Comisión que cuatro de sus miembros vayan a Chile por tierra.—Viaje por las Pampas.—El río Uruguay.—Atenciones del Presidente Mitre.—Viaje desde Buenos Aires a Rosario. El río Paraná.—Agasajos en Rosario.—Viaje desde aquí a Córdoba.—La diligencia.—Tormento en las Pampas.—Viaje desde Córdoba a Mendoza.—Triste aspecto de ésta.—Atenciones del Gobernador.—Subida a los Andes y paso de la cordillera.—Resultados de este viaje.

El 3 de Diciembre se presentó a la vista la goleta «Covadonga», cuyo Comandante remitió al Presidente de la Comisión un oficio, en que el Jefe de la Escuadra le ordenaba embarcar para trasladarse a Montevideo.

El 4, a las doce y media de la mañana, zarpó la nave de la cual dice por cierto Martínez, que les pareció muy agradable y bonita comparándola, sobre todo, con la sucia y desordenada fragata «Triunfo» en que habían venido embarcados.

El Comandante, alojólos lo mejor posible, les sentó a su mesa, les permitió subir al puente y hasta ordenó subiesen sillas para mayor comodidad. «Entonces me convencí, añade Martínez, de que era ridícula la severidad, bajo este concepto, usada con nosotros en la fragata».

Y sufrieron las molestias del huracanado viento de las Pampas que les obligó a comer en el suelo, y el 6, a las nueve menos cuarto de la noche dieron fondo en la rada de Montevideo, saltando inmediatamente a tierra.

La primera visita fué para el Vicecónsul español D. Pedro

Sáez de Zumarán y para nuestro Ministro D. Carlos Creus, quienes recibieron a la Comisión con las mayores pruebas de afecto. Al siguiente día recorrió ésta los alrededores de la ciudad, encontrando gran número de *Corbula*, *Helix lactea*, *crustáceos*, etc. También tuvieron ocasión de examinar las variadas colecciones zoológicas y mineralógicas de D. Pedro Giralt, hechas en aquella provincia.

El 11 pasaron a presentar sus respetos al Presidente de la República, D. Bernardo Beno, acompañados del Ministro español, D. Carlos Creus y del Presidente del Tribunal de Justicia, D. Francisco Juanico. Recibióles aquél con gran amabilidad y después de conversar un rato con ellos sobre cuestiones científicas les enseñó algunas muestras de minerales procedentes de «El Salto».

El 13 visitaron la cercana «Playa de Ramírez», donde pudieron recoger bastantes moluscos de los géneros *(Corbula*, *Mytilus*, *Melania* y *Helix)* y algunos insectos.

Por aquellos días trabaron amistad con M. W. G. S. Etsom. encargado de negocios de Inglaterra, quien después de acompañarles en algunas excursiones, les presentó a Mr. Jibert, en cuyo domicilio pudieron examinar hermosas colecciones de plantas, de invertebrados, de reptiles, de peces, esqueletos, etc., etc.

«También estuve, dice Martínez, en el Museo (Nacional) de Historia Natural, si así puede llamarse una pequeña pieza de la Biblioteca pública obscura y con objetos, pocos en número y mal dispuestos. Estaba dirigida por D. Joaquín Reyes, completamente lego en la materia. Hacía muy poco se había nombrado por preparador a un hábil italiano, D. Luis Panizzi, Farmacéutico, que mandaba remesas, por su cuenta, a los museos de Europa, sobre todo al de Turín.»

El 19 visitaron la «Playa de Santa Lucía» Paz, Amor y Martínez. «Aquellos campos, dice éste, me recordaban los del centro de Castilla: no tenían arbolado, había sembrados de cereales y sus plantas inseparables, cardos, compuestas, borragineas, etc. No por eso dejaban de verse plantas indígenas de esas que tanto interesan al europeo, aun cuando no se observaban en ellas las formas tropicales. Los colonos

habitaban en ranchos de barro sostenidos por palos que, entrelazados, formaban también el techo. Sobre éste colocaban gruesa capa de gramíneas secas. Después de almorzar pedí agua a una mujer, y nos hizo entrar en su rancho; parece ser la esposa del capataz. Como hacía calor, nos sentamos un rato. No cesaban los niños de acariciar, tanto al compañero Amor como a mí. Atravesado por una barra de hierro fija en el suelo y rodeado de lumbre, vimos medio carnero que se estaba asando. Pronto pudimos apreciar las excelentes cualidades de esta carne, pues aquellas buenas gentes nos obsequiaron no sólo con ella, sino también con leche. ¡Tan amables son los gauchos! Entonces tuvimos ocasión de admirar la extrema agilidad con que manejan los lazos de cuero y bolas que lanzaron sobre algunos animales a instancias nuestras». Pocos días después fueron invitados Martínez e Isern, por el Abogado D. Adolfo Pedralbes a visitar una finca que poseía en la margen del río Miguelete. En ella tuvieron la satisfacción de encontrar abundantes plantas, peces y moluscos *(Planorbis*, *Ampullaria*, *Cyclas*, *Ancylus* y *Unio)*. Pedralbes les mostró además el árbol llamado *Ombú*, cuyos frutos usaban allí para matar ratas.

A esta excursión siguió a los dos días (23 de Diciembre de 1862) otra de Paz, Martínez y Espada al «Puerto del Buceo», acompañados de un capitán uruguayo y de un español apellidado Tristani. Habían oído aquéllos que algunas veces aparecían por allí focas y trataron de probar suerte, por si la casualidad les deparaba alguna. No consiguieron ésto, pero sí buen número de insectos, peces, aves y algunos moluscos.

Como en otras ocasiones acudieron también repetidas veces al mercado de Montevideo, donde compraron crustáceos, peces y algunos huevos de ñandú, que figuran en el Museo de Madrid.

Entre las personas de Montevideo que más se distinguieron por sus atenciones y agasajos a los Naturalistas de la Comisión del Pacífico, figura un español a quien Martínez dedica sentidas y entusiastas frases de alabanza. Se llamaba don Juan Manuel Besnes e Irigoyen y era natural de San Sebastián. Sus acrisoladas virtudes, bondadoso carácter y sólida

cultura, eran sobradamente conocidas allí en Buenos Aires y aún en las restantes naciones suramericanas, donde además se había esparcido la fama de su gran habilidad de calígrafo. Todo esto le atrajo simpatías, distinciones y honores de propios y extraños. «Por la tarde le visitó largamente Martínez y estuvo oyéndole hablar de viajes. El había hecho bastantes, alguna vez acompañado de hombres notables. Había tratado mucho a Bonpland y a otras celebridades que visitaron las Américas. Martínez, añade, refiriéndose a él que su honradez era proverbial y sus virtudes le habían hecho acreedor a la gratitud de los desgraciados. Ama entrañablemente a España, dice, aunque no deja de reconocer la causa de su atraso.»

Este buen patricio hizo varios obsequios a nuestros marinos y Naturalistas, y en especial a Martínez, a quien regaló una faja india, una flecha y un pañuelo, en el cual había dibujado, a pluma, el nombre de éste.

Poseía también un álbum interesantísimo con dibujos y notas de los sucesos más culminantes de su vida y también de otros muchos que juzgó dignos de consignar por su importancia (1). De él tomó Martínez un dibujo de la curiosa

---

(1) En ese álbum, dice Martínez, consta un hecho glorioso para España, que por no haber habido marino que lo apuntara a pesar de las excitaciones hasta públicas de este virtuoso anciano, consignó aquí.—«Fragata corsaria española de 24 cañones». El Orion (a) Nuestra Señora de los Dolores. Comandante Mr. Cureau, armada en Montevideo. Hallándose fondeada el 1.° de Septiembre de 1805 en la rada de Cavenga (Africa), salió a las tres de la mañana en busca de tres fragatas y un bergantín, ingleses (negreros) que se hallaban fondeados en la rada de Mallemba, según noticias dadas por una embarcación americana. A las siete observó, en efecto, que la brisa no les permitía salir por estar tres de ellos averiados, el «Clarendon» en el O., el «Activo» al S. E.; a distancia del segundo como cable y medio, el «Wollaston» al N. E., y la «Rebeca» al N. de los dos primeros, casi a la misma distancia. Viendo que estaban en posición por la brisa que reinaba, y antes que empezaran a maniobrar, ordenó el Comandante (de la fragata española) abordar al «Activo» por haber observado que tenía las dos baterías abiertas. Inmediatamente mandó subir los grampines para tener más ventaja sobre el enemigo al tiempo de abordarle.

piedra redonda, del Departamento de la Colonia, en la cual piedra se observan admirablemente los efectos de un fenómeno de erosión.

La última de las excursiones a los alrededores de Montevideo fué al «Saladero» de Mr. Lafond. Era un establecimiento (el más importante de la República en su género) donde todos los años desde Noviembre a Marzo, se dedicaban a preparar el *Charqui* o *tasajo*, o sea la carne de vacuno, salada y seca. Mataban diariamente de 800 a 900 cabezas de ganado, sometiendo después las reses muertas a larga serie de operaciones propias de aquella industria ciertamente lucrativa, pero también expuesta a grandes pérdidas. Sus mercados eran por entonces Cuba y el Brasil.

Tanto Martínez como Espada, hicieron una descripción minuciosa de todos los mecanismos, manipulaciones y detalles correspondientes a esa explotación industrial (1), utilizando las acertadas explicaciones del encargado D. Enrique Hunzinger.

Aprovechando este viaje cazaron algunas aves, muchos insectos y varios moluscos.

Al regresar desde el «Saladero» al domicilio del Administrador, encontráronse con el jefe Sr. Lafond, a quien manifestó Martínez gran interés por hacerse con algún lobo; mas aquél no se prestó a complacerle por ser entonces época de veda. En cambio le comunicó algunas consejas que circulaban como verdades entre los gauchos. Según éstos, las piedras *bezoares*, sirven para desterrar la polilla. Cuando se agusana el ombligo de una ternera recién nacida, basta, para curar la infección, dar la vuelta mediante una azadilla a la tierra

---

A las nueve horas los enemigos hicieron señales. En seguida se le dieron dos abordajes al «Activo» y habiéndose rendido acometieron a la otra fragata y al bergantín. Una de las fragatas se hizo a la vela para huir; mas fué averiada entre ocho y nueve de la noche. Rendidos fragata y bergantín, se dirigió a la otra y fué rendida.

Clarendon, 24 cañones.—Activo, 22 cañones.—Rebeca, 18 cañones. Bergantín, 14 ídem.—Total, 78 cañones.

(1) Véase Apéndice núm. 3.

donde aquélla ha colocado sus pezuñas. Si ocurre el mismo caso con las heridas de los bueyes, el remedio eficaz consiste en colgarles de las astas un cráneo o una bolsa con perdigones. También regaló a Martínez las bolas que él usaba cuando salía al campo, y además, añade éste, «dos pedazos de una materia fibrosa y dura, de color blanco, que me dijo ser un fragmento de vena dorsal (más bien creo era de la aorta). Colgada de un bramante, sirve para anunciar el bueno o el mal tiempo. Cuando éste reina o se aproxima, se pone blanda, gotea y se obscurece. Si permanece dura, hay viento sin lluvia, y en buen tiempo, está flexible, seca y blanda». Por aquellos días hicieron ambos Naturalistas, (es decir, Martínez y Espada), una excursión al río Solís. «Nuestro querido amigo el Dr. Azarola, dice Espada, quiso ahorrarnos hasta la más pequeña molestia en el viaje, poniendo a nuestra disposición su volanta, donde nos acomodamos todos perfectamente. El tiempo hermoso, el camino fácil, los sitios por donde pasábamos, deliciosos; así es nuestra primera jornada hasta media legua más allá de la improvisada ciudad, dejando atrás el pueblecito de «La Unión», y las delicias ornamentales que le rodean. A las seis de la tarde nos apeamos en «El Paso», rancho cómodo y limpio como todos los que hemos visto en el país, y en el cual, según el plan de Azarola, debíamos hacer noche.»

«Una encañada, en cuyo fondo corre un arroyo entre matas y espinos entretuvo nuestras escopetas hasta la entrada de la noche. Abundan en los bosquecillos las tórtolas de cuello dorado, los parleros, calandrias y el rojo papagayo que llaman ¿aurinchu? y las bandadas de teros-teros y chorlos, que acuden a buscar en el légamo las babosas y larvas de que se alimentan.»

«Lleno el morral de caza tan abundante como poco gloriosa, volvimos al rancho donde nos esperaba, gracias a la previsión del Doctor, una delicada mesa»........................

Una de las últimas visitas de Montevideo, fué al Museo de Burmeister, donde pudieron admirar la espléndida colección de fósiles que atesoraba. Allí vimos, dice Espada, el *Coryphistera alaudina* de Burmeister, especie descubierta poco

antes por éste en Panamá; la cabeza de un *Toxodon*, un soberbio ejemplar del *Glyptodon spinicauda*, colas del *tuberculatus* y de otras especies; el esternón completísimo del *Mylodon* con restos de sus mandíbulas y otros semejantes. «Es pobrísimo, dice Espada, en mamíferos, aves, reptiles y peces, pero tiene una nueva especie de Elasmidóforo que vale un Potosí» ....

Aquí adquirieron nuestros compatriotas una colección de fósiles para el Museo de Madrid.

Antes de pasar adelante en nuestro relato debemos ocuparnos siquiera brevemente de una circunstancia que influyó de un modo muy directo en la marcha y destinos de la «Comisión Científica del Pacífico». Hemos hablado ya más de una vez de la conducta verdaderamente extraña y lamentable del Comandante de la fragata «Triunfo» D. Enrique Croquer, con los individuos de la expedición y en especial con el Presidente de ésta, D. Patricio Paz y Membiela. La enemistad entre ambos Jefes comenzó, puede decirse, en el mismo puerto de Cádiz y fué aumentando en el transcurso del viaje hasta hacerles mutuamente incompatibles.

Durante la estancia en Montevideo, el Sr. Paz decidió romper de una vez con el Comandante Croquer, y dirigió al General Pinzón un razonado oficio exponiendo las numerosas quejas que le había motivado el comportamiento injusto de aquél. Esta medida creó entre ambos Jefes, una situación difícil, que hizo moralmente imposible el reembarque de Paz en la «Triunfo». No le quedaba, pues, otro recurso que el regreso a España, o el viaje por tierra hasta las costas del Pacífico. Tal vez hubiese sido preferible lo primero tanto para el mismo interesado, como para la expedición; pero la Junta se decidió por el segundo extremo, acordando que acompañasen al Presidente los Sres. Almagro, Isern y D. Fernando Amor. Parecía natural que Jiménez de la Espada se hubiese agregado a éstos, como encargado de los mamíferos, aves y reptiles, pero sus relaciones con Paz eran muy tirantes y éste procuró a todo trance alejar de sí compañía tan poco grata y benévola para él. Al mismo Isern se trató de eliminarle, embarcándole en la «Triunfo» *sin duda para que cogiese plan-*

tas en alta mar, dice Jiménez de la Espada (1). Como se ve distaba mucho de existir entre los miembros de la Comisión aquella armonía que tanto hubiese sido de desear. En su consecuencia, dice Almagro, «salieron de Montevideo el 26 de Diciembre de 1862, a las cinco de la mañana, los Sres. Paz, Amor y Almagro (2) en una diligencia que debía llevarles a la ciudad de Mercedes, donde llegaron el 28 por la tarde, después de haber atravesado las Pampas o llanuras orientales, cubiertas de un excelente pasto que sin ningún cuidado de labranza, es siempre abundantísimo y alimenta una inmensa cantidad de ganado; así es que una estancia o dehesa de 8 a 10 leguas de extensión, y que contiene de 10 a 12.000 cabezas de ganado, es atendida solamente por uno o dos hombres.

En el camino tuvimos el placer de ver manadas de avestruces, que huían al ruído de nuestro carruaje. Pasamos por las poblaciones de Santa Lucía y San José.

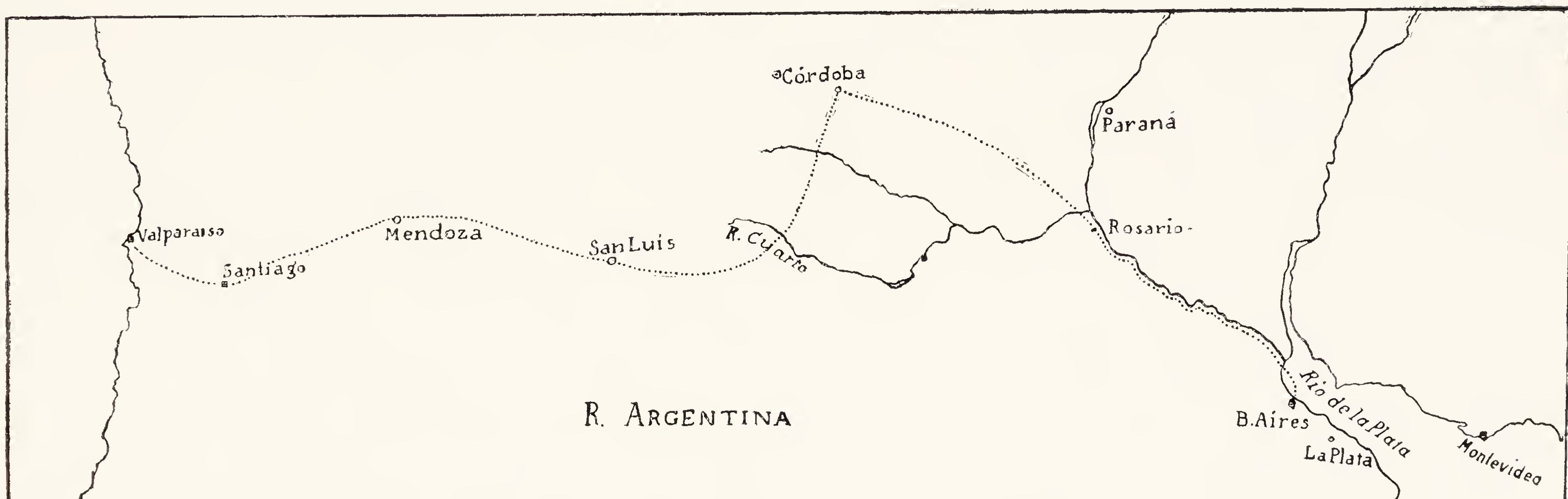
Mercedes es una bonita ciudad situada en las orillas del río Negro, tributario caudaloso del Uruguay, notable por la propiedad incrustante de sus aguas, las cuales, por un proceso bien conocido transforman en piedras las sustancias, sobre todo vegetales, que han permanecido en su seno durante algún tiempo.»

«También esta región es digna de estudio por la abundancia de fósiles que en ella se encuentran..... De Mercedes fuímos en tres horas, por tierra, al lugar llamado Fray Bentos que es embarcadero y escala del vapor en el río Uruguay. Subimos éste hasta la villa del Salto, haciendo escala de varios días en Pay-Sandu. Bajamos el mismo río, deteniéndonos en la Concepción del Uruguay, llegamos al Plata y continuamos por él hasta la ciudad de Buenos-Aires, donde llegamos el 14 de Enero de 1863.»

«El río Uruguay es navegable por buques de alto bordo,

(1) Almagro dice en su Memoria ya citada, que el viaje por tierra obedeció al deseo de *dar más variedad a las colecciones;* pero esta razón no pasa de un piadoso eufemismo, con el cual trató de velar las verdaderas causas del acuerdo.

(2) Isern quedó en Montevideo preparando los envíos para España.



Ruta seguida por los Sres. Paz, Martínez, Amor y Almagro, á través de la Argentina.

desde la villa del Salto hasta su confluencia con el Plata (60 leguas). De la villa del Salto para arriba su caudal de agua es todavía muy considerable, pero una bella cascada imposibilita la navegación. El río Uruguay está sembrado de numerosas y pequeñas islas de verde y lozana vegetación; sus orillas siempre bajas, están pobladas de pequeños arbustos que abrigan una inmensa cantidad de seres vivos, entre ellos el bellísimo *jaguar* o tigre americano, a veces enemigo terrible del hombre, y siempre del ganado, lo cual hace que a menudo se le cace con notable arrojo y gran peligro. Buenos Aires, capital del antiguo virreinato del mismo nombre y hoy de la República Argentina, fué descubierta por la expedición de D. Pedro de Mendoza, en 1514 y así llamada por haber dicho Sancho del Campo, cuñado de D. Pedro, al desembarcar: «¡Qué buenos aires hay en esta tierra!» Estaba poblada por las naciones indias *Querandis, Cararacas,* etcétera, que fueron rápidamente desapareciendo del suelo». En la época de referencia (1863), era ya una hermosa ciudad con buenas calles, edificios y monumentos, y una población de más de 150.000 habitantes. Presidía la República el General D. Bartolomé Mitre, persona de gran ilustración que recibió a nuestros compatriotas con singulares muestras de afecto, facilitándoles cuantos medios estuvieron a su alcance para llevar adelante sus tareas y haciendo que se reuniesen en su palacio varios jóvenes indios, de las *tolderías* de Patagonia, residentes entonces en la Capital Argentina, con el fin de darlos a conocer a nuestros exploradores.

El 2 de Febrero salieron de Buenos Aires a bordo del vapor *Pavón*, y navegando por el río Paraná llegaron a Rosarío el día 4. «El Paraná, dice Almagro, está sembrado de islas, que presentan una hermosa vegetación; su lecho es de arena movediza, lo cual hace que se formen y desaparezcan bancos, que dificultan su navegación, la cual, aunque peligrosa, es practicada hasta Rosario (80 leguas), por buques de alto bordo. Las avenidas de este río producen el curioso fenómeno de arrancar grandes pedazos de terreno, que constituyen islas flotantes, cubiertas de vegetación, y a veces conteniendo grandes animales.»

Rosario había sido población de gran importancia por arribar a su puerto todo el comercio extranjero para las otras provincias, llegando a tener hasta 12.000 habitantes; pero en la época de referencia, el monopolio comercial se había trasladado a Buenos Aires, y Rosario, casi arruinada, no pasaba ya de 5 a 6.000 almas.

Inmediatamente de fondear el vapor en que viajaban nuestros Naturalistas, presentóse a saludarles el Cónsul español y les condujo al Hotel donde se reunía buen número de compatriotas, deseosos de estrecharles la mano y ofrecerles sus respetos. Allí comieron todos en medio del mayor entusiasmo, mientras la música de la Guardia Nacional, ejecutaba escogido repertorio.

Al siguiente día salieron al campo a fin de aprovechar la breve permanencia en aquella población, y por la tarde fueron obsequiados por un rico propietario español (1) con espléndido banquete, al que asistieron, además de los Comandantes de Armas y Guardia Nacional, respectivamente, el Cónsul de Prusia y la Colonia española de Rosario.

En el testero del salón-comedor figuraba el retrato del General Prim. Hubo entusiasmo, brindis y cantos inspirados a la madre patria, plácemes cordiales para la Comisión Científica y votos por el éxito de su campaña.

El 10 por la mañana salieron para Córdoba, distante 112 leguas de Rosario. Había que hacer el viaje en diligencia, de la cual dice Almagro, que si en aquel caso nada ofreció de característico, no era así con los tiros: éstos consistían en doce hermosos caballos, y cada uno llevaba su jinete; en la lanza del coche estaba el tronco. El hombre que monta el caballo de la derecha, se llama *ladero*, y el de la izquierda, *capataz*. A la lanza le seguía una cuerda de cuero muy doble y de trecho en trecho, por ambos lados, se desprendía otra de tres varas, provista de un garfio en su extremo externo; este garfio se engancha en una argolla que hay en la cincha de la montura del postillón, que allí se llama *cuartero y cuar-*

(1) No consta su nombre en la carta de Isern, fechada en San Luis de Punta el 10 de Marzo de 1863.

tas las cuerdas provistas de garfios. Este sistema que impide al caballo emplear todas sus fuerzas, es necesario, pues se enganchan a menudo animales cerriles que sólo la destreza de aquellos jinetes puede gobernar.

«El personal de la comitiva se aumentó también con ocho soldados y un Oficial, que el Presidente Mitre nos obligó a aceptar como escolta durante todo el tiempo que estuviéramos en la Confederación. Todos iban a caballo, y el público que ignoraba el objeto de esa escolta, creía que iban presidiarios en aquella diligencia.....»

«En el gran espacio de 112 leguas que recorrimos entonces, no hay ni una sola población. A cada 4 ó 5 leguas encontrábamos una casucha y un corral; en la primera vivía el maestro de postas y en el segundo había 40 o 50 hermosos caballos. Apenas llegaba la diligencia a una de las postas, cada jinete desensillaba su caballo, enlazaba otro de los del corral, lo ensillaba, casi lo domaba, enganchaban todos juntos y emprendían de nuevo el galope. Allí no hay carreteras; el camino es todo llano, y gracias al poco tráfico no es malo.»

«Llegados a la posta donde debía dormirse (pues nunca se anda de noche) cada jinete desensillaba su caballo, hacían hervir el agua para tomar su querido *mate* (1), degollaban la oveja que debían comer, asaban su carne, que constituía su único alimento y se acostaban al aire libre sobre los aperos de sus monturas, para descansar de los galopes del día.»

«Siempre alegres, serviciales y chistosos, los gauchos reunen a su naturaleza de hierro, excelentes cualidades morales. Nosotros sacamos nuestras camas de campaña, y las colocamos en la casucha de postas, donde pronto percibimos tantas *vinchuchas* o chinches de cerca de una pulgada, que nos fué preciso imitar a los gauchos y dormir como ellos. Se

---

(1) De la planta *Ilex paraguayensis,* extraen las hojas y tallos tiernos que, secos y pulverizados, constituyen una especie de te muy apreciado por todos los suramericanos. Se toma poniendo cierta cantidad de polvo de la yerba en una vasija hecha de un fruto llamado *mate,* se añade azúcar y agua hirviendo, y para beberla se emplea un tubo de una línea de diámetro y una cuarta de largo, llamado *bombilla.*—Almagro, pág. 25.

nos sirvió una comida compuesta de oveja cocida, oveja asada y caldo a guisa de postre. A la hora de almorzar no se demoraba el coche y en él hacíamos esta operación con las provisiones que llevábamos, incluso el agua, pues en las Pampas las raras veces que se encuentra es sumamente salobre y desagradable.»

«Todo el camino es enteramente llano y está cubierto de las gramíneas de las Pampas, de gran variedad de verbenas y otras plantas de pequeñísima talla.»

«El segundo día descargó por la noche una horrorosa tormenta de agua, vientos y rayos, cuya fuerza es imposible figurarse sin haberla visto (1), afortunadamente duró poco y el *Pampero* que es viento de S. O., tan fuerte, que a veces ha volcado buques grandes, pasa con bastante rapidez.»

El 14, por la mañana, llegaron a la ciudad de Córdoba, capital de la provincia del mismo nombre. Situada en las inmediaciones de *Río Primero* y al pie de la sierra llamada también de Córdoba, contaba 20.000 almas en aquella época. Aquí se repitieron las manifestaciones de simpatía y afecto por parte del Gobernador y de la Colonia española. Proporcionóles aquel lujoso alojamiento, y puso, a disposición de los mismos, todos los medios necesarios para un viaje de seis días que hicieron a la sierra, en busca de colecciones de Historia Natural.

El 26 de Febrero, por la mañana, abandonaron la capital citada, tomando rumbo S. para andar las 50 leguas que la separan de la villa de *Río Cuarto,* a donde llegaron el 28 por la tarde. Temían los expedicionarios algún percance serio,

(1) El año 1795, por la misma época, hicieron esa travesía los hermanos Cristiano y Conrado Heuland, enviados por Carlos IV para estudiar las minas de Chile y recoger ejemplares de rocas, etc. Durante el viaje experimentaron también ese fenómeno imponente que describen así: «El Viernes Santo, a la una del día, obscureciéndose repentinamente el horizonte sobremanera, nos sorprendió entre Barrancas y Zanjón, un Pampero muy fuerte con una tempestad terrible de rayos, truenos, granizo y aguaceros que caían a cántaros, de suerte que no hubo más arbitrio sino de parar, quitar los caballos del coche y aguantar a cielo raso; lo que duró más de cuatro horas sin cesar». El termómetro descendió en tan breve espacio de tiempo ¡32°!

motivado por las irrupciones de los indios Pampas, que en ciertas épocas del año, caen sobre aquellos poblados asesinando a los hombres y llevándose las mujeres, niños y ganados, pero felizmente escaparon a este peligro que por cierto se presentó pocos días después, por haberse retrasado las noches de luna que aquéllos solían aprovechar para semejantes fechorías (1).

El 6 de Abril llegaron a San Luis, pequeña población de 6.000 habitantes, distante 58 leguas de *Río Cuarto*. Allí tuvieron la suerte de adquirir dos liebres de las Pampas, que fueron remitidas a Madrid, y de las cuales asegura Almagro haber sido las primeras importadas en Europa.

El 11, por la mañana, salieron en diligencia para Mendoza, separada de San Luis, por una distancia de 76 leguas. Esa población que había sido una de las más ricas y bellas de la Argentina, ofrecía entonces un aspecto desolador, que conmovió profundamente a nuestros viajeros. El 26 de Marzo de 1861, experimentó un espantoso terremoto que redujo a escombros la mayoría de los edificios sepultando a ¡15.000 almas! Para que la magnitud de la catástrofe alcanzase su grado máximo, sobrevinieron imponentes inundaciones que produjo el fenómeno citado en los ríos y acequias, coronado todo ello por un voraz incendio que con siniestros resplandores iluminó aquella escena apocalíptica. Allí pasaron Paz y compañeros el segundo aniversario de la catástrofe y asistieron a una misa en sufragio de las víctimas, que se dijo al aire libre por carecer de templo. El Gobernador tuvo la delicadeza de colocarles a su lado en esta solemnidad religiosa en que ofició el Sr. Obispo, pronunciándose, además en ella, una oración fúnebre, que produjo en el auditorio impresión hondísima, a la que no pudieron sustraerse los mismos Naturalistas.

Dicha autoridad civil poseía una hacienda distante de Men-

(1) Esas incursiones eran ya frecuentes en el siglo XVIII, y de ellas dan cuenta en su «viaje por las Pampas» Cristiano y Conrado Heuland, con motivo del asesinato del Canónigo Cañas y de sus 29 acompañantes, ocurrido en 1779.

doza 13 leguas, la que puso a disposición de Paz e Isern para que pudiesen cazar en ella, acompañándoles, además, en su viaje, y dándoles hospitalidad en la quinta de su pertenencia.

En esta ciudad terminó el viaje de *320 leguas* que habían hecho por las Pampas nuestros compatriotas. «Arreglados nuestros preparativos de viaje para atravesar la cordillera a caballo, dice Almagro, salimos de Mendoza el 31 de Marzo, a las cinco de la mañana, con objeto de pasar de noche un cálido arenal de diez leguas.

«Salimos acompañados por el Gobernador, el Ministro y unas 50 personas de la población hasta dos leguas de ésta.»

«Las mulas de carga, las del arriero y sus ayudantes, formaban, con las nuestras, una hermosa caravana de 20 cabalgaduras, guiadas por una yegua portadora de un cencerro en el cuello y llamada la *madrina*. El cencerro tiene por objeto el que las bestias extraviadas al oir su sonido, vengan a reunirse con ésta.»

«El ganado está tan bien enseñado, que por las noches, en medio del desierto, sólo se ata la *madrina*, y las otras bestias, sueltas, no se alejan de ella. El que monta la madrina es un niño de diez a doce años, llamado *madrinero* o *marucho*.»

«Toda la noche del 31 de Marzo, Martes Santo, anduvimos montados; a las cuatro de la mañana concluímos el arenal y empezamos a subir por los desfiladeros de las montañas; a las seis penetramos en la bella y salvaje *Quebrada de Villavicencio*, y a las ocho llegamos a una choza de paja ocupada por una familia que vende algunos víveres a los numerosos pasajeros que por allí transitan. En ella descansamos hasta las doce del día. Continuando nuestro viaje, subimos al alto *Paramillo de las minas*, donde años atrás se extraía oro y plata; sufrimos un violentísimo viento que nos soplaba por delante y casi impedía andar a nuestras cabalgaduras; una pequeña bajada nos condujo al hermoso valle de Uspallata, altiplanicie de diez leguas, situada a 8.000 pies sobre el nivel del mar, y a las doce de la noche llegamos al establecimiento del mismo nombre, compuesto de una casa medio destruída que sirve de aduana. El 1.º de Abril lo pasamos allí, recogiendo diferentes objetos de los alrededores y admirando los

colosales condores, que en gran número venían a comer los restos de un animal muerto. El día 2 continuamos por el mismo valle y llegamos al río *Mendoza,* limitado por barrancos altísimos que permitían estudiar las diferentes capas del terreno; pronto pasamos con gran susto por las imponentes *laderas* (1), y a las cinco de la tarde acampamos entre unas enormes piedras que nos resguardaban del viento, a orillas de un torrente.»

«La temperatura era bastante fría (6°); pero la calma del aire y la claridad de la luna, hacían agradable el pernoctar allí. Hicimos una hoguera donde asamos un pedazo de carne, y en breve nos dormimos perfectamente. El 3 salimos muy de mañana y nos detuvimos a las cinco de la tarde. Todo el camino de este día lo hicimos sobre la orilla del río Mendoza y por entre los precipios numerosos de las cordilleras; por la noche se sintió mucho frío y a pesar de una gran hoguera que hicimos, tuvimos trabajo para conciliar el sueño.»

«El 4 hicimos una corta jornada, pues a la una de la tarde llegamos al río *Inca*, y nos demoramos allí para examinar el puente que le cruza que es una maravilla de la naturaleza. Este famoso puente está formado por el terreno común al del camino, tiene 20 varas de largo y ocho de ancho; debajo de él, a distancia de 15 varas, pasa el torrentoso río Mendoza, el cual, seguramente, en una época remota, ha formado dicho puente, taladrando el terreno que se oponía a su curso; pasamos sobre él y vimos que en la parte superior de la barranca derecha del río, surgían tres ojos de agua, uno de temperatura ambiente y dos de agua termal a 31°. Con algún trabajo bajamos por esta barranca a un piso situado debajo del puente, desde donde admiramos las blancas y magníficas

(1) Llámanse *laderas* aquella parte del camino situada sobre la barranca del río, y tallada en la roca. El camino tiene una vara de ancho; por la derecha lo limita sólo una muralla de roca viva, y por la izquierda el precipicio de 60 varas sobre el río. Hay en el camino cuatro laderas largas, la mayor tiene 1.000 varas. Al ir por ella, se toca siempre el cuerno, para impedir que entre por el lado opuesto otro viajero, pues sería imposible dar vuelta, retroceder o cruzarse en medio de la *ladera.*

estalactitas que cubren toda la bóveda del puente, formando preciosos dibujos de aspecto gótico. Vimos también, que la filtración del agua termal se reune en dos pozas de piedra viva de una vara de profundidad y tan pulidas que parecían trabajadas por la mano del hombre. Recogimos muestras de las estalactitas y otras rocas y nos bañamos en las pozas.....»

«El resto del día lo pasamos recogiendo rocas, insectos, herborizando y entretenidos con las relaciones que nos hacían los cazadores que allí encontramos.»

«Puesto el sol, cesó el viento, pero empezó un frío que por grados iba aumentando, tanto, que a las ocho de la noche tuvimos que derretir hielo para tomar agua. El termómetro marcaba 6º bajo cero, y teníamos que dormir al aire libre. Encendimos una hoguera, asamos parte de un carnero muerto que traíamos sobre las cargas y nos preparamos a dormir, consolándonos con la ausencia del viento y la claridad de la luna.»

«El 5, Domingo de Pascua, emprendimos de madrugada nuestra marcha. Ese día debíamos doblar la cordillera y queríamos hacerlo antes de la hora en que arrecia la fuerza del viento. Subimos una porción de cuestas que parecían conducirnos a las nubes, y a las cuatro de la tarde llegamos al *Paso de la cumbre*, situado a 13.000 pies sobre el nivel del mar, con un viento muy recio e incómodo. Inmediatamente empezamos a bajar ya en territorio chileno, pues la cumbre es el límite entre las dos naciones.»

«La bajada con dirección al Pacífico es en extremo pendiente, y se comprende con facilidad, pues en el corto espacio de 150 millas, hay una diferencia de nivel de 13.500 pies. Bajamos, pues, con suma rapidez; observamos la diferencia notable de las rocas, percibimos un hermoso lago helado, el riachuelo del *Juncal* y el río Aconcagua que corría de E. a O.»

«La vegetación era ya más robusta, dominando en ella el árbol llamado *Quillay*. Sabiendo que había cerca una casa habitada anduvimos hasta las nueve de la noche, y llegamos a la *Guardia Vieja,* especie de ventorrillo, llamado así por haber sido en tiempo de nuestro dominio, Resguardo de Aduana.»

«Cenamos con buen apetito malísimos manjares, que nos parecieron deliciosos. El 6 almorzamos allí, y empezamos nuestra marcha a las diez; a las once pasamos el río Colorado, atravesamos por magníficos caminos en medio de campos bien cultivados de cebada y maíz, y llegamos a las seis de la tarde a la población de Santa Rosa de los Andes, hospedándonos en el único mal hotel que hay en ella. Aquí cesó nuestro viaje a caballo.....»

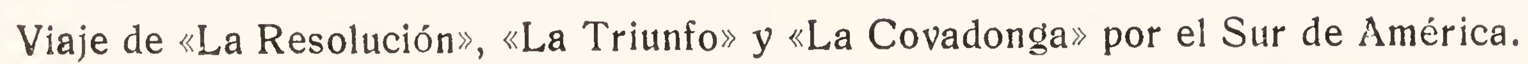
«Descansamos un día en Santa Rosa, pasamos el lindo pueblo de San Felipe de Aconcagua y en coche fuimos hasta el pobre caserío de Llay-Llay, donde tomamos el ferrocarril para ir a Valparaíso.»

«Habíamos atravesado todo el continente sudamericano por el paralelo de 33°, desde el Atlántico hasta el Pacífico.....»

¿Cuál fué el resultado práctico de este largo y molesto viaje? No es fácil apreciarlo una vez que faltan los diarios de los Naturalistas, a excepción de los pocos detalles que se consignan en la «Memoria» de Almagro. Como siempre la parte botánica parece que fué la más privilegiada.

El herbario de Isern contiene numerosos ejemplares y especies de plantas, entre éstas la *Prosopis estrangulífera,* con su curiosísimo fruto en forma de espiral apretada. Es de suponer que fuese también abundante la parte de rocas e insectos.

De todos modos, la rapidez con que hicieron el viaje y el poco tiempo que pudieron dedicar a excursiones, hubieron de impedir, indudablemente, un resultado más satisfactorio.



Viaje de «La Resolución», «La Triunfo» y «La Covadonga» por el Sur de América.

CAPÍTULO VIII

Embarcan nuevamente en la «Triunfo» Martínez, Puig y Castro y Ordóñez, y en la «Covadonga» Jiménez de la Espada.—Zarpa la Escuadra para el Estrecho de Magallanes.—Arribo de las fragatas a Bahía de la Posesión.—Retraso y aventuras de la «Covadonga».—Aves observadas en esta travesía.—Llega la «Covadonga» a la citada Bahía.—Inexactitudes de los derroteros.—Topografía de la costa.—La playa y su vegetación.—Abundancia de Colímbidos.—Embocan el Estrecho de Magallanes.—Situación crítica.—Excursión a la playa.—Fauna y flora.—Ganan por fin la Bahía de la Posesión y encuentran a las fragatas.—Fondeadero peligroso.—Las amanecidas del Estrecho.—La tierra del Fuego.—Punta Sandy.—El Gobernador y la colonia.—Los patagones.—Playa Borja.—Playa Parda.—Retroceden las fragatas a las Malvinas, abandonando a la «Covadonga».

El día 16 de Enero de 1863, a las diez de la mañana, salió la Escuadra de la rada de Montevideo con dirección al Estrecho de Magallanes. Habían embarcado en la «Triunfo» Martínez, Puig y el fotógrafo, y en la «Covadonga» Jiménez de la Espada, por su amistad con el Comandante D. Luis Fery. Encontró Espada cordial acogida en su amigo, que convino en llevarle y sentarle a su mesa; mas no sucedió lo mismo en la «Triunfo» con los tres Naturalistas agregados a ella. Los Oficiales de esta fragata se negaron terminantemente a comer con Martínez, Puig y el fotógrafo, porque uno de éstos no se había conducido bien en otras ocasiones. Esta negativa hubo de acarrear molestias y sinsabores a los interesados como lo hace constar Martínez en su *Diario*.

«Comimos en mi camarote (por no tener otro sitio donde hacerlo) como se pudo, pues faltaba todo servicio. Se nos dijo, cuando separamos rancho, que era también nuestra la vajilla; contábamos con esto; pero se nos pasaba, por día, poca, mala y de mala gana.....»

¡Triste condición la de estos heroicos Naturalistas, cuya

paciencia no llegaron, con todo, a poder agotar, tan duras y repetidas pruebas!

La travesía fué larga y enojosa, porque la «Covadonga» no alcanzaba la marcha de las fragatas. Desde el primer día se vieron éstas precisadas a descargar parte del aparejo, para no perderla de vista. Por fin, el día 23 se decidieron a continuar el viaje y prescindir de la «Covadonga».

El 6 de Febrero avistaron por la tarde el Cabo de las Vírgenes y pocas horas después dieron fondo, en la Bahía de la Posesión. Mientras tanto la goleta, rezagada en su marcha, continuaba el viaje en medio de no pocas dificultades y peripecias, que Jiménez de la Espada registró cuidadosamente en su «Diario», del cual tomaremos aquí algunos detalles.

«Día 23 de Enero de 1863.—Cielo hermoso con algunas nubes; mar azul intenso, inquieto; viento S. O. E. seco: se conoce en todo la proximidad del polo. Puedo escribir difícilmente estas líneas sobre cubierta. Han trasladado a popa toda la *bichería;* pavos, pollos, etc. *Czar* (el perro) no sabe cómo ni donde moverse; la gata, únicamente no da señales de alteración por el momento. La popa, constantemente anegada por los golpes de agua, que entran por el pozo de la hélice. También la proa hace agua. El viento zumba armoniosamente en las jarcias; la mar aumenta, se pone gruesa y arbolada; los montes de agua avanzan del S. E., pero no precisamente en la misma dirección, que el viento; parece que amenazan tragarse la goleta que es valiente para el mar y apenas toma agua por la proa.»

«A pesar de los terribles bandazos, el espectáculo es hermoso, sobre todo cuando a la caída del sol, se ve la luz a través de la cima de las olas que, al encresparse, toman un magnífico color esmeralda.»

«La «Capitana», a la una de la tarde, cambió completamente de rumbo y se dirigió como hacia la costa. La «Triunfo» que navegaba a sotavento de nosotros capeando, viró y con dos gavias a lo largo, fué a reunirse con la «Resolución». Nosotros, con el viento duro que hacía y con la mar que teníamos, no podíamos correr en largo, y virando en redondo, tomamos la misma vuelta que la «Capitana», manteniéndonos

a la capa con la mayor y el trinquete, con todos los rizos cazados. No tardamos en perder de vista a las dos fragatas. En esto, el viento arreciaba con rachas más duras y el cariz por el E. se presentaba achubascado. La masa de nubes formaba en el horizonte un arco inverso del que pendía como un inmenso fleco, abundantísima lluvia. Así cerró la noche. A la una arreció el viento y la lluvia. Yo estaba algo inquieto; pero me tranquilizaba el ver a Fery dormir a pierna suelta. El viento soplaba horrorosamente en las jarcias y así *que era más el viento que las nueces*. Sin embargo, no pude dormir apenas, y me acordaba mucho de Madrid y sobre todo, del fin del viaje.....»

«Es curioso observar los animales que van a bordo. *Czar* ha estudiado perfectamente seguir la distinta posición de las velas en las diferentes maniobras, y siempre se coloca en el mejor sitio; las gallinas aprenden también a tomar los balanceos y el sol, sin moverse mucho; pero yo no he visto cosa más graciosa que un pollo mareándose.»

«A las doce y media entra Cangargüelles que estaba de guardia de doce a cuatro y da parte de que se ha roto la bitácora. Los pañoles de la redonda entran diferentes veces más de una vara en el agua.»

«Día 24. Mejor cariz. El viento y el mar son poco más blandos. El viento cede algo, pero el mar parece engruesar. Seguimos capeando y andando como ayer, una y media millas a dos por hora. El Comandante dudaba si continuar el viaje por su cuenta al Estrecho, o ir en busca de las fragatas. Este último partido, pareció el más prudente y arreglado a su deber, y así aunque perdiendo 14 millas que ya llevábamos andadas a barlovento, a la una y media se decidió alargar el velacho y poner la proa al N. N. E. Ya habían subido dos gavieros con anteojos, al trinquete y mayor, para ver si divisaban las fragatas.»

«El Calafate que tiene orden de reconocer a cada momento la sentina, dice que el barco hace de 27 a 28 pulgadas diarias. El agua entraba algo desde la salida de Montevideo, aunque no llegaba a una por hora; son las tres. En todo lo que vamos corriendo los gavieros no han avisado de ver las

fragatas. A las cinco y media volvió a encargarse a los hombres que estaban en los topes que mirasen bien todos: contestaron que no veían nada. Entonces cesamos de correr en busca de las fragatas (las cuales creo que no hacían mucho por encontrarnos). Viramos, pusimos la proa al S. S. O. y emprendimos independientemente nuestra marcha al Estrecho.»

«La goleta se había portado bien en el viaje, demostrando ser un excelente buque, muy marinero y de confianza para los malos tiempos. El temporal parecía entablado del S. S. O.; pasaban algunos chubascos por la proa.»

«Cinco especies de aves veo constantemente, meciéndose sobre la superficie de las olas; una de ellas parecida por su coloración y movimientos a la golondrina, es la misma que principié a ver desde Canarias; otra llamada ¿paipao?; otra la *Procelaria gigas,* y otra enteramente negra y más ancha de alas que la anterior.»

Navegaron todavía sin novedad especial durante catorce días. El 7 de Febrero divisaron el Cabo Vírgenes y no lejos de él, el Puerto de Santa Cruz. Al siguiente día, sobre las cinco de la tarde, fondearon en Bahía de la Posesión. «Como el viento disminuyese y la mar no fuera mucha, pregunté al Comandante, dice Espada, si podría acercarme, ya que no saltar a tierra, y habiéndome dicho que sí, se alistó un bote y con Cangargüelles, Janer y seis marineros, me acerqué a ella. Estábamos a dos millas de la costa, y aunque el viento y la mar nos eran contrarios, no tardamos en conseguirlo. ¡Qué placer tocar con la mano una tierra apenas pisada por los españoles! Los derroteros tienen la culpa de que no haya saltado a tierra, aunque fuese por algunos instantes. El del *The South America Pilot,* el de la *Santa María de la Cabeza* y el manuscrito y usado por la mayoría, al hablar de esta tierra (que es la concha que está hacia el N. en el extremo del Cabo Vírgenes), o no dicen nada de ella o la dan por inabordable, excepto en su puerto y por un bote. Esta parte de la costa patagónica se presenta como una faja de igual altura en toda su extensión, siendo su parte más elevada de cinco a seis pies. Está cortada a pico y por tres o cuatro

sitios tiene rebajos o escotaduras donde vienen a morir dulcemente las olas. Desde aquéllas se ve una ensenada verdosa de terreno. Por estos puntos se puede uno internar cómodamente en la costa. En la parte baja, hay a todo lo largo de ella una planicie bastante inclinada de unos 12 metros de anchura, donde se apagan las olas. Los vientos que soplan aquí comúnmente son del S. al O.; así es que el mar nunca la azota con furia. Esta playa está formada por el desmoronamiento del acantilado que es de arcilla y greda mezclada con arena. El aspecto de la escotadura de la costa se parece al de una torta partida con la mano. En la superficie se ven cascadas y agujeros donde anidan pájaros marinos, que se posan en los salientes para domir.»

«La vegetación, pobre y raquítica, sin un árbol, arbusto o hierba alta, es de color amarillo de hierba seca.»

«La soledad, la desolación, la aridez, el zumbido constante del viento, del que se destacan los graznidos de los pájaros marinos, son la característica saliente de esta tierra triste e infecunda.»

«Millares de colímbidos, entre los que pueden distinguirse tres géneros, y de gaviotas, que eran de las que había observado en este viaje al Estrecho, llenaban las aguas de la playa, las primeras asomando únicamente sus cabecitas y sumergiéndose antes de que se pusieran a tiro.....»

«Día 10 de Febrero de 1893. A las tres de la mañana calma el viento. El barómetro parece indicar tiempo favorable, y el Comandante, después de consultarlo, se decide a levar. Abandonamos el fondeadero a las cuatro y media y nos dirigimos a la embocadura del Estrecho de Magallanes. Llevábamos encendida una caldera y marchábamos, como quien dice, con el escandallo en la mano, a la verdad, con el recelo de que hubiésemos variado la recalada, porque las indicaciones de los derroteros discrepaban bastante de la realidad y entre sí. A poco de echar a andar, me avisó el Comandante si quería reconocer la costa hasta el Cabo (de las Vírgenes) y me subí después de haber dormido dos horas y estar con un fuerte constipado que cogí, por desgracia mía, próximo a ver la tierra y que se agravó en la expedición de ayer. Subí

al puente y no perdí un momento de verla hasta la una en que fuimos a almorzar. Su aspecto apenas varía. Hacia la parte media se ve una depresión o escotadura que en las tierras próximas a la costa termina en un espolón o restinga que se introduce hasta una milla en el mar. Muy cerca está el *placer* llamado de la *tormenta* por ser bastante peligroso. Hacia las siete y media, poco antes de llegar, divisamos a lo lejos una de las fragatas, que creímos fuese la «Resolución», la cual para embocar el Estrecho échase fuera del placer. No debió ser, porque no nos hizo señas.»

«Doblamos el Cabo sin novedad y embocamos el Estrecho a las ocho de la mañana con viento S. O. y marejada bastante fuerte. Al doblar el Cabo de las Vírgenes, la costa toma repentinamente un declive de 40° a 45°, hasta la misma mar. En esta falda que forma un trozo de anfiteatro que termina en la punta *Dungeness,* se notan ya algunos arbustos de poca talla, y vegetación algo más vivaz. Abundan más en la playa los pájaros que ya noté antes y ví pasar arrastradas por la corriente las algas con percebes que ya había cogido. ¿Serán éstas el *Cochiyuyo,* de los Naturalistas de la «Santa María de la Cabeza»? Volvimos a ver la fragata detrás de la punta *Dungeness*, y al embocar divisamos la Tierra del Fuego entre las brumas. Me hallaba ya en la situación acaso más interesante de todo el viaje.»

«Arrecian el viento y la mar; el barco marcha lentamente. Llegaremos hoy a «Bahía de la Posesión», punto de cita en caso de extravío de las fragatas. Llevamos una caldera a toda fuerza, y sólo andamos tres millas. Arrecia aún más; la mar parece de jabón; las olas se alzan, el viento las rompe y esparce por la agitada superficie. Parece que andamos un poco más para dar la abordada a fin de ganar el «Cabo de la Posesión» que teníamos a seis millas y detrás del cual estaba fondeada una de las fragatas.»

«Convencióse Fery, que era inútil intentarlo en lo que faltaba de día, pues de noche era imposible caminar en aquellas aguas donde hormiguean los arrecifes, y por otra parte no podíamos fondear; así, volvimos la proa a la embocadura después de preparar las escotillas por si nos alcanzaba la mar.»

«A las once y media intentábamos ganar el fondeadero que habíamos abandonado algunas horas antes. Marchábamos con el velacho y la máquina, alcanzando nueve millas. Mientras íbamos en demanda del fondeadero de Posesión, eran tales los golpes de agua que ésta parecía envuelta en nieblas. A las doce y media, estando la gente comiendo, entró una tan copiosa que corrieron seguidamente hacia el palo mayor para aflojar las gavillas, y en medio de aquel trance, no pude menos de reirme al ver a los marineros *a la pesca de su comida:* ¡pobres gentes! El barco parecía cansado de luchar con las olas. A las nueve encontramos ya el abrigo de sotavento en el Cabo de las Vírgenes. ¡De buena nos hemos escapado!, me dice ahora Fery. A las ocho y media, fondeamos y pasamos la noche, soplando el viento de S. O.»

«El 11 cambió el tiempo y pudimos hacer una excursión a la playa. Desde el bote ví un pelotón de *Aptenodites*, y maté uno. Había en la playa una ensenadita por donde subía al acantilado una bandada de gaviotas que parecía, sin exageración, una nube de mosquitos. La gaviota me parecía la cenicienta de cabeza negra que maté en la embocadura del *Solís* en Montevideo. Subimos a las lomas en que termina el acantilado y encontré allí una gramínea muy abundante parecida al centeno y cuyo grano es bastante rico en harina; además un arbusto parecido al ciprés; avena, *Plantago* y varias plantas en flor que recogí. Cacé asimismo algunas aves; encontré restos de rapaces de gran tamaño y también de cetáceos. No ví trazas de reptiles, pero el terreno me pareció bastante apropósito, sobre todo para ofidios. En la playa encontré *Unio*, *Mytilus, Trochus, Terebratula* y otras conchas que recogí.»

«Había también un curculiónido muy abundante, tres especies de melasomas, una *forfícula*, etc., de todo lo cual tengo ejemplares. Estuvimos allí sólo una hora o poco más y apenas nos internamos.»

El día 12 ensayaron de nuevo ganar el Estrecho, y esta vez tuvieron éxito completo logrando alcanzar la Bahía de la Posesión, donde hacía bastantes días eran esperados por la fragata «Triunfo». Grande fué el gozo que experimentaron

los tripulantes de la «Covadonga» al divisar después de largo y azaroso viaje, a sus colegas de aquélla.

«Pasamos por su costado, dice Jiménez de la Espada, subió la gente a las vergas y se la saludó con un ¡viva la Reina!, a poco contestó ella; el puente estaba cuajado de marinos que nos enviaban cariñoso saludo con gorras y pañuelos. La fragata está sucia, manchado el casco y escorada a babor. Parecía cansada del viaje. Comprendió Fery que la fragata se hallaba fondeada en un paraje no muy a propósito para la goleta porque la sonda marcaba de 16 a 26 brazas por los alrededores, y así poniendo la proa al *Monte de Ammon y sus cuatro hijos* (que son unas eminencias que descuellan al O. de la bahía próximas a la costa) buscamos el abrigo de aquella parte, sitio más seguro. A medio camino, la «Triunfo» nos hizo señal de dar fondo y conservar pronta la máquina, pero nuestro Comandante se aventuró a no obedecer, por las atendibles circunstancias que a cualquiera le ocurren. Puso el escandallo, continuaba marcando 18 brazas y nuestro fondeadero no aparecía. Por último, ya entrada la noche, y presentando por el S. O. un cariz siniestro, se determinó virar y dirigirnos al fondeadero de la fragata para colocarnos en su mura de babor a sotavento de ella. El fondo, sin embargo, estaba por sus cercanías a 20 y 24 brazas, y no sabíamos qué hacer. Por fin se decidió anclar con 20 brazas de agua. Eran las nueve y media de la noche cuando dimos fondo al ancla de estribor, la mayor que teníamos, filando hasta 68 brazas.»

«Después de tantos sobresaltos y cuando creíamos descansar con seguridad en esta bahía, tenemos que fondear en sitio inseguro y sin resguardo de S. O., ni de las corrientes porque nos encontrábamos enfilados con la angostura del Estrecho, así fué que Fery dispuso señalar un eslabón del ramal suelto de la cadena, por si teníamos que abandonar dicho fondeadero y dejó dispuesto un obenque en una boya para poder encontrarlo y la máquina lista a fin de hacer uso de ella en cinco minutos. ¡Qué cuadro tan fatídico presentaba la bahía después de anochecido! Por el S. O., el horizonte cubierto de una cortina de nubes densas, obscurísimas; el mar confundido con ellas en un mismo color; una grieta hacia el ocaso en el

límite del cielo por la que asomaba un resplandor siniestro de fuego; otra blanquizca hacia el medio de la nube que parecía romperla como la tierra seca cuando se hiende. Sobre el fondo el casco de la fragata y la rojiza luz de un farol de ésta. La pobre goleta sobre un mar traidor que arma en un momento sus olas más terribles, buscando un sostén que parecía desaparecer debajo de ella y la coriente empujándola de continuo fuera de la bahía. Confieso que, en situación tan crítica, no puedo conciliar el sueño. Escribo estas líneas a las dos de la mañana, oyendo un fuerte S. O. que de un momento a otro puede separarnos violentamente del sitio donde estamos y estrellarnos contra esta terrible costa.»

«He pasado en vela toda la noche, haciendo compañía a Gurrea y tomando con él el te.....»

«Día 13. Las amanecidas de esta tierra no se parecen a las de Europa. Aquí las brisas que se levantan con el día son huracanadas y la aurora no es aquella que eleva poco a poco con sus dedos de rosa las cortinas de la noche, sino que las rasga y desgarra, para asomar por entre sus jirones la cara encendida como la de una Euménide.....»

«He sabido ayer que el día 10 equivocamos el *Cabo Vírgenes* y la *Punta Miera* y corriendo unas nueve millas, tuvimos que orzar de presto para no dar en la punta. Después de comer la gente, nos habla la «Triunfo» para mandarnos encender las calderas y a poco contestamos que están listas. No tarda ella mucho en preparar las suyas y se ordena levar anclas y ponernos en movimiento. A las doce y media estamos en marcha, a las dos rebasamos el *Cabo Orange* y enfilamos *Monte Ammon*. Pasamos a milla y media de la *Tierra del Fuego,* baja, acantilada, con vegetación más alta que la de Patagonia. Por este lado ví mucho arbusto y algún puesto espeso de árboles. Al entrar en la *Bahía de San Gregorio,* el paisaje se engrandece y el terreno se eleva cada vez más.»

«La *Tierra del Fuego* presenta sus montañas apiñadas, más agudas generalmente que las de Patagonia. Pasamos la bahía y entramos en las segundas angosturas, extrañándonos mucho que continúe marchando la fragata porque la

noche se acerca y nos vamos a encontrar empeñados en el sitio aunque andemos bien. Nos entra la noche en el *Cabo Gracia de Dios,* más allá de la *Bahía de San Gregorio,* la fragata está ya a cinco millas; queremos parar haciendo señales, se aviva la máquina, pero no nos hace caso; por fin la perdemos de vista. La noche es obscura. Pasamos la angostura S. de la *Isla de Santa Isabel* la más peligrosa del Estrecho. En esta circunstancia presumiendo que aquella continúa su navegación, seguimos adelante. De pronto, en medio de la obscuridad, se distingue una luz a lo lejos, seguimos avanzando, la luz cada vez más distante, disparamos dos cohetes y encendemos una luz de Bengala y a esta señal nos contestan. Fondeamos a su lado por la parte de babor. El viento y la mar impiden comunicar con ella durante la noche.»

«Día 14. Por la mañana va Pavía a la «Triunfo». Croquer le dice que está dentro la «Resolución» fondeada en Sandy-Point, el establecimiento chileno y que nos esperaba desde hace ocho días en Bahía de la Posesión; que la fragata que vimos no era ella, sino una inglesa y que la «Triunfo» había quedado en Bahía de la Posesión con orden de ayudarnos.»

«Vuelve pronto Pavía y seguimos para Sandy Point, allí llegamos a cosa de las nueve. Antes de colocarnos en nuestro sitio la «Triunfo» tocó en el fondo y estuvo varada un rato (1).»

«Vienen a bordo Iñiguez y Cepeda, el primero me dice que vaya a almorzar con el General. Todos preguntan, con mucho interés, por nuestro viaje. ¡Tienen jaulas en la batería para llevar las vacas de carne y de leche y a nosotros se nos ponen obstáculos para llevar animales vivos!.....»

«Después del almuerzo, Iñiguez nos presenta al Gobernador; es un alemán de buena presencia; lleva siete años allí y ha hecho un capital de 300.000 pesos. Da aguardiente y vende pieles y objetos de los patagones. Nos recibió bien en casa confortable y elegante y dió a Martínez y a mí un guía

(1) Al llegar a Punta Sandy, dice Martínez, a pesar de haber avisado la goleta que iba más cerca de tierra, encallamos en un bajo. Hubo grande algazara, se mandó todo el mundo a proa y salimos pronto.

para que nos acompañase (un soldado de los 200 que tiene la guarnición). El establecimiento es pequeño y sus casas de madera a la inglesa.»

«Hay una iglesia católica, fea por dentro, los habitantes tienen la ración tasada y no se permite una más de lo marcado. Padecen grandes apuros por carecer de comunicación directa con la metrópoli.»

«El objeto de este establecimiento es conservar la posesión de la Patagonia por la República de Chile, a la que se la disputa Buenos Aires, y el comunicar y tratar con los indios limítrofes. El Gobernador tiene prohibido el uso del aguardiente en su colonia, pero él lo cambia por objetos y gana un dineral: por ejemplo, da por una piel, cuatro botellas de aguardiente y luego la vende a 10 o 12 pesos.»

«He visto los patagones, grandes generalmente; tórax más desarrollado que el resto del cuerpo, cabeza proporcionada a éste; pómulos muy salientes, nariz achatada, frente pequeña y recogida hacia atrás, pelo negro, duro y largo; lo llevan unos suelto, otros sujeto con correas, con cintas o con un pañuelo como nuestros aragoneses; ojos negros, pequeños, oblícuos, de mirada dulce pero con decaimiento propio de quienes acostumbran a embriagarse con frecuencia. Boca grande, labios bien formados, dientes regulares, blanquísimos, barba desarrollada, mejillas ahondadas, frente deprimida en la parte superior, lampiño el cuerpo, manos y pies proporcionados; éstos en algunos muy pequeños, a mi parecer. Montan bien. Su carácter dulce y confiado. ¿Serían sólo los que frecuentaban el establecimiento?, los que ví parecían muy acostumbrados a tratar con chilenos y europeos.»

Las mujeres (son) más pequeñas y tan dadas a la embriaguez como ellos. Una joven, no fea, estaba tendida en la playa, borracha y entonando una canción monótona. Son todas muy sucias y desaseadas; tienen en las manos un dedo de costra y cuando están fumando y bebiendo se suenan las narices de un modo grosero. Su vestido consiste en un manto de piel de huanaco o de lana basta, cosido el primero con tendones finos del mismo animal y teñido el cuello con variados y caprichosos dibujos de paño amarillo y pardo,

pintado generalmente a listas. Una tela les cubre la parte superior de las piernas y muslos como un *chiripá* o manta cuadrilonga, sujeta con correas. Algunas llevan poncho. Calzan los pies y pantorrillas con una especie de borceguíes hechos de piel, estirada y acomodada a la pierna, cosida por delante o dejando el agujero que queda naturalmente. Algunas la sujetan con liga de cuero y una hebilla. Unas ostentan pendientes de varias formas y otras collares de abalorios, mas otros anillos de madera y hierro que ellos labran.»

«Son modestos de condición y tratables. Algunos hablan bien el español y saben palabras inglesas. Usan espuelas de madera con aguijones de hierro y sujetas con correas. El freno es una lámina de hierro con bordes en los extremos y correas para sujetarla en la barbada. El aparejo consiste en una pieza hecha con pajas aforradas en cuero, sobre la cual colocan las enjalmas y gualdrapas. Sus armas y trajes son semejantes a los que usan los *gauchos*. Son codiciosos de aguardiente y tabaco, y mientras lo tienen continuamente, están buenos. Piden galletas, harina, azúcar, y siempre están dispuestos para trabajar. Su lenguaje es dulce y sonoro. Cantan cuando se embriagan y parecen francos y afables. Por la noche, al ir a comprar los objetos que llevo, ví dentro de una barraca una tribu con su cacique, la cual había venido a comerciar con los del establecimiento; allí estaban, mujeres y hombres juntos, bebiendo y embriagándose con toda solemnidad, y entre ellos la joven que yo había visto tendida en la playa, tan borracha como antes. Pasaban de unos a otros una jarra abollada de hoja de lata.

Había dos a la puerta que no dejaban entrar; pero yo asomé a pesar de todo la cabeza. A poco de estar allí se disolvió la reunión y se retiraban tambaleándose, pero andando con mucha gravedad. Me costó mucho comprar los pocos objetos que he adquirido, primero por que la «Resolución» lo había explotado casi todo, y segundo, porque aunque patagones conocen muy bien el negocio. A uno le cambié la corbata azul que llevaba puesta por una espuela. Al hacer nuestro cambalache uno me cogió la mano y poniéndola sobre el corazón me dijo: «ser bueno, ser bueno».

Martínez consigna en su «Diario» (14 de Febrero 63) otros interesantes detalles acerca de esta visita que transcribimos: «Yo marché con Espada a tierra dirigiéndome a casa del Gobernador, que es persona muy amable. Encontró algunos productos naturales en los siete años de permanencia en este punto, cuya mayor parte había remitido a Santiago de Chile. Dió a Espada una cuerna de ciervo y un huevo de avestruz, y a mí ejemplares en su mayor parte malos de los siguientes moluscos: *Modiola trapecina, Fusus plumbeus, Fusus cancellinus, Margarita violacea, Lutraria tenuis, Murex lamellosus, Siphonaria magellanica, Pecten australis, Pecten natans, Mitylus magellanicus, Crepidula decipiens, Patella vitrea, Patella flammea*».

«Me informé de la recolección que hacía después de malos tiempos y en estación muy distinta a la presente.»

«Vimos algunos indios patagones al salir de dicha casa. Varios se habían emborrachado y tenían un aspecto repugnante. Se meneaban sentados en el suelo y pronunciando siempre las mismas palabras: *¿cacatúa? ¿cacatúa?*»

«Difícil me fué encontrar alguna piel que valiese alguna cosa. Son éstas de huanaco, zorrillo, avestruz, puma, zorro, etcétera. Las cambian por cualquier cosa; pero prefieren aguardiente, azúcar, etc. Seis botellas de aguardiente valen tanto para ellos como diez o doce pesos duros.»

«Van desnudos puede decirse; no se lavan, así es que tienen manchas rojizas de roña. Tez cobriza, ojos negros, pelo rígido y laxo, cara algo aplastada en óvalo no bien hecho, barba rala, boca ancha, juanetes salientes. La estatura es en algunos individuos considerable: algo más de seis pies. Son robustos. Gastan calzones rojos, azules, o de otros colores fuertes. El pelo, que es largo, sujeto por una cinta o pañuelo estrecho de color uniforme generalmente. Suelen llevar botas viejas. Se envuelven en pieles de huanaco, grandes, hechas de varios pedazos, teñidas de amarillo, rojo, etc., tintes que hacen con materias vegetales y que son indelebles aún en el agua de jabón. Son buenos jinetes; adornan sus arreos con pesos duros o medios duros. Su fisonomía es dulce en algunos individuos, sus negros ojos son expresivos; ví algún indi-

viduo que llevaba colgado de la cintura un pedazo de carne cruda.»

«A la población se entra por el mar, subiendo una rampa formada por arena y estacadas. A la derecha de ésta, hay una ancha calle que tiene pequeños edificios de madera con soportales empedrados. Entre aquéllas se hace notar la Iglesia, la Casa del Gobierno y un gran edificio en construcción, situado en frente de aquéllas, que me dijeron estar destinado a cuartel.....»

«Se cazaron algunas gaviotas, pájaros, cotorras e insectos.»

«Al llegar a la fragata me encontré con algunos patagones que decían ser amigos. Se habían emborrachado.»

El 15, a la una de la mañana, abandonaron las fragatas Punta Sandy, seguidas de la «Covadonga», fondeando pocas horas después en Playa Borja, donde permanecieron aquel día y el siguiente. Con este motivo desembarcó Martínez y visitó detenidamente la Isla Ortiz, recogiendo abundantes moluscos de los géneros *Triton, Fissurella, Murex,* etc. y curiosas plantas. También tomó nota de algunas inscripciones colocadas debajo de una cruz que allí encontró. Pasó después a la costa inmediata donde halló otras que consignó en su «Diario», dejando los nuestros por su parte la siguiente: *Fragatas españolas «Triunfo» y «Resolución» 16 Febrero 1863.*

En vista del temporal que dificultaba constantemente el avance de los buques reunió el Almirante a los Comandantes de aquéllos, y después de larga discusión adoptaron el acuerdo de continuar la travesía del Estrecho, dejando a cada uno libertad de acción para obrar por su cuenta según exigiesen las circunstancias.

El día 18 levaron anclas a las seis y media de la mañana. «Estaba cerrado, dice Martínez, y llovía mucho. Yo nunca había sufrido viento tan fuerte. El ruido que hacía sobre los palos, calados los mastelerillos, era muy considerable». Como no adelantaban se decidieron a refugiarse en Playa Parda de Sarmiento, donde dieron fondo a las seis de la tarde. Aquí permanecieron aquel día y el siguiente, aprovechando Martí-

nez y Espada esta coyuntura para la caza y recolección de plantas, moluscos y aves.

El 20 tomaron ambas fragatas una determinación radical y fué la de retroceder en su camino hasta encontrar la ruta del Cabo de Hornos. El Gobierno había señalado esta misma a Pinzón en las instrucciones del viaje, mas el Almirante creyó ventajoso prescindir en este caso de ellas por motivos que juzgó fundados.

«Por la mañana, dice Martínez, hubo mucha bulla para quitar los calabrotes con que estaban amarrados los barcos. Faltó uno en la noche anterior. Además la «Resolución» había perdido, al levar, dos anclas y 50 brazas de cadena, y se había disparado el cabrestante de la misma hiriendo a algunos hombres. Por esto determinaron arribar a las Malvinas ambos barcos y no el nuestro sólo como se había determinado al principio, fundados en los datos que había dado a Pinzón, nuestro Comandante (D. Enrique Croquer). La goleta, que hacía agua y tenía sus calderas estropeadas, esperaría ocasión para salir del Estrecho.»

A las doce de la mañana iniciaron el retroceso ganando algunas horas después Playa Borja. El 21 fondearon en Puerto del Hambre y el 22 en Bahía de San Gregorio. El tiempo había abonanzado bastante y, según Martínez, sentían todos haber vuelto atrás. En estos puertos pudo éste desembarcar y recoger plantas, crustáceos y moluscos.

El 23 continuaron su viaje que duró hasta el 27 a las dos y media de la tarde, hora en que echaron anclas en Puerto Stanley de las islas Malvinas.

CAPÍTULO IX

Las Malvinas.—Su colonización por los franceses.—Viaje de la «Esfinge» y del «Aguila» (1763-1764) bajo el mando de Bougainville.—Segundo viaje de Bougainville.—Reclama el Rey de España sus derechos a ellas.—Tercer viaje de Bougainville y entrega de esas islas al representante español.—La flora y fauna de Malvinas según Bougainville.—La población en 1863.—Primeros cuidados de Martínez.—Exploraciones y dragados.—El Cónsul norteamericano Smyley.—La casa del pastor protestante.—El castigo de dar cañón *en la Triunfo.—Marcha de la Escuadra.—Percance ocurrido al salir de Puerto Stanley.—La «Triunfo» a punto de estrellarse contra «Bajo Dormido».—Arribo de la Escuadra a Valparaíso.—La Covadonga.—Arribo a Puerto Tamar.—Tentativas para continuar la travesía del Estrecho.—Puerto Galante.—Inscripciones.—Tierra del Fuego. Puerto de la Misericordia.—La «Covadonga» en franquía.—Llega a San Carlos de Chiloé.—Recíbense en España las primeras remesas.*

Las islas Falkland (1), Malvinas o Malouinas (2), situadas a los 51° y 30′ de latitud austral y 61° y 51′ de longitud occidental del meridiano de París, fueron descubiertas en 1502 por Américo Vespucio en su tercer viaje a las Américas. Posteriormente navegaron a la vista de las mismas Dampier en 1683, y poco después, Richard Hawkins y Boucherne Gouin en 1700.

La situación ventajosa de esas islas como escala para los exploradores de los mares de aquella zona, atrajo las miradas de los navegantes de todas las naciones y en especial de Francia, que se propuso establecerse en ellas y formar allí una colonia.

El 15 de Septiembre de 1763 diéronse a la vela en Saint

(1) Nombre de una población escocesa donde se levantaba un palacio monumental de los Reyes de esta antigua monarquía.

(2) De Saint-Malo donde se armó la escuadra que partió a posesionarse de esas islas en 1763, al mando de L. A. de Bougainville.

Malo la *Esfinge* y el *Aguila*, bajo el mando de Mr. Bougainville, y el 3 de Febrero del siguiente año fondearon en una bahía espaciosa situada en la parte oriental de dichas islas. Emprendieron inmediatamente numerosas excursiones por las islas a fin de reconocer el terreno y sus productos, pudiendo convencerse muy pronto de que los bosques de espesa arboleda soñados por Hawkins y Wood Roger y aun por ellos mismos antes de pisarlas, no eran otra cosa que masas de juncos muy elevados y de otras gramíneas que a cierta distancia producían la ilusión de corpulentos y apiñados vegetales. Hallaron inmensas llanuras regadas por numerosos riachuelos de agua transparente y limpia, y pesca y caza en abundancia. Bougainville recuerda a este propósito (1) la sorpresa producida en él y en sus compañeros por la confianza con que se les acercaban todos los animales de la isla, aproximándose a ellos sin temor y sin mostrar otros movimientos que aquellos que inspiran la curiosidad a la vista de un objeto desconocido. «Las aves, dice, se dejaban coger con la mano y algunas venían ellas mismas a posarse en las personas paradas». El navegante francés tomó posesión de las Malvinas, en nombre de su Monarca el 5 de Abril de 1764, y regresó a la patria para dar cuenta de su misión y reclutar nuevos colonos. Volvió a emprender el rumbo de esas islas en 6 de Octubre del mismo año, llegando a su destino el 5 de Enero de 1764 y consagrando sus esfuerzos a consolidar la obra colonizadora ya comenzada y al estudio de la fauna y flora de aquellas tierras, cuyas producciones botánicas y zoológicas nos describe con detalles interesantes en su citado «Viaje».

Entretanto el Rey de España creyó vulnerados sus derechos a las Malvinas por considerarlas comprendidas en los dominios de América del Sur, y reclamó ante la corte de Francia exigiendo la devolución de las mismas a sus legítimos dueños. Reconoció el Gobierno francés la legitimidad de nuestros derechos, y Bougainville recibió orden de marchar por

(1) Viaje alrededor del Mundo. Vol. 1, pág. 64.—Versión española de Josefina Gallego de Dantin.—Madrid.—Calpe.

tercera vez a las islas citadas para hacer su entrega a don Felipe Ruiz Puente, Capitán de Navío y representante de España, ceremonia que tuvo lugar en 1.° de Abril de 1767.

El explorador galo había permanecido en ellas largas temporadas, durante las cuales hizo multitud de interesantes observaciones que avaloran su curiosísimo «Viaje». Levantó un plano de las islas; encontró puertos extensos y abrigados, observó las mareas, de las cuales dice que no fué posible calcularlas por no verificarse jamás en tiempos fijos, e hizo un detenido estudio de aquel clima de vientos variables, en que rara vez se oye tronar, en que hiela muy poco y no se queman en este caso las plantas, clima, en fin, benigno y templado, perfectamente soportable para toda clase de personas.

Las aguas corren sobre lechos de arena y cascajo y son perfectamente potables. La falta de leña se halla compensada por abundante turba.

Bougainville reconoció la flora de aquellas islas, de la cual forman parte bastantes especies propias de la Tierra del Fuego y otros puntos del Estrecho de Magallanes, y lo que es más de notar aún de algunas regiones europeas. Como característica de aquellos países encontró el *gomero resinoso,* y la *planta de la cerveza.* Recogió algunas conchas de los géneros *Chama, Tellina, Buccinum,* etc., y observó el *lobo-zorro* así llamado por excavar su madriguera y tener la cola más larga y pelosa que la del lobo común.

Al pasar aquéllas a ser del dominio de España, estableció allí ésta una colonia de 120 personas al lado de las cuales quedaron también algunas familias francesas, que prefirieron continuar en aquel país.

En 1791 era Gobernador de las mismas D. Dionisio Alisedo y Herrero, quien dos años después presentó al Rey una interesante Memoria en que traza un cuadro muy completo del estado de aquéllas, de su historia y de las producciones que contienen (1).

(1) Hállase en la Sección de manuscritos de la Biblioteca Nacional con la signatura 10.199, y el título siguiente: «Descubrimientos y etimologías de los nombres de Falkland o Malvinas».

Esas islas siguieron la suerte del Virreinato de Buenos Aires siendo abandonadas por la Argentina al conseguir su independencia. Allí naufragó en 1822 la Corbeta francesa «Urania», a bordo de la cual viajaba la Comisión Científica, presidida por Mr. Arago.

El arribo de las fragatas españolas a las Malvinas ofrecía a los Naturalistas de la «Triunfo» (Puig y Martínez) una ocasión muy propicia para explorarlas con detención, estudiar su fauna y su flora y sobre todo para formar escogidas y variadas colecciones de cuanto allí podía interesarles. Poco esperaban aquéllos del apoyo y protección del Comandante Croquer, pero aun así no dejaron de acudir a todos los recursos imaginables para conseguir su objeto.

Al siguiente día de llegar, visitó Martínez la población que, como domingo estaba, dice, cerrada. «Las casas son bastante bonitas, muchas de madera, de piso bajo y con jardín. Entre éstas se hace notar el almacén de la Compañía de las islas, para abastecer y cargar los buques, la iglesia y la casa del Gobernador, separadas algo del resto de la Colonia». Hallábase al frente de ésta H. W. Makenzie, quien tenía de Secretario a James Makenzie, y era Capellán de la Colonia el pastor Charles Bull.

Aquí refiere Martínez detalles del tratamiento que recibían a bordo y que le llevó en esta ocasión a comprar vajilla y cubiertos para su uso, evitando el de los del barco.

Martínez comenzó en seguida sus trabajos de recolección herborizando por las inmediaciones de la Colonia, donde encontró abundancia de algas marinas, algunos gladiolos, el zurrón de pastor, la *Sagina procumbens* L. la *Alsine media,* L. el *Cerastium arvense* L., helechos, etc., etc.

También le proporcionaron los marineros de la «Resolución» varios ejemplares de *Aptenodytes* o pájaros-niños, de zancudas, etc. Aprovechando la ida de unos marinos a preparar algunas maderas que habían traído de Punta Sandy, pudo hacer varios dragados que dieron por resultado la pesca de abundantes ejemplares pertenecientes a los géneros, *Trochus, Buccinum, Murex, Tellina,* etc., etc., de varios crustáceos, y algunos acálefos.

Pretendió Martínez repetir las excursiones a distintos puntos de las islas, habló para esto con el Comandante para que le proporcionasen el imprescindible bote, mas sus peticiones nunca obtuvieron resultado.

Unas veces no le oía el Sr. Croquer, otras se le proporcionaba a horas intempestivas; siempre con las trabas de las horas reglamentarias para la salida y el regreso, a las cuales había que someterse, sin excusa alguna, so pena de incurrir en las iras de aquél y de quedarse sin comer el Naturalista y los marineros.

Para suplir estas deficiencias trató de alquilar una embarcación a propósito, pero las pocas que había eran propiedad de particulares que las tenían sólo para su uso. Acudió entonces a trabar conocimiento con personas que podían prestarle auxilio y con este motivo visitó en compañía del guardia marina Ferrándiz, al Cónsul americano M. W. H. Smyley, quien después de recibirles amablemente les refirió en español interesantes anécdotas de su vida. Había pasado el Estrecho de Magallanes cerca de 80 veces, varias el Cabo de Hornos. En una ocasión, dice el «Diario», vino *solo* en una goleta desde las islas de Diego Ramírez. Poseía barcos balleneros, con los cuales había hecho una fortuna colosal en los Estados Unidos, donde tenía su familia. Ese yanqui, arriesgado, prestó a Martínez buenos servicios como guía experto y conocedor de aquellos parajes. No estuvieron menos obsequiosos con éste, el pastor protestante y su señora, en cuya casa pudo admirar una hermosa galería cuajada de bellísimas plantas exóticas y sobre todo un pequeño museo compuesto de fósiles, piedras raras, una coraza de Tatú, cuernos de ciervo de Patagonia, pieles de huanaco, objetos de China y Japón, etc., etc., dispuestos con tal arte que le hicieron exclamar: «¡Cuánto puede el talento inglés unido al gusto, aun en destierros tan grandes como este!»

A los pocos días de fondear la Escuadra, pasó a visitarla el Gobernador inglés. Advierte Martínez, que antes de subir éste a la «Triunfo» se ausentó el Comandante Croquer, sin duda para no verse con aquél. Con este motivo ocurrieron

algunas escenas semicómicas, que nos abstenemos de relatar...

....

El 20 de Marzo tuvo lugar a bordo de la «Triunfo» un episodio repugnante que dejó en los Naturalistas honda impresión de amargura y de lástima. «Por la mañana, dice Martínez, nada se pudo hacer, pues había de estar toda la tripulación presente para aplicar un castigo asqueroso que llaman *dar cañón,* y que aún se conserva para vergüenza nuestra y para testimonio de nuestro atraso.

Las voces del paciente dadas por vergüenza de ver ajada su dignidad de hombre, me conmovieron sobremanera desde mi cuarto, pues no presencié tan bárbaro e inhumano castigo dictado por una ley antigua para hombres de presidio y de leva y no para honrados padres de familia a quienes debe dirigirse por el camino de la religión, de la virtud y del ejemplo.»

Por aquellos días apareció en Puerto Stanley un pailebot argentino dedicado a la pesca de focas. Martínez creyó ser esta ocasión oportuna para adquirir algunas, y habló con el patrón sobre el asunto, pero éste le participó que dichos *pinnípedos* habían sido descastados de aquellas proximidades, y que sólo a grandes distancias de ellas, podían aquéllos encontrarse.

Con esto podemos decir que terminó la campaña de los Naturalistas en las islas Malvinas. Mucho se pudo hacer durante los cuarenta días que permaneció allí la Escuadra, pero causas ya mencionadas imposibilitaron la utilísima labor que aquéllos hubiesen llevado a cabo, de no haberse visto rodeados de trabas y dificultades.

Por fin, levaron anclas el 10 de Abril a las siete y media de la mañana, iniciando su marcha la «Triunfo», pero con tan mala suerte que faltó muy poco para que terminasen allí su viaje ambas fragatas. «Quisieron pasar, dice Martínez, rascando la popa (de la Resolución), y lo hicieron tan a lo vivo que se rompieron los botes, jardines, canoas, jarcias, maderas de respeto, etc., de babor de ambos barcos. El nuestro salió algo menos mal parado, mas al otro se le que-

bró el pico de la cangreja, etc. Yo me sentí disgutado por el susto que me produjo semejante percance, que no daría poco que reir a los ingleses, pues ocurrió estando el mar en calma y sin haber viento: el práctico a bordo.

Salimos a puerto William; pasó la «Resolución» a la que habían traído algunos de sus restos (canoas) en un bote de guerra inglés. Se mandó continuar si se podía. Ya en marcha, se fueron notando algunos destrozos más, como el del puente, pérdida de faroles, rotura de la mesa de guarnición, etcétera. Lo más sensible, que por cierto pudo inutilizar en un momento los trabajos del fotógrafo, fué el desquiciamiento de los cañones y portas de nuestros camarotes.»

El 13 de Abril divisaron ya el Cabo de Hornos; el 14 sufrieron un temporal muy fuerte, que repitió de nuevo en los días 18 y 22, en que a media noche parecía hundirse el barco. La «Triunfo» se hallaba invadida por las olas; fué necesario acudir a las bombas para achicar el agua, que la inundaba.

En medio de estas molestias tanto más sensibles para los Naturalistas cuanto eran más ajenos a la vida de mar, no faltaron todavía las intemperancias del Comandante. «Después de almozar, dice Martínez, (5 de Mayo) subí a cubierta donde continuaban cazando aves los guardias marinas. Por esta razón, así como por haber calmado y acudir aquéllas a buscar las sobras de la comida, puse un pequeño aparejo, que hube de quitar muy pronto por habérseme así mandado.

A todos chocaron las maneras descompuestas que usó el Comandante, al darme la orden por conducto de un guardia marina. Es cierto que antes preguntó por el que estaba de servicio que pescaba como sus compañeros, a todos los cuales se lo prohibió; pero nunca creí que esa orden se refiriese a quien con moderación y rebajándose de su categoría, procuraba enriquecer las colecciones zoológicas de su patria, exponiéndose a ser vejado públicamente, por un hombre ignorante e insubordinado.»

El 7 estuvo de nuevo la «Triunfo» a dos dedos de una catástrofe. «Como a las once de la mañana, dice el mismo, oí gran estrépito de maniobras. Bajaban asustados, subían, gritaban.....

¿Qué ocurría? Parece que se había visto un bajo por la mura de babor como a distancia de media milla, y en efecto, era el «Bajo Dormido», situado cerca de la Isla de Santa María. Se puso el aparejo por delante y se viró salvando el peligro por un milagro».

«Dos días más continuó aún el viaje de las fragatas, que por fin fondearon en Valparaíso a las ocho de la noche del 9 sin otra novedad. Volvamos ahora la vista a la goleta «Covadonga» a la que hemos dejado en Playa Parda, el día 20 de Febrero. Esta barquichuela de 300 toneladas, que como ya se advirtió tenía su máquina averiada y además hacía agua en no poca cantidad quedó allí abandonada a sus propios recursos, en medio de las protestas de toda la oficialidad que, como dice Jiménez de la Espada calificó la marcha de las fragatas, de vergonzosa huída. «Allí (en Malvinas) hay pan decía Croquer, pero no hay honra respondía Arana.....»

El 21 sufrieron fuerte viento y lluvia, y habiendo mejorado algo el tiempo, salieron el 22 por la mañana, logrando alcanzar Puerto Tamar a las tres y media de la tarde. Recrudecióse de nuevo el temporal y fué necesario permanecer allí por espacio de ocho días, durante los cuales aprovecharon algunas calmas los marineros para hacer leña y Espada para herborizar y cazar.

El 1.° observó éste un curioso arco-iris que sólo allí dice haber visto. Era muy ancho, de colores amarillo-paja y rojo, y aparecía como cortado en el horizonte opuesto al sol.

El 2 de Marzo abandonaron Puerto Tamar en vista del buen cariz que presentaba el tiempo, más a las dos horas de haberse puesto en marcha, arreciaron la lluvia y el viento en forma tal que se vieron obligados a buscar de nuevo el refugio de aquél.

El 4 insistieron una vez más en su empresa de alcanzar el Pacífico. A las ocho de la mañana habían rebasado ya el Cabo Valentín, a las once por babor, Puerto de la Misericordia y a las doce Cabo Palaws al S. O. y a tres millas de distancia; pero viendo a la una y media que aumentaban el mar y el viento, «arribamos, dice Jiménez de la Espada, a Puerto de la Misericordia, extremo refugio de los que no pudiendo

desembarcar, se ven sorprendidos en aquel terrible mar cuyo epiteto no he podido comprender». «A las dos dimos fondo en ese famoso puerto que viene a embocar los célebres islotes de la Observación y Botella que tanta gloria dieron a Churruca, Ceballos, y otros de los pailebots, «Santa Casilda» y «Santa Eulalia». Cerca de Puerto Galante hay un islote de pizarras y de capas inclinadas con vetas de cuarzo, y en él una cruz de madera de unos nueve pies de altura, colocada en el punto más elevado, y cuyo brazo horizontal tenía la siguiente incripción: «Salus Mundi»; el vertical ostentaba otras muchas grabadas estando cubierto por tablitas rectangulares clavadas en él, excepto la última que estaba sujeta por una cuerda (1). Rodea la isla una corona de verdes algas y se halla tapizada por *lapas, fisurelas* y *mejillones.*»

«Nosotros dejamos la siguiente inscripción: «el día 4 de Marzo de 1863 llegó la Goleta de S. M. C. Virgen de Covadonga.»

Jiménez de la Espada describe aquellos parajes, con interesantes pormenores que vamos a consignar aquí:

«La tierra de la Costa de la Desolación, merece bien este nombre. Su suelo es levantado, tajado con agudas crestas, inclinados todos sus picos a W. E. y mostrando sus capas con una inclinación de 40° con el horizonte. Parece que un titán se ha entretenido en cortar caprichosamente el terreno para darle formas bizarras, frecuentemente con escalones y en las quebraduras capas perpendiculares que semejan torreones y almenas. Las pizarras con vetas de cuarzo es lo que forma sus montañas.»

«La vegetación escasea lo mismo que la fauna. En los repliegues del terreno, abrigados de los vientos, crecen árboles y abundantes brezos, los primeros en las cortadas de los montes con los troncos paralelos al terreno en que están implantados y con las copas a la manera de los pinos de Italia.»

«De las cimas y laderas se han desprendido grandes lajas y trozos prismáticos de esa pizarra de fácil descomposición, los cuales arrastrados por la violencia de los vientos, han

(1) Día 4 de Marzo del 63.

formado cuevas y grutas, en una de las cuales hemos matado un precioso pájaro y en las que he visto restos de conchas, cuyo animal había sido comido por los que temporalmente las han habitado.»

«El piloto de la América del Sur dice que hubo allí habitaciones de indios, y es indudable que se notan restos de su paso por esta comarca.»

«Yo he encontrado trozos de corteza de árbol al lado de una como vereda que serpea por el interior del monte que circunda al puerto, y en el fondo de él he visitado una choza hecha de remos clavados en el suelo, entrecruzados y sujetos con puntas y trozos de filástica. Dentro de ella había restos de los cestos de junco que tejen los indígenas, mezclados con otros que indican pertenecer a un buque náufrago, según lo denotan su antigüedad y confirmó un chileno que estaba presente. Consistían los últimos en dos botellas verdes, un enjaretado de madera, pedazos de cabo, de puertecillas del pañol y algún herraje. La choza estaba cubierta de paja que debió destruir en parte el fuego según el color de la que quedaba.

La puerta estaba señalada con una rama en arco y un pedazo de madera para formar el quicio, sobre el que había girado la cancela del pañol que estaba allí cerca.»

«Puerto de la Misericordia es triste; el aspecto de la sierra que lo forma, terrible e imponente; es muy seguro abrigo para los barcos que no pueden desembocar y buen tenedero. Sarmiento, el famoso navegante del Estrecho, le dió este nombre, por creer, sin duda, que la había merecido de la divina al desembocar tras grandes trabajos por el Canal de la Concepción o del Norte.»

«Todo revela en esta costa de la isla de la Desolación, la influencia de los fuertes mares que la bañan y que son los más terribles del mundo, sobre todo cuando levantadas las olas por el N. O. que aquí es horroroso van a herir la base de estos montes, socavándolos y desgastándolos como si fuesen arena deleznable. La inclinación de las capas de la roca ayuda en este trabajo a las aguas. El islote en que termina el Cabo cónico y pelado parece amenazar desplomarse

de un momento a otro, por faltarle la base que continuamente le roba el mar.»

«Dicen los viajeros que abunda esta tierra en aves, más yo he visto muy pocas. Lo mismo aseguran de los peces y otro tanto puede respondérseles por nuestros marineros. El cormorán negro, de pecho blanco y carúnculas anaranjadas, el ánade, que tanto nos ha dado que hacer, y que no he podido matar, cuya hembra es blanca enteramente, con los pies amarillos y el macho negro de azabache, el dorso y parte de las alas blanco como los bordes de la cola y papada, pies y pico amarillos; las gaviotas negras y la común y los patos marinos de que llevo muestras, con el *Aptenodytes* de moño amarillo, un trujuil negro, el motacílido que abunda tanto en la vera de las bocas como en los islotes de las playas y el de la cola con los extremos de las plumas desprovistos de barbillas, son los únicos que he visto y no en abundancia, como no sean los cormoranes y ánades. Reptiles ni siquiera uno; mamíferos tampoco y de moluscos escasas variedades. En cambio nada exagero por lo que toca al mar, al cielo y al aspecto de la región de Magallanes.»

«El ruido del viento que aumenta zumbando en uno y otro abismo, las nubes que se desgarran al pasar por las aristas llenas de picos y dentellones, la mar gruesa, oscura como el cielo, que salpica con la espuma de las olas que revientan y la lluvia que cae por intervalos a torrentes formando cascadas que desaparecen al poco tiempo después de haber surcado como una faja ondulosa de plata el verde oscuro de las quebradas del monte, traen al alma la idea del peligro que amenaza de continuo al navegante en esta región, y que abunda, sin duda, bajo un cielo sereno y un sol claro si por acaso viene a bañar las llanuras de nieve y a mostrar el color verde de las plantas, que suavizan con sus azulados tonos los verdes contornos de estas tierras.»

Tres días permaneció la «Covadonga» en Puerto de la Misericordia, luchando con las tempestades, pero sin perder la esperanza de forzar por fin el Estrecho.

El 8 de Marzo emprendieron la tercera tentativa izando velas a las siete y cuarenta y cinco de la mañana; una hora

después pasaban frente al Cabo Palaws, distinguiendo en seguida los *Apóstoles* que avanzan hacia el S. desde el pie de aquél; a la una, dice Espada, «estábamos en el Sur del Mundo con los *Evangelistas*..... ¡¡¡Hurra!!! ya estamos en franquía..... ya desembocamos entre Apóstoles y Evangelistas.»

Desde ese momento cambió por completo la decoración. Mar llana, vientos favorables, navegación deliciosa, descanso y tranquilidad, satisfacción y alegría. Cinco días después o sea el 13 de Marzo de 1863 fondeaban felizmente en San Carlos de Chiloe, mientras las dos fragatas ancladas todavía en las Malvinas esperaban ocasión propicia para tomar la ruta del Cabo de Hornos.

Los tripulantes de la «Covadonga» desembarcaron en San Carlos de Ancud, recorriendo aquella población, compuesta de 3.000 almas que por aquel entonces estaban alojadas en casas provisionales de madera, construídas la mayoría recientemente por haberse incendiado dicha población, siendo pasto de las llamas pocos meses antes.

Espada encontró gran variedad de plantas y aves en aquellos parajes pintorescos y amenos, habitados por indios mansos sí, pero ladrones. «Son, dice aquél, de color cobrizo moreno, ojos pequeños algo oblicuos, negros y brillantes; cabello negro, grueso, lacio; las mujeres lo parten en dos porciones desde la frente al occipucio y se lo trenzan como las niñas. Pómulos abultados, pero redondeados, nariz achatada, labios medianamente gruesos. Son pequeños de estatura, piernas gruesas y robustas, y osamenta muy desarrollada. Visten uniformemente saya de azul muy oscuro y una manta cuadrada y peluda de color café. Ellos, un poncho. Son supersticiosos, rateros y amigos de amuletos. Dedícanse a carbonear y a vender leche.....»

El 22 abandonaron el Puerto de Chiloe y siguieron a Lota en la Bahía de Arauco, para visitar sus riquísimas minas de carbón, y finalmente salieron de aquí con dirección a Valparaíso, donde anclaron el día 28. En esta ciudad vinieron a reunirse todos los individuos de la Comisión, después de haberse separado en la Argentina a últimos de Diciembre. Grandes penalidades habían sufrido en ese lapso de tiempo,

acompañadas de gravísimos peligros y de no pocos sinsabores. Nos admira el que no solicitasen inmediatamente su regreso a España dando por terminada la Comisión que había comenzado bajo tan malos auspicios, y continuada en medio de toda clase de contratiempos y sólo podemos explicarnos su constancia y su perseverancia, por un sentimiento de dignidad y de amor patrio.

Por esos días comenzaron a recibirse en España los primeros envíos de la Comisión, llegados a Madrid en los comienzos de Mayo de 1863. Acordó el Gobierno que se nombrase una Junta de Profesores encargada de recoger, ordenar y colocar en el Museo de Ciencias Naturales los objetos coleccionados por nuestros expedicionarios denominándola, Comisión Receptora, y en su consecuencia apareció una Real orden, en la cual eran designados al efecto los señores siguientes: D. Mariano de la Paz Graells, Presidente; D. Miguel Colmeiro, D. Laureano Pérez Arcas, D. Juan Villanova y D. Manuel María José de Galdo, Vocales, y don Florencio Janer, Secretario.

Reunióse ésta por primera vez, el día 16 de Mayo, en el Museo de Ciencias Naturales, adoptando como primera medida la de pasar cuanto antes al Jardín Botánico cinco cajones de plantas vivas que venían en la remesa.

El 19 del mismo se celebró nueva Junta, procediéndose en el acto a desembalar los objetos para ver el estado en que se hallaban y dedicarse a ordenarlos y conservarlos. Abriéronse en primer lugar los cinco cajones de plantas vivas, encontrándose la Comisión con la desagradable sorpresa de que la mayoría, la casi totalidad de éstas, estaba inutilizada; no ya sólo por efecto del prolongado viaje, sino (y esto sí que es lamentable) por la *inexplicable detención en las estaciones ferroviarias,* es decir, por imprevisión, por abandono, por incuria (1). Lo restante eran colecciones de aves, peces,

(1) «Excmo. Sr.: La Comisión nombrada para recoger, ordenar y colocar los objetos que envió la Comisión del Pacífico, cumpliendo con su cometido, se reunió a su debido tiempo para recibir los cajones que componían la primera remesa y enviar los que tenían plantas vivas al

cuadrúpedos, minerales y objetos etnográficos, aparte de numerosos paquetes de plantas secas. Todo ello fué expuesto en la Sala de Juntas del Museo y en la inmediata clase de Mineralogía y visitado a los pocos días por el Ministro de Fomento, Instrucción Pública y el Director de este ramo.

Es casi seguro que la Comisión Receptora no dejaría de advertir respetuosamente a esas autoridades de la necesidad absoluta de que los envíos sucesivos viniesen en los trenes lo antes posible y bien acondicionados, pero ya veremos después cuán poco resultado obtuvieron dichas advertencias.

Jardín Botánico, disponiendo la colocación de los demás en el Gabinete de Historia Natural.

Fueron los primeros los que se abrieron también cuanto antes, teniendo la Comisión el sentimiento de hallar casi todas las plantas vivas inutilizadas por haberse secado durante el largo viaje e inexplicable detención en las estaciones de ferrocarriles, de modo que sólo muy pocos ejemplares han podido colocarse en las estufas calientes en estado dudoso de conservación, y como por ensayo para hacerlas revivir si fuese posible.

Respecto de las plantas secas y de las colecciones de aves, peces, cuadrúpedos, minerales, y objetos etnográficos, la Comisión puede elevar a V. E. un informe más satisfactorio, pues las ha hallado conforme con los catálogos las remesas.»



1



2



3



4



5



6

1, Patogón.—2, 3, 4, 5 y 6, Araucanos (1863).

CAPÍTULO X

Viaje de Amor al Desierto de Atacama.—Copiapó.—Trabajos de la Comisión en Valparaíso.—Plangemann.—La primera momia.—Santiago de Chile.—El Dr. Roel Armando Philippi.—Visitas a los centros oficiales de enseñanza.—El Dr. Puelma.—La Universidad y sus enseñanzas.—Hermann Volkmann.—Federico Leybold.—Paulsen.—El Dr. Pisi y la Comisión topográfica. Excursiones.—Regreso de Paz y Martínez a Valparaíso y excursión a «Bellavista».—Salen en la «Covadonga» el 13 de Junio.—Llegada a Coquimbo.—Sus establecimientos.—Ricardson.—Viaje a «La Serena».—Salen para Huasco.—Arribo a Caldera.—Dragados.—Los pescadores italianos.—Excursión a Copiapó.—El Cónsul español y la colonia.—Las señoras americanas y las colecciones de Historia Natural.—Las minas y su exploración por los hermanos Heuland en el siglo XVIII.—El Museo de la señorita Gallo.—Travesía hasta «Cobija».—D. José María Insausti.—Arica y su puerto.—El Dr. Prieto.—Viaje a Tacna.—Anécdotas.--Regreso al Callao.

Ansiosos de tranquilidad y descanso, desembarcaron inmediatamente los Naturalistas de la Comisión, alojándose en el Hotel de la Unión, (calle Planchada), donde se hallaban los demás excepto Amor que a fines de Abril había emprendido su viaje a Copiapó en el Desierto de Atacama.

¡Lástima grande que haya desaparecido el «Diario» de este desgraciado explorador víctima de su patriotismo y de su entusiasmo por la ciencia!.....

Era Copiapó un riquísimo coto minero situado en la entrada del Desierto y asiento ya entonces de una población numerosa y heterogénea que atraída por las minas, se ocupaba en el laboreo de éstas, en divertirse y jugar en demasía, dice Almagro. *Chañarcillo y Tres-puntas*, sobre todo, eran celebradas por la excelente calidad de sus minerales.

D. Fernando Amor permaneció en esta población por espacio de algunas semanas, durante las cuales adquirió riquí-

simas colecciones de minerales de cobre, plata, oro, plomo, hierro, cobalto, y níquel, merced principalmente a la cooperación desinteresada e incesante del Vicecónsul de su majestad católica D. José de Urbina, y de las Sociedades mineras de Chile. Pasó después al «Desierto de Atacama», donde hizo interesantes estudios geológicos y también donde sufrió las consecuencias de aquel clima mortífero que minó por completo su salud acarreándole cruel dolencia, que le llevó al sepulcro algunos meses después.

Entre tanto comenzaron sus trabajos en Valparaíso los demás miembros de la Comisión, preparando Isern y Almagro su largo viaje a las tierras peruanas, y acudiendo Martínez y sus restantes compañeros a las personas que cultivaban las ciencias naturales, en demanda de cooperación y consejo.

La primera de aquéllas que se ofreció incondicionalmente a nuestros viajeros fué D. Joaquín C. Plangemann, culto germano avecindado en Valparaíso, donde se hallaba al frente de una fábrica de cerveza. Esta ocupación no le impedía consagrarse a las ciencias naturales y reunir curiosas colecciones de conchas, zoófitos, minerales, trajes, utensilios, y sobre todo, de plantas y de armas americanas.

Fué para ellos un amigo fiel, un guía experto y un auxiliar eficacísimo. Merced a él pudieron obtener la primera momia que encontraron en su viaje, y que ajustaron provisionalmente en espera de Almagro. Era propiedad del Dr. Hattsvyg, Director de un colegio de niños. Había sido encontrada en tierras araucanas y tenía las extremidades recogidas sobre el vientre. Su color pardo-claro parecía indicar, dice Martínez, haber estado entre barro, en el que en efecto se momifican en un país tan lluvioso como el Sur de Chile. Figuraba asimismo al lado de ésta buen número de curiosidades indias.

Plangemann no se concretó a eso; hizo donativos de algunos ejemplares a Paz y a Martínez y se prestó gustoso a los deseos manifestados por éste de que se llevasen a cabo algunos dragados en el puerto, cumpliendo el encargo con la mayor diligencia y esmero, mientras aquellos pasaban a la capital Chilena.



Ranchos.—Cabritería.—Valparaíso (1863).

El día 16 partieron en diligencia a las cinco de la mañana, llegando a Santiago, a las seis de la tarde, Martínez e Isern.

En esta época contaba ya esa capital muy cerca de 100.000 habitantes. Su situación en el pintoresco valle de Mapocho, regado por el río del mismo nombre; sus calles anchas, rectas, cortadas a escuadra, bien empedradas y siempre limpias, y sus magníficos edificios como la Catedral, la Universidad, el Museo de Ciencias Naturales y la magnífica Penitenciaría, hacían de ella un verdadero modelo y casi una excepción honrosa entre todas las restantes de América del Sur.

La primera visita de los Naturalistas fué para el Ministro de España, Sr. Tavira, y para el Secretario de la Legación española, Sr. Roberts, quienes tuvieron para aquéllos frases de aliento, elogios entusiastas y ofrecimientos sinceros.

El día 18 pasaron a ver el Museo de Ciencias Naturales y la Biblioteca Nacional, instalados provisionalmente en un mismo edificio mientras se terminaba el que estaban construyendo. Fueron presentados al Director del mismo Dr. Roel Armando Philippi, sabio Naturalista, de origen alemán, quien hallándose establecido en Valdivia, había sido llamado para ocupar ese cargo por el Gobierno de Chile. Explicaba las clases de zoología y botánica y tenía además la comisión de ordenar el Museo, auxiliado por un preparador también alemán.

Había realizado interesantes y numerosas investigaciones sobre la flora y fauna del país, publicadas en revistas extranjeras, en los «Anales del Museo chileno», y por último, en su «Viaje al Desierto de Atacama», cuya exploración se llevó a cabo a expensas del Gobierno. Poseía buena biblioteca y no escaseaban otros medios de trabajo.

«No dejó de chocarle, dice Martínez, nuestra manera de viajar cual aves de paso, y sobre todo, el que se nos hubiera convertido en pescadores, cazadores, etc. Aunque no tenía necesidad de ello, me demostró lo inútiles que eran los viajes extensos para recoger muchos objetos y el poco resultado que habían dado otros semejantes al nuestro aun estando bien organizados. No sabía el que, excepto el respirar, en todo,

hasta en el comer, habíamos tenido privaciones, por el descuido con que se hizo todo lo relativo a la Comisión.»

Philippi mostró a los visitantes las riquezas del Museo: sus abundantes herbarios general y del país, sus colecciones de mamíferos, aves, reptiles e insectos ya ordenadas, y los materiales dispuestos para formar las restantes, tanto zoológicas como mineralógicas. Desde aquí pasaron, acompañados del mismo Philippi, a visitar un gabinete de antigüedades de Oceanía y Perú, establecido en el Palacio de Correos y Telégrafos, y después a la casa de la Sra. de Huneeus, dama de gran cultura, que a sus aficiones musicales unía las de naturalista, de las que era prueba bien patente su pequeño, pero bien dispuesto Museo mineralógico y zoológico. Como se ve en todas las capitales americanas encontraban nuestros viajeros personas entusiastas de las ciencias naturales, siempre dispuestas a ilustrarles con sus consejos, a prestarles desinteresada y leal cooperación y a colmarles de atenciones delicadísimas que fueron para ellos un lenitivo en medio de sus fatigas y amarguras. Por eso tenemos gran cuidado en consignar aquí sus nombres, tributándoles con ello un recuerdo de gratitud al que, ciertamente, se hicieron acreedores.

Continuando la Comisión sus visitas a los Centros de cultura de aquella capital, vieron las Escuelas de Agricultura y de Artes y Oficios situadas a cierta distancia de aquélla, recorriendo el trayecto en un coche que les cedió generosamente el noble caballero D. Rafael F. Puelma, quien además les acompañó en esta excursión y les presentó al Profesorado de dichos establecimientos. Al siguiente día hicieron lo mismo con la Universidad, donde también se hallaba instalada la Academia de Bellas Artes. Hizo la presentación de los Naturalistas españoles al Sr. Rector de la misma, el Dr. Armando Philippi. Desempeñaba el Rectorado un Doctor de origen polaco, llamado D. Rafael Domeyko, persona de sólida reputación, de arraigo en el país, y de no escasa fortuna, adquirida principalmente en numerosas exploraciones y reconocimientos de minas. Estaban a su cargo la Química y la Mineralogía, que con la Física, las Matemáticas y las asignaturas propias de la Facultad de Farmacia, venían a constituir el conjunto



Chañarcillo.—Minas.—Desmonte Bolaco Nuevo (1863).



Almacenes fiscales y Arsenal.—Valparaíso (1863).

de enseñanzas que se daban en esa Universidad. La Comisión recorrió gabinetes y laboratorios dotados ya entonces de un material que seguramente envidió aquélla, para los Centros similares de nuestra España.

También poseía la capital de Chile una selecta Biblioteca y un Observatorio Astronómico fundado hacía pocos años. Estuvo primero al frente de éste un joven prusiano, llamado Hermann Volckmann, quien llevó a cabo los primeros trabajos de instalación, etc. Sus aficiones a viajar y conocer el país le movieron a pedir el pase a la Comisión topográfica, y con este motivo a dejar aquel puesto que fué ocupado por otro individuo de la misma nacionalidad. Volckmann había aprovechado sus excursiones para coleccionar plantas y rocas, de las cuales tenía magníficos ejemplares. De las primeras poseía un riquísimo herbario, en el que figuraban algunas muy raras que Philippi había descrito, por primera vez, como especies nuevas. A ruegos de Martínez se lograron varias que pueden verse, todavía hoy, en el herbario de Isern, conservado en el Jardín Botánico de esta Corte.

Otra de las personas con quien trabaron relaciones, por cierto muy provechosas, los expedicionarios, fué el Doctor Federico Leybold, boticario y droguero alemán, en aquella ciudad. Su profesión le había encauzado por el estudio de las plantas, cuyo conocimiento poseía con singular dominio y competencia, auxiliados eficazmente por su notable habilidad de dibujante. Se había consagrado al estudio de ciertas y determinadas familias, a las que dedicaba monografías especiales. Por aquellos días tenía ya casi ultimada la correspondiente a las *violáceas*. Su morada era un verdadero museo en el que figuraban pieles de huanaco y otros cuadrúpedos, de aves, de reptiles, huevos, etc., etc., y a su lado armas y utensilios indios, aparte de algunos esqueletos preparados también por él. De todo ello enviaba con frecuencia remesas para los gabinetes de su país natal. Leybold prometió ejemplares a Martínez y cumplió caballerosamente su palabra, sin transcurrir muchos días. En la misma casa de aquél fué presentado a los Naturalistas, un simpático joven chileno de origen alemán, llamado Fernando Paulsen. Aunque su

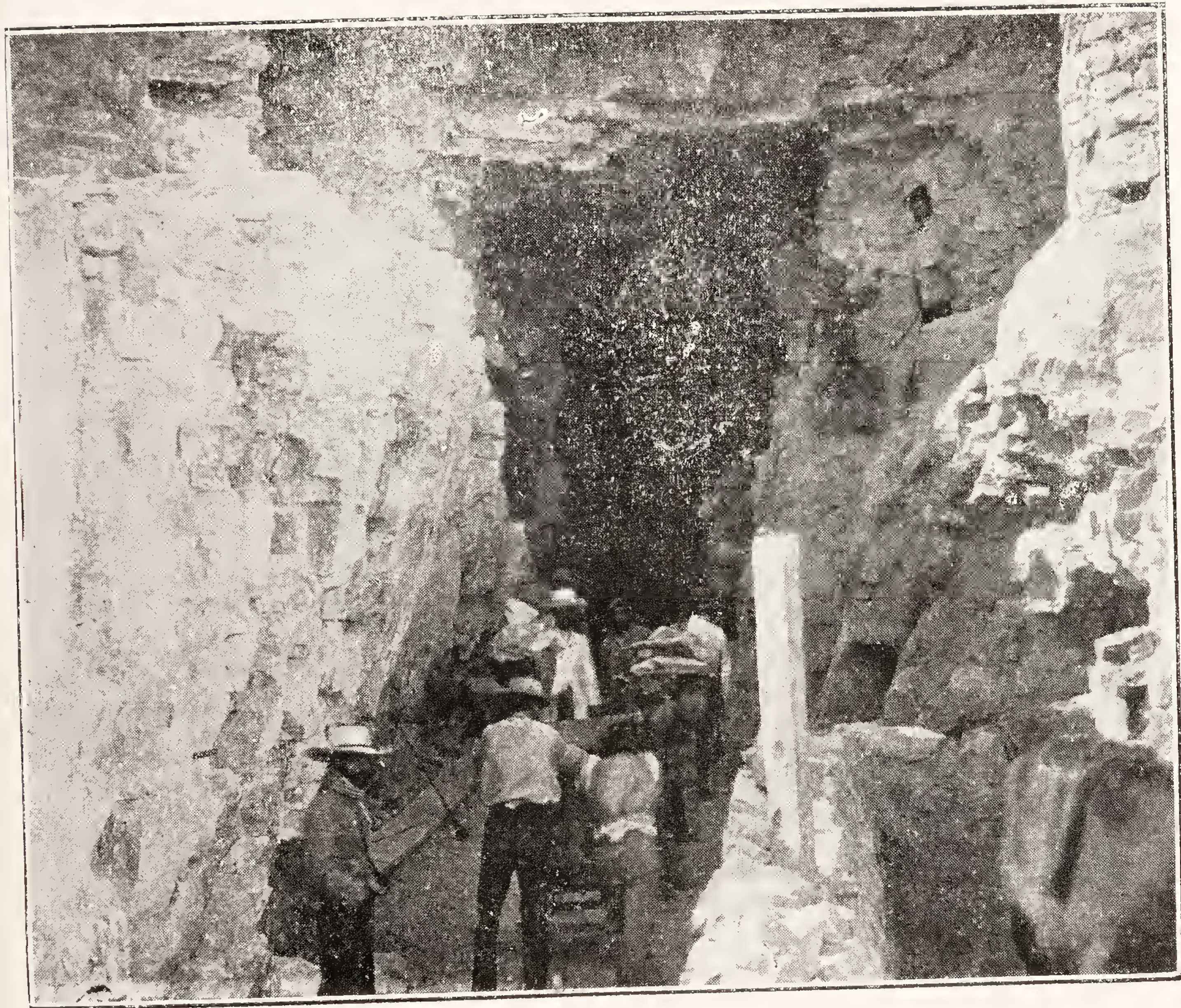
profesión era la de comerciante, no dejaba por esto de consagrar muchas horas al estudio de los insectos, en el que había sido iniciado por Mr. Germain, preparador de aquel Museo, que gracias a éste disponía de una colección magnífica de coleópteros del país. Paulsen fué para los nuestros un amigo fiel y un entusiasta protector.

Interesaba todavía a la Comisión del Pacífico el conocimiento de otro personaje chileno: el Dr. Pisi. Era Presidente de la Comisión topográfica, y con este motivo disponía de numerosas y selectas muestras de minerales y rocas del país, recogidas en sus campañas. los Naturalistas españoles solicitaron de él algunos ejemplares de los más típicos, y el Doctor Pisi los cedió gustoso, colmando abundantemente los deseos de aquéllos.

Aún quedó tiempo a la Comisión española para llevar a cabo algunas excursiones por sitios no lejanos de la capital. Fué la primera al «Cerro de San Cristóbal», llevando por guía a D. Rafael F. Puelma. Aunque el resultado no correspondió a las esperanzas que abrigaban, cosecharon sin embargo algunos moluscos y bastantes insectos.

Siguió a ésta la de «Quilicura», tomando parte en ella Leybold, Paulsen, Martínez e Isern, quienes obtuvieron de su cacería bastantes pájaros e insectos y muy pocos moluscos. A su regreso pudieron contemplar aquellas montañas blanqueadas por la nieve, que se destacaban allá en lontananza y oir con delectación y envidia los interesantes relatos que hacían Leybold y Paulsen de sus peregrinaciones por ellas, relatos que arrancaron a Martínez estas significativas palabras: «bien hubiera deseado quedarme en este punto en vez de emprender *nuevos martirios* (alude a los viajes por mar).....»

Proyectaban hacía ya tiempo, una cacería en cualquiera de aquellas lagunas que pudiesen tener fácil acceso desde la capital, mas al consultarlo con Philippi, les hizo saber éste que no se permitía cazar en esos sitios sin autorización expresa de las autoridades. Satisfecho ese requisito, se organizó la partida, en la que habían de tomar parte Espada, Isern, Paz, Martínez y Puig.



Chañarcillo.—Minas.—Socavón de la Guía de Carballo (1863).

Muy de mañana tomaron todos ellos el camino de la hacienda de «Viluco», propiedad del Sr. Larrain, hijo del antiguo preparador del Museo, de quien hemos hablado arriba. Era aquélla una posesión deliciosa, situada en medio de un bosque en el cual alternaban magníficas alamedas con rodales cultivados y en el centro jardines encantadores, rodeando a una espléndida mansión, dotada de toda clase de comodidades. En ella fueron recibidos y agasajados con la mayor delicadeza y liberalidad los expedicionarios.

Uno de los espectáculos que causó en ellos más admiración fué el número verdaderamente prodigioso, de cisnes, patos, flamencos, etc., que poblaban la pintoresca laguna con que estaba hermoseada aquella posesión. Como estaba vedada la caza, Paz y sus compañeros hubieron de contentarse con la captura de algunas aves terrestres, varios *Planorbis* y bastantes reptiles. Sin embargo, a los pocos días, hizo Espada un segundo viaje y entonces vió colmados sus deseos merced a la amabilidad del Sr. Larrain, quien, como dueño de la finca, levantó la prohibición atendiendo los ruegos de aquél.

El 30 de Mayo (1863) llevaron a cabo la última excursión de esta serie, dirigiéndose a la laguna de «Chuchunco». Tomaron parte en ella Armando Philippi, Volckmann, Paulsen, Carlos Philippi, Martínez, Espada, Isern y un preparador del Museo. En el viaje se unió a la comitiva D. Vicente Caschaga, arrendatario de una posesión donde hicieron alto para descansar algunos minutos.

La poca extensión de esta laguna permitió a los exploradores rodearla por completo y hacer la caza con mayor facilidad y con gran resultado, especialmente en plantas y aves. Bien es cierto, que buena parte de aquél, fué debida a la cooperación del preparador del Museo.

El día 6 de Junio, después de las correspondientes despedidas, salieron para Valparaíso, Paz y Martínez, muy satisfechos de su estancia en la capital Chilena y profundamente agradecidos a la multitud de atenciones que les fueron prodigadas, así por los Naturalistas del país, como por los extranjeros, allí residentes.

El objeto de este viaje era embarcar en la «Covadonga» para hacer una visita a los puertos de la costa.

Al siguiente día tuvieron ocasión de observar en Valparaíso un detalle más que venía a confirmar los progresos de aquella república; fueron las maniobras del cuerpo de bomberos, presenciadas por el Intendente y dirigidas por el Coronel don Antonio Ayacio. El material abundante y escogido de que disponían los individuos de este cuerpo y la destreza y maestría con que ejecutaban las operaciones correspondientes, no pudieron menos de llamar poderosamente la atención de los comisionados y seguramente les harían recordar el abandono en que esos importantísimos servicios se encontraban en su patria, sugiriéndoles reflexiones muy tristes.....

Mientras se alistaba la «Covadonga» hicieron Paz y Martínez un corto viaje a la hacienda de Bellavista, invitados por su propietario, el Sr. Cortés. Era un delicioso paraje sembrado de pequeños lagos y embellecido por la naturaleza y por el delicado gusto del dueño con toda clase de atractivos. Estaba cerca de Punitun y a muy poca distancia de la estación ferroviaria de Quillota. De vuelta a Valparaíso visitaron nuevamente a Plangemann y se hicieron cargo del material que, cumpliendo la promesa hecha por éste a Martínez, había sido pescado en los dragados de la bahía y parajes inmediatos.

El 13 de Junio dióse la goleta a la vela, llevando a bordo a Paz y Martínez, y después de ocho horas de navegación, fondeó sin novedad en el puerto de Coquimbo. Noticiosos aquéllos de que vivía allí un inglés, aficionado a la conchología, pasaron inmediatamente a su domicilio donde fueron recibidos en el acto. Llamábase aquel Thomas Ricardson, y aunque ajeno por completo a las ciencias naturales, había sentido la belleza de las conchas, dedicándose durante muchos años a recogerlas, eficazmente auxiliado por un joven que habitaba en su misma casa.

La colección malacológica era muy abundante, así en ejemplares como en especies, que procedían de Coquimbo, Perú, Islas Marquesas, etc., etc.

La señora de Ricardson dedicábase al comercio de pieles de *chinchilla,* de las cuales había reunido hasta 2.000 que

solía vender a peso. Martínez compró algunas para la Comisión y consiguió también varios ejemplares de conchas.

Dragaron en el Puerto sin gran resultado, y aquella misma tarde salieron en el tren para «La Serena», donde pensaban estar sólo algunas horas. Era aquélla por entonces una población de buen caserío, aseada y limpia, con regular Iglesia matriz, cómodo y amplio Hospital, y un Instituto o Liceo de 2.ª enseñanza, dotado de su gabinete de Física, y sobre todo, de numerosa colección de minerales, así del país como de otras regiones. Después de estas visitas, subieron a la casa de los jóvenes chilenos Sres. Valdés y Osorio, para examinar varias muestras de minerales de aquella tierra y obtener algunas con destino al Museo de Madrid. Terminado este asunto, se dirigieron a la estación del ferrocarril para tomar el tren de Coquimbo, y en esta ocasión tuvieron el gusto, no exento de sorpresa, de recibir el saludo y ofrecimientos *de un antiguo soldado español que había pertenecido al ejército mandado en tiempo de la emancipación de aquella colonia*. Al regresar a bordo se encontraron con algunos peces traídos por los pescadores para la colección y conocidos de éstos con los nombres vulgares de *peje-perro, congrio* y *anguila*.

El 16 zarpó la goleta del puerto de Coquimbo; hallábase fondeada en éste la fragata francesa «Pallas», que al ver en movimiento a la nave española correspondió al saludo reglamentario entonando la marcha real en medio de atronadores ¡¡¡hurras!!! Fué un acto delicadísimo que impresionó gratamente a los nuestros con el recuerdo de la patria amada, recuerdo tanto más dulce cuanto mayor era la distancia que les separaba de la misma.

Al siguiente día llegaron al puertecito de Huasco, donde dieron fondo a las diez y media de la mañana. Veíanse regulares edificios en las inmediaciones, pero notaron en seguida la aridez de aquel terreno y la falta absoluta de vegetación, tanto en las riberas del mar, como en los pequeños cerros inmediatos.

Martínez y Paz comenzaron su labor explorando la playa y continuaron después sus pesquisas hasta la población que

dista de aquélla como tres cuartos de hora. Algunos *Bulimus*, *Helix*, *Planorbis*, etc., y varios reptiles y plantas, fué todo lo que encontraron en esta ocasión. Desgraciadamente vino a malograrse parte de ello, en un percance cómico, que Martínez registra en su «Diario», no sin cierto gracejo. Al emprender la caminata creyeron oportuno proveerse de un asnillo que les aliviase del peso de varios efectos que llevaban consigo. Cargáronle con la merienda, utensilios de caza, objetos que iban recogiendo en ésta y, finalmente, unos kilos de las famosas pasas de aquella tierra; tranquilamente subieron todos la pequeña cuesta, que precede al pueblo partiendo del fondeadero, mas una vez en la llanura, el burro sintióse bullicioso, y emprendiendo vertiginosa carrera en medio de grandes corcovos, lanzó a los vientos cuanto llevaba encima, coreado por las risotadas de unos, por las imprecaciones de otros y por los dicterios del Sr. Paz al ver deshecho su morral y llenos de averías los efectos que en él se guardaban. Felizmente pudieron subsanarse algunas de aquéllas haciendo nuevas recolecciones.

El 17, a las seis de la tarde, continuaron su viaje marítimo entrando en el puerto de Caldera a la una del día 18.

Desde la cubierta misma de la goleta pudieron notar ya el triste aspecto de aquel árido terreno cubierto de arena blanca y fina y falto de toda clase de vegetación.

Apenas desembarcaron, recibió Paz una carta del Cónsul de España en Copiapó, enviándoles cariñoso saludo y haciéndoles saber el gusto con que serían allí recibidos. Como el tren había partido ya, fué necesario dejar el viaje para el siguiente día y aprovechar el tiempo en otras ocupaciones.

En efecto, hicieron varios dragados en diferentes puntos del puerto arrastrando bastantes crustáceos y zoófitos y algunos moluscos, sobre todo *Murex*. Giraron después una visita a varios hornos de rudimentaria construcción, destinados al mineral de cobre, y por fin trataron de ponerse en relación con varios pescadores, a fin de adquirir algunos peces de aquella localidad.

Siempre que los Naturalistas abordaban el problema de la adquisición de productos marinos con los profesionales

del país, en todo aquello que no se relacionase inmediatamente con el consumo, las gestiones de aquéllos eran acogidas con una sonrisa de incredulidad, de indiferencia o también de burla. *No podían concebir los indios para qué sirve lo que no se come.* En esta ocasión tuvieron más suerte Martínez y Paz al encontrarse con pescadores italianos, que les oyeron con gran respeto, recibieron el encargo con verdadera complacencia y hasta tuvieron la atención de obsequiarles con una copa de vino. No dejaron, sin embargo, de advertir que el número de especies que cogían en aquellos mares era bastante escaso.

El 19 por la mañana tomaron el tren para Copiapó. La línea férrea extiéndese por un inmenso arenal, cuya monotonía se ve interrumpida tan sólo por alguna barraca en que se halla instalada la Estación. Cerca de Copiapó se notan ya signos de vegetación en las riberas de varios arroyuelos.

A las doce y minutos hace alto el convoy, apéanse los viajeros y vénse rodeados en seguida de su compañero D. Fernando Amor, del Cónsul D. José Urbina, de D. Juan N. Esbry, de D. Miguel Roselló, de D. Francisco García y de varios españoles y chilenos, que a porfía les felicitan y estrechan las manos. Después de aceptar un refresco que aquéllos tenían preparado, Martínez pasó a casa de su compoblano el comerciante D. Francisco García, y Paz siguió al Cónsul, quien le ofreció con insistencia la suya. El primero llevó su delicadeza hasta el extremo de ceder su propia habitación al huésped, quien con este motivo escribe lo siguiente en su «Diario» (día 19 de Junio de 1863). «Esto me demuestra una vez más que no se han acabado las gentes desinteresadas y que los verdaderos amantes de su país están fuera de él»...

. . . .

La primera visita de Martínez fué para el Cónsul D. José Urbina, quien siguiendo la costumbre, allí muy extendida, tenía en su casa una colección de *minas* (minerales y rocas). Lo notable del caso es que la mayoría de esas colecciones eran obra de señoritas, las cuales solían añadir con frecuencia, conchas, caracoles, armas, etc., etc., formando así

pequeños museos. Urbina puso a disposición de los dos comisionados, las mejores muestras que poseía, cosa que aceptaron con muchísimo gusto.

Cumplidos así los deberes de cortesía con nuestro Cónsul y demás personalidades de Copiapó, salieron Paz y su compañero a ver la villa. Era ésta una población esencialmente minera, dotada de regulares edificios que se extendían a lo largo de un valle escueto y árido, por efecto de la falta de humedad. Sus calles estaban regularmente conservadas, lo mismo que la plaza, en la cual se levantaba la Iglesia matriz e inmediata a ésta, una mala estatua de D. Juan Godoy, descubridor de las minas de Chañarcillo.

Un pequeño río de aguas casi impotables surte a la villa y sostiene también las industrias mineras. Estas comenzaron ya en el siglo XVIII durante los reinados de Carlos III y Carlos IV en que se procedió a la explotación de aquel coto minero por varios particulares.

En 1795 fueron comisionados por el segundo de los Monarcas citados, los Naturalistas alemanes D. Cristiano y don Conrado Heuland, no sólo para estudiar dichas minas, sino también para recoger minerales y fósiles. Hicieron el viaje por tierra desde Buenos Aires, y por espacio de un año recorrieron aquellos parajes recogiendo gran cantidad de material. Un solo envío recibido en España a principios del siglo XIX, constaba de ¡ciento tres cajones! Además de esto presentaron al Rey una Memoria luminosa llena de interesantes datos estadísticos, geológicos, históricos y meteorológicos (1). Desgraciadamente desde aquella época España había retrocedido en el camino del progreso a pasos agigantados, y los Naturalistas del 63 ni podían consagrar al estudio de dichas minas aquel tiempo de que habían dispuesto los her-

(1) Relación histórica y de Geografía física de los viajes hechos en la América Meridional de Orden de S. M. durante los años 1795 y 1796, por D. Cristiano y D. Conrado Heuland, ambos comisionados por el Rey a la América Meridional y Septentrional con el objeto de hacer colecciones de Mineralogía y Conchiología para el Real-Gabinete de Historia Natural en Madrid. Ms.

manos Heuland, ni su competencia científica en materias de geología podía compararse a la de éstos, puesto que el mismo Martínez no había cultivado esa especialidad y el Sr. Paz y Membiela era lego en cuestiones de Historia Natural.

Suponemos que Amor habrá hecho cuanto le fué posible en los dos meses que permaneció en el Desierto de Atacama, pero aun así, ese tiempo era, sin duda, insuficiente para llevar a cabo un estudio completo como debía haberse realizado. Martínez se concretó a tomar ligeros apuntes acerca del funcionamiento de varias fábricas y a recoger algunos de sus productos. Visitó asimismo la casa de la Srta. Gallo, a la que fué presentado por D. Miguel Roselló. «Parece, dice Martínez, que por circunstancias de familia, esa joven se retiró del trato de la sociedad encontrando en la Historia Natural una afición que, según dice, la ha hecho pasar los años felizmente. Tiene buena colección de *minas,* algunas aves, moluscos, plantas secas y vivas, corales, etc., etc. Lo más notable es que todo ha sido preparado por ella con no poca minuciosidad. Me llamó también la atención una momia bien conservada, de un niño patagón. *¡Lástima que se le hubiese pasado a su poseedora el miedo que al principio la daba!*»

....

Debiendo continuar su viaje la «Covadonga» se despidieron los nuestros de aquellas personas de Copiapó a quienes debían atenciones y regresaron a Caldera. Aquí se hizo cargo el Sr. Martínez de la pequeña colección de peces *(roissos, castañetas*, *cabuizas*, *biragaos, carguias, lenguados*, etcétera) que los simpáticos italianos habían recogido.

El 27 salieron de Caldera para «Papera» y «Mejillones», pequeños puertos donde sólo se detuvieron unas horas, y el 30 fondearon en Cobija a las once y media de la mañana. Era entonces Vice-cónsul de España en esta villa D. José María Insausti, joven guipuzcoano, representante de la casa Artola y Compañía, que tenía en explotación la mayor parte de las minas de aquella costa. Recibióles afectuosamente en su domicilio, sentándoles a su mesa, así como a varios oficiales de la Escuadra, y les dió palabra (que cumplió después) de remitirles a Valparaíso una colección de minerales,

entre éstos un ejemplar de cobre nativo de 60 kilogramos (1), y a Lima, con destino a D. Manuel Almagro, una momia y algunas prendas del vestido de un cacique. Una breve excursión a la mina de «El Toldo», acompañados de D. Ramón Amézaga, fué lo único que Paz y Martínez pudieron hacer, durante su corta permanencia en Cobija.

El 1.° de Julio zarparon en demanda del puerto de Arica, donde echaron anclas el 2 por la tarde. Al contrario del anterior, tenía éste fácil entrada y buenos muelles de madera para la carga del mineral. Entre las pocas embarcaciones que allí se encontraban hallábase «La Guayaquil» de nacionalidad española.

Desde la cubierta de la «Covadonga» pudieron contemplar nuestros exploradores el escueto y árido *Morro,* en el cual se destacaban grandes manchas de *guano* constituídas por excremento de multitud de aves marinas que revoloteaban sobre aquél y la bahía inmediata.

Apenas pisaron tierra acercáronse a saludarles dos compatriotas que por casualidad paseaban en el muelle. Uno de ellos había venido al país como otros muchos en busca de fortuna que parece no encontró, y su compañero ejercía la medicina y la farmacia y se llamaba D. Eduardo Rodríguez Prieto. Este les condujo a su domicilio, especie de tienda, dice Martínez, parecida a la de los cirujanos de algunos pueblos de España, donde vivía solo. «Las tiendas, los comercios, el caserío, todo en suma recordaba nuestras costumbres, que tan puras, por desgracia, ha conservado este pueblo» añade aquél.

Guiados por Prieto se dirigieron a un paraje arenoso llamado «El Gentilar», donde encontraron restos de antiguas tribus que habían tenido allí su asiento, huesos humanos, trozos de indumentaria y vestigios de sus industrias, pero todo ello tan maltrecho y deteriorado que nada pudieron

(1) Figura hoy en el salón de Mineralogía del Museo de Ciencias Naturales de Madrid y es una de sus más preciadas joyas, que probablemente no tiene rival en ninguno de los establecimientos análogos de Europa.

aprovechar, prefiriendo volver a la ciudad y pedir el correspondiente permiso para hacer algunas excavaciones.

En esta ocasión tuvieron que atravesar pobrísimas barriadas de sucios y *olorosos* ranchos, y tenduchos con letreros muy curiosos, adornados a veces de pinturas *de tan buen gusto como las de dos centinelas que aparecían a los lados de la puerta de un cuartel.*

También hicieron una excursión al «Morro de Arica». Era éste una eminencia rocosa que presentaba, en su base, un gran orificio por el cual penetraban los visitantes en una larga cueva. Siguiendo ésta llegaron a un sitio denominado «La Capilla», a donde tenía acceso el mar. El choque de las olas contra las rompientes producía un vistoso efecto. Allí encontraron una foca, un alcatraz y multitud de gaviotas que chillaban desaforadamente en aquel albergue misterioso que les servía de refugio.

Los cerros próximos, dice Martínez, son todos arenosos y están llenos de enterramientos que se dejan conocer por numerosos restos de esqueletos, vestidos, vasijas, etc., etcétera, todo en muy mal estado. Hay también *huacas* (1) que dicen haber pertenecido a tribus pescadoras. De ellas se extraían en otro tiempo objetos toscos, por individuos del país que acudían allí en busca de tesoros. Cerca del Morro nos paramos un rato en un sitio llamado «El Infiernillo», para contemplar un fenómeno curioso de los que llaman *bufadores* en nuestras costas. Consiste en un surtidor muy copioso y elevado de espuma y agua pulverizada que brota a través del suelo y es producido por el choque de una corriente subterránea del mar contra las rocas.»

El 4 hicieron una excursión a Tacna, en ferrocarril. Marchaba éste a través de un inmenso arenal interrumpido tan sólo por una barraca que hacía de Estación. A la entrada de la ciudad había algunas acequias abiertas en los tiempos de la dominación española.

Las calles de Tacna estaban bien trazadas; el caserío conservaba todavía las rejas y miradores primitivos y le

(1) Sepulturas de los antiguos indígenas del Perú.

daban un aspecto fúnebre sus techos, en forma de tapa de ataud.

Pararon los expedicionarios en el «Hotel de la Bola de Oro», y al siguiente día visitaron la población y sus alrededores, admirando, sobre todo, la hermosa alameda atravesada por el río que marcha por una acequia empedrada. Por la noche asistieron al teatro, donde una mala compañía representó «Los pobres de Madrid», que no mereció a Martínez mejor calificativo que los actores.

El local era decente, y como detalle digno de mención debe consignarse, que a su entrada aparecía un soldado con chacó y bayoneta calada.

El 6 regresaron a Arica e hicieron nueva visita al Dr. Prieto, con el fin de obtener algunas noticias sobre las costumbres del país. Refirióles aquél, que los indios civilizados hacían mucho uso de la *coca*, originaria de Yungas, como el café que allí se consumía, y que asimismo empleaban a guisa de condimento, panecillos de *ceniza* como de tres pulgadas que se confeccionaban incinerando cardos y otras plantas.

La próxima partida del barco les obligó a interrumpir toda clase de investigaciones, pero no fué obstáculo para que al fin consiguiesen la tantas veces buscada foca y algunos peces más que les fueron ofrecidos en el mismo costado de la nave momentos antes de ponerse ésta en movimiento.

El 7 de Julio salieron de Arica con dirección al «Callao», y el 12 arribaron a este puerto, donde ya estaban la Escuadra española, el vapor francés «Diamante» y las fragatas de la misma nacionalidad «Galatea» y «Pallas».

CAPÍTULO XI

Viaje de Almagro e Isern a Bolivia.—Comienzan su ascensión a los Andes.—Soroche.—Temperatura glacial.—Marcha penosa. Alojamiento incómodo.—Puentes de paja.—La Paz.—Exploraciones botánicas de Isern.—Convite en el Convento de P. P. Franciscanos.—El rancho de Triaguanaco.—Enfermedad de Almagro y abnegación de Isern.—Grandeza prehistórica de Triaguanaco.—Guaqui.—El Lago de Titicaca.—Puno.—Atenciones del Prefecto Morote.—La mina del Manto.—Viaje de Isern a la ciudad de Arequipa.—Penosa marcha a través de un desierto.—Islaí.—Arribo al Callao.—Viaje de Almagro.—El Coronel Tobar y las ruinas quichuas.—Borrasca de nieve y granizo.—Llegada al Cuzco.—Los incas.—La Catedral.—El Gabinete de la Sra. Centeno.—Sale Almagro del Cuzco.—Oyay-tambo y el puente inca.—Ayacucho.—El Páramo de Pucará.—Jáuja y su valle.—El río «Oroya».—*La cordillera de* Morococha.—*Llegada a Lima.—Ruptura definitiva entre el Comandante de la «Triunfo» y el Presidente de la Comisión.—Quejas de Paz y Membiela.—Sumaria.—Regreso del Presidente a España.—La junta consultiva de la Armada desaprueba el proceder de Croquer.*

Mientras Paz y Martínez visitaban los puertos de la costa chilena, hacían Isern y Almagro una larga y prolongada exploración por los territorios de la República de Bolivia. No creemos que semejante viaje entrase en los proyectos de la Comisión científica, pero un anónimo recibido por el Presidente de aquélla les decidió a realizarlo. Deciáse en él que de ninguna manera debían omitir nuestros Naturalistas esta empresa si es que deseaban obtener algún resultado práctico para los fines que perseguían. Ante el temor de que alguien pusiese en tela de juicio, su celo y sus arrestos, tachándoles de poco decididos, prestáronse voluntariamente Almagro e Isern a realizarle, y hechos los preparativos correspondientes, embarcaron el 17 de Junio de 1863 en el vapor caletero «San Carlos». Después de numerosas escalas en los puertos de

Chile, Bolivia y Perú, desembarcaron en Arica, tomando enseguida el ferrocarril de Tacna, donde permanecieron tres días haciendo los preparativos para ir a Bolivia, atravesando en mula aquellas cordilleras.

El 21 de Junio, a las tres de la tarde, comenzaron la subida guiados por el experto arriero José Lanchipa, pernoctando en un caserío llamado «Pachía», donde pudieron dormir no sin bastantes molestias, y cenar de las provisiones que llevaban. Continuaron su viaje al siguiente día, subiendo desde la madrugada hasta las dos de la tarde en que llegaron a un establecimiento minero llamado «El Ingenio». Hallábanse a más de 8.000 pies de altura sobre el nivel del mar, cuando don Manuel Almagro comenzó a sentir dificultad en la repiración acompañada de vómitos, dolor intenso de cabeza y vértigos: era lo que llaman *soroche* en Bolivia, *puna* en Chile y *veta* en el Perú, es decir, un conjunto de trastornos fisiológicos producidos por la rarefacción del aire y causantes algunas veces de la muerte. Fué preciso interrumpir la jornada hasta el siguiente día, en que pudieron continuarla, escalando abruptas y empinadas cuestas, en constante lucha con un viento huracanado y frío. A las cinco de la tarde llegaron a una choza o *tambo* llamado «Tacora», al pie de las sierras nevadas del mismo nombre, donde la temperatura y el aire eran insoportables. Hallábanse a una altura superior a la del Monte Blanco. Todo a su alrededor estaba helado, y por único refugio de tales inclemencias, sólo hallaron para descansar y pasar la noche, un miserable tugurio sin puertas y con las paredes acribilladas de boquetes.

El 24, en las primeras horas de la mañana, reanudaron su viaje con una temperatura de 8° bajo cero y un viento terrible que les acosaba sin cesar haciendo la marcha penosísima. Felizmente lució algunas horas después un sol espléndido, que templó con sus rayos la atmósfera y moderó la intensidad del viento facilitándoles la marcha por aquellas extensas llanuras cubiertas sólo de gramíneas que servían de nutritivo pasto a grandes rebaños de *vicuñas* salvajes, de *llamas* domesticadas y de *alpacas* de rica lana. A las cinco de la tarde vadearon el río Maure, límite del Perú y de Bolivia, y deter-

minaron acogerse a una miserable choza situada en la ribera de aquél. «Nada más repugnante, dice Almagro, que aquella casucha de piedras aglomeradas, sin puerta, compuesta de una sola pieza de cinco varas en cuadro, donde teníamos que guisar y dormir en compañía de la familia propietaria formada de seis sucios individuos y una multitud de conejillos de Indias». Rodeados de tan molesta compañía, y a pesar del intenso frío, cayeron rendidos de cansancio sobre su desabrigado lecho, consiguiendo reparar sus fuerzas mediante un sueño tranquilo y prolongado. El 25 siguieron su marcha por aquella altiplanicie, resbalando continuamente sobre la capa de hielo que cubría el camino, y a la vista de las nevadas sierras del «Chulumani», terminando la jornada en el pueblecito boliviano de «San Andrés de Machachí». Aquí fueron más afortunados, pues hallaron alojamiento en la casa rectoral donde el párroco les recibió y colmó de atenciones. Al siguiente día llegaron a «Nasacara», pequeño caserío situado en las inmediaciones del río Desaguadero, que atravesaron por un puente de barcas de paja, sobre las cuales se extendía una estera de idéntica materia.

El 27 recorrieron 14 leguas para llegar al pueblecito de «Viacha», donde pernoctaron, y el 28, después de bajar la dilatada cuesta que media entre el alto Potosí y la Paz, entraron en esta población, habiendo salvado la distancia de 96 leguas que la separa de Tacna.

La Paz está situada a 13.000 pies sobre el nivel del mar, y esta circunstancia hace que su clima sea frío a pesar de hallarse entre los trópicos. Su suelo está regado por el río «Chuquiapo» que arrastraba arenillas de oro y no lejos de ella, se levanta el majestuoso Ilimani. Contaba la ciudad por aquella época más de 50.000 habitantes entre blancos, cholos e indios *aymaraes*.

Los viajeros buscaron alojamiento en la única fonda que allí había, por cierto propiedad de un español; mas a poco de instalarse en ella, se vieron gratamente sorprendidos por la presencia de dos caballeros que con gran interés preguntaron si estaban allí dos individuos de la Comisión del Pacífico. Oída la respuesta afirmativa, pasaron inmediatamente a

saludarles, ofreciéndoles además su domicilio con tal insistencia, que aquéllos no pudieron menos de aceptarlo. Estos amables señores eran dos acaudalados comerciantes apellidados: Gómez el uno, y Manteca el otro, los cuales con un médico y dos individuos más constituían allí la colonia española.

Nueve días permanecieron Isern y Almagro en tan grata y obsequiosa compañía, aprovechando el primero esta oportunidad para explorar las cercanías y recoger abundantes y hermosísimas plantas, entre las cuales cita (1) una *Mutisia* y un *Solanum* del color de nuestra amapola. Durante su estancia allí, tuvieron ocasión de presenciar una pintoresca mascarada de indios, con motivo de las fiestas de San Pedro.

Entre las visitas que hicieron en la ciudad merecen citarse las del Sr. Obispo y Convento de P. P. Franciscanos. La mayoría de éstos eran españoles, comenzando por el Guardián, y como tales sintieron gran satisfacción con la presencia de los dos compatriotas que venían a traerles recuerdos del país natal. Dieron en obsequio a Isern y Almagro, una comida que fué también honrada con la asistencia de los restantes miembros de la colonia, y aquel silencio claustral vióse interrumpido durante algunas horas por fraternales explosiones de amor patrio y de aplausos a los Naturalistas españoles.

El P. Guardián brindó por España, por la Reina Doña Isabel II, por toda la Real Familia y por ambos exploradores, y D. Juan Isern lo hizo a su vez por los P. P. Franciscanos de aquel convento y por el esplendor y engrandecimiento de las misiones católicas.

El 6 de Julio abandonaron nuestros viajeros la población de la Paz, seguidos de varios compatriotas que les dieron escolta hasta un sitio llamado «Cerro de Lima», donde se verificó la despedida con estrechos abrazos. Llegaron de noche al caserío de la «Laja», distante seis leguas de aquélla y por no quedar a la intemperie, viéronse precisados a dormir en un pajar.

(1) Carta a D. Mariano de la Paz Graells, fechada en 30 de Junio de 1863 y escrita desde la Paz.

El 7 avanzaron hasta un rancho miserable llamado «Tiaguanaco» que les ofreció por todo alojamiento un *tambo* de adobes, lleno de agujeros y con un cuero de vaca por puerta. Las penalidades de tan dolorosa peregrinación no podían menos de hacer mella en nuestros viajeros, especialmente en Almagro que, agotado ya de fatiga, cayó enfermo en paraje tan inhospitalario. Hacía un frío glacial y habían de atenerse a la poca ropa que ellos podían llevar consigo. Fué necesario echar mano hasta de los sudaderos de los caballos, y no bastando esto para defender al enfermo del recio viento que penetraba por todas partes, el noble Isern se despojó de parte de su ropa, a fin de proporcionar algún abrigo más al infeliz compañero. A esto hay que añadir el forzoso aislamiento a que se hallaban reducidos, en un país donde ni ellos conocían el aymará, ni los indios el idioma castellano.....

Un tanto repuesto de su dolencia, pudo ya el enfermo abandonar el lecho y dedicarse a sus tareas, en unión de Isern. Tiaguanaco, reducido por entonces a un miserable rancho, había sido en época ya muy remota, el centro de una civilización floreciente anterior sin duda, a la civilización quichua, y de la cual quedaban todavía vestigios bien palpables.

Allí aparecían ruinas magníficas de un estilo completamente distinto del que caracterizaba a las del Cuzco. «Allí vimos, dice Almagro, *bajos relieves,* hechos sobre roca de arenisca dura y bruñida y piedras labradas, tan colosales, que una tenía ocho metros de largo, cuatro de ancho y uno y medio de espesor. Sin embargo, hay que andar cerca de cinco leguas para encontrar en las cercanías vecinas las rocas que las constituyen. Si se reflexiona que aquellos indígenas no conocían los usos del hierro, ni tenían grandes animales, ni maquinaria para labrar y transportar semejantes rocas, se comprenderá su industria, sin poder determinar el modo que tenían para verificar tales empresas. En sus sepulcros se encuentran solamente artefactos de barro, piedra, oro, plata, cobre y una mezcla de éstos tres últimos, llamada *tumbaga.* Ni las crónicas contemporáneas a la conquista, indican conociesen el hierro ni su derivado el acero».

La población de «Tiaguanaco» estaba rodeada de antiquí-

simos sepulcros, llamados allí *«Chulpas»*, donde hicieron numerosas excavaciones que dieron por resultado el hallazgo de objetos interesantes, entre los cuales sobresalían algunos cráneos comprimidos de delante atrás.

Por su parte hizo Isern varias excursiones; primero por los alrededores del poblado, encontrando algunas compuestas curiosas y además una *«Gentiana»*, parecida a la *«nivalís»*, y después a las sierras próximas, acompañado de D. José Yáñez, Capitán de Caballería retirado y de un guía indio. Aquí recogió *Mutisia, Arbutus, Loasea,* etc., etc., algunos moluscos y varias rocas.

El 17, a mediodía, pudieron por fin continuar el viaje dejando aquel inhospitalario lugar, de ingrata recordación para ellos. Por la tarde llegaron a Guaqui, sitio famoso en la historia de América desde que el General Goyeneche ganó en él la batalla que le valió el título de Conde de ese nombre.

Aquel mismo día comenzaron a ver el gran lago de «Titicaca» que se extiende de N. O. a S. E. por un vasto espacio de 50 leguas con anchura muy variable que impide con frecuencia el ver desde una orilla la opuesta, «Sus aguas, dice Almagro, pueden ser navegables, y actualmente el Gobierno peruano conduce allí vaporcitos desarmados en pequeñas piezas para dar vida a sus bellas y desiertas márgenes. Esperando que estos vapores lleguen cargados por mulas, los ribereños del lago navegan en embarcaciones hechas de paja, de difícil equilibrio y fácil naufragio» (1). Situado a 13.000 pies sobre el mar en medio de abruptas y nevadas sierras que forman con él panoramas encantadores, sin que su caudal se vea alimentado en toda su extensión por un solo río de importancia, este curiosísimo y misterioso lago ha sido cuna de la mitología quichua que sacó de allí sus *incas*.

El 18 cruzaron de nuevo el río Desaguadero, llegando a «Zapito», pueblo peruano, situado en la ribera del lago y tres días después entraron en Puno, capital del departamento del mismo nombre, habiendo pasado antes por los caseríos de Pomata, Juli e Itabe.

---

(1) Obra cit., pág. 50.

Puno contaba por entonces como 8.000 almas, la mayoría indios quichuas y aymaraes. Residía en ella el Prefecto o Gobernador, General Morote, persona educadísima que tuvo para los nuestros toda clase de atenciones, incluso la de ofrecerles en su casa cómodo hospedaje que aceptaron gustosos.

La breve estancia de Isern y Almagro en esta ciudad, sólo les permitió visitar sus alrededores y con este motivo la famosa mina del *Manto*, cuya riqueza, dice el segundo, costó la vida a su propietario Salcedo, ajusticiado por orden del Virrey Marqués de Montes Claros.

La dificultad de encontrar cinco mulas que necesitaban para ellos y sus colecciones les puso en el duro trance de tenerse que separar, a fin de no verse expuestos a quedarse en el camino, o abandonar los objetos, con tanto trabajo recogidos. En su consecuencia, Isern partió el 27 por la tarde para la ciudad de Arequipa que distaba de Puno 76 leguas. Ocho días empleó en este penoso viaje, realizado ya sin otra compañía que la del arriero. El 5 de Agosto entró en Arequipa, donde fué objeto de iguales demostraciones de aprecio que en las anteriores ciudades, tanto por parte del Prefecto como de varios españoles que le acogieron en su casa, agasajándole espléndidamente. Visitó en esta ocasión los valles de «Quequeña» y el Volcán del «Misti» y después de adquirir abundante colección de plantas emprendió el camino de «Islai» a través del arenoso desierto de 30 leguas que se extiende entre esta población y Arequipa, embarcando por fin para el Callao y Lima, a donde llegó el día 23 de Agosto de 1863.

Almagro salió también el 27 acompañado del Coronel señor Tobar para visitar las ruinas quichuas existentes en una posesión de éste. Consistían en torreones de gran altura formados por enormes piedras pulimentadas y destinadas para sepulturas. Conocíanse allí con el nombre de *Cilostani*. Un precioso lago artificial realzaba el interés de aquellos monumentos. Nuestro viajero tomó notas de todo y después de hacer presente al Coronel, su profundo reconocimiento, continuó su ruta pasando por los pueblos de Hatuncoya, Lampa y Pucara, pernoctando en Santa Rosa el día 28, al pie de

un espléndido nevado. El 29 atravesó el páramo en medio de una borrasca de nieve y granizo, bajando al bonito pueblo de Sicuani; el 30 alcanzó al de Quejana, y finalmente, el 31, después de haber visto Urcos y Oropesa, entró sin novedad en la población del Cuzco.

Esta ciudad ofrecía excepcional interés para D. Manuel Almagro, como para todo etnógrafo, porque a través de los siglos y a pesar de la influencia destructora de los elementos, persistían en ella todavía numerosos restos de una civilización prehistórica muy adelantada. Había sido el Cuzco la Atenas quichua, la cuna de los hijos del Sol, nacidos de las olas del lago «Titicaca»; el paraje donde *Manco Capac* y su compañera *Mama Oclla,* lograron encontrar el misterioso sitio, en el cual desaparecía la *barra de oro,* mostrándoles así el punto en que, según las órdenes del Sol, debía establecerse el centro del Imperio Inca: por eso la palabra Cuzco significa *ombligo.*

Los soberanos incas redujeron numerosas razas salvajes a la vida civil fundando grandes centros de población sometidos a leyes sabiamente dispuestas, imponiéndoles el hermoso idioma quichua que aprendían de competentes maestros, extendidos por todo el imperio.

«Una gran parte de la población actual, dice Almagro (1), está edificada sobre paredones de bruñidas y colosales piedras que, sin materia intermedia se adaptan artísticamente entre sí, con tal perfección, *que en ningún punto de su unión recíproca se puede introducir la más fina aguja.* El actual convento de Santo Domingo está edificado sobre el antiguo y afamado *templo del Sol;* y el de las monjas Claras, en las suntuosas residencias de las concubinas del mismo. Acueductos de gran trabajo llevaban a esas residencias por medio de cañerías de plata, el agua necesaria para el uso de personas, animales y jardines.»

Viniendo ahora a los tiempos modernos, conserva el Cuzco recuerdos históricos de gran interés desde los primitivos días de la dominación española. A una legua de la ciudad existe

(1) Obra cit., pág. 52.

el famoso campo llamado «Las Salinas», donde trabaron entre sí combate las huestes de Hernando Pizarro y de Diego Almagro, quedando vencido éste que fué ajusticiado por su rival el año 1538. Sus restos reposan bajo el altar mayor del convento de la Merced, reunidos con los de su hijo también don Diego, y los de Gonzalo Pizarro y Francisco de Carvajal, que corrieron igual suerte aunque en fechas distintas. En los alrededores de la ciudad obsérvanse todavía monumentos tan interesantes como la magnífica fortaleza quichua construída de piedras enormes pulimentadas, desde la cual saludaba diariamente el Inca la aurora del Sol.

La población del Cuzco era por los años de 1863 de unas 20 a 25.000 almas, la mayoría indios quichuas, y su caserío de aspecto antiguo, conservaba todavía las huellas de numerosos combates sostenidos allí en épocas diferentes, por indígenas, por españoles y por peruanos. Su Catedral, dice Almagro, que es un monumento soberbio, capaz de competir con las más bellas de Europa, fué construída en el reinado de Felipe II, y su altar mayor, todo de plata, descansa sobre una laguna.

Encierra preciosas y riquísimas alhajas de toda clase y muy buenos cuadros; entre éstos, uno que representa el matrimonio de D. Diego Osorio, gobernador que había sido de Chile, con una *Coya* o india de estirpe inca. En ese cuadro se hace constar que de dicho matrimonio descienden los actuales Marqueses de Alcañizes (1). «Hay también un museo, añade el mismo autor, que debiera ser el primero de etnografía peruana, pero por causas que no nos incumbe averiguar *sólo encierra en sus galerías el apolillado uniforme del General Gamarra*. En cambio la Sra. D.ª Mariana Centeno posee un gabinete de antigüedades peruanas de inmenso interés, aunque es triste ver colocados al lado de soberbios *huacos* porcelanas vulgares de París o de Alemania. Con frecuencia se encuentran en las cercanías del Cuzco objetos de barro, piedra, oro, plata o tumbaga, que necesariamente van a parar a manos de la Sra. Centeno, quien si no consigue más que

(1) Obra cit. pag. 34.

un ejemplar, no lo cede, esperando a tener el par, y si reune éste, no da ninguno por no descompletarlo. Esta circunstancia monopolizadora nos impidió hacer muchas colecciones, aunque sí pudimos conseguir algunos objetos de barro y piedra que con gran dificultad condujimos hasta Lima, situada a 200 leguas del Cuzco.»

El 11 de Agosto salió Almagro de esta ciudad donde había permanecido doce días alojado en casa del Jefe del departamento, General Allende, quien le prodigó las más exquisitas atenciones. Acompañado del guía que caminaba a pie, y de una bestia de carga, llegó al pintoresco pueblo de «Urubamba», pasando al día siguiente a «Oyaytan-tambo» para examinar unas ruinas colosales de granito que destacan sobre inclinado montículo a una altura de 2.000 pies sobre el nivel ordinario del terreno.

A la salida de «Oyaytan-tambo» vió por primera vez los ingeniosos puentes inventados por los incas, puentes cuyo mecanismo puede ser considerado como precusor del que caracteriza a los modernos colgantes, con la diferencia de que mientras éstos son de hierro, aquéllos eran de paja, lo cual hacía que se cimbreasen al menor movimiento, causando la natural zozobra al viajero que los pasaba por primera vez. Las bestias ya acostumbradas lo hacían con la mayor tranquilidad.

El 14 pernoctó en la posta de la «Banca», y el 15, después de cuatro horas de bajada, pasó el precioso río Apurimac *por un puente de mimbre a más de cien pies de altura.* Ese día durmió en Abancay, capital de la provincia; el 16 en la posta de «Carhuacagua» y el 17 en la ciudad de «Andahuaíbas». El 18 en el rancho de paja que constituye la posta de Uripa, el 19 subió la inmensa cuesta de nueve leguas llamada Ocros, y el 20, después de haber atravesado el río Pampas por un puente de mimbres, llegó a la ciudad de Ayacucho, capital del departamento del mismo nombre.

La actual Ayacucho es la antigua Huamanga, a la cual le cambiaron el nombre después de la independencia, en conmemoración de la decisiva batalla dada a cuatro leguas de distancia de la población. Del Cuzco a Ayacucho hay 80 leguas.

El prefecto de dicho departamento Sr. Coronel Mendoza no imitó la delicadeza que tuvieron los Generales Morote y Allende, por lo que resolvió el expedicionario permanecer poco allí.

El 22 salió para el caserío de «Qinua», situado en el lugar donde tuvo efecto la batalla de Ayacucho (1824); visitó el campo de infaustos recuerdos para nosotros, donde durmió aquella noche. El 23 pasó por la preciosa ciudad de «Huanta», donde sólo permaneció algunas horas, yendo a terminar la jornada, después de atravesar el difícil vado del «Huarpa», en la ciudad de Acobamba.

El 24 subió al frío páramo de «Pucará», durmiendo en la choza de la posta, tan llena de patatas que tuvo que acostarse sobre ellas. El 25 continuó sobre ese páramo, y después de una larguísima y pintoresca bajada, llegó al pueblo de «Iscuchaca», situado sobre el precioso río del mismo nombre.

El 26 continuó por la quebrada de ese río, y en breve descubrió el magnífico panorama que forma el valle de Jáuja, más bello aún para él, ya fatigado por las inmensas subidas y bajadas que necesariamente había hecho en los caminos de las cordilleras, durante dos meses largos. Pronto penetró en ese delicioso valle y pernoctó en la ciudad de «Huancayo», rica por su comercio y las producciones de su campiña.

El valle de Jáuja mide 14 leguas de E. a O. y la mitad de N. a S,; está rodeado de magníficos cerros de altura majestuosa y cruzado en diferentes direcciones por numerosos riachuelos que van a alimentar el río de Jáuja. La altura de este valle, que es de 8.000 pies sobre el nivel del mar, y su latitud de 12° S. permite que una temperatura deliciosa favorezca el cultivo de cereales y frutos de las zonas templadas.

La topografía de esta localidad ha llamado a ella numerosa población y desde cualquier punto se divisan multitud de blancos caseríos rodeados de verdes campos y frondosas arboledas.

El 27 pasó parte de la noche en la célebre y nunca bien ponderada ciudad de Jáuja, la cual aunque muy agradable, bonita y bastante poblada, está muy lejos de corresponder a

lo que dicen las aleluyas que aprendemos en nuestra infancia.

El 28 salió de allí y subiendo un frío páramo bajó luego al río de la «Oroya», que atravesó por un puente de mimbres; en seguida comenzó una enorme y prolongadísima subida que no termina hasta el ápice de la cordillera de «Morococha», donde pasó algunas horas de la noche en el magnífico establecimiento mineral que tiene allí un alemán llamado Fluker.

Nada más bello que esa magnífica cordillera nevada donde hay tres lagos, de los cuales dos van a derramar sus aguas al Atlántico, y otro formando el río «Rimac» va al Pacífico. La nieve es allí perpetua y a 12° de latitud S. se goza de una temperatura polar por estar el establecimiento del Sr. Fluker a 16.000 pies sobre el nivel del mar. El siguiente día comenzó a bajar rápidamente la cordillera siguiendo siempre el curso del allí bellísimo Rimac; pasó por la interesantísima y pintoresca quebrada de San Mateo y llegó a la ciudad de Matucana, donde descansó algunas horas.....

El 30 de Agosto entró por la tarde en la ciudad de Lima *tan derrotado, mal montado* y peor parado después de un viaje a caballo de 450 leguas por entre cordilleras y despoblados, *que no le quisieron recibir en el hotel.* Acudió a la amistad de nuestro Vicecónsul Sr. Ballesteros, y pudo dormir en blando lecho del que hacía tiempo no gozaba.

Al llegar a este punto nos sale al paso la famosa cuestión entre el Comandante Croquer y el Presidente de la Comisión Sr. Paz y Membiela.

Realmente solo fué un episodio más de aquella lucha entre ambos personajes, que tuvo su principio en los primeros días de navegación.

Hemos advertido ya en el comienzo de la presente historia (1) que D. Patricio Paz y Membiela había cometido un error gravísimo al preferir para su alojamiento y el de sus compañeros la fragata «Triunfo» en lugar de la «Resolución» que tan sincera e insistentemente le ofrecía el caballeroso Almirante de la Escuadra. El Presidente de la Comisión

(1) Véase el final del capítulo III.

Científica desconocía sin duda alguna el carácter altanero y nada conciliador de D. Enrique Croquer y Pavía y dió por descontado que al recibir éste en su barco a los individuos de aquélla tendría para ellos el respeto y las consideraciones debidas. Desgraciadamente no fué así, como puede verse en el transcurso del presente relato, y esto dió lugar como no podía menos a las consiguientes protestas del citado Presidente, quien las hizo presentes de oficio al General Pinzón primero en Río Janeiro, con fecha 25 de Octubre de 1862; después en Montevideo (20 de Diciembre del mismo año), y por último en 15 de Julio del 63. Estas disensiones movieron a Paz y Membiela a emprender el viaje desde Montevideo a Chile atravesando las Pampas, y una vez en Valparaíso a buscar alojamiento en fondas o a navegar en la «Covadonga» para evitar el trato con el Comandante de la «Triunfo»; semejante circunstancia fué aprovechada por Croquer para solicitar del Almirante que se deshiciese la Cámara del Presidente de la Comisión, Cámara que por cierto se había construído en Cádiz adosada a la del Comandante y con el beneplácito de éste. Obtenido el correspondiente permiso se procedió a suprimirla sin que *nadie* hubiese tenido la atención de anunciarlo al interesado, cuyos efectos fueron depositados en otro local de la fragata. Cuando el Sr. Presidente se presentó poco después en ésta, no pudo menos de sentir gran contrariedad ante tamaño desafuero, y resolvió hacer presente su protesta al Excmo. Sr. Almirante de la Escuadra. No cabía tomar como base para ella la cuestión de haber sido suprimida la Cámara, porque mediaba el correspondiente permiso de aquél, a quien hubiese alcanzado en este caso parte de la responsabilidad; pero el Sr. Paz y Membiela se acogió al detalle de haber aparecido abierto su aparador y afirmó que lo habían descerrajado para poderlo sacar de su sitio. Con este motivo, presentó al Excmo. Sr. Pinzón un extenso capítulo de cargos contra D. Enrique Croquer, calificando además el hecho referido de verdadero *atentado* contra su persona.

Ordenó Pinzón se abriese sumaria para averiguar lo que hubiese de verdad en el asunto, comisionando al efecto a don

Joaquín Navarro, Mayor General de la Armada, a quien se asignó como Secretario al Teniente de Navío D. Cecilio de Lora.

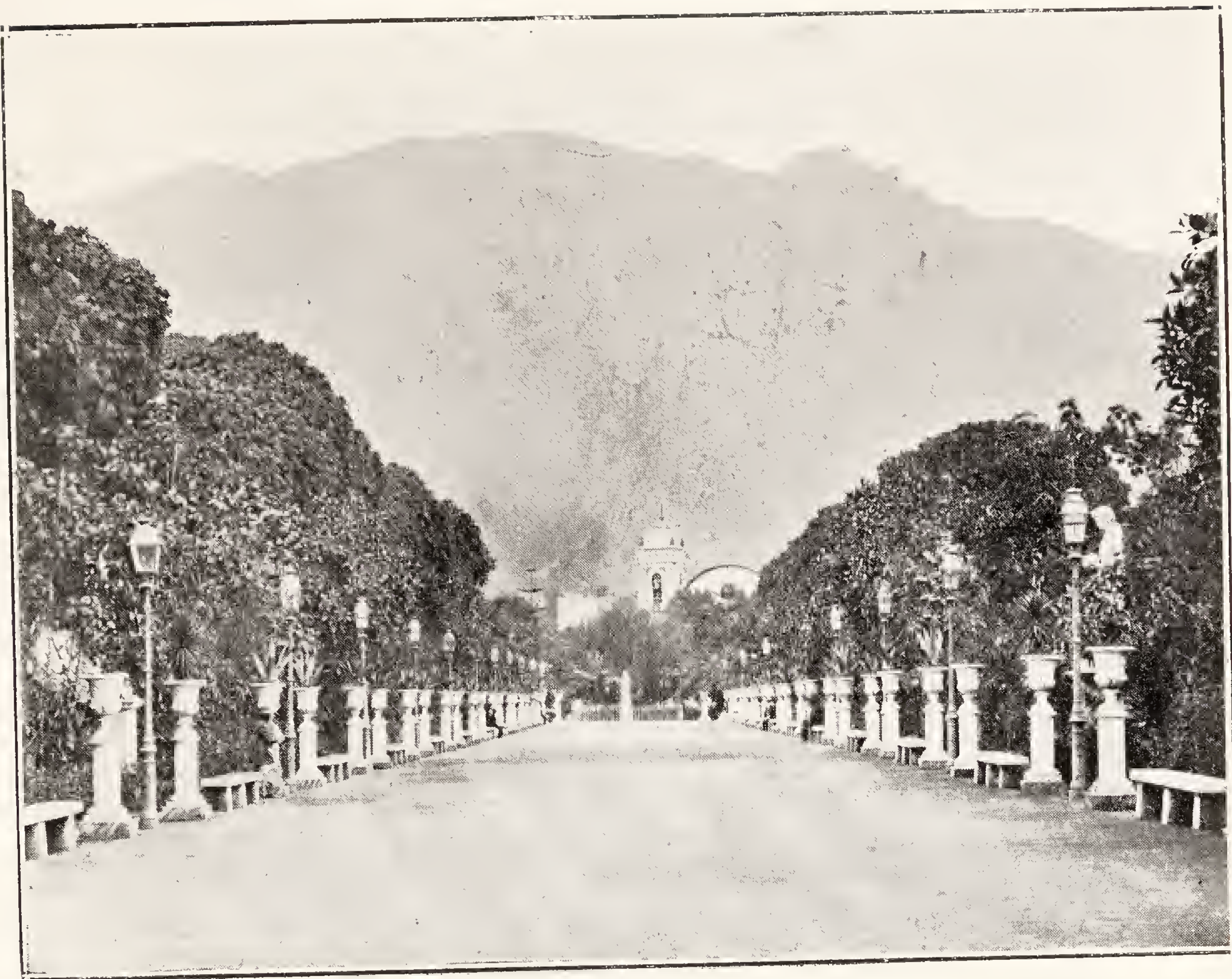
Se tomó declaración al Teniente Casariego, al Guardia marina D. Fausto Saavedra, al mismo D. Patricio y a varios marineros, resultando de todo ello: 1.°, que el aparador cabía perfectamente por la puerta de la suprimida Cámara; 2.°, que si apareció descerrajado fué porque el Sr. Presidente de la Comisión había dado anticipadamente la orden oportuna para que así se hiciese, y 3.°, que éste había procedido con lamentable precipitación al formular oficialmente la correspondiente queja. Como no se habían citado nombres en ésta, el Juez Sr. Navarro, dictó auto de sobreseimiento en el Puerto de Paita a 31 de Julio de 1663.

Aparte de esto, el Sr. Croquer contestó además al escrito del Presidente, pretendiendo justificar su conducta con algunas molestias que decía haberle ocasionado éste, y escudándose en las ordenanzas de la marina de guerra, las que por cierto no fueron obstáculo para que el Comandante de la «Covadonga», D. Augusto Fery, tuviese a los Naturalistas muy satisfechos en su barco y les facilitase el bote cuantas veces lo hubieron menester.

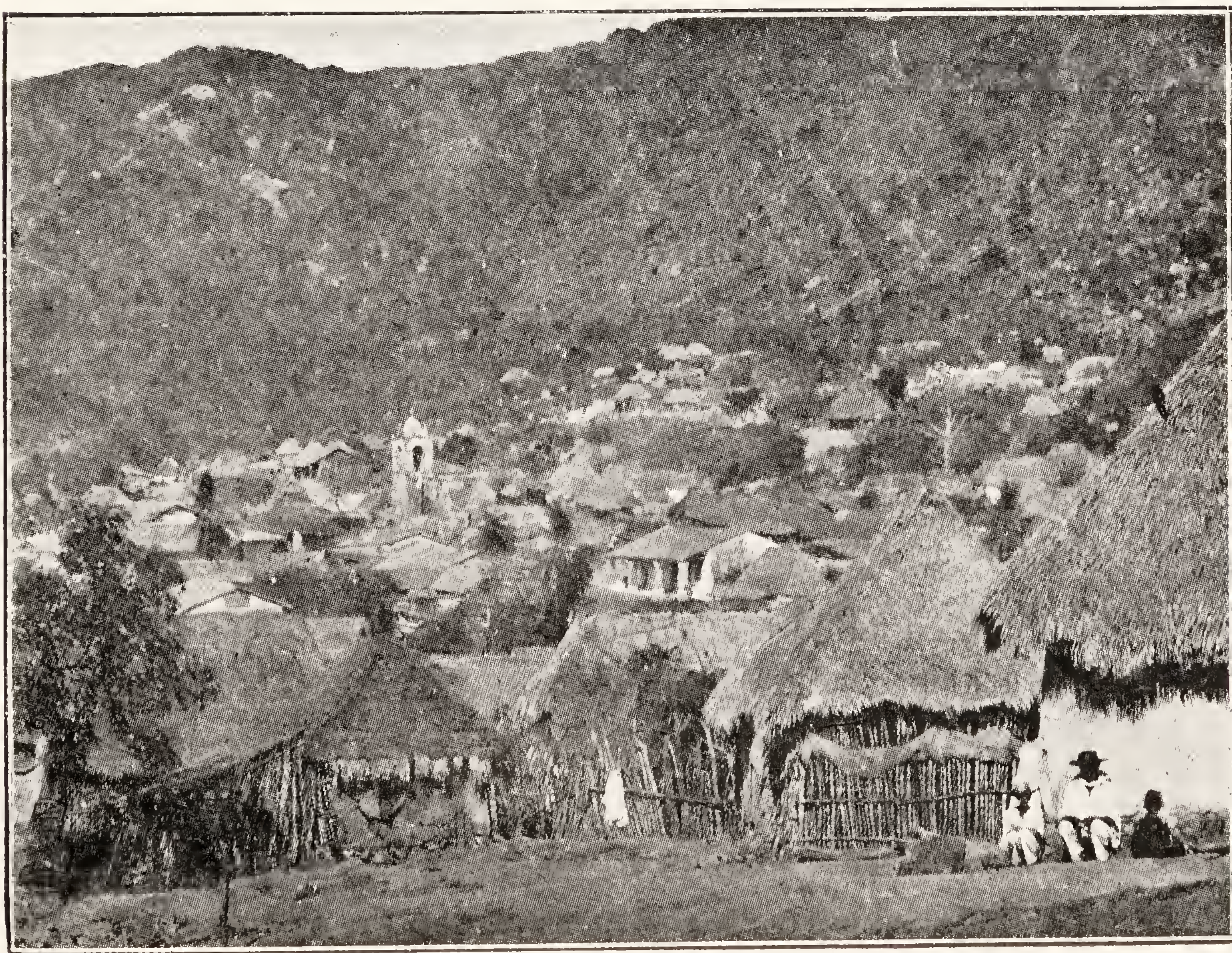
Finalmente pasó el asunto a la Junta Consultiva de la Armada y ésta desaprobó la conducta de D. Enrique Croquer en interesante documento que lleva la fecha de 17 de Septiembre de 1863 (1).

Como puede suponerse la permanencia de Paz en la «Triunfo» se hizo completamente imposible, y como por otra parte carecía por completo del apoyo de sus compañeros, cuyas simpatías se había enajenado, optó con buen acuerdo a nuestro juicio, por abandonar aquella empresa y regresar a España.

(1) Tenemos a la vista una copia del mismo y de otros no menos curiosos relacionados con la expedición. Todos nos han sido facilitados del Archivo del Ministerio de Marina, por el hoy difunto D. Luis Vial, Capitán de Corbeta, y amigo nuestro muy querido. Sirvan estas líneas de recuerdo a sus bondades y a su bendecida memoria que conservaremos siempre en el fondo de nuestro corazón.



Convento y Alameda de los Descalzos.—Lima (1863).



Chorrillo.—Lima (1863).

CAPÍTULO XII

Llega la Comisión a Lima.--El Museo de Ciencias Naturales.—La colección de huacos.—La Escuela de Medicina y otros edificios.—Regreso al Callao.—Obsequios a nuestros marinos.—Salida del Callao.—Paíta.—Puna.—Percance de la «Covadonga». Excursión a «Estero Salado» y río «Guayas».—Las balsas.—Parten de Guayaquil.—Desgracia a bordo.—Taboga.—Las pesquerías de perlas de las «Islas del Rey».—Panamá.—Tacho.—Casals.—Dispone Pinzón que la «Covadonga» visite los puertos de Centro-América y las fragatas, San Francisco de California.—Arribo a este puerto.—Resumen histórico.—La enfermedad de Amor.—Traslado de éste al «Hospital Francés».—La ciudad.—La Colonia española.—Viaje de Martínez y Castro a «Sacramento».—La Sequoía gigantea.—Los placeres.—Prosperidad del cultivo.—La ciudad.—El río.—Regreso.—Muerte de Amor.—El Arzobispo.—Viaje a «Nueva Almadén».—Las minas.—Regreso. Marcha de la Escuadra.

El 16 de Julio de 1863 entraron por primera vez en Lima los Sres. Paz, Amor, Espada, Martínez, Puig y Castro. Esta población, fundada en 1524 por Francisco Pizarro con solo dieciocho españoles, recibió de éstos el nombre que lleva por alteración de *Rimac* río que la riega y se la llamó también Ciudad de los Reyes. Era y es la capital de la República peruana y la residencia de los Jefes de la nación, Tribunales superiores, Arzobispo, etc., etc.

Su caserío presentaba por esta época un aspecto pobre y mezquino, aunque en el interior de las moradas había, según Almagro, magníficas habitaciones adornadas con el mayor lujo.

Las cámaras estaban instaladas en el antiguo Colegio de P. P. Jesuítas, y los restantes edificios públicos eran todavía de la época española, excepto la Penitenciaría, monumento magnífico de reciente construcción, digno de competir con los mejores de Europa. Las calles anchas y rectas, tenían

entonces un empedrado desigual y molestísimo y en el medio acequias al aire que ofrecían aspecto repugnante por constituir depósitos de inmundicias (1). El número de sus habitantes excedía entonces de 100.000 y de sus bellísimas cualidades da testimonio elocuente D. Manuel Almagro con estas palabras: «Lo que constituye el agrado de Lima y le ha producido la fama de que goza es su buena sociedad tan hospitalaria como agradable. Nosotros que tuvimos el placer de frecuentarla, no podemos sino tributarla los mayores elogios y desear que cese el lamentable estado político que nos ha convertido en leales enemigos de amigos afectuosos que éramos. El bello sexo limeño es el tipo de la amabilidad, finura y buen tono. Un talento despejado, una inteligencia prodigiosa y una imaginación viva y espiritual hacen que el trato de las lindas limeñas sea sumamente agradable» (2).

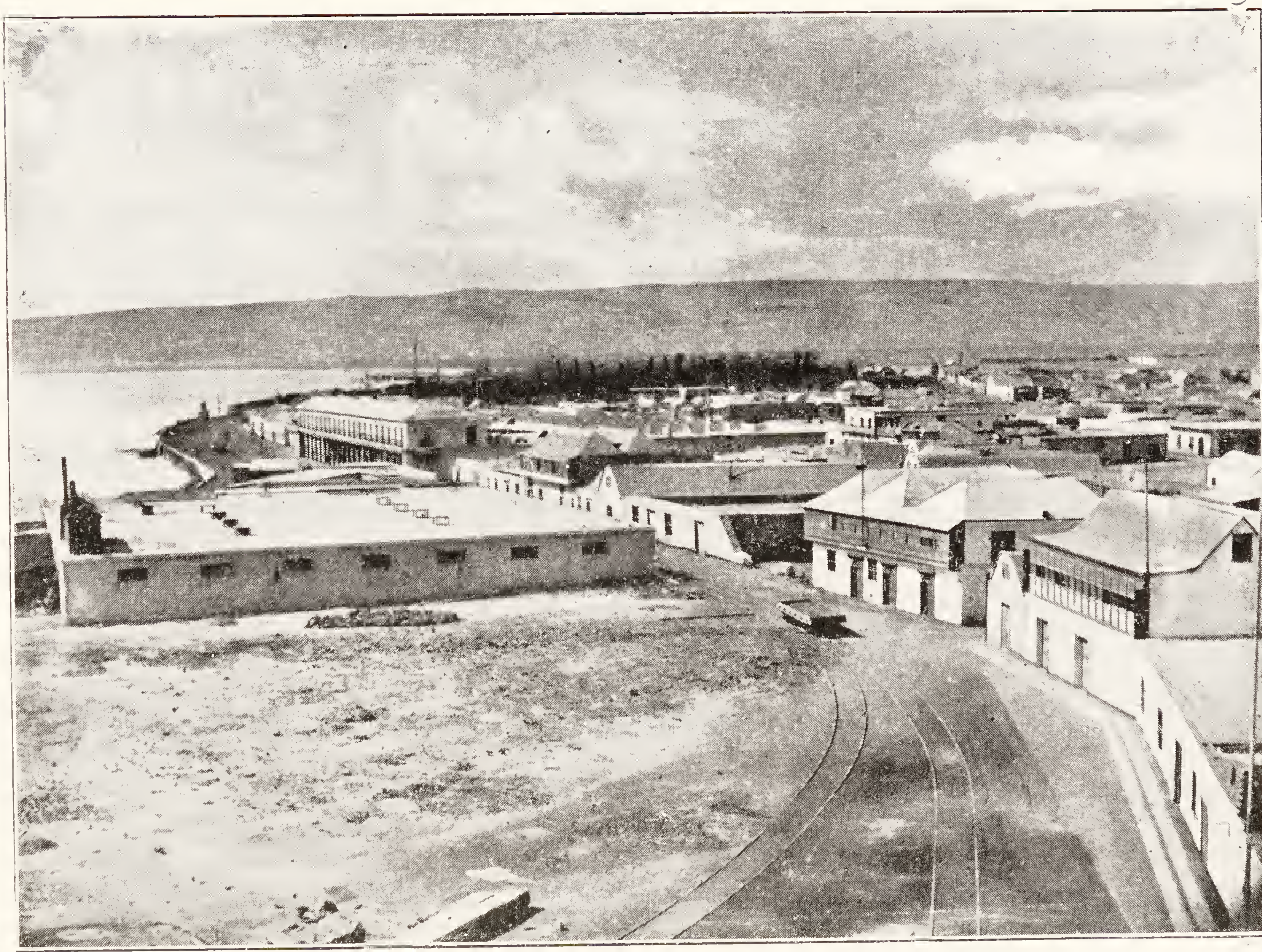
Los expedicionarios tomaron alojamiento en el «Morin's Warm Bath Hotel», (Hotel de los Baños calientes), y asistieron, por la noche, a la representación de *Norma*, en un teatro que califica Martínez de feo y sucio. A la mañana siguiente comenzaron a visitar los alrededores de la ciudad admirando sus amenos valles y sus montañas de vegetación herbácea. Vieron asimismo el cementerio donde había abundancia de *Bulimus*, y observaron, además, varios cadáveres y ataudes dispuestos para la *cremación*, circunstancia ésta que no dejó de chocarles.

Aquel mismo día hicieron una visita al Museo de Ciencias Naturales, donde pudieron observar, al lado de algunas colecciones de aves, insectos y moluscos, mal cuidadas, varios ejemplares mineralógicos, monstruosidades animales, fósiles, momias, ataudes, relojes, retratos de virreyes y antigüedades peruanas. Se notaba a primera vista la falta de un local más amplio, y sobre todo, de una mano cuidadosa y ordenadora. Esto no será de extrañar si tenemos en cuenta las crisis políticas y frecuentes revueltas que habían afligido al Perú,

---

(1) Hoy tiene Lima su alcantarillado como las ciudades más adelantadas.

(2) Obra cit. pag. 67.



Lima-Perú.—Penitenciaría (1865).

agotando sus energías e impidiendo el desarrollo de las ciencias, igual que ocurriera en España. También pasaron a ver el Gabinete Dávila, fundación de un particular que logró reunir toda clase de curiosidades, en especial objetos antiguos del país; la colección riquísima de *huacos* o ídolos de barro, propiedad del Sr. Ferreiros, Director de Instrucción Pública, y la Escuela de Medicina donde los Sres. Ulloa y Raimondi les mostraron las colecciones principales que poseía y los gabinetes destinados a la enseñanza. Raimondi se preparaba entonces para emprender, por cuenta del Gobierno, un viaje al interior con el fin de hacer acopio de objetos antiguos, de los cuales tenía ya bastantes, que mostró a nuestros viajeros.

En un paseo por la alameda tuvieron ocasión de contemplar la estatua de Cristóbal Colón, recientemente erigida, el Convento de los Descalzos, el de Santo Domingo y el Colegio de Santo Toribio, muy bien montado ya en aquella época y al frente del cual estaba el Presbítero D. José Antonio Roca.

El 17 hicieron una excursión al sitio denominado «Amancaes», Martínez, Paz y Amor, recogiendo bastantes insectos y algunos moluscos y plantas.

Los últimos días de su estancia en Lima los dedicaron a despedirse de aquellas personas que más se habían distinguido por sus atenciones para con ellos, mereciendo citarse, por este concepto, el comerciante español D. Waldo Graña, el Director de Instrucción Pública Sr. Ferreiros, las señoras de Elespuru y las de Zabala.

El 25 regresaron definitivamente al Callao donde se comentaba todavía con entusiasmo la espléndida función teatral celebrada pocos días antes en honor de nuestros marinos. Allí se habían cantado las glorias de España en vibrantes estrofas, recitadas por las artistas Sras. Flores, Mur, Ruiz, Mauri y por el niño Pepito Mauri, en medio de frenéticos vivas a la Patria y a los marinos y de atronadores aplausos. ¡Lástima grande que tan simpáticas manifestaciones de españolismo quedasen apagadas algunos meses después por sucesos desagradables que ojalá nunca hubiesen ocurrido!

El 26, salieron del Callao, y cuatro días después entraron

en el puerto de Paíta donde flameaban todavía los gallardetes y banderas que habían colgado poco antes (el 28) para celebrar el aniversario de la Independencia. El caserío era casi todo de adobes techado con pajas y cañas a excepción del edificio de la Aduana recientemente construído. No faltaban almacenes de productos del país, en especial de frutas, pero se observaba desorden y mucha falta de limpieza, lo mismo en viviendas que en habitantes. Martínez compró en casa del boticario algunas conchas y corales para las colecciones. En el puerto se hallaba el buque español «La Izarra» de hermoso porte, que poco antes había salido de los astilleros. Fué visitado por los nuestros, que no pudieron menos de admirar el orden y aseo que reinaban en aquella nave que les traía recuerdos de la patria.

El 31 continuaron su viaje, llegando el 2 de Agosto a la isla de Puna, donde estaban ya la «Resolución» y la «Covadonga». Aquí sufrió ésta un percance que felizmente no pasó de una pequeña avería.

La «Resolución», arrastrada por la corriente, se le vino encima, rompiéndole el bauprés y causando en sus tripulantes la consiguiente alarma.

Abandonaron muy pronto sitio tan peligroso, fondeando frente a Guayaquil. Los Naturalistas saltaron a tierra, alojándose en el «Hotel de Francia», para dar más fácil comienzo a sus trabajos.

La ciudad ofrecía escaso interés, por su aspecto de pobreza y desaseo. Los edificios de material sólido eran pocos y en cambio abundaban las viviendas de madera, sostenidas por pies derechos y cubiertas de caña y paja. Las calles sin urbanizar se convertían en lodazales o en almacenes de polvo, si el tiempo era seco. El interior de las habitaciones presentaba un aspecto de suciedad muy desagradable sin exceptuar, por supuesto, al hotel citado. En cambio los alrededores de la ciudad eran pintorescos y amenos en alto grado.

La primera excursión que hicieron aquí fué a un sitio denominado «Estero Salado». Les acompañaron un caballero del país, apellidado Duelo y el guía Dana, y cosecharon plantas y rocas.



Casa de Tagles.—Lima-Perú (1863).

A ésta siguió la del río «Guayas» en bote de alquiler por negarse Croquer a facilitarles uno de los varios que tenía la «Triunfo». Lo primero que llamó su atención fueron las numerosas balsas que aprovechando los movimientos de las mareas marchaban sobre las aguas conduciendo productos para la venta. Su estructura estaba reducida a un suelo de troncos delgados unidos fuertemente entre sí por medio de bejucos. En el centro aparecía otra capa de materia y forma idénticas, y sobre ella se levantaba una casita de madera provista de bóveda, que servía de alojamiento a toda la familia, con sus animales domésticos. También les interesó la presencia de varios ataudes, en una islita frondosa que se destacaba en medio del río. Preguntado el guía, les hizo saber que allí depositaban los cadáveres de indios trabajadores, de las haciendas «Blanco» y «Unión». Avanzando por un estrecho brazo del río observaron multitud de pequeños cocodrilos que dormían tranquilamente sobre troncos secos. Se les disparó con revólver, pero sin resultado alguno. El fruto de esta expedición fueron bastantes plantas, algunos insectos y no pocos moluscos, en especial *Helix*, *Bulimus* y *Ampullaria*. También adquirieron en el mercado una colección de peces. La última excursión fué a la isla Puna donde recogieron varios crustáceos y algunos ejemplares de *Littorina*.

Próximo ya el embarque, pasaron los nuestros a despedirse de los Sres. Yané y Duelo, del Cónsul inglés Sr. Mocatta, del General D. Juan José Flores, y de varias familias que les habían distinguido con sus atenciones.

El 7 abandonaron el puerto de Guayaquil después de dar sepultura a un pobre marinero fallecido a bordo de la «Triunfo». Navegaron sin novedad hasta el 11 en que vino a contristarles otra desgracia. «Al anochecer estando en mi camarote, dice Martínez, sentí un ruído semejante al de un cañonazo. Al poco tiempo supe que era producido por un marinero que cayó desde una cofa del *palo mesana*. Estuvo a punto de ser muerto el disecador, pues cayó a sus pies. Se cree que no salvará.....»

El 12 llegaron a la isla de Taboga, delicioso paraje vestido de cocoteros y otros árboles tropicales que le daban un as-

pecto encantador. La salubridad de su clima la convertía entonces en refugio de convalecientes y enfermos que acudían allí desde Panamá y puntos próximos.

En medio de ella se destacaba el magnífico edificio de la «Compañía de vapores del Pacífico», y no lejos de éste se veían asimismo bastantes viviendas de aspecto pobre y el depósito para hacer aguada los barcos. Sus habitantes de carácter dulce y hospitalario vestían con gran sencillez; las mujeres una camisa con numerosos calados en la parte superior (cuando ostentaban lujo) y una falda sin adornos, y los hombres un calzón de tela blanca o de colores y camisa o blusa del mismo género. Cubrían todos sus cabezas con amplios sombreros de bombonaje procedentes del Ecuador y andaban completamente descalzos. Bañábanse a diario con agua dulce que derramaban sobre el cuerpo mediante unos recipientes o medias calabazas llamadas *totumas,* a estilo de Filipinas.

Desde Taboga pasaron Martínez y sus compañeros a Panamá para visitar al Jefe del Municipio. Les había precedido el Almirante, quien tuvo la delicadeza, no sólo de hacer la presentación correspondiente, sino también de recomendarles con verdadero interés. Allí proyectaron, sin duda, por indicación del Alcalde, un viaje al Archipiélago de las Islas del Rey, que se acordó hacer en la goleta. Había en ellas pesquerías de perlas, muy ricas, explotadas por negros, que cargados con una piedra para lograr mejor el acceso a los criaderos, descendían a través del agua doce o catorce brazas, a pesar del terrible peligro de los tiburones que no raras veces solían devorarles. Vendían la docena de ostreidos a diez o doce reales, y el comprador algunas veces encontraba perlas y con más frecuencia solo el animal que no tenía el más mínimo valor.

El 16 se trasladaron a Panamá, instalándose en el «Hotel de Francia» (Aspinwall) propiedad de Fredèric Bouchet. Esa ciudad ofrecía entonces aspecto de gran decaimiento. Sus calles eran estrechas y desaseadas; el caserío pobre y anticuado, las tiendas sucias y por todas partes ruinas de magníficos edificios, cuyos muros cubiertos de vegetación, denun-



Pisagua-Perú.—Colegio de 2.ª Enseñanza (1862).

ciaban el abandono en que habían quedado en época ya remota. En su espaciosa plaza alzábase la hermosa Catedral de notable arquitectura, pero su interior estaba descuidado y en la cara externa de sus muros veíanse galerías numerosas abiertas por los *termes*. Igual aspecto ofrecían las iglesias restantes, cerradas entonces al culto. El alumbrado de la ciudad estaba restringido a las inmediaciones del Hotel Francés y la restante de aquélla quedaba en tinieblas durante la noche.

El 18 hicieron una excursión a «Playa de Palo Seco», y al «Morro de Changami», recogiendo algunos moluscos y crustáceos. Con este motivo entablaron relaciones con una familia de negros, cuyos servicios fueron muy útiles en la pesca y limpieza de moluscos. Llamábase el Jefe de la misma José Anastasio Arroyo (Tacho) y tenía su casa en la «Playa de Bajaleña». Contóles sus proezas durante la última revolución en que había tomado parte, y por las cuales esperaba ser ascendido a Capitán. Martínez y sus compañeros no pudieron menos de reir de la candidez de aquel buen negro que aseguraba con el mayor aplomo ser hijo de un catalán venido a tales países en barco de su propiedad.

El 21 llegó un vapor del Sur y en él un Médico español, establecido en Arequipa (Perú), y llamado D. Ventura Casals. Era persona culta, muy competente en Botánica y dueño de un magnífico herbario preparado por él mismo mediante numerosas excursiones realizadas en la región citada.

Nuestros expedicionarios aprovecharon la ocasión para examinarlo detenidamente, pues Casals no se hallaba en Arequipa cuando pasaron por esta ciudad Isern y Almagro, por lo cual no les había sido posible verlo. El Médico se dirigía a Barcelona.

En Panamá hicieron también los Naturalistas una colección de peces.

A mediados de Agosto de 1863 dispuso el Almirante que la «Covadonga» visitase de nuevo los puertos de América Central y las dos fragatas, el de San Francisco de California. En consecuencia de esa orden, quedaron distribuídos los miembros de la Comisión científica de la siguiente manera:

Almagro e Isern habían quedado en Lima, Espada continuaba en la goleta y Martínez, Amor, Puig y Castro en la «Triunfo». Veamos ahora el viaje de éstos.

Salieron de Panamá el 27 de Agosto de 1863 y navegaron sin hacer escalas y sin contratiempo alguno hasta el 9 de Octubre que dieron fondo en aquel hermoso y concurrido puerto, muy cerca de la «Resolución» que había llegado días antes. En la entrada estrecha y larga de aquél no pudieron menos de admirar su espléndida iluminación y formidables defensas tan hábilmente dispuestas. Al contemplar nuestros viajeros el grandioso panorama de aquella industriosa ciudad, vino espontáneamente a su memoria la pequeña aldea de «San Francisco de Hierba Buena», fundada por los misioneros franciscanos en el mismo sitio el año 1770. No fueron suficientes para llamar sobre ésta la atención de los gobiernos españoles, ni las ventajas inmensas de hallarse situada en un valle fértil y extenso y en la embocadura de la bahía, ni siquiera los informes de algunos P. P. Jesuítas, acerca de la existencia de oro en la región de California. España no concedió la menor importancia a dicho territorio, que dependiente del Virrey de Méjico, tenía por toda guarnición un sargento y algunos soldados, a fin de no abandonarlo por completo. Al verificarse la independencia de Nueva España quedaron éstos abandonados, viéndose en la precisión de consagrarse al cultivo de algunos campos para lograr el necesario sustento mientras llegaba un barco que pudiese recogerlos. La nueva República tampoco pensó en explotar California, y creyendo hacer un buen negocio, vendió el territorio a los Estados Unidos en 1847. Los norteamericanos dieron principio inmediatamente a la explotación de los ricos *placeres* de oro que tan fabulosas cantidades han producido y a la de aquellas minas de plata de Sierra Nevada, y por último, a la extracción del Cinabrio de Nueva Almadén.

La ciudad de San Francisco, que solo contaba 600 habitantes en 1846, era ya de más de 100.000 cuando arribó a sus costas la Escuadra del Almirante Pinzón.

Antes de comenzar sus visitas, Martínez, Puig y Castro hubieron de ocuparse de D. Fernando Amor, cuya enferme-



San Francisco de California.
Casa de salud donde murió D. Fernando Amor (1863).

dad inspiraba ya serios temores. Durante los últimos días de navegación había permanecido Martínez en el camarote de su compañero, prodigándole los cuidados más solícitos. Apenas fondeada la «Triunfo» en el puerto de San Francisco, exigió el Comandante que fuese sacado de allí el enfermo, cuyas fuerzas se agotaban rápidamente. Es indudable que la travesía desde Panamá a California tuvo una influencia muy perjudicial en la salud de Amor y no podemos explicarnos cómo a un enfermo atacado de grave afección hepática, pudo confinársele *días y días* en el estrecho camarote de un buque de guerra, habiendo podido confiarle a los cuidados de sus compañeros y compatriotas en cualquiera de las poblaciones donde habían estado. Lo cierto es que empeoraba por momentos, y que fué necesario buscar, a toda prisa, una casa de salud a donde poderle instalar. Felizmente no tardaron en hallarla, regresando, acto continuo, a bordo, para disponer lo concerniente al caso. En su consecuencia, el día 13 de Octubre de 1863, se colocó al enfermo en una camilla, la que sacaron por una de las portas, depositándola en un bote grande. En éste tomaron asiento el Médico Lora, Derqui, Martínez, Castro y Puig, quienes fueron en su compañía hasta el «Hospital Francés» situado en la «Calle de Misiones», donde quedó al cuidado de los enfermeros y de un marinero de la fragata citada.

El interés con que asistió al enfermo el Dr. D. José de Lora conquistó a éste la gratitud y la confianza de aquél que al dejar la fragata le hizo entrega, no sólo de sus papeles, sino también de los ahorros que había reunido.

Instalado ya en el hospital D. Fernando Amor, Martínez, Puig y Castro, tomaron habitaciones en el «Hotel California», con el fin de aprovechar mejor para sus trabajos el tiempo que hubiesen de permanecer allí. Dedicaron los primeros días a las visitas al enfermo, que seguía perdiendo fuerzas, y a ver la población y sus alrededores.

San Francisco de California era, por decirlo así, una ciudad improvisada, sin las huellas y recuerdos de la dominación, que se veían por doquiera en las repúblicas suramericanas; sin sus Catedrales, iglesias y conventos, sin sus Universida-

des y museos y sin el ambiente espiritual de éstas. Era una población de comerciantes e industriales, alemanes, suizos, ingleses, españoles, asiáticos, etc., etc., relacionados entre sí tan sólo por los negocios a los que se hallaban consagrados en cuerpo y alma.

Martínez, tan diligente en registrar en su «Diario» cuanto se relacionaba con su misión y viajes, nada nos dice, ni de profesores y naturalistas, ni de gabinetes, y museos zoológicos, ni siquiera de señoras y señoritas, que se dedicasen a reunir en sus mismas casas colecciones de plantas, corales, insectos, pájaros, etc., como había visto en Chile y Perú. San Francisco ofrecía entonces un aspecto distinto de cuanto habían visto y completamente nuevo para ellos. Avenidas amplísimas y admirablemente cuidadas, como la de «Clay» y «Montgomery», moradas suntuosas, teatros magníficos como el «Melodión» y el «Americano», y establecimientos públicos como el «Washintong Market» o Mercado de Washintong, que describe Martínez así: «Se ve en él un exquisito aseo: magnífico alumbrado, elegante disposición hasta de las cosas menos susceptibles de ella. De noche, sobre todo, presenta un aspecto magnífico y es objeto de un paseo agradable por la variedad de comestibles, tan bien colocados. Nada en él repugna. El piso está muy limpio, así como los vendedores, que se presentan vestidos de blanco y con elegancia.....»

Notábase por todas partes una febril actividad sabiamente dirigida a fin de aprovechar las horas del día y aun de la noche, para la conquista de un progreso rápido y de una cultura sólida, y movíase aquel pueblo en un ambiente de libertad y respeto mutuo, muy apto para el desarrollo de sus energías, y también muy tolerante para los grandes vicios que, como en ninguna otra parte, suelen desarrollarse paralelamente a esas exaltaciones improvisadas. Como patente muestra de la seguridad con que allí se vivía, cita Martínez el caso curioso de que los grandes comercios dejaban sus *lunas al descubierto* durante la noche, sin temor de que nadie osase romperlas para ejercitar la rapiña.

Los habitantes de San Francisco dedicaban al descanso los días festivos, en los cuales solían frecuentar aquéllos el



California.—Vista general de Bíatree (1863).

«Teatro de la Opera», el «Melodión», etc., y los negros otros más modestos, donde según Martínez se oían siempre las mismas canciones.

Para una ciudad populosa y cosmopolita como ésta, el arribo de la Escuadra de Pinzón a sus aguas no era ningún acontecimiento de importancia, pero en cambio sí lo fué y muy resonante para la nutrida colonia española allí establecida. Figuraban como personas de relieve en ésta, los señores Bandera, Sanjurjo, Martín, Danglada y Blanch, etc., etcétera, quienes recibieron a nuestros marinos y Naturalistas con muestras verdaderamente extraordinarias de satisfacción y entusiasmo. Después de visitas y obsequios numerosos, tanto a la oficialidad como a Martínez, Puig y Castro, organizaron en honor de éstos una función de teatro verdaderamente espléndida que tuvo lugar en la noche del domingo 11 de Octubre de 1863, en el «Coliseo Americano» de la calle de Sansomé. Actuaba en éste una compañía mejicana dirigida por D. Gerardo López del Castillo, la cual puso en escena el drama del español D. Tomás Rodríguez Rubí, titulado «Borrascas del Corazón», y el entremés «La Colasa», representado por la Sra. Estrella del Castillo. Siguió inmediatamente el baile, en el cual no pudieron nuestros marinos ocultar su admiración ante aquel lujo verdaderamente asiático de las damas que le honraron con su asistencia. Era el símbolo de la prosperidad de aquel país y el fruto de grandes fortunas rápidamente improvisadas.

Pasados los primeros días de su estancia en San Francisco, dispuso Martínez una excursión a la colonia de Sacramento, en compañía del fotógrafo Castro. Tomó antes informes de Mr. E. Vischer, conocedor del país, quien les delineó un derrotero con el cual pudieron orientarse, partiendo el día 20 de Octubre en el vapor «Cornelia» que arribó a «Stockton» en la madrugada del siguiente día. Aquí subieron a una *diligencia* que les condujo a «Murphy» por un camino desigual y polvoriento, que hizo la jornada bastante molesta. Este pueblecito de mineros tenía entonces muy poca importancia, pero no le faltaba un buen hotel relativamente barato, donde se alojaron nuestros expedicionarios. El 22 visitaron «Ría

Trees» en una excursión que resultó, según Martínez, de lo más agradable que desearse puede. Valles amenísimos cubiertos de una vegetación que recordaba la de España, y regados por numerosas acequias donde se veían multitud de acueductos de madera; abundantes corrales de ganado, y extensas vegas cubiertas de mieses, y por marco bien digno de tan grandioso cuadro, ingentes montañas, que parecían tocar el cielo con sus crestas y picachos. Una de las cosas que más admiraron, fué el interesante grupo formado por doce árboles de la especie *Sequoia gigantea,* vulgarmente *Rey de los vegetales;* algunos estaban ya caídos y cada uno había recibido nombre especial fundado en las particularidades de su forma. En la parte inferior de uno de ellos, habían construído un pequeño salón y un cenador, y más arriba otro aposento al que daba acceso una escalera pequeña.

Al siguiente día salieron de nuevo al campo, recogiendo algunas plantas, semillas de *Sequoia,* moluscos, insectos, etcétera, etc. De regreso al pueblo visitaron la colección de minerales que poseía el boticario, a quien fueron presentados por D. Francisco Laso de la Vega, español residente allí.

El 24 pasaron a ver los *placeres* para examinar los procedimientos de extracción del oro. Las tierras auríferas eran recogidas de zanjas abiertas a bastante profundidad y trasladadas a la superficie por medio de tornos movidos a sangre. Brigadas de obreros las apilaban durante una semana, depositándolas en una caseta de madera, abierta superior y lateralmente. En esta disposición procedían a lavarlas mediante una manguera que, lanzando sobre ellas fuerte corriente de agua, las iba conduciendo a una serie de cajas de hierro o plomo, cubiertas por cedazos de hierro que retenían las partículas extrañas, dejando caer al fondo las pepitas de oro.

El mismo día continuaron hasta «Campo Seco», y al siguiente o sea el 25 hicieron su entrada en «Haure Cyti.» Martínez refleja en su «Diario» la impresión gratísima que les produjo aquel paisaje delicioso sembrado de hermosas quintas, huertos con árboles frutales, jardines y cultivos de trigos alternando con manchones de espeso bosque o con plantíos de pequeños pinos. La iniciativa de los particulares



Bíatree-California.—«Los Centinelas» (1863).

había resuelto, con frecuencia, el problema de salvar ríos y valles, mediante la construcción de ingeniosos puentes de madera y alambre, puestos a disposición del publico que satisfacía por el paso una cantidad módica. Otro detalle, mínimo al parecer, pero harto elocuente, demostró a nuestros viajeros la cultura de aquellos paisanos. Observando que había bellotas con la corteza agujereada, colocadas en los troncos de los árboles, preguntaron, el por qué, al conductor, y éste les contestó: que *así se practicaba, para proporcionar alimento a los pájaros.*

Notaron asimismo que en las faenas del campo se hacía constante uso de aparatos agrícolas modernos, lo cual no dejó de sorprenderles con tanto más motivo, cuanto que su patria España se hallaba entonces en plena época del *arado romano* y de otros utensilios del mismo estilo.

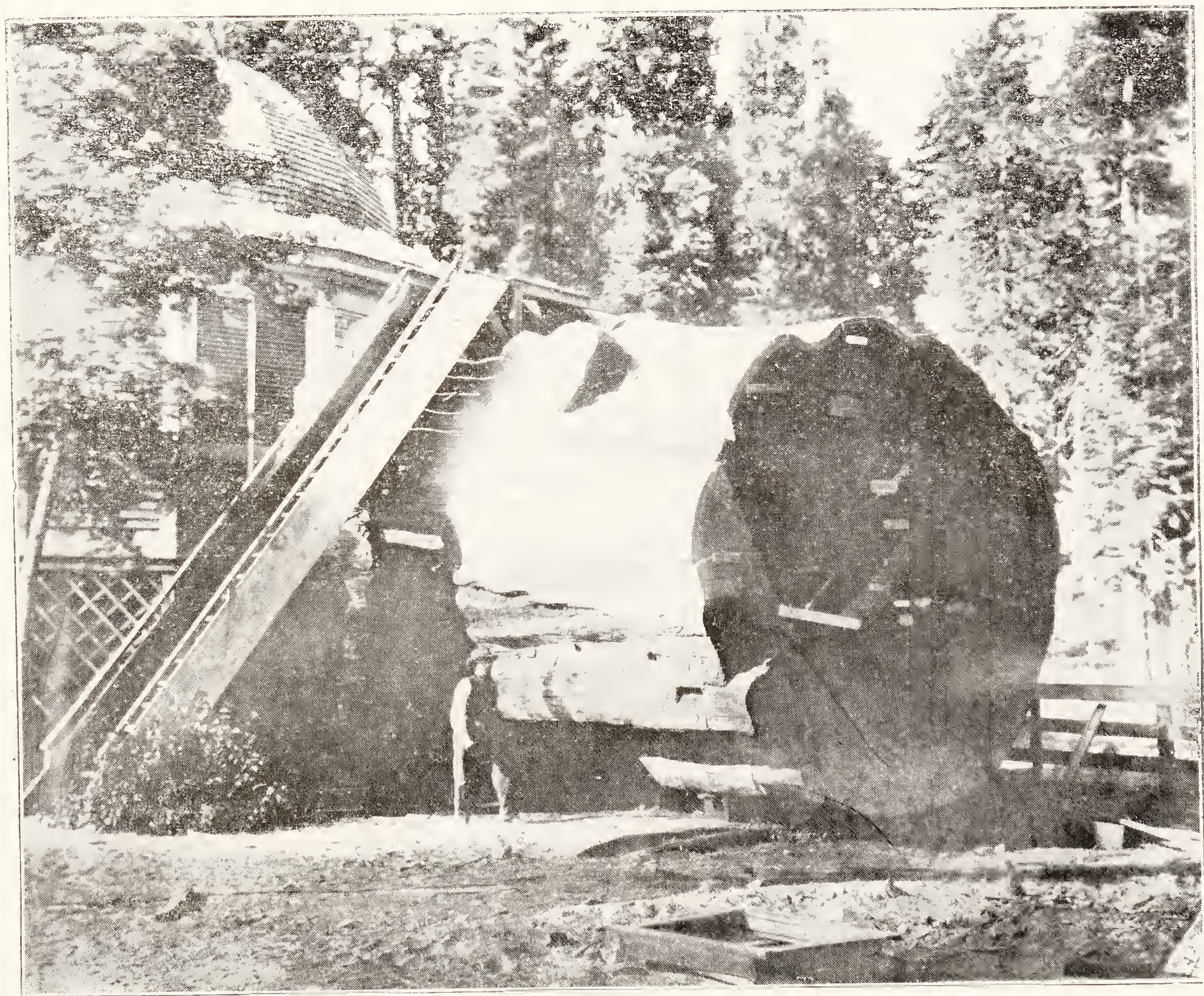
La proximidad de los pueblos y sobre todo la previsión de la gente del campo, hacía que ésta se hallase bien provista de medios de vivir «así es, dice Martínez, que el viajero encuentra siempre buena comida, cama, fuego, etc., etc.» «Son muy amables, añade, y a hora fija por mañana y tarde, se encuentra siempre comida que se hace en familia, y el mismo conductor, bien lavado y aseado, hace buen papel en la mesa sin descuidar por eso el cuidado de los caballos a los que dan de beber cuantas veces pueden, cosa no difícil por haber en la inmensa mayoría de las casitas una bomba con su cacharro a disposición del viajero.....»

A la una estaban en «Buch Eyc» y pocas horas después en la ciudad de «Sacramento» donde tomaron habitaciones en el «Hotel Orleans». Esa población de modernos edificios, cómodos, elegantes y rodeados en su mayoría de bonitos jardines, surcada de anchas vías, limpias y aseadas y con el atractivo de paseos deliciosos, sólo conservaba de la época española aquel nombre sagrado, símbolo de la fe de otros tiempos ya lejanos. Los nuevos dueños no quisieron cambiar ni éste ni el de San Francisco, por vedárselo, sin duda, un sentimiento de respeto y delicadeza, al que no podemos regatear nuestro aplauso.

Tenía esta capital un elemento de vida valiosísimo que era

el río «Sacramento», navegable para vapores pequeños hasta el embarcadero de las «Plumas» y aun para otros de regular tonelaje que fondeaban más abajo: un magnífico puente giratorio facilitaba el paso de éstos. Algunos tenían forma de casa y otros llevan una rueda cerca de popa. Notábase gran movimiento en esta vía fluvial, por la que entraban continuamente los productos que surtían los mercados de la ciudad y salían las manufacturas de sus fábricas y talleres, en especial maquinaria agrícola. Sólo un día permanecieron nuestros viajeros en «Sacramento». El 26, por la tarde, embarcaron de regreso para San Fransisco, a donde llegaron a las diez de la noche. Esperábales aquí una sorpresa dolorosa: la enfermedad del pobre Amor había tenido funesto desenlace. D. Fernando había muerto en el «Hospital Francés» el día 21 a las ocho de la noche, rodeado de los Sres. Puig, Lora y Galvey, que recogieron su último suspiro. Procedióse inmediatamente a los preparativos de sepelio, y para obviar mejor las dificultades tomaron el acuerdo de acudir al Prelado de aquella diócesis, Excmo. Sr. D. José Sadoc Alemani, español y religioso dominico, y no sólo tuvo para ellos frases de consuelo, sino que dió también la orden correspondiente para que se pusiese a disposición de los mismos un enterramiento digno en el cementerio denominado «Monte Calvario». Allí fué conducido el 22, por la tarde, el cadáver del infortunado Naturalista, primera víctima de tan desastrosa expedición.....

El 28 emprendió Martínez otro viaje con objeto de visitar las minas de «Nueva Almadén», llevando por compañero y guía a R. Bendeleben, recomendado de C. Vischer. Salieron embarcados, navegando durante algunas horas hasta Oakland, donde tomaron un carruaje que les condujo por los poblados de San Antonio, San Leandro, San Lorenzo y Misión de San José. Las quintas y posesiones de recreo y labranza formaban un paisaje agradabilísimo con el aditamento de haber dado en aquel país, completamente americanizado, con un pequeño refugio donde nuestros recuerdos habían perseverado a pesar de la opuesta influencia de los nuevos dueños. San José con sus casitas de teja, sus ventanas y balconaje, su iglesia y sus letreros en idioma de Castilla, eran la encar-



Bíatree-California.—Sección de un tronco de «Sequoia gigantea» (1864).

nación de nuestras costumbres, de nuestra arquitectura y de nuestro espíritu hispano. En ese pueblecito hicieron noche los expedicionarios, alojándose en el «Grandell's Hotel.»

El 29, por la mañana, continuaron su viaje a través de una campiña pobre de vegetación, pero con buenas sementeras, en cuyo cultivo empleaban aquellos labradores aparatos agrícolas modernos que se veían por todas partes. Pocas horas después entraban en «Nueva Almadén», donde fueron recibidos por los Sres. Josens y Brodié, propietarios de las minas. Eran éstos dos irlandeses muy simpáticos que hablaban perfectamente el castellano, a pesar de su larga permanencia en el país, y que tuvieron la atención de sentarles a su mesa, a la hora del almuerzo. El pueblo constaba de un grupo numeroso de viviendas higiénicas y aseadas, que rodeaban al soberbio palacio de los dueños de las minas. A éstas pasaron después Martínez y su guía Bendeleben, dirigiéndose primero al cerro donde estaban situados los yacimientos. Había en la cima una gran abertura que daba acceso al interior de la mina, y por ella penetraron, descendiendo después hasta la profundidad de 317 metros para examinar los trabajos de extracción realizados por los operarios, llamados en Chile *barreteros*. Verificábanse aquellos en galerías situadas a distintas alturas que comunicaban entre sí mediante escaleras con tramos de hierro, afluyendo todas al pozo interior de extracción. Martínez examinó las muestras de mineral que encontró poco *vistosas* por no estar cristalizadas y carecer además de los vivos colores que presentan casi siempre las que proceden de la Almadén española.

La iluminación se hacía por medio de lámparas y velas en lugar de las sucias y antihigiénicas candilejas de aceite usadas en las minas de Chile, molestas, además, por su luz oscilante. Desde aquí pasaron a los grandes cobertizos donde se hacía la elección y triturado del mineral con bastante comodidad y al abrigo de las inclemencias del tiempo, y por último, a los hornos montados sobre grandes planchas de hierro que impedían los escapes de mercurio, casi constantes en el sistema antiguo. La instalación era muy semejante a la de nuestras minas de Almadén, según confesión de Josens y Brodié.

Los obreros eran mejicanos en su inmensa mayoría, especialmente los que trabajan en los hornos, y su organización y ventajas muy superiores a las de todos los mineros de América del Sur. Mientras éstos habitaban miserables barracas, y hacían sus labores a la incómoda luz de las candilejas transportando a hombros el mineral por tortuosos caminos e inseguras escaleras, vivían los primeros en cómodos hotelitos provistos de huertos y jardines, gozaban de buena iluminación en el interior de la mina y se les relevaba de la faena molestísima del transporte, que se hacía en cubos, elevados al exterior por medio de máquinas de vapor. El *destajo* de los mineros de Chile, era desconocido aquí donde cada obrero trabajaba lo que tenía por conveniente satisfaciéndoseles, además, en el acto sus jornales. Esto les libertaba de vivir al fiado y de la esclavitud de la usura, males frecuentes en otras cuencas mineras donde se hacía el pago por quincenas o también por meses vencidos. Se les proporcionaban asimismo durante todo el año, distracciones honestas y sanas con el fin de alejarles de la bebida y del juego, a que solían entregarse a diario los de Chile y otros puntos.

Finalmente la Empresa minera de Nueva Almadén procuraba por los medios posibles fomentar el ahorro en sus obreros, haciendo que obtuviesen positivo fruto de sus penosos y prolongados esfuerzos.

Cumplida satisfactoriamente su misión, despidiéronse nuestros viajeros de Josens y Brodié, volviendo a San José y siguiendo después a Santa Clara, donde pernoctaron en el «Hotel Unión». Al siguiente salieron para «El Viso», embarcando para San Francisco en el vapor «Amelia». Viajaba también en éste el P. J. Smet, jesuíta belga, que había dedicado muchos años a la conversión de infieles en la Misión de San Luis de Misouri. Aprovechó Martínez la oportunidad para pedirle informes acerca de los indios, y el citado Padre le contestó en estos términos: «Son buenos siempre que se conserven alejados de los blancos, a cuyo lado aprenden a robar y emborracharse. Las iglesias están *siempre abiertas,* así como las casas de los mineros y aun los almacenes en que depositan los comerciantes sus herramientas, víveres, etcé-



Bíatree-California.
Detalle de un tronco de la «Sequoia gigantea» (1863).

tera, etc., los cuales son tomados por los indios, poniendo en su lugar el precio en especie que encuentran estipulado. Esto constituye un testimonio muy elocuente de su excelente condición.....»

El 30 llegaron a San Francisco y el 31 prepararon sus equipajes y colecciones para embarcar al siguiente después de haberse despedido de Vischer, Bendeleben, Sanjurjo y demás amistades allí contraídas.

CAPÍTULO XIII

Visita la «Covadonga» los puertos de Centroamérica.—Trabajos de Jiménez de la Espada.—Los asuntos políticos de San Salvador y la conducta prudentísima del Comandante Fery.—Sale para Taboga la «Covadonga» después de haber embarcado Almagro.—Viaje de éste a Quito.—Sigue la goleta al Callao.—Excursión de Isern a Chanchamayo.—Las ruinas de Trujillo.—Recolección de objetos prehistóricos.—Regresan ambos a Lima.—Excursión de Isern a Loring.—Trabajos que pasó y frutos de la misma.—Permanencia de Almagro e Isern en Lima.—Cambio del Perú con respecto a España.

El 28 de Agosto abandonó la «Covadonga» el golfo de Panamá llevando a bordo a Jiménez de la Espada. Siete días después arribaron a «Punta Arenas» en Costa Rica, permaneciendo aquí solo cuarenta y ocho horas. El 9 de Septiembre dieron fondo en «Cornito», pequeño puerto de Nicaragua, donde saltó Espada a tierra para dirigirse a «Realejo» y «Chinandonga», en los cuales pasó dos días, recogiendo abundante cosecha de aves, reptiles, etc.

El 11 levó anclas la goleta tomando rumbo para «Acajutla», en la República de «San Salvador». Desembarcó Espada inmediatamente con objeto de hacer una excursión al activísimo «Yzalco». Pasó aquel mismo día a «Sonsonate», donde se detuvo algunas horas, y al siguiente verificó su ascensión al volcán, en el cual permaneció todo un día.

Es lástima se hayan extraviado los apuntes hechos por nuestro explorador en estos parajes tan interesantes para un naturalista. Desgraciadamente no hemos podido averiguar su paradero a pesar de los esfuerzos que hicimos para conseguirlo. El 18 continuó su viaje la «Covadonga» para el puerto de la «Unión», perteneciente a la misma república. Aquí no pudo Espada hacer labor alguna por el estado lamentable que ofrecían entonces los asuntos políticos de «San Salvador.» Fueron necesarios todo el tacto y prudencia del Comandante

te D. Luis Fery, que por suerte no eran escasos, para salir airoso de la situación difícil en que se halló a su arribo a este puerto.

Apenas habían echado anclas, cuando se le presentaron los Cónsules francés y norteamericano pidiéndole que bombardease la población para vengar el asesinato de un español, víctima de las fuerzas gubernamentales. Sorprendido por tales exigencias el Sr. Fery, tomó en seguida informes acerca de tan delicado asunto, resultando de éstos que el interfecto se hallaba al servicio de uno de los partidos beligerantes como Contramaestre del barco insurrecto «Experimento», y por consiguiente, que él y nadie más, era culpable de su desgracia. Aún insistieron los Cósules citados en sus desatentadas pretensiones, pero el Comandante se mantuvo firme en su actitud prudentísima, limitándose a interponer sus buenos oficios con el Gobernador de la «Unión» para que devolviesen a otro español, algunas mercancías que le habían sido decomisadas, y a trasladar el principal asunto al Jefe de la Escuadra. Así resolvió el Comandante de la «Covadonga» este conflicto que puso a prueba su habilidad y juicio sereno, que ciertamente aparecieron aquí muy de relieve.

El 24 salió la goleta para «Taboga», donde encontraron al Sr. Almagro, permaneciendo allí hasta el 16 en que siguieron a Guayaquil. Aquél tomó después el camino de Quito y Espada continuó en la «Covadonga» hasta el Callao, pasando dos días después a Lima y a principios de Diciembre a Chile.

Veamos ahora el viaje de Isern y de su compañero Almagro mientras navegaban las fragatas.

Recordarán nuestros lectores que al regresar aquéllos a Lima después de largo recorrido por varias regiones del Perú y Bolivia, se encontraron con la novedad de haber zarpado la Escuadra en dirección al Norte, dirigiéndose a su vez don Patricio al Ecuador, a raíz de su ruptura definitiva con el Comandante de la «Triunfo». Almagro e Isern supieron por nuestro Cónsul que Pinzón les había dejado fondos para sus necesidades y el Presidente un oficio cerrado, del que se hicieron cargo inmediatamente. Se les ordenaba en éste que emprendiesen otro viaje al interior de la república con arreglo

a instrucciones consignadas en el mismo documento, debiendo hallarse en Lima para últimos de Octubre, a fin de incorporarse a la Escuadra. En virtud de esa orden partió Isern de Lima el 31 de Agosto de 1863, sin más compañero que un guía del país, pasando por la quebrada de San Mateo y siguiendo después a «Tarma», donde se detuvo para tomar algún descanso. Al siguiente continuó la caminata, emprendiendo poco después la penosa ascensión a la cordillera andina por veredas difíciles y peligrosas, consiguiendo al fin dominar la cumbre y bajando por último a las haciendas situadas en los magníficos y cerrados bosques de Chanchamayo. Vivía entonces aquí un español que tuvo a bien no sólo recogerle en su casa, sino además prevenirle cuidadosamente sobre los peligros que le esperaban. En aquellas selvas había tribus salvajes, muy agresivas y era necesaria gran cautela para rehuir sus ataques. En fecha, por aquel entonces reciente, se registraron dos asesinatos perpetrados por ellos, y el Sr. Isern oyó de labios de su compatriota, que se hallaba expuesto a ser una de las víctimas, de no adoptar las medidas de seguridad más minuciosas y severas.

A ello se avino de buen grado nuestro botánico, antes que renunciar a su empresa. Vagó, pues, durante tres meses, por aquellos bosques vírgenes en compañía de indios fieles, pero siempre alerta por lo que pudiera ocurrir. «El puñal y el revólver, decía él a su familia (1), fueron mis compañeros inseparables, a pesar de lo cual, los temores y cuidados me quitaron el sueño en más de una ocasión. En fin, tuve la suerte de andar leguas y leguas por el interior del país, sin ser maltratado ni robado.....» Fué labor muy meritoria la que realizó Isern en esta época por las innumerables penalidades de que estuvo acompañado, y no menos provechosa, por los resultados obtenidos para los fines que perseguía. Bien lo acreditan los tres grandes paquetes de plantas de Chanchamayo que forman parte del riquísimo herbario de esta expedición. Cuando hace poco tiempo los contemplábamos en el Jardín Botánico de esta Corte, no pudimos menos de excla-

(1) Carta de 30 de Diciembre de 1863, fechada en Lima.

mar ante el recuerdo de esta campaña de Isern: ¡Cuántas privaciones y fatigas han costado estas plantas!....

D. Manuel Almagro tampoco permaneció inactivo durante estos meses. El 13 de Septiembre embarcó para Panamá, adonde llegó el 22 después de breves escalas en «Paita» y Guayaquil. Después de dos semanas de permanencia en aquella población, pasó a la «Covadonga», volviendo a esta última ciudad el 26 de Octubre. Desde aquí marchó a Quito, capital del Ecuador, distante cien leguas de Guayaquil. Un mes entero consagró al estudio de aquella región, y a coleccionar objetos de su especialidad. A últimos de Noviembre regresó de nuevo al punto de partida, y el 1.° de Diciembre tomó pasaje en un barco inglés que le condujo al puertecito peruano de «Huanchaco», situado a seis millas de «Trujillo.» Hizo Almagro este viaje con el fin de visitar las numerosas ruinas indias que allí existían; pero estuvo muy lejos de sentir la impresión de grandeza que le habían producido las del Cuzco y Tiahuanaco. Eran aquéllas de tierra y no habían podido resistir la destructora acción del tiempo que fué dejando en sus débiles muros huellas muy profundas. Sin embargo, no dejó de ser este viaje de mucha utilidad. Almagro practicó numerosas excavaciones en los *huacas* (sepulturas) de *Concha del Obispo*, y del Palacio del Sol, teniendo la suerte de encontrar en ellas buena cantidad de objetos de barro, tumbaga (aleación de oro, plata y cobre), plata y oro, a los cuales llamaban allí con el nombre genérico de *huacos*.

Cumplida esta misión volvióse Almagro a «Huanchaco» y tomó aquí el vapor para el Callao y Lima, adonde llegó el 13 de Diciembre de 1863. Ese mismo día se presentaba la «Resolución» a la vista de aquél, de regreso de San Francisco de California, y nuestros dos viajeros acordaron esperar su salida para Valparaíso, donde estaban ya Martínez, Espada, Puig y Castro. Circunstancias especiales, bien conocidas, impusieron la permanencia de la fragata en ese punto, por espacio de tres meses, y a ellas hubieron de someterse también los exploradores. El infatigable Isern aprovechó todavía parte de este tiempo, para llevar a cabo una excursión a los arenales de Loring, emprendiendo la marcha

el 21 de Diciembre, escoltado por dos soldados de caballería. Una vez en ese pueblo, despidió a éstos después de gratificarles, y al siguiente día, como él mismo dice, «continué mis excursiones, más bien en busca de antigüedades que de flores, porque recorrimos arenales en que no se veían plantas. El sol era sofocante. Cuando me apeaba del caballo hervían mis pies; bien podían cocerse huevos en la tal arena. Ordené se hiciesen excavaciones y encontramos muchos cráneos indios, ropas, alhajitas y una concha de gran valor. En estos quehaceres me ocupaba el día de Pascua. Ayer vine caminando sólo todo el día. Llegué tan sofocado y maltrecho, tan cubierto de polvo y de sudor, que al verme dos oficiales de la fragata, no me reconocieron.....»

La estancia de Almagro e Isern en la capital peruana se prolongó hasta el 8 de Marzo del siguiente año 1864, en que abandonaron el Callao la «Resolución» y la «Covadonga» para dirigirse a Valparaíso. Tal permanencia de la Escuadra en el puerto citado, fué impuesta por el cambio de actitud de los peruanos con respecto a nuestros compatriotas, y por los ruegos insistentes de éstos al General Pinzón, a fin de que protegiese sus vidas y haciendas, a lo que parece, seriamente amenazadas, según decían en su escrito.

CAPÍTULO XIV

La Comisión después de la marcha de Paz y del fallecimiento de Amor.—Trabajos de Martínez e Isern en Chile.—Mr. Philippi y el herbario de Chile.—Excursiones.—Las minas del Sur de Chile.—La doma de caballos.—El sueño de los picaflores.—Sistema de riegos.—Decaimiento de la Agricultura.—Ordena Pinzón el desembarco de los Naturalistas y su regreso a España.—Protestan éstos y niéganse a obedecerle.—La toma de las Chinchas.—Situación crítica de la Comisión.—Animosidad de los chilenos contra ésta.—Manifestaciones antiespañolas en Chile.—Proyecta la mayoría de los Naturalistas atravesar el continente americano en viaje científico.—Excursión a Limoche y agasajos de los franciscanos.—Excursión de Almagro a Bolivia.—Marchan a Guayaquil Martínez y Castro.—Prepara Jiménez de la Espada una colección de animales vivos.—Imprevisiones del Gobierno y éxito desastroso.—Marcha de Almagro, Espada e Isern a Guayaquil.—Sepáranse definitivamente de la Comisión D. Bartolomé Puig, disecador, y D. Rafael Castro y Ordóñez, fotógrafo, y termina la primera parte del viaje.

Veamos ahora el estado de la Comisión del Pacífico mientras se desarrollaban los acontecimientos que dieron lugar a la ruptura de relaciones de España con aquella República.

Separado de aquélla el Presidente Paz y Membiela por las causas ya mencionadas, y muerto D. Fernando Amor, Vicepresidente de la misma, pasó la Jefatura a D. Francisco Martínez y Sáez, a quien tocaba por su categoría superior. Quedaban por consiguiente seis individuos de los ocho que habían embarcado en Cádiz, a saber: D. Marcos Jiménez de la Espada, alojado en la «Covadonga»; D. Manuel Almagro y don Juan Isern, detenidos en Lima por los motivos ya expresados, y los Sres. Martínez, Puig y Castro y Ordóñez, que navegaban en la «Triunfo». Estos permanecieron en Valparaíso desde el 19 de Enero del 64, día en que regresaron del viaje a San Francisco de California. Habían empleado en él ciento treinta

y nueve días, de los cuales aprovecharon tan sólo veintiuno, perdiendo lastimosamente los restantes en aquella navegación fatigosa y estéril.

Desde mediados de Enero hasta la misma fecha de Agosto la mayoría de los Naturalistas hizo muy poco o nada, exceptuando a Isern y Martínez. El botánico pasó a Santiago de Chile a últimos de Julio para avistarse con Mr. Philippi, Director del Museo de Historia Natural. Había dado éste palabra de ceder a la Comisión parte de su magnífico herbario de plantas de aquellas regiones, y así lo cumplió con un desinterés digno del mayor elogio y gratitud. Las plantas están distribuídas en cuatro paquetes voluminosos dispuestos con el mayor esmero y clasificadas todas ellas por el mismo Philippi. Aparte de esto, repitió Isern las excursiones por los alrededores de Valparaíso y de Santiago, aprovechando cuantas conyunturas se le presentaron aún en medio de aquel ambiente hostil que se había desarrollado en la República de Chile.

En cuanto a Martínez comenzó por visitar casi diariamente los ranchos de pescadores o *cabritería,* logrando reunir numerosas especies de peces.

El 8 de Febrero del 64, pasó a Quillota iuvitado por el Sr. Herboso, vecino de esa población; en compañía de éste hizo una visita a la hacienda de la Palma, propiedad del señor Cassot, antiguo Cónsul francés, quien obsequió al expedicionario espléndidamente, Martínez recogió abundancia de moluscos y algunos crustáceos de río, llamados allí *canserones.*

El 27 volvió de nuevo a Quillota para recorrer la magnífica posesión que D. Juan Busquet tenía en «Los Nogales». Habitaba éste una quinta deliciosa, rodeada de un hermoso parque lleno de frutales y de flores, a los cuales añadía nuevo encanto la nube de colibries o *chupaflores* que cruzaban de continuo el espacio con rapidez vertiginosa. «Por la noche, dice Martínez, lo hubiese pasado tristemente a no ser por la amabilidad de esta familia que, como es general en el país, acoge con benignidad al viajero, suministrándole todo lo necesario: caballo, comida, coche, baño, buen alojamiento y cortés amabilidad». El mismo día hizo una excursión a la

«Quebrada de los Manantiales», donde encontró abundancia de *Bulimus, Helix* y otros moluscos.

Nuevamente se trasladó a «Los Nogales» el día 8 de Marzo para visitar las minas de cobre, situadas en sus cercanías. No dejan de tener interés las observaciones recogidas en aquéllas por nuestro explorador. Había en el coto citado filones de piritas en gran abundancia, cobres nativos y carbonatos verdes y azules; los segundos aparecían siempre en menor escala, y sin embargo, eran los únicos que se beneficiaban debido a los diferentes métodos de fundición; sustituídos éstos por otros menos imperfectos, se procedió a explotar las verdaderas minas, constituídas por los sulfuros, que aprovechaban sólo en parte eligiendo lo más rico en mineral, para reservar con destino a la exportación todo lo restante. Los hornos eran alimentados con leña que se traía en carros de bueyes. Los trabajos se suspendían en la época de lluvias a diferencia de lo que practicaban en la región norte de Chile, donde la escasez de aquéllas los permitía durante todo el año. El personal, no muy inteligente, cobraba por semana una parte pequeña de su salario, reservándosele lo restante para hacerle entrega de ello en determinadas épocas del año. Los mineros dormían en el suelo y al sereno, sin la menor protección contra las influencias atmosféricas. ¡Cuánta diferencia entre la precaria situación de estos operarios y la próspera y holgada, que pocos meses antes había contemplado Martínez en aquellos otros de los E. E. U. U!....

No era más ventajosa la que disfrutaban los trabajadores del campo y encargados de la cría de ganados; es decir, la inmensa mayoría de aquel paisanaje. Alojados en miserables tugurios de adobes, mal vestidos y sin otro alimento que *porotas* (especie de habichuelas) y *pan casave*, tan sólo podían disponer, como se ha dicho, de una pequeña parte de sus haberes que se les facilitaba semanalmente. Los dueños lograban por tan abusivo procedimiento tener siempre peones ajustados, los cuales, a su vez, ni podían disponer del producto de sus salarios, ni del rédito correspondiente, hallándose sometidos a una esclavitud peor que la de los negros.

A mayor abundamiento, era costumbre muy extendida el

monopolio de las prendas de vestir que vendían los mismos propietarios o sus delegados en las cantinas. Había también su Juez, cárcel, multa pecuniaria y grillos de madera para los delincuentes.

La mayor ilusión del campesino chileno, era un buen caballo magníficamente enjaezado, que manejan hombres y mujeres con singular destreza. «No es raro, dice Martínez, ver a éstas en los días festivos cruzar ligeras en sus cabalgaduras, hasta con sombreros europeos y elegante indumentaria hechas unas damas, demostrando muchas veces más seguridad que los hombres en el dominio del caballo». Es notable la facilidad con que le detienen ante el peligro de atropellar a una persona o de un obstáculo cualquiera. Tienen su lujo en el número de pieles de oveja que, sujetas con una cincha a una especie de silleta de madera, les sirve de montura, completada con enormes estribos de idéntica materia y de forma semilunar con embutidos más o menos artísticos. Así llevan siempre dispuesta la cama. No miran pues en vano por su caballo.»

Una de las ocasiones en que los *guasos* chilenos lucían de un modo especial, sus habilidades de jinetes, era aquella en que verificaban el recuento del ganado, numeración de las crías y marca de las mismas. Designábanla con el nombre de *rodeo* y tenía lugar en corrales semicirculares de estacas, donde los peones hacían gala de su gran destreza en la manera de lanzar los lazos aprisionando las reses.

Era frecuente entre ellos el chocar un caballo con otro, *pechar,* a fin de poner a prueba la resistencia de la bestia y de su cabalgante.

El domar los potros era también un espectáculo por demás interesante al que los naturalistas tuvieron la curiosidad de asistir. He aquí cómo lo refiere Martínez. En este día (21 de Marzo del 64), asistí a una operación un poco bárbara. Se trataba de domar un caballo a la chilena. Para esto y ver todo con detenimiento, salí con los peones que habían de buscarlo en el campo a caballo; no tardaron en dar con el que buscaban procediendo en seguida a la maniobra de arrojarle uno de los lazos, la que llevaron a cabo con tanta ligereza

como seguridad. Arrastrado casi el potro por el peón fué conducido a un corral de estacas y atado el lazo a un tronco plantado en medio. Amarraron otro lazo a una de las patas y consiguieron que cayese el animal a tierra. Echados encima fueron colocándole el freno y tapáronle los ojos con un pañuelo, procurando que se levantase después y ensillándole. Monta luego el domador con sus enormes espuelas y dejan salir corriendo al animal por el campo. Diestro ha de ser el jinete, pues el caballo hace con sus grandes corcovas, los esfuerzos posibles para lanzarlo. Pasado algún tiempo regresa el animal cubierto de sudor y ensangrentado, siendo difícil aun así el quitarle la silla. Dánle de comer y descansa después hasta otro día en que ha de repetirse la operación.»

Otro sistema de domar, consistía en ceñir al caballo después de amarrado, una cuerda o *guasca* al rededor del cuerpo, castigándole cuando pretendía moverse; ligarle las patas, echarlo en tierra, soplarle en la nariz y montarlo después de ensillado. Era menos duro que el anterior.

Presenciado el espectáculo que acabamos de relatar, pasaron Martínez, Isern y demás compañeros al «Arroyo del Arrayán», regresando a su hospedaje de los Nogales muy satisfechos de su excursión. Nos refiere el primero en su «Diario», que al notar la familia Herboso el encanto que le producía contemplar los vertiginosos vuelos de los colibries por el jardín de la casa, le manifestó que esa actividad se paralizaba casi por completo en la época de los fríos, entrando dichas avecillas en un sueño invernal y hallándoselas dormidas en los troncos de los árboles con bastante frecuencia. Martínez recordó entonces haber oído al disecador del Museo de Chile, Sr. Landeti, esto mismo, y además el detalle de verlos bajar en ese estado por los ríos del Sur de Chile.

Las impresiones recogidas por la Comisión respecto al estado de la Agricultura chilena no eran muy optimistas. Abundaban ciertamente los frutales y en algunos puntos la vid que habían importado de Europa, y de la cual fabricaban ya un vino muy aceptable, que según Martínez, tenía la ventaja de no estar falsificado.

El sistema de riegos carecía de toda construcción técnica,

mediante la cual pudiesen canalizarse aquellos ríos de rápida corriente, y estaba reducido a pequeñas acequias que habían abierto, aprovechando los accidentes naturales del terreno. El cultivo de cereales pasaba entonces por una crisis muy honda debida a la depreciación que sufrieron aquéllos en los últimos años.

Al dar comienzo la explotación de las minas de California, alcanzaron precios fabulosos que algunos años después ya no se conocían. Acostumbrados a ellos los propietarios, resistíanse a vender después más baratos los géneros, prefiriendo abandonar los cultivos antes que dar aquéllos en condiciones que, aun siendo buenas, juzgaban entonces desventajosas. De aquí la decadencia de la Agricultura tan manifiesta en aquel país por los años a que nos referimos.

Tanto Isern como Martínez tuvieron el proyecto de prolongar sus viajes a distintos puntos del interior de Chile; pero ausente Pinzón a cuyas órdenes se hallaban e ignorando los propósitos de éste, hubieron de resignarse a esperarle un día y otro, evitando todo alejamiento del puerto de Valparaíso. Por fin llegó el Almirante a últimos de Marzo del 64, pasando Martínez inmediatamente a verse con él. Pinzón hizo saber a éste, desde el primer momento, que el destino de la Escuadra hacía imposible la permanencia de la Comisión a bordo y en su consecuencia que procediesen a desembarcar sus equipajes y demás efectos.

La forma imperativa y asaz brusca de semejante orden, molestó bastante a Martínez, quien se permitió hacer al Jefe de la Escuadra algunas consideraciones respetuosas; mas éste, no sólo insistió, con tonos muy duros, en su primer acuerdo, sino que manifestó además el propósito de mandarles a España. En vista de esto, se dió aviso a Espada para que viniese a Valparaíso, y una vez aquí reuniéronse los Naturalistas en junta con el fin de adoptar la línea de conducta más conducente al caso. La Comisión Científica del Pacífico había sido enviada por el Ministro de Fomento de quien dependía por lo mismo directamente, y en su consecuencia, solo éste podía disponer el regreso de aquélla a la península. Partiendo de esta base determinó la Junta protestar ante

Pinzón de su acuerdo de mandarles a España y no darle cumplimiento. En vista de ello el Almirante se desentendió por completo de la Comisión, negándola todo auxilio pecuniario y prescindiendo de satisfacerles hasta los sueldos devengados. El 6 de Abril hiciéronse a la mar ambas fragatas con destino a las islas Chinchas y los Naturalistas quedaron abandonados a sus propios recursos y sin auxilio alguno, puesto que el mismo representante de España Sr. Tavira, estaba de acuerdo con el Jefe de la Escuadra.

El 10 llegó ésta a las islas citadas, apoderándose de ellas inmediatamente. La noticia de semejante suceso levantó en Chile una tempestad de protestas que se tradujeron en manifestaciones públicas de odio a España y de simpatía al Perú, en ataques virulentos a nuestra patria, desde las columnas de la Prensa y en animosidad contra la colonia española y especialmente contra la Comisión Científica. Ciertamente que esta república en nada había sido ofendida por su antigua metrópoli; ninguna injusticia del Gobierno de Madrid tenía que vengar; entró en la contienda tan sólo a título de *desfacedora de entuertos,* dice Novo y Colson. ¿Por qué no se inhibió en este pleito o por lo menos no adoptó una actitud espectante como lo hicieron otras repúblicas sur-americanas? ¿Por qué no ofreció su mediación como lo hizo el Gobierno ecuatoriano? No es fácil averiguarlo. Lo que sí resulta cierto es que Martínez y sus compañeros, fueron las primeras víctimas del odio chileno. A los pocos días de haber desembarcado la Comisión apareció en uno de los diarios de Valparaíso, la caricatura del General de la Escuadra con seis pájaros a su lado. Al pie de aquél se leía la palabra *¡pirata!* y debajo de éstos «*¡Comisión Científica!*». El 6 de Mayo quiso Martínez asistir a una función de teatro, pero al acercarse a la puerta oyó voces muy sospechosas y advertencias de que no entrase optando naturalmente por retirarse.

«Cada día, dice él mismo (1) estaban más excitados los ánimos contra España. Hubo reuniones, procesiones, etcé-

(1) Diario. Día 3 de Mayo de 1864.

tera., etc., que demostraban lo imprudente que era moverse en una población grande al menos en algunos días. Muchos españoles estaban pensando en irse a casa de cónsules extranjeros o a España. Los periódicos venían plagados de lindezas contra nuestro país.»

En la capital ocurrieron asimismo escenas semejantes, que Isern relata de este modo en carta del 16 de Mayo a su familia. «En Santiago, dice, quisieron arrollar y arrancar nuestro pabellón que estaba izado en casa del Ministro de España. Hubo muchos ¡mueras! a los *godos,* que así nos llaman a los españoles: *A los de la Comisión nos aborrecen más todavía y dicen de nosotros que hemos sido enviados para estudiar el país en caso de guerra con España.*

Me han aconsejado que no salga al campo, pues podría ser cobardemente asesinado.....»

La situación de los Naturalistas no pudo ser más crítica. Abandonados en un país enemigo al que se hacían sospechosos de espionaje, faltos de recursos pecuniarios y desorientados además acerca del partido que habían de adoptar, hubieron de sufrir grandes amarguras.

Cuando celebraron la Junta de que arriba hemos hablado a raíz de su separación de la Escuadra, surgieron en el seno de aquélla dos tendencias: Puig y Castro opinaban por el regreso inmediato a España, tomando uno de los vapores que hacían el viaje más rápido y directo; pero Espada, Isern, Martínez y Almagro no participaban de ese parecer. Según éstos, la Comisión del Pacífico no había podido, a pesar de su buen deseo, cumplir el encargo que se le habia dado, a causa de las trabas y dificultades encontradas en la Escuadra. Libre ya de ésta y con absoluta independencia en todos los actos, su labor podía ser todavía muy fructífera y provechosa. En consonancia con esas ideas, D. Francisco Martínez y Sáez redactó un escrito dirigido al Ministro de Fomento con fecha 2 de Abril del 64, en el cual se hacían patentes la escasa previsión con que había sido dispuesto y preparado el viaje de los Naturalistas, y los resultados poco satisfactorios logrados hasta entonces a pesar de todos los esfuerzos, deduciendo de aquí la conveniencia de aprovechar algunos meses más,

antes del regreso a la Península, para llevar a cabo una campaña verdaderamente científica a través del continente americano.

Pocos días después llegó a manos del Presidente una Real orden del Ministro de Fomento, firmada el 20 de Febrero de 1864, en la cual se disponía el regreso inmediato de la Comisión a España solicitado oficialmente, con la misma fecha, por D. Patricio Paz y Membiela.

Con fecha 17 de Abril remitió el mismo Sr. Martínez nueva comunicación al citado Ministro, participándole la marcha del antropólogo Almagro a Chiu-chiu (Bolivia) con el fin de recoger momias e insistiendo en el proyecto de atravesar el Continente americano por su parte más ancha. En 1.º de Mayo del 64 envió aquél nueva solicitud al Gobierno, suplicándole autorizase el citado viaje por el Amazonas e instando para que contestase lo antes posible. Lo mismo hizo en 17 del mismo mes citado y en igual fecha del siguiente.

En espera de órdenes superiores continuaron en Valparaíso todos los Naturalistas menos Almagro, empleando el tiempo primero en disponer y preparar las colecciones, de cuyo envío se hizo cargo D. J. Y. Agacio, Cónsul de España, y después en varias excursiones a «Playa Atocha», «Cerro del Castillo», «Arroyo de las Zorras», etc., etc. Espada obtuvo de Plangemann una colección de reptiles de lo duplicado del Museo, y Martínez compró al hojalatero germano Thamn, otra de insectos de Valdivia muy aceptable por los hermosos ejemplares que la componían.

El 10 de Julio salieron Martínez, Isern y algunos españoles para Limoche, bonita y pintoresca población de veraneo rodeada de haciendas y plantíos. Había en ella un convento de P. P. Franciscanos, donde vivía un fraile español, llamado el P. Pascual, a quien visitaron aquéllos. El P. Guardián tuvo la atención de invitarles a comer, y allí en aquel ambiente de cordialidad y simpatía pasaron algunas horas de solaz que fueron para ellos un verdadero alivio. Los tres días siguientes fueron empleados en recorrer los alrededores de Limoche, recogiendo buena cantidad de plantas, moluscos e insectos. El 15 regresaron a Valparaíso, volviendo a sus excursiones

por las orillas del mar y por los cerros «Alegre» y de las «Delicias», y a sus visitas a Thamn, a Leybold y a Plangemann que fueron para ellos leales amigos y auxiliares poderosos.

También frecuentó Martínez la casa del Cónsul argentino Sr. Becher, poseedor de una biblioteca escogida y un pequeño museo de objetos del país y las de varios españoles que siempre obraron con la comisión como verdaderos patriotas. Por esta época hizo Almagro su viaje a «Chiu-chiu» en Bolivia, con el fin de buscar cadáveres momificados. El 17 de Abril salió de Valparaíso para Cobija, a donde llegó el 22 del mismo. Aquí debía comenzar la travesía del Desierto de Atacama, y fuéle preciso adquirir una mula de carga y otra de silla, con las cuales comenzó su peregrinación que había de prolongarse cien leguas tierra adentro. Al amanecer llegó la posta a «Calupo», donde tomó algún descanso, continuando después el viaje hasta «Chacansí», que era una choza ruinosa y sin habitantes. Extraviósele aquí una de las mulas y hubo de permanecer en su espera todo el día siguiente. El 24 pudo al fin ponerse en marcha sobre aquellos arenales ardientes, hostigado sin cesar por una atmósfera que asfixiaba, y para mayor tormento sin dar en todo el día con un solo manantial de agua potable, pues la del riachuelo que hallaron a su paso era, dice Almagro, tan salobre y desagradable como el agua de Loeches. Por fin pudo el 26 saciar su sed en el caserío de «Calama, llegando el 27 a «Chiu-chiu». El viajero dió por bien empleadas las molestias de tan penosa excursión ante el notable resultado que obtuvo en sus excavaciones. Nada menos que doce momias admirablemente conservadas logró extraer de sus enterramientos durante los pocos días consagrados a esta misión. Resuelto del mejor modo posible el problema de transportarlas a Cobija, regresó Almagro a este puerto a través del mismo desierto que nos describe así: «No hay en todo él ninguna vegetación y la poca agua que se encuentra es de tan mal gusto que ni las bestias la beben. El alimento de éstas ha de ser conducido por ellas mismas que acostumbran a comer poco y beber nada en tres días por lo que mueren en gran número. Sin embargo, éste es el camino

que hace comunicar todo el S. de la República boliviana con la costa, y numerosas recuas conducen mercancías de ésta al interior, regresando cargadas de plata acuñada, procedente de la casa de la moneda del Potosí. Estas recuas, a pesar del valor de sus cargamentos vienen sólo guiadas por un hombre y nunca han sido robadas; Almagro volvió a Cobija acompañado de una que conducía 120.000 pesos.....»

Era ya entrado el mes de Agosto y el Ministro de Fomento no se había servido aún contestar a las comunicaciones del Presidente de la Comisión ni remitir las cantidades necesarias para los servicios de ésta. La permanencia en Valparaíso resultaba muy molesta, efecto del odio contra los españoles que allí había germinado, y por otra parte se hacía necesario disponer con la mayor actividad posible los preparativos para el proyectado viaje por el Amazonas. En vista de ello determinó Martínez trasladarse a Guayaquil, en compañía de Castro, embarcando en Valparaíso el 11 de Agosto en el vapor «San Carlos». Diez días después llegaron al Callao no sin haber hecho antes breves escalas en Tongai, Coquimbo, Huasco, Carrizal, Caldera, Taltal, Cobija, Tocopilla, Iquique, Mejillones, Pisagua, Islai, Chilca, Chala y Pisco.

En Iquique tuvieron ocasión de tratar con un español apellidado Burgos, quien les regaló varias muestras de guano y salitre.

En el Callao fueron conocidos de los agentes del Gobierno y se les prohibió desembarcar. El 23 trasbordaron al «Peruano» y siguieron su ruta con pequeñas escalas en Huacho, Jupe, Cosma, Samanco, Santa, Huanchaco, Malabrigo, Pacasniayo, Pimentel, San José, Paita y Tumber, fondeando en Guayaquil el día 31 de Agosto.

En Paita pretendieron agredirles unos peruanos, viéndose obligados a soportar sin protesta toda clase de insultos contra sus personas y de groserías contra España.

En Tumber presenciaron el desembarco de varios soldados también peruanos que marchaban a engrosar las filas de los revolucionarios del Ecuador, con *inexplicable* aquiescencia de las autoridades de su nación.

En tanto continuaban en Valparaíso Almagro, Isern, Espa-

da y Puig. El primero embarcó para Guayaquil dos semanas después para unirse con Martínez, e Isern y Espada permanecieron todo el mes de Septiembre en dicha ciudad preparando los envíos para España.

En esta materia adviértense también descuidos lamentables debidos a los agentes que tenían la comisión de remitirlos a la Península.

La segunda expedición de objetos preparados por los Naturalistas en el Brasil y Buenos Aires a últimos del 62, se recibió en Madrid a principios de Diciembre de 1863, con el natural detrimento de las plantas vivas, de los insectos y del material conservado en alcohol. Parecía natural que inconvenientes de tal magnitud sirviesen a los gobernantes españoles de lección saludable para otra ocasión semejante, pero no sucedió así. Uno de los encargos en que más insistía el Director del Museo de Madrid, Sr. Graells, era el del envío de animales vivos con destino al Parque Zoológico. Atendiendo a este requerimiento, preparó Jiménez de la Espada, con la mayor diligencia, una hermosa colección de aquéllos compuesta de las especies siguientes: *Auchenia huanaco* (huanaco), un macho y cuatro hembras; *Ovis aries v. liguensis* (oveja de la ligua), un macho y dos hembras; *Dolychotis patagónica* (liebre de Mendoza), macho y hembra; *Myopotamus coipu* (Coypu), macho y hembra; *Chinchilla luniyern* (Chinchilla) y *Procyon lotor* (Oso, Pizote). Total de mamíferos, catorce. Aves: *Sarcorhanphus Condor* (Condor), uno; *Leistes americanus* (Stoica), doce; *Angelaius curcus* (Curcu, tordo), doce; *Zenaida aurita* (Tórtola), dieciocho; *Notura perdicaria* (Fuisu, Perdiz del plan), diez; *Cygnus nigricollis* (Cisne), cuatro; *Bernista Chiloensis* (Canquen), once; *Fuligula metopias* (Pato negro), dos; *Dafila bahamenui* (Gergón grande), dos. Total sesenta y dos. Esta expedición fué facturada por J. Y. Agacio, en Valparaíso, el 8 de Octubre del 64, en la fragata francesa «Persévérance», con destino al Havre, abonando el importe de 55 francos y confiando el cuidado de la misma a un anciano español que viajaba en dicha nave. Noticioso del asunto D. Mariano de la Paz Graells, por carta de Jiménez de la Espada, se dirigió

de oficio al Director de Instrucción Pública con fecha 6 de Enero del 65, previniéndole con el mayor interés para que, evitando toda clase de retardos, se reexpidiesen a Santander o Bilbao los animales vivos, en cuanto arribase al Havre la «Persévérance». El 13 del mes citado dió ésta fondo y nuestro Cónsul que no había recibido instrucción alguna acerca del asunto a pesar del citado oficio de Graells, pasó una comunicación al Director de Instrucción Pública noticiándole la llegada de los animales, etc., etc., y pidiéndole se sirviese indicarle la ruta por donde había de remitirlos. Los informes relativos al asunto eran desconsoladores. «La persona encargada de hacer la entrega de los animales, decía nuestro Cónsul, es un pobre anciano español que parece se hallaba de criado en una casa de Campo en las inmediaciones de Valparaíso. Este sujeto no trae instrucciones de ninguna clase y carece por completo de iniciativa y condiciones para el desempeño de su cometido». Como consecuencia de esto, y tal vez del cautiverio, cambios de clima, etc., de los *setenta y seis animales vivos embarcados en Valparaíso, habían muerto durante la travesía ¡cuarenta y dos! y llegado los restantes en lastimoso estado de inanición y de cansancio.* El Cónsul se apresuró a sacarlos de la fragata, proporcionándoles alimentos y local amplio e higiénico, en espera de órdenes de Madrid. Llegaron éstas y la expedición salió en ferrocarril entrando en España por la línea de Irún.

Aquí dió principio el *último cuadro de esta tragedia zoológica.* Comenzó por extraviarse el carro que conducía dichos animales desde la estación francesa a la primera española. Facturados por fin en el tren, esperábanse en Madrid con verdadera impaciencia por parte de Graells y compañeros del Museo; pero no acababan de llegar, ni se sabía siquiera dónde paraba el vagón en que venían. En vista de ello encargó el Director de Instrucción Pública al citado señor Graells con fecha 18 de Enero, que practicase las averiguaciones oportunas a fin de esclarecer aquel asunto. Seis días después contestaba éste con el siguiente oficio que revela el mayor descuido e imprevisión que pueden imaginarse: «Con el aviso de V. E. del 18 de Enero, pasé a practicar las diligencias

convenientes para averiguar el paradero de los animales vivos, que fueron remitidos por los Naturalistas exploradores del litoral del Pacífico, destinados a este Jardín Zoológico. El resultado de mis indagaciones ha sido saber, que desde el Havre a Madrid han venido empaquetados como fardos de mercancías, sin darles de comer ni permitir el Jefe del tren quitar la lona con que cubrieron las jaulas para asegurarlas en el camino. Llegados a Madrid, por torpeza del conductor, han permanecido *veinticuatro* horas sin comer y depositados en la Aduana, donde no dejé de encontrar algunas dificultades para su despacho por parte del Sr. Administrador que no había recibido orden alguna para verificarlo con la urgencia que la necesidad exigía. Tuve que presentarme en la Dirección General de Aduanas, tomando el nombre de V. E. y aun el del Sr. Ministro, según se me había autorizado, y así obtuve la orden del urgente despacho que solicitaba.

Como era de esperar, al descargar los animales los encontré en el estado más lastimoso, desfallecidos por el hambre y el cansancio y con la baja de *¡cincuenta y tres individuos!* de los ochenta y seis (eran setenta y seis) que debieron haber llegado de no haber muerto ninguno en la travesía.....»

Tal fué el éxito de esta remesa, fruto de tantos desvelos y de tantas molestias y fatigas por parte de la Comisión del Pacífico.

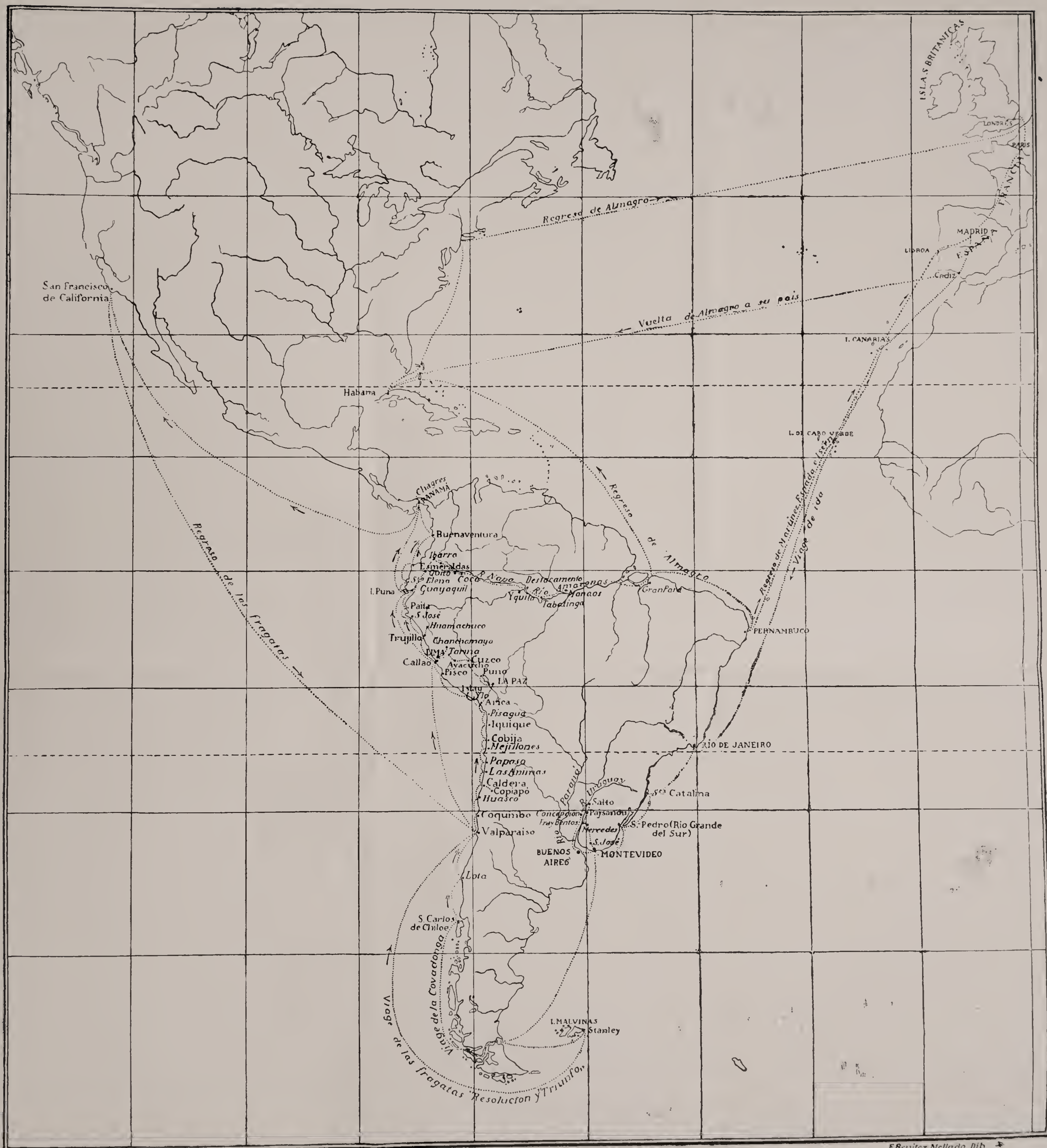
Volvamos ahora a reanudar nuestro relato imterrumpido por el episodio que acabamos de referir.

Terminadas sus tareas en Chile partieron para Guayaquil Espada e Isern, a mediados de Octubre del 64, con el fin de incorporarse a sus compañeros que se hallaban todos allí menos D. Bartolomé Puig que había quedado en Valparaíso. Por estos días llegó a manos de Martínez un giro del Gobierno por valor de 12.000 pesetas pedidas ya en el mes de Abril. Con este auxilio satisfizo a la Comisión los haberes atrasados, reservando lo restante para futuros acontecimientos. Inmediatamente abandonó Castro su puesto en aquélla, y en cuanto al disecador D. Bartolomé Puig y Galup, imitó a su compañero alegando que no podía emprender nuevos trabajos por hallarse bajo la influencia de una *hepatitis crónica*.

Espada, Martínez, Isern y Almagro, rieron un tantico lo de la *hepatitis*, porque la causa verdadera del acuerdo de Puig era el haber contraído matrimonio en Valparaíso el día 28 de Julio de aquel mismo año con la Srta. Nieves Martínez, hija de un rico propietario español allí establecido, y hallarse en vísperas de un viaje a España.

Después de todo, este buen disecador fué el único de los ocho Naturalistas que logró, sin gran esfuerzo, sacar positivo partido de la expedición del Pacífico.

Con estos episodios puede considerarse terminada la primera parte de la misma.



Itinerario general del viaje al Pacífico (1862-1865).

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO I

El gran viaje.—Cambio de decoración.—Llegada de Martínez y Almagro a Guayaquil.—Conducta dignísima del Presidente del Ecuador.—La ciudad de Guayaquil.—Excursiones por el Guayas y el Daule.—La caza del cocodrilo.—Sale Martínez para Quito.—Guaranda.—Ambato.—Tacunga.—Entrada en la capital.—Salen de Valparaíso Isern y Espada.—Navegación y escalas.—Únense en Guayaquil a D. Manuel Almagro.—Salen para Babahoyo Espada e Isern.—Observaciones del primero.

«*El gran viaje*». Así llamaban nuestros Naturalistas a la travesía de Sur-América por la parte más ancha, siguiendo el paralelo 2.° de latitud meridional desde Guayaquil hasta terminar en el Atlántico. Se trataba, por consiguiente, de cruzar los Andes por segunda vez, (la primera tuvo lugar el año 1862 por las Pampas argentinas según hemos visto) avanzar por tierra al encuentro del Napo y descender por el mismo y el Amazonas hasta la desembocadura de éste.

La decoración cambiaba por completo; pero lejos de aminorarse las molestias y sufrimientos, podían tener por seguro que, muy al contrario, aumentarían extraordinariamente.

Es verdad que se libertaban de la esclavitud a que se les sometía en la Escuadra, de cuyos movimientos dependían en todo y por todo; es verdad que no tendrían que soportar las desatenciones de los tripulantes de la «Triunfo», es verdad que no verían pasar los días inútilmente recluídos en un ca-

marote y sufriendo las molestias del mareo y los embates de las olas, pero también lo es, que aun ahora caminarían con tiempo limitado, como veremos más adelante, y habría de presentarse otra lucha diaria con la insensibilidad e inercia de los indios, con un itinerario sembrado de continuos escollos y con climas altamente insalubres, y en fin, con privaciones sin cuento.

Debe advertirse además, que marchaban al *gran viaje,* con la oposición no sólo del Almirante de la Escuadra que había ordenado el regreso de Martínez y compañeros a España, sino también del Ministro español en Chile y del mismo Gobierno de Madrid, que en un principio confirmaron el acuerdo de Pinzón. ¿Cómo se explica que después de todo esto y después de tres años de sufrimientos físicos y morales que no pudieron menos de quebrantar su salud y entusiasmos, insistiesen todavía en lanzarse a semejante aventura? Sin duda alguna por un sentimiento de dignidad y de decoro. Las trabas inherentes a su dependencia de la Escuadra, les habían hecho perder mucho tiempo; no estaban satisfechos aún de su labor y deseaban sacar de su viaje el mayor fruto posible aun con exposición de sus vidas. Esta circunstancia y el compañerismo fueron las causas impulsoras del gran viaje que vamos a referir.

A pesar de todo esto, el proyecto no hubiese llegado a realizarse sin la actitud caballeresca y amistosa del Presidente del Ecuador, García Moreno, con respecto a España. Una y otra vez le instaron el Perú y Chile, para que se asociase a ellos y rompiese las relaciones con el Gobierno de Madrid, pero aquél replicó siempre que jamás lo haría mientras no le constase que éste aprobaba la toma de las Chinchas realizada por nuestra Escuadra. He aquí por qué pudieron Martínez y Almagro desembarcar en Guayaquil el 31 de Agosto de 1864 y alojarse en el «Hotel de Francia» sin ser detenidos ni molestados por nadie.

Tiene Guayaquil un pasado muy interesante. La primitiva ciudad ocupaba el declive y planicie situados al pie del cerrito verde, llamado Santa Ana. Fué fundada en 1535 por Sebastián de Belalcázar, Carlos V la concedió en el mismo

año el título de ciudad; un año después la reedificó y extendió Francisco Zaera, y en 1537 recibió nuevas reformas y aumento de Francisco de Orellana. En 1696 fué pasto de las llamas y levantada de nuevo sobre la ribera del río, en un sitio contiguo al primero. Quedaron todavía en éste varios edificios que fueron puestos en comunicación con los recién construídos mediante un puente que servía para salvar desigualdades del terreno y de esteros, o terrenos anegadizos.

Las viviendas y demás como iglesias, conventos, hospital, eran en su mayoría de maderas escogidas, y algunas de éstas de mampostería.

La parte nueva de la ciudad era conocida con el nombre de *astillero,* por hallarse instalados en él los talleres para la construcción de navíos.

De ellos salieron en 1602 los veleros de alto bordo «Jesús María» y «Santa Isabel», y ocho años después, los barcos de guerra «San José» y «Santa Ana».

El número de sus habitantes se calculaba en 12.000. Guayaquil fué teatro de la sublevación de los *huancavilcas,* y víctima de pestes, saqueos e incendios, que precipitaron su decadencia.

En 1589 diezmó sus habitantes una epidemia espantosa que se repitió en años sucesivos, cebándose especialmente en la población india.

Siguió a esta calamidad la de los piratas. En 1624, el famoso Capitán holandés Jacobo Heremite Clerk, después de sitiar el Callao, envió a Guayaquil seis navíos con 200 hombres, que asaltaron la ciudad vieja y comenzaron a incendiarla, encontrándose con la resistencia de sus habitantes que les obligó a huir. En Agosto del mismo año se repitió la escena por 500 piratas, que no pudiendo saquear la ciudad al retirarse, incendiaron la armada real en las inmediaciones de la isla de Puná. En 1686 tuvo lugar nuevo asalto y robo, por piratas franceses; un año después, por ingleses, capitaneados por Eduardo David, a quien guió por los bosques, la traición de un esclavo; en 1707, por Guillermo Dampierre, pirata inglés, que se apoderó de dinero, joyas y mercancías; en 1709, por Clipperton, también inglés, ayudado por el propio Corre-

gidor de la ciudad, y en 1816, por Guillermo Brown quien salió mal de su empresa.

Los incendios ocurridos en los siglos XVII y XVIII fueron más de veinte, que ocasionaron pérdidas inmensas. Como se ve, la historia de Guayaquil es tristemente pródiga, en contratiempos y desgracias.

La ciudad ofrecía, por los años de 1864 y 65, desde el río, bello y original aspecto; pero su interior, compuesto de casas vetustas de madera y barro, sus calles sucias y pobladas de cerdos, gallinas y asnos, interrumpidas por fétidos pantanos, las copiosas y frecuentes lluvias que durante siete meses descendían sobre ella, unidas a la temperatura cálida y sofocante que allí reinaba, eran un foco perenne de incómodos insectos y de toda clase de enfermedades.

La población constaba entonces de unas 20.000 almas, negros, mulatos, blancos, mestizos e indios diferentes de los *quechuas* y oriundos probablemente, según Almagro, de la nación *Cara* que habitaba esta parte del Pacífico.

Guayaquil era por esas fechas asiento de un activo comercio de cacao, maderas, tabaco, café, azúcar, aguardiente de caña y goma elástica; Martínez y Almagro emplearon los seis primeros días en visitar a varios amigos, hacer compras de peces y disponer los preparativos necesarios para una excursión por el río Guayas y pueblos inmediatos. El día 5, al anochecer, embarcaron en una balsa que durante varias horas avanzó río arriba impulsada por la marea; cuando ésta inició el descenso, procedieron al amarre tratando de acomodarse para pasar la noche y defenderse de los mosquitos a favor del toldo y del mosquitero; ¡vano empeño! una nube de éstos cayó sobre la balsa cebándose en los ocupantes sin que fuesen obstáculo cuantas precauciones habían adoptado. Al siguiente día continuaron la navegación que interrumpían frecuentemente para recoger, en las riberas, insectos, moluscos, plantas, etc. Desde aquélla percibieron, por vez primera, las detonaciones del *Sangay*, y tuvieron ocasión de observar numerosos cocodrilos, cuya proximidad se hacía notar por el fuerte olor almizclado que desprendían.

El 7 les amaneció en San Borondón, y aquí pasaron dos

días dedicados especialmente a recoger peces y aves. El 9 llegaron a Pimocho, resolviendo seguir a Bodegas, que distaba tres horas solamente. Una pequeña canoa tripulada por dos indios les condujo a éste por el río Pimocho. Bodegas, situado en terreno bajo y pantanoso, tenía sus viviendas sobre pilarotes de madera por causa de frecuentes inundaciones que obligaban a sus habitantes a emplear las canoas para trasladarse de un punto a otro. A él acudían en gran número los indios cargueros a quienes contrataba un comisionado, que respondía por el apodo de Lucero. El aspecto del pueblo era poco agradable; sus tiendas recordaban las de nuestras aldeas, y la Iglesia, dice Martínez, muy falta de aseo, tenía como las restantes del Ecuador, un sello muy marcado de antigüedad.

El 10, por la tarde, hicieron una excursión por el Río Seco, surcando aquella corriente serena y tranquila en medio de un grato silencio sólo interrumpido por el paso de alguna embarcación o por las voces de los negros que habitaban las casitas de las riberas. Cada vivienda tenía amarrada muy cerca su correspondiente canoa para transportar al mercado los múltiples frutos de aquel feracísimo suelo: cacao, arroz, caña, mangos, guanabanas, piñas, aguacates, sandías, plátanos, mameies, pomarosa, naranjas, etc., etc. Algunas de las citadas embarcaciones iban provistas de un toldo de palma, llamado *pamacare,* para defender a sus ocupantes del sol y de la lluvia; otras eran tan pequeñas que con dificultad daban cabida a una persona; en todas llegaba el agua hasta los mismos bordes, explicándose el que no se hundiesen por la tranquilidad de la corriente y la destreza insuperable de los indios en su manejo. Pasaron después los excursionistas al estero de Pimocho navegando por estrecho sendero fluviatil desde el cual se alcanzaban las ramas de la vegetación exhuberante que adornaba sus riberas, y se veía multitud de aves de brillantes colores que daban al paisaje un aspecto realmente encantador.

En el pueblecito de Pimocho, formado por algunas casas diseminadas en el poético vergel, hicieron alto Martínez y Almagro para tomar algún descanso, y con este motivo tu-

vieron ocasión de presenciar el curioso procedimiento de la caza del cocodrilo que nos describe así el primero: «Toman, dice, un palo largo al que se ata un lazo de cuero con hoja de plátano retorcida, de manera que quede el lazo en hueco en tal proporción que pueda entrar el cocodrilo. Un hombre tiene el palo en tal posición que el lazo penetre algo en el agua, otro tiene la extremidad de éste, mientras que un tercero echa a volar un pato, sujeto por una cuerda cerca de la orilla. Al ver el ave acuden precipitadamente los cocodrilos, y no es raro que alguno traiga la dirección conveniente para que el hombre que sostiene el lazo pueda colocarlo en la disposición más adecuada para que entre en él la cabeza del reptil. Gritan entonces los hombres, espántase éste, y al pretender la huída queda enlazado, haciendo esfuerzos para escapar, lo que sólo consigue en el caso, muy raro por cierto, en que se rompa el lazo. Cuando ha perdido sus fuerzas lo arrastran a la playa y lo desnucan con martillo o hacha, en cuya ocasión da enormes resoplidos y despide fuertísimo olor de almizcle.

De este modo matan con facilidad a los lagartos que están *cebados,* es decir, que persiguen al hombre, de lo cual hay allí frecuentes ejemplos». En esta ocasión se adquirieron algunos ejemplares de aquéllos, que fueron agregados a las colecciones después de preparados debidamente.

También observaron nuestros viajeros que algunas familias tenían viviendas bastante cómodas y espaciosas sobre grandes balsas situadas en el estero como sitio más a propósito para defenderse de los ardientes rayos de aquel sol tropical. No queriendo Martínez y Almagro, prolongar más sus exploraciones, tomaron el vapor »Washington» que les condujo en pocas horas a Guayaquil.

Cuatro días permanecieron en ésta preparando colecciones para su envío a España. El 17 emprendieron nuevo viaje a una heredad del Dr. Alcides Destruge, la cual distaba algunas leguas de Guayaquil. Navegaron primeramente por el Río Daule a impulsos de la marea hasta llegar al pueblo del mismo nombre. Aquí debía dar comienzo la travesía por tierra y fué necesario proveerse de caballerías, comenzando con esto las

dificultades. Los partidarios de Urbina, Jefe del pronunciamiento contra el Presidente García Moreno, habíanse apoderado violentamente de cuantos caballos encontraron a la mano, y esto dió lugar a que todos los que disponían de semejantes bestias las ocultasen cuidadosamente. Después de múltiples gestiones consiguieron por fin del Alcalde dos de aquéllas y sin más esperar emprendieron la marcha.

A las ocho de la noche reinaba oscuridad completa, lo que les obligó a pedir alojamiento en un rancho inmediato; pero sus habitantes, ya exasperados por los continuos desmanes de la soldadesca les recibieron con maneras descompuestas, negándose no sólo a franquearles las puertas de la vivienda, sino también a hacerles indicación alguna sobre el camino que debían seguir. Mohinos con semejante recibimiento y perseguidos por los perros, marcharon a la ventura, extraviándose poco después y tomando una estrecha vereda sembrada de *sartenejas,* es decir, de hoyos más o menos profundos producidos por la retracción del légamo al secarse los charcos en terrenos arcillosos. Felizmente el instinto de los caballos les salvó de tropiezos y caídas y así pudieron avanzar hasta encontrarse con un pantano que les cerró completamente el paso. En semejante situación determinaron mandar delante al guía para que buscase el vado, pero ante la tardanza en la vuelta de éste, les fué preciso tender allí mismo sus camas y toldos en medio de las tinieblas de la noche, y sin comer y hostigados además por una nube de *zancudos,* esperar el regreso de aquél. Tuvo lugar algunas horas después, y con no pocas molestias lograron llegar al pueblo de Santa Lucía. Hacen alto aquí, y sin gran demora, siguen su marcha con rumbo a la hacienda del Sr. Ronquillo, salvando lomas, sartenejas, arboledas espesas, troncos atravesados y fangales profundos. Después de pasar el Daule y plantíos inmediatos, extravíanse nuevamente y a los pocos minutos ruedan por el suelo los caballos del guía y de Martínez con sus respectivos jinetes. Levántanse éstos maltrechos y cubiertos de barro, y después de mil idas y venidas, en busca del camino, dan por fin con él y con la hacienda del Dr. Destruge, llamada «San Judas». Aquí se hallaba éste en

espera de sus huéspedes, a quienes recibió amablemente en su amplia y cómoda vivienda. Cerca de ella veíanse las de sus aparceros, hechas de madera, caña (huama) y paja.

Martínez comenzó sus trabajos cazando a la lámpara gran cantidad de insectos. Al siguiente día recogió moluscos y plantas que muy difícilmente pudo salvar de la voracidad de unas pequeñas hormigas que son allí el azote del Naturalista. Destruge les regaló también una colección de reptiles que tenía recogida.

El 24 hicieron una excursión por las inmediaciones hasta Chonana. Almagro y Destruge visitaron un enterramiento próximo a esa población y extrajeron algunos restos humanos, que vinieron a aumentar las colecciones etnográficas. El 26 llegaron hasta Pula y el 27 volvieron a Guayaquil llevando gratos recuerdos de la hospitalidad y atenciones de Alcides Destruge y abundante cosecha de material científico.

Martínez dió los últimos toques a la preparación y embalaje de los envíos para España, incluyendo en éstos aparte de moluscos, crustáceos y plantas, una numerosa colección de peces y otra de guanos y salitres de Iquique (Perú).

El 8 de Octubre se despidió de Guayaquil para dirigirse a Quito con el fin de tomar allí las medidas necesarias para el viaje al Napo. Almagro quedaba todavía en aquella capital. Provisto del correspondiente pasaporte expedido por el Cónsul de España en Guayaquil, Sr. Herrero Delgado, embarcó Martínez a las ocho de la mañana en el vapor «Smyrk» con rumbo a Babahoyo (Bodegas). Llegó a ésta a las seis de la tarde, y después de serias dificultades para proveerse de caballos continuó el 9 su viaje, durmiendo en Cascari. No pasó por Guacamayo y pernoctó en Columa. La travesía era cada vez más dificultosa: bosques vírgenes, lluvias torrenciales, lodazales inmensos, pasos por veredas estrechísimas donde se cruzaban con recuas de mulos que les impedían el paso y les golpeaban con sus cargas, despeñaderos peligrosísimos donde un descuido podía conducirles al precipicio y cuestas empinadas, cuya subida costaba sudores y fatigas sin cuento, he aquí las condiciones en que viajaba Martínez sin más compañía que la de sus guías.

El 12 llegó a Guaranda, alojándose en casa de un tal Vadillo, especie de bandido, dice aquél, colocado en el camino para hacer pagar el tributo a los viajeros, en sociedad con el ya conocido Lucero. Al siguiente día pasó por el Alto del Arenal, admirando el majestuoso Chimborazo, rodeado de blanquísima nieve; continuó después por Mocha, pequeño pueblo situado en las faldas del Carachisvazo y punto de confluencia de multitud de arrieros que paraban allí con sus mulos. Estos sustituían ya por aquellas fechas a las llamas que sólo cargaban un quintal en pequeñas jornadas. La vegetación de Mocha le recordaba a Martínez la del mediodía de España, tanto por el cultivo (frutas, cereales, agave, etcétera) como por las plantas espontáneas. «Algunas de las casitas del camino, añade, de las clasificadas como tambos, sirven para descansar y proporcionar las jornadas a las caballerías de carga; pues aunque este trozo no tiene grandes accidentes, hay un piso arenoso y movedizo que molesta a las bestias y polvoredas inmensas que levanta un viento duro, del que suelen defenderse los naturales con caretas o anteojos». En esta ocasión encontróse Martínez con un indio a caballo provisto de lanza o pica y precedido de otro, cual nuevo don Quijote; hechas las averiguaciones correspondientes resultó ser la posta o correo. Poco después se le acercó una mujer, que tomándole por vendedor ambulante, le pidió pañuelos, repuso aquél que no podía servirla, pero que compraría con gusto un kilo de los magníficos fresones que presentaba la interpelante. Así lo hizo, y después de probar algunos, entregó la mayor parte al guía con especial encargo de que los conservase para comerlos en el primer descanso; pero aquél, sin más espera, *dió cuenta de todos ellos* en cuanto Martínez volvió la espalda.

El 14 entró éste en la villa de Ambato, que le produjo muy grata impresión hasta el punto de calificarla en su Diario, como la más bonita del Ecuador. Tal efecto hicieron en su ánimo sus calles rectas, anchas y bien cortadas, sus casas limpias e higiénicas y sus deliciosos huertos y jardines fertilizados por el río del mismo nombre. Después de breve descanso atravesó el río «Guapante», llegando al poco rato a la

hacienda del Sr. Lalama, en cuya compañía pasó algunas horas muy atendido y obsequiado, y continuó su viaje hasta la casa del Jefe militar, donde le prepararon cómodo alojamiento.

El 16 llegó a Tacunga, pueblo muy bien situado, pero cubierto de ruinas que denunciaban la proximidad del Cotapaxí, dando al citado pueblo un aspecto triste y melancólico. Continuó el mismo día la marcha hasta la hacienda del Sr. Cornejo, donde pasó la noche, y el 17 visitó el palacio de los Incas o «Hacienda del Gallo» y tuvo ocasión de observar de cerca el Illiniza con su bifurcada cúspide cubierta de nieve, el Corazón, de forma original y típica y el Rumiñaguí, tan célebre en la historia de los antiguos indios del reino.

Por fin el 18 entró en Quito después de diez días de marcha incesante y de un recorrido de más de cien leguas, en lucha con toda clase de obstáculos y dificultades.

Volvamos ahora a sus tres compañeros de expedición, Almagro, Isern y Jiménez de la Espada. El primero había quedado en Guayaquil esperando a los otros dos que permanecían en Valparaíso, Isern preparando el herbario que Philipi le ofreció, y Espada la famosa remesa de animales vivos.

El 11 de Octubre del 64, embarcaron en el Vapor «San Carlos» haciendo escala en Huasco, Puerto Caldera, Cobija, Arica, Quilca y Pisco.

El 22 por la mañana fondearon en el Callao, continuando a bordo bajo la vigilancia de marineros peruanos, para que no saltasen a tierra. En la misma forma hicieron trasbordo al vapor «Perú» que levó anclas el día 24.

Isern consigna en su «Diario» algunas observaciones que no dejan de ofrecer interés. En un pequeño islote cercano a Guacho, vieron gran cantidad de lobos marinos, que se zambullían pesadamente al disparar sobre ellos, emitiendo sonidos que semejaban, dice, al mujido del toro y al gruñido del cerdo.

El 26 llegaron a Canna bordeando la isleta *Oval,* que situada en la parte Norte, se conoce allí con el nombre de «La Viuda». Los compañeros de navegación recordaban con este motivo, a nuestros viajeros, el emocionante naufragio

de la fragata peruana «Mercedes», lanzada por las aguas el año 1855 contra dicho islote, desapareciendo entre las embravecidas olas, sus setecientos pasajeros.

En el puerto de Huancho vió Isern algunas valsas, que, por lo raras, llamaron su atención. Consistían en dos haces de *totoras* (plantas acuáticas) conocidas allí con el nombre de *caballitos,* sobre las cuales se sostenía en cuclillas el indio que las guiaba.

Sin novedad especial continuaron su viaje visitando los puertos de Malabrigo, San José de Lanbayeque y Tumbes, en los días 28 al 31 en que desembarcaron en Guayaquil.

El incansable botánico había tomado durante la travesía cuantas notas pudo acerca del aspecto y vegetación de las costas, después de enviar a España, poco antes de salir para la capital del Ecuador, 30 paquetes de plantas chilenas. Todas ellas vinieron ordenadas y clasificadas, según Linné y Gay, y aún hoy las hemos visto perfectamente conservadas después de medio siglo, pudiendo admirar el esmero y cuidado con que han sido recogidas y dispuestas.

El 11 de Noviembre de 1864 abandonó Guayaquil D. Manuel Almagro, y el 15 lo hicieron Isern y Espada acompañados de los sirvientes Pancho y Joaquín y de tres perros que juzgaron conveniente llevar consigo como auxiliares en la expuesta travesía.

La causa del adelanto de Almagro fué el buscar 50 mulos que necesitaban para las cargas, aparte de otros elementos indispensables en esos casos.

Sus dos compañeros tomaron el vapor «Washington», ocupado por numeroso pasaje. Espada comienza su interesantísimo «Diario», describiéndole con pinceladas magistrales. ¡Qué pasajeros! los de primera (sobre la toldilla) de color más o menos moreno, amarillento enfermizo completaban con sus trajes ese tipo de retratos de prendería tan común en Guayaquil. Abajo sobre cubierta la reunión es más pintoresca; zambos, cholos (mestizos de india y blanco), el triste chino de repugnante fisonomía, indios, etc., etc. Hay entre ellos una india del tipo más hermoso que he visto en esta raza. Es pura, color de ámbar, ojos negros y vivos, nariz aguileña

aplastada sin embargo hacia la base; frente estrecha, pelo negro y fino como untado de aceite, abierto por el centro de la cabeza y recogido en un moño, del que cuelga un penacho que le da mucho carácter. Todos sus movimientos revelan un carácter virgen y salvaje. Cuélganle de las orejas dos aretes de chapas anchas, labrados como rayos de sol y brillan ardientemente sobre el color de su tez.....»

Por el mismo estilo sigue pintando Espada con exquisito arte de naturalista-poeta, los encantos de aquella navegación por el Guayas, hasta su arribo a Bodegas pocas horas después. Aquí encontraron al Sr. Almagro acampado en su tienda al otro lado del río. Espada e Isern colgaron de unos árboles sus pequeñas hamacas, y tendidos en ellas comenzaron su sueño que fué interrumpido bien pronto por menudísima y pertinaz *garua* (llovizna). Este sitio se llamaba Elvira y es célebre en la historia moderna del Ecuador por haber sido teatro de la sangrienta batalla en que fué derrotado por el General Flores (partidario entonces del Presidente García Moreno) el insurrecto Franco, el día 7 de Agosto de 1860.

Flores poseía allí una quinta, habitada entonces por un hijo suyo, quien por cierto no se dejó ver de los nuestros. Aprovecharon Espada y compañía para cazar aves que recogieron en abundancia, y confiando en las ofertas del dueño de la casa no habían tenido la precaución de proveerse de viandas para el día; pero como aquel no las cumpliera se encontraron en el trance de tenerse que trasladar con sus cargas a la ribera opuesta del Guayas en busca de fonda. «¡Vano intento! exclama Espada. En Bodegas, un pueblo que es la entrada del Ecuador, lleno siempre de arrieros, de pasajeros, de movimiento y tránsito, no tienen un hotel, una posada donde dormir. Resolvimos acostarnos en la calle. Extendí una manta y me eché junto a las cargas, al raso como un granuja: ¡qué vida! A las ocho de la noche todavía no habíamos comido, busqué dónde; sólo encontré un figón de chinos donde nunca falta qué mascar; pero ¡qué figón! Es necesario tener el hambre y la necesidad que yo sentía, para resolverse a tomar algo en aquel sucio lugar. Estaba dividido en dos, en una di-

visión la cocina con una mesa, en otra la tienda con otra mesa. En ésta comía y bebía la gente baja, en la otra los caballeros. Barren el sitio que uno deja con una escoba y así lo limpian de migas y restos.»

Con esta escena termina la estancia de la Comisión Científica en el pueblo de Bodegas.

CAPÍTULO II

Salen de Babahoyo Isern, Almagro y Espada.—Primeras dificultades.—Escala en la Mona y el pájaro «Vete a trabajar».—El Pisagua y sus riberas.—Zeiba.—El Jorge y la fiesta del Paso. La cuesta de Angas.—La «pocilga» de Aluzana y sus habitantes. Nichos.—Flora de la cuesta de Angas.—Visita al Chimborazo.—Observaciones.—Frases de Humboldt.—Paso por El Ensillado e Illangana.—Impresiones de Isern.—La Mocha.—Ambato.—La flora de sus cercanías.—La Moya.—Mulaló y Tacunga.—Ascensión de Espada al Cotopaxi y observaciones del mismo.—Detalles acerca de ese volcán y de sus principales erupciones.—Visita al Palacio del Gallo y observaciones de Espada.- Llegada a Quito.

Dispuestos ya los preparativos del viaje salieron por fin de Babahoyo el 17 de Noviembre del 64, tomando el acuerdo de dar varios rodeos para visitar Río Bamba y cercanías del volcán Sangay y practicar ascensiones al Chimborazo y al Cotopaxi, en vez de dirigirse a Quito por la vía directa, como lo había hecho Martínez. A las dos de la tarde emprendieron la caminata bajo un sol abrasador acompañados de Pancho, Aguirre y los tres perros y precedidos de cuarenta y tantos mulos cargados con equipajes y colecciones. Las cargas reciben allí el nombre de *chullas*, y de *sobornal* o *soborno* lo que se coloca sobre ellas, que no debe exceder de dos tercios de carga. Los *sobornos,* dice Espada, dan lugar a continuas cuestiones con los arrieros, pues no quieren cargar sobre sus mulos ni una onza más. Los pobres animales no descansan ni un sólo día, pues al llegar al término de un viaje vuelven a fletarlos inmediatamente.

A las primeras de cambio comenzaron a caerse bultos, por

falta de una mano experta cuando los cargaron, y esto, como es natural, fué causa de una jornada fastidiosa y llena de molestias. A mayor abundamiento aquel mismo día les mataron traidoramente el mejor de los perros que llevaban. En las primeras horas de la noche llegaron a la *Mona,* pequeño pueblo situado a orillas del río del mismo nombre. En medio de las tinieblas se dejaban sentir los ruidos del Cotopaxi, como una tempestad lejana, y cuando un sueño profundo habíase apoderado de nuestros viajeros, les despertó repentinamente una extraña algarabía de la que destacaba en tono muy subido la frase «vete a trabajar» «vete a trabajar»; procedía de una multitud de pájaros de *este nombre,* que desde el bosque inmediato repetían todos juntos al unísono, las palabras dichas.

El 18 salieron al amanecer de la Mona, y a las nueve encontraron en «Palo Largo» al Sr. Almagro con sus arrieros, y en Savaneta se detuvieron Isern y el anterior para probar el almuerzo. Espada se adelantó con las cargas sin tomar alimento, internándose primero en un delicioso bosque y siguiendo después la cuesta paralela a la cuenca del cristalino Pisagua que marcha sobre un lecho de granito y rocas porfídicas, atravesándolo seis veces. Su declive, dice Espada, es rápido y en las selvas se admira la prodigiosa variedad y belleza de las flores que resaltan sobre aquel tupido ramaje, sobre los frescos helechos, algunos de los cuales llegan a cinco varas y bajan pendientes de las ramas de los árboles. Bien pudiera la imaginación más caprichosa ir pidiendo formas y colores a estas flores, todas se lo presentarían como por encanto y quedaría satisfecho.

El 19 salió para Guaranda D. Manuel Almagro en compañía de un hermano del Jefe político de aquel departamento, quedando todavía en Zeiba, Espada e Isern, retrasados por las cargas.

Al anochecer llegaron a Zeiba, encantador pueblecito, cuyas bellezas nos describe Espada en su «Diario» con verdadera maestría. A pesar de ellas pudieron observar nuestros viajeros que los habitantes presentaban casi todos aspecto enfermizo, cual si estuviesen atacados de calentura. Cenaron

huevos y un guiso compuesto de trozos de gallina y yuca (1) y durmieron libres de zancudos.

No hallaron en el pueblo alimento para las bestias y fué necesario salir al campo a segar hierba.

Después de mil dilaciones, hijas de la indolencia y apatía de los indios, se pusieron en camino con dirección a la posada de «El Jorge», encontrándose a las pocas horas con la romería de Angas o *del Paso*. Semejantes fiestas se prolongan allí por todo un mes que pasan los indios en bebidas y bailes. Son aquéllas un aguardiente de caña, flojo, peor que la *cachaza* del Brasil, dice Espada, y el *guarapo,* jugo de caña fermentado, de color amarillo sucio, parecido al de agua de río en avenida y de sabor agridulce semejante al de la sidra y con un dejo de melaza.

La música consiste en una murga compuesta de bombo, clarinete, figle y cornetín, que tocan aires europeos y algunos del país. El baile se verifica colocándose el hombre frente a la mujer que da pasos pequeños de derecha a izquierda con movimientos cortos. Recuerda algo a la danza, aunque sin la gracia de ésta.

La presencia de nuestros viajeros llamó muy pronto la atención de los concurrentes, quienes se apresuraron a ofrecerles aguardiente y guarapo, que aquéllos hubieron de gustar no sin alguna repugnancia. La figura saliente de la fiesta parece que era la *jueza,* cuyo interés excitaron muy pronto así el machete, como las monturas y algunas prendas de los trajes de Isern y Espada. Este la regaló una navajita de cortar uñas, rehusando el precio que aquélla le ofrecía.

Otro personaje de la fiesta era un tal D. Martín, único que vestía levita, y a quien por cierto encontraron después los nuestros en el camino tendido sobre un *camellón* (2) y durmiendo una monumental borrachera.

El 1.° llegaron a «El Jorge», y con este motivo exclama Espada: «Hemos encontrado arroz y pollos y puerco fresco,

(1) La *tiñola* filipina.

(2) Llaman así a las huellas que dejan los mulos, teniendo que marcar las pisadas regulares con una igualdad perfecta y que parecen hechas artificialmente.

contamos con cena segura, y en lo demás ¡Dios nos ayudará! No hay pan ni le habrá en todo lo restante del camino donde habremos de sustituirle con plátanos.»

En este punto recogió Espada varias ranas del género *Hyla* y mariposas bellísimas posadas sobre lodazales, «cual pulcras señoras atravesando una calle sucia».

El 20, a las once, dejaron a la posada de «El Jorge» para emprender poco después la fatigosa ascensión por la empinada «Cuesta de Angas». Los viajeros se vieron compensados por el delicioso panorama que entusiasmó mucho a Espada. Después de pasar «Aluzana» entraron en «Camino Real» donde hizo alto Isern a causa del cansancio de las bestias. Espada siguió hasta Aluzana. «Es, dice, una casa vieja y fea; me dieron una *pocilga* por cuarto y dormí sobre el sudadero y la silla. En la cocina había cuatro perros, tres gatos, varias crías y un chiquillo que lloraba. Yo mismo ví *o casi ví* (porque lo hicieron sin luz) preparar el *locro, papas* y una gallina despedazada, y sin embargo, comí con apetito aquel bodrio».

«La casera y sus hijos miraban con envidia que yo diese los huesos a los perros; los dejé en el plato y cuando terminé de comer se apoderaron de ellos y no quedó ni resto.»

Al terminar la cuesta de Angas cambió repentinamente el aspecto del paisaje y la temperatura, y Espada se ve precisado a vestirse el poncho que resultó insuficiente para defenderle del frío. Durante el viaje observó algunas calaveras depositadas en pequeños huecos abiertos en el corte del camino, rodeadas de piedras y flores. Preguntada la casera de Chima, respondió que estaban así para que los caminantes rezasen por los que habían sucumbido en los campos de batalla. Era un tributo de piedad cristiana ofrecido a las víctimas de la guerra ....

Hemos advertido arriba que Isern se vió en la precisión de pararse en «Camino Real» por las causas allí dichas. El 21 reanudó la marcha que nos refiere así en su «Diario». Salimos a las cinco y media continuando la subida de la cuesta; a las nueve de la mañana estábamos en el extremo de la misma. Al comenzar el descenso me apeé del caballo por ser aquélla

muy pendiente para dar descanso a las bestias y principalmente para recoger plantas muy bonitas, algunas de las cuales veía por primera vez. La vegetación cambiaba rápidamente desde la cumbre. Al paso que iba perdiendo de vista muchas de las plantas de la región caliente aparecían las de región montañosa: las matizadas ericáceas, un *Rubus,* una umbelífera, un *Ranunculus,* etc. Este día encontré una *Mutisia* nueva en mi viaje, pero creo será conocida por ser muy abundante. Trepaba por los árboles cubriéndolos con su follaje y adornándolos con sus flores. También hallé una *Passiflora* purpurescente, hermanada con la *Mutisia;* se confundían desde lejos una y otra.

A las doce de la mañana llegué a San Miguel, después de bajar otra cuesta. Sólo encontré la *Passiflora* de tubo largo, que adornaba las cercanías del camino. Visto el terreno desde lo alto de la cuesta, presenta un aspecto por completo distinto, al que tenían los observados en los días anteriores. Se trata de una comarca montañosa desigual y toda cultivada de trigo, cebada, fréjoles, guisantes y papas.»

El 21 llegó Isern a Guaranda y al siguiente día lo hizo Espada con las cargas. Aquí permanecieron cinco días dedicados a recorrer las inmediaciones del pueblo y ordenar los objetos recogidos. El 26 salieron para la cumbre del Chimborazo, Espada e Isern, dos amigos, dos mozos, un guía, cinco mulos y cuatro caballos de silla. Se trataba de una ascensión al punto culminante por su altura, entre todos los de la República ecuatoriana; al histórico Chimborazo. Es éste una inmensa montaña que tiene por base la *meseta de Tapi* a 3.000 metros sobre el nivel del mar. Ese gigante de los Andes está formado por acumulación de fragmentos de rocas traquíticas con salientes y grietas que parten de un centro común; su altura es de 6.000 metros, y su aspecto hace ver sin duda alguna que se trata de un antiguo volcán, hoy completamente muerto. Sobre la región más elevada acumúlanse cantidades fabulosas de nieve y sin embargo, la masa líquida que fluye al exterior, escasamente alcanza la vigésima parte de aquélla que dan nevados bastante más pequeños. Esto hace suponer que la porosidad de la roca absorbe la mayor parte de las

aguas, las cuales en opinión de los geólogos se acumulan en una inmensa caverna abierta en las grietas del monte *Yanaurcu,* donde forman gigante cascada.

La contemplación de tan famosa montaña sugirió al barón de Humboldt frases tan encomiásticas como las siguientes: «el Chimborazo se levanta sobre toda la cadena de los Andes semejante a esa cúpula, majestuosa obra de Miguel Angel, sobre los antiguos monumentos que rodean el Capitolio». Aquel famoso explorador subió a la célebre mole, llegando a una altura de 5.909 metros, donde nadie había puesto el pie. Bolivar avanzó aún más y el intrépido Boussingault en compañía del Coronel Hall, alcanzó en 1831 los 6.004, quedándole por subir tan solo 520.

Espada reflejó con estas palabras la impresión que le produjo el Chimborazo contemplado a poca distancia. «En honor de la verdad el aspecto de esa montaña vista desde Guaranda, no corresponde al anhelo con que uno desea verla; pero me dicen que desde el ambón del Pongo abruma con su grandeza porque se la descubre desde la base. El fondo del valle es opalino que se confunde hacia el Oriente con el azul del cielo, el color de la cuesta pardo-negruzco, su falda mira a Occidente y entre esas dos masas se destaca el blanco plateado del gigantesco monte. Presenta, mirado de Occidente a Oriente, dos planicies casi horizontales en sus cimas continuas como sus agujas; la que cae hacia el Sur más elevada que la que mira hacia el Norte. Las filas de rocas sobresalientes se dirigen hacia la cima y alcanzan muy cerca de ella.

Aunque amanezca despejado, como a las diez del día se cubren de nubes que andan flotando a su alrededor y que se parecen por su color y forma al vapor súbitamente condensado de una caldera en ebullición.»

Los viajeros caminaron todo el día 26 con atmósfera serena y temperatura primaveral. A las cinco y media de la tarde pararon en una choza de paja conocida con el nombre de «Tambo del Ensillado». Desde aquí pudieron contemplar la cuesta, que por cierto no les pareció tan abrupta como esperaban.

El 27 avanzaron hasta Illangana, tocando a las diez el

borde de las nieves cerca del Salto de Curiquingui, al O. de la Puerta de la hoya del Putzil. Minutos después les sorprende un ruido semejante a un trueno; lo produjo el derrumbamiento de una gran porción del ventisquero del Putzil, sobre el cual estaban. A las doce quedan envueltos por nubes que arrastra el viento del O., y sigue a las cuatro de la tarde una nevada que les detiene en su marcha. Espada recoge plantas y rocas y toma curiosos apuntes, sobre el aspecto de la cumbre, fenómenos sentidos a la entrada, glaciares, etc., etc. Inician después la bajada y Espada rueda por la pendiente, sin más contratiempo que ligeras contusiones en el brazo y pierna derechos. D. Juan Isern consigna por su parte noticias curiosas acerca de esta excursión (1). «El 27 de Noviembre, dice, Espada y el que suscribe, subimos al gran Chimborazo; yo llegué hasta las nieves perpetuas y no pude continuar porque respiraba difícilmente y comencé a echar sangre. Me senté observando cómo subía Espada con su cazador hasta que los perdí de vista. Fuí bajando despacito recogiendo las pocas plantas que crecían cerca de la nieve: la más atrevida del reino vegetal es un liquen, que crece en las peñas. Un poco más abajo hallé lindas compuestas, con las cabezuelas inclinadas y cubiertas de una lana muy tupida para resistir las inclemencias de la muy fría y elevada región. ¡Qué momentos de gozo difíciles de describir, pero fáciles de comprender! Era un día claro, sereno, hermosísimo, reinaba un silencio sepulcral. Fuí bajando hasta hallarme en la región de la *Chuquisagua ¿insignis? ¿squamosa?* Con los troncos de dicha planta me calenté, habiendo dejado al guía con los tres caballos un poco más arriba. Fuí recogiendo algunas plantitas de las pocas que en aquella región vegetaban, *estrellas,* un *Bacharis,* cuyas hojas tienen el aspecto de *Thuya,* algo más amarga, pero no tanto como la *Chuquisagua,* propiedad que les vale no ser devoradas por el ganado, el cual tampoco llega a esta altura. Como a media legua de distancia estaba la región de las *gramíneas* y con ellas muchas otras familias; pero con el cuidado de estar a la mira para ver cuándo bajaba

(1) Carta dirigida a D. M. de la P. Graells; Quito 3 de Enero 1865.

Espada no me permití alejarme. Dieron las tres, las cuatro, las cinco de la tarde y Espada no aparecía. Temí un desastre, sin poderle dar socorro. Al anochecer me bajé con el guía con ánimo de alojarme en la primera barraca de indio que encontrase; a las ocho de la noche llegué a la choza de una familia de indios; gracias al guía que hablaba quichua, pudimos entendernos para decirle si a la mañana del día siguiente (28) me acompañaría en busca de mi compañero, y el cabeza de familia nos dijo que él solo no, pero que con otro del país sí. Afortunadamente encontré a Espada poco después de salir en su busca.....»

El 28 llegaron a la Mocha, pueblo de algunas cabañas situadas en dos filas sobre la cuesta que sigue a continuación de los escalonados volcanes Chimborazo, Carihuairazo y Puñatica.

Espada recuerda con fruición la espléndida cena que le sirvieron en aquella *pocilga,* alumbrada para mayor contraste por un sistema asaz primitivo, que nos refiere con estas palabras: «Un cacharro, bien un plato roto, taza, etc., un pedazo de sebo tal como se arranca del tejido adiposo y un trozo de trapo de una o dos mechas.»

El 29 entraron en Ambato, cuya edificación, aspecto y limpieza les produjeron el mismo efecto agradable que había sentido Martínez a su paso por allí. En él quedó Isern al cuidado del mozo Juan Aguirre que se sintió enfermo, y no pudo continuar. Con este motivo recogió las observaciones siguientes que nos ofrece en su «Diario». Llegada a Ambato a las doce del día. Enferma el cazador Juan Aguirre. Villa grande con dos posadas regulares; no se ve hasta llegar a ella por hallarse situada en un hoyo. Temperatura en el cuarto y por la mañana 14°. Cultivo: trigos, cereales, cebadas, centenos y papas. De frutas: manzanas, peras, en cuyos árboles abunda como parásita una bromeliácea. Flora restante: los dos agaves que sirven para lavar y otras aplicaciones: *Monyuica,* salvias, *Cestrum, Euphorbia,* passifloras de tubo largo, *Berberis, Ranunculus,* solanáceas, y en el río el majestuoso *Salix Humboldtiana,* varias compuestas y entre ellas el *Bacharis* de flor blanca, mata muy común en toda

América, y en los montes, por los ejemplares que he visto, la escorzonera americana y un *Croton*. He recogido semillas de éstas.»

El 30 siguió Espada para Pelíleo con el fin de visitar Moya. «Todo el camino es de arena menuda volcánica, muy movible y muy molesta, dice Espada, porque los vientos la transportan de un lado a otro. En algunos puntos tienen que desviarse las bestias para poder andar. Debajo de esta arena se encuentra toba volcánica, con grandes trozos de traquita, lava, etc. Algunas quebradas muestran un conglomerado de cemento cálcico muy blanco y muy bello, pero en trozos menudos. Mucho lagarto y poquísimas aves.

La Moya es un sitio célebre por haber salido de ella en dos épocas, erupciones de barro, que han arruinado el pueblo siguiendo el curso del río Palaté que pasa por allí cerca. Hoy día es un potrero. Tiene forma de anfiteatro con la abertura hacia el pueblo que se halla como si dijéramos en el proscenio. Se continúa hasta la cuenca del Palaté. El fondo es cóncavo, limoso, lleno de hierba; las paredes de pómez y toba volcánica como todo el terreno circunvecino, de manera que parece encerrada y hundida en él y saliendo de entre los bloques de pómez.....»

«En diversos puntos hay ciénagas, en las cuales se filtra el agua hasta la superficie. Indudablemente las aberturas de la Moya y los fenómenos que en ella tienen lugar son dependientes del volcanismo del Tunguragua, que aparece allí cerca altivo y hermoso.»

El 1.° de Diciembre de 1864 salió Espada de Ambato en compañía de Pancho con dirección a Mulaló, mientras Isern esperaba con Aguirre el restablecimiento de éste para seguirles. Espada nos cuenta en galano estilo la marcha a lo largo de aquellas quebradas, de lava y toba volcánicas, el paso de los ríos Sarache, Naguiche y Cutuche, y la vista de Tacunga, destacándose, entre la frondosidad, con su Iglesia cuya cúpula *parecía un botón de plata*. No pudo contemplar el Cotopaxi por hallarse cubierto, pero en cambio aparecía bien claro el Tunguragua, y también el Rumiñagua «que se destacaba sombrío sobre un fondo azulado-oscuro y tormen-

toso, sobre el cual se cernía una nube negra que amenazaba con truenos y color una cercana lluvia».

Nuestro viajero, que sólo se detuvo en Tacunga para comer, celebra con frases laudatorias el gusto y limpieza con que le sirvieron, después de los comistrajos que habían sido su alimento en los asquerosos tambos, donde buscara albergue durante su marcha. Molestado por la lluvia dejó Tacunga, pero comenzó a soplar viento N. E. que lentamente fué despejando las nevadas que podía alcanzar la vista. «¡Qué espectáculo! Estaba en medio de un círculo marcado por los nevados del Illinizani, hacia el N., con su cumbre piramidal notable por las alternadas líneas negras de la roca y blancas de la nieve, dispuestas horizontalmente o algo oblícuas, pero nunca verticales, que le dan aspecto de un sombreado a lápiz; al S. el hermoso Tunguragua; al O. la prolongada cima del Yana-Urcu; al N. E. la histórica montaña del Rumiñagua, cuya cima apenas alcanza a reconocerse, y al E., por último, el sublime Cotopaxi cuyo blanco penacho de humo se reune de cuando en cuando con otro de color ceniza, subiendo juntos al cielo sin mezclarse. El Cotopaxi parece una gigantesca ara de mármol en la que se está consumando un sacrificio, dominando toda la comarca y elevando una especie de tributo de la tierra al cielo.»

A las seis llegó al pueblecito de Mulaló, donde no era fácil encontrar alojamiento de no acudir a la casa parroquial. Así lo hizo, y el cura que era un venerable anciano, le recibió amablemente en aquella morada humildísima, pobre de aspecto y de moblaje, en la cual se respiraba un ambiente de una tranquilidad agradable. Espada consigna entre otros detalles el de una sesión de catequesis que presenció en la iglesia. Los niños y niñas, separados respectivamente en dos filas que se daban las caras, repetían la doctrina recitada por el Ayudante. A esto seguían algunos rezos que terminaban con la entonación de una salmodia, acabada la cual, salían delante las niñas y a continuación los niños, tocando aquéllas un cuerno.

Estaba Mulaló cerca del Cotopaxi y aprovechó Espada la oportunidad para visitar éste. A la una emprendía su ascensión acompañado de Pancho. Como a legua y media aparecen

las plantas de montaña: *fucsias, ribes, ericas, popas, chuquisaguas,* etc.; éstas avanzan después solas hasta mezclarse con montecitos de nieve, con algunas matas de gramíneas y con diminutas y acaules compuestas *muy agrupadas como para defenderse del frío.* Pernoctaron los expedicionarios en «Razularca» entre los barrancos Puicaganico y Purgatorio, caminando todo el día siguiente hasta Plazulara, término de las *chuquisaguas.* Aquí prepararon su rancho para pasar la noche. Encendieron fuego en medio de una niebla espesa que fué sustituída muy pronto por una nevada que les cubrió por completo. «En estas circunstancias, dice Espada, me acurruqué en mi poncho, me puse una garibaldina sobre la cabeza y me tendí como *un jabalí* sobre ellos.»

Al siguiente día 3 emprendieron la ascensión hasta llegar al pie de *Alu-rrucu* donde, hicieron alto. Espada tomó interesantes notas, de las cuales sólo algunas han llegado hasta nosotros. Según ellas, que coinciden en gran parte con las observaciones de Humboldt y de Villavicencio, el Cotopaxi está a 8 leguas de N. N. E. de Tacunga. Su forma es la de un cono truncado de una regularidad inverosímil, y de su cima desciende simétricamente la nieve hasta deshacerse en poéticas cascadas, como bucles de abundante y rubia cabellera. Su color varía notablemente con la dirección de los rayos solares, presentándose en ocasiones blanco purísimo que pasa al amarillo de oro cuando recibe los últimos rayos del sol poniente, y al azul violado con tintes purpurinos cuando las sombras proyectadas por los salientes rocosos de su inmensa superficie invaden una gran parte de ésta. De su truncada cúspide brotan con frecuencia ya columnas de humo, ya materias inflamadas, cuyos siniestros fulgores iluminan las tinieblas de la noche.

Su altura fué calculada por Humboldt en 5.754 metros y sobrepasa en 800 a la que tendría el Vesubio, si estuviese colocado sobre el Pico de Teide. Lo ancho del cráter se aproxima a los 1.000 metros y un negro anillo de rocas traquíticas corona las nieves perpetuas. Espada observó en las faldas de este volcán una extensa capa de arenas y fragmentos en que se hundían constantemente los viajeros que habían de

soportar, además de este obstáculo, los gases sulfurosos que viciaban la atmósfera, los cambios bruscos de temperatura consiguientes a un terreno escalonado y las oscilaciones del suelo producidas por frecuentísimos temblores.

El Cotopaxi tiene una historia triste de catástrofes y ruinas causadas por sus erupciones en distintas épocas. La primera, dice Villavicencio (1), ocurrió el año 1532 y creen algunos que en ella arrojó la copa de la montaña a la distancia en que aún hoy se la observa. En 1533 se repitió el fenómeno eruptivo que ocasionó grandes inundaciones. En 1743 apareció inflamado el volcán arrojando por innumerables grietas nubes de llamas que alcanzaron una altura de 900 metros sobre el borde del cráter, un año después brotaban de éste, cantidades inmensas de lava y agua hirviendo, mientras el temblor conmovía las capas terrestres llegando a sentirse en Honda a 200 leguas de distancia. En 1768 tuvo lugar la erupción más espantosa de todas, por la cantidad de piedras incandescentes, arena y agua que fueron lanzadas al espacio. Las cenizas llegaron a Guayaquil y Popayan, y en Tacunga y Ambato se vieron rodeados de tinieblas en pleno día hasta el extremo de encender faroles a las tres de la tarde. Los bramidos del volcán se percibieron desde la costa y alguna vez (en 1808) se licuó súbitamente la masa enorme de nieve que coronaba sus regiones más altas. Tal es la historia del Cotopaxi visitado por Espada en la fecha que arriba hemos consignado.

El 5 de Diciembre de 1864 salió Espada de Mulaló con objeto de visitar el palacio de Pachuzala o del Gallo. Era éste un edificio, o mejor dicho, parte de un edificio levantado por los incas durante el reinado de Huaina Capac, y en la época en que aquéllos invadieron el territorio de los *quitus* o primitivos pobladores del Ecuador en esa comarca. Semejante circunstancia le daba un inmenso valor histórico que le hizo objeto de atención para todos los historiadores de la República ecuatoriana. Espada examinó detenidamente aquellas ruinas constituídas por muros de piedras «cortadas en

(1) Geografía de la República del Ecuador.—1858.—pág. 47.

sillarejos la mayor parte cúbicos de un palmo de lado, o prismáticos de uno por dos de largo de una roca variedad de traquita, llamada dolerita, negruzca a veces con manchas rojizas, áspera, esponjosa como piedra pómez y tan ligera que flota en el agua como un corcho. Su labra fué sin duda muy fácil y más que suficientes para ella las hachuelas y cinceles de cobre de los canteros primitivos del Perú y Quito».

«Los sillarejos dispuestos en hiladas de igual altura están ajustados unos a otros por frotamiento. Las líneas de juntura superior e inferior forman dos paralelas horizontales, pero las otras son, o normales u oblícuas en ambos sentidos y con frecuencia curvas. Las caras externas de las correspondientes a la haz del muro son almohadilladas, arrancando esta labor desde las líneas de juntura. La superficie de las piedras, que constituyen las paredes interiores de los aposentos, están nada más que desbastadas como para sostener mejor algún revestimiento, del cual no logré descubrir resto o indicio alguno, aunque Juan de Betanzos dice, que los alarifes de los Incas acostumbraban a enlucir el interior de los edificios con una especie de estuco o mezcla amasada con lana o paja muy menuda después de bañar o empapar la pared con el zumo de los cardones, llamadas *aguacolla quizca, Cereus peruvianus*». En la época en que Espada visitó las citadas ruinas (Diciembre de 1864), hallábanse todavía en pie los cuerpos de los ángulos N. E., S. E. y S. O., faltando ya el del N. O. Cree nuestro viajero que, a pesar de haber construído los Incas este palacio en los días de su mayor cultura y florecimiento, resulta un edificio triste, bárbaro y frío como el carácter de aquéllos, sin tener siquiera la ruda grandeza de las construcciones del Cuzco y Tiaguanaco anteriores a la época de Manco Capac.

El trabajo de Jiménez de la Espada acerca del famoso palacio, ha servido para rectificar muchas inexactitudes cometidas por autores que se han ocupado de aquél, sin excluir al mismo Humboldt. Con esta excursión dieron fin a la primera etapa del «*gran viaje*», llegando a Quito el 7 de Diciembre después de veintidós días de camino, a partir de su salida de Guayaquil.

CAPÍTULO III

La ciudad de Quito.—Estado social del Ecuador.—El Presidente García Moreno.—D. Mariano del Prado.—Villavicencio.—Excursiones de Martínez.—Las fiestas de Guapulo y Tumbaco.—Desconfianza de los indios.—Teresa Paringuilago.—Las pucarás. Enterramientos de Puntiachil.—La casita de Pambamarca.—Llegan Espada e Isern a Quito.—Subida al Pichincha.—Llega D. Manuel Almagro.—Antecedentes históricos de ese volcán.—Ascensión de Uncibay 1582.—Relato de Ortigueira.—Ascensiones de Humboldt, Wisse y García Moreno.—Viaje al Pichincha.—Desciende al cráter Espada y queda perdido en él tres días.—Resultados de la expedición.—Inexactitudes de Humboldt y Lacondamine.—Flora del Pichincha.

La ciudad de Quito está situada a 13′ y 18″ de latitud S., 0° de longitud de su meridiano y 81° 5′ de longitud del meridiano de París, en la falda oriental de la montaña del Pichincha y dominada al S. por el montículo llamado por los incas «Javira», y posteriormente «Panecillo». Su altura es de 12.000 pies sobre el nivel del mar y la temperatura media anual es de 15° cent. Goza, por lo tanto, de un clima benigno, aunque demasiado lluvioso. El plano tenía por aquella época muchas desigualdades, aunque gran parte de sus calles eran rectas y los edificios estaban distribuídos en cuadrados regulares. Quedaban todavía en pie los Conventos y Colegios de las antiguas corporaciones religiosas ya desaparecidas, pero fuera de aquéllos, de los Palacios Arzobispal y de Gobierno, y de algunos más, lo restante ofrecía aspecto pobre y miserable.

La población ascendía por la época a que nos referimos a 50.000 habitantes clasificados en indios, quichuas y blancos descendientes de españoles.

Quito había sido en la antigüedad capital del imperio de los «quitus», gobernados por «Shiris», cuyo distintivo era una

esmeralda en la frente. Fué invadido después por los quichuas peruanos al mando de «Huayna-Capac», quien les derrotó en la batalla de «Hatuntaqui», casando al poco tiempo con una princesa del país. De este matrimonio nació el Inca Atahualpa.

Tanto la capital como los pueblos de la provincia, gozaron de vida holgada durante la dominación española, debido principalmente a la prosperidad de sus industrias de tejidos de seda, lana y algodón, que de continuo exportaban a los virreinatos próximos. Después de la independencia se abrieron los puertos al comercio extranjero, los géneros del país no pudieron competir con los europeos y vino la ruina, acelerada todavía rápidamente por las guerras y contiendas así exteriores como interiores. Hubo en la historia de la República ecuatoriana un paréntesis consolador que inició la reconstitución nacional de este pueblo; fué la presidencia de D. Gabriel García Moreno, quien hizo sobrehumano esfuerzo para levantarlo de la postración en que se hallaba, moralizando la hacienda pública, trayendo de afuera maestros competentes para educar e instruir a la juventud, organizando el ejército e infundiendo nueva vida en todos los resortes del poder público; pero el asesinato de ese grande hombre perpetrado en 1875 derrumbó toda la obra y sumió al Ecuador en un verdadero caos, del cual no ha podido resurgir aún.

Por aquella época desempeñaba la Legación de España en esa República D. Mariano del Prado, quien tenía por Secretario al Sr. Vizconde de la Vega. A ellos se presentó Martínez el mismo día de su llegada a Quito (18 de Octubre de 1864), y tuvo la satisfacción de oir de sus labios palabras de amigos y promesas de incondicional apoyo. Igualmente le cupo al ser presentado por el Ministro español al excelentísimo Sr. Carvajal, Vicepresidente de la República en funciones de Magistrado Supremo, por ausencia de su Jefe.

También trabó relaciones con el Dr. D. Manuel Villavicencio, Médico ecuatoriano, buen Geógrafo y Naturalista. La nación le había confiado por los años 1849-1853 el gobierno del Departamento de Quijos o Napo, donde fundó los poblados de Yasuni, Sinchichicta, Intillana y Nustrina, habiendo



Vendedor de agua.—Quito (1865).

verificado con este motivo varias excursiones a los bosques para estudiar de cerca las tribus de los záparos.

Sus informes y consejos tenían un valor excepcional para la Comisión, que también utilizó con gran fruto el mapa y la «Geografía del Ecuador», obra uno y otra del mismo Villavicencio.

Cuando el Sr. Paz y Membiela hizo su viaje a Quito, le rogó preparase una colección de aves, reptiles, etc., para el Museo de Madrid, y al presentarse allí Martínez un año después, tuvo la satisfacción de ver cumplidos aquellos deseos. Paz había tratado también en el mismo Quito, al P. Vicente Solano, misionero de la orden de San Francisco, que desde 1852 hasta el 60 se consagró a evangelizar los poblados que se extienden por las riberas del río Santiago hasta la confluencia de éste con el Amazonas. El citado Padre regaló un herbario al Sr. Paz, quien hizo donación del mismo al Jardín Botánico de Madrid. Aunque las plantas *carecen de localidades,* podemos calcular prudentemente que fueron recogidas en las márgenes e inmediaciones del mencionado río.

Tras breves días repartidos entre el descanso y las visitas citadas, volvió Martínez a sus tareas de colector, examinando primero los parajes próximos a la capital y disponiendo lo necesario para una excursión a sitios más apartados.

El 29 de Octubre salió de Quito en compañía de un cazador apellidado Chamorro, y después de pasar por Chuquiltica y Carapungo, atravesó el Guaillabamba sobre un alto y movedizo puente, bajo el cual pasaban murmurando las aguas del torrentoso río. Durmió en el «Tambo de San Rafael» y después de larga caminata por la pintoresca quebrada de Pisque atravesó el río de este nombre, y tras un ligero reposo en Cachihuango, hizo su entrada en Tabacundo a primera hora de la tarde, pudiendo dedicar todavía un rato a la caza de *quindis* (colibries).

El 31 continuó su excursión por el pueblo de San Pablo y su laguna, por Otavalo, donde visitó la bonita *chorrera* o cascada de Peguelir, por el pequeño lago de Cuicocha y caseríos de Mojanda y Malehingui. El 10 emprendió la vuelta a Quito ante la negativa de los guías a continuar el viaje.

Buscó alojamiento en casa del Sr. Garzón, pues hasta entonces había parado en la del Secretario de la Legación Sr. Vizconde de la Vega, y se dispuso a realizar nuevas excursiones. El 12 salió para Guapulo y Tumbaco. Encontró en el camino muchos colibries y otras aves de brillantes colores y bastantes *Bulimus,* y en el segundo de dichos pueblos tuvo la oportunidad de presenciar la fiesta que se celebraba. Había comenzado como todas por una función religiosa y terminaba con una gran borrachera de aguardiente. Bailaban al son de la flauta y el tambor moviéndose a compás, formando rueda en frente unos de otros o también aislados, y sin que fuesen obstáculo a ello los vapores del *guarapo* consumido ya en abundante cantidad. Vestían los hombres poncho de lana basta, calzones de algodón no muy largos y sombrero de mal fieltro, y las mujeres sayas cortas de colores vivos. Bebió Martínez *chicha,* instado por los indios, pero no pasaba de ahí la hospitalidad de éstos, quienes se negaron a darle alojamiento, viéndose precisado a continuar su viaje hasta la hacienda de D. Ulpiano Quiñones de la Loma, donde fué al fin admitido a pesar de hallarse aquél ausente. Aquí pudo notar la desconfianza que inspiraba a los indios, debida, sin duda, a los abusos y atropellos de que éstos habían sido víctimas. Una familia indígena a quien se acercó para tomar informes, no tuvo a bien contestarle, antes al contrario, cerróle las puertas de su choza, donde además comenzaron a gritar los chicos temerosos de algún daño.

El 14 de Noviembre, pasó la quebrada de Guambí, visitando la pirámide de Caraburo, siendo recibido amablemente por los Sres. García Vélez, dueños de la posesión del mismo nombre. Sucesivamente pasó por las de los Sres. Yepes y Donoso, situadas, respectivamente, en Iguiñaro y Cangagua, llamada ésta de Carrera. Aquí tuvo ocasión de contemplar el retrato de una india de esa hacienda, *Teresa Paringuilago, de 50 años de edad, 15 arrobas de peso y dos metros 33 centímetros de altura.* Próxima a las dos citadas, estaba la de Guachachalá que llevaba en arrendamiento D. Manuel Gómez de la Torre. Acompañado de éste fué Martínez a los cerros próximos para inspeccionar de cerca los interesantes

restos de antiguas fortalezas llamadas *pucarás*. «Consisten en una serie de círculos concéntricos formados por agrupamientos de piedras dispuestas en lo alto de los cerros y en relación conveniente para ser dominados por uno central que parece ser de donde partían las órdenes convenientes para el combate. Se dice que también indicaban por medio de hogueras (especie de señales telegráficas) todas las noticias necesarias. Me enseñaron una gran piedra que aseguran servía de campana y que en efecto, produce un sonido bastante perceptible al herirla con otra». Desde aquí se dirigieron a Puntiachil, paraje interesante por los enterramientos de indios *tolas y cayambís,* cuyos restos (algunos momificados) y utensilios, entre ellos vasijas con *chicha,* habían salido a la superficie en más de una ocasión. «Están constituídos (los enterramientos) desde cierta altura por trozos de arcilla endurecidos, recubiertos de tierra, que se conoce haber sido agrupados a mano. El conjunto forma una pirámide rectangular truncada, de cuatro a seis metros de altura. Se sube a ella por un plano inclinado dispuesto en el tercio central de uno de sus lados mayores. Las dimensiones de la parte superior son las siguientes: parte posterior, 190 pasos; lado, 92; cada lado de la cuesta, 85; ancho de ésta, 20». Advierte Martínez, que los indios muestran particular tendencia a destruir esos enterramientos, lo que llevan a cabo siempre que hallan quien les acompañe y sufrague los gastos necesarios para el caso. También encontró en aquellos terrenos abundantes fragmentos de *obsidiana oscura,* que los naturales conocen con el nombre de *oyacuisque.*

Pasaron después los Sres. Martínez y Gómez a la hacienda de Pambamarca, donde se alzaba una casita ya *ruinosa, pequeña y algo pintada en su interior*, que constituía por sus recuerdos un verdadero monumento; era la mansión en que se habían alojado los famosos académicos Bourger y Lacondamine, reunidos allí un siglo antes con los ilustres D. Jorge Juan y D. Antonio de Ulloa, para medir los grados terrestres.....

El 19 de Noviembre regresó Martínez a Quito, con abundante material de insectos, moluscos y plantas, con gratísima

impresión de aquellos paisajes tropicales henchidos de poesía y exhuberantes bellezas, pero al mismo tiempo con una idea en extremo pobre de la cultura y estado social de aquellas gentes. «¡Qué diferencia, dice, de estas haciendas a las de Chile! Desorden, suciedad, ninguna comodidad, comida pobre y suciamente servida; indios haraposos por peones, negras cocinando en el suelo en una mala olla; únase esto al lujo sucio de los oratorios, a lo antiguo y pobre del mueblaje, a la ordinariez de los vestidos de los dueños, a lo incómodo, aunque esplendente, de los arreos de los caballos de silla, al poco orden en el cultivo, y se tendrá una idea de lo que pueden ser estas haciendas. Destinadas a producir lo que se consume por no haber exportación de sus productos, reina allí una miseria que sorprende grandemente. Teniendo en ellas peones que deben más de lo que pueden pagar en vida, existe una especie de esclavitud que ni aún está compensada por la bondad y abundancia de los alimentos. Así se explica el poco cuidado que ponen los dueños en cosas para ellos primordiales y de que debían ocuparse, el alimento de los peones; lo cual demuestra que esos dueños viven más bien de lo que ahorran que de lo que producen. Si esto estuviese compensado con un trato amable aún podría tolerarse, pero los señores tratan siempre de pasar por superiores ante los indios, pretendiendo hacerles ver que son nobles (descendientes de blancos) y abusando no sólo del trabajo de sus inquilinos, sino también de su simplicidad.

No es raro que hablen ponderando su hospitalidad, necesaria en un país donde se carece de caminos y fondas y medios de aminorar la triste necesidad del que tiene que pedir favores aun con dinero suficiente.....»

Tal es la opinión de Martínez acerca de los extremos mencionados.

Ocupado en el arreglo de cuanto había recogido y en realizar breves excursiones a los alrededores de la ciudad, permaneció en ésta esperando a sus compañeros que llegaron el 6 de Diciembre y tomaron alojamiento en la misma fonda en que aquél paraba.

Apenas quitado el polvo del camino proyectó la Comisión

subir al Pichincha, e inmediatamente comenzaron los preparativos necesarios para llevar a efecto este propósito. Como se trata de la jornada más memorable (sobre todo para Espada) de cuantas acometieron, durante la presente *odisea*, nuestros viajeros, vamos a recoger cuidadosamente los detalles relativos al caso, que aparecen consignados en los diarios de aquéllos, adelantando algunas noticias históricas que por su interés merecen figurar aquí. Esas noticias constan en un curioso folleto publicado hace ya muy cerca de treinta años, por D. Marcos Jiménez de la Espada, con el título de «Una ascensión a el Pichincha en 1582» (1). Está basado en documentos inéditos de la Biblioteca de Palacio, de la cual extractó aquél tantas noticias interesantes (2). Dice Ortigueira (3) que siendo él *alcalde ordinario* de Quito por los años de 1582 «acaeció que a los 14 de Junio día Jueves por la mañana, amaneció quemándose con grandísima furia este volcán más de lo que otras veces solía hacer e echaba de sí tanta cantidad de fuego revuelto en una espantosa negrura de negro humo, con tanto ruido y estruendo de acelerados truenos que salían a vueltas dello de lo profundo y cavernoso del propio volcán que a todos nos ponía mayor temor y afligción, entendiendo que venía a ser verdadero el falso pronóstico, pues en las vísperas dél había tantas y tan extrañas señales». No tuvo lugar la catástrofe que para el siguiente día temían Ortigueira y sus convecinos, pero el 11 del citado

(1) Madrid.—Imprenta de Fortanet. Sin fecha de impresión.—Es un trabajo breve escrito con singular gracejo, y saturado de humorismo con ribetes volterianos. Espada toma en él a broma sus aventuras en el Pichincha, las que, por un milagro, no le costaron la vida, y por una genialidad inexplicable se niega a relatarlas, mortificando así la curiosidad de los lectores. Felizmente disponemos de su «Diario» donde es más explícito, como lo son también los de sus compañeros.

(2) El principal lleva este título: *Jornada del río Marañón con todo lo acaescido en ella y otras cosas notables dignas de ser sabidas, acaescidas en las Indias Occidentales del Perú, dirigida al felicísimo D. Felipe III, Príncipe Nuestro Señor, por Toribio de Ortigueira, montañés.*—Sevilla.—1585.

(3) Capítulo 62.

Julio entró de nuevo el Pichincha en un periodo de actividad sumamente intensa, arrojando cantidades fabulosas de cenizas y agua sin cesar apenas un momento por espacio de tres días y con «ruidos y estruendos tan aterradores que parecía hundirse el mundo». Felizmente se fueron amortiguando esos fenómenos poco a poco, hasta llegar a restablecerse la calma, antes de transcurrir una semana.

No es para contar el pánico que invadió a la población entera de Quito y sus aledaños ante la magnitud de aquellos fenómenos verdaderamente apocalípticos que amenazaban sepultarla bajo una espesa capa de ardientes cenizas; y sin embargo, en medio de aquella desolación apareció un hombre dotado de tal temple de ánimo, que tuvo arrestos para ponerse al frente de un grupo de personas que se atrevieron a subir hasta el cráter mismo del Pichincha, todavía alborotado. Llamábase Francisco Uncibay y era Oidor de la Audiencia de Quito, donde gozaba de gran renombre, más que por su valor y despejo que justamente sobrepasaban mucho a lo vulgar, por una despreocupación y osadía rayanas en cinismo. Para llevar a cabo su arriesgada empresa, «convidó, dice Ortigueira, con determinación de que se dijese allá Misa a D. Alonso de Aguilar, cura de la Santa Iglesia Catedral de Quito, y a Juan Sánchez Miño, clérigo beneficiado de Riobamba, y al capitán Juan de Galarza, alguacil mayor de Corte, y al capitán D. Juan de Londoño y a Toribio de Ortigueira, que es el que escribe este relato; demás de los cuales, fueron otros muchos españoles e indios e indias, negros y negras de servicio». Salimos de Quito sábado después de medio día 28 de Julio de 82; dormimos aquella noche en un vallecito que se hace a media legua poco más o menos, al pie dél, después de haber subido dos leguas y media por un cerro y quebradas arriba, que todo esto se subía desde Quito a él ecepto una quebrada muy profunda y honda que hay después de haber encumbrado el cerro, la cual es gran defensa y amparo para que este volcán no pueda caer sobre la ciudad de Quito. Llevamos muy mala noche de frío por no haber llegado los indios que nos llevaban las camas y lleváramos peor sino fuera por unos arbolitos pequeños que por allí había llamados *chiqui-*

saguas (chuquisas o chuquisaguas), que aunque muy verdes, ardían como tea, los cuales se crían entre la nieve y el hielo. Otro día (Domingo, por la mañana) dejando allí el carruaje y cabalgaduras con alguna gente de servicio que nos guardase de comer, subimos a pie el cerro arriba por ser muy áspero y de terribles peñascos todos cubiertos de ceniza, nieve y hielo con aire tan recio y frío que nos cegaba con la ceniza; y con mucho frío hubo muchos que se almadiaron como si estuviesen en una muy recia y tempestuosa tormenta de la mar. Llegados que fuímos a la boca del volcán o boca de fuego, porque no hubo cosa que lo impidiese, es en esta manera. Que está un cerro el más alto y enriscado de todos cuantos hay en aquel circuito, en medio del cual está un espacioso hueco, en que habrá al parecer, más de quinientos estados de hondo, y en el principio y redondo, por la boca, tendrá una legua de círculo. En lo bajo de esta boca hay una ancha plaza, en medio de la cual hay un peñón no muy alto, el cual se está quemando entre sí por muchas partes y sale dél infinidad de humo y lo mesmo sale de muchas partes de la plaza. Este peñón es de color azul, amarillo y colorado y negro, como a manera de metales y minerales. Pasado este peñasco, en medio está una grande y profundísima boca a la parte del Poniente, que a ésta no se le pudo ver el suelo por el mucho y extenso (¿intenso?) humo y fuego y ceniza que echaba de sí.

Por ese lado tiene un desaguadero muy ancho y hondo que sale a unas quebradas y río que está más abajo, por el cual desagua la mayor parte de aquella fortaleza; y en este tiempo que hizo tan grande sentimiento como se ha visto, echó por aquella canal o quebrada grandísimos peñascos de piedra azufre ardiendo revueltos con tanta agua y ceniza que destruyó y asoló en la provincia de los Yumbos, muchos montes y grandes sementeras de algodón, comidas, frutales y cañas dulces de los indios de aquella tierra.

Estos humos que salen deste peñón y del llano de la plaza, ninguno muestra boca más de sola la grande que está dicha y a mi ver son ordinarios en salir aunque no todas veces suben (se ven) estos humos en Quito; y en el tiempo que

mayores efectos hace es cuando mayor seca hay de todo el año.

Pareciónos a todos los que allí fuímos, que la causa de la tormenta y ruído pasado había sido un gran pedazo de peñón que se estaba quemando más que los otros a la parte más honda de esta boca, el cual se había caído en aquellos días pasados sobre su desaguadero, y con la gran furia que cayó y la fuerza que llevó consigo al caer topó con la fortaleza del fuego que está debajo, la cual cobrando mayor fuerza con semejante violencia, hizo volver aquella piedra y ceniza hasta la región del aire el que lo arrojó hacia la parte donde más corría; y el terremoto y estruendo fué al tiempo que cayó en aquella gran hondura, causados del mismo aire y fuego que se encontraron en las cavernas de la tierra; y fué causa que nos afirmásemos en esto, porque el tiempo que estuvimos allí mirando y notando este monstruo cayó en aquella parte más honda un pedazo de risco que se estaba ardiendo, el cual causó mucho estruendo y revocó y echó fuera mucho humo y muy hediondo, que lo subió hasta las nuves.

Los riscos que tiene en la boca son de muy fina y áspera peña, sin mezcla de metal alguno, y el mayor es hacia Oriente, entre el volcán y Quito. A legua y media y a legua desta boca hallamos mucha cantidad de piedra, que había salido de este volcán, del tamaño de nueces, castañas y avellanas, las cuales eran tan livianas, como si fuesen de alumbre quemado y otras como guijos a manera de piedras pómez.

Tiene esta boca una extraña contrariedad que con haber en lo bajo y hondo della fuego y humos que se han visto, al principio y altos della hace tan terrible frío y en tanta manera, que ninguno de los sacerdotes que fueron pudo decir misa, ni tampoco donde habíamos dormido.

Causó esta ceniza y piedra mucho daño en los ganados, que como se cubriesen della los campos, no tenían que comer, de cuya causa se murieron muchos. Y como quiera que sea es uno de los mayores padrastros que esta ciudad de Quito tiene; aunque, a mi ver, está segura de no recibir más daños que el de semejantes sobresaltos, que no son pequeños. El metal que tiene es mucho, mediante lo cual no puede dejar





Reproducción del croquis de J. de la Espada representando paisajes del Ecuador (1865).

de durar infinidad de años, y su furia y fuego, si Dios por su divina misericordia y piedad no lo remedia.»

Tal es la relación de Ortigueira, copiada por el infatigable Jiménez de la Espada, del citado manuscrito de la Biblioteca de Palacio.

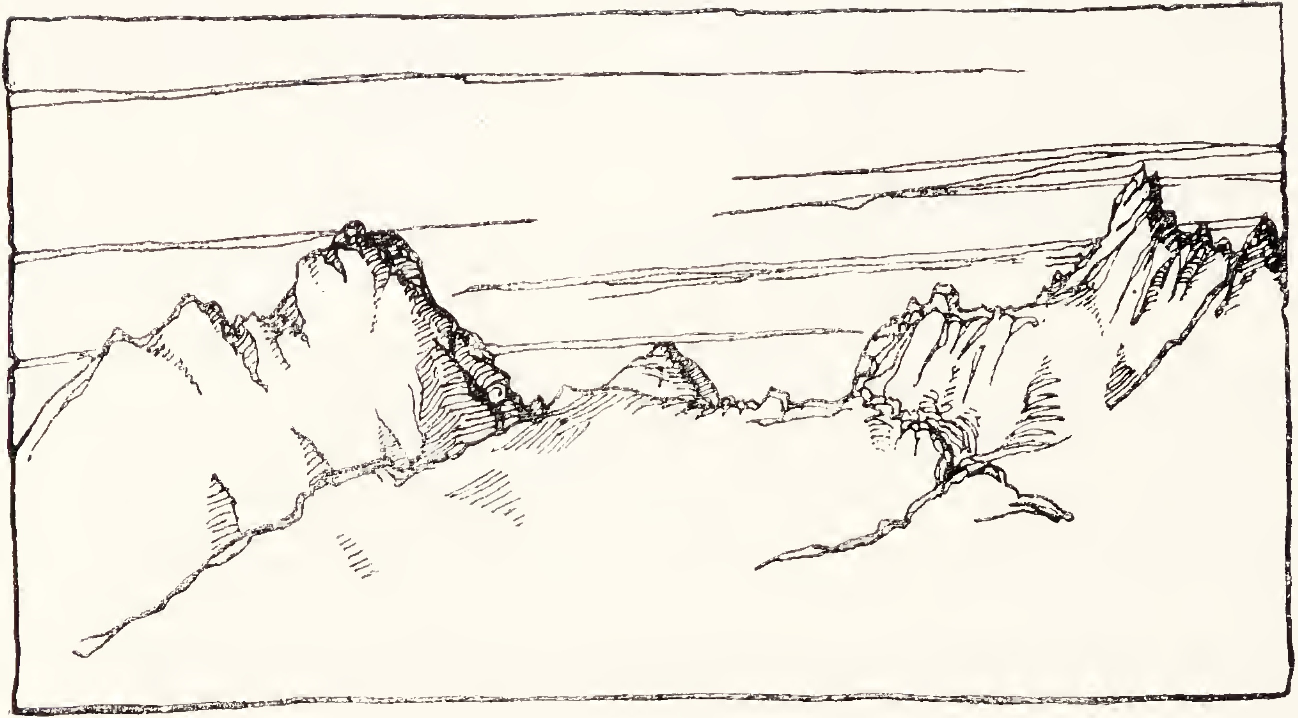
Como se ve, dos siglos antes de que Humboldt escribiese una de las páginas más brillantes de su historia de explorador subiendo al Pichincha, lo habían hecho ya los españoles con resultados beneficiosos para la ciencia, como haremos notar muy pronto. El viajero prusiano hizo su primera ascensión a este volcán en Abril de 1802, pero al tocar los 4.592 metros de altura cayó desvanecido (asorochado) en brazos de sus acompañantes D. José de Caldas y D. Carlos Montufar. Insistieron segunda y tercera vez en el mes siguiente, logrando su objeto, que era el de tomar las medidas del volcán y describir después su forma y demás caracteres. En 1845 llevaron a cabo la misma empresa los Sres. D. Sebastián Wisse y D. Gabriel García Moreno, después Presidente del Ecuador. Cuando nuestros viajeros repitieron las visitas de Humboldt y demás arriba citados, el famoso Pichincha no era ya ningún misterio, más aún, Espada con su habitual humorismo la califica de *empresa de damas*. Sin embargo, estas frases no pasaban de ser una genialidad como vamos a ver ahora.

El 9 de Diciembre de 1865 salieron de Quito para el Pichincha Martínez, Isern, Espada, el Vizconde de la Vega, los mozos Juan y Pancho que desde Chile venían con Espada y algunos indios. El viaje comenzó con malos auspicios, pues a un camino perverso hubo que añadir la condición malísima de las cabalgaduras de Isern y Espada, las cuales se negaban a marchar obligándoles a seguir a pie. Detuviéronse un rato en Lloa para la caza de aves y mamíferos (cervicabras, gamos, zorros, etc., etc.), y después de mil vueltas y molestias en busca de la hacienda de Palmira, dieron con ésta y con el miserable rancho que ocupaba su dueño D. Juan Manuel Guerra. Hacinados en estrecho tugurio, pasaron incómodamente la noche. Al siguiente día tuvieron que retroceder en busca de la vereda que conducía al objeto de su viaje, y después de un feliz encuentro con Almagro y su criado Joaquín

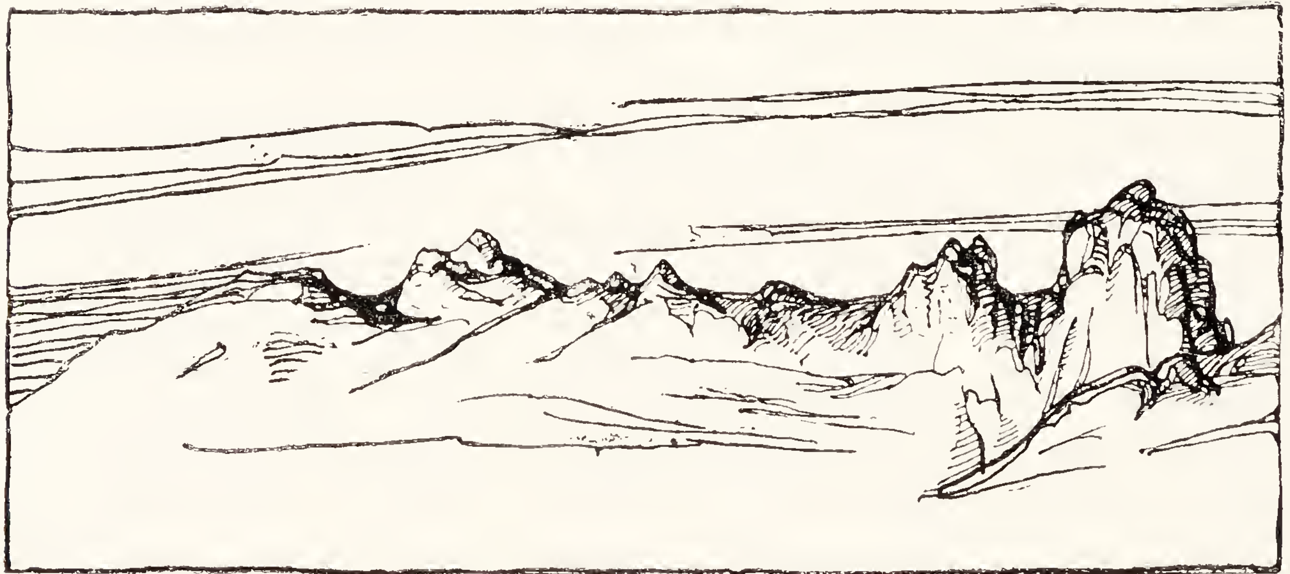
que venían de Riobamba, llegaron a la dehesa de San José, propiedad de un Sr. Núñez, que tenía la vivienda en antiguo convento de Cartujos, cuyas paredes y arcadas denunciaban con su desnivel, los efectos del abandono y de los terremotos. Aquí se proveyeron de un carnero, gallinas, pan, queso, etcétera, comenzando por arrebatarlo a los indios sin la menor contemplación, pues éstos, aún ofreciéndoles anticipadamente el importe, oponían resistencia invencible a cedérselo de buen grado.

El 12 hicieron una marcha penosa, primero entre pajonales molestos y después sobre fragmentos de pómez que cedían al pisarlos, ocasionando frecuentes caídas. A media tarde coronaban el Rucu-Pichincha, contemplando extasiados aquel espectáculo sublime a la luz de un día sereno y espléndido. Recogidas algunas rocas y plantas, trataron de bajar al cráter, pero el guía Garzón, poco práctico en su oficio, se negó en absoluto a verificarlo a pesar de habérselo exigido con imperio Martínez y sus compañeros. Ofrecióse a descender por su cuenta D. Manuel Almagro, pero al enterarse de la falta de leña en el interior de aquél, volvió sobre su acuerdo con buen acierto. En vista de esto, el Vizconde de la Vega decidió regresar a Quito, y los expedicionarios restantes, a la cabaña situada al pie del monte.

El 12, después de almorzar, salieron otra vez para el cráter, dirigidos por un nuevo guía llamado Gálvez. A medio camino comienza éste a poner dificultades alegando ser imposible la bajada porque sobrevendría la lluvia. Replicáronle que estaban dispuestos a llevar adelante su proyecto aun con ese obstáculo. Isern se volvió convencido, sin duda, de que para su misión de botánico no tenía el descenso ventaja alguna; pero Almagro, Espada y Martínez, llegaron al borde, y después de repetidas instancias al guía para que bajase inició éste el descenso; lo hizo con tal desacierto que a los pocos minutos ni podían avanzar ni tampoco retroceder porque la nieve ocultaba por completo el camino. Martínez pierde su bastón y rueda por la pendiente hasta unos riscos en que logra asirse, y de los cuales fué extraído echándole un lazo; Almagro y Gálvez consiguen por fin ganar el borde



Rucu.—Pichincha, al E. del Suno.
De un croquis de J. de la Espada (1865).



Pichincha, desde lo alto de la cuesta del valle de Chillo.
De un croquis de J. de la Espada (1865).

tras no pocos esfuerzos. ¿Y Espada?, para éste estaban reservadas las grandes emociones de tan famosa empresa. Provisto de su azadilla comenzó a excavar peldaños y a deslizarse paulatinamente hasta sentar su planta en el fondo mismo del cráter. Una vez aquí, se dedicó a saciar su vista con la grandiosidad de aquel espectáculo. Pasado algún tiempo llamáronle a grandes voces Martínez y Almagro, pero no obtuvieron respuesta. Acuden a Gálvez para que baje a buscarle, mas éste, presa de un terror surperticioso, responde negativamente a sus ruegos. En la imposibilidad de permanecer allí, se retiran a la cabaña tristes y cabizbajos, para volver al día siguiente. Así lo hicieron llevando en su compañía al indio Manuel Manunchero mandado al efecto por D. Valentín Núñez, dueño de la hacienda de San José. Aquél y el mozo Juan dieron comienzo a sus diligencias sin obtener en todo el día 13 resultado alguno. El 14 pasaron parte a las autoridades y salieron nuevos peones en busca del extraviado, pero nada pudieron conseguir. Lo mismo transcurrió el día 15, temiéndose ya por descontado un fatal desenlace. Insistieron en las exploraciones el 16, logrando por fin encontrarle a medio día los indios Manunchero y Pío. Estaba sumamente débil y con el traje hecho jirones, pero aun así pudieron trasladarle a Quito. Ahora bien, ¿cómo ocurrió a Espada semejante percance?

¿Qué hizo durante aquellas cuatro fechas que pasó en el cráter? Cuando se halló en el fondo de éste y hubo contemplado a sus anchas la magnitud y detalles de aquel anfiteatro, sacó tranquilamente su cuaderno de apuntes y comenzó a tomar notas sin cuidarse para nada ni de sus compañeros, ni de las dificultades que podían impedir la salida. Una hora después encuéntrase sumido en niebla densísima y sigue a ésta, una lluvia persistente y torrencial. Apercibido de su situación, pretende escalar la roca pero todo es inútil, porque las tinieblas de la noche se aproximan por momentos y le fuerzan a cobijarse en el hueco de un peñasco. La lluvia fué seguida de una nevada copiosa que borró toda huella capaz de orientarle.

Nuestro héroe tenía por todo repuesto para su alimento

un pan y un cuarto de gallina; en previsión de que se prolongase el *cautiverio,* comió de ellos con gran economía, y continuó el 13 recorriendo, cascadas en ruinas, cortes, bosques y una quebrada donde observó algunas huellas de corzo y de león. Pasó la noche bajo una enorme peña de la cual colgaban, a guisa de cortina, liquenes y helechos. El 14 no cambió la situación, pero el 15 arrecian la lluvia y la nieve y Espada pierde ya la esperanza de salir vivo de allí y continúa sus apuntes para qué, por lo menos, quede el fruto de sus observaciones a la vera de su cadáver (1) ¿Qué resultados obtuvieron nuestros naturalistas de su ascensión al Pichincha?

El primero y positivo fué resolver definitivamente la debatida cuestión sobre el estado y condiciones en que se hallaba el cráter. A partir de la famosa ascensión de Ortigueira y compañeros al Pichincha, habían visitado éste, en 1743 Mr. de Lacondamine, en 1802 el barón de Humboldt, en 1845 Sebastián Wisse y Gabriel García Moreno, y por último, en 1873, es decir, depués de subir Espada, pero antes de que éste publicase su trabajo, W. Reisse, quien hizo un

---

(1) Es muy curiosa la carta dirigida con este motivo al Sr. Martínez, por el dueño de la hacienda de San José. Dice así:

«Sor Fran.co Martínez=Sn. José. Dbre. 15/64=El Sor Espada se a dirijido al descender o faltando una parte p.a llegar al suelo de adonde están los conos hacia la izquierda q.e es p.r adonde les había dicho temía p.r q.e hallí se perderá en hesa montaña, mas creo procurara hirse p.r el Oqcidente p.a salir p.r Cotollao i no dude V. de que es infalible talvez su muerte; mis diestros son buenos p.a la serranía; ha Chamorro lo mando con bíberes y como el conose bien que vaía con diestros, los pocos bíberes que le doy son los únicos q.e tengo i deben mandar dinero p.a pagar bien a los conosedores del pueblo i bíberes a que se baían hasta encontrarlo bibo o el cadaver=Guizas la Probidencia lo saibara: esperando hoqupe a su amigo S. S.=Valentin Nuñez.»

Añadiré por vía de posdata, dice Espada, que el importe de los suministros, preparativos y maniobras para el hallazgo de mi cadáver, incluso el del generoso anticipo del Sr Núñez, salió de mi bolsillo particular. Acaso la Comisión Científica de que formaba parte mi humilde individualidad, se hallaba por entonces como el tonel de las Danaides, *desfondada.*

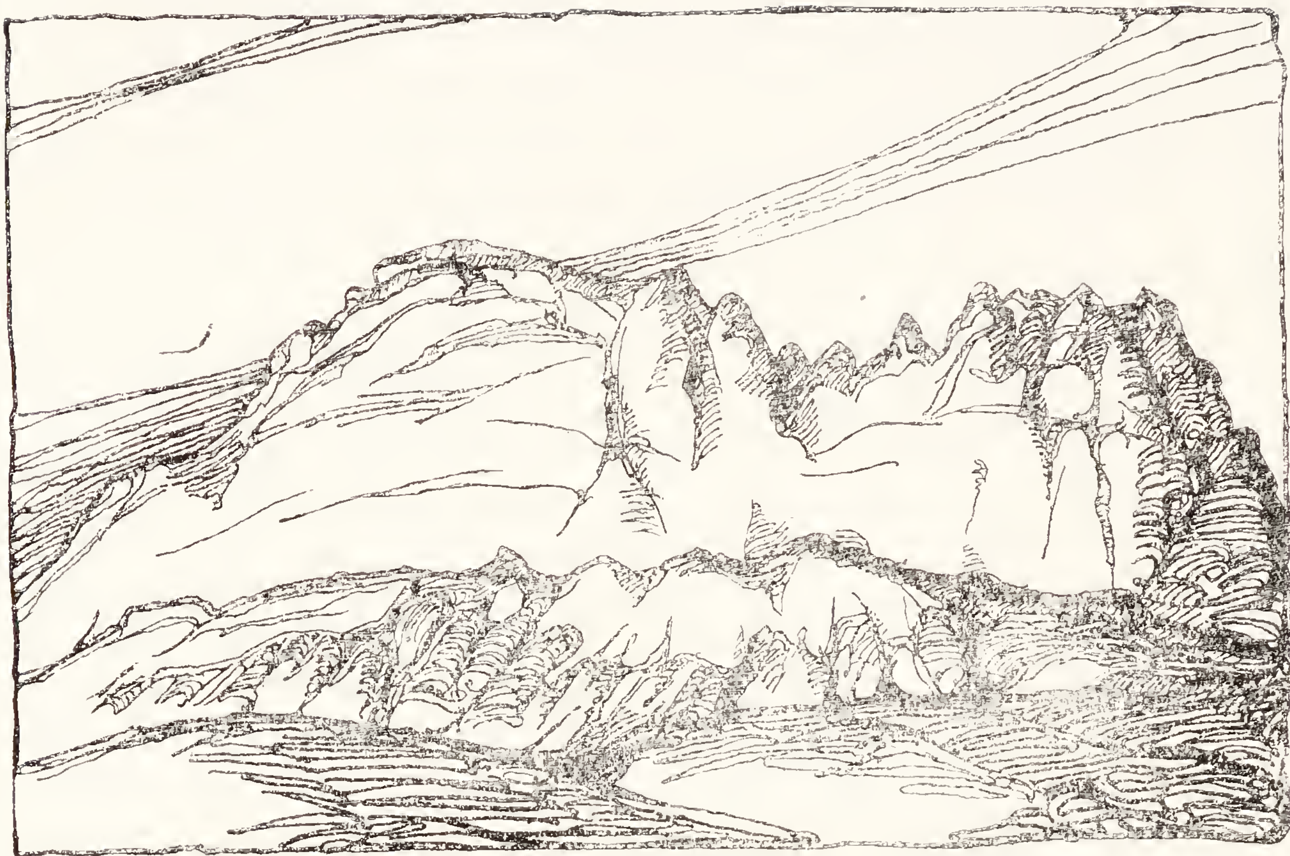
estudio serio y concienzudo que fué objeto de unánimes elogios. Pero es el caso que Lacondamine y Humboldt sólo vieron en el cráter un caos terrorífico mientras García Moreno y Wisse confirmaban, casi por completo, cuanto había dicho en 1582 el antiguo Alcalde de Quito. ¿Quién tenía razón?

Espada que había permanecido tres días largos *perdido y atrafagado* por los recónditos senos del citado cráter, decide la cuestión proclamando la veracidad y exactitud del relato de Ortigueira y tachando de inexactos a Lacondamine y Humboldt, a quien dirige con justo motivo estas frases un tanto intencionadas: «¡Cómo se conoce que el Aristóteles prusiano era mozo todavía cuando trepaba a las sublimes crestas del Pichincha y que su poderoso entendimiento no lo era bastante para dominar las expansiones imaginarias propias de aquella edad hasta en los sabios!»

En cuanto a los objetos recogidos por Espada figuran principalmente rocas volcánicas que demuestran la transformación de la traquita en pumita, muestras a modo de panales de un bellísimo azufre micáceo o escamoso y hasta un nido con sus huevos, tomado en una de las matas de la loma central del redondel en prueba, dice Espada, de la seguridad con que se vegeta y se vive en el fondo del abismo *donde Lacondamine y Humboldt solo vieron la imagen del caos.*

La cosecha botánica fué abundante y selecta. «Del 9 al 13, decía Isern al Sr. Graells en la carta ya citada, hice buena colección de lindas y raras especies hasta el número de ciento sesenta y tantas. ¡Qué vegetación tan parecida a la de nuestras montañas! las ranunculáceas, berberídeas, crucíferas, violáceas, poligáleas, malváceas, hipericíneas, coriáreas, leguminosas, rosáceas, umbelíferas, compuestas, gencianáceas, labiadas, escrofulariáceas, litrariáceas, gramináceas, ciperáceas, helechos, musgos, liquenes, etc. etc., son representantes de los mismos géneros de Europa; por ejemplo el *Ranunculus anemona*, *Thalictrum*, *Arabis draba*, *Epilobium*, *Lupinus*, *Rubus*, y de éste uno que tiene el fruto rojo y el mismo sabor que el *idæus*, vulgo *jordó; Alchimila*, *Ribes*, *Gentiana*, de éstas cinco especies ninguna conozco, todas son distintas de las europeas. En las compuestas, los

géneros son distintos, por ejemplo la *Chuquiragua, Barnadesia; Cultitium,* ¡oh qué género tan lindo! una de sus especies crece hasta muy cerca de la cumbre del gran Pichincha. Las plantas que viven a esta altura no dan fruto, creo que por faltarles el calor necesario.»



Antisana, desde el Tambo.
De un croquis de J. de la Espada (1865).



Tambo antiguo del Antisana.—Uno de los parajes del Globo, donde habitaron los hombres a mayor altura.
De un croquis de J. de la Espada (1865).

CAPÍTULO IV

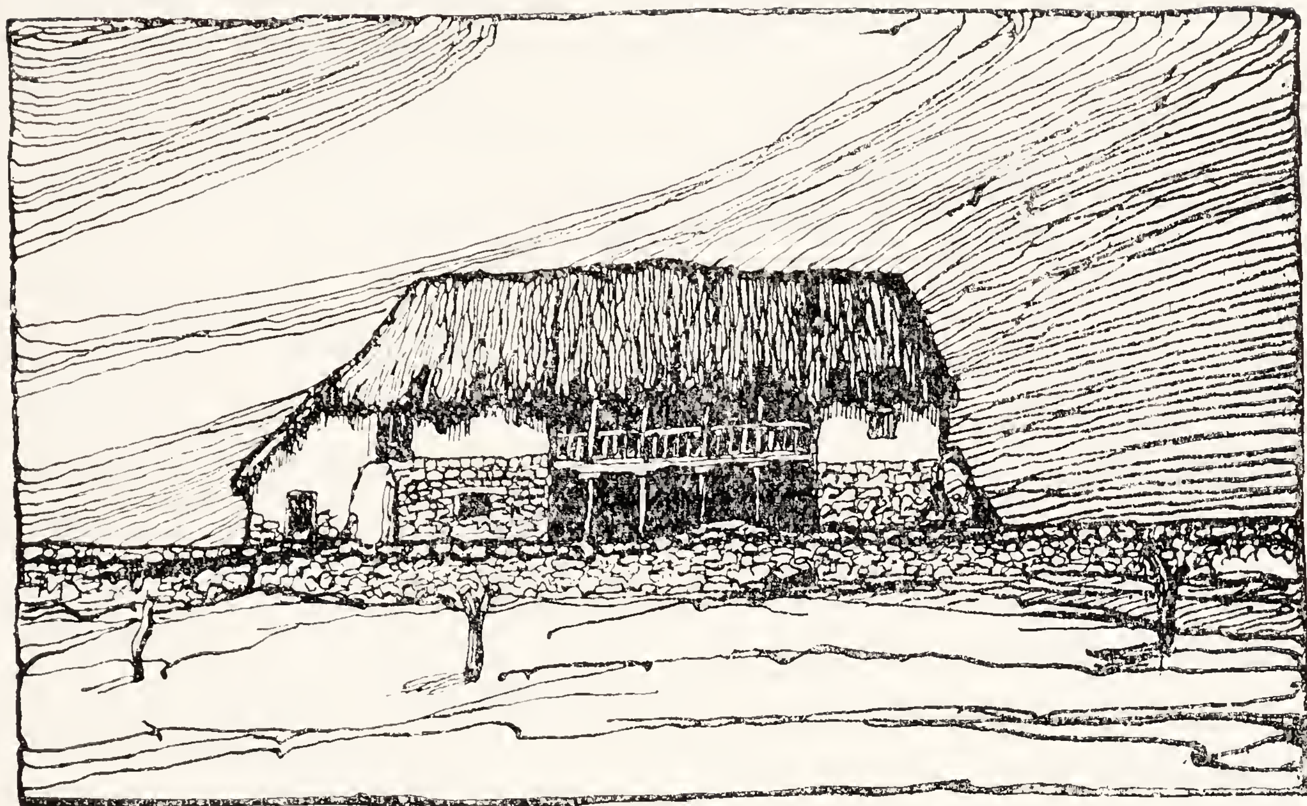
Willian Jameson y su herbario.—Indios yumbos.—Previsiones de la Comisión.—Excursión al Antisana.—Tambo de éste.—El volcán y sus inmediaciones.—Segunda visita al Pichincha.—Enfermedad de Martínez.—Reciben autorización del Ministro para emprender el gran viaje.—Parecer de Isern sobre el estado de aquellas Repúblicas.—Llegan a Madrid 95 cajones enviados por la Comisión.—Marcha de Espada para Baeza.—Guapulo y Tumbaco.—Interés geológico de la quebrada de Quichi.—Pirámide de Oyambara.—Yavaríes.—Papallactas. Costumbres de estos indios.—Chalpí.—La Cuenca del Quijos.—El retrato de Espada.—Privaciones y sufrimientos.—Llegada a Baeza.

Entre las personas residentes en Quito por los años de nuestra historia, es digno de especial recuerdo el inglés William Jameson, por el apoyo y donativos de que le fueron deudores nuestros compatriotas. Aunque solía dedicar sus ocios a la preparación de colecciones de *quindis* (pájaros moscas) para remitirlas a los museos de Europa, su especialidad era la botánica que durante varios cursos había enseñado en aquella Universidad, con verdadero fruto y aplauso. A imitación de Philippi, el Director del Museo de Santiago de Chile, W. Jameson, regaló a los nuestros un herbario selecto de plantas del Ecuador muy bien dispuestas y clasificadas, que se conservan hoy en el Jardín Botánico de Madrid. En él se encuentran especies tan interesantes como la *Halenia asclepiadea,* que vive a una altura de 13 a 14.000 pies sobre el nivel del mar; la *Valeriana microphylla,* a 13.000; el *Ranunculus peruvianus*, a 18.000, y otras por el estilo. Jameson ofreció a los viajeros sus servicios, les orientó con sus observaciones y hubiese podido serles de mayor utilidad de no haberlo impedido el estado de Isern, el cual, desgraciadamente, comenzó a experimentar los naturales efectos de aquellas marchas penosisímas sobre fangos y pedregales

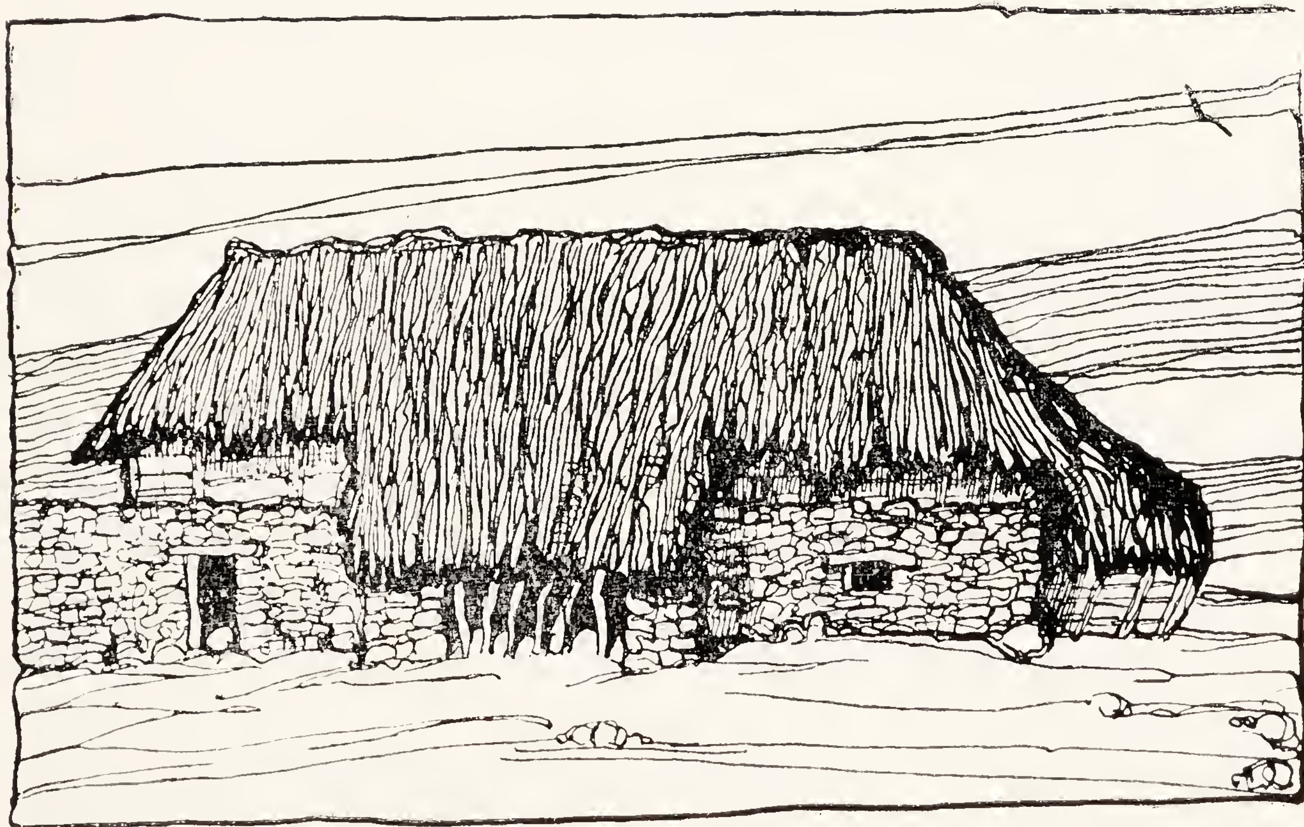
hinchándosele los pies en forma tal, que hubo de recluirse en casa.

Mientras tanto dió principio Martínez a las necesarias gestiones para resolver el importante problema de los cargueros. El 18 de Diciembre llegó de un viaje al Napo D. Manuel Villavicencio, acompañado de una partida de indios *yumbos,* los que eran una novedad para la Comisión, y Martínez nos describe su curiosa indumentaria con estas palabras: «El traje consiste en un calzón, valón, de *tocuyo,* tela de algodón, teñido de morado con *sani,* que llega a media pierna; un ponchito que no pasa de la cintura, *cusma;* una red de filamentos de palma, *chambira,* en la cual llevan el alimento, *cucayo,* y otra más pequeña, donde colocan el eslabón, piedra, yesca de hoja, agujas, tabaco, *achiotes,* para teñirse la cara, etc. Las mujeres gastan un saco provisto de tirantes, que baja desde el cuerpo a la rodilla y encima una sábana larga de lienzo que cubre todo el pecho. La sujetan con una faja a la cintura y la prenden sobre los hombros sacando los brazos desnudos». Estos indios podrían ser útiles a los nuestros cuando regresasen a sus ranchos y en esa creencia, les propuso Martínez, por medio de Villavicencio, que llevasen cargas a Baeza o Papallacta; mas ellos replicaron a esto, que se hallaban fatigados y que preferían ir a la vuelta *escoteros,* es decir, libres de peso, para llegar pronto a sus casas. Algunos, sin embargo, se prestaron a lo que se les pedía mediante pago de dos a cuatro reales de vellón diarios y dos más para comida; la carga no debía exceder de tres arrobas en modo alguno. Despachados varios de estos indios, se acudió a otros de Papallacta con ese mismo objeto, pero eran pocos y se negaron a verificar más de un viaje. La dificultad no se resolvía. Se contrató un conductor, Antonio Carvajal, con la expresa condición de acompañar a los viajeros hasta Tabatinga y a éste hizo Martínez entrega de las cargas.

Las costumbres de los indios del Napo, Canelos y Marañón, exigían además otras previsiones, porque cobraban en especie los sueldos y el importe de los objetos que cedían. Con este motivo compraron Martínez y sus compañeros medallas, cruces, hilo, agujas, tijeras, cuchillos, *chaquisas*



Tambo moderno del Antisana, desde el camino antes de bajar a él.
De un croquis de J. de la Espada (1865).



Tambo moderno: Antisana (fachada posterior).
De un croquis de J. de la Espada (1865).

(cuentas de vidrio opaco), espejos, flautines, cintas, etcétera, etc., que habían de suplir a la moneda acuñada.

El número de cargueros necesarios, ascendía a *doscientos,* y como éstos no podían conseguirse de una vez, fué preciso esperar uno y otro día hasta verlos todos reclutados.

Dejando este cuidado a Carvajal aprovecharon Espada, Martínez y Almagro las últimas semanas de su estancia en Quito, para hacer una excursión al Antisana. El 28 de Diciembre partieron de la capital acompañados de los mozos Pancho y Juan y de los disecadores, Pedro y Tena. Pasaron el río San Pedro sobre puente de fábrica construído durante la dominación española, pero al llegar poco después al Pita, fué necesario vadearle con el agua a la cintura. Pretenden seguir la quebrada próxima, pero el Sangalli, desbordado e imponente, se lo impide obligándoles a retroceder a la hacienda de Valencia y por no hallar comida en esta, a otra muy cercana llamada de Santa Teresa. Aquí después de una negativa rotunda, consiguieron por fin unas patatas por todo alimento y un inmundo cuartucho donde pasaron la noche en medio de indios, mozos, chicos, perros, etc., etc.

El 29 continuaron su viaje a Pintac a través de un camino infernal y después de ligero descanso a Pinantura (3.155 metros sobre el nivel del mar). El 30 salieron temprano para el Antisana, Martínez, Espada, los criados y un hijo del dueño de la Hacienda. Una lluvia torrencial dificultaba más y más la subida de los empinados cerros que conducían a la quebrada de Lisco. Al llegar a ésta observaron la confluencia de los ríos Lisco, Muerte-pungo y Torrenco. Muy próximo se hallaba el Lichacho-pata origen de la erupción que formó el torrente del Lisco. Espada nos describe con todo detalle la topografía de aquellos terrenos volcánicos, la marcha de la corriente lávica, y la forma y particularidades de ésta.

A última hora de la tarde llegaron los expedicionarios al Tambo del Antisana (4.000 metros sobre el nivel del mar) después de haber atravesado las lagunas de Tipu-pubro y La Seca. Dicho Tambo era un rancho miserable, habitado por un guarda que vegetaba solitario en aquella altura, una de las

mayores del globo en que viven seres humanos, soportando las crudezas de un clima durísimo. En él se cobijaron los excursionistas pasando la noche como es de suponer. El 31 fué dedicado a la caza en las inmediaciones de la laguna de la Mica, y el 1.º de Enero de 1865 en las faldas del Antisana. A éste subió también Espada coronando sus alturas como lo había hecho Boussingault algunos años antes. Reconoció detenidamente el cráter, cuya descripción nos ofrece en su «Diario» y no fué pequeña la cantidad de rocas y otros objetos allí recogidos. También Martínez hizo buen acopio de plantas e insectos, entre los últimos alguno de tanto interés como el *Pezotettix Antisanæ,* descrito como especie nueva para la Ciencia, por D. Ignacio Bolivar, el año 1884 (1).

Espada recogió cuidadosamente de labios de aquellos indios las noticias relativas al citado volcán. «Esta erupción, dice, es histórica. Existe entre las gentes de estos páramos y haciendas la tradición de este fenómeno, dicen que no hubo fuego, que la erupción fué una corriente de lodo y piedra acompañada de grandes ruidos y del hundimiento del cráter hasta el nivel que hoy tiene, inferior al de los cerros que limitan la cuenca por donde se extendió. Afirman además que vieron aparecer esta masa adelantándose por la cuenca del desaguadero y Lisco y entonces fueron a buscar la causa del fenómeno hasta el cráter.»

«El aspecto que presenta hoy día esta corriente demuestra lo que llevo dicho. Todo es fácil observarlo así como sorprende y admira la magnificencia del fenómeno.»

Los días 3, 4, 5, 6 y 7 fueron dedicados a visitar las inmediaciones de Tablasmani, las lagunas de Mica y Coleslarca, los manantiales de aguas sulfurosas y bicarbonatadas inmediatos a éstas y el cráter del extinguido volcán de Lechacopata.

El día 8 regresaron a Quito, dedicándose de lleno al arre-

(1) Artrópodos del viaje al Pacífico verificado de 1862 a 65 por una comisión de naturalistas enviada por el Gobierno español. Insectos neurópteros, etc., por Ignacio Bolivar, Prof. de Entomología en la Universidad Central, Madrid.-1884.

glo de cajones y al despacho de cargueros, aparte de algunas visitas al «Panecillo», a la «Cantera» y a otros sitios inmediatos.

El 2 de Febrero salió Espada solo para el Pichincha con el fin de visitarlo por segunda vez; subió a la cima e hizo el descenso al *histórico* cráter que había sido su *cárcel* durante varios días, y que, a pesar de ello, debía guardar para él grandes atractivos, a juzgar por su insistencia en contemplarlo nuevamente.

Por estos días cayó enfermo D. Francisco Martínez a consecuencia de trastornos gástricos. Pasó los primeros días en su alojamiento sin más compañía que la de un criado tan poco solícito de su amo que le dejaba casi siempre en completo abandono. Compadecidas de esto las Sras. de Garzón, le trasladaron a su casa, consagrándose a su cuidado, pero la dolencia no remitía, y por otro lado, se acercaba el momento de la marcha por hallarse ya los indios cargueros parte en camino y parte esperando las órdenes de ponerse en él. Antes de que esto se verificara, llegó *por fin,* a manos del Presidente de la Comisión, un oficio del Sr. Ministro de Fomento, en Madrid, autorizándoles para llevar a cabo el gran viaje, pero en una forma tal, que de no haber mediado la decisión, firme y resuelta de los Naturalistas de realizarlo a toda costa, les hubiese movido a cambiar de rumbo retrocediendo a Guayaquil e imitando la conducta de Puig, y Castro y Ordónez.

¡Ni una palabra de gratitud y aplauso a la Comisión por los muchos y grandes sacrificios que enaltecieron su gestión durante tres largos años, y que de sobra conocía el citado Ministro! ¡Qué diferente esta conducta de la que observó el Rey D. Carlos III con los marinos y Naturalistas de la «Descubierta» y «Atrevida», haciendo llegar a sus manos una misiva llena de parabienes y de calurosas frases de aliento apenas habían hecho la primera escala del viaje en la Argentina! Pero no fué solo esto: ¡se les intimaba además, que debían estar de vuelta en España para el mes de Mayo del mismo año 1865! Sólo un desconocimiento completo del itinerario de la Comisión podía sugerir semejante desatino. El autor de tan absurda comunicación debió creer, sin duda

alguna, que la travesía de América del Sur por la parte más ancha, era una empresa llana como la de hacer un corto viaje por España.

Muy desagradable fué ciertamente el efecto causado en los exploradores, por la tardía respuesta del Ministro, pero en fin, corría parejas con la impresión que acerca del estado de las repúblicas suramericanas, guardaban aquéllos después de recorrerlas por espacio de tres años. En vísperas de abandonar Quito para emprender el viaje al Napo, escribía Isern lo siguiente al Sr. Paz Graells: «Desde la toma de las Chinchas, las repúblicas hispano-americanas no nos miran con buenos ojos a nosotros los *godos* como ellos nos llaman. Dicen de la Comisión que ha venido a levantar planos. *Vosotros, afirma en documento oficial el Dr. Reyes, Rector de la Universidad de la Paz* (Bolivia), *les habéis visto (se refiere a D. Manuel Almagro y a mí) levantando planos en esta república.....*»

«Espero, pues, que nuestro Gobierno me dará el diploma de Ingeniero que con tanta generosidad me adjudica el personaje citado.....

¡Cuánto me alegraría que nuestros demócratas se tomasen la molestia de visitar estas repúblicas para que se curasen de su manía democrática! Si tengo la dicha de volver a España, me verá usted hecho un realista de aquellos que gritaban *¡altar y trono!* La palabra *libertad* es sinónimo de *licencia y desorden; fraternidad e igualdad, fraternité, égalité,* que algún día me sonaban bien, hoy me causan náuseas; son un sarcasmo; sólo en la doctrina católica se encuentran la igualdad y la fraternidad.»

«Esta misma mañana (4 de Enero del 65) sale para Europa el Secretario de nuestra Legación Sr. Conde de la Vega, excelente joven y de gran porvenir. Pasa con el mismo destino a Constantinopla y es hijo del Sr. Conde de Vistahermosa. Lleva dos cartas mías y algunas semillas que recogí en el Pichincha. Más tarde recibirán ustedes un cajón de parásitas y en el viaje a la provincia de Oriente me ocuparé de hacer colecciones de semillas, tubérculos, parásitas y maderas.....»

El 16 de Febrero de 1865 se recibieron en Madrid *noventa y cinco* cajones preparados por la Comisión en los distintos puntos de América donde había estado. La mayoría llevaba un año largo de almacén y espera de embarque y al abrirlos encontró apolilladas, la Comisión receptora, bastantes pieles de aves y mamíferos.

De nada habían servido las repetidas quejas de la Comisión y sus recomendaciones para procurar la pronta llegada de los envíos consabidos.

¡Siempre el mismo olvido, el mismo abandono, la misma imprevisión! Siendo de alabar que no decayera el celo de los Naturalistas viajeros al enterarse del resultado de tantos esfuerzos, desvelos y sinsabores empleados en la recolección ante la indiferencia del Gobierno y de su desdén por tan interesantes resultados de aquella expedición.

Por fin, el 18 de Febrero de 1865, comenzó el desfile de los expedicionarios desde Quito. No podían viajar juntos por causa de los cargueros, pero esta circunstancia que tenía el inconveniente de privarles del mutuo auxilio durante la marcha, daba en cambio a sus observaciones un carácter más personal, más directo, más espontáneo.

A pesar de haber seguido los cuatro la misma ruta, sus diarios reflejan escenas e impresiones distintas. Espada comienza por citar la hora exacta de su salida de Quito como algo histórico y memorable: «a las tres y media de la tarde el primer paso camino del Napo; a las cuatro y media en Guapulo, y a las siete y media en Tumbaco». Guapulo era un poblado humilde donde se veían algunas chozas, cuyo aspecto, sumamente pobre, contrasta con el de aquella Iglesia esbelta, de sólida construcción y estilo italiano del siglo XVII que descuella en medio de aquel caserío, *como el Vaticano en medio de Roma*. A su pie corre el Machangara, en cuyas riberas vió Espada el *Riphiptero* y el ave *San Pedro,* que llamaban allí *Chiqueche*.

Tumbaco era más pintoresco, más regular y más rico en producciones por su clima cálido, pero pululaban en él las niguas, chinches, pulgas y mosquitos, perturbadores constantes del descanso y bienestar del hombre.

No lejos de este pueblo estaba el tambo de Oyambara, junto a la pirámide del mismo nombre; Martínez había sido el primero en visitarla y tomar sus medidas, Espada hizo lo mismo, pero ninguno de los dos revela detalle particular sobre su origen, época en que se levantó y demás circunstancias relativas a semejante recuerdo. Espada apunta en su «Diario» las inscripciones que leyó en uno de los lados:

Gral. García M. P. Chile 1855	Elina Avenda.ño Eduardo Ro mac Aven daño 1858

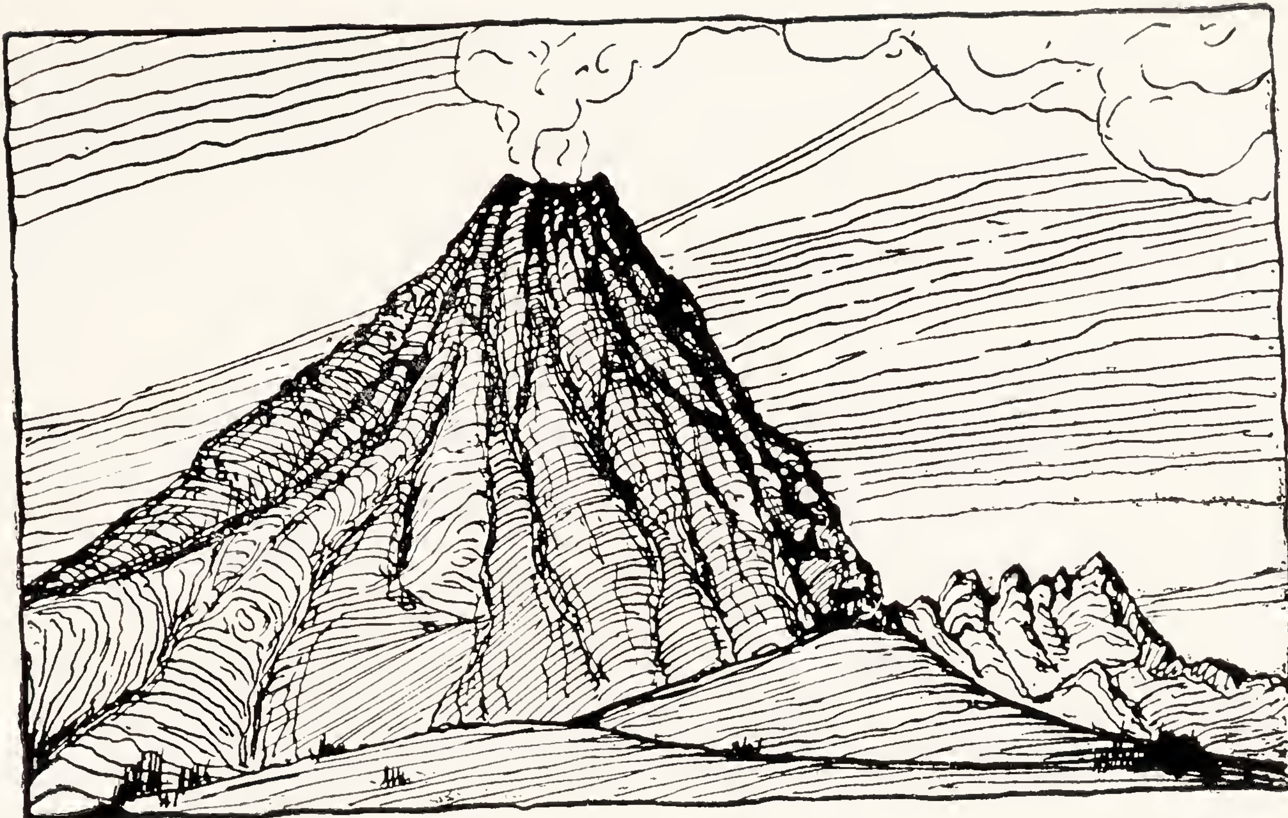
Paz
Presidente de la Comisión
científica española.
18-7-1863

Espada esculpió con la navaja los nombres de Isern y Almagro al pie de los anteriores.

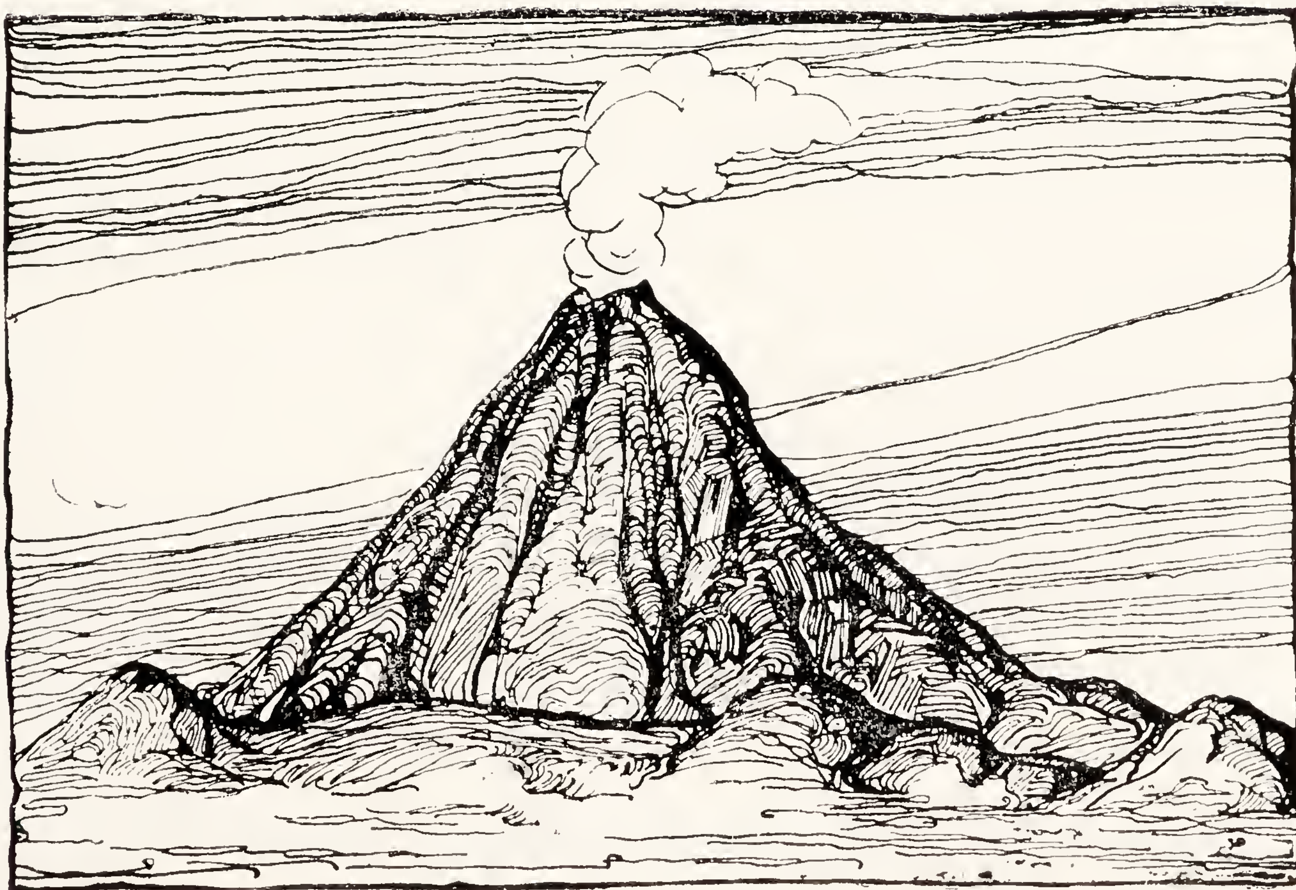
Mas si la pirámide citada no ofrecía interés particular para el visitante, en cambio tuvo éste la satisfacción de hallarlo en la hermosa quebrada de *Chichi*. «Parece hecha, advierte aquél, para el estudio geológico de estas características llanuras. Sus capas son perfectamente horizontales, delgadas, resaltando en líneas finas sobre las paredes perpendiculares de la quebrada.

Las cenizas de arena pomácea de grano más o menos grueso, a veces blanquísima, los pedrones de diferentes rocas eruptivas con señales de acarreo más o menos largo, detritus de éstas en capas más gruesas, unas redondeadas y otras más agudas, vetas de escorias mezcladas entre las cenizas y la tierra y las líneas, ya alteradas de algunas capas, tales son los materiales que forman a éstas, y que se han ido acumulando lentamente en estos valles, unas veces por acarreo, otras lanzados como bombas, otras a manera de cenizas.»

Nuestro viajero pasa en seguida a estudiar las diversas manifestaciones de la vida de aquellos indios, comenzando por sus cantos populares. Llamábanse allí *yavaries*, y eran can-



Cotopaxi, desde el campanario de Mulaló.
De un croquis de J. de la Espada (1865).



Cotopaxi, desde el cerro de los Pedrones, junto al Tambo de Antisana.
De un croquis de J. de la Espada (1865).

tados por aquéllos, ya en los casamientos de sus hijos, como el *Masalla,* ya en los días festivos, como el *Yupaichisca* (al divino) que entonan a las tres de la madrugada en las haciendas inmediatas a Quito o en otras ocasiones como el siguiente *cuxnico* que copiamos aquí:

En rico palacio
viviendo estarás
de mi pobre choza
no te acordarás.

Rico pan de huevo
comiendo estarás
de mi maíz tostado
no te acordarás (1).

....

El 19 llegó Espada a Itulcache, el 20 al Tablón y el 21 a Papallacta después de atravesar el bosque de Guamani en medio de una lluvia torrencial. Los cargueros que llevaban las provisiones habían continuado a Baeza y fué necesario acudir al Gobernador indio en demanda de víveres. Pidió éste le mostrasen la *plata* con que habían de pagarlos, entregáronle un peso, túvolo una hora en su mano y..... contestó, por fin, que nada podía hacer. Gracias a las gestiones de Pancho lograron huevos y dos gallinas aparte de la chicha que a la postre vino a regalarles el Jefe del pueblo.

Espada comenzó a tomar notas acerca de usos y costumbres de aquellos habitantes, excitando con esto la curiosidad del citado Jefe que se prestó gustoso a suministrarle los informes siguientes recogidos cuidadosamente en su «Diario» por nuestro viajero: Cuando se verifica un casamiento, los convidados acuestan a los novios, apodéranse de su ropa, forman con ella un hato y lo cargan sobre un indio. Bailan después al rededor de éste, entonando una exortación extensa, en la cual advierten a los casados el cumplimiento de sus obligaciones aun más minuciosas, y no devuelven la ropa hasta que éstos han dado comida, bebida y dinero para solaz y jolgorio de los amigos y deudos.

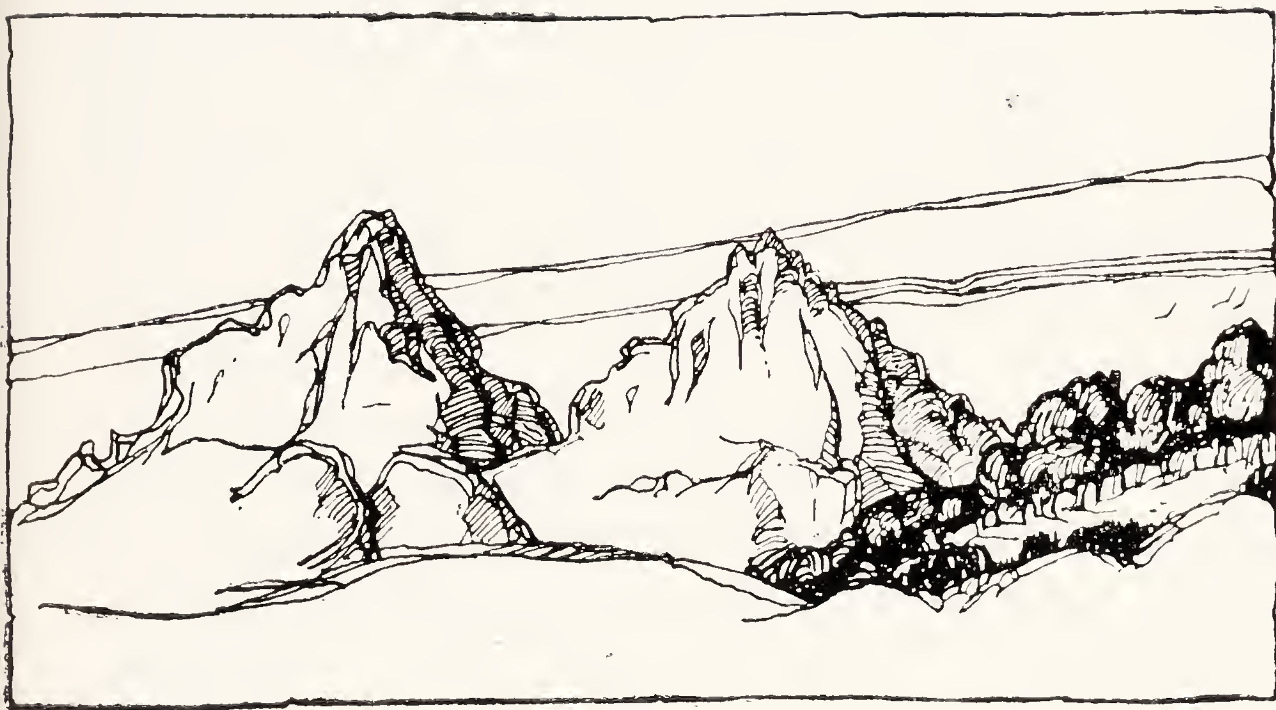
(1) Estos cantos fueron objeto de un interesante trabajo presentado al Congreso de americanistas de Madrid el año 1881. Vieron la luz pública el año 1884 con el siguiente título: «Yavaries, Canchas, Lanchas, tonos y bailes quiteños y peruanos»..... por D. Marcos Jiménez de la Espada.

Cuando fallece un indio toma su representación cualquiera de los parientes o amigos a quienes consideran los demás no sólo como dueño de los bienes del difunto, sino también como genuino representante de éste, recibiendo por lo mismo el nombre de *Aya* (muerto). A su alrededor se colocan, en círculo, parientes y amigos del finado, con los cuales juega la herencia que recibió de éste hasta perderla toda. El juego que usan recibe el nombre de «El Guairo» (al aire). Consiste en lanzar al alto un hueso de tibia de rumiante con cinco ochavos, provistos cada uno de un número. El hueso tiene un cero en uno de sus extremos, si cae con el cero hacia arriba se gana el doble, y en caso opuesto, el triple.

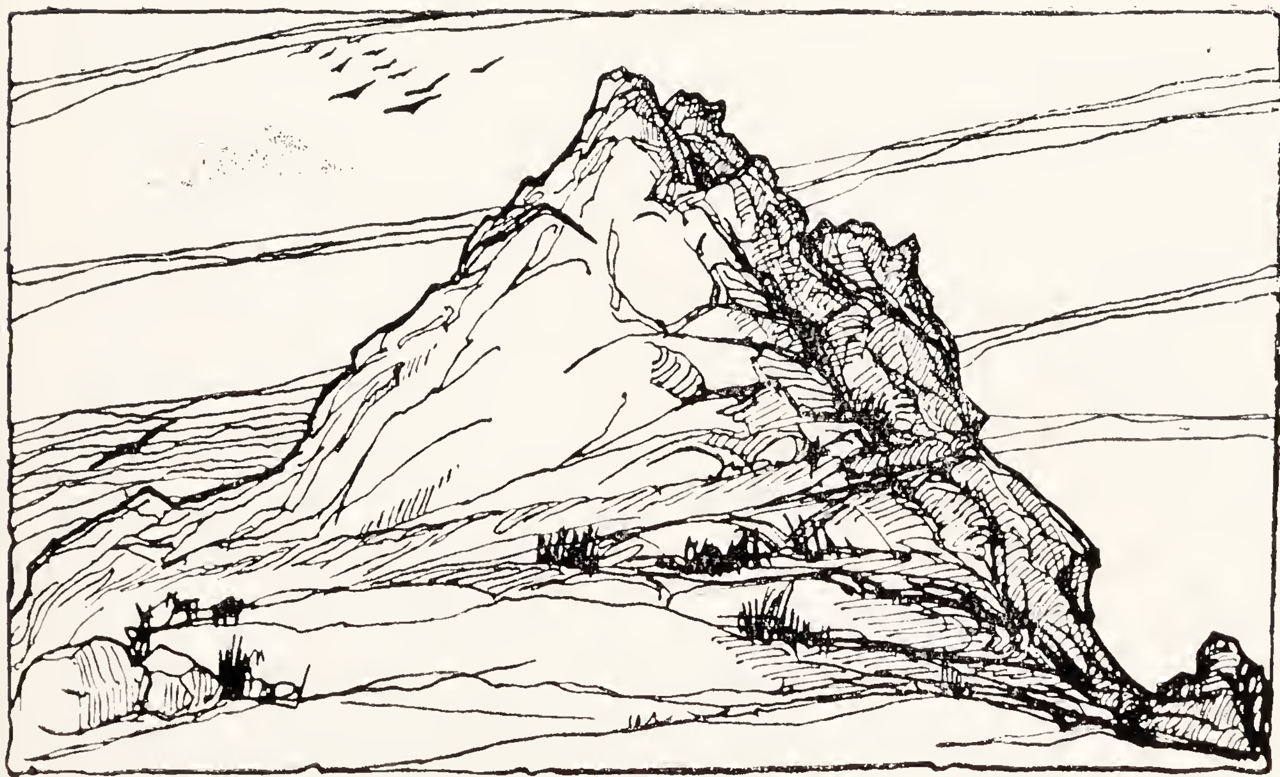
Cuando se han jugado todos los bienes del difunto, los gastan en comilonas y borracheras. Para resarcir a los herederos de aquél, se viste con traje de pieles de gato uno de los indios más hábiles, y acompañado de otros cuatro, atadas las manos, bien que con cierta holgura, va de casa en casa apoderándose de cuanto halla a su alcance, bastando que haya tocado un objeto para que pierda su dueño el derecho a recobrarlo.

Mientras juegan los hombres, las mujeres en un rincón, relatan llorando la vida y hechos del difunto.....

«Durante la faena de la siega, dice Espada, uno va cantando, los otros hacen coro y siegan a compás. El que lleva la voz siega por delante y los otros le siguen. Quedarse atrás sin percibir el tono y palabras del primero, retrasarse, por tanto en el trabajo, es una gran deshonra. Adelantarse es por lo contrario una gloria. Con una gratificación al cantador principal, trabajan aprisa, se estimulan y siegan en breve tiempo un campo de trigo». Esta costumbre guarda estrecha semejanza con la de los indios de Filipinas al plantar el *palaí* o arroz. Aquí está sustituído el cantor por un instrumentista que toca un guitarrillo de tres cuerdas, *el chingarrin*. Los indios plantan a compás con rapidez extraordinaria, muy superior a la que se logra cuando se prescinde de aquél. De aquí el que se hayan visto precisados a llamarlo de nuevo, en muchas ocasiones, algunos hacenderos, que, por ahorrarse un jornal, pretendieron suprimirlo.



Illiniza desde el camino real, cerca de Machaché.
De un croquis de J. de la Espada (1865).



Illiniza desde el campanario de Mulaló.
De un croquis de J. de la Espada (1865).

«Otra costumbre curiosa de aquellos indios es la de los *improvisadores*. Cuando se reunen a beber aguardiente o chicha, uno de los concurrentes improvisa versos y otro le contesta, y en el caso de no hacerlo paga el gasto. A veces, pasan en semejante certamen un día entero, siendo de admirar en estos casos la notable agudeza de ingenio de algunos individuos que logran siempre la victoria en tan original palestra». Recuerdo con este motivo las canciones rimadas de los negros del Brasil que concluyen con un estribillo cantado, en la Tijuca.»

En Filipinas eran asimismo frecuentes esas reuniones en que se improvisaba en prosa o verso con verdadero derroche de ocurrencias peregrinas e imágenes poéticas, que sorprendían gratamente aun a personas muy cultas, y según informes que juzgamos verídicos, lo son asimismo entre los negros de Cuba.

El 22, a las ocho de la mañana, abandonaron Papallacta, pasaron el Chalpi sobre un puente de palos, del cual se cayó uno de los indios, el que llevaba los víveres, y después de haber salvado éstos, aunque mojados, continuaron la marcha que fué interrumpida durante un rato para tomar el almuerzo (un huevo duro y tres patatas). A las cinco de la tarde llegaron a Maspas, término de la jornada de aquel día.

El 23, temprano, en marcha hacia el tambo de Huila a través de la empinada cuesta de Quinjua que subieron descalzos. Aquí les sirvió el almuerzo, «especie de mazamorra de zambo, dice Espada, compuesta de fríjoles, ben (fruto del tamaño de una avellana producido por una leguminosa) pepitas tiernas de calabaza, berzas y maíz, todo sin sal». A las doce y media embocaron la espléndida cuenca del Quijos que tan bellamente describe nuestro viajero, quien nos dice además, que para realce de aquella extraña grandeza, flotaba sobre el valle y afluentes del citado río, un vapor azulado que la añadía nuevo encanto. Después de consumir sus provisiones (maíz tostado y patatas asadas) contemplaron un rato las aguas lechosas de la laguna de Quijos cubiertas de cristalitos de verde berilo, siguiendo acto continuo hasta el alto de Quijos para descender después por una pendiente

desigual y resbaladiza. Espada nos cuenta aquí un detalle que no deja de tener su gracia. «Por la tarde, dice, me dió gana de mostrar al Capitán, joven y listo, un retrato mío que llevaba por casualidad en la cartera. Quitóse el sombrero mostrando en la cara una expresión indefinible. ¿Qué te parece? pregunto yo; ¿nos cree su merced, responde, tan bellacos, tan irracionales, que no conozcamos a *tata* Dios? Tentado estuve de regalárselo para que lo colgase en su casa como objeto de culto. Así me vería adorado de veras alguna vez en la vida. Pero no es por indios por quien yo quería serlo.....»

El 24, muy temprano, siguieron su ruta. delante el Capitán con los cargueros menos dos, detrás Espada, Isern, Pancho y los restantes. Fué día de prueba. «El trozo de camino de esta jornada, dice el primero, es lo más malo desde Papallacta a Baeza. Pancho y yo nos retrasamos algo cazando unos pájaros; los otros continuaron. Todo el trayecto está sembrado de tambos, algunos recién construídos, frescas las hojas y las cañas hullicando aun del fuego: eran seguramente de los *archidonas y loretos,* bellos mozos con sus caras teñidas de encarnado, los cuales se escondían a nuestro paso. La lluvia caía con insistencia y nos empapábamos los tres con el agua del cielo, con la que escurría de los árboles y con la que desprendín las ramas que apartábamos a nuestro paso. No alcanzamos el samai del amanecer y tuve que contentarme con una onza de chocolate, otra el criado. Mi marcha era lenta, por las heridas de los pies, y la de los indios fatigosa por lo malo de las cuestas. El tambo no aparecía. Quieren éstos pararse en el camino y soltar las cargas, pero yo me opongo con la única palabra quechua que conozco, para el caso ¡Octa! ¡octa! ¡aprisa! ¡ligero! ¡adelante! ¡adelante! Ellos daban sus razones para deternerse, pero el uno era mudo para mí y el otro como si lo fuese, porque no hablaba una palabra de castellano. Además, yo había despachado al guía delante para que tuviese fuego encendido a nuestra llegada, y calado hasta los huesos y muerto de hambre, quería que hiciésemos un esfuerzo para resarcirnos del contratiempo del día. De repente (serían las cinco de la tarde), al bajar la

montaña de Churca-Hurcu, distinguí una columna de humo que se levantaba azulada entre los árboles en la falda de enfrente. La melancolía de la tarde me hizo recordar la oda de Virgilio en que habla de *sombras que caen y humos que se elevan a lo alto.....*»

«No había más remedio, era preciso llegar al fin; pero el camino da en este punto un rodeo inmenso a la pared de una quebrada profunda y paralelo a un recodo del Quijos. Todo él se hace sobre troncos de árboles a manera de andilla, y cuando llueve o ha poco que ha llovido, son muy difíciles estos ejercicios gimnásticos. Hízose de noche como se hace aquí en el Ecuador, de repente, como si el sol se apagase. No hubo medio, los indios se negaron a pasar adelante: era justo, pero yo quería llegar adonde el humo. Los dejé al cuidado de Pancho, y me eché materialmente a rodar por el camino. No anduve trescientos pasos cuando dí conmigo en el fondo de una barranca. Traté de salvarla y buscar otra vez mi camino..... ¡inútil empresa! No hay idea de la profunda obscuridad que reina en estos bosques, sobre todo en este sitio tan hondo.....»

«Apagué el fuego de mi indignación y me resigné a pasar allí la noche; ¡que remedio! ¡no era la primera de aquella especie! Busqué a tientas algunas hojas de aquel árbol benéfico que sirve para cubrir los tambos y hacer sábanas para el caminante....; en vano, sólo dos hojas viejas de palmera sobre las que me senté y me puse a meditar los recursos que llevaba conmigo, para pasar la noche. Tenía un morral con varias cosas, entre ellas, una toalla con la que me envolví los pies; una pieza de percalina o de brabante que puse de sábana y cuya utilidad recomiendo, sirvió para envolver la cabeza; coloqué el sombrero debajo de la espalda y acomodé el morral como almohada, cargué la escopeta con las municiones gruesas que tenía y encendiendo cigarros aguardé tranquilamente el sueño. Oí un tiro algo confuso y después otro, al que respondí dos veces..... Todo quedó en silencio. *Une mauvais nuit est bien-tôt pasée,* dice un proverbio. Aseguro que el autor no lo había compuesto en las montañas de Quijos.»

«¡Yo que contaba cenar, serví de cena a los mosquitos!

¡aquella humedad que esperaba ver evaporarse dulcemente al amor de la lumbre, se me pegaba a los huesos!....»

«Amaneció por fin la aurora en la cima de las montañas, ¡nunca me pareció tan hermosa! El blanco esplendor de su rostro alumbraba los senos recónditos del bosque y con sus dedos de rosa mostraba el sucio y resbaladizo camino de Baeza. Tomélo literalmente con pies y manos sintiendo no tener otro órgano más, disponible, como los monos de esta tierra, para servirme también de él. Encontré a Isern dormido sobre el camino, despertéle; me dijo que no había alcanzado el tambo, que me había avisado por medio de un tiro, cuando hizo alto; que los indios habían seguido por separado unos delante y otros detrás. También me encontré al Capitán quien se había despeñado por una cuesta dislocándose una muñeca. Todos iban ya delante. Continuamos nuestro camino y después de penosa y resbaladiza cuesta, llegamos a Baeza a las diez de la mañana del día 25 de Febrero de 1865.»

CAPÍTULO V

Salen para Baeza Isern y Almagro.—Los cargadores de Tumbaco y su reclutamiento.—Su indumentaria y la de los Naturalistas.—Escenas de la despedida.—Alimentación.—Penosa subida.—Papallacta y su lago.—Descenso peligroso y caminos imposibles.—Paso del Mazpa.—Villa desaparecida.—La famosa cuesta de Quijos.—Hormigas bravas.—Ciudad antigua.—Paso del Toldo.—Quijos.—Llegada a Baeza.—Viaje de Martínez.—Observaciones de éste.—Los indios de Papallacta.—Construcción de tambos.—La antigua Baeza y su decadencia.—El territorio.—Joaquín Inga y la Baeza moderna.—Impresiones de Espada.—Fuga de criados.—El P. Francisco Pizarro.—Las chácaras.—Las niguas de Isern y el estribero.

El 19 de Febrero, un día después de haber marchado Espada, salieron de Quito, primero Isern, caballero en un burro con dos criados y dos perros: *Quito* y *Napo,* y un rato después, Almagro en compañía del representante de España en el Ecuador, D. Mariano del Prado. Aunque su itinerario era el mismo que había corrido o mejor dicho que estaba corriendo Espada, hubo sin embargo en este viaje de Isern y su compañero episodios interesantes que vamos a recordarlos aquí, aunque solo en síntesis. Desde la capital, marcharon directamente a Guapulo donde se despidió el Sr. Del Prado dejando en ellos recuerdos de profunda gratitud por el celo desplegado en los asuntos de la Comisión y por multitud de atenciones delicadísimas de que les había hecho objeto, desde el primer día de su estancia en la ciudad de Quito. Aquella misma tarde siguieron a Tumbaco para descansar aquí hasta el día siguiente.

El 20 a primera hora comenzó el arreglo y distribución de cargas. Merced a las órdenes del Gobierno de aquella república, había reclutado el Teniente político diez indios cargueros; Rafael Cayaguaso, jefe o Capitán; Pedro, José y Manuel Quislumba, Santiago Quiña y otros cinco más.

Cuando los nuestros se acercaron al citado Teniente para solicitar de éste les mandase venir, oyeron con sorpresa que ordenaba les sacasen de la cárcel y no dejó de causarles admiración el que gentes tan honradas estuviesen en semejante lugar, pero aquél les hizo apreciar la necesidad de semejante medida manifestándoles la tendencia de los indios a la fuga, cuando se les presentaba oportunidad. Advirtióles, por consiguiente, que no dejasen de amarrarlos durante la noche, si querían evitar el grave peligro de verse abandonados con las cargas en medio del bosque.

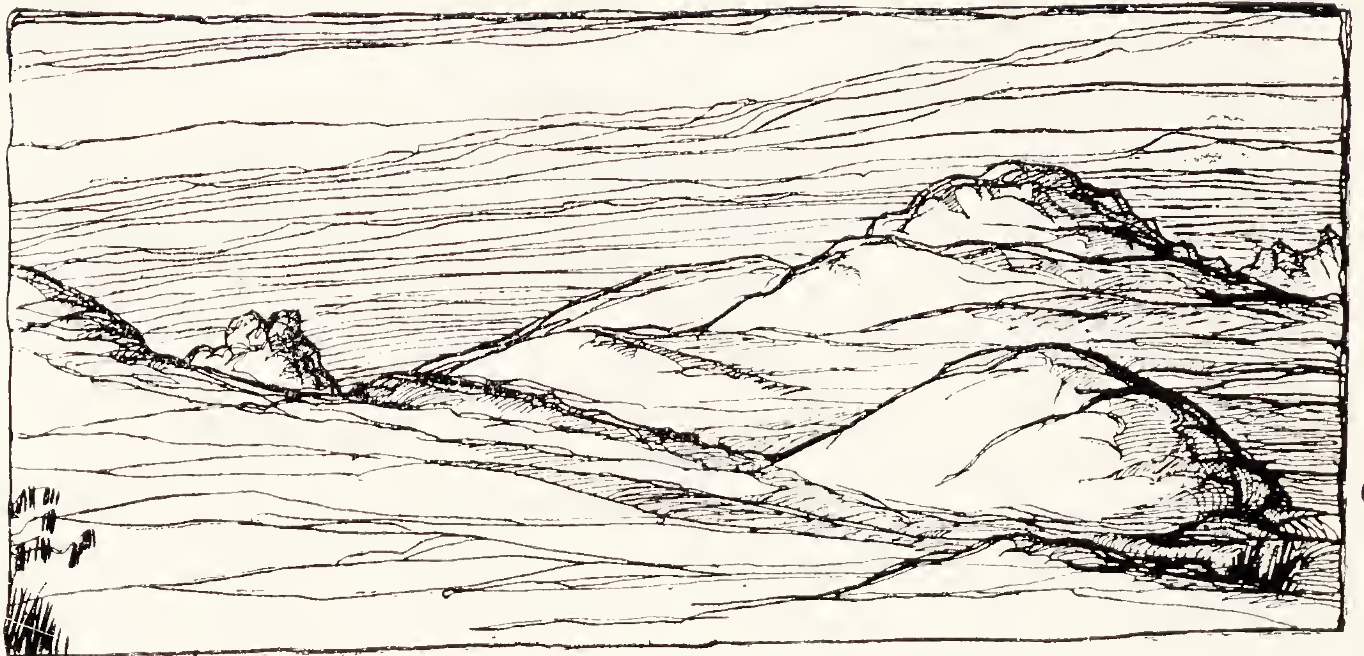
«El sistema de reclutar indios, dice Almagro, no armoniza seguramente con los principios republicanos. El Gobierno cuando necesita a aquéllos para cargueros, para componer calles o cualquier otra cosa, envía una orden a los Tenientes políticos, diciendo que tomen tal número de ellos.

Como la experiencia ha demostrado que voluntariamente ninguno se prestaría a trabajar, el Teniente los sorprende en sus chozas, los lleva a la cárcel y frecuentemente atados los dirige al lugar donde los han pedido.

El Gobierno los paga a razón de medio real diario, con cuyo jornal tienen que mantenerse. Gracias a una orden del Gobierno obtuvimos indios por ese sistema, los cargamos con tres arrobas cada uno, les pagamos treinta reales vellón y dos más por individuo para su alimento de todo el viaje, el que para ellos sería de siete días. Esta paga era espléndida comparada con las acostumbradas.»

Pronto llegaron los indios, cuya indumentaria era como sigue: Pie desnudo, calzoncillo de algodón amarillento hasta medio muslo, poncho de lana con franjas blancas y negras, algunos camisa y todos sombrero de fieltro blanco, sin límite marcado entre la ancha ala y la corta copa. Cada individuo llevaba además su *cucayo* (alimento para los días de viaje) consistente en maíz tostado y harina de cebada, y un palo de seis metros, indispensable en los ríos y pasos difíciles, como punto de apoyo.

Nuestros viajeros vestían el siguiente traje: Sombrero de paja, camisa de franela encarnada, calzón hasta medio muslo y alpargatas.



Callurcu, desde la cuesta de Tiupulho.
De un croquis de J. de la Espada (1865).



Rumiñagui, desde el campanario de Mulaló.
De un croquis de J. de la Espada (1865).

A las diez de la mañana del día 20 emprendieron el viaje a pie. Abrían la marcha los criados, a continuación los indios, después Isern y Almagro escoltados por los perros, y por último, las mujeres de los indios que les auompañaron hasta una legua de Tumbaco. Aquí se despidieron éstas de sus maridos modulando con entonación particular y melodiosa un coro de lamentaciones en lengua quichua, mezclado de lágrimas que brotaban a raudales de sus ojos, formando contraste con la impasibilidad de los hombres, en cuyos rostros, dice Almagro, el fisonomista más perspicaz no hubiera notado el menor indicio de tristeza o alegría. Después de esta escena, que duró un cuarto de hora, continuaron su camino hasta la hacienda del Tablón. Aquí pasaron la noche, Isern y Almagro en un corredor abierto y los indios al raso, después de cambiar la promesa de no fugarse por media botella de aguardiente. El 21 de Febrero, martes de Carnaval, se levantaron para ver si los indios habían faltado a su palabra; felizmente estaban todos, a pesar del atractivo que ofrecían para ellos aquellos disfraces grotescos, aquellas zambras y bailes, acompañados de monumentales borracheras.

Comenzaron la jornada sin otra interrupción que un descanso a las once para el almuerzo.

Los indios comieron su maíz, pero al mismo tiempo contemplaban con ávidas miradas las viandas que consumían Isern y Almagro, y dice, éste, que sentía lástima al verles recoger del suelo con el mayor cuidado, las migajas de galletas y pellejos de salchichón, que caían de su mano. Cazaron bastante y recogieron no pocas plantas, pero a media tarde la subida era más difícil y penosa y tardaban en alcanzar la cúspide de la cordillera; comenzaban a faltarles las fuerzas. En previsión de un extravío se destacó por encargo de Almagro uno de los indios para que avisase a los que se habían adelantado a fin de que volviesen a buscarles en caso de cerrar la noche. Sacando aquellos fuerzas de flaqueza siguieron su marcha escalando la montaña entre torbellinos de nieve, lluvia y viento, viéndose obligados a tomar descanso cada diez o doce minutos.

Por fin pudieron ganar la cumbre con los últimos albores

del día, y comenzar el descenso aunque en medio de aquel temporal. Caminaban entre tinieblas y atravesando pajonales separados por surcos, donde se extraviaron por completo. Felizmente oyeron gritos y ya orientados cambiaron la ruta llegando a las nueve y media de la noche y después de mil caídas, a un rancho sin techo, donde establecieron su campamento. Al siguiente día reanudaron su caminata por un terreno fangoso inundado por las lluvias de la víspera, surcado por numerosos arroyuelos de agua medio helada y convertido en una verdadera ciénaga. A las nueve llegaron a la Choza de Cuznitambo, y poco después daban vista al curioso lago de Papallacta. Ocupa éste el hueco de un cráter volcánico y tiene trescientos metros de largo por doscientos de ancho aproximadamente. Su forma es la de un corazón de naipe francés, y en el vértice aparece un hermoso arroyuelo. Los bordes del lago forman un anfiteatro de siete a ocho metros de alto y están revestidos de frondosa vegetación, entre la cual aparecen *Guimares,* de aspecto secular, que demuestran haberse hundido el cráter en fecha ya remota. Las aguas de este lago se derraman en ríos tributarios del Napo y Amazonas y llegan hasta el Atlántico, después de un curso de dos mil leguas.

Los expedicionarios pasaron la noche en el pueblo de Papallacta, donde fueron alojados en el Cabildo, por el Gobernador Indio. Ese *monumento municipal* estaba constituído por un salón de tablas por cuyos intersticios cabía perfectamente una gallina; el techo era de hojas de palmera; daba acceso al mismo una puerta sin cerradura, y el mueblaje brillaba en absoluto por su ausencia. El piso, *en cambio,* era una alfombra natural de verde hierba.

El Jueves, 23, trataron de ponerse en marcha a primera hora, pero no pudieron realizarlo. Los cargueros habían cogido la víspera una tremenda borrachera cuyos efectos perduraban aun por la mañana. Por fin, a las nueve comenzaron a moverse, y poco después, dice Almagro, dió principio la serie de malos pasos con un desnivel de seis varas en el terreno; y para bajar del primero al segundo suelo se hacía por una escalera formada por un tronco de seis pulgadas de

diámetro, en el cual varias muescas reemplazaban a los escalones.

«Era admirable ver a los indios con tres arrobas en la espalda conservar un equilibrio perfecto y bajar con más facilidad que nosotros, que íbamos sin peso alguno. Salvado este paso se entra en el bosque. El llamado camino consiste en una borrada senda de una tercia de ancho, limitada a cada lado por un espeso arbolado entretejido por bejucos y matas que lo hacían inaccesible. Por arriba, y a variable distancia de nuestras cabezas, se reunían las cimas de las matas y bejucos, lo cual nos obligaba a agacharnos y pasar en cuclillas por debajo de su bóveda, la que, cuando no era muy tupida, la cortábamos con nuestros machetes para facilitar el paso de las cargas.»

«El piso es imposible de describir con exactitud. Una capa de barro blando y asqueroso, a veces bastante profunda para que nos enterrásemos hasta el muslo; innumerables raíces que pasaban de un lado a otro, prestaban el apoyo a nuestros pies. Para evitar caer en la ciénaga se han puesto muchos maderos sin labrar, unos de tercia de diámetro, otros de tres a cuatro pulgadas, todos cubiertos de musgo y grandemente resbaladizos, así es que con frecuencia nos caíamos en el fango. A menudo encontrábamos en el camino árboles derribados de más de vara de diámetro que teniámos que subir y volver a bajar. Escaleras como la ya descrita antes, se presentaban con una frecuencia deplorable, siempre difíciles de bajar y situadas a una altura que haría peligrosa la caída. Añádase a esto numerosas ortigas y espinas que herían nuestras piernas desnudas y lo quebrado del camino que presentaba numerosas subidas y bajadas.»

....

El 24 tuvieron una jornada más corta y menos molesta pero no faltó en ella el correspondiente episodio digno de mención: fué el paso del Mazpa. «Este río, dice Almagro, tiene allí doce varas de ancho. El puente situado a seis varas sobre la superficie del agua está formado, en cada orilla, por una rampa, compuesta de tres maderos unidos entre sí por lazos de bejucos. Uno de los extremos de la rampa está enterrado:

el otro suspendido sobre el río. A estos últimos están atadas con bejucos tres vigas horizontales de ocho pulgadas de diámetro, que forman el puente. Estos tres palos son redondos, más altos unos que otros, separados por intervalos de tres a cuatro pulgadas, flexibles, cubiertos de musgo y sumamente resbaladizos. Malo o pésimo, peligroso o no, había que pasarlo, y lo hicimos sin deplorar el menor accidente. Estando en su parte media contemplamos la blanca espuma y erizada superficie del río, que corría como un torrente por entre colosales piedras y bosques de lozana vegetación. Nuestros pobres indios se persignaban al comenzar el paso del puente; a la vez solo pasaba uno, fijando siempre el bastón antes de mover el pie y con la mirada fija en el leño sobre que pisaba. Los perros pasaron bien y tuvimos la precaución de ponerles una larga cuerda al cuello, para poderlos salvar si caían en el torrente.»

«Este puente es arrebatado con frecuencia por las avenidas, y cuando así sucede, tiene el viajero que demorarse en su origen hasta que los indios formen otro.....»

En 1558 fundó Gil Ramírez Dávalos en las márgenes del Mazpa, una población con el título de Villa, pero al pasar los nuestros no quedaba de ella el más pequeño resto, ni siquiera memoria del sitio en que estaba enclavada. Pasado el río continuaron por una cuesta muy pendiente y penosa en medio de fuerte aguacero hasta llegar al *tambo de Huila*, donde pudieron acogerse.

El 25, a las seis de la mañana, estaban ya en movimiento en dirección a Quijos-Punta, donde comienza la pendiente que conduce al río Quijos. A pesar de haber luchado aquéllos en este viaje con obstáculos de tanta magnitud como los arriba mencionados, fueron tales los del día de hoy que Almagro los pinta en su «Diario» con estas elocuentes frases: ¡Qué cuesta! Aún la recordamos con horror. Imposible figurarse la existencia de semejante cosa y nos parece mentira hayamos podido bajarla. Tiene más de una legua de extensión; un piso sumamente inclinado, formando ángulos de 50° con el horizonte; ninguna piedra donde poder afianzar el pie y unos escalones de barro, donde en vez de procurar no caer

se debe estudiar de qué modo se caerá con menos daño. Sus bordes son poco tranquilizadores: el derecho formado por el bosque no ofrece ningún peligro, pero el izquierdo se continúa sin ninguna barrera, con una profundísima quebrada de centenares de metros de profundidad. Otras veces falta el camino, y para evitar la muerte cayendo en la quebrada hay que agarrarse y casi suspenderse de los árboles del borde derecho, y ¡cuántas veces creyendo asir una rama resistente o tronco seco, encontrábamos que la primera se quebraba y el segundo ya podrido, se desmenuzaba al apoyar la mano sobre él! Nos caíamos quince o veinte veces y aun los indios a pesar de su maestría cayeron también. Es verdad que a lo malo de la cuesta se añadía el estar lloviendo, lo cual hacía que la resbalada fuese más inevitable.» Más de tres horas duró la bajada encontrándose al terminarla con el río Quijos, que hubieron de pasar por un puente semejante al de Mazpa; pero tres veces más ancho, con la agravante de que los cinco maderos que lo formaban, no tenían la longitud necesaria para alcanzar al lado opuesto y por esto se hallaban amarrados con bejucos a sus complementarios de la otra orilla, aumentando así el peligro. Vencida esta dificultad sentáronse tranquilos en la pintoresca ribera dispuestos a tomar reposadamente su almuerzo, pero también aquí les persiguió la mala suerte. Antes de tragar el primer bocado vieron con horror que sus desnudos pies y pantorrillas, eran presa de millones de hormigas bravas, que comenzaron a cebarse en ellos furiosamente causándoles escozores insoportables. Fué preciso lanzarse al agua en el acto, recoger precipitadamente los *bártulos* y emprender la carrera a todo escape para verse libres de semejante tormento.

Las inmediaciones del Quijos fueron, en este sitio, asiento de una ciudad de ese nombre fundada en 1552 por Egidio Ramírez Dávalos, gobernador de los *países de la canela,* dice Almagro, en tiempo del segundo virrey del Perú D. Antonio de Mendoza; pero lo insalubre del clima fué causa de que un hermano del primero llamado D. Gil, destruyese dicha ciudad de la cual ya no vieron los Naturalistas ni el más pequeño rastro.

A media legua del puente arriba citado dieron con el río Toldo-Quijos cuyo paso se hizo de una manera original, «El río, dice Almagro, tiene ocho varas de ancho; la orilla occidental es más baja que la oriental. Primero entramos en el agua muy fría que nos llegaba hasta la cintura, anduvimos como tres varas, luego saltamos a una piedra cubierta de una tercia de agua, se adelanta sobre ella una vara y de esta piedra se alcanza la providencial rama de un árbol, que se inclina sobre ella; se sube por la rama hasta el tronco en que están figurados ocho escalones que conducen a la otra orilla.»

....

En lucha con toda clase de dificultades caminaron este día y también el siguiente (26 de Febrero) en cuya tarde tuvo lugar la llegada a Baeza donde eran esperados por su compañero Espada.

Digamos ahora dos palabras del viaje de Martínez. Hemos advertido oportunamente que se vió en la precisión de retrasarlo por motivos de enfermedad. Un mes largo de fiebre y dieta, le había dejado muy débil y necesitado de larga convalecencia para reponer sus fuerzas. Por desgracia no era posible consagrar el tiempo debido al descanso y restablecimiento porque los indios insistían en partir inmediatamente y algunos así lo hicieron.

Otros se avinieron a esperarle, y entre tanto, gestionó Martínez su pasaporte que le fué expedido por D. Pablo Bustamante, Ministro de Estado, en el despacho de Hacienda (1). El 23 intentó salir, pero volvió sobre su acuerdo, porque no le acompañaban las fuerzas. Más animado el 24,

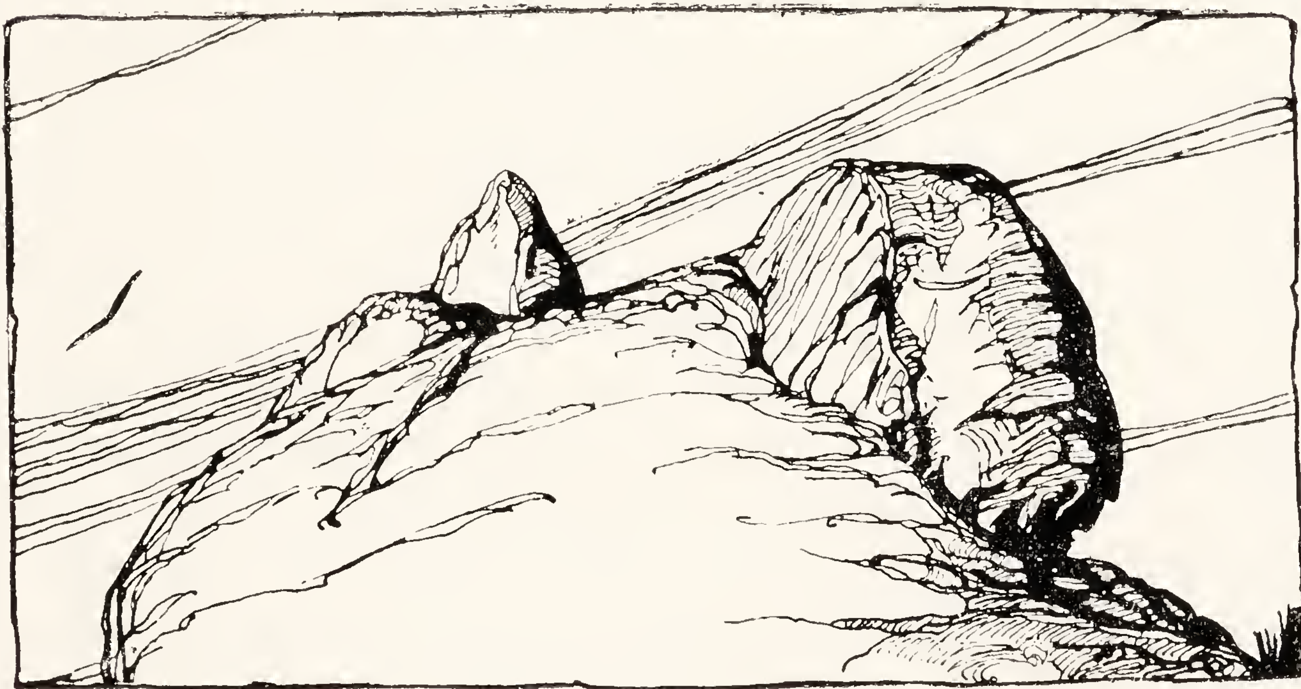
---

(1) Dice así. Pablo Bustamante Ministro de Estado en el Despacho de Hacienda encargado accidentalmente del Ministerio de Relaciones Exteriores de la República, etc.

Concede franco y seguro pasaporte, al Sr. D. Francisco de Paula Martínez, Miembro de la Sociedad Científica de España, para que pueda pasar libremente con su comitiva a la provincia oriental del Napo a asuntos pertenecientes a su comisión. Por tanto ordena y manda a las autoridades nacionales no les pongan embarazo alguno, en su expedición, antes les presten por su dinero los auxilios de que hubieren menester.—Quito 8 de Febrero 1865.—Pablo Bustamante.—Nota: Siguen las firmas de distintos Gobernadores.



Jinchulagua, desde el cerro de los Pedrones junto al tambo de Antisana.
De un croquis de J. de la Espada (1865).



Piedra Azufre.
Azufral de Guanucu.—Punta, desde la cumbre del Antisana.
De un croquis de J. de la Espada (1865).

probó fortuna nuevamente después de haberse despedido de las autoridades y amigos y en especial de los Sres. De Garzón, que tantos cuidados y atenciones le habían prodigado durante la enfermedad.

A las tres de la tarde abandonó definitivamente Quito, acompañándole durante un largo trecho D. Manuel Riaño, español residente de mucho tiempo atrás en esa capital.

Nuestro viajero fué siguiendo los pasos de sus compañeros y experimentó las mismas penalidades que éstos, según consta en su «Diario». En sus relatos aparecen algunos detalles curiosos sobre las costumbres de los indios. Con motivo de su parada en el tambo, denominado Tablón de la Cocha (Laguna), nos dice lo siguiente: «La cocina de estas gentes es un hueco en el suelo rodeado de malos pucheros en que cuecen su miserable comida. Las camas son unos pellejos de cordero; el traje, poncho y zamarros (pantalones de cuero de cordero, vaca o perro) en los hombres; saya, con cuerpo mal hecho en las mujeres, y unos y otras, sombrero de paja o fieltro, con cubierta de hule.»

En Cuzmitambo encontráronse los nuestros con un individuo que decía ser comerciante del Napo. Se le preguntó por el objeto de su tráfico y vieron que por todo *género* llevaba doce perros feos y pequeños, fruto del robo y fuente de buenos ingresos, pues en dicha región solía venderlos al precio de *seis pesos,* moneda ecuatoriana.

Al llegar a Papallacta observaron, con gusto, que los indios de este poblado eran amables y obsequiosos, y sobre todo, activos y trabajadores. Parte de ellos estaban dedicados al transporte de equipajes y productos de la provincia de Oriente: café, cacao, vainilla, copal, tabaco, pilches (calabazas partidas), hamacas de hojas de *chambira* (palmacea) y oro en polvo, desde Baeza a Papallacta; otros al comercio de hilo, agujas, cuentas de vidrio mate o transparente (chaquesas o abalorios); otros al tejido de telas de algodón (tocuyo), o de ceñidores o fajas de color rojo y amarillo o rojo y blanco, y no pocos a construir herramientas como hachas y cuchillos y también bateas, cucharas, etc. En fin, que eran gente activa e industriosa.

Martínez fué recibido en casa del cura D. Manuel Azcona, quien, por cierto, vivía en gran estrechez, debido, sin duda, a los escasos rendimientos de la parroquia.

El 1.º de Marzo madrugó con objeto de emprender la marcha camino del Mazpa, pero tuvo la desagradable sorpresa de hallar a los indios todos, incluso el guía Carvajal, bajo los efectos de la tremenda borrachera que habían tomado la víspera. A costa de no pocos esfuerzos y de algunos estacazos (procedimiento bien contrario al carácter de Martínez) logró por fin ponerlos en movimiento a media mañana.

Después de hacer alto por breve rato en Llanca-Llacta (pueblo rojo) y Punga-Urco (hoja muerta) atravesaron el río Guarmi (mujer) y el Mazpa, terminando la jornada en el tambo de este nombre. Los indios dieron comienzo a la construcción del rancho que levantaban de la siguiente manera. Cortaban primero cañas bravas que dividían en fragmentos; una vez armados se hacía el techo con grandes hojas de *ponce*, y así se obviaba el inconveniente de la lluvia. Para encender el fuego se hacía uso de yesca y yesquero (eslabón y piedra) sacaban carbones bien secos que llevaban a prevención cuidadosamente envueltos en hojas de plátano, para preservarlos de la humedad, y haciendo saltar a éstos la chispa se prendía inmediatamente. Acercando después palos sin corteza o leña de un árbol de aquellas regiones que ardía muy bien, aun estando verde, levantábase en breve rato una hermosa hoguera, calentaban agua para la chicha logrando asimismo una temperatura agradable para sus cuerpos saturados de humedad.

Las camas eran preparadas con hojas secas o verdes, encima un pedazo de *llanchama* o corteza de árbol lavada previamente y por cubierta una manta. Sin contratiempo alguno, prosiguieron todos su viaje los días 2 y 3, llegando por fin a Baeza el 4, a media tarde.

En este paraje tuvo su asiento la antigua ciudad de Baeza, fundada como las de Mazpa y Quijos por D. Egidio Ramírez Dávalos en 1552.

Posteriormente se establecieron los pueblos existentes hoy en las inmediaciones del Quijos, la villa de Tena dependiente

de Archidona y las de San Salvador y Mote que lo eran de Loreto. A los veintitrés años de estas últimas fundaciones, la fama de las riquezas de Macas estimuló la codicia de los europeos que abandonaron dichos pueblos para trasladarse a la célebre *Sevilla de oro*.

En 1589 asoló esas poblaciones una epidemia de peste, y diez años después tuvo lugar la sublevación de los Jíbaros, que sembró el espanto en las familias esparcidas por los bosques de Oriente, obligándolas a buscar su refugio y seguridad en los pueblos comarcanos.

El territorio de Baeza está situado en la vertiente oriental de los Andes a 7.000 pies sobre el nivel del mar. Su clima es templado y ocupa un lugar medio entre el glacial de las cordilleras y el que reina en las ardientes playas de los grandes tributarios del Amazonas. La flora y fauna de estas regiones son típicas y del mayor interés para el naturalista, pero hay para éste obstáculos de gran magnitud en lo escabroso del terreno y en la humedad extraordinaria que allí se experimenta.

La población de Baeza estaba constituída por quince personas indias que formaban la familia del Jefe, Joaquín Yuga, oriundo de Tumbaco. Habitaba dos pobres cabañas, restos de antiguos edificios casi desaparecidos. Nadie diría que había estado allí la ciudad de Baeza. Joaquín conocía bastante bien el castellano, era servicial y afable, y vivía con holgura de su profesión, que era la de suministrar víveres a los viajeros que por allí pasaban. Siendo éstos muy numerosos, parece extraño que no afluyeran a este sitio más familias en busca de lucro y de negocios, pero Villavicencio advierte muy bien (1) que la mayoría de aquellos procedía de Quijos, Avila y Archidona cuyos habitantes tenían bien acreditada su fama de ladrones.

He aquí por qué muchos indios construían sus tambos en lo más oculto y retirado de los bosques, huyendo de la rapacidad y de los asaltos de aquéllos.

El bosque tocaba en las mismas casas, por eso dice Espa-

(1) Geografía de la República del Ecuador, 1858.—pág. 406.

da «que vivir en Baeza era vivir en el mismo bosque. «Los más extraños cantos se oyen por la mañana desde la cama, tristes, graves, sentenciosos, tímidos, alocados.....»

«Si las almas de los hombres pudiesen vagar por los bosques y se entregaran a sus más extrañas expansiones, se expresarían así». La llegada de los nuestros fué un acontecimiento que prestó nueva vida, por unos días a los tambos solitarios de Baeza. «Hoy (4 de Marzo de 1865) se han presentado aquí, en diferentes tandas, Martínez, Carvajal y sus comitivas. Venían, cada individuo acompañado de un perro; traían cuatro carneros, un chivo y siete u ocho cerdos.»

Los perros de Martínez, con los cuatro de Carvajal, los nuestros y los de la casa formaban una tropa respetable. Acometían a todo lo acometible, riñas a cada paso, ladridos continuos y por la noche una bulla insoportable. Nunca se ha visto Baeza con tanta población, sobre todo *perruna*.....»

No les faltaron aquí algunos elementos para su manutención, patatas, verduras, manzanas, naranjas exquisitas, nueces, y por último, la delicada *locma,* fruto de un árbol que se creía plantado por antiguos habitantes de la desaparecida ciudad de Baeza; pero aún con todo esto, Martínez y compañeros se vieron precisados a disminuir la ración, pues sus reservas corrían peligro de agotarse mucho antes de lo debido.

La estancia en Baeza debía prolongarse por algunas semanas, pues los cien cargueros necesarios para el transporte de colecciones y equipajes, venían por tandas, según los iba reclutando el Gobernador de Archidona Sr. Cárdenas, y esto se hacía paulatinamente.

El 5 de Marzo fué dedicado al arreglo de cargas y construcción de tambos. Espada hizo una mesa con las tablas de un cajón viejo, y Almagro, levantó para Isern una casa que ¡ni la de Ulises! Al siguiente pudieron despachar ya 26 cargueros, quedando más tranquilos. «¡Clima hermoso, exclama Espada, atmósfera tibia, calma y serenidad divinas! La idea de que cada paso que doy es hacia España, me mantiene en continua esperanza, fuente para mí de consuelo. Oigo cantar al *kindi-bonga* (pájaro mosca), a veinte varas de altura,

entre las ramas; no le acompaña más que el sonido vago y continuo de los insectos, que vuelan alrededor de las *bignonias*. Cuando las nubes se elevan sobre los bosques haciéndose jirones entre los árboles, alejando o acercando las líneas que forma el horizonte, esparciéndose o desvaneciéndose —(y esto sucede la mayor parte de los días), la temperatura es dulce e igual—*elísea*.

El Quijos se oye *llorar,* como aquí dicen, a lo lejos con un ruido monótono; hasta el viento es suave y mueve blandamente estos árboles gigantes.

Los caminos de San José, Quito y Archidona, desembocan en esta escarpada, como túneles bajos de verdura. El caminante aparece de repente y los perros se lanzan todos ladrando en su seguimiento, con anuncios ruidosos de su llegada.....»

El 8 notaron con disgusto la fuga del criado de Martínez. Era un mal ejemplo que no tardaría en tener imitadores.

El 9 ocurrió a Espada un caso curioso al terminar su desayuno. En el fondo del *pilche* o *mate* del café encontró varias pepitas auríferas procedentes del agua en que éste había hervido, tomada del arroyuelo inmediato al tambo. *Ciertamente no podía negar nuestro viajero que ese café fuese, en verdad, rico.....*

En estos días pasó por Baeza, procedente del Napo, un religioso que les comunicó datos muy útiles para el próximo viaje. Era el P. Fr. Francisco Pizarro Moreno, español y jefe de las misiones de Oriente, a quien había dado comisión el Gobierno de la República para establecer nuevas doctrinas en las riberas del citado río. Contempló con disgusto y amargura las vejaciones y atropellos de que los blancos hacían víctima a los negros e indios; quiso defender a éstos y surgió en seguida la lucha con los primeros, quienes, apoyados por el Gobernador, le pusieron toda clase de obstáculos, le forzaron a dejar su residencia y cometieron, además, la villanía de sobornar a los indios que le daban escolta en su regreso, para que le abandonasen al llegar a Archidona. En fin, uno de tantos episodios como abundan en la historia de las misiones y también en la de nuestra colonización.....

En sus visitas a las inmediaciones de aquel pueblo observaron Martínez y sus compañeros las *chácaras* o sementeras de los indios. Eran éstas, plantaciones de maíz, habas, judías blancas o de color, etc. etc., diseminadas por el bosque.

Para realizar su labor comenzaban aquéllos por la corta de los árboles, dejando parte del tronco y esparciendo las ramas, entre las cuales quedaban pequeños espacios. Aquí era depositada la semilla por mujeres a quienes confiaban siempre este menester. La penosa labor iba precedida de numerosas libaciones de chicha caliente, a las cuales seguían, durante la jornada, otras muchas de la misma bebida ya fría que daban por último resultado, la indispensable borrachera, en todos esos casos.

Por estas fechas, notó el botánico alguna fiebre y fuertes dolores en uno de los pies. Sospechando la causa se le trasladó al tambo de Almagro por el siguiente procedimiento muy usado en aquellas tierras. Un indio (el estribero) colocó en forma de asiento y a sus espaldas, una tabla (estribo) sujetándola a los hombros por medio de cuerdas; en ella fué colocado el enfermo y acto seguido emprendió el conductor la marcha hacia el sitio de su destino. Aquí fué examinado el pie y extraídas de él hasta *catorce niguas,* (pulícido, llamado *Dermatophyllus penetrans* L.) que eran la causa del mal.

CAPÍTULO VI

Llegada de Tenas.—Indumentaria, nombres y apodos.—Fuga de cargueros.—Los zuras.—Observaciones de Espada.—Caza de kindis.—Regresan de Archidona los indios quiteños.—El curandero.—Frutos de la estancia de la Comisión en Baeza.—Interesantes observaciones de Jiménez de la Espada, acerca del hallazgo del Thyroptera bicolor, su habitat y costumbres.—Llegan a Baeza las últimas brigadas de indios yumbos.—Su cucayo.—Robo de tela por los papallactas.—El camino desde Baeza a Archidona.—Parten Isern y Almagro.—Paso del río Bermejo.—El Cosanga.—En el bosque.—El Hondache y el Pongo.—Viajes de Espada y Martínez.

El 11 llegaron veintiséis cargueros de Tena enviados por el Gobernador. Vestían calzón y poncho, y varios ostentaban en sus frentes coronas de enredaderas como la estatua de Baco. Uno era chato y de pelo ensortijado, que indicaba mezcla de negro. Cuatro jóvenes eran agraciados y de rostros bien formados, pero la variedad de sus fisonomías impedía apreciar un tipo característico del grupo.

Se tomó nota de sus nombres para distribuirles las cargas observándose que la mayoría de aquéllos terminaba en *andi: Luca-andi, Pedro-andi.* Uno de los Capitanes se llamaba *Pumasinga, nariz de León;* y el otro *Milli-cuchi, puerco bravo o jabalí.* Estos calificativos estaban muy bien apropiados, como advierte Espada, pues el primero tenía la nariz achatada y roma como la del Puma, y el otro un bigote y una perilla bastante poblados para un indio, y sedosos como el pelo. Se vió que todos tenían apodos muy significativos y exactos. De su resistencia puede juzgarse, con solo tener presente que desde Archidona a Baeza, habían hecho en *dos días y medio, un viaje que de ordinario costaba seis o más.*

El Gobernador había echado mano de indios de Tena, por haber rehusado todos los de Archidona atemorizados por una epidemia de disentería que invadió su rancho.

Lo primero que llamó su atención fueron un hacha y un fuelle que tenían los nuestros. Con éste se entretuvieron largo rato soplando alternativamente hasta cansarse. Al poco rato llegó un blanco acompañado de seis indios más para las cargas. Se les gratificó bien, cenaron alegremente los desperdicios de una cerda que les fueron dados; reunidos por la noche al toque de un tambor, estuvieron largo rato de jarana y por remate de todo esto, concluyeron por fugarse, a pesar de la vigilancia del casero Joaquín. A los tres días hicieron lo mismo otro de los criados y Nicolás el de Almagro, pero fué en su seguimiento el *factotum* Carvajal y logró darles alcance y traerlos consigo a Baeza.

Llamaron también la atención de Espada algunos indios procedentes de Zura. Salían del bosque medio desnudos, coronados de hierba y tocando una especie de flauta, todo lo cual les daba el aspecto de los faunos mitológicos.

El 16 consigna Espada en su «Diario» las observaciones siguientes, que por lo curiosas transcribimos aquí: «En el punto mismo donde comienza el camino de Archidona hay un árbol de veinticinco varas de alto, veinte de copa y una de diámetro en el tronco. Desde mi cama y a través del ancho portillo que dejan las estacas de la cabaña en el ángulo del tejado veía revolotear los pájaros como un enjambre, entre las ramas y sobre las flores. Es una *bignonia* americana de las más numerosas. Sus flores de tres pulgadas de largas, son carmínicas, abundantes en néctar y de un suave olor de azahar; sus hojas, aovadas de un verde obscuro. Una higuera con sus frutos la ciñe desde su base, subdividiéndose en el tronco al apretarla como si quisiera abrazarla. Orquídeas y helechos, forman un bosque aéreo que produce constantemente sombra. Las repetidas visitas de aquellos pajarillos que en su mayor parte eran *kindis,* hizo que la escogiese de preferencia a otras para la caza de esas lindas avecillas.»

«En los bosques americanos no es difícil cazar pájaros, pero sí lo es y mucho, encontrarlos en el suelo.»

«Cortamos al ras de éste toda la maleza que rodeaba la *bignonia* y lo limpiamos en toda el área cobijada por su copa, de manera que la caza fuese productiva. Sin embargo, aun con estas precauciones, se perdieron bastantes piezas.»

«Entre las especies que acudían a la *bignonia* había unas que podían llamarse sus huéspedes y otras que eran pasajeras. Aquéllas eran tres: las primeras, un *kindi real* de larga cola, espléndido de belleza y elegante de forma; otra especie de pecho y cola pardo rojizos, y otra más pequeña con el dorso bronceado y el pecho terroso claro.»

«Los primeros, casi no abandonaban el árbol y alternaban en su comida con las flores de una anaranjada *Erythrina;* los segundos, eran menos frecuentes y los tucanes subían a lo alto, como a descansar, después de haber recorrido los bajos y sombríos setos.»

«Los especiosos pajarillos solo se veían por la mañana temprano y a la caída de la tarde cuando el sol dirige horizontalmente sus rayos por entre las ramas, rodeando al árbol de una atmósfera dorada y transparente. ¡Qué cuadro tan divino ver agitarse *aquellas joyas vivientes* sobre el verde de las hojas y surcando ya una masa de luz, ya una oscura sombra con aquellos rápidos y graciosos movimientos que no tienen igual ni en las otras aves, ni entre las mariposas ni entre las libélulas! ¡Y era preciso matarlos para hacer colecciones! y después sustituir sus diminutas entrañas con un copo de algodón y ponerlos sobre una peana con un letrero que dicen fulano de tal me llama así.»

«¡Caían los pobres kindis al suelo, abriendo las alas cerrando lánguidamente los ojos y derramando sangre por la herida y néctar por el pico.»

«Cuando se mantienen en el aire agitan las alas de tal modo que solo forman una sombra, con el pico introducido en la corola de las flores; entonces es la mejor ocasión para derribarlos de un tiro.»

«Se distinguen al momento el *kindi* extraño del que habita un grupo de árboles o vive inmediato a ellos. Llega el primero como azorado, se detiene mucho en un punto, y lejos de las flores, en las ramas secas, o bien chupando de prisa, se

va por donde vino o pasa de largo sin detenerse en los arbustos próximos. Los *inquilinos* acuden generalmente a él y los despiden o molestan. Los sedentarios vuelan, chillan, juegan, se pelean, van y vienen como en casa propia.»

«Entre los kindis pasajeros acude uno muy notable por más de un concepto; el *kindi-bonga*, llamado así por las analogías que presenta con un himenóptero, conocido por estos indios con el nombre de *bonga*. Es aquél de tamaño de dos pulgadas, verdoso por arriba y amarillento-leonado por abajo; cola corta, rojiza, con una banda negro-sedosa, etc., etc. La poca extensión de sus alas relativamente al volúmen de su cuerpo, hace que su vuelo sea lento y recto como el de los escarabeidos, produciendo como éstos un zumbido sordo y característico. Es menos agudo que el del bonga, cuyo nombre lleva, aunque semejante a aquél, en el tamaño y coloración.»

«El vuelo es más rápido cuando va de pasada, pero como se agita tanto, cuando se acerca al árbol y mientras está libando, parece que se cansa mucho, pues sus detenciones son por lo común prolongadas. Se le oye, generalmente, antes de verlo. Hay que buscarlo por el zumbido, que en los días tranquilos, sin viento, con sólo el murmullo cercano del Quijos y confuso ruído de los insectos, se percibe aun cuando revolotea en los cogollos más altos de la *bignonia*. Hasta que me he acostumbrado a conocerle, le he dejado pasar creyendo que era un insecto. Buscarlo en las malezas después de muerto, era buscar una aguja en un pajar.»

«La caza del kindi en este sitio tiene sus inconvenientes: las continuas y dolorosas picaduras de una mosquita amarilla que saca sangre y deja una herida y comezón que persiste una semana, y el estar horas enteras con la cabeza levantada para que no se escape ninguno de los pájaros que llegan al árbol. Esto produce dolores de cabeza, a los cuales no puede uno acostumbrarse. Las hojas de la *bignonia* acribilladas a tiros como un encaje.....»

La caza de pájaros fué por estos días muy abundante principalmente a la caída de la tarde. Pasaban mezcladas, bandadas numerosas de tucanes, fringilas, *tanagras*, etcétera, etc., de las cuales hacía caer de un solo tiro docenas de

individuos que venían a enriquecer más y más las colecciones de los viajeros.

El 26 regresaron de Archidona los indios quiteños que habían llevado las cargas, venían enfermos los más viejos y extenuados y hambrientos los restantes, porque además de no haber encontrado víveres en aquel pueblo, viéronse detenidos en el camino por la crecida del Cosanga, que les puso en muy grave aprieto. Figuraba entre ellos un curandero cuyo distintivo era una sarta de diminutos palitos que pendía del pulpejo de la oreja, a guisa de pendiente. Espada tuvo la oportunidad de presenciar las habilidades de éste en la curación de uno de los indios, que padecía una herida en la pierna derecha. Comenzó el citado curandero, por insuflar varias veces, en el sitio lesionado o enfermo, abundante humo del cigarrillo que estaba consumiendo; pasó después a refregar la pierna con un manojo de ortigas, presentó el resto de éstas al paciente para que las soplase, envolvióse éste en un trozo de poncho y diz que al punto quedó sano.....

La permanencia de la Comisión en Baeza, fué de grandes resultados para la ciencia. Allí se recogieron moluscos tan interesantes como el *Bulimus Jimenezi* y el *Bulimus visendus;* descritos por D. Joaquín González Hidalgo como especies nuevas; insectos tan desconocidos como la *Phyllodromia nigrita* ortóptero de la familia de los blátidos, el *Ommatolampis Pazi,* el *Brisilis gladius* y el *Acanthodis speculifera* del mismo orden citado, dados a conocer como especies también nuevas, por D. Ignacio Bolivar; mamíferos como el *Thyroptera albiventer* de Tomas, estudiado por don Angel Cabrera y el *Mesosciurus ferminæ,* descrito por éste como nueva especie de roedor y cientos de ejemplares de aves, en especial de kindis, tordos, garzas, macaneros, zuanes, turuscos, guengues, invis, puca-chaquis, etc., etc. No fué menos abundante la cosecha de plantas, obtenidas por Isern.

Aparte de todo esto, hay un detalle de la estancia de la Comisión en Baeza que viene a constituir una página de interés realmente excepcional para la zoología y un timbre de gloria suficiente por sí solo para colocar muy alta la figura de

D. Marcos Jiménez de la Espada como naturalista. Lo consigna en su «Diario» y cinco años después lo dió a la luz pública (1) enriquecido con nuevos datos muy dignos de reproducirse aquí. «Hace bastantes años, dice aquél, los únicos caracteres conocidos de los zoólogos como distintivo de la vida arbórea en los mamíferos se reducían a modificaciones más o menos importantes de las extremidades, de la cola, o como en los Perezosos, de todo el cuerpo, sin que en ellos se hubiese observado todavía un órgano especial distinto de los otros destinado a revelarla; pues aunque Spix encontró en las riberas del río Amazonas un murciélago que lo posee, dió del animal y de su órgano descripción y figura tan incompletas, que la novedad se redujo a un género y una especie más *(Thyroptera tricolor),* y esos dudosos. M. F. Cantraine, al describir y figurar en el *Boletín de la Academia de Bruselas* otra especie del mismo género el *Th.bicolor,* con diagnosis clara, bastantes pormenores y un mediano dibujo, reparando las omisiones del viajero alemán, es el primero que ha dado a conocer un órgano de aquella naturaleza; mas el uso que le atribuye y su influencia en el *habitat* son deducidos de su forma, no sé si también de su estructura, porque no se ocupa de ella y no estoy cierto yo de que con eso, aunque es mucho, baste para que su verdadera importancia sea por todos reconocida.

El órgano en cuestión y que tanto interés da a los *Thyroptera,* es para M. Cantraine, que lo observó en un ejemplar remitido de Surinam por Mr. Dieperink, Farmacéutico militar de aquella colonia, «un disco coriáceo en forma de ventosa, cuya conformación que no se encuentra en ningún otro género de quirópteros, hace presumir costumbres particulares y puédese por inducción establecer que los *Thyroptera* se sirven de ese disco a guisa de ventosa para adherirse a los cuerpos duros y lisos». Así es en efecto; pero faltaba saber que esos cuerpos duros son las hojas de los árboles sobre los cuales

---

(1) Algunos datos nuevos o curiosos acerca de la fauna del Alto Amazonas. (Mamíferos) por D. Marcos Jiménez de la Espada. *(Boletín-Revista de la Universidad 1870.—Madrid.*

vive el *Thyroptera* o más propiamente se mantiene, descansa o duerme por el día; que lleva las ventosas exclusivamente con ese objeto; y falta, por último, atestiguar con hechos todo lo que hay de verdad o de inexacto en las ingeniosas deducciones del Naturalista belga. Durante nuestra permanencia en Baeza de Nueva Andalucía, *ciudad de gran historia y de tres chozas,* situada en la junta del Cosanga y del Quijos a 0°, 20′ de latitud Sur y 79°, 30′ longitud O. Meridiano de París, sobre la vertiente oriental de la cordillera y en el centro de los bosques, la tarde del 25 de Mayo de 1865, Fermín, el hijo de nuestro huésped y dueño de la mitad del pueblo, indio mozo y despierto, perezoso como todos ellos y servidor nuestro cuando bien le parecía, llegó de una de sus habituales correrías por el monte y como siempre que algo nuevo o curioso tenía que ofrecernos, con semblante grave y aires de importancia dirigióse a mí entre todos, que ya sabía él de qué clase de objetos, especialmente cada uno se ocupaba, y desatando con flema una de las puntas de un poncho anudada, sacó con precaución un animalejo vivo, y alargándomelo, dijo: *caica palanda tuta pixco,*=Toma el murciélago de los plátanos.

Es de advertir que ni mis compañeros ni yo conocíamos entonces el *Thyroptera*, ni sospechábamos siquiera su existencia. ¿Cuál sería, pues, nuestro asombro al reparar, cuando lo tuvimos en la mano para examinarlo, en los aparatillos hemisféricos, huecos, flexibles y sumamente móviles que llevaba en las falanges primeras de los pulgares de las alas y cerca de los talones en las plantas de los pies? Gracias a su escasa talla era posible manejarlo sin riesgo, y el animal, al tratar de ofender con los dientes, se adhería con dichos aparatitos a los dedos, en los cuales sentíamos una impresión parecida, aunque no tan fuerte, a la que produce un dedal o una llave apegadas a la lengua después de hacer en ellos el vacío con la boca. Un mamífero con ventosas era para nosotros el hallazgo más extraordinario hasta entonces de nuestro viaje, y un descubrimiento raro en la anatomía de esos vertebrados.

El deseo de poseer un número mayor de ejemplares pudo

en mí por el momento más que la curiosidad de estudiar el quiróptero, y le pregunté a Fermín, con ánimo de ir a buscarlo en seguida, dónde lo había encontrado, y si había muchos: contestóme que en una de sus *chácaras,* donde abundaba, por desgracia, demasiado, pues les destruía, o poco menos, la cosecha de plátanos; añadió que aquel día ya era tarde para cogerlos, pero que cualquiera otro me acompañaría con gusto al platanal y me ayudaría con mucho más a destruir tan malos bichos. Dí de mano a mi proyecto de caza y me ocupé de los ejemplares que poseía.

La especie era todo lo agradable que cabe ser en esa clase de murciélagos: su cara, falta de extraños apéndices tuberculosos o foliáceos tan comunes en ellos, no era repulsiva, y las orejas bastantes proporcionadas, el hocico ni muy chato ni proboscídeo, y los labios, casi enteros, daban a su fisonomía un aspecto regular y común a otros muchos mamíferos. Eran los colores de su pelaje fino, abundante y largo, rojo o castaño por encima y blanco puro desde la barba hasta el bajo vientre, inclusive.

Las partes desnudas de su cuerpo exceptuados el hocico y el limbo de las orejas, presentaban un matiz cárdeno uniforme en las membranas alares e interfemoral y algo más claro en las ventosas, en las piernas, pies y cola. Las ventosas como ya he dicho eran hemisféricas, profundas, membranosas en el borde, carnosas en el centro, y las correspondientes a las alas, más grandes que las de los pies; su estructura idéntica a la del iris de los mamíferos diurnos; fibras musculares dispuestas en radios cruzadas por otras circulares concéntricas, permitían al animal acortar o extender el diámetro del aparato y acomodarle rápidamente a cualquier superficie lisa, fuese plana, rolliza o en ángulo entrante o saliente.

Aún después de contraídas y resecadas por el alcohol, se nota claramente en dichos órganos la disposición de sus fibras reticulares. En el centro queda un pequeño hoyo del cual parten las radiadas hasta el borde que se ha doblado hacia el interior, y la superficie interna de la ventosa, que mirada normalmente, parece un terciopelo compuesto de

finísimas papilas apretadas oblícuamente, figuran un mosaico con los espacios que dejan entre sí las fibrillas musculares cruzadas.

Los tres *Thyroptera* ♂ y 2 ♀ vivieron cerca de cuatro días dentro de una caja de madera con tapa de alambre a través de los cuales podía observarlos a mi gusto. Nunca lės ví servirse de las uñas ni para trepar ni para moverse; paseaban por las paredes de su cárcel en todas posiciones, valiéndose exclusivamente de las ventosas, durante cuya operación la vaina cutánea que envuelve las uñas de los pulgares cubría a éstos hasta cerca de la punta.

Su progresión era variada; unas veces adelantaban las extremidades como en el paso ordinario de los cuadrúpedos, otras las dos primeras a un tiempo y afirmándose en este doble punto de apoyo traían o empujaban el cuerpo hacia adelante; descansaban en varias posiciones, sirviéndose de las ventosas; sin embargo en su sueño se colgaban cabeza abajo, de las uñas de los pies, como todos los murciélagos.

Al siguiente día de haberlos obtenido bien de mañana, pero ya con sol el indio Fermín se presentó dispuesto y aderezado para la caza prometida. Llevaba por todas armas el nervio medio de una hoja seca de palmera a cuyo extremo había ajustado un lazo corredizo de pita de dos palmos de largo, artimaña según después tuve ocasión de observar, tan ingeniosa y acabada como todas las que ellos acostumbran. Andaríamos cosa de una legua abriéndonos paso con el machete; al cabo de ella dimos en una roza, especie de trasquilón hecho al bosque en un espacio circular de treinta varas de diámetro, al abrigo de una alta socarreña de peñascos muy soleada, cual es necesario para que los plátanos fructifiquen y maduren a la altura de Baeza.

Antes de llegar me previno mi compañero que hiciese el menor ruido posible, y en silencio y con cautela nos deslizamos junto al tronco; entonces el indio levantó despacio la vara con el lazo al nivel del cogollo del plátano, rodeó con la lazada su extremo abierto, y de un tirón cerró la cavidad cilíndrica que forman las hojas tiernas centrales de la planta, de manera que el animal que estuviese dentro quedaba de

repente sin salida. En esta disposición trajo hacia así el cogollo tronchándole por la base, palpó las hojas por fuera y me dijo *Isqui-tian*=dos tiene. Afanoso é impaciente, nunca seré buen cazador, quise ver cómo se movía el murciélago dentro de su misma vivienda, mas hube de hacerlo con tan poca maña que uno de los prisioneros logró escaparse. Renuncié a mi propósito temiendo nos sucediera lo propio con el segundo, y sin más observaciones lo puse a buen recaudo. A todo esto y por muchas que fueran la habilidad del indio y las precauciones que tomara, al finísimo oído de las *Thyroptera,* hubieron de llegar el ruido de las hojas tronchadas y alguna de las exclamaciones que se me escaparon con el fugitivo; porque abandonando uno a uno, dos a dos, o tres a tres, sus respectivos albergues, se entraron por los árboles inmediatos, dejando la chácara desierta en un instante.

Los pies de plátanos serían en todos unos veinte y los murciélagos no llegarían a dieciséis. Fermín declaró en vista de aquel desbandamiento, terminada la caza, que sería inútil intentar en algunos días. Sin embargo, aún permanecimos en el puesto, obra de una hora escondidos y *aguaitando,* por si alguno volvía a la querencia; para mí era tan interesante observar su regreso como obtener un par de individuos más.

En efecto, tres volvieron a su morada; llegaron revolando primero en torno del grupo de plátanos, después se abatieron sobre uno de ellos, pegáronse a las hojas y a tientas y sirviéndose de las ventosas que deben ser también para los *Thyroptera,* órgano sensible de tacto, buscaron la entrada subiendo con suma agilidad a lo largo del cogollo.

Al dejar sin precauciones nuestro escondite para retirarnos a casa, dejaron ellos igualmente su guarida de nuevo, más azorados que la vez primera.

El *habitat* y la vivienda de los *Thyroptera* de Baeza son curiosos por más de un concepto. Para mí, pertenecen, sin género de duda, a la especie también descrita por Mr. Cantraine, y en esta identidad consiste una parte del interés que da el *habitat* a nuestros ejemplares. Surinam, comprendida bajo este nombre toda la guayana holandesa, dista de Baeza 300 leguas, mediando entre ellas la anchísima cuenca del

Orinoco; el territorio de Surinam es costero, bajo y extremadamente caluroso; Baeza se halla 8.000 pies por lo menos sobre el nivel del mar, en el riñón de los Andes y gozando de un clima templado y lluvioso. Igual contraste resultaría de la comparación con su congénere hallado por Spix a orillas del Amazonas, si por ventura ambos no son uno mismo.

Pero no es la enorme extensión del área genérica del *Thyroptera* y la específica del *Thy. bicolor,* lo que principalmente debe causarnos extrañeza, sino la elección hecha por la última en Baeza de la planta que le sirve de dormitorio y despensa a la vez, por lo menos una parte del año.

El plátano, en primer lugar, no es indígena de América; en segundo, para madurar en las cercanías de Baeza necesita un paraje reducido y muy caldeado por el sol, una especie de estufa o invernadero que casualmente suele ofrecer el terreno quebrado de las faldas de la cordillera: aun así hay que reemplazarlos cada dos años; los tiernos renuevos, por lo general se malogran. ¿Cómo, pues, teniendo el *Thyroptera* grandes plantíos de su vegetal favorito, altos, frondosos y lozanos, cerca de allí, en Archidona y pueblos ribereños del Napo, cuyas condiciones climatológicas se asemejan a las de Surinam, suben hasta Baeza a buscar una vivienda menos segura y un alimento menos sabroso y más escaso? Porque recuerdo muy bien que ninguno de los habitantes de esas localidades, indios o blancos lo conocían, y unánimes me aseguraron que no lo había por allí, ni más abajo tampoco, lo cual, por otra parte, vi confirmado en la inutilidad de las investigaciones que yo mismo hice. Además, lo poco conocidos que son estos quirópteros y su escasez en las colecciones, dicen bien claro que no deben encontrarse en los platanares, sitios frecuentados continuamente y a todas horas y despensa donde han de acudir en busca del pan de cada día los indígenas y los mismos viajeros en persona.

Tengo para mí que la habitación de nuestros *Thy. bicolor* no es la propia de la especie, circunstancias que sólo una larga residencia en el país permitiría descubrir, motivarán esta anomalía. Desde luego no hay riesgo alguno en asegurar que no le llevaba por entonces a ella su preferencia por los

frutos farináceos y sustanciosos del plátano, pues ni en flor estaban siquiera las matas cuando tuvo lugar nuestra excursión a la *chácara*. Tampoco un régimen exclusivamente frugívoro, porque si los dientes no lo demostraran, del examen de su estómago se deduciría que los *neurópteros* son su principal sustento.

La abundancia y los estragos de que el indio de Baeza hablaba y hasta el epíteto de *palanda tutapixco,* eran seguramente relativos a la pequeñez de la hacienda. Raro es el murciélago de aquellas comarcas, montuosas o llanas, del mar a los Andes, que no muestra una afición a estas dos cosas: al plátano maduro y a chupar la sangre de los mamíferos, incluso el hombre, y de las aves en plena noche. Por cierto que no necesita sorprenderlos en su sueño para practicar la sangría. Lo único que explica en parte la estancia del *Thyroptera bicolor* en los platanales de Baeza, es que como sitio abierto y despejado, la *chácara* ofrece comodidades para cazar sin estorbos en corto espacio y en breve tiempo los insectos. Los *vampíridos y vespertiliónidos*, buscan siempre los claros naturales del bosque con ese objeto o los que practica el hombre alrededor de sus *tambos* para desahogar un poco las cercanías.

Los Thyroptera deben habitar ordinariamente las *estrelitzias* (1) y *bromelias* (2) y las palmas de hoja entera o cualquiera otra planta cuyo cogollo les proporcione una guarida igual o semejante a la que encuentran en los plátanos de Baeza.

Spix, dice, ya del *Thy. tricolor: insidet diu arbustis et littore fluminis Amazonum;* y Mr. Cantraine, *cree poder decir,* en virtud de ese dato, y de que su especie vive en Surinam, que los *Thyroptera* habitan los lugares pantanosos, explicándose así, según él, la dificultad de obtenerlos y su rareza en los museos.

Tal vez sea ese efectivamente el *habitat* de dicho género, y tal vez también le induzca al naturalista belga a creerlo la

(1) Plantas de la familia de las *musáceas* P. B.
(2) Plantas de la familia de las *bromeliáceas*. P. B.

analogía de costumbres que es lícito suponer en especies pertenecientes, no ya a una misma familia, sino a la misma tribu, pues Mr. Cantraine, reformando los vampiridos del Príncipe Carlos Luis Bonaparte, reune en los *noctiliónidos* los *Thyroptera* a los *Noctilio*. Pero debo advertir, por si hace al caso, que las costumbres de unos y otros no son tan semejantes como era de esperar y sucede generalmente en tribus y familias naturales.

Durante la primera hora de la noche, y sólo durante esa hora, he observado mil veces a los *Noctilio* dando caza a los insectos a lo largo de los ribazos del Napo y Amazonas, al ras del agua, como van las golondrinas, y no he visto jamás a *Thyroptera* ni murciélago alguno, excepto a aquéllos, procurarse su alimento ordinario de esa manera y en esos sitios, a mi juicio peculiares de los *Noctilio* o del *N. leporinus,* por lo menos. Puedo afirmar el hecho porque no cabe equivocar con cualquiera otra la extraña silueta de ese quiróptero, destacada del fondo del cielo reflejado en el río y moviéndose no incierta y locamente como la mayor parte de los mamíferos voladores, sino con vuelo lento, marcado, sinuoso, por tiempos y siempre cercano y paralelo a la orilla del agua. Este vuelo, su traza, la hora y el perfil de sus orejas estrechas aguzadas y enhiestas, contribuyen a que al pronto se dude si es la sombra de un murciélago o la de un buho pequeño». He aquí algunas de las interesantes observaciones hechas por Espada con motivo del hallazgo de Baeza.....

El 20 de Marzo llegaron las últimas brigadas de indios del Napo, enviados para llevar las cargas, por el Gobernador de Oriente. Vestían como los indios *yumbos* de que arriba hemos hablado y eran corpulentos, fuertes y de formas esbeltas. Hablaban el *quichua* y hacían infinidad de preguntas examinando con gran curiosidad todos los objetos incluso las barbas de Almagro, Espada y compañeros. Sus provisiones preparadas por las mujeres en los tambos de Archidona, consistían en plátanos verdes ya mohosos y *chicha,* que llamaban ellos *mazato,* extraída del coco de una especie de palmácea conocida allí con el nombre de *chonto ruro*.

Se les distribuyeron las cargas, notándose con este motivo, que faltaban *cuatrocientas treinta varas de tocuyo,* que se creyó fundadamente habrían quedado en manos de los papallactas conocidos ya por sus aficiones a los bienes ajenos, y emprendieron inmediatamente la marcha.

El camino desde Baeza a Archidona era más largo y sobre todo más expuesto que el de Quito a Baeza, no por las cuestas y fangales, sino por los grandes ríos, cuya anchura imposibilitaba el tendido de puentes sobre ellos y cuya profundidad alcanzaba con frecuencia hasta 30 y 40 metros. Sus crecidas a veces inesperadas y siempre rápidas, detenían la marcha del viajero que se veía obligado a esperar pacientemente el descenso de las aguas, y si aquél había hecho alto entre dos ríos igualmente crecidos y por añadidura sobrevenía la deserción y fuga de los indios, entonces quedaba el caminante en trance muy apurado y aun en peligro de perecer.

Conocedores de todo esto Isern y Almagro, acometieron esta nueva etapa de su viaje henchidos sí de alientos, pero no sin alguna zozobra, por cierto bastante justificada.

El 30 de Marzo de 1865 daban aquéllos el último adiós a Baeza, caminando después todo el día sin la menor novedad, y el 31 a la tarde atravesaron el río *Bermejo* con el agua hasta el pecho, auxiliándose con el apoyo de las *taunas* para no ser arrastrados por la corriente que era fuertísima. Los indios procedieron en seguida a construir los tambos y buscaron leña de un árbol llamado *nina-caspi* que arde perfectamente aunque esté mojada, logrando así encender fuego y calentarse, lo que hubiese sido imposible sin mediar esa circunstancia.

El 1.º de Abril caminaron todo el día entre bosques, llegando por la tarde a la orilla del río *Tachna-yacu,* que no pudieron atravesar por hallarse crecido. Durmieron allí, y al siguiente día observaron con satisfacción que había menguado la masa líquida, pudiendo por fin pasarlo, asidos al cinturón de los indios que, acostumbrados a esos trances desde la niñez, tenían para esto gran resistencia y destreza.

El 2 debían vadear el mayor de los ríos de la presente etapa, el caudaloso *Cosanga,* que unido al *Quijos* forma

después el *Coca*. Para llegar al paraje conveniente, fué preciso avanzar desde primera hora entre matorrales de *suros* o cañas bravas que desgarraban constantemente los pies y piernas, siendo aquéllos tan espesos en *Chini-playa*, que hubieron de acudir a los machetes para lograr abrirse paso. Por fin, atravesaron el *Cosanga* por un ancho vado, guiados, como siempre, por los indios.

El 3, subieron la penosa cuesta del *Guacamayo* y bajaron después hasta el *Urcu-siqui*, que llevaba gran crecida. Acamparon en su orilla, y al siguiente, día 4, tendieron sobre él los indios un puente de tres maderos, por el cual fuéles fácil el paso. Continuó la marcha durante todo el día hasta dar con el *Hondache* que también se había desbordado. Nueva parada en su ribera y vuelta a la construcción del indispensable puente.

El 5 llegaron al *Pongo*, pasándolo por un vado, y por último, el 6, a primera hora de la tarde, entraban en Archidona en medio de las aclamaciones de multitud de indios, que pintados y tocando tambores, les abrazaban efusivamente y aun pretendieron conducirles en hombros hasta la casa del Gobernador blanco, donde se les había dispuesto alojamiento.

Espada había retrasado su salida de Baeza hasta el 3 en que inició la caminata. Las fatigas y obstáculos no fueron menores que las de Isern y Almagro, sobre todo en el paso del *Pongo* donde estuvo a punto de ahogarse.

En cuanto a Martínez hubo de esperar a los indios hasta el 10, pero en este día llegaron sólo dos con la desagradable nueva de haberse fugado los demás por temer el mal tiempo. Los despidió al día siguiente con cartas para el Gobernador de Archidona y resolvió esperar en Baeza la llegada de más cargueros, dedicándose entretanto a la recolección de conchas e insectos. Por fin llegaron aquéllos el 19 de Abril, y el 20 salió Martínez para Archidona, a donde llegó el 25 con los pies y piernas llenos de rasguños y el cuerpo asendereado y maltrecho.

CAPÍTULO VII

La provincia ecuatoriana de Oriente. —Topografía, vegetación, fauna y pueblos que en aquélla viven.—Caseríos.—Archidona y su Gobernador.—Constitución social.—Curaca, gobernadorcillo y justicias.—Carácter y costumbres de estos indios.—Un casamiento.—Moralidad de los yumbos.—Abusos de los blancos.—Nuevas observaciones de Espada acerca de los Thyroptera.—Procedimiento de los indios del Napo para construir sus canoas.—Resultados científicos de la permanencia de la Comisión en Archidona. Parten para el Napo. —Observaciones de Isern sobre la flora de las riberas del Misaguelli.—Destreza de los indios barqueros.—La guanda y el gobierno ambulante.—Tena y su origen.—Observaciones de Espada acerca de una familia india.—Procedimiento para obtener el guarapo.—Resultados científicos.

Al llegar los expedicionarios al poblado de Archidona entraban ya de lleno en la provincia ecuatoriana de Oriente y bueno será que digamos algo acerca de este nuevo teatro de sus hazañas de Naturalistas y exploradores, tomando por guía los «diarios» de aquéllos y la ya citada obra de Villavicencio.

Con el nombre de provincia de Oriente designan en esta república, la gran extensión de terreno limitado al N. por Colombia, al E. por el Marañón o Amazonas, al O. por la vertiente oriental de los Andes, y al S. por el Chinchipe. Calcula su área el autor citado en 12.000 leguas cuadradas, divididas en tres secciones o cantones: el de Quijos, al N.; el de Canelos, en el Centro, y el de Macas, al S.

Las dificultades inmensas experimentadas por la Comisión para llegar a ella, nos explican perfectamente el escaso conocimiento que tenían, no ya los extranjeros, si que también los mismos naturales, de esta región, sólo visitada por algún osado explorador y contados traficantes a quienes acuciaban o los ideales purísimos de la ciencia, o por el contrario, las

ansias de un lucro muchas veces bastardo y fruto de artimañas inconfesables.

Su límite occidental tiene por barrera la vertiente de los Andes que presenta, según Villavicencio, el aspecto de un mundo desplomado dejando un hacinamiento de picachos altísimos, crestas, precipicios y grietas profundas, todo cubierto de un verdor peremne, bajo un clima húmedo que mide gradualmente todas las temperaturas desde la glacial que domina en su cima, hasta la de primavera que se goza en sus faldas.

Sus llanuras se ven inundadas constantemente desde Mayo a Noviembre por torrenciales lluvias que derraman sobre ellas fabulosas cantidades de agua, centuplicando el caudal de sus grandes ríos, que oponen entonces una barrera infranqueable al paso del viajero. En otros casos, irrumpen sobre aquéllas, furiosos huracanes procedentes del Amazonas que siembran la desolación y el espanto y dejan su huella en anchas vías abiertas en cerrados bosques y sembradas de árboles corpulentos, descuajados por la violencia del ciclón.

En cuanto a la temperatura, va creciendo por grados desde el pie de la cordillera hasta las orillas del Amazonas, donde tiene su máximum. Semejante cambio determina la maduración sucesiva de los frutos que comienza en las riberas del gran río y continúa gradualmente hasta las estribaciones de los Andes. Este fenómeno produce la vida nómada no sólo de los animales, sino también de las razas humanas salvajes, que viven de la caza de aquéllos y que van en su seguimiento a través de los bosques y a impulsos de la necesidad de procurarse el indispensable alimento.

La provincia ecuatoriana llamada de Oriente, está surcada por caudalosos ríos que abundan en riquísima pesca y en cuyas playas depositan las tortugas cantidades inmensas de huevos.

Hay en ella lavaderos de oro, vegetación exhuberante y gigantesca comparable a las del Congo y la India, fauna típica de onzas, panteras, osos, tigres y *huagras* o tapires y sobre todo de aves hermosísimas, por sus plumajes vistosos y espléndidos, y razas humanas que, ocultas en aquellos

parajes solitarios y retirados, escapan todavía a las pesquisas del explorador naturalista.

Los indios catequizados o cristianos habitan la región situada entre la orilla norte del Napo y el río Coca, el Cantón de *Canelos* entre el *Pastasa y Curaray*, hasta unas 20 leguas por debajo del descenso de la cordillera y las riberas del *Upano*, donde se les conoce con el nombre de *Macabeos*. El resto de aquel extenso territorio está ocupado en algunos sitios por tribus infieles o salvajes, que cambian con frecuencia de habitación impulsados por la necesidad de proporcionarse alimento.

Los pueblos de aquella provincia están formados por veinte o treinta chozas, construídas de *huama* o caña y cubiertas de hojas de palmera. Entre ellas destacan el cabildo o casa del Gobernador y la del párroco que llaman convento. Los indios viven de ordinario en los bosques o chácaras y vienen sólo al poblado con motivo de las fiestas o convocados por el Gobernador. Su lengua es el *quichua* que hablan con bastante pureza. Su traje es el de los *yumbos* ya descrito y las ocupaciones son para las mujeres, el trabajo del campo y los cuidados domésticos, y para el hombre la caza y la pesca, interrumpidas por días enteros de inactividad e indolencia.

La desaparición de los misioneros ha traído como consecuencia inmediata un atraso extraordinario en todos los aspectos de la vida y muy especialmente en el religioso. Aunque se llaman cristianos, carecen por completo de cultura religiosa que se halla suplantada por un cúmulo de supersticiones, entre las cuales figura la creencia en la transmigración de las almas, tan arraigada en los pueblos del oriente. Según ellos, las almas de los buenos animan a las aves más bellas, y las de los malos, a sucios e inmundos reptiles.

Archidona era la capital del departamento y la residencia del *Apó* (Gobernador). Fué fundada en 1560 por el ya citado Egidio Ramírez Dávalos, tuvo en los primeros tiempos su época de prosperidad, decayó después considerablemente, volviendo a resurgir de nuevo a principios del siglo XVIII, con motivo de las misiones jesuítas del Marañón, de las cuales era el centro. Suprimidas éstas, sobrevino, como no podía

menos de suceder, la decadencia rápida e inevitable de la comarca y ante todo de su capital, reducida por la época de nuestra historia a los modestos edificios de la Iglesia, convento y cabildo rodeados de unas cuarenta o cincuenta chozas, ocupadas por doscientas y pico de familias indias, tan sólo algunos días del año. Era entonces su Gobernador don José María de Cárdenas, quien no sólo recibió a la Comisión con la mayor amabilidad, sino que también les ofreció en su casa, cómodo alojamiento que aceptó aquélla gustosa.

Al siguiente día (26 de Abril) vinieron a saludar al Gobernador numerosos indios, a cuya cabeza figuraban, en primer lugar, el *curaca* o cacique, después el Jefe indio, especie de alcalde o gobernadorcillo, a continuación los *justicias* en número de veinte, y por último el resto del pueblo.

El *curaca* es entre los indios el primer prestigio, que surge naturalmente por virtud de la edad, del talento y de sus hechos. Los Gobernadores acuden a él con frecuencia para lograr favores y servicios, que serían difíciles de obtener por otros procedimientos.

El gobernadorcillo, es como acabamos de decir, una especie de alcalde y los *justicias* pueden considerarse a manera de concejales. Vestían todos *valón* y *cusma* y empuñaban, el *curaca* un bastón con gran puño de plata y cuatro abrazaderas, las más altas con siete u ocho argollitas fijas de las cuales pendían otras tantas cadenillas de cuatro o cinco pulgadas con una boleta maciza en el extremo, todo ello del metal citado. El Jefe indio llevaba también bastón, pero con puño de bronce y los *justicias,* varas delgadas o bejucos.

Venían a saludar al Gobernador y a ofrecerle víveres (gallinas, mandi, huevos, plátanos, yuca y chicha), para él y para su familia.

El saludo a la autoridad citada, era usual, mientras permanecía en el pueblo, dos veces al día; por la mañana y por la tarde. Para esto se colocaban en fila frente al corredor de la casa que miraba a la plaza, y haciendo una especie de zalema, cruzaban los brazos sobre el estómago exclamando al mismo tiempo «alabado sea el Santísimo Sacramento».

Los indios reflejaban en su aspecto externo, el infantilismo

de su espíritu. Parecían niños grandes, por los cuales hubiesen pasado los años sin dejar huellas visibles. El respeto a los padres, madres y abuelos y a todos los ancianos, era para ellos un deber sagrado que cumplían escrupulosamente, cuidándolos con esmero y no permitiéndoles trabajar.

Cuando pretendían adornarse con motivo de alguna fiesta, se pintarrajeaban la cara, los brazos y aun las piernas ya de encarnado con *achote* o ya de negro con *huiti*.

La breve estancia de nuestros viajeros en Archidona les impidió observar otros aspectos de la vida de aquellos naturales; pero Wiener que pasó por allí pocos años después, nos ofrece el siguiente relato de una boda celebrada en su presencia. «Un centenar de *yumbos* precedidos de un tambor, un flautista y un violín, han venido a ofrecer al Padre los derechos de pie de altar y los regalos. Los indios formaban dos bandos: el del novio y el de la novia. Éstos, vestidos con la ropa de desecho de un plantador y de su esposa, bailaban la danza del país. El novio, con sus largos cabellos y la cara pintarrajeada de encarnado, era una figura cómica digna de verse. Los faldones de la levita, metidos dentro del pantalón, formaban unos riñones postizos de forma y dimensiones caprichosas. El pantalón pegado a sus robustas piernas y rollizos muslos no le llegaba al tobillo, y sus pies descalzos nos parecían enormes bajo tan singulares piernas.

Su compañera vestía un traje largo que la hacía tropezar a cada paso, rodeaban su talle dos pañuelos de algodón, uno encarnado y otro blanco y cubría su cabeza con otro que ocultaba los cabellos y parte de la cara.

Los indios iban vestidos de gala salvaje, con diademas de plumas, collares, adornos de semillas, dientes, cabellos, pelos de mono, escarabajos y alas de aves.

Al atravesar el espacio que me separaba del convento, me mezclé con la abigarrada muchedumbre: los músicos se colocaron delante de mí, cantando la improvisación siguiente: —«Has venido a ver cómo nos casamos nosotros—mira cómo bailamos—mira cómo tocamos.—En tu obsequio ejecutaremos una linda música—escucha nuestros cantos—escucha.»

«Distribuí algunos cigarros a los yumbos, a quienes gusta

mucho fumar. He aquí su respuesta: «Fumaremos este tabaco—míranos fumar—al fumarlo seremos como tú». Después de algunas chupadas añadieron: «Ya ves cómo hemos fumado—y al fumar hemos sido como tú.»

Daban las gracias diciendo: Dios te lo pague.—*Dios pagaracha*—acompañando con ademán muy expresivo. Si se les da alguna cosa comestible, la toman y dicen con humildad: «he comido». Si les regalan algún obsequio, responden en seguida: «habiéndolo recibido de tí, al llevarlo seré como tú.»

Su actitud en la iglesia era una prueba más de sus hábitos infantiles y del escaso arraigo de sus creencias. Reían, comían plátanos y algunos hasta fumaban. Para vigilarlos y corregir en lo posible semejantes irreverencias había en el altar una fila de espejitos colocados a la altura de la vista, el Padre se fijaba en ellos con frecuencia y así notaba en el acto cuál era la compostura de los oyentes, y tomaba las medidas oportunas.

A un corpulento yumbo que salía de la iglesia se le hizo la siguiente pregunta: ¿Te has confesado ayer?—Si *haré,* respondió—, ¿Y qué te han preguntado? Me preguntó si había robado. Le contesté que no. Luego me dijo, que si me había emborrachado y yo le respondí: *Taita*, bien sabes que estoy borracho todo el año, ¿por qué me lo preguntas? Mi abuelo vivió borracho; mi padre lo mismo; yo bebo desde la niñez ¿por qué no he de beber ahora?....

Después de todo no dejaba de haber cierta lógica en este diálogo.....

D. José de Cárdenas manifestó a la Comisión que los yumbos tenían de la moralidad un concepto relativamente elevado y que sus costumbres eran sencillas pero austeras. El marido guardaba fidelidad a su mujer y viceversa. Las viudas solo podían casarse de nuevo con viudos. La soltera que había tenido un desliz era objeto del mayor desprecio y nadie la quería por esposa. Cuando se sentía embarazada se retiraba provisionalmente al tambo y en la época próxima al parto huía al bosque donde daba a luz y mataba la criatura.

El respeto de estos indios a la propiedad ajena era también grande, formando visible contraste con los instintos rapaces de los papallactas.

Se alimentan principalmente de carne asada que preparan, para comerla, en un asador de madera.

La única herramienta de hierro que usaban era un cuchillo de cocina, los utensilios restantes, armas, lanzas, cervatanas, asientos, platos, etc., todos estaban hechos de madera. Sin embargo, la introducción de telas y otros productos europeos iba matando poco a poco las rudimentarias industrias de los yumbos, quienes en vez de trabajar se ocupaban solamente en extraer a ratos, oro del Napo, para cambiarlo después por telas de algodón que venían a resultarles por lo menos *cincuenta y tres veces más caras*, que en los comercios de Guayaquil.

Se han hecho no pocos esfuerzos para atraer a los indios al poblado, llegándose en ocasiones a quemarles sus tambos de los bosques, pero esta medida irracional ha sido contraproducente, pues faltos de medios de vivir concluían por ocultarse en el interior de los bosques negándose en absoluto a volver a los pueblos.

El yumbo de los valles cálidos se distingue del indio de las altas mesetas desde el punto de vista moral, sobre todo por su carácter expansivo, franco y alegre. Se ríe de todo y por todo. Recibe alegremente los palos. Devora alegremente limazas y en especial sapos, los que asa sujetándolos por las extremidades posteriores. Por esto dicen de él que nada le repugna, nada le apena, ni nada le asusta. Cuando come, cuando sufre y hasta cuando muere, enseña los dientes, pero no de rabia, sino de risa infantil.....

Los yumbos suelen ser objeto de inicua explotación por parte de los gobernadores y de blancos despreocupados y sin conciencia. Para esto se les reune en un día dado a todos los indios que pueden trabajar, hombres o mujeres; se dan a cada uno, quiera ó no, de grado o por fuerza, algunas varas de lienzo, un machete o un cuchillo y se les despide con la expresa condición de que vuelvan dentro de cuatro o cinco semanas con las libras de pita (1) o la cantidad de oro, impues-

(1) Pita es la fibra de la hoja parenquimatosa del *Agave americana*, planta de la familia de las *amarilidáceas*. Con dicha fibra trabajan excelentes cordeles aquellos indios.

tas como pago de los efectos que se les han anticipado. Los yumbos se someten, aunque de mala gana, y concluyen por traer lo que les han mandado.

No hay entre ellos categorías sociales, ni nobles y plebeyos. Casan indistintamente los individuos de unas familias con los de otras, sin más condición, por parte de los hombres, que la de saber labrar la *chacra* y manejar la cervatana y el *virot* (1). En esto son sumamente hábiles y hacen a los pájaros objeto de una persecución encarnizada, sin perdonar aún a los más pequeños. Para esto escóndese el cazador debajo de los árboles más visitados por las aves, cúbrese de hojas y así espera pacientemente el momento oportuno para derribarlas de su mansión.

En Archidona hizo Espada nuevas e interesantes observaciones sobre los Vampiros. «Desde bien anochecido rondan las casas, volando muy bajo y metiéndose en las habitaciones. Ya de noche, atacan, durante el sueño, a los perros, cabras, gallinas, etc., etc. y aún al hombre. Escogen las yemas de los dedos de los pies y la punta de la nariz, así en el hombre como en los perros, las carúnculas en las gallinas y la parte posterior de la cabeza en las ovejas o cabras. Hacen una herida de dos líneas royendo suavemente la epidermis y el dermis hasta encontrar la red vascular. La cantidad de sangre que chupan es bastante grande atendido el tamaño del *vespertilio*.

Debe tener gran habilidad y ser muy *diestro cirujano*, para no despertar al animal mientras le opera. Yo creo que durante la operación produce un efecto agradable a la víctima, que lo consiente y no da señales de molestia.

He sorprendido a uno de estos murciélagos sobre un chivo blanco que tiene el Gobernador en su casa. Eran las dos de la mañana, me acerqué a él para sorprender el sanguinario quiróptero. Estaba despierto el cabrito y tenía una mancha negra en el cogote detrás de los cuernos. Fuí a coger el murciélago y escurriéndose y dejándose caer sobre las patas

(1) Especie de flecha de caña, envenenada y con pibote de punta en sus extremos.

tomó vertiginosa carrera. El chivo dormitaba tranquilamente moviendo de cuando en cuando la cabeza sin dar señales de molestia.

Para chupar se posa el murciélago sobre el animal o se arrastra hacia él por el suelo y junto al sitio que escoge para atacarle. Las noches aquí son calurosas. Durante el tiempo de mi permanencia en Archidona han atacado aquéllos a un criado de Almagro, en un dedo del pie; a sus dos perros, en las patas y en la punta de la nariz, y al chivo, en la parte menos cubierta de pelo de la oreja. Las gallinas tienen que estar encerradas porque mueren de anemia al primero o segundo ataque.....

En su figura nada tienen de particular. Son del tamaño de un ratoncillo, tres pulgadas de largo y un poco más de una cuarta, de uno a otro extremo de las alas pardo-oscuras y sobre la nariz una laminita formando un repliegue de la piel de tres líneas de alto y en forma de tiro de lanza.....»

Los últimos días de Marzo y primeros de Mayo, fueron de torrenciales lluvias que impedían toda excursión campestre. Sólo Martínez pudo recoger algunos insectos y bastantes mariposas. No pudieron partir para el Napo por falta de cargueros, y pasaban las horas en compañía de Cárdenas enterándose de curiosos detalles relativos a la vida y costumbres de aquellos pueblos. Entre otros es digno de mención el procedimiento empleado por los indios ribereños del Napo y afluentes navegables para construir sus canoas. Comenzaban por escoger en el bosque el árbol de que habían de hacerlas, examinando previamente el tronco. Desmontaban después los alrededores de éste pasando en seguida a levantar el tambo y sembrar maíz, plátanos, habichuelas, etcétera, etc., para sustento de la familia que se instalaba en ese paraje cuando los frutos estaban en sazón. Aquí permanecían todo el tiempo necesario para llevar a cabo la obra de la canoa conforme a la siguiente práctica. Apeaban el árbol quemando su tronco en la parte inmediata a la raíz, cortaban del mismo la porción conveniente y en ella trazaban con hacha un surco longitudinal, agrandándolo por medio del fuego. Cuando éste había consumido la parte del centro, lo

apagaban con agua y volvían a quemar alternativamente por dentro y por fuera, los costados de la embarcación, hasta lograr en ellos el mismo espesor. La faena terminaba con el raspado completo de los residuos carbonosos.

La prolongada estancia de nuestros viajeros en Archidona, no pudo ser más beneficiosa para el aumento de sus colecciones.

Isern recogió numerosos helechos y bellas campanuláceas, bougainvileas, acantáceas, pasifloras, compuestas, berbenáceas y varios *Piper,* alguno de los cuales creía fundadamente que fuese especie nueva.

No fué menor la cosecha de insectos tan interesantes, como por ejemplo, el ortóptero que resultó una especie nueva de la familia de los *blátidos,* descrita, años después, por don Ignacio Bolívar, con el nombre de *Blabera æquatoriana.*

También halló Espada el *bufónido,* con el cual creó después el género *Engystomops* y la especie *E. Petersi,* dedicada a Peters, Director, por aquella época, del Museo de Berlín y las nuevas especies de anfibios, *Hyla reticulata, Ceratohyla Braconieri* y *Ceratohyla bubalus.*

Los pájaros recogidos fueron aún más numerosos pues llegan a centenares los *tutaos, mangas, panas, chilin-piscos, gottas, zuyos, cali-calis, somochicos,* etc., etc., que constan en el catálogo hecho por Espada.

Finalmente citaremos entre los mamíferos cazados en Archidona el *Myotis nigricans osculatii* de Cornalia, nuevamente estudiado por D. Angel Cabrera Latorre, y el *Myotis thomasi* dado a conocer por este mismo Naturalista, como especie nueva de *quiróptero.*

Después de un mes de permanencia en Archidona consiguieron nuestros viajeros mandar al Napo todas las cargas, saliendo Almagro para este pueblo el 3 de Mayo de 1865 y los restantes, con el Gobernador Cárdenas, el día 10 del mismo Mayo. Tres horas de camino a pie, les pusieron en las orillas del Misagualli, donde embarcaron, llegando poco después al caserío de Tena.

Mientras sus compañeros admiraban con Cárdenas la belleza paradisiaca de aquellos vergeles, Isern iba consignando

en su «Diario» las observaciones siguientes, acerca de la flora que se ofrecía a su vista: «A uno y otro lado del río, espesa y frondosa vegetación. Higueras, helechos arborescentes, el árbol de hojas palmeadas y plateadas de madera liviana con sus dos especies: una ramosa en su parte media y menos alta, y otra también ramosa en su parte superior pero de corteza más oscura; una leguminosa, gigantesca, espinosa y de corteza blanca; la mimosa que vengo observando desde la bajada del Guacamayo; dos *hamiráceas* muy lindas por sus brácteas rojas, pero que pierden el color por la desecación.

El aire embalsamado por el *árbol del bálsamo* tan común bajando a la planicie de Oriente; rojas *thibandias* colgando de los árboles, palmeras con sus penachos de hojas; *donado*, árbol de corteza blanca; *lorantáceas; convolvuláceas* elevándose y entretejiéndose con los arbustos y árboles; en la orilla *lianas,* que a manera de cuerdas de barco bajan hasta tocar el suelo y enraizar. A lo lejos, árboles de flores rojas, tal vez *bignoniáceas* y varias guabas que se conocen por sus hojas ovaladas.»

Todos los Naturalistas convienen en que la navegación por el Misagualli, y más aún por el Tena les proporcionó los momentos más deliciosos del viaje. Aquella canoa de seis varas de longitud y una de anchura deslizábase con vertiginosa rapidez sobre las aguas espumosas, mientras los navegantes, puestos de pie, aspiraban con placer las perfumadas brisas admirados de aquellos paisajes encantadores y también de la destreza de los indios para conducir la embarcación.

«Uno (el popero) en la popa, dice Espada, dirige la canoa y la empuja al propio tiempo con un remo de pala elíptica y mango corto; dos la impulsan con sus *taimas* como con un bichero, apoyándolas en el fondo del río. En los pasos difíciles emplean otro remo.

Es imposible contar las vueltas y escarceos de una canoa bajando este río a veces sobre un plano inclinado y dando botes sobre las piedras.

Al subir el Tena en estos sitios (pongos), se echan fuera de la canoa, saltan al agua, empujan aquélla por los costados

y el popero, apoya las manos en el corte de la popa. Van al paso los indios, ágiles y robustos, ceñidas las cabezas con coronas de plumas de *Juvi* y de *Pishira,* entretejidas con aros de mimbre, y pasando un pongo dan al viento y son repetidas por los ecos de los bosques las notas de una trompa de cuerno, tristes, melancólicas y prolongadas. Jamás les abandona la alegría, y así en este caso como en sus trabajos y fatigas, nunca les faltan las carcajadas salvajes y naturales que sólo á ellos he oído.»

Una canoa con cuatro indios costaba a la Comisión medio peso, moneda del país, y por la mitad conducían las cargas desde Archidona al Napo. El Gobernador viajaba por tierra en *guanda,* es decir, en unas angarillas de caña con su estribo para apoyar los pies. Ocho indios la llevaban sobre los hombros, sosteniéndola siempre horizontal, levantando los brazos para bajar cuestas los que iban en cabeza, y por el contrario, bajándolos al subirlas. Dió a cada indio, por su trabajo *dos ovillos de algodón,* equivalentes al valor de un ochavo. Otros cargueros transportaban su equipaje compuesto de trajes, cama, utensilios de mesa y hasta vaso de noche.

Tena era pueblo de fundación reciente, ocasionada por las rivalidades de dos familias de Archidona, la de los Grefas y la de los Cerdas. Los primeros continuaron en sus casas del poblado dicho, y los segundos se trasladaron a Tena con sus respectivos dependientes. Uno de los Cerdas había sido Gobernador de este pueblo por los años 1852 a 56 y perseveraba todavía en 1865 el recuerdo del *Apu* Cerda y el culto casi idolátrico a su memoria, convirtiéndose para los indios en algo así como un *diwata* de los malayos polinesios.

El caserío constaba de veintitantas chozas bastante separadas del cabildo y casa parroquial y dispuestas sin orden alguno.

Tena, situada junto al río del mismo nombre, ocupaba una posición risueña y pintoresca y a diferencia de Archidona, oreaban su clima tropical y ardiente las brisas refrigerantes del citado río que se deslizaba manso y lento sobre un lecho de pequeñas piedras, hasta unirse con el Pano. Por éste subió

Espada en canoa, para observar de cerca la vida y costumbres de aquellos indígenas, de la cual nos ofrece algunos rasgos en la siguiente descripción: «He visitado un tambo construído en un paraje cómodo y pintoresco, a la orilla del mismo río (el Pano), con fácil embarcadero y una playa amena. Delante una canoa varada en ésta.

El tambo, que tendrá unas ocho varas en cuadro, es habitación de dos indios de edad, dos matronas, dos jóvenes casadas y sus maridos, dos indias adolescentes doncellas y seis niños lindísimos, total dieciséis personas. Como todos los tambos tiene dos puertas que se corresponden y se cierran con una especie de mamparas colgadas encima de las puertas con una cuerda de estera y se abren haciéndolas oscilar de noche a su izquierda o se cierran abandonándolas a su propio peso.

El dintel de la puerta se levanta media vara del suelo a causa de los reptiles, de manera que se entra por una ventana. No tienen más abertura y sólo penetra la claridad por las rendijas de la *huama picada* que forma las *quinchas* o paredes. Una puerta da al río, la otra a la *chacra* o huerto de yuca, mandis y plátanos. Es fresco por dentro, limpio y con una media luz agradable. Reina en alto grado el olor almizclado repugnante *característico* de los indios, que se mezcla con el del humo. Cruzan la parte media del tambo a la altura de los postes que sostienen la techumbre, unos pies de caña en que apoya un vasar o estante ancho de dos varas donde guardan víveres que el humo cura.

El mueblaje es sencillísimo: a uno y otro lado de la única sala, en la parte superior que corresponde a las caídas del techo, se levantan sobre estacas, a una cuarta del suelo, tarimas hechas de lustrosa huama picada, que sirven de asiento y de cama. Situado detrás de las tarimas hay también un tabique de idéntica materia.

Algunos cuelgan hamacas de la techumbre para los niños de pecho.

Cuando yo entré el más viejo estaba tendido sobre la tarima (cahuito), ocupación de estos indios cuando son ancianos. Las matronas trajinaban por la casa; las casadas, una tenía

su hijo, y otra, se abanicaba con un abanico hecho de plumas de la cola de un pájaro de monte. Era ésta la mejor vestida, y sobre la obscura *pacha*, brillaban, como una cascada, inumerables sartas y collares de *muyos* o abalorios. La mayor de las doncellas, se ocupaba en renovar el agua del condensador (Trayo) en el aparato donde se destilaba el aguardiente de plátano, industria que les había enseñado un cura apellidado Herrera.

El aparato para destilar aguardiente es muy sencillo: una olla de boca ancha que contiene el *guarapo* (jugo de plátano macerado en agua); sobre ella, otra de boca estrecha y sin fondo. En ésta, y por su borde interno, acomodan una canal de madera que desemboca en un agujero de las paredes de la olla donde fijan un canuto largo de caña. Aquélla está tapada con una paila o cazuela de cobre, donde echan agua fría para liquidar el vapor de aguardiente, renovándola de continuo. Del canuto va a parar a las *quisas* en que guardan el líquido para venderlo o consumirlo.

Como quisieran obsequiar a los de mi canoa, en vez de *quisa* pusieron una botella—*limeta*—y al extremo inferior del canuto una capa de algodón, para que pudiera entrar el chorrillo en la botella. Aún había aguardiente caliente como un ponche.....»

La breve estancia de la Comisión en el pueblecito de Tena no dejó de ser provechosa para los fines del viaje. Isern encontró en los alrededores de las casas la caña, *acharamuy?*; en los troncos de un helecho de hoja lanosa y color amarillo-rojizo de vicuña, *coto-chupa,* una passiflora roja, *tcadacoitia?,* una *otoxara,* cuyas flores empleaban los indios como jabón y otras no menos interesantes.

Espada recogió también aquí el amfibio que describió después, como especie nueva, con el nombre de *Hylixalus Bocagei,* aparte de numerosos ejemplares de aves *socapiscos, mangos, dominicos,* etc., etc.

CAPÍTULO VIII

Parte la Comisión de Tena para Napo.—Detalles de este pueblo.—Los indios canelos y su país.—Estado de algunos pueblos en 1775.—Expedición mandada a estas regiones por el Presidente de Quito.—Fisonomía y costumbres de los canelos.—Los napotoas y sus casamientos.—Visita a la hacienda de Mr. Edwards.—Los brujos de Napo.—Sus procedimientos curativos.—Ejemplares interesantes para la zoología y la botánica recogidos aquí.—Sepáranse los expedicionarios y marcha Almagro para Canelos.—El Curaca Domingo.—Aguano.—Los jíbaros.—Las cabezas reducidas.—Indumentaria.—Otras costumbres de los jíbaros.—Almagro queda solo en Canelos durante trece días.—Regreso a Curaray.—Emboscada.—Sale para Aguano y naufraga.—Consecuencias de este percance.

El 13 de Mayo de 1865 salieron de Tena los expedicionarios en compañía del Gobernador Cárdenas y con dirección a Napo. Sólo emplearon dos horas en el viaje, que hubieron de hacer a través de grandes lodazales y bajo una lluvia torrencial.

El pueblo estaba situado en la ribera septentrional del río del mismo nombre y lo formaban unas ochenta chozas en que vivían otras tantas familias indias y dos de blancos. El terreno era bajo y expuesto de consiguiente a inundaciones frecuentes y el clima húmedo y malsano. Su aspecto resultaba sombrío y triste y de él participaban también los indios que tenían justa fama de retraídos y huraños, al contrario de los tenas. Su indumentaria se reducía a camiseta y pantalón largo. Jiménez de la Espada visitó en seguida el río Napo, llamado por los indios *Halma-yacu,* observando su anchura que se aproximaba a 120 metros, sus aguas verdosas y su corriente tranquila y serena que permitía oir los ruidos lejanos de las torrenteras de Cotos.

Por aquellos días paraba allí una brigada de indios canelos procedentes del cantón del mismo nombre. Estaba situado

éste en la confluencia del Pastasa, confinando, al N., con Macas; al S., con Quijos; al E., con el Amazonas, y al O., con el departamento de Ambato. Tenía por cabecera al pequeño pueblo de San José de Canelos, formado por setenta familias de indios. La existencia del árbol de la canela en estos parajes había dado a esta región el nombre que lleva y una importancia grande que motivó la expedición mandada allí, en 1775, por el Presidente de Quito, D. José Diguya. Figuraban en ella los P. P. dominicos Fr. Manuel Gutiérrez, Fr. José Noroña y Fr. Mariano de los Reyes, y los vecinos de Patate D. Juan de Castro, D. Juan de Pinuela, D. Pedro Lezcano y D. Matías García (1), y llevaban por jefe a D. Pedro Fernández de Cevallos.

El P. de los Reyes había sido misionero de San José de Canelos, y su relato al Presidente Diguya demuestra palpablemente el estado lamentable del citado pueblo, reducido por aquellos días a sólo *diecinueve indios, fuera de las mujeres y algunos niños,* debido esto, a los ataques de las tribus inmediatas y a una epidemia de viruela que se había desarrollado.

La visita de la Comisión confirmó estos extremos y así lo hizo constar el citado Fernández de Cevallos, en su escrito al Presidente de aquella Audiencia.

En este viaje recogieron muestras de canela que fueron remitidas a la superioridad por D. Francisco González Ebia, en 1777. Desde esta época continuó la acción civilizadora de los misioneros, quienes lograron reducir a poblado a muchos indios canelos; pero la desaparición de tan celosos apóstoles trajo consigo la ruina de las nacientes doctrinas y el retroceso de aquellas tribus a un estado semi-salvaje. Tal era el que mostraban por la época de nuestra historia los mencionados canelos.

Jiménez de la Espada los describe con estas palabras. «Su fisonomía es más regular que en los indios de esta provincia

(1) El informe presentado por esta Comisión obra en el Archivo del Jardín Botánico de Madrid entre los papeles de D. Celestino Mutis-Legajo.—Núm. 46.

(del Napo); la boca más movida, los ojos más vivos y mayores, nariz muy regular, pómulos que sobresalen con cierta gracia y color más pálido». Teñían de un morado oscuro las manos, cogote, cuello y orejas, y de achote las caras con rayas de gusto egipcio, de tal manera que uno de ellos, de hermosa figura, ostentaba una cabeza como las pintadas por los antiguos egipcios. Los brazos y piernas embadurnados de *huito* que da un hermoso color negro. Vestían calzón corto teñido de rojo o de morado y poncho o *cuxma* largo.

Examinaron con placer y curiosidad los revólveres y escopetas de la Comisión llamándoles *maravillas,* y hasta se atrevió a disparar con escopeta uno de ellos sin que manifestase el menor asombro.

Las costumbres de los indios napotoas eran muy semejantes a las de los tenas, pero había en algunas, algo típico, que merece consignarse aquí. En las fiestas era práctica muy en uso ofrecer al cura un presente o *camarico* de pollos, huevos, frutas y batería de cocina, además de los derechos que abonaban en oro.

En los casamientos llevaba la novia dos gallinas, y el novio dos gallos, la madrina otras dos gallinas y el padrino otros dos gallos, además de una docena de huevos cada uno, piñas, plátanos, yucas, etc.

Acompañaban varios al cortejo entonando, al son del tamboril, un recitado en que decían al cura en estos o parecidos términos: *toma, aquí te traemos nuestros bienes, el fruto de nuestro trabajo y de nuestro sudor, hártate ¡pícaro!, ¡ladrón!,* etc., etc., *El que decía semejantes improperios era reputado por el más hábil cantor.....*

El día 14 hicieron una visita a la posesión del excéntrico norteamericano Mr. Jorge Edwards establecido en las inmediaciones de Napo desde 1855. Había venido allí en compañía de varios compatriotas para dedicarse a la extracción de arenas auríferas, regresaron éstos a su país y él se quedó en ese pueblo, sin más socios que los indios entre los cuales era bienquisto por su honradez y bellas condiciones de carácter. Resultaba pues, un verdadero ermitaño que había huído del mundanal ruido en plena primavera de la vida.

Jiménez de la Espada, le pinta como un tipo de rostro enjuto, fisonomía melancólica, mirada dulce, serio y parco en palabras. Recibió a los nuestros con amabilidad ofreciéndoles buenas naranjas, piñas y excelente café de su propio plantío.

La casa de Mr. Jorge, era de construcción semejante a las del país pero más sólida y estética y con abundantes comodidades. En ella vivía su dueño acompañado de dos indios záparos y una india vieja, que además de cocinar lavaba las arenas del Yunnequín y extraía el oro necesario para que pudiese Edwards hacer algunas compras.

Debajo del piso, había una máquina para hacer harina de yuca, un trapiche y una prensa para tabaco, y muy cerca el gallinero y el corral de puercos. El sitio era sano, ameno y pintoresco; la tierra ligera, arenosa y ventilada, con parajes secos para vainilla y otros anegadizos para maíz, plátanos, arroz, etc., etc.

Mr. Jorge además de hábil mecánico, era esperto agricultor. Había construído por sí mismo su morada, muebles y máquinas, y labraba también las tierras y hacía la siembra y la recolección.

Al principio cultivó principalmente el tabaco, pero después dió preferencia a la vainilla, y desmontando y limpiando por su propia mano el terreno, recogió plantas en los bosques inmediatos en número de tres a cuatro mil, las trasladó a su posesión calculando que después de tres o cuatro años podría cosechar igual número de libras de vainilla que vendidas en Europa al precio ordinario de diez pesos libra, le proporcionaría un capital muy saneado. Realmente era Mr. Jorge un modelo edificante a quien debieran imitar la mayoría de los blancos que, lejos de proteger y educar a los indios, se convertían en piedra de escándalo para éstos.

Nuestros viajeros regresaron a Napo gratamente impresionados de esta excursión y en especial de Mr. Jorge.

Una de las primeras observaciones hechas por Espada y compañeros en este pueblo, fué la que se refiere a los brujos. Eran éstos hombres despejados y astutos que lograban por alguna casualidad imponerse a sus congéneres explo-

tando la ignorancia y arraigadas supersticiones de los mismos. Creían aquellos indios que los dolores agudos y algunas enfermedades eran causadas por *virotes* o dardos materiales pero invisibles lanzados por el brujo, y de aquí el terror que les invadía ante las amenazas de aquél cuando les amedrentaba con clavarles un virote.

Había curanderos que se dedicaban a extraer el dardo invisible lanzado por otro al paciente. Si lo conseguían, es decir, si el enfermo sanaba adquiría entonces el brujo gran fama y reputación; en caso contrario, excusábase alegando que su poder era inferior al del individuo que lo había clavado. En semejantes casos comenzaba la familia poniendo incondicionalmente al enfermo a disposición del curandero. Este hacía la cura, unas veces, en el domicilio del paciente y a presencia de sus allegados y otras en parajes solitarios del bosque o del río, prestándose el segundo caso a frecuentes y lamentables abusos. Para ejercer el brujo su misión, procedía en primer término a despojar de todas las ropas a la *víctima,* chupaba después la parte dolorida para extraer el virote y soplaba en seguida en ademán de arrojarlo al viento. Algunos más ladinos ocultaban entre los dientes un aguzado palito que mostraban después al paciente diciéndole que se lo habían sacado de entre las carnes.....

La estancia en Napo dió a los expedicionarios una ocasión más para aumentar sus colecciones con multitud de ejemplares, tan interesantes algunos, como la *Jimenezia,* con la cual creó el Dr. D. Ignacio Bolivar el género de ese nombre, dedicado a D. Marcos Jiménez de la Espada y la especie *J. elegans,* nueva también para la ciencia; el *Mastax Perty,* nueva especie de *acrídido* descrita por el mismo Dr. Bolivar, y la *Edalorrina Perezi,* especie asimismo nueva, de *ránido,* dada a conocer por D. Marcos Jiménez de la Espada.

La cosecha botánica fué aún más abundante en el poblado de Napo. «En la hacienda de Jorge, dice Isern, ví algunas variedades de vainilla cultivadas, con el nombre de *mandi.* A orillas del río observé una *mimosácea* de estambres *monadelfos* y en penachos horizontales. Desde Tena que confluye con el Napo, la vegetación es muy semejante. El terreno

está formado por colinas más o menos desiguales». Nuestro botánico sigue enumerando en su «Diario» numerosas especies de *malváceas, leguminosas, ampelidáceas, escrofulariáceas, acantáceas, compuestas*, etc., etc. de Napo y sus inmediaciones.

El día 18 salió Almagro para el pueblo de Aguano, el 19 hicieron lo mismo Isern y Martínez, y el 20, Cárdenas el Gobernador y Jiménez de la Espada.

El caserío citado al que llegaron pronto, contaba de veinte a veinticinco chozas, y debía su establecimiento al antiguo político D. Manuel Villavicencio, quien lo mandó fundar el año 1847.

Aguano ocupaba una posición privilegiada por sus deliciosas vistas. «A la derecha, río arriba, dice Espada, se van elevando lentamente los cerros, por último se divisan las cimas de lo más elevado de la cordillera, entre ellas el plateado Antisana. A la izquierda, río abajo, la dilatada llanura de bosques por donde corre el Napo, matizando de tintas verdes sombrías el horizonte. Descuella entre estas masas un cerro cubierto de corpulentos y altos árboles a cuyo pie corre el Arayuno, próximo a invadir el Napo. Enfrente una cortina de bosques como ancha faja y detrás los árboles tocando las casas.

Este pueblo tenía delante el camino de Canelos y muy próximos los lavaderos de oro, y era el único de la región donde permanecían los indios constantemente todo el año. Aquí dieron comienzo los preparativos para el viaje de la Comisión al Amazonas. Se había dispuesto construir dos grandes balsas con alojamientos, relativamente cómodos, para los viajeros, y espacio suficiente para las cargas; era preciso, además de esto, reclutar treinta indios auxiliares, quienes debían preparar anticipadamente la *chicha* y otros efectos imprescindibles para el caso, y todo esto requería tiempo que resolvieron emplear en diversas excursiones a puntos más o menos lejanos, los Sres. Almagro, Isern y Espada, mientras permanecía Martínez al cuidado de los preparativos citados.

El 22 de Mayo separáronse los expedicionarios tomando Almagro la dirección Sur con rumbo a Canelos, adonde por

cierto había pretendido llegar Gonzalo Pizarro en 1540, sin que lograse conseguirlo por haber elegido mal el camino. En ese pueblo contrató Almagro seis indios aguanos para las cargas; atravesó después los ríos Napo y Arajuno, y siguiendo por tierra llegó a Cararay, distante de Aguano tres días. No había en éste más personas que el Curaca o Curaga, y después de cambiar con él algunas frases continuó a pie hasta el tambo de Domingo el Curaca de los canelos. Este indio se manifestó atento y obsequioso con su huésped, alojándole en su tambo, ofreciéndole chicha y consintiendo en venderle dos gallinas, a pesar de la repugnancia de aquellas gentes, a desprenderse de estas aves (1).

Vivía Domingo con su mujer y nueve hijas que se presentaron ante Almagro, desnudas de medio cuerpo para arriba, con la mayor naturalidad y sin manifestar el menor reparo ni asomos de rubor. Sólo adornaban sus gargantas con vistosos collares de abalorios y dientes de mono. Cuando llegó la hora de la comida agrupáronse los hombres a un lado y las mujeres a otro. Estas presentaron en un solo plato de barro los trozos de puerco bravo que constituían las viandas, dejándolo en el suelo. De él tomaban Almagro y los indios el pedazo que deseaban, untándolo, antes de comerlo, con piedra de sal y salsa de aji (especie de pimiento americano). Algunos se frotaban la lengua con la piedra de sal *que servía para todos,* en vez de aplicarla a los manjares.

Dos días se detuvo nuestro viajero en casa de Domingo, que le acompañaba siempre sin dejar nunca su lanza. Muy reconocido a éste, continuó su caminata para la ranchería de Lliquino situada a orillas del río del mismo nombre, por cierto muy rico en arenas de oro. Moraban en este punto tres familias de záparos solamente y Almagro entró resuelto en la choza que halló menos incómoda, contando por anticipado con el beneplácito de su dueño que no desmintió en este caso las tradiciones hospitalarias de sus compatriotas que tienen

(1) Con ser tan grande el esmero que emplean estos indios en cuidar y conservar sus gallinas, dice Almagro, nunca las comen, lo cual no deja de ser curioso.

siempre francas las puertas de sus casas para todos los que se acercan a ellas. Aquí permaneció Almagro tres días reanudando al cabo de ellos la marcha con dirección a Sara-yacu (río del maíz). Este pueblo está situado en la orilla N. del caudaloso Bobonaza, tributario del Pastasa que desemboca en el Amazonas. Constaba entonces de veinte a veinticinco casas, todas sin paredes, donde vivían ciento cincuenta indios de origen jíbaro, de carácter espansivo y alegre y sumamente preguntones. Invadieron en el acto la choza donde paraba el viajero y allí les tenía constantemente registrándole su equipaje, sin tomar objeto alguno, manoseándolo todo y preguntándole uno de ellos «cómo se llamaba, a dónde iba, de dónde venía, de qué país era, etc., etc.», y repitiendo en seguida las respuestas a los demás allí presentes.

Estos jíbaros forman parte de una raza dispersa en numerosas tribus que ocupan la extensa región comprendida entre los ríos Chinchipe y Pastasa. Toman nombres de los ríos en cuyas riberas viven, llamándose *moronas, pautes, zamoras, gualaquisas, upanos, pindos, pastasas, agapicos, achuales, cotopasas,* etc., respectivamente; son tipos esbeltos de fuerte musculatura, frente despejada, ojos negros, pequeños, de mirada expresiva y enérgica, nariz aguileña y algo encorvada, labios delgados y dientes blanquísimos, Tienen algunos barba y color de europeos, creyéndose desciendan de españoles. Hablan todos el *jíbaro,* idioma, dice Villavicencio, sonoro, claro, armonioso, enérgico, y fácil de aprender. Son laboriosos y activos, empleando parte del día en la caza y cultivo de sus chacras y lo restante en hilar algodón, fabricar tejidos y construir cervatanas muy apreciadas entre aquellos salvajes y aun entre los cristianos.

Acerca de sus creencias es poco lo que se sabe. Carecen de templos e imágenes, algunos profesan el sabeismo o culto a los astros y la mayoría parece fetichista, habiéndose notado, en ciertas tribus, algunas ideas acerca de la existencia de dos poderes, *uno bueno y otro malo.* Gozan justa fama de celosos con sus mujeres, que ocupan siempre un aposento distinto de aquel en que suele recibirse a los hombres.

«Si algún huésped imprudente, dice Villavicencio, vuelve la

vista como nos sucedió a nosotros, en seguida se le advierte que hace mal en mirar a ese lado que es de las mujeres». Su carácter indómito y guerrero les hace odioso e insoportable todo yugo extraño. Se dice que los incas trataron de dominarlos y que no sólo hubieron de abandonar su empresa sino que para evitar una derrota, les fué preciso apelar a la huída.

Los españoles fundaron allí poblados de jíbaros en el siglo XVI, pero éstos se sublevaron el año 1599, asesinando a los blancos de Valladolid, Logroño y otras villas y llevándose consigo a las mujeres. Hoy mismo sostienen frecuentes luchas unos con otros, viviendo en continua alarma.

Las viviendas de los jíbaros están construídas con fuertes maderas y provistas de dos puertas, una para entrar y otra para salir. De noche quedan aseguradas por dentro con fuertes troncos mientras sus dueños descansan en un lecho de media vara de alto y algo más de ancho, cubierto de caña picada. A la derecha están las lanzas, que toman al sentir el menor ruído, previniéndose para la defensa. Los enemigos prenden fuego a la casa y vigilan el momento de la huída de sus habitantes para caer sobre ellos y darles muerte. En estos casos, su táctica es la sorpresa, y para conseguirla emprenden largos viajes a través de los bosques más espesos durante las tinieblas de la noche, alumbrándose con teas. Desconfían hasta del ruido de una hoja y adoptan las precauciones más minuciosas que van aumentando a medida que se aproximan al enemigo. Este a su vez trata de parar el golpe cercando su morada de trampas ocultas consistentes en cimbras que disparan lanzas y en hoyos claveteados con astillas agudas de caña brava, cubiertas de hojarasca.

Tienen los jíbaros la extraña costumbre de cortar las cabezas de sus víctimas, separándolas del tronco al nivel del pecho por delante y al de la espalda por detrás. Separan después cuidadosamente el cuero cabelludo con su pelo, dejando libre el esqueleto craneano; a continuación depositan dicha piel en agua hervida, cuyo poder desinfectante aumentan con algunas hierbas. Terminada esta operación adaptan la piel a una piedra redonda muy caliente y después a otras

cada vez más pequeñas, la última del tamaño de una naranja, y por fin, ligan los labios por medio de hilos que pasan de uno a otro merced a tres orificios practicados en cada labio. Bajo la influencia del calor, endurécese paulatinamente la piel, toma una coloración negruzca muy característica y queda preparado lo que llaman allí *tsantsas* y designamos nosotros con el nombre de *cabezas humanas reducidas* (1).

Este procedimiento descrito por el Dr. Rivet en un artículo publicado en la *L'Antropologie* (tomos XVII y XIX 1907 a 1908) y en otro del Naturalista español Sr. Eguren *(Boletín de la Real Sociedad Española de Historia Natural,* tomo XVIII 1918), aparece ya expuesto en sus líneas generales en el «Diario» de D. Marcos Jiménez de la Espada (1865), quien lo oyó en Napo, a los indios canelos. El Dr. Eguren añade además otros detalles que no constan aquí. «El indio jíbaro, dice, debe celebrar su triunfo con una fiesta, pues de no hacerlo le sobrevendrían mil desgracias, tales como la esterilidad de sus tierras y de sus animales, la muerte suya y de su familia, y se vería inquietado por el alma del difunto hasta que cumpliese las ceremonias usuales y puede decirse que expiatorias. La primera de éstas es una fiesta llamada *de entrada,* a la que asisten los amigos y vecinos del triunfador, el cual bebe una decocción de tabaco, después de lo cual se somete a un riguroso ayuno durante algún tiempo, no comiendo más que pescado, banano y pájaros matados con cervatana, y privándose del empleo de la lanza y de toda relación sexual. Entretanto se siembran los campos de yuca y banano y se prepara con ellos gran cantidad de la bebida fermentada llamada *chicha,* y organizando cacerías se procuran víveres

(1) En el Museo Etnográfico de Madrid pueden verse tres ejemplares de *tsantsas*, uno de adquisición reciente, donación de S. M. el Rey, a quien fué regalado por el Sr. Conde de la Mortera; otro con que obsequiaron al Infante D. Fernando en su viaje a Chile el año 19, y un tercero que fué enviado gratuitamente al Museo Nacional de Ciencias Naturales el año 1863 por D. Vicente Flores, Ministro del Ecuador en París. En 1900 el Dr. D. Antonio Espina y Capo, regaló también al Museo de Ciencias Naturales otra cabeza de jíbaro, adquirida por su hermano D. Pedro, médico de la armada.

en abundancia para la fiesta grande, a la cual acuden, a veces, de puntos muy distantes, parientes y allegados, ataviados con sus galas y adornos. Una vez reunidos, se presenta al concurso el jíbaro con su lanza, ostentando en la mano izquierda la cabeza o *tsantsa*. Cógela el anciano que preside y la sumerge en una decocción de tabaco, luego en chicha y por último en agua limpia. Con esta ceremonia termina el ayuno y la expiación del indio, que cuelga la cabeza de un poste de la cabaña. Hace el panegírico del héroe el anciano, calificándole de jíbaro valiente, capaz para vengar una injuria y dirige improperios a la víctima y su tribu. Terminada esta arenga, bailan formando cadena, haciendo reverencias a la cabeza. En comidas y bebidas pasan seis días. La cabeza o *tsantsa* se convierte, según el Dr. Rivet, en un verdadero fetiche que asegura a su poseedor, parientes y allegados, abundancia de bienes, la fertilidad de los campos, la prosperidad de la familia y de la tribu, la victoria de sus enemigos y la inmortalidad.

Según Barreiro sirven de oráculo, que consulta el indio en ciertos casos. En algunas tribus para ser admitido en la casta guerrera se precisa poseer un *tsantsa*. Cuélganlos de postes en los caminos para que el tiempo los destruya o lo que acaso es más frecuente, consérvanlas para adornarse con ellas en fiestas, aniversarios de las victorias y expediciones guerreras. Cuando muere el héroe, los parientes ponen alrededor de su cadáver las cabezas que representan sus hazañas.»

Estos indios acostumbran a cortar el cabello a sus enemigos para tejer con él trenzas, atárselas a la cintura desnuda e infundir terror en las huestes contrarias. Visten, en tiempo de guerra, calzón corto ajustado, un morrión de conchas y vistosas plumas; el cabello cae suelto por la espalda y hombros, pintándose el cuerpo y la cara. Durante los días de paz usan pantalones largos hasta la rodilla, amplia camisa sin mangas, cabellera dispuesta en una sola trenza, ajustada por medio de cordones y sobre ésta una corona de mimbres con plumas de colores rojos y azules (1).

(1) En el Museo Etnográfico de Madrid existen varios de esos penachos adquiridos en Canelos por D. Manuel Almagro.

Los jíbaros celebran sus convites sin admitir en ellos más mujeres que las necesarias para el servicio y éstas escogidas entre las ancianas y madres, que son las que ofrecen a los hombres el mate de chicha. En semejantes ocasiones, proyectan aquéllos sus ataques, sirviéndose después de un tambor grande llamado *tunduli,* que colocan fuera de la casa en un paraje elevado, desde el cual comunican sus órdenes dando en aquél cierto número de golpes. Otros indios los repiten sucesivamente por el mismo procedimiento de trecho en trecho y así llega a conocerse en todo el territorio la resolución adoptada por los jefes de la tribu.

Después de haber permanecido nuestro viajero cinco días entre los jíbaros de Sara-yacu, continuó la marcha con dirección a Canelos, navegando durante dos jornadas por el río Bobonasa. Para ello hubo de fletar una canoa, pagando por ella seis varas de lienzo, y con los mismos indios que había contratado en Aguano, surcó el pintoresco río de este nombre, y después de algunas paradas en los tambos situados en ambas orillas de aquél, llegó por fin al pueblo citado. Aquí esperábale una sorpresa muy desagradable que le acarreó toda una serie de contratiempos.

Los canelos habían abandonado el pueblo donde no quedaba un solo habitante a la llegada de Almagro y de sus cargadores. Percatáronse éstos de ello inmediatamente, y sin más esperar, emprendieron la fuga a todo correr, abandonando las cargas en presencia del mismo Almagro, a cuyo lado quedó tan sólo un mestizo que le servía de mozo y de práctico. Ante la imposibilidad de conducir aquéllas por sí mismos y por otro lado de prescindir de su contenido, resolvió aquél que partiese el acompañante para el pueblo de Aguano, que distaba cinco días, con el encargo de traer otros indios. Mientras tanto se alojó aquél en una casa de tablas, que fué quemando poco a poco, para calentarse y asar además los plátanos, que con alguna que otra ave, le servían de alimento. Trece días permaneció completamente solo en aquel desierto, hasta que por fin tuvo la satisfacción de ver presentarse allí al mestizo con el personal necesario. Salvada esta dificultad, emprendieron todos el regreso a Curaray con

el propósito de proveerse aquí de alimentos. Tampoco los había en este rancho y fué necesario acudir al recurso de la pesca. Para ello reunió Almagro cincuenta y un indios, y con su ayuda se propuso conseguir su objeto por medio de una *embarbascada*.

El mecanismo de ésta se reduce a envenenar las aguas de algún remanso profundo, mediante la raíz de una planta *(barbasco)*, cuyo jugo es tóxico para los peces. Cada indio machaca, con dos piedras, la raíz incluída en una bolsa, e introduce ésta en el agua desprendiéndose un jugo lechoso. A los pocos minutos aparecen los peces completamente inmóviles y se procede a recogerlos tranquilamente. Almagro dió al Curaca de Curaray dos cuchillos y algunos abalorios a cambio de ocho libras de *barbasco;* y con esto dieron principio él y los indios a la operación proyectada que tuvo un resultado por demás halagüeño. La cantidad de peces recogidos, les dió para ahumar, para comer ellos en abundancia y para distribuir entre los vecinos del pueblo. Se pescaron ejemplares de *zungaros,* que medían cerca de metro y medio.

Terminada esta faena, salió Almagro de Curaray el 24 de Junio para llegar a Aguano el 26 a medio día. Aquí contrató diez indios que debían acompañarle al Marañón, participándoles que se hallasen dispuestos para salir a los tres días, y por consiguiente que se hacía necesario activar en seguida los preparativos, y, ante todo, cesar en sus borracheras.

La primera jornada del viaje tenía por término el pueblo de Santa Rosa, y para éste salieron los indios en la fecha prefijada, tripulando tres grandes canoas. Almagro presenció la tierna despedida de éstos, de sus mujeres y allegados, en la cual se besaban mutuamente las manos, y la gritería salvaje con que anunciaron el momento de partir.

Al siguiente siguióles él en otra canoa, llevando por compañeros dos indios, el criado y dos perros. En esta barquichuela acomodaron aquéllos cuatro *achangas* o cestas de chicha, y el expedicionario principal todo su equipaje. Era peso excesivo para tan pequeña nave, que siguió sin embargo su ruta hasta la correntada rápida y bulliciosa de Sapay-punta. Aquí comenzó a embarcar agua en tal cantidad que resul-

taron ineficaces cuantos esfuerzos se hicieron para achicarla. Por otra parte, la orilla distaba cerca de 150 metros, y contra sus acantilados rompía furiosa la corriente; marchar hacia élla era marchar hacia la muerte segura. Mientras esto pensaban los navegantes, cedió la canoa al peso que llevaba, desapareciendo entre las aguas y quedando éstos en la superficie sin otro auxilio que sus propias fuerzas y su habilidad para nadar. Almagro, lejos de perder la serenidad, comprendió en seguida que le era imprescindible para salvarse, trató de conservarla y de observar los recursos a que acudían los indios, y viendo que éstos procuraban sostenerse contra la corriente en espera de un bulto negro que flotaba sobre las aguas hizo lo mismo. En efecto, dicho bulto era la canoa que, libre ya del cargamento, había subido a la superficie. Almagro se asió a ella casi ya exánime y cuando estaba próximo a sucumbir. A costa de no pocos esfuerzos consiguieron volverla a su posición normal, pues tenía la quilla al sol, se acomodaron dentro dejándose conducir por la corriente, pues se hallaban sin remos, y así hubieron de continuar durante una hora, hasta que uno de los indios cortó la rama de cierto árbol que aparecía sobre las aguas, y manejándola a guisa de remo, consiguieron dirigir la embarcación a una de las orillas y después a Santa Rosa, donde saltaron a tierra a las tres de la tarde. De resultas del naufragio perdió nuestro expedicionario su cama, su escopeta, la vajilla compuesta de plato, taza, tenedor y cuchara, todo de plata; se quedó además sin otra ropa que la puesta, y sin algunas onzas de su peculio particular. Desgraciadamente aquellos artículos tan necesarios no podían ser reemplazados en esos países, así es que durante el resto del viaje hasta el Brasil, tuvo que dormir en el suelo y comer a estilo indio, es decir, con los dedos. También perdió, y fué, dice, lo más doloroso, un esqueleto íntegro de *záparo*, desenterrado días antes en Aguano y que no había querido enviar con las cargas ante el temor de que los supersticiosos indios lo arrojaran al agua.

CAPÍTULO IX

Salen de Aguano Almagro e Isern en compañía de Cárdenas.—Santa Rosa.—Prácticas religiosas de los indios.—Záparos recalcitrantes.—Visita a los záparos de Rumi-yacu.—Habitación de éstos.—Detalles interesantes.—Indumentaria.—Parecido con los chinos.—Costumbres.—Creencias.—Fenómenos producidos por el Aya-huasca.—Ejemplares interesantes recogidos en Santa Rosa.—Sale Espada para Cotapino.—Paso del río del mismo nombre.—Viaje de Isern y resultados de éste para la Botánica.—Parte Espada para Concepción.—Encuéntranlo sin gente.—Pasa el viajero a Loreto.—El Teniente Aureo Terán y su mujer.—El pueblo y sus habitantes.—Labor de Isern.—Continúan para Avila.—Llegan a San José y se detienen aquí.—Condiciones de este pueblo.—Las fiestas del Corpus.—Curiosos detalles sobre las costumbres de estos indios.

El 26 de Mayo de 1865 salieron de Aguano para Santa Rosa, Isern, Almagro y Cárdenas el Gobernador, embarcados en canoa. Fué un viaje de tres horas escasas, durante el cual, aparte de poéticos paisajes y encantadoras isletas, tuvieron ocasión de ver los restos de Muxue-llacta y Hatum-guambuni, antiguos poblados de napoteas, cuyos habitantes habíanse retirado a Santa Rosa ante lo insalubre y malsano del clima. Quedaban del segundo una choza deshabitada y ruinas de la Iglesia, cuya campana habían llevado consigo los indios.

A la una de la tarde llegaron a Santa Rosa, capital de la provincia de Oriente. Estaba situada en la ribera septentrional del Napo, a 2°, 18′ longitud oriental y 0,58′ meridional, y extendíase por un barranco y una playa baja. Había sido en otro tiempo el centro del comercio del Marañón, perdiendo después importancia y quedando reducida a un poblacho miserable de pocos blancos y unas setenta familias indias. Cuando arribaron allí nuestros viajeros, estaba desierto o poco menos, por haberse cebado en sus habitantes una terrible epidemia de disentería, atribuída por el Gobernador a la

excomunión lanzada sobre los indios, por el P. Pisamog, a raíz de un asalto de ladrones de Oriente.

Por aquellos días no había cura en Santa Rosa, pero los indios, siguiendo la tradicional costumbre practicada en toda la provincia, acudían a la iglesia los domingos, rezaban algunas oraciones, se les hacían algunas preguntas de doctrina y el Gobernador les dirigía la palabra en quichua. Espada presenció una de estas reuniones, en la cual, además de Cárdenas, habló el Alcalde, bastón en mano, desde la puerta de la Iglesia, recomendándoles el cumplimiento de sus deberes, el pago de las deudas y el buen trato a sus esposas. Estas iban pintadas de nuevo con sus trajes domingueros, y sus niños, ataviados con pañales de algodón y cargados a la espalda con ayuda de grandes trozos de lienzo que anudaban por cima del pecho.

Había también a la puerta de la misma Iglesia tres o cuatro záparos recalcitrantes que decían negarse a ser cristianos, porque no les permitían más que una mujer y se les obligaba a sostener al cura. Afirmaban, además, que no conocían a Dios, porque no le habían visto. Estos desahogos, que tal vez obedeciesen a la perversa influencia de algún blanco, no eran más que la expresión del espíritu rebelde y antojadizo de esos indios que trabajaban a *ratos* a las órdenes de un propietario llamado Sandoval, quien aseguró a Espada que jamás emprendían sus faenas, sin pedirle antes otra vara de lienzo, abandonándolas frecuentemente por el motivo más pueril.

El 23 de Mayo hicieron ambos señores citados una visita a la tribu de záparos de Rumi-yacu, acompañados de dos indios. Espada nos describe minuciosamente el viaje, y sobre todo, la mansión de sus visitados con estas palabras. «Nada más triste y salvaje que el sitio donde habían asentado su tambo los záparos de Rumi-yacu. En un trozo de bosque, junto al río, donde yacían, por el suelo, troncos y ramas secas sobre altibajos y desigualdades, sin esa horizontalidad que junto a las poblaciones es tan grata a la vista, allí se habían establecido. Entre esos troncos y ramaje seco se levantaban dos chozones, uno todavía sin acabarse de techar,

destacábanse los troncos verdes de leña fresca de la ya seca por vieja. Junto a éstos había unas medias aguas construídas como a la ligera. El tambo concluído era del Jefe de aquella pequeña tribu, donde habitaba con su familia. Tenía, además, un anejo algo cercano, habitado por un viejo, su suegro.

El medio techado pertenecía al curaca de algunas familias o jefe de tribu que, con su mujer e hijos y parientes, había venido a *pasear*, como dicen allí, o mejor a pasar una temporada junto aquella familia. Había, además, otra media agua, habitada por un curaca del Yarsum y su mujer.

Antes de llegar al tambo de Anca-llacta y doblar el recodo del río donde estaba situado, «vimos, dice Espada, en la margen, sobre un tronco, al curaca y otros záparos que nos saludaron sorprendidos dando fuertes voces, corriendo después a su rancho. ¡Qué aspecto tan extraño! ¡Qué cuadro tan original presentaba aquella tribu! De pie en grupos sobre la quebrada del río, sobre el fondo de ramaje seco y maleza, con sus abigarrados y sucios huanchacos, sus caras teñidas de rojo achote, el enmarañado pelo partido en dos porciones sobre la frente por la costumbre de separárselo con las manos, y aquella fisonomía entre tímida y curiosa parecían preguntar qué buscaban los blancos y para qué venían a visitarlos.

Cuando saltamos a tierra preguntó inmediatamente el curaca quiénes éramos Pancho y yo, a qué veníamos y qué habíamos matado (de un tiro que disparé sobre un pájaro *carpintero* poco antes de llegar y que sin duda les puso en alarma).

Saludáronse Sandoval y ellos, llamándose *amiga* y dándose abrazos, con los indios de nuestra canoa y estrechándoles la mano, llevándosela sobre el corazón y luego a los labios.

Entramos en el tambo del jefe de la familia sedentaria llamado Pedro y me ofreció una hamaca que ocupaba el centro; me tendí y me puse a examinar atentamente lo que me rodeaba.

El tambo sería como de diez varas de largo y ocho de ancho, de la misma construcción que los de los indios cristianos, solamente que carece de paredes o quichas. Está

habitado anterior y posteriormente, y la caída del techo llega casi a tierra, donde tocan los festones de las hojas de liana. De parte a parte atraviesa el tambo una *mantaca* (dos palos sosteniendo horizontalmente cañas de huama para tender cortezas secas y aun verdes y otros objetos) y a un lado y otro, dos cabitos de tarima con una hamaca o dos al lado y la hoguera junto a ellas. Cada sección de éstas la ocupa uno de la familia, parientes entre sí y dependientes del jefe que ocupaba la sección primera entrando a la derecha. De los palos que sostienen la choza, bolsas de chambira colgadas con sus útiles, etc.; lazos clavados en el suelo con puntas de chonta y huama aguzadas. Del techo, junto al fuego, trozos de caimán que habían pescado y ahumado poco antes, ollas llenas de yuca cocida y mojada y mascada para chicha. Algún mono retozón, pájaros domesticados y multitud de perros flacos andaban de uno a otro lado.

Las mujeres estaban tumbadas en hamacas con los hijos en brazos o a su alrededor. No hicieron saludo alguno ni dieron la menor muestra de afecto.

El curaca vestía pantalón largo teñido de sani y un poncho de algodón.

El jefe de la familia, pantalón, cuxma (especie de sayo que llega hasta los mulos) y ceñidor; algún otro lleva también trajes análogos. El resto, que era la mayoría, cubría su cuerpo con túnicas de Chinchama; los chiquillos durmiendo, las niñas púberes con un lienzo ceñido por la cintura hasta la rodilla; las mujeres con chambra de mangas cortas que llega a medio cuerpo y teñida de *sani* o blanco; algunas la llevaban de muselina. Usan en el cuello unos cordelitos muy apretados, hasta el extremo de hacer honda huella; en el sitio de las ligas, y en el mollete del brazo, también cordelitos, y en las orejas, aretes muy particulares. Pelo, casi todas, cortado al rape o por cerca de la frente, pintadas las piernas hasta la rodilla y hasta el ombligo; desde en medio de los pechos y la cara, todo con lustre y achote.

Sólo un hombre había con el pelo corto. Usan también sortijas sencillas de metal en los dedos. El aspecto de las jóvenes con más cuidado y elegancia que en las indias cristianas,

y para pintar las mejillas y nariz emplean una especie de cepillito particular.

Se arrancan las cejas, y el instrumento para este objeto, es curioso, tanto por su ingenio como por la manera de manejarlo.

Es notable la semejanza de la fisonomía zápara con la de los chinos. Cara prolongada, barba perpendicular, boca con labios finos y no muy grande, particularmente en las mujeres; dientes anchos y cortos, mejillas desarrolladas, nariz arqueada, sobre todo en la punta, algunos la tienen correctamente aguileña y muy larga, triangular y muy echada para atrás; pelo largo, grueso y lacio. Las mujeres propenden a la obesidad, tienen pies y manos pequeños y son bien formadas. He visto, entre ellas, primorosos modelos, algunos de un blanco amarillento como el marfil.

El color de los záparos es, en muchos, más claro, de lo que se observa en la raza americana, y el curaca lo tiene parecido al caucásico y hasta sonrosado.

Estos záparos son de dulce y suave carácter, pero indolentes y ociosos. Siembran la yuca y el plátano, yuca exquisita, pero plátano malo.

Cazan, pescan y son muy aficionados a tener animales domesticados en su compañía. Yo saqué de entre ellos un *pinri,* dos *loros* y tres *tutacusillos* y un *chíchico,* etc. Andan errantes y corriendo las chacras o chácaras próximas, mudan de sitio hasta dar lugar a que se renueven los que han abandonado. La yuca tarda diez meses en reproducirse.

Los que yo ví no tenían más que una mujer. Usan nombre de santos aunque no son cristianos. Imitan en mucho a los indios católicos de estas provincias, con los cuales tienen algún comercio. No comen nada con caldo, todo seco.

A cada momento comen yuca o plátanos que alcanzan con la mano desde las hamacas, de las bolsas que cuelgan del techo.

Sandoval me dijo que deseaban ser cristianos, pero que el Gobierno no se ocupaba de esto por no gastar. Algunos van hasta Santa Rosa a ver al Apo.

Pasé una noche entre ellos, y después de comer yuca y

carne de caimán, no pude dormir en la hamaca donde los murciélagos me tiraban del pelo y me acosté en el suelo.

Se retiran al anochecer, cada familia a su compartimiento; ví quitarse la chambra y lienzo de la cintura a varias záparas antes de acostarse. Me pareció que alguno se quedaba a dormir fuera del tambo, junto a la lanza, como de centinela.

Al principio mostraron repugnancia a enseñarme los objetos que yo pudiera comprarles, menos el curaca, pero tan luego como les mostré mis chamaquinas, anzuelos, tijeras, espejos, etc., al momento salió todo al mercado. Gustáronles, sobre todo, los espejos.

Estos indios pueden llamarse libres en el bosque, pero no salvajes por su contacto con los indios de estas provincias.»

Los viajeros pudieron observar de cerca el carácter dócil, franco y risueño de los záparos siempre hospitalarios, serviciales y atentos con sus huéspedes, especialmente si eran europeos.

Aunque menos astutos para la guerra que los jíbaros, llevaban a éstos la ventaja de una intrepidez y valor personal superiores aún a los de aquéllos, de una agilidad extremada y de una destreza singular en el manejo de la lanza que sabían arrojar a grandes distancias, con ojo verdaderamente certero. Eran nómadas que cambiaban su habitación peregrinando desde las regiones orientales hasta la falda de los Andes, siguiendo las variantes de temperatura y de las épocas en que maduraban los frutos, que a su vez atraían hacia sí los animales objeto de caza para los záparos.

Con respecto a sus creencias debemos advertir que admiten la metempsícosis como todos los indios de la región oriental. El valor es para ellos la virtud más estimable, y las almas de aquellos que la poseen pasan después de la muerte a animar las aves de plumaje más vistoso y también las de canto más grato y dulce. Por el contrario, los espíritus de los cobardes habitan, después del fallecimiento de éstos, en culebras y serpientes, a las que persiguen por esta causa los záparos dándolas muerte siempre que les es posible.

Es también creencia de éstos, el dualismo de espíritus uno bueno y otro malo. Llaman a éste *Mungia* y es el

fantasma negro de los bosques, que recorre constantemente, acechando al que marcha solo para sorprenderlo, apoderarse de él y devorarlo en algún paraje oculto. He aquí el motivo que obliga a esos indios a salir al bosque por lo menos en número de dos. Los záparos aseguraban haberle visto y aun haber sostenido lucha con él, siendo auxiliados en este caso por el genio bueno.»

Hay todavía en la vida de los záparos otro fenómeno curioso y digno de atención que vamos a describir aquí: Cuando estos indios y también sus vecinos más o menos próximos, los Santa Marías, Mazanes y Anguteros, pretenden cerciorarse del amor de sus mujeres, averiguar el brujo que causa la enfermedad de un pariente de ellos, descubrir los planes del enemigo, etc., etc., comienzan por beber, el indio que ha de oficiar de adivino y a veces todos los que constituyen el consejo, un cocimiento del bejuco llamado *Aya-huasca* (bejuco de almas o de muerto). Este preparado produce una sobreexcitación de los sentidos y facultades mentales, vértigos, ilusiones de viajes aéreos, de lagos encantadores, de bosques cubiertos de frutas y de aves hermosísimas que les revelan los secretos buscados.

A esta fase sigue otra en que sueñan faltarles el vuelo y bajar a tierra y trabar desaforado combate con fieras que amenazaban descuartizarlos y les comunicaban las contrariedades y desgracias que les esperan. En este momento levántase de la hamaca el salvaje que parecía dormido, trata de apoderarse de las armas, lanza una nube de improperios sobre los amigos y compañeros que luchan por sujetarlo y concluye por caer en un sopor profundo.

El antiguo Gobernador de aquel departamento, D. Manuel Villavicencio, experimentó en sí mismo los efectos de semejante narcótico, que describe en la siguiente forma: «Yo, por mí, sé decir, que cuando he tomado el Aya-huasca he sentido mareos de cabeza, luego como un viaje aéreo, en el que percibía las perpectivas más deliciosas, grandes ciudades, elevadas torres, hermosos parques y otros objetos bellísimos. Luego me figuraba abandonado en un bosque y acometido de algunas fieras, de las que me defendía; en seguida tenía sen-

sación fuerte de sueño, del que despertaba con dolor de cabeza y malestar general.»

Parece que estos fenómenos guardan bastante analogía con los que produce el opio en los chinos y demás fumadores de tal sustancia.

No se permitía usar el Aya-huasca, ni a las mujeres ni tampoco a los niños.....

La cosecha de material científico, recogida en esta ocasión, fué muy abundante. Isern formó un herbario de treinta y dos especies y numerosos ejemplares preparados con tal esmero, que aun hoy se conservan perfectamente.

Jiménez de la Espada hizo también adquisición de moluscos e insectos, entre éstos el *Mastax minuta,* nueva especie de acrídido, dada a conocer por D. Ignacio Bolivar, de aves curiosas (Rupai-anga, Tuayo, Rupai-pisco, Nina-pisco, Huacha-mango, Anorero, etc., etc.), y por último, de trajes, gargantillas, colgantes y otros objetos usados por los záparos.

El 29 de Mayo salió Espada de Santa Rosa para Cotapino, acompañado de un indio carguero. Atravesaron el *Tucuna,* río lindo y claro, y continuando su camino de cuestas y bajadas relativamente cómodas, a pesar de la lluvia que por entonces caía, dieron con el silencioso y sucio *Bueno,* que se presentaba crecido. Poco después apareció el Cotapino, a cuya orilla hubieron de hacer alto en espera de auxilio para el carguero que carecía de la resistencia suficiente para pasarlo solo. Pronto se presentaron en la orilla opuesta dos indios que se lanzaron al vado con el agua hasta los hombros, sosteniendo el más fuerte el ímpetu de la corriente. Dice Espada, que al contemplar de cerca a éste, le pareció un Hércules de bronce, y en efecto, demostró ser algo semejante, al atravesar de nuevo el río con resolución y ligereza admirables, después de echar la carga sobre sus espaldas. Isern y Espada se despojaron de sus ropas, y el segundo, colocando en la cabeza un *Tutacusillo* (mono nocturno), pasó también agarrado de la mano del indio, que le libró, según dice, de perecer, víctima de la corriente. El viajero experimentó en este trance la sensación del peligro que arrostraba, sensación

que se hizo extensiva al mono, el cual se agarró fuertemente al pelo de su conductor. Tres veces más fué preciso repetir esta operación con el río citado, hasta llegar al *Huana-Chinga,* que también hubieron de vadear en forma semejante, al *Yacu-yacu* y al *Tucuna,* que de nuevo pasaron, llegando poco después al pueblo de Cotapino. Era éste un anejo de Santa Rosa, habitado, los domingos y días de fiesta, por veintitantas familias indias que pasaban lo restante del año en las chacras cultivando el tabaco y dedicadas también a la industria de la pita. El Gobernador indígena Lomucha, alojó a los viajeros en el Cabildo, esmerándose en proporcionarles cuantos auxilios tuvo a mano, sobre todo víveres.

Isern abandonó Santa Rosa el 1.° de Junio e hizo el viaje acompañado de su criado Ventura, del disecador Juan y de tres indios cargueros. Aunque la vegetación difería muy poco de la de Santa Rosa, recogió, sin embargo, bastantes frutos y algunas *escrofulariáceas y bignoniáceas,* muy curiosas.

El 30 de Mayo fué día de lluvia y el 31 partió por fin Espada para el pueblo de Concepción, llegando a él pocas horas después, aunque bastante cansado por lo difícil y expuesto del camino. Estaba situado aquél sobre un cerro de tierra rojiza fácilmente desecable, era bastante extenso y lo formaban cuatro grupos de casas grandes, ocupadas por ciento cincuenta familias indias que vivían ordinariamente en el bosque dedicadas a la extracción de la pita, al cultivo del tabaco y a la conducción de cargas a diversos puntos. El suelo era pantanoso y el clima cálido y malsano. Estaba rodeado de arboleda espesa y veíase a su izquierda la cordillera de Galeras, y no lejos el río Guataraco. «Cuando llegamos no había un alma en el pueblo, dice Espada. Se fueron los indios cargueros y quedamos solos Pancho, yo y un mono. No teníamos fósforos y mi mechero se había empapado en agua. Hicimos taco de un trozo de fósforo de cartón y se consiguió lumbre. Si no hubiera sido por los restos de la comida de Cotapino, nos encontramos en ayunas y sin esperanzas de *mudar de estado*».

Al siguiente día trataron de atraer a los indios disparando las escopetas y repicando las campanas, pero nada pudieron

conseguir. Aquellos, o no lo oyeron o no hicieron caso. Espada penetró en algunos tambos, pudiendo observar que estaban limpios, con leña dispuesta en haces, agua, achanga, las ollas y pilches acoplados y los tambores suspendidos del techo. Por fin llegó un indio, a quien propusieron buscase al Gobernador, previa una gratificación, pero aquél comenzó a temblar y huyó a todo escape volviendo con frecuencia la cabeza para ver si pretendían darle alcance.

El tiempo era por fortuna bonancible, lo cual no dejó de ser un alivio en medio del *régimen alimenticio de arroz seco,* a que se hallaban sometidos.

En vista de situación tan poco halagüeña, decidió Espada pasar a Loreto, donde residía el Teniente político; pero tomó una dirección equivocada y después de atravesar profundos fangales hubo de regresar a Concepción. Insistió de nuevo contratando por dos reales un guía, y entonces logró sus deseos sin más contratiempo que el haberse deshecho las sandalias en el trayecto, viéndose obligado a caminar descalzo y con los pies heridos, hasta la casa del citado Teniente. Llamábase éste Aureo Terán, y habitaba con su familia en una pequeña vivienda donde nuestro viajero le halló postrado en cama, *con medio cuerpo hecho una úlcera como consecuencia de una sífilis antigua.* «Su mujer, dice Espada», moza de gran fama aquí por el Oriente, tiene hermosos ojos, es amable, pero sucia y astrosa como todas estas blancas. *Solo se puede decir, buenos ojos tienes.....*

«Estaba instalado también en la casa un blanco que hacía cuatro meses había subido del Marañón, desterrado político o de otra laya, Capitán (no sé si de ladrones) que esperaba el cambio de Presidente para poder ir a Quito. Se tenía por algo curandero y trataba de sanar al pobre Teniente con *cardenillo y cerato*». Aquí se convenció Espada de que las promesas del Gobernador Cárdenas no habían pasado de palabras, y de aquí la soledad de Concepción, y las mil dificultades experimentadas por nuestro viajero, pues Terán no tenía la menor noticia del paso de éste. Por fin, a fuerza de súplicas al Teniente y también a su mujer, consiguió se le facilitasen los cargueros necesarios.

Loreto, que había sido ciudad en otros tiempos, no pasaba por estas fechas de un mediano pueblo formado por cincuenta casas, distribuídas en un terreno extenso, llano, limpio, despejado y de aspecto más alegre que el de Concepción. Sus habitantes gozaban fama de activos y trabajadores, y asimismo de hospitalarios y afectuosos con los viajeros. Aparte del cultivo de la pita, dedicábanse a la pesca y sobre todo a la caza, ahumando las carnes para comerciar con ellas. Traficaban también con lienzo que adquirían en Quito, a donde llegaban muchas veces con cargas. En estos casos daban un ejemplo de sobriedad y economía poco frecuente en aquel país, pues no sólo no se emborrachaban, ahorrando así mucho dinero, sino que además solían insinuarse con más o menos franqueza para comer a costa de las familias que les admitían como huéspedes.

En Loreto pudo adquirir Espada algunos comestibles (huevos, plátanos y mandi) y saciar así su hambre que no debía ser poca.

El 8 de Junio llegaron diez *justicias* de Avila con algunos indios y pocas horas después el Sr. Isern con las cargas restantes y las colecciones hechas en su viaje desde Concepción. Nuestro botánico refiere con estas palabras las observaciones verificadas durante estas jornadas. «En estos pueblos, dice, abunda mucho la linda *Canna* y aquí (en Cotapino) como en Concepción, la grama, plátanos, dos especies de palmas, a saber: la de espinas en círculo y otra grande que no presenta el carácter citado; convolvuláceas, leguminosas interesantes de semilla roja con una mancha grande y negra (Aguano y cercanías), otra con semilla que dicen *pungui-pacay;* otra *guaba*, de semilla larga más que la del *cidrón, tanga-rumu; patas* entre éstas, la que tiene semilla pelosa y parecida al fruto del *Théobroma,* y come el armadillo, lomucha-inchi; dos frutos de huito, con los cuales se pintan la cara de negro como vimos en los *canelos;* tres frutos del *pilo-muyo,* aovado-oblongos, parecidos a las peras en el color y en unos tuberculitos que tienen adheridos los rudimentos del cáliz. Son comestibles para los indios. Árbol grande. El fruto de una enredadera, cuyas semillas son sá-

maras que sirven para alumbrar. A éste llaman *Atta,* y a la planta *Ayuno-muyu.*

También está en flor la *Datura floripondio,* de flor blanca; el *Guayacan,* árbol de corteza blanca; el *Achote-Abanidurse;* varias enredaderas, etc., etc.»

Advierte Isern que en este viaje a Concepción se vió perseguido frecuentemente por una nube de moscas pequeñas que le picaban por todas partes hasta hacerle sangre.

En ese pueblo encontró algunos indios que al verle tan derrotado y hambriento, se compadecieron de él trayéndole gallinas, huevos y plátanos.

Entre los ejemplares recogidos por Espada en Concepción, figuran, primero, la *Cœcilia gracilis* de Saw, de los anfibios, y bastantes aves (Huacauai, Churucuzga, Chagra-angra (rapaces) y Paxuri, Mango, Dacha, Virote-pisco, Manca-pisco, etc., etc., (pájaros).

El 10 de Junio salieron, a las nueve de la mañana, de Loreto con dirección al pueblo de Avila. Después de atravesar a pie varios ríos, penetraron en un bosque cerrado, siguiendo una marcha lenta y penosa interrumpida constantemente por cañas bravas, raíces, lianas y trabas de todas clases, hasta dar en el río Suno. La corriente de éste era bastante fuerte, pero no había más remedio que decidirse a pasarlo, y así lo hicieron primero los indios y después Espada con el agua hasta el pecho, viéndose precisado a asirse de la mano de un indio al notar que le faltaban las fuerzas. Bien es verdad, dice el mismo, *que me hallaba en ayunas y con diarrea.*

La noche cerró por completo trayendo consigo una lluvia torrencial que les obligó a improvisar un tambo para preservarse de ella; pero todo fué inútil, pues el agua escurría por debajo del citado albergue, y *«yo, añade Espada, mal dormí sobre un charco (que tal era mi cama) descansando la cabeza sobre una esponja empapada, que esa era mi almohada.*

El 11 continuaron su camino, primero por la playa del Suno, cubierta ya, en parte, por las aguas, que la iban invadiendo, y después, por la empinada cuesta de Pungara-Urcu, donde los escalones sobre greda amarilla, estaban

formados por raíces de árboles; a las nueve atravesaron el río Guacamayo, y después de varias horas de subidas y bajadas, sintió Espada tal debilidad que se vió precisado a tenderse en el suelo. Felizmente llegaron un rato después Isern y Ventura el criado de éste, quien ofreció al enfermo tres plátanos medio verdes y el brazo para que se apoyase. Con este auxilio pudo Espada continuar su viaje hasta San José de Monti, donde tomó asiento en el atrio de la iglesia y una frugal refección compuesta de yuca cocida, plátanos y patatas, que a ruegos del mismo trajeron los indios.

En este intermedio fueron acudiendo los indios que habían venido al pueblo con motivo de la fiesta del Corpus, reuniéndose alrededor del viajero. Se presentaban con palos, cintas y penachos de plumas de papagayo y el prioste de la cofradía, con largas cintas en su sombrero, como *pastor de baile pantomímico, dice Espada.*

Poco después apareció el Gobernador, quien tuvo la amabilidad de llevarlos consigo a su casa, atendiendo al estado ruinoso e inhabitable del Cabildo.

Les ofreció papas y huevos con manteca, en canutos de huama, llamados *pismas;* pero debían ser muy escasas las comodidades y recursos de la residencia de la citada autoridad, cuando sus huéspedes *hechos materialmente una sopa*, se vieron precisados a pasar la noche tendidos junto al hogar sobre una corteza de árbol, por haberse retrasado las cargas en que venían camas y ropas de su uso.

El pueblo de San José estaba situado a gran altura sobre las faldas del Sumaco, en la vertiente oriental de la cordillera de Guacamayos. Su clima, extremadamente frío, causaba fuerte impresión al subir de los hondos valles de Avila y Loreto.

Los productos de San José reducíanse a patatas y legumbres: sólo en algunos tambos del interior del bosque cultivaban la pita, la caña dulce y los plátanos.

Criaban los indios bastantes cerdos, con cuya manteca hacían regular comercio en Avila, Concepción y Loreto, llevando la Pita a Quito, a donde realizaban frecuentes viajes.

Los habitantes indígenas de San José gozaban justa fama

de activos, laboriosos y honrados, pero su tipo, aunque fuerte y robusto, era, según Espada, bastante feo, tanto en los hombres como en las mujeres, y su carácter huraño, seco y poco agradable.

Cuando llegaron los viajeros estaban en plenas fiestas del Corpus. Aquella misma tarde vinieron a casa del Gobernador, antes de anochecer, como ocho o diez, provistos de tamboriles y pitos de huesos de ave (de una zancuda), dice Espada.

«En el camino saludaron de la manera característica del país, dándose las manos, besándolas alternativamente: después empezaron a dar vueltas unos tras otros, haciendo círculo y sin dejar de tocar. A poco salieron las hijas de la casa a darles chicha en mates de huambros y después el mismo Gobernador que cantó un rato con el mate en la mano antes de dárselo. Después de bailar todos con él, pronunció una arenga breve, diciéndoles que cuando cesase en su cargo les haría el mismo honor y que le favoreciesen con otro *tono*. Volvieron a bailar con él, volvió a circular la chicha y se marcharon a casa de los priostes para seguir la música y el baile.»

«Al siguente día vinieron de mañana a tocar tambores, con las mismas ceremonias. La gobernadora y los de su casa se ciñeron sus pachas de lienzo blanco, y provistos de chicha en ollas marcharon a casa de los priostes para asistir a la fiesta. Allá me fuí antes que principiaran.»

«Estaba acomodado el altar con cañas, chamas, flores rojas y amarillas, espejos, paños blancos y pañuelos. El altar (la mesa) queda siempre vacío.»

«Mientras lo acomodaban no cesaban de dar vueltas tocando, y las de la casa de servir chicha.»

«Bailaban también algunos hombres puestos en dos filas. Pero la cumbre de la fiesta fué el salir el Gobernador con un mate de chicha en la mano y bailar delante del dueño de la casa y darle un beso, después de dar dos vueltas delante de él. Si cesa de bailar y tocar luego se van, bailando desde la puerta misma los de la casa y priostes y ayudantes, dando de beber a todos los músicos y danzantes.»

«Sacan también mate con mazato de yuca mezclado con plátano rallado, que dan de comer a los que bailan. Luego se ponen las mujeres en fila y bailan con los hombres; alguna vez todos frente al Gobernador solo, o con su hijo, y al terminar, éstos dos solos. Vuelven a dar vueltas a la redonda y mientras tanto sirven chicha las mujeres y *layas.*»

«A continuación se fué a otra casa la mitad de los tocadores y yo con ellos. Era la del otro prioste. Estaban también bailando hombres y mujeres en dos filas; tenían las cabelleras empapadas en chicha y las moradas pachas con gotas de llancar. Eran de la familia del prioste y sus ayudantes y ayudantas.»

«Después de servir chicha y mazato a los que llegaron y a sí mismos, se fueron a la casa inmediata bailadores y bailadoras, deteniéndose un rato en la puerta. Salieron las dueñas de éstas, saludaron, sirvieron chicha y continuó el baile reunidos todos.»

«Por la noche vinieron a la residencia del Gobernador, los priostes y sus mujeres con ayudantes de ambos sexos. Entraron bailando desde la puerta, bailaron dentro un rato y después el Gobernador solo con las mujeres. Seguidamente les dirigió éste una arenga para darles las gracias. Advirtiéronle que si le quitaban el sueño le dejarían para que descansase, mas él contestó que podían continuar tranquilamente. Hombres y mujeres repusieron que pues deseaba se divirtiesen tanto que tenían mucho gusto en ello, y continuaron el baile otro rato sin dejar por eso la chicha. Al marcharse cogió cada uno su lizón de un anillo.»

CAPÍTULO X

Las fiestas del Corpus en Loreto.—Convites.—Bailes.—Elección de priostes.—Carácter desconfiado de los loretos.—Su honradez.—Indumentaria.—Instrumentos musicales.—Cómo sirven la chicha.—Norma en las comidas.—Afición a la chicha.—Costumbre y modo de pintarse.—Impresión que causó Espada a las indias.—Proyecto de ascensión al Sumaco.—Resistencia de los indios a darles compañía.—Salen para el monte Isern y Espada. Los gallos mudos.—La vegetación.—Extravíase Espada al regresar.—Resultados para la ciencia.—Salen para Avila g San José de Moti.—Frutos obtenidos.—Excursión de Martínez a la zaparia de Humuyacu.—Percance.—Reúnense todos en la Coca.—Preparativos para el viaje al Napo.—Excursiones de la Comisión.

La fiesta del Corpus tuvo en Loreto su segunda parte con motivo de la elección de priostes y ayudantes para el siguiente año. En ésta abundaron también los bailes, la chicha, y sobre todo los típicos banquetes con asistencia de Espada, quien da en su «Diario» una descripción pintoresca y detallada de los mismos. No dejó de costar a éste un sacrificio bastante considerable la participación en los ágapes indios.

«El padre del prioste que estaba a mi lado y algunos indios, dice Espada, me obsequiaron con pedazos de mono, huevos, papas y chicha hasta más no poder. Todo me lo daban de su misma boca, partido con sus dientes o con sus dedos mugrientos, y a todo me sometí por agradarles y poder decir que he comido con ellos. Los huevos, parte los dí a los chiquillos que tenía a mi lado y parte a los que desde afuera miraban ávidamente por entre las rendijas de las quinchas. Cuando nos hallábamos en los últimos bocados salieron bailando las mujeres de los priostes cesantes con huates, en los que había mazatos, chicha y yayacuta fermentada, dando primero al nuevo prioste y después a las mujeres de junto al estrado; éstas tomaban el mazato hasta llenar la boca, lo echaban sobre hojas y lo guardaban».

«Mientras tanto, los convidados se habían retirado a sentarse junto a las mujeres al pie de las quinchas, y los músicos permanecieron de pie en la parte opuesta al estrado. Después de servidos bailando los mazatos y la chicha, de que sólo participan los priostes y sus mujeres, se levantaron ellos y ellas y formando dos filas (seis de los nuevos priostes y ayudantes y sus mujeres) cinco y el Gobernador con los seis que habían bailado el mazato y la chicha (los restantes músicos estaban a un lado), así bailaron sus tonos y después cambiaron los salientes con las mujeres de los entrantes y viceversa.»

«Al hacer esos cambios, uno de los indios colocó sobre la cabeza del prioste principal un sombrero con tres largas cintas, que es, sin duda, el distintivo del priostazgo. Así bailaron cuatro o cinco tonos. Concluídos, el Gobernador echó una arenga, desaparecieron las nuevas priostas y puede decirse que con esto dió fin la ceremonia de la fiesta, porque se continuó solamente con la ronda de tamboriles y la distribución de chicha a todas y a todos a discreción.»

«Por la tarde llegó una comparsa de indios a la residencia del Gobernador, y comenzó a bailar con una de las de la casa. Venían a comprometerla para ayudante de las fiestas del año próximo venidero; aceptó después de un corto baile y de beber bailando chicha y mazato. También de noche, y después de acostado el Gobernador, vinieron con pitos y tamboriles a dejar a una que había sido ya ayudante. Baile, chicha y despedida con arenga.»

«Si la desconfianza es un carácter entre los superlativos de estos indios, entre los de San José llega al último extremo. Son los gallegos de esta región de Oriente. Si se les da una cantidad en moneda menuda la cuentan y recuentan hasta convencerse de que está justa. A esta condición unen la de ser formales, honrados y serviciales con agrado.»

«El vestido de fiesta consta de la ropa más nueva, mejor blanca: ponchos de algodón pintados, calzón largo y sombrero de paja o de fieltro de ordinario.»

«Las mujeres se ponen pachas blancas de tocungo, que les sientan mejor que las moradas.»

«Ellas no llevan más adornos que los ordinarios, pero ellos

se ponen cintas de colores en el sombrero o en la cabeza, sobre los hombros o en la cintura, collares o pañuelos de algodón a la valenciana, o a la gallega o aragonesa o sobre el hombro; camisetas rojas o poncho también rojo; a la cintura, grandes sartas de semillas de los salvajes con vainillas colgadas y plumas, aros de canna hechos de huama, construídos a mano o rodetes que se colocan sobre la híspida y negra cabellera, adornados con plumas y colgados por detrás con profusión, colas de *inca,* de gallo de *roca,* pájaros enteros disecados, con borlón, etc., etc.»

«A algunos he visto una corona de picos de *danteque* que les daba un aspecto bien extraño.»

«El Gobernador usa gorro que se cala a lo Luis onceno.»

«Los instrumentos son el tamboril, el pito de hueso y unas semillas sonoras que ponen en el extremo de un palo largo como tirso.»

«La caja del tambor es de una pieza; los parches de cuero de mono que aprietan como nuestros tambores, con hilo de pita o guitas. En el parche opuesto a donde se toca, va un cordelito que vibra a cada golpe. El sonido es seco, intenso y como metálico.»

El pito de cañizo o de ala de avestruz, tiene siete agujeros, seis redondos para los dedos y uno largo y cuadrilátero para producir el sonido que es muy agudo. La lengüeta es de palo santo que trabajan en Loreto, como también los tamboriles. Estos los cuelgan del hombro izquierdo con un cordelito prendido de uno de los tirantes de los mismos, quedando sobre la cadera izquierda.

«Para tocar colocan la mano de este lado sobre el borde anterior y sostienen sobre el pulgar, índice y medio uno de los palillos. Usan el parche anterior para dar golpes a compás de cuando en cuando. Cogen el palillo que más juega, con la mano derecha, que puesta sobre el vientre, viene a dar en medio del parche.»

«Cuando tocan en círculo, dando pasos largos y acompasados o cuando bailan en fila, llevan la cabeza inclinada y el semblante y voz serios y majestuosos. Si están tocando largo rato a la ronda y tienen ganas de algo, clavan los palillos en

la *quincha,* cuelgan el tamboril o tocan simultáneamente éste y el pito.»

«Mientras pasean sus rondas, si uno quiere volverse del lado contrario, todos le siguen formando círculo en la dirección opuesta.»

«El baile consiste en colocarse los hombres en fila frente a las mujeres en número igual al de éstas y a una distancia como de dos varas. Los hombres, casi siempre tocando, dan paso y medio adelante y paso y medio hacia atrás y las mujeres recorren a saltitos y pasos muy menudos igual distancia, sin separar apenas los bordes internos de los pies que mantienen siempre juntos.»

«De cuando en cuando dan una vuelta sobre sí mismos a la derecha o a la izquierda indistintamente y a capricho y otras veces vuelven todos en masa, conservando las mismas posiciones respectivas y cambiando los puestos. Los músicos, sin pareja femenina, se colocan en sitio exterior y paralelo al de los danzantes y siguen los mismos movimientos.»

«Algunas veces para honrar a una persona se colocan frente a ésta, que a su vez indica los movimientos que aquéllos deben ejecutar. Principian con una especie de preludio o *desecordio,* y concluyen con un redoble. Ellos bailan con la cabeza inclinada y ellas con la cabeza y brazos caídos, cubriéndoles su cabellera de sombra a toda la cara y espaldas, actitud servil y humilde, como su condición.»

«Generalmente bailan con sus hijos al pecho, los cuales no se extrañan ni del ruido, ni del movimiento.»

«Este baile (que así lo llaman ellos) está completamente desprovisto de gracia y atractivo. Sin duda lo han introducido los jesuítas.»

«Algunas veces van bailando de una casa a otra y entonces salen de espaldas las mujeres sin perder el orden respectivo y paran delante de la casa con las filas femeninas dispuestas del mismo modo.»

«La chicha la sirven generalmente las mujeres, pero lo hacen también los dueños de la casa, y las layas acompañan también a las mujeres en este servicio. Salen del interior de la casa donde están los hogares a la antesala: si es un recién

llegado, le saludan al modo dicho o con esta palabra *xamui*, es decir, mira, y apuntándole con el dedo, ofrecen el mate con la mano derecha y de ordinario, lo mantienen cogido del borde, mientras bebe el convidado agarrándolo con ambas manos. Concluído el primer trago, sea largo o corto, vuelven siempre a invitarle para que repita, cosa que aquél hace siempre.»

«Cuando uno concluye, mantiene derecha la mano y revuelve, y lo que queda pegado lo lame, sin acabarlo de limpiar, con objeto de hacer más sabrosa la chicha restante. El que bebe se limpia en la pared de uno de los palos de en medio de la sala y las mujeres con el pelo.»

«No pasan las mujeres por delante de la olla de chicha de la sala, sin atender ni descuidar a nadie. A los hombres sirven con más gravedad que a las mujeres, dando siempre preferencia a los de mayor categoría. Cuando ofrecen a uno de los del círculo de músicos, éste se separa, bebe, continúan los otros y luego de limpiarse se juntan.»

«Cuando las mujeres sirven el mazato ponen el mate con él debajo de la barba, meten en la masa la mano derecha, cogen un puñado y empujándolo con el pulgar sobre el índice lo van introduciendo en la boca del regalado. Alguna vez he visto servir el mazato al Gobernador.»

«Este manjar lo presentan solamente en las ocasiones de más ceremonia.»

«Norma en la comida: métenla en hojas, comen con los dedos, parten con éstos o con los dientes y de ella toman para regalar a los convidados, repiten muchísimo las bebidas y algunos agasajos en tono de risa como las arengas del Gobernador.»

«Las fiestas tienen siempre lugar en la parte de la casa que está después de la entrada, antes de los hogares. La he visto en las fiestas despejada siempre de trastos.»

«Es incalculable la cantidad de chicha que bebe un indio y en conjunto la que cosumen en una fiesta de un modo o de otro. No cesan de servirse; todo el mundo está manchado de ella, todo huele a ella.»

«Las mujeres se agitan de un lado a otro, luciendo sus blan-

cas pachas entre las morado-obscuras de los convidados y sonando sus nuyas como sonajas. El ruído de los tamboriles y los agudos pitos continúan sin cesar un instante. Las risotadas y los dichos hacen el cuadro más animado posible. En resumen, la fiesta se reduce a ruido y chicha por la mañana, a medio día y por la noche, y un baile se toca con otro.

«Antes de consumirse el último trago de un día, ya están preparando para el siguiente.»

«En esto se ve que son una raza de niños: les agrada el ruido y se manifiestan incansables, impacientes y sencillos en sus gustos.»

«Para las fiestas se pintan con esmero de delicadas líneas desde la comisura de la boca hacia las orejas, debajo de los ojos, en las mejillas, en zig-zag, de arriba para abajo. Hasta el tinte uniforme de achote da al rostro el aspecto de estar alumbrado por una hoguera.»

«Los viejos se pintan sólo debajo de los ojos, con descuido, y pintan asimismo hasta a los niños.»

La manera de hacerlo varía muchísimo.

«El tinte obscuro debajo de los ojos da un brillo acharolado a las miradas; a las indias las enciende la languidez de sus pupilas, y la variedad de los dibujos presta a las fisonomías diferencias de expresión, desde la estúpida hasta la majestad graciosa de los perfiles egipcios.»

«Pintan asimismo a los niños de pecho, y diré de paso que he podido observar en ellos un carácter muy frecuente en los rasgos de la cara de los indios de esta provincia: los párpados estrechos, de poca caída, muy cargados de grasa, y por consiguiente, de poca movilidad.»

Espada advierte en esta ocasión que su presencia en las fiestas citadas, si no pasó inadvertida, apenas fué objeto del menor obsequio.

Regaló a las indias buena cantidad de medallas, cruces y abalorios, pero no pudo conquistar sus simpatías, antes al contrario, cuando las indicaron, en broma, que nuestro viajero trataba de casarse con una de ellas, dieron inmediatamente por respuesta «que quién había de quererle si no era cristiano..... si era el diablo», y sin embargo, añade aquél,

no rehusaron medallas piadosas de manos de este *personaje*. Al fin no dejaron de corresponder las indias a la esplendidez de Espada, trayéndole plátanos, huevos y naranjillas que le vinieron como de perlas.

Los loretos que acompañaban al expedicionario, sólo tomaron parte en las rondas y en la chicha, sin ser por otra objeto de distinción alguna al revés de lo que sucede en Europa.

En los actos ceremoniosos, se retiraban a un lado, para volver después humildemente a tomar parte en el coro.

A pesar de la fatiga consiguiente a varias jornadas, sólo interrumpidas por breves horas de reposo, trasnocharon dos veces, sin cesar además de tocar y de moverse de un punto a otro. A sus pobres vestidos de camino, sólo pudieron añadir algunos, a guisa de adorno, una sencilla corona de helecho colocada sobre sus negras cabelleras, y que por cierto les caía bastante mejor que a los otros sus extravagantes plumas, rodetes y pañuelos.....

Hacia el 10 de Junio del 65, proyectaron Isern y su compañero Espada, una ascensión al monte Sumaco, eminencia próxima a Loreto y cuya altura estaba calculada en 3.660 metros.

Para conseguir el auxilio de los indios, fué necesario desplegar toda una serie de recursos, en que intervinieron súplicas, persuasiones, promesas, obsequios y dádivas, hasta vencer la resistencia de aquéllos. Comenzaron por negarse en absoluto a darles compañía; aviniéronse después a subir hasta un sitio determinado, desde el cual deberían continuar ya solos Isern y Espada, y seguidamente se reunieron cuatro, asegurándole que *uno* de ellos, por lo menos, no les abandonaría, y por último, se sumaron dos más, añadiendo que aun en la convicción de que la empresa les acarrearía la muerte por causa del viento, la lluvia y el frío, ellos, sin embargo, estaban decididos a seguirles hasta la cumbre. Trataban, sin duda, de exagerar las dificultades en espera de una retribución más ventajosa. No les pareció exigua la que les dieron, consistente en un peso, una hachuela y una vara de lienzo por individuo, medallas para las mujeres, crucecitas para los hombres y tres corchetes por cabeza.

El 16 salieron de mañana para el Sumaco; atravesaron varios riachuelos, y después de hacer alto en Morado-Pamba, descendieron por la cuesta pendientísima que sigue a continuación, saltando sobre rocas y pedrones hasta dar en el famoso puente del Suno, puente cuyo paso causa verdadero terror por lo extraordinario de su altura, lo imperfecto de su construcción y lo endeble de sus materiales.

A medio día llegaron al tambo llamado del Fiscal, donde vieron los gallos mudos, es decir, que no cantaban, por haberles punzado la laringe con el fin de evitar el que los blancos diesen con la vivienda guiados por el canto de esas aves. Poco después alcanzaron el segundo tambo del mismo nombre y situado en una posición rodeada de un anfiteatro de cascadas, tan pintoresca y sublime como las mejores que habían observado en sus viajes. Desde aquí en adelante era ya bosque cerrado y fué necesario que marchasen en primer término dos indios abriendo paso con sus machetes.

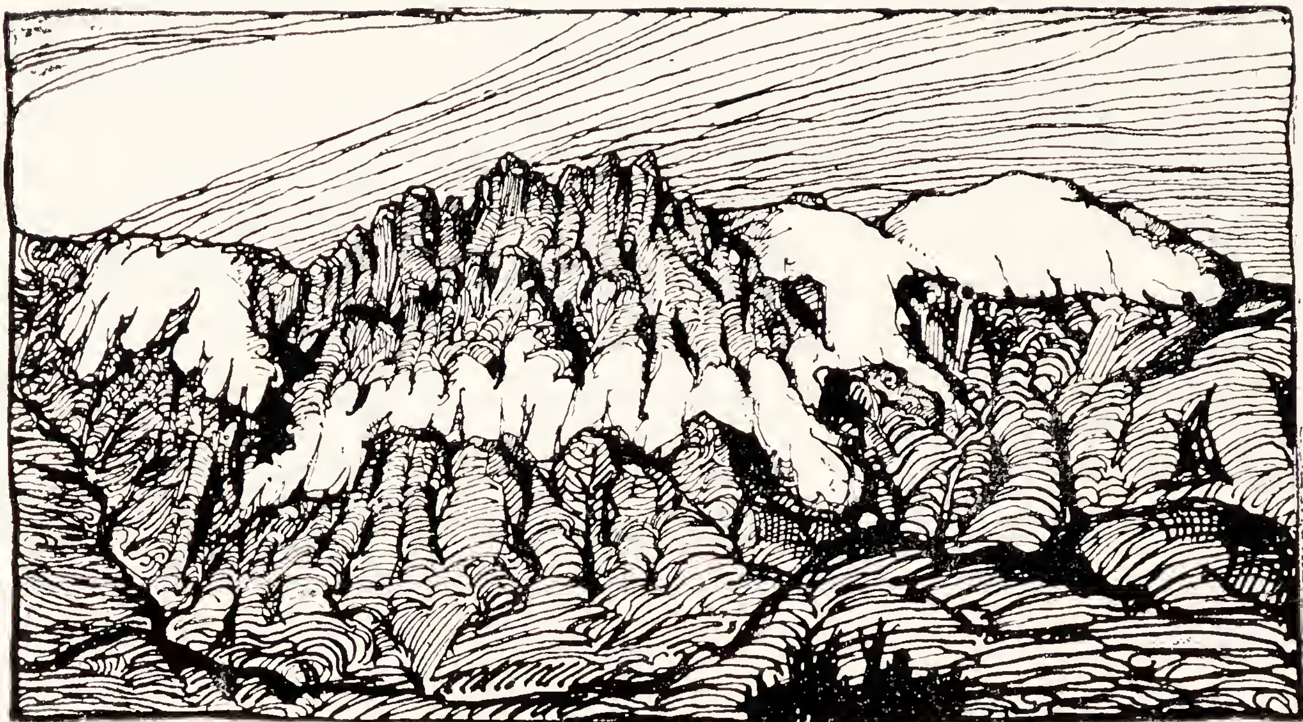
La vegetación estaba constituída, según Isern, por *surales* o matas de caña, tropeolos colgando de los árboles, tibandias, ericáceas, aroideas, varios *Solanum,* melastomáceas, erytritrinas y helechos, desde el arbóreo hasta el más humilde.

Antes de llegar a la cumbre, sintió uno de los cazadores el *mareo de alturas o mal de montaña* llamado allí *soroche,* y hubo de suspender la subida, quedando el botánico a su lado. Espada continuó en su empresa hasta escalar las alturas más elevadas. Algunas horas después regresó éste al sitio en que habían quedado Isern y el enfermo, a quien hubieron de bajar a cuestas saltando despeñaderos en medio de mil fatigas y peligros.

Mientras éstos descendían, Espada se había dedicado a coleccionar rocas traquíticas, retrasándose con este motivo.

Esperóle Isern para comer hasta última hora del día, sin resultado alguno; vino la noche y con ésta una lluvia torrencial que hacía imposible todo intento de auxilio a tan distraído e imprevisor viajero. ¿Iba a repetirse el famoso episodio del Pichincha? Isern creyó que sí: no pudo conciliar el sueño ante el temor de una desgracia.

La verdad es que el viajero era incorregible.



Jana.—Volcán por donde subió Espada al Antisana, siguiendo el río Catacochachu.
De un croquis de J. de la Espada (1865).



Corazón, desde el campanario de Mulaló.
De un croquis de J. de la Espada (1865).

Al siguiente, por la mañana, comenzaron a tomar medidas para salir en busca del perdido, quien por fin se presentó hacia la hora de las nueve, diciendo que se había extraviado la víspera.....

Entre los ejemplares recogidos por Isern figuran al lado de otras plantas interesantísimas, numerosos y delicados helechos que se conservan perfectamente en el herbario del Jardín Botánico de Madrid.

Espada recogió, entre otros muchos, el anfibio que años después llegó a describir como especie nueva, con el nombre de *Ceratohyla proboscidea* y el *Mesosciurus candelensis sumaco,* subespecie nueva de *roedor,* dada a conocer y descrita con todo detalle por D. Angel Cabrera Latorre, en sus «Mamíferos del Viaje al Pacífico» (Madrid 1917).

Terminadas sus tareas en Loreto, pasaron nuestros viajeros al poblado de Avila, que conocido antiguamente con el título de ciudad, quedó reducida, en el transcurso del tiempo, a un villorrio miserable, habitado por ciento y pico de familias indias. Estaba formado como en dos planos, separados por una especie de puente de 60 metros de largo por 50 de ancho, dejando a sus lados dos oquedades profundas con pequeñas vertientes de aguas. Su posición era pintoresca, el clima delicioso y saludable y la vegetación escasa.

Los viajeros permanecieron aquí muy poco tiempo, que fué dedicado principalmente a la herborización y a la caza de pájaros que recogieron en buena cantidad.

La última población visitada por Espada e Isern en este recorrido fué San José de Moti. Aquí pasaron los postreros días del mes de Junio y primeros de Julio del 65, obteniendo magníficos resultados que vinieron a comprobarse algunos años después al hacer el estudio de las colecciones. A esta localidad pertenecen el *Bulimus Jimenezi* y el *B. visendus,* nuevas especies de moluscos que fueron descritas por nuestro antiguo maestro el Dr. González Hidalgo, y las especies también nuevas de anfibios, *Hyla aurantiaca, Nototrema testudineum, Ceratohyla palmarum, Hylixalus fuliginosus, Osteobates quixenui* y *Atelopus planispina,* dadas a conocer por D. Marcos J. de la Espada.

Mientras tenían lugar las excursiones de Almagro y de Isern y Espada, por los pueblos citados, Martínez se había trasladado a Coca para dirigir la construcción de balsas y demás preparativos relacionados con la última fase del viaje. En este menester empleaba gran parte del día, dedicando lo restante al aumento de las colecciones de peces, insectos y moluscos. Hizo también una visita a la *zaparía* de Humu-yacu, surcando las aguas del Napo en diminuta canoa. Con este motivo estuvo a punto de perder la vida en el accidente que vamos a referir. Navegaba muy próximo a la orilla embelesado con la contemplación del paisaje, cuando de repente vió desplomarse sobre la embarcación un árbol corpulento cuyas raíces habían sido socavadas por las aguas; por un movimiento instintivo se lanzó fuera de aquella que fué hecha pedazos por el golpe recibido, mientras él y sus acompañantes se asían a las ramas de los arbustos cercanos salvándose así de una muerte segura.....

En los primeros días de Julio, se reunieron los expedicionarios en San Antonio de la Coca, pueblecito erigido el año 1848 por D. Manuel Villavicencio en la confluencia de los ríos Coca y Napo. Aquí debían ultimarse los preparativos para marchar al Amazonas, con arreglo a las siguientes bases:

Se comenzaba por prevenir a los indios con algunas semanas de anticipación, satisfaciéndoles desde el primer momento el importe de sus servicios, con treinta varas de lienzo, de las cuales era necesario emplear trece en hacerse un mosquitero, imprescindible durante el viaje. Este debía ser de ocho meses, pues aunque se hacía con rapidez relativa el descenso por los ríos, en cambio la subida era, por lo general, muy lenta y embarazosa. A pesar de paga tan exigua, se presentaron numerosos voluntarios, atraídos por la generosidad de Almagro y compañeros, ya proverbial; por lo abundante de la caza en los parajes que habían de recorrer, y sobre todo, por los ingresos que habría de producirles el cargamento de sal de las minas del río *Huallaga,* que a la vuelta esperaban traer con ellos.

Escogiéronse para el caso diez indios de Aguano, diez de Loreto y seis de Concepción.



Indios Loretos.—Napo (1865).

Durante el espacio de tiempo que mediaba entre el día en que se comprometían y el de la marcha, las mujeres se dedicaban a mascar grandes cantidades de chicha que envolvían en hojas formando paquetes y depositándolos en una cesta llamada *achanga*. Cada una de éstas tenía un peso aproximado de cuatro arrobas, y cada indio llevaba cuatro o cinco *achangas* para su uso particular.

También hacían provisiones de maíz tostado y de tamboriles fabricados por ellos y que cambiaban después por veneno a los indios del Amazonas. Cada individuo llevaba su *pucuna* para cazar.

Mientras las mujeres hacían la chicha, sus maridos, adornados de plumas, se entretenían paseando y saltando juntos, en medio de monumentales borracheras.

Los Naturalistas aprovecharon estos días para enriquecer las colecciones con multitud de interesantísimos ejemplares, tan abundantes en las riberas del Coca. De éstos merecen citarse las especies nuevas de ortópteros descritas por don Ignacio Bolívar y designadas por él mismo, con los nombres de *Phasma Perezii, Ommatolampis Pazi, Bucrates cocanus, Conocephalus subulatus* y *Agrœcia bipunctata* y *A. nigrovittata*.

CAPÍTULO XI

Ojeada retrospectiva. — Expedición de Gonzalo Pizarro en busca del país de la canela (1540).—Descubre el Amazonas Francisco de Orellana y navega por él hasta la desembocadura.—Expedición de Urzua, para encontrar el Dorado (1560).—Rebelión y hazañas criminales del mismo.—Sus excursiones por el Amazonas, Casiquiari, etc.—Los misioneros.—El P. Ferrer y los cofanes (1704).—Los P. P. Franciscanos en las márgenes del Aguarico (1735).—Alzamiento de los encabellados y sus consecuencias.—Dos legos franciscanos pasan el Amazonas en una canoa.—Expedición de Texeira y regreso de éste con los P. P. Artiedo y Acuña.—Las andanzas de Bohorques (1657).—Viaje de Lacondamine (1743).—Horrible odisea de madame Godin (1769). Sale de Coca la Comisión (17 de Julio de 1865).—Su escuadra.—El esqueleto del záparo.—Los mitalleros.—Flora de las riberas.—Rivalidad entre aguanos y loretos.—Nuevas plantas.—Expedición de Almagro a la zaparia de Peña-cocha.—Idem de éste, Martínez y Espada al río Aguarico.—Los encabellados.—Los avigiras y orejones.—Crecida del Napo y procedimiento para la caza.—Los indios borjanos.—Objetos recogidos en Tarapoto.—Plaga de mosquitos.—Los indios cotos.—Viaje terrestre de Almagro a Iquitos y episodio emocionante.—Arriban a «Destacamento» y entran en el Amazonas.—Reflexiones sobre la población de las riberas del Napo.

Al llegar a este punto vienen espontáneamente a la memoria los hechos gloriosísimos de nuestros Capitanes y misioneros en la navegación y conquista del Amazonas y de sus territorios y habitantes y no queremos omitir aquí un recuerdo de admiración y gratitud patrióticas a las proezas de aquellos héroes que legaron a la posteridad enseñanzas y ejemplos edificantes que en pleno siglo XIX, es decir, en época de lamentable decadencia para España, tuvieron sin embargo

imitadores entusiastas, émulos de sus grandezas capaces de hacer patente al mundo entero, que no sólo no se había extinguido, sino que vivía aún pujante el espíritu aventurero de sus antepasados.

Corría el mes de Diciembre de 1539 y con él la noticia muy divulgada por la provincia de Quito, de haber descubierto tres años antes, Gonzalo Díaz de Pineda, una región de aquellas tierras, cuyos ríos arrastraban arenas de oro y en cuyos bosques abundaba el árbol de la canela. Quiso comprobar la veracidad de semejantes versiones D. Francisco Pizarro, Gobernador a la sazón de la citada provincia, y comisionó a su hermano D. Gonzalo para que organizase una columna, compuesta de ochenta caballos, trescientos infantes y dos mil indios cargueros, que debía mandar él mismo, y marchase en busca del país de la canela. Tomó éste por segundo a Francisco de Orellana, y terminados los correspondientes preparativos, salieron de Quito a principios del siguiente año de 1540. Ingentes montañas, bosques cerrados, ríos caudalosos, clima mortífero y fieras temibles, todo se opuso a su avance sin lograr detenerlo. A los cuatro meses de marchar sin rumbo fijo dieron con altísima cascada del río Coca que les impidió el paso por tierra y por agua. Lejos de retroceder en su empeño, construyeron, valiéndose de mil ingeniosos artificios, un puente elevadísimo, del cual cayó en el abismo el primer español que pretendió medir su altura con la vista. Pasaron los demás sin mirar hacia abajo, y juzgando necesaria una embarcación para continuar por el Coca, se procedió a construirla. Sin herramientas a propósito, sin clavos ni otros elementos igualmente necesarios, dieron principio a su tarea, cortando unos las maderas y arqueándolas, haciendo carbón el mismo Pizarro y fabricando clavos sus compañeros con las herraduras de los caballos. Terminada la obra dióse a Francisco de Orellana la comisión de embarcar en la nave con cincuenta hombres, cien mil pesos y gran cantidad de esmeraldas para agenciar abundancia de víveres en un país de salvajes, no muy lejano. Partió la expedición a su destino quedando Pizarro con la esperanza de que muy pronto vería remediadas sus necesidades y calmada el hambre de su gente,

falta ya de todo auxilio. ¡Vana esperanza! Orellana olvidando los deberes sagrados de la disciplina militar, del compañerismo, del honor y hasta de humanidad, se rebeló contra su jefe declarándose independiente, dejando a éste en el mayor desamparo y arrojando negro borrón sobre la gloriosa página de su historia de descubridor del Amazonas.

Hartos ya de esperar Pizarro y los suyos, siguieron caminando por las orillas del Coca, hasta llegar al Napo tres meses después, encontrándose aquí con el leal Hernán Sánchez de Vargas que se había negado a sumarse al traidor Orellana.

Siguieron por las riberas del Napo, probablemente hasta su confluencia con el Amazonas, y casi aniquilada la expedición, desnudos los pocos que restaban, después de haberse comido los caballos y ¡hasta los cadáveres de sus mismos compañeros! emprendieron el regreso a Quito llegando a esta ciudad tan solo ¡treinta! completamente extenuados y enfermos. Orellana continuó navegando en su bergantín conducido por la corriente del Amazonas, en cuyas riberas halló multitud de tribus indias, de las cuales unas se le mostraron amigas y hospitalarias, mientras otras aparecieron hostiles y agresivas. Próximo ya a la desembocadura de aquél, hubo de sostener combates muy reñidos, con mujeres belicosas que pretendían impedirles el paso, dando con este motivo al río el nombre de *río de las Amazonas*.

Tuvo lugar este episodio en el sitio que ocupa hoy la Guayana Holandesa (1). Veinte años después, o sea en 1560,

---

(1) Han supuesto algunos escritores, que Orellana tomó por *amazonas*, a tribus de indios cuyo aspecto más o menos femenino le indujo a error; pero esa suposición carece de fundamento. En primer lugar, el famoso viajero había vivido mucho entre los indios y no era fácil que pudiese confundirse tan fácilmente.

Además, se dice en diferentes relaciones de aquellos países, que existían esas mujeres belicosas, añadiéndose que de ordinario se negaban a admitir a los hombres en su compañía, y que sólo una vez al año salían de su país a buscar a éstos para que las fecundasen, obsequiándoles después con piedras preciosas. Al siguiente año volvían con los niños que entregaban a sus padres, quedándose ellas con las niñas

salió de Lima otra expedición organizada por el Virrey del Perú, Marqués de Cañete, y era su objeto dar con el Paititi o Dorado, misterioso país, donde la tradición y la creencia popular suponían acumuladas y ocultas, fabulosas riquezas. Nombróse por capitán de ella a Pedro de Urzua, quien emprendió la marcha con rumbo al Marañón, a donde llegó después de penosísima travesía, por los bosques de Huanuco y Huagaya. En ese río se rebeló Lope de Aguirre, dando muerte a su jefe y a muchos partidarios de éste, y llegando su osadía hasta escribir al Rey D. Felipe II, participándole *su hazaña*, vanagloriándose de ser traidor, lanzando una nube de improperios sobre los virreyes y demás autoridades nombradas por aquél, y haciéndole saber, que si mandaba sus escuadras para combatirle, las destruiría como al monarca en persona si viniera con ellas. Aguirre bajó por el Amazonas hasta el río Negro y se cree que por éste el Casiquiari y el Orinoco llegó hasta Venezuela, donde fué apresado por las fuerzas del Rey, pagando con la cabeza sus crímenes y atropellos, entre los cuales merece contarse el

---

y regresando a su misterioso país, después de cohabitar de nuevo con los hombres.

En un manuscrito anónimo del siglo XVIII que nosotros hemos hallado entre los papeles del gran botánico, D. José Celestino Mutis, y que trata de los antiguos *pisaos* de Colombia, se habla también de las amazonas con estas palabras: «Antes de juntarse el río de la Magdalena con el de Páez el nombrado por los pisaos Quamani que quiere decir *río de las mujeres*, por el gran número que hubo de ellas en sus riberas cerca de juntarse los dos ríos. Estas peleaban como hombres, formando sus escuadrones; sus armas eran flechas y lanzas, no consentían maridos, sino por tiempos, a los cuales desterraban o mataban. Estas amazonas fueron idólatras y tenían un ídolo como el de Priapo, a quien daban su virginidad, y cada cual de ellas tenía un ídolo a quien llamaba marido, de que usaban con grandísima deshonestidad. Del fin que éstas tuvieron hay diferentes opiniones, porque unos dicen que se hundió la tierra con ellas y otros que los pisaos y las otras naciones comarcanas les dieron guerra y consumieron muchas, y que las reliquias atravesaron la cordillera del nuevo reino hacia los *dujos y caguanes* y por las cabeceras del río Pandín se engolfaron *en aquellos llanos del Orinoco.*

asesinato de su hija, a quien dió muerte él mismo, la víspera de ser ejecutado.

A estas campañas, que tenían por móvil la avaricia y el lucro, por instrumentos la espada y la lanza, y por frutos las decepciones y perfidias, la muerte y el exterminio, sucedieron felizmente, y en gran número, otras inspiradas por la religión, otras cuyos soldados eran los ministros del Señor, los apóstoles del Evangelio que marchaban a impulsos de su ardiente caridad, sin más armas que la cruz y el breviario, ni más fin que el bien espiritual y material de sus prójimos, ni deseo de más premio que aquel que esperaban en otra vida, del Supremo remunerador. Entre ellos ocupa el primer lugar el jesuíta valenciano P. Ferrer, quien a principios del siglo XVII navegó por el Marañón y sus afluentes consagrando su existencia a la conversión de los *cofanes*, los cuales correspondieron como villanos a su bienhechor, asesinándole cobardemente.

Hacia el año 1635 establecieron los P. P. Franciscanos una misión en las márgenes del río Aguarico, para evangelizar a los indios *encabellados*, pero dos años después sobrevino la rebelión de éstos, quienes dieron muerte a todos los religiosos, con excepción de dos hermanos legos, Francisco de Toledo y Andrés de Briega, los cuales escaparon a la matanza, tomando una canoa y emprendiendo la navegación por el Amazonas hasta llegar al gran Pará, después de correr 1.200 leguas. Su odisea y sus informes causaron impresión muy honda en el Gobierno español, que deseoso de aprovecharlos, envió una expedición armada, compuesta de cuatrocientos hombres al mando del Capitán Pedro Texeira.

Trece meses empleó éste en la travesía del Atlántico y en el viaje por el Amazonas. Al cabo de ellos consiguió llegar hasta los bosques del Napo, y dejando aquí la mayor parte de su gente avanzó, con solo algunos, hasta la ciudad de Quito, donde fué recibido hasta con repique de campanas. El Presidente de aquélla comunicó tan extraordinario suceso al Virrey del Perú D. Jerónimo Fernández de Cabrera, Conde de Chinchón, y éste dispuso que acompañasen a Texeira dos personas de reconocida competencia, encargadas de anotar y es-

cribir todo lo relativo a tan interesantes cuanto desconocidos países. Fueron elegidos los P. P. Jesuítas Andrés de Atiera y Cristóbal de Acuña; éste continuó hasta España e hizo una relación interesantísima de tan famoso viaje, de la topografía de aquellos ríos y terrenos, consignando en ella las enseñanzas que podrían aprovecharse en caso de una guerra entre España y Portugal. Esta circunstancia fué funesta para la obra del P. Acuña, pues habiendo estallado aquélla entre ambas naciones, el año 1642, nuestro Gobierno ordenó se destruyesen todos los ejemplares, a fin de que su enemiga no pudiese utilizar las noticias que contenían. Portugal hizo lo mismo con idéntico motivo, y gracias al ejemplar existente en el Vaticano y a otro que había en Londres, pudo salvar de la completa ruina la obra del P. Acuña.

En los años 1657 a 1661 navegó también por el Amazonas y algunos de sus afluentes, el famoso Pedro Bohorques, soldado español que se internó en los indios alzados, presentándose como directo descendiente de los incas que tenía la misión de restablecer el extinguido imperio de éstos. Gozó de las prerrogativas de un Monarca por espacio de diez años, pero al fin fué apresado de orden del Virrey del Perú don Pedro Fernández, Conde de Lemus, quien le mandó ajusticiar, poniendo así triste fin a su efímero reinado.

A los viajes de conquistadores y misioneros por el Amazonas y sus contornos, debemos añadir aquí los de otros personajes como La Condamine, Maldonado, Pæpig, Montufar, Haenke, etc., que también los visitaron para estudiar su flora y fauna, es decir, movidos por un ideal exclusivamente científico. El primero salió de Tarqui, cinco leguas al Sur de Cuenca, el 11 de Mayo de 1743; pasó por Zaruma, Loxa, Valladolid y Jaén, descendiendo por el río Chinchipe hasta Tomependa, donde encontró el Marañón, y siguiendo el curso de éste, llegó a Paramaribo, capital de la colonia holandesa de Surinam en el mes de Agosto de 1744, después de quince meses de viaje. En éste recogió La Condamine plantas de quina de los montes inmediatos a Loxa, las que llevó consigo hasta Cayena para mandarlas a París é hizo además multitud de observaciones sobre la flora, fauna y topografía de distin-

tos puntos del Amazonas, observaciones que, aunque de carácter muy general, fueron por entonces acogidos con gran interés.

Hay todavía un viaje por el famoso río, que merece consignarse aquí por las circunstancias especiales que le rodearon. El año 1769, la señora del astrónomo Mr. Godín, compañero del anterior y también de nuestros insignes marinos Jorge Juan y Ulloa en la medición del arco de meridiano, se vió en la precisión de acometer un viaje casi idéntico al de La Condamine, para unirse a su esposo que la esperaba en Cayena, retenido por causa de enfermedad. Partió de Riobamba, a 40 leguas de Quito, en compañía de dos hermanos suyos, uno de ellos religioso agustino, que se dirigía a Roma por disposición de sus superiores. Llevaban los viajeros consigo una escolta de treinta y un indios que muy pronto desaparecieron, dejándoles en completo abandono. Después de no pocas dificultades, contratan dos indios para que les conduzcan en una canoa hasta la misión de Andoas, distante doce jornadas, pero al segundo día huyen durante la noche y quedan aquéllos sin auxilio nuevamente. Un tercer indio que se ofrece a tomar el timón de la navecilla, cae al río y es arrastrado por la corriente; en situación tan crítica pretenden avanzar por tierra pero el bosque cerrado les opone una barrera infranqueable; vuelven sobre sus pasos y transidos de necesidad, exánimes y presos de mortal angustia, en cuatro días espiran uno tras otro los hermanos y dos criadas en presencia de Madame Godín, que atónita ante un espectáculo tan espantosamente trágico, cae en un estado de inconsciencia que toca los linderos de la locura. Dos días permanece a la vera de aquellos cadáveres, que por fin abandona para vagar descalza y cubierta de andrajos por los bosques próximos, hasta que la Providencia depara unos indios que la conducen a Andoas, compadecidos de tantas desventuras. La historia de todas las expediciones por el Amazonas, es un trágico relato saturado de innumerables y emocionantes episodios de privaciones y fatigas sin cuento, de constantes peligros, de enfermedades y muertes, capaces de infundir verdadero terror en los ánimos más serenos y esforzados. No lo ignoraban los

Naturalistas de la Comisión del Pacífico, más aún: sabían perfectamente que la desaparición de las misiones españolas de las riberas del Amazonas (1) había de privarles de los auxilios eficacísimos que otros viajeros encontraron en ellas. Iban, pues, a realizar la travesía en condiciones mucho más desventajosas que aquellas en que lo había hecho La Condamine, pero aún así no estaban dispuestos a retroceder.....

A mediados de Julio de 1865 estaban hechos los preparativos para la navegación por el Napo y Amazonas. Consistían, aparte de la chicha y arroz tostado de que hicimos mención arriba, en plátanos y yuca principalmente, y en una *escuadra curiosa compuesta de dos balsas, cuatro canoas grandes y dos pequeñas.* Las balsas estaban construídas, según dice Almagro, cada una con dieciocho maderos de palo de balsa *(Ochroma piscatoria)* de una tercia de diámetro y doce varas de largo, fuertemente amarrados y sujetos unos a otros por gruesos bejucos incorruptibles en el agua. Para impedir que ésta llegase a las cargas, se levantó sobre el primer piso, otro de cañas bravas formando tabladillo de una cuarta de elevación, y encima de éste una choza de regulares dimensiones en cada balsa, donde habían de tener su alojamiento Espada y Martínez en una, y Almagro e Isern en la otra. Las canoas estaban hechas de madera de cedro *(cedrela brasiliensis)* y cubiertas desde cerca de la popa hasta la parte media, por un tejido semicircular impenetrable a los aguaceros, hecho de hojas de palma y llamado por los indios *pamacari.*

Tres días antes de la partida murió un *záparo,* y avisados a tiempo, los Naturalistas extrajeron, ocultamente, su esqueleto, que depositaron en un cajón con numerosos agujeros, para establecer dentro de éste una corriente de agua que fuese arrastrando poco o poco los tejidos que aún estaban adheridos a los huesos. El cajón fué amarrado con fuerte cadena a una de las balsas que debía llevarlo a remolque; pero la superstición de los indios hizo ineficaz esta medida, pues

(1) Tuvo lugar en el siglo XVIII con la supresión de la Compañía de Jesús, y en el XIX al perder España aquellos dominios.



Indios Loretos.—Napo (1865).

erta noche en que Almagro y su compañero abandonaron ı choza flotante para visitar una ranchería de salvajes, desɔareció aquél y además una canoa de las pequeñas *de la ıal decían los indios que se había servido el záparo para ıgarse.....*

Por fin, reunidos los veintiséis remeros contratados y los res. Martínez, Isern, Espada y Almagro, zarpó la famosa scuadra del puertecito de San Antonio de la Coca en medio ε salvaje gritería de todos los indios, el 17 de Julio de 1865, las once de su mañana.

Muy pronto ganaron las embarcaciones el centro del río, archando veloces a impulso de poderosa corriente. En cada ılsa se habían instalado ocho indios provistos de *cahuinas* remos en forma de paletas. Mientras no aparecía obstáculo guno, los indios permanecían inactivos, mejor dicho, entrenían sus ocios en registrar los equipajes de los exploraɔres; si por el contrario se destacaba sobre la superficie quida algún tronco de árbol o alguna roca, bogaban aquellos ɔn gran fuerza para apartarse del peligro, animándose con ritos y exclamaciones. La frecuencia de troncos fijos en el ndo de las aguas, era por demás molesta; pero los indios, costumbrados a luchar con semejantes obstáculos, se mannían serenos e imperturbables y lograban sortearlos con ngular destreza.

Muy de mañana habían enviado por delante dos indios con *ırdos y bodoqueras* para la caza, a esos individuos les llaaban *mitalleros* y *mitalla,* a las aves y demás, cobrados en ıa faena.

Aunque la distancia de las márgenes del río les impedía ɔservar bien la vegetación, el botánico pudo distinguir con aridad la presencia de numerosas *guabas,* palmeras, ceos, nogales *balianas,* y de una *passiflora* de flores rojas ıe trepaba por algunos árboles hasta alcanzar sus cimas.

A las cuatro de la tarde hicieron alto en una islita llamada *ibino,* donde establecieron su campamento.

Para conseguir que las balsas se aproximasen a la orilla, é necesario que dos indios, tripulando una canoa, tomasen ı cable de 100 metros, amarrado a la balsa y lo atasen a uno

de los árboles de la ribera. Por semejante procedimiento detenían la embarcación, acercándola después lentamente al sitio designado, para saltar a tierra o pernoctar.

Los indios encendieron fuego inmediatamente para preparar las viandas y cocer o asar la caza.

Los *aguanos y loretos* se miraban con recelo y jamás comían juntos. Los primeros bogaban mejor e iban en la balsa de los Sres. Almagro e Isern, los *loretos,* poco avezados a la navegación, eran en cambio más diestros cazadores y viajaban con Espada y Martínez. Fué necesario mezclarlos, reuniendo en cada balsa *aguanos y loretos,* pero esta medida resultó sumamente desagradable para unos y otros, oponiéndose a ella en tal forma, que se hizo imprescindible acudir a la fuerza para imponerles obediencia.

El 18 continuó la navegación sin novedad especial, sorteando frecuentemente multitud de fértiles y encantadoras islitas que *impedían ver con su frondosa y exhuberante flora las orillas.* Isern recorrió las orillas del río encontrando *heliconias* en flor; un grupo de *cecropias* (concul) de hojas palmeadas, corteza blanca y ramos algo extendidos, que formaba manchones o áreas; *mimosas, guabas,* un árbol grande de corteza de canelo y ramificaciones en corimbo (guayacano); euforbias y piperáceas arborescentes y de facies muy distintas, y entre las primeras una especie ya observada por el mismo Isern en Chanchamayo y sus contornos; enredaderas caprichosas que formaban *grutas, pirámides, altares, laberintos, torres, pabellones,* etc., etc., al trepar por los árboles y extenderse por sus ramas; tres especies de palmeras, una de aspecto común, otra de hojas en forma de abanico y una tercera espinosa y de astil muy largo que llamó extraordinariamente la atención del botánico. Este día hicieron parada en Cayapuna para pasar la noche.

El 19 salieron en sus balsas, a las seis de la mañana, caminando hasta la una de la tarde. A esta hora marchó Almagro a un rancho, llamado Pan y a la zaparía de Paña-cocha de donde trajo exquisitos limones.

Las jornadas desde el 19 al 23 fueron tranquilas y sin accidente alguno digno de mención. A las plantas ya vistas por

Isern en los días anteriores añade en su «Diario» tres *bacharis arborescentes, una malvácea de la misma forma, la Ochromia piscatorum, urticáceas,* esbeltos *guayacates,* un *Erysimum,* varias *gramináceas* y otras de aspecto de *asclepiadáceas.* El 22 visitaron la zapería de Yasuni, donde recogió Almagro varios utensilios y una llanchama.

El 23 dejaron las balsas éste, Martínez y Espada, para subir en canoa algunas millas por el bellísimo río Aguarico, que viene a engrosar el Napo desde las cordilleras de Nueva Granada. Las márgenes del Aguarico estaban habitadas por los *encabellados* de fisonomía poco agradable, aire feroz y brutal, ojos negros, nariz corva y un poco ancha, pelo grueso y largo, sin barba y de color cobrizo obscuro. Eran poco numerosos y se hallaban en vía de extinción. Las mujeres se cubrían solamente con un cinturón de a cuarta, tejido con fibras de palma y ceñido a la parte inferior del vientre, y los hombres con una camisa larga, sin mangas, hecha de corteza de árbol. Hablaban un lenguaje especial, distinto del *quichua* y del *záparo.*

A la vista de nuestros viajeros huyeron velozmente, internándose en el bosque, pero regresó pronto uno de los ancianos a quien se logró convencer de que los blancos no venían a molestarles, sino al contrario, a ofrecerles obsequios. Se les dieron espejitos, abalorios, medallas, etc., etc. y se consiguió atraer a toda la tribu.

Visitó asimismo Almagro la familia de los *avigiros,* de aspecto semejante al de los *encabellados,* aunque tenían el color más moreno, la nariz más ancha, los pómulos muy salientes y los arcos superciliares bastante pronunciados; la de *payaguas* u *orejones* (en la actualidad extinguida) así llamados, porque después de perforarse las orejas introducían diariamente en el orificio un palito cada vez mayor, hasta dar a la oreja una extensión equivalente a un tercio del diámetro que tenía la rodela suspendida del lóbulo inferior de aquélla.

Tenían los orejones, la cara muy ancha, casi cuadrada, los pómulos salientes y los labios gruesos; y por último, vió también el antropólogo a los *oritus, yaguas, cotos, mayorunas*

y *ticunas,* cuyas noticias dejó consignadas en su «Diario de viajes» que, por desgracia, no hemos podido hallar.

El 24 aumentó extraordinariamente el caudal del Napo, arrastrando una de las balsas que comenzó a marchar con rapidez impulsada por la corriente. Gracias a la prisa que se dieron los indios en ir a su alcance, les fué posible hacerse con ella, evitando así un grave contratiempo.

Al siguiente día regresaron de Aguarico los expedicionarios, encontrándose las islitas y bosques inmediatos cubiertos por las aguas. No fué posible proveerse de caza, ni de pesca y esto hacía muy difícil resolver el problema alimenticio. Por suerte observaron los viajeros que los árboles de las orillas contenían gran número de monos y lograron derribar algunos. Para esto empleaban el siguiente procedimiento: preparaban un dardo aguzado, de madera, y al mismo tiempo un extracto blando del jugo de las plantas conocidas en botánica con los nombres de *Cocullus toxicoforus* Weed y *Strycnos castelnœana,* del mismo autor; a ese jugo lo llamaban *curare* en Orinoco y Brasil, y allí *ticuna* por adquirirlo de la tribu del mismo nombre que lo fabricaba en las riberas del Putumayo. Se untaba con él la punta del dardo hasta una pulgada, disparábase éste con la cervatana y en caso de acertar caía la pieza inmediatamente y su carne podía consumirse sin el menor peligro.

El 26 pasaron por delante de la islita llamada Santa María-Yacu, muy cerca de la cual vieron el árbol de hojas coloradas, llamado por los indios *tangarau* y que pareció a Isern *sapindácea,* también se recogió la semilla del *guancamayo,* y la del *salatismuyo.* Se pasó la noche en *Huxpacamamba.*

El 27, por la mañana, llegaron a Tarapoto, donde había una casa habitada por indios *borjanos,* quienes refirieron a los huéspedes la triste historia de sus desventuras. Procedían de un pueblo llamado Borja, establecido en las márgenes del río Santiago, afluente del Amazonas. Allí vivían tranquilos y felices cumpliendo sus deberes de cristianos, que lo eran mucho, y dando muestras de gran laboriosidad; mas un día funesto del año 1847 cayeron de repente sobre ellos los salvajes *huambises* y *jíbaros,* asesinaron a la mayoría de los

hombres y después de arrasar el pueblo, se llevaron gran número de las mujeres y niñas. Desde entonces andaban los borjanos errantes por los bosques del Napo y Amazonas, donde tenían por viviendas preciosas y artísticas casas fabricadas por ellos. Gozaban fama de habilidosos y sobre todo de excelentes pescadores del *Manatus amazonicus* o vaca marina.

Los viajeros permanecieron bien tratados en Tarapoto hasta el día 31 de Julio, en que la expedición siguió su ruta hasta la desembocadura del caudaloso Curaray.

La estancia en Tarapoto y Cuchimuyuna (sitio donde se hallaba enclavado el tambo) fué particularmente provechosa para el botánico que recogió gran cantidad de frutos, entre éstos el de la *Siphonia elastica,* llamada *sehiringa* en el Brasil y *burrascha* en el río Madera y otros puntos del Amazonas. Procede asimismo de Tarapoto el *Ameiva surinamensis* (Lacour) de los lacertídeos y el *Helicops polylepis* (Gilot) de los ofidios, cazados uno y otro por Jiménez de la Espada.

El 31 de Julio abandonaron Tarapoto, comenzando a ser perseguidos y acosados por nubes de diminutos *zancudos* que picaban hasta brotar sangre, dejándoles tranquilos sólo durante la noche. El 31 llegaron al Mazan después de pasar por la desembocadura de varios ríos caudalosos. Poco antes de dar con el Mazan cesó la molestia de los mosquitos; mas una vez pasado éste, asaltaron de nuevo a los Naturalistas cantidades de aquéllos, verdaderamente fabulosas que constituían un tormento. «No podíamos tener un momento las manos tranquilas, ni hablar, ni comer, ni nada», dice Almagro. Y era lo peor que no cesaban ni aun de noche, al contrario de los anteriores. Quedaba la defensa del mosquitero, pero el calor asfixiante que allí experimentaban hacía insoportable la permanencia debajo de aquél por largo rato,

En Mazan se les presentaron varios indios completamente desnudos, *con unas rodelas de dos pulgadas de diámetro introducidas en el lóbulo de la oreja que horadado y estirado, recibía tan descomunal adorno.* Estos indios eran los *cotos* que vivían como fieras en los bosques próximos, sin

construir habitación y tenían fama de antropófagos. Se mostraron muy afables con los expedicionarios, dándoles, gustosos, algunas flechas envenenadas y las rodelas que constituían su único vestido y adorno, a cambio de cuchillos y abalorios.

Desde el Mazan podía llegarse por tierra al Amazonas en el espacio de tres o cuatro horas, atravesando un tupido bosque. Almagro se propuso hacer este viaje y al efecto se separó de la escuadra emprendiendo la caminata acompañado de dos indios. Aunque breve, no dejó de ocurrirle en ella un episodio emocionante, que había experimentado ya Martínez en otra ocasión. Cuando aquél avanzaba entre la colosal arboleda luchando con el ramaje, las lianas y la vegetación herbácea, sintió en el rostro la impresión de un objeto frío que le obligó a echarse atrás instintivamente; cuando hubo alzado la vista para cerciorarse de lo que era, se percató horrorizado de que se hallaba ante una enorme boa suspendida de un árbol, y apelando a la huída abandonó tan fatídico paraje, con toda la rapidez posible.

Los expedicionarios restantes continuaron su navegación hasta el sitio llamado *Destacamento,* muy próximo a la confluencia del Napo y Marañon. Había terminado, por lo tanto, la navegación por el Napo, del cual se calcularon recorridas en el espacio de un mes y cinco días, unas doscientas leguas.

Las impresiones recogidas por la «Comisión Científica del Pacífico» acerca de las condiciones en que se desarrollaba la vida de los indígenas habitadores de las riberas del Napo, no podían ser más desconsoladoras. De los antiguos pueblos establecidos durante la dominación española sólo quedaba el sitio convertido ya en bosque; sus habitantes habíanse extinguido, en gran parte, víctimas de pestes y de luchas intestinas, vagando el resto por las selvas en estado completamente salvaje; y sin embargo, allí habían derramado a raudales, sudores y sangre los misioneros españoles jesuítas, franciscanos, dominicos, agustinos, etc., etc. No pudieron recoger el fruto de tantos sacrificios, porque la expulsión de los primeros en 1740, la disminución paulatina de los restantes, y por último, la pérdida de aquellas colonias por parte

de España, agostaron en flor la cosecha ubérrima que allí se presentaba.

De haber perseverado un siglo más la campaña benéfica de los ministros del Señor, aquellas regiones paradisiacas, serían, a no dudarlo, un emporio de civilización y de riqueza, a la hora presente.

CAPÍTULO XII

Llega la Comisión a «Destacamento».—Escala en Pebas.—Recogen trajes y otros objetos.—Arribo a Loreto y obsequios del Gobernador.—Llegada a Tabatinga.—Despedida de los indios.—Retraso en la marcha.—Situación angustiosa de los viajeros.—El Sr. Rodríguez de Souza.—Laudable comportamiento de los marinos peruanos.—Salen para Manaos.—La expedición de Agassiz.—Agobios y privaciones de la Comisión.—Embarcan para el Gran-Pará.—Protégeles aquí el Vicecónsul Sr. Piñeiro.—Salen para Pernambuco.—Amarga decepción que aquí experimentan.—El Vicecónsul Maury.—Acuden al Ministro español en Río Janeiro.—Documento histórico.—Socórreles el Sr. Blanco del Valle. Embarcan por fin para España y llegan a ésta al finalizar el año.

El 9 de Agosto de 1865 lo pasaron en las balsas fondeadas, la una frente a Destacamento en la orilla opuesta del río en la isla Thomas, y la otra en la de Churu-Cocha. Dice Isern que abundaban mucho, tanto las zancudas como los lagartos. La temperatura era de 26º. El perro «Quito» que guardaba la balsa de aquél no cesaba de ladrar cual si presintiese algún peligro.

Los días 10, 11 y 12 fueron dedicados a recorrer los parajes inmediatos, luchando siempre con las perturbaciones atmosféricas que producían horribles tronadas con exhalaciones y aguaceros copiosos.

El 13 salieron en demanda de Pebas, fondeando en una playa a las seis y media de la tarde.

Los indios saltaron a tierra inmediatamente para buscar huevos de tortuga o *zarapilla,* encontrando *en un cuarto de hora más de mil.* Isern aumentó su herbario con una curiosa *litrariácea,* que ostentaba flores, frutos y semillas, y los demás Naturalistas adquirieron también insectos, crustáceos y moluscos. Se continuó el viaje sin dar en todo el día 14 con

el pueblo citado, y fondeando en la creencia de haberlo dejado atrás. El 15, muy temprano, salieron en busca de aquél, viendo confirmadas sus sospechas. Por fin, después de retroceder media legua, arribaron al puertecito de Pebas, desembarcando en el acto. El pueblo constaba de algunas casas situadas en un alto sobre terreno arenoso. Era muy nombrado por la venta del veneno preparado en el monte por los indios *orejones*.

La Comisión se dirigió a la residencia del Gobernador, ausente de allí entonces, encontrando sólo a la señora. Esta les ofreció galantemente su casa que fué aceptada en el acto, porque la necesidad obligaba a ello.

Recorrieron las cercanías, logrando de los indios, no sin dificultad, dos ollas, un traje, hamacas, cera, copal, veneno, vainilla y algunos objetos más. La recolección de plantas fué abundante.

El 16 continuó su viaje la balsa de Isern en demanda del poblado de Cochiquinas, pero no dieron con éste, aunque sí con el de Peruaté, situado en terreno arenoso y sobre una pequeña eminencia. Lo formaban unas doce casas habitadas por mulatos, negros e indios del Brasil. Dedicaron un día al descanso y siguieron su visita el 18 después de preparar algunos de los muchos peces que allí recogieron; los restantes fueron arrojados al agua después de haber sufrido una descomposición muy rápida. La temperatura era de 28°.

El 19 continuaron la marcha en lucha muy molesta con un fuerte oleaje que asaltaba constantemente la balsa inundándolo todo. Fondearon en una playa no lejos de Loreto, y al siguiente día se llegó a éste marchando muy pronto a tierra. Aquella misma tarde se presentó la otra balsa en que venían Espada y Martínez, después de haber hecho escala en los mismos puntos que la anterior y además en Cochiquinas.

Reunidos los Naturalistas, pasaron a visitar al Sr. Wilkens, Cónsul brasileño, al jefe de Estadística Sr. Fernández y a D. José María Bernales, Gobernador del Distrito y persona afable y caballerosa, por quien fueron obsequiados espléndidamente.

A los dos días continuaron su viaje y el 24 llegaron a Ta-

batinga, primer pueblo de la frontera brasileña. Aquí terminaba el compromiso de los indios, quienes se dispusieron para emprender el regreso a su país. La despedida fué muy afectuosa porque Martínez y sus compañeros además de retribuirles bien habíanles guardado consideraciones numerosas que granjearon la gratitud y el aprecio de aquéllos. A su vez la Comisión vió con pena la marcha de tan fieles servidores y eficaces auxiliares, que durante veintisiete días, perseveraron constantes en su puesto, sorteando con singular habilidad, los mil escollos de aquella navegación peligrosa, acompañándoles en sus excursiones y proveyéndoles de caza para la comida y para sus colecciones.

El 25 de Agosto salieron por la mañana los *aguanos* y por la tarde los *loretos y concepciones*, quedando por consiguiente en Tabatinga, sólo Martínez y sus tres compañeros. Fué su primer cuidado el informarse de los medios de proseguir su viaje lo antes posible, y con este objeto acudieron a las autoridades de aquella localidad; mas éstas les hicieron saber que no podrían hacerlo en una temporada y de consiguiente que debían resignarse a esperar pacientemente allí la llegada de los vapores. Eran dos los que arribaban mensualmente a Tabatinga: el «Pastaza» que venía desde Yurimaguas en el río Huallaga, y el «Icamiaba» cuyo punto de partida era Manaos. Ambos llegaban a Tabatinga el 17 de cada mes para salir el 18, y como los Naturalistas no habían fondeado allí hasta el 24, era indispensable prolongar la estancia en dicho punto hasta el correspondiente día del mes de Septiembre. En otras circunstancias, la permanencia en el citado pueblo hubiese sido para ellos ocasión de saludable descanso y aun de aumentar las colecciones, mas ahora constituía un grave contratiempo. Tabatinga era una población falta en absoluto de víveres y otros recursos; las autoridades, los diez o doce comerciantes que allí se dedicaban a la industria del caucho y los veinticinco soldados que constituían la guarnición portuguesa, recibían mensualmente sus provisiones de Manaos y de Yurimaguas y venían muy medidas; abundaba sí la caza, pero ausentes ya los indios *loretos* y sus compañeros, necesitaban Martínez y los demás de la Comisión de algún guía

de la localidad y éste nunca pudieron conseguirlo. No les quedó, pues, otro recurso que el de agotar los últimos remanentes pecuniarios que les restaban, comprando *a buen precio* en la tienda del Teniente Coronel Delgado, *malísimos chorizos*, *galleta añeja y café insípido*. Pasaron aquí más hambre que durante todo el viaje, dice Almagro, aunque no faltó un D. Agostino Rodríguez de Souza, a quienes debieron, entre otros importantísimos servicios, el de sentarles repetidas veces a su mesa donde *mataban el hambre*. Por marco de cuadro tan negro, reinaban por aquel entonces en Tabatinga, torrenciales lluvias con intervalos de un calor sofocante, y multitud innumerable de mosquitos, tábanos y otros insectos dañinos que perturbaban el reposo lo mismo de día que de noche. «Seguramente, dice Almagro, los veintiocho días que pasamos en Tabatinga acompañados de tantas calamidades, han sido los más desagradables de nuestro viaje, habiendo vivido allí algunos días en completo ayuno, ¡a pesar de los dos vapores, de un Teniente Coronel, de un administrador de rentas y de su guarnición de veinticinco hombres!»

«Nuestra suerte fué tan negra que el 18 de Septiembre no llegó el vapor brasileño que nos debía conducir a Manaos. El vapor peruano «Pastaza», llegó de Iquitos el 18, y por su Comandante y Oficiales de bordo supimos se habían arreglado desde fines de Enero nuestros políticos con el Perú. Gracias a ello aceptamos con placer y *necesidad* las atentas invitaciones que a comer nos hicieron los tripulantes del vapor peruano, que, sea dicho de paso, se portaron tan bien con nosotros que condujeron gratuitamente hasta el Gran-Pará algunas cargas voluminosas que el vapor brasileño no quiso conducir, entre ellas la pequeña canoa que figuró en la Exposición pública (1). Por fin, el día 19 por la tarde, llegó el vapor brasileño «Icamiaba» que debía regresar al día siguiente; por esta razón trasbordó inmediatamente su cargamento al «Pastaza», y a las diez de la noche nos avisaron que podíamos llevar nuestras cargas al buque.

(1) Tuvo lugar en los primeros meses de 1866 y en un pabellón del Jardín Botánico de Madrid.

El vapor «Icamiaba» había fondeado en medio del río y teníamos que transportar hasta allí ochenta bultos grandes, que contenían nuestras colecciones y efectos particulares.

En este día nadie nos convidó a comer, no habíamos podido comprar víveres algunos, por lo cual estábamos en ayunas a las diez de la noche, continuando en el mismo estado hasta el día siguiente. Gracias a un comerciante portugués que había venido a embarcar pescado salado (1) pudimos disponer de una embarcación pequeña para conducir paulatinamente nuestras cargas al vapor. La desgracia que se había propuesto perseguirnos, hizo que aquella noche descargase una terrible tempestad de truenos, rayos y lluvia, que mojó parte de nuestras colecciones, todas nuestras personas e hizo además que pasáramos la noche ocupados en esta operación.

En Tabatinga comenzó nuestro bondadoso, excelente y malogrado amigo Isern a sufrir los síntomas de la terrible enfermedad que en breve le arrancó de los brazos de su querida esposa, de sus inocentes hijos y de sus buenos y numerosos amigos.»

El 20 de Septiembre, por la mañana, embarcó la Comisión en el «Icamiaba» *tomando billete de proa,* y pocos minutos después surcaban las aguas del Amazonas abandonando aquel fatídico paraje que tan amargos recuerdos había dejado en sus almas. Pronto se dieron cuenta Agostino Rodríguez de Souza y el ingeniero brasileño Dr. De Silva Coutinho, del papel desairado que nuestros viajeros iban allí representando, y llamándoles aparte les facilitaron los recursos necesarios

---

(1) En la última parte del río Napo, en los ríos Ucayalí, Huallaga, Marañon y Amazonas, se pesca un colosal pez, de más de tres varas de largo y una y media de circunferencia, llamado *paixi* en el Perú y *piracurú* en el Brasil *(Vostras gigas* Cuv). Esta pesca la hacen los indios usando flechas y arpones. Para beneficiar el pescado, se cortan trozos de una vara de largo que salados y secos al sol se envían al Gran-Pará, constituyendo el principal artículo de comercio de esos ríos. Las pesquerías se hacen desde Julio a Noviembre que es cuando estos ríos no sufren avenidas, pues cuando éstas sobrevienen, nada se pesca absolutamente.—Nota de Almagro.

para trasladarse a la cámara de primera. Aquí apareció un nuevo factor que hizo resaltar aún más, el estado de indigencia y de miseria en que se hallaban Martínez y sus compañeros. Al correrse estos a popa halláronse impensadamente en presencia de una expedición de Naturalistas norteamericanos que dirigida por el célebre suizo Agassiz y costeada por un opulento banquero de Boston, ostentaba en indumentaria y equipaje un lujo en realidad principesco. La comisión española no pudo ocultar un sentimiento de vergüenza ante aquel contraste tan depresivo para ella, ante aquella humillación tan injustificada. «Nosotros, dice Almagro, estábamos derrotados completamente, sin ropa, sin zapatos, con larguísimas barbas y *otras circunstancias,* hijas de un viaje tan dilatado, cuya última parte ha sido hecha a pie y por ríos, donde la temperatura y la humedad habían podrido los pocos efectos que traíamos. La intensa ictericia que tenía el pobre Isern, y todo nuestro conjunto parecía más de mendigos que de comisionados de un gobierno europeo.....»

El mismo día en que partieron de Tabatinga hizo escala el vapor en San Pablo de Omaguas, y a la tercera jornada varó aquél en el ensanche situado a continuación del estrecho de *Huarinhi,* permaneciendo estacionados durante cuarenta horas. Poco después arribaron a *Teffé,* poblado brasileño, muy pintoresco, donde quedó la Comisión norteamericana, y el 26 de Septiembre, a las once de la mañana, daban fondo en Manaos. Era ésta la capital del departamento de Amazonas y contaba por entonces con una población de 8 a 10.000 almas, compuesta de blancos, principalmente portugueses, y de un número considerable de mestizos de éstos y de indios *guaranies.* Manaos asienta en la margen S. del río Negro, que naciendo en las sierras de Venezuela, sigue un curso de 200 leguas hasta reunirse con el Amazonas.

Los Naturalistas observaron el contraste que formaban las aguas límpidas de éste con las de aquél, que por su color oscuro intenso justificaban bien el nombre con que se le conoce. Sin embargo, cuando estas aguas se depositaban en vaso de cristal aparecían de un color de ámbar, debiendo advertirse además que su gusto era muy agradable. El color

oscuro es muy probable que sea debido a la presencia en ellas de bióxido de manganeso en estado coloidal.

El 23 de Septiembre llegaron a Manaos, pero con suerte tan negra, que la víspera había salido el vapor para el Gran-Pará y era necesario esperar quince días su regreso. Esta prueba fué aún más dura que las anteriores: Isern continuaba empeorando y no había medio de atender al cuidado del mismo con lo más indispensable. Habíase agotado hasta el último céntimo de sus recursos pecuniarios, y por otra parte no podían ya presentarse ante el público de una ciudad como Manaos con los jirones de aquella indumentaria primitiva adoptada en los desiertos y bosques del Ecuador.

En este trance acudieron a una medida extrema y fué la de pignorar *sus averiados relojes* y el oro procedente del Napo, a un judío portugués; pero fué tan exigua la cantidad obtenida, que sólo alcanzó para comprar los alimentos indispensables, sin que pudiesen proveerse de ropa. Con este motivo se trató de guardar el más riguroso incógnito, evitando todo lo posible el exhibirse en los sitios públicos de la ciudad, pero esta medida no fué suficiente para evitar que muchas personas se percatasen de la presencia y calidad de nuestros comisionados, quienes hubieron de sufrir no poco en su decoro ante esa humillación.

Por fin llegó el vapor «Belen» el día 7 de Octubre, embarcando en él Martínez y sus compañeros con billete de *ínfima clase* y sin hallar aquí un Rodríguez de Souza ni un Silva Coutinho que les redimiesen de aquel trance tan angustioso, hicieron escala en Serpa, Villabella, Obidos, Santarem y otros puertos, llegando a Gran-Pará el 12, a las cuatro de la tarde.

Esta población, situada en la margen S. del Amazonas, y a 25 leguas del Atlántico, constaba por entonces de 15.000 almas (portugueses, blancos del país y *guaranies),* y su distancia de Manaos era de 370 leguas. Aquí tuvieron la fortuna de hallar una persona tan digna y caballerosa como don Antonio S. Piñeiro, Vice-cónsul de España, quien fué para ellos verdadera Providencia. Comenzó por encargarse de remitir a Barcelona los numerosos bultos que contenían las

colecciones hechas en el *gran viaje;* les facilitó las cantidades que necesitaban para recobrar los efectos empeñados y para equiparse con decencia, y por último pudieron también satisfacer, gracias al mismo, el importe del pasaje hasta el puerto inmediato.

El 17 de Octubre llegó al Gran-Pará el vapor norteamericano «Habana» y en él tomaron pasaje nuestros viajeros, saliendo al siguiente día, para arribar a Pernambuco, el 24 por la mañana.

Con muchos meses de anticipación habían suplicado al Ministro español de Fomento que situase fondos en Pernambuco, a fin de pagar deudas, proveerse de lo necesario y satisfacer el importe del viaje a la Península. En la creencia de ser atendidos, llegaron a esta ciudad ilusionados con la esperanza de salir definitivamente de apuros y estrecheces. ¡Vana ilusión! allí no había para ellos ni dinero, ni instrucciones, ni siquiera una mala carta del Excmo. Sr. Marqués de la Vega de Armijo. *Este prócer ilustre terminaba su obra con el acierto con que la había comenzado.....*

La decepción, el desengaño y la amargura que se apoderaron del ánimo de los Naturalistas ante abandono tan absurdo e inesperado, puede calcularlos el lector.....

Por un sentimiento de exquisita delicadeza, y por juzgarlo además innecesario, sólo habían aceptado del Vice-cónsul de Pará, Sr. Piñeiro, las cantidades indispensables para vestirse modestamente y pagar el vapor hasta Pernambuco, y al encontrarse aquí con la sorpresa citada su situación fué aún más crítica que las anteriores. Acudieron también aquí al Vice-cónsul español Sr. Maury, pero éste, lejos de imitar la conducta del anterior, optó por desentenderse en absoluto de nuestros malaventurados Naturalistas, negándose a prestarles el menor auxilio. Perplejos, desconcertados y no sabiendo qué partido tomar, llegó a sus oídos la noticia de hallarse allí el nuevo Ministro de España en Río Janeiro, Excelentísimo Sr. D. Juan Blanco del Valle, y en el acto acordaron dirigirse a él oficialmente por medio de esta exposición que, como documento histórico, vamos a copiar aquí:

«Comisión de profesores de Ciencias Naturales destinada

al Pacífico.—Excmo. Sr. Ministro residente de S. M. Católica.—Excmo. Sr.: Estando en Valparaíso en Agosto del año pasado recibí cartas que me anunciaban tener bonificaciones oficiales en Guayaquil y consignados 200.000 reales vellón. En Guayaquil supe que éstos debían de cubrir las atenciones desde el mes de Abril del 64 hasta Junio, así como los gastos que ocasionase el envío de las subvenciones y el pasaje de los individuos que regresasen, desde luego, a la Península. Era necesario adquirir material de viaje y pagar los pasajes y gastos de la Comisión desde Valparaíso hasta Belen de Pará, pues se destinaba a una exploración al través de la América Meridional.

Tuve cartas del Sr. Presidente D. Patricio María Paz, en las que me decía era escasa la cantidad asignada, según su parecer, y que podíamos pedir más en llegando a las costas del Brasil.

Según lo dispuesto por Real orden de 10 de Junio del 64, recibida en Agosto, emprendimos la larga expedición desde Guayaquil en Noviembre del mismo, con objeto de atravesar la América Meridional en su mayor anchura, haciendo observaciones y tomando datos de Historia Natural sin olvidar los que pudieran contribuir al conocimiento, en todo, de las regiones que habíamos de visitar.

Recorrimos, casi siempre a caballo, la distancia de 100 leguas que hay entre Guayaquil y Quito. Esta capital nos sirvió de centro para hacer excursiones en los valles y montañas próximas a ella, que tanto por ser muy elevadas como por otras causas, tienen renombre entre los sabios.

Bien justificada encontramos la celebridad de los Andes de Quito y con entusiasmo ascendimos a montañas tan curiosas (Chimborazo, Antisana, Cayambi, etc.) y volcanes tan terribles (Cotopaxí, Pichincha, Sangay, etc.). Dirigí al excelentísimo Sr. Ministro de Fomento, desde Quito, la comunicación, y en ella pedía que consignasen en Belen de Pará 100.000 reales vellón para gastos, cantidad que hubiera sido suficiente, a encontrarla en dicho punto. Escribí además al Sr. Presidente, por si en aquellas circunstancias políticas del continente sufría extravío la comunicación oficial.

Sin embargo del auxilio del ilustrado Gobierno del Ecuador y de nuestra actividad, no pudo estar organizada la salida de Quito hasta Febrero del siguiente año. Tales son las dificultades que se opusieron, como resultado de tener que recorrer a pie por espacio de 90 leguas, bosques de espesa vegetación situados en los valles orientales de la cordillera.

Fácil es hacerse cargo de todos los trabajos que supone semejante camino, imposible de recorrer sin la destreza casi instintiva de los indios semisalvajes. Se añade a esto el paso de ríos rápidos invadeables a la menor corriente; la falta de víveres, el paso de puentes formados de troncos, cuya altura e inseguridad aterran, lo molesto del fango, etc., dirá a V. E. todo lo que hemos tenido que sufrir y el estado de nuestros desnudos pies y piernas cuando hacíamos excursiones. Así visitamos también gran parte de las rancherías de indios, siendo algunas veces abandonados por éstos o inocentes víctimas de varios desterrados políticos o de animales, únicos que alteran la paz de estas regiones tristemente célebres para los habitantes del Ecuador.

Navegando en canoas construídas por los naturales, corrimos también peligros experimentando los accidentes de la caída de un árbol sobre una, y de haberse ido otra a fondo en una corriente rápida, con la providencial casualidad de estar ocupada por el único individuo de la Comisión que sabía nadar. Grandes pérdidas de dinero, material y equipaje, fueron inevitables.

De este modo salvamos 50 leguas entre el puerto del Napo y el de Coca.

Nuestra navegación en balsa por espacio de 350 leguas, no ha estado exenta de emociones, a causa de la rápida corriente del río Napo, escasez de recursos para comer, que sólo se encuentran a veces y en cambio nubes de mosquitos y tábanos que no dejan al viajero ni estar sentado, teniendo que dormir dentro de toldos en clima abrasador y esperar hora conveniente para tomar un escaso alimento. Algunos salvajes, casi desnudos, vimos en estas amenas orillas del majestuoso Napo.

Llegados a Tabatinga sin recursos suficientes y casi con

vergüenza, visitamos a las autoridades, que se sorprendieron de nuestro estado. No encontramos carta alguna, cuando esperábamos tener hasta recomendaciones oficiales, pues con tal objeto nos habíamos dirigido desde Guayaquil a esa Legación.

Desechada por el Capitán del vapor «Francia», D. Nuño Alvarez Pereira, la proposición de pagar nuestro pasaje de primera clase en Belen de Pará, tuvimos que colocarnos en proa, de la que nos sacó el Dr. D. J. M. de Silva Coutinho, que con exquisita cortesía nos ofreció, por conducto de un amigo, dinero a cambio de letras sobre el Cónsul de S. M. en Belen. Nos hubiera sido muy sensible el que nuestro compañero D. Juan Isern, que estaba ya muy gravemente enfermo, hubiera tenido que sufrir las molestias consiguientes.

Además resaltaba nuestra posición si se tiene en cuenta que en el mismo vapor se encontraba el Dr. Agassiz, Naturalista norteamericano a quien, con mano liberal, protege en sus investigaciones el Gobierno del Brasil.

Sin el auxilio de un comerciante que con interés y garantía de nuestras colecciones y alhajas nos prestó algún dinero, no hubiéramos podido satisfacer las necesidades más apremiantes en la capital de la provincia de Amazonas.

Desechada por el agente de la Compañía de Navegación de Amazonas en Manaos, la proposición de pagar nuestro pasaje en Belen tuvimos que acomodarnos en segunda clase. Bueno es que indique a V. E., pues no deja de ser curioso, que en estos paquetes tales pasajeros comen después de los llamados oficiales, contramaestres, carpinteros, calafateros maquinistas, etc., y los restos de su mesa los dan a comer en los mismos platos tal como los dejaron aquellos.

La cámara, aunque original, no es muy aseada; está obligado el pasajero a permanecer entre tortugas, plátanos, melones y otra porción de cosas, que a manera de mercado se exponen por los empleados de a bordo en aquel mismo local.

Según reglamento pueden pagarse los fletes de la carga desde Manaos a Belen, en este último punto y por esto pudieron venir con nosotros cien bultos de las colecciones.

No admitieron a bordo, quedando en Manaos, un bulto que

consiste en una canoa llena de colosales reptiles del Amazonas.

En vista de nuestra apurada y triste situación, el Vice-cónsul de S. M. en Belen D. Antonio Suárez Piñeiro, suministró algunos recursos para vestirnos y para comer. Una sola carta pudimos encontrar en Pará.

Por indicaciones que se nos hacían en ella nos trasladamos a este puerto donde esperábamos encontrar comunicaciones oficiales y cartas; lo hicimos merced a los auxilios que de nuevo nos prestó el citado Vice-cónsul que adelantó en todo la cantidad de 2.542,900 reis, que *como convinimos,* no hemos podido entregar a su corresponsal, pues hasta la fecha no hemos encontrado una sola carta, ni comunicaciones, en esta capital.

Hemos contratado hace algunos meses unos mozos para disecar y tenemos que satisfacer por este concepto, entre sueldos y traslado a su patria, la cantidad de 25.500 reales vellón; nuestro viaje hasta Madrid se puede presupuestar en 20.000 reales vellón; los gastos que hemos de hacer en ésta, entre los que incluímos los precisos para hacer algunas colecciones, serán aproximadamente 18.500 reales vellón; juzgamos, pues, precisa la cantidad de 90.000 reales vellón en el caso de que esta Comisión pueda marchar a Europa en el vapor que sale de este puerto el 14 de Noviembre próximo venidero. En el caso de no hacerlo así el aumento de gastos se puede calcular en 30.000 *reis* diarios. En este estado acude esta Comisión a V. E. por si le fuera posible sacarla de la triste situación en que involuntariamente se halla y facilitarla los medios de pagar sus deudas y pasaje hasta Madrid.—Favor que espera merecer de V. E.—Dios guarde etcétera.—Pernambuco 31 de Octubre de 1865.—Francisco de Paula Martínez y Sáez.»

Apena verdaderamente el ánimo la lectura de esta exposición y no puede menos de indignar un abandono tan absoluto y tan injustificado de nuestros infelices Naturalistas, por parte del Gobierno español. ¿Es posible que no hubiesen llegado a manos de éste las comunicaciones y cartas de Martínez enviadas con casi un año de anticipación? y si éstas

llegaron, como de hecho así sucedió, ¿cómo no fueron atendidas? ¿Si el *gran viaje* no se juzgaba conveniente, ¿por qué se autorizó? ¿Era tan menguada la estima que merecía la heroica labor de Martínez y sus compañeros que no logró inspirar el interés indispensable para atenderles, darles instrucciones y remitirles fondos? Pero en fin, aún nos resta por ver en esta materia cosas mayores.....

El Excmo. Sr. Blanco del Valle, recibió a la Comisión con gran afecto, tuvo para ella frases de consuelo y de aliento y puso en sus manos las cantidades consabidas que Martínez solicitaba. En su consecuencia, el Sr. Almagro embarcó para Santo Tomás y La Habana el 10 de Noviembre de 1865, y el 30 lo hicieron para Lisboa, Martínez, Espada e Isern. Un mes después llegaban los últimos a Madrid, y en la primera quincena de Enero lo hacía el Sr. Almagro. El 18 de este mismo mes reuníanse en sesión los cuatro Naturalistas que habían salido de la Corte tres años y cinco meses antes.

TERCERA PARTE

I

La Comisión del Pacífico hasta su disolución y las colecciones de la misma.

Con fecha 24 de Diciembre de 1865, D. Mariano de la Paz Graells participaba de oficio al Excmo. Sr. Ministro de Fomento, Marqués de la Vega de Armijo, haber llegado la víspera, a esta Corte, los Sres. Martínez, Espada e Isern, miembros de la Comisión Científica del Pacífico.

Parecía natural que su llegada fuese objeto de un homenaje entusiasta en que tomasen parte las autoridades; pero nada de esto hubo: algunos profesores del Museo, muy pocos amigos y las respectivas familias de los viajeros, fueron solamente los que acudieron a la Estación, para ofrecerles un estrecho abrazo y cordialísima bienvenida. Con respecto al Sr. Ministro, se concretó a recibirles en su despacho oficial, pocos días después, dispensándoles algunas frases de elogio.

Entre tanto abanzaba rápidamente la enfermedad que don Juan Isern había comenzado a sentir en Tabatinga. Es muy probable que un pronto traslado a Europa y un plan curativo propio del caso, habrían detenido la dolencia poniéndole en condiciones de superarla, pero aquellas paradas en el pueblo citado y en Manaos, y sobre todo la falta de medicinas y de alimentos apropiados, le redujeron a una debilidad extrema dejando su naturaleza, en estado de completa indefensión. El 23 de Enero de 1866, entregó a Dios aquella alma llena de abnegación y de bondad, que no había conocido el odio ni la envidia. Algunos amigos y profesores del Museo de Ciencias acompañaron su cadáver a la última morada, y Graells pro-

nunció en su elogio algunas frases. Ni un homenaje oficial, ni una velada necrológica, ni nada que pudiese sonar a gratitud pública, tuvo lugar en aquellos días.

Faltaba todavía a este cuadro sombrío un marco adecuado y éste lo proporcionó el Gobierno asignando a la viuda e hijos del heroico D. Juan Isern, la irrisoria pensión de *treinta y cinco pesetas mensuales como ¡¡digno premio!! a las fatigas y sacrificios de éste por la ciencia española.....* (1).

Con fecha 6 de Marzo de 1866, D. Manuel Silvela, Director de Instrucción Pública, transmitió a los individuos de la Comisión una R. O. que contenía las disposiciones siguiente: 1.ª, que se verificase en la estufa del Jardín Botánico una exposición pública de los objetos reunidos por dicha Comisión, la cual de acuerdo con la Comisión receptora, quedase encargada de prepararla y dirigirla y cuyos gastos así de preparación científica, como de adorno material, serían abonados con cargo á la partida asignada en el presupuesto para la expedición; 2.ª, que los comisionados escribirían un resumen de su viaje que sería impreso para los efectos oportunos; 3.ª, que se redactase por la Comisión, una obra científica que se imprimiría con los grabados e ilustraciones necesarias en la cual se consignasen los adelantos y descubrimientos verificados, y como para llevar a cabo este trabajo se requerían *tiempo, meditación, adquisición de libros y estudios especiales de gabinete, se marcaba el plazo de dos años,* durante los cuales D. Marcos Jiménez de la Espada, percibiría el sueldo de mil doscientos escudos que le fuera asignado por R. O. de 11 de Junio de 1862; y D. Francisco de Paula Martínez y Sáez el de dos mil seiscientos escudos señalado por la misma R. O. y doscientos escudos, como secretario, por otra, fecha 30 del mismo mes, y D. Manuel Almagro la gratificación de mil cuatrocientos cuarenta escudos que le fué concedida, suspendiéndose por consiguiente respecto de todos las dietas y sobresueldos para gastos materiales de viaje; 4.ª, que los expedicionarios rindiesen cuen-

(1) Posteriormente y después de laboriosas gestiones, les fué concedida una pensión anual de 1.500 pesetas.

tas, sin proceder al abono de sus atrasos hasta que aquéllas hubieren sido aprobadas, pero que se les abonasen las pagas vencidas y que en lo sucesivo devengasen a contar desde el día de su regreso a Madrid, y 5.ª, que oído el dictamen del Real Consejo de Instrucción Pública, se determinase lo conducente para llevar a efecto el ascenso ofrecido como recompensa a los naturalistas que habían desempeñado hasta lo último su misión.

Basta un examen ligero de las disposiciones contenidas en esta R. O. para convencerse de que venían a constituir un eslabón más en la cadena ya prolongada de lamentables desaciertos, que afeaban la historia de esta expedición sin ventura. Lo era en efecto exponer las colecciones del Pacífico antes de su estudio y clasificación y con el objeto exclusivo de satisfacer la curiosidad pública. Sin contar con que el simple traslado de aquéllas desde el Museo de Ciencias Naturales a la estufa del Botánico, había de serles muy perjudicial, por grande que fuese el cuidado en llevarlo a cabo; y que el citado local, no reunía las condiciones convenientes para la conservación de las mismas.

Y por último; que hubiere sido preferible aplicar las sumas que la exposición habría de originar, a la adquisición de libros y retribución a las personas que hubieren de estudiar las colecciones.

Por otra parte el confiar a sólo tres personas (Almagro, Martínez y Espada), el estudio del inmenso material acumulado por la «Comisión» y el pretender la publicación de una obra en que se consignasen los adelantos conseguidos, es decir, entre ellos la descripción de los géneros y especies nuevos para la ciencia, *y esto en el plazo de dos años* acusaba un completo desconocimiento de aquellos asuntos. A tan ilusorio proyecto, hubo de contestar el Sr. Martínez con respetuosa carta, haciendo ver al Sr. Ministro que solo podía encargarse, cada uno de los tres individuos designados, de aquello que era concerniente a su especialidad respectiva y en consecuencia, que resultaba indispensable el aumento de personal técnico, si había de ser un hecho el mencionado proyecto.

Mientras tanto, se organizaron rápidamente los preparativos de la Exposición en la cual había puesto el Ministro de Fomento el mayor empeño. Eligióse para instalarla la estufa del Botánico, frente al paseo de Carlos III.

Encargáronse de ordenar y disponer las colecciones los Sres. D. Manuel María J. de Galdo y D. Juan Vilanova, más un Ayudante, por la sección de Geología y Mineralogía; D. Miguel Colmeiro y D. Luis Vié, por la de Botánica; D. Patricio María Paz y Membiela, y D. Joaquín González Hidalgo, por la de moluscos y animales inferiores; D. Francisco de Paula Martínez y Sáez, y un Ayudante, por la de insectos; D. Marcos Jiménez de la Espada y los Ayudantes disecadores, por la de mamíferos, aves, reptiles, peces y anfibios, y por fin, D. Manuel Almagro, por la de Antropología y Prehistoria.

El 15 de Mayo de 1866, verificóse la solemne apertura de la «Exposición del Pacífico» con las formalidades de rúbrica y asistencia de numeroso público deseoso de admirar aquel conjunto de objetos curiosísimos y de productos del exhuberante suelo americano. Hallábase distribuída en tres salas que ocupaban el centro del edificio y dos galerías situadas una a cada extremo del mismo. En aquéllas ofrecíanse a la contemplación del público los objetos pertenecientes a la sección de Antropología, entre los que se destacaba una vistosa hamaca brasileña de cuyos bordes pendía como precioso adorno, una guarnición en forma de ondas, tejida de brillantes plumas de aves americanas, y otras más sencillas hechas de finísimo bramante extraído de fibras de palma y de uso común entre los indios al viajar por los bosques. A uno y otro lado de éstas y clavadas en las paredes formando panoplias, figuraban las armas de los indios, cervatanas, flechas envenenadas de los canelos, mazas, rodelas, lanzas de los záparos, etcétera, etc., trajes de indios del Amazonas y diversos objetos más de índole semejante. Llamaban también poderosamente la atención treinta y cinco momias, procedentes de las *chulpas* o sepulcros indios de *Chíu-chíu* (Bolivia). En vez de hallarse en decúbito supino como, por ejemplo, las de los *guanches* canarios, estaban sentadas con las rodillas tocando al pecho. Aquélla actitud, obedecía a la creencia, común

entre indios, de que la muerte era tan sólo un viaje poco duradero y así adoptaban aquélla postura para facilitarlo y hacerlo más cómodo. Al lado de las momias depositaban ánforas de formas raras hechas de barro, de piedra y también de oro que llenaban de agua y cucharas y saquitos de semillas alimenticias para sustento del *viajero.*

Otra curiosidad de la presente sección antropológica, eran cuarenta y seis cráneos de antiguos indios del Perú y Bolivia de los cuales dieciocho presentaban la anormalidad de hallarse aplastados de delante atrás.

En la galería situada a la izquierda de la sala central, estaba colocada la colección de nidos colgantes, en forma de bolsas, formados por las aves americanas, con fibras de cortezas vegetales fuertemente entretejidas, o con pelote arrancado de las pieles de animales muertos en los bosques.

Allí estaba expuesta la colección de rocas compuesta de quinientos treinta ejemplares y la mineralógica que constaba de setecientos noventa y seis.

Veíanse numerosos frascos con tierras del *Cascalho* o de los diamantes, recogidas en el Brasil; con *tierras de los placeres de California,* con guano de las Islas Chinchas, con mercurio de las minas de cinabrio de Nueva Almadén; colecciones de estalactitas transparentes, de trozos de rocas arrancadas en los famosos volcanes Antisana y Pichincha; de azufre del mismo origen, de jaspeadas y vistosas muestras de piedras del *Cerro del Mármol;* de cloruros de plata, de amatistas del Brasil, de cuarzos hermosísimos entre los cuales se destacaba un ejemplar notable por sus inclusiones animales y vegetales; de maderas fósiles, etc., y alzándose, sobre todo esto, el soberbio ejemplar de cobre nativo, de seis arrobas de peso extraído de las minas de San Bartolo (Desierto de Atacama) y regalado, como ya dijimos, por D. José María Insausti, Vice-Consul de España en Cobija. La Comisión hubo de abandonar en aquellas tierras otro obsequio espléndido que no le fué posible trasportar, un ágata cuyo peso excedía de *diez arrobas.*

Seguía después la sección botánica interesante por todos conceptos como fruto de una labor inteligente contínua y a

prueba de sacrificios por parte del incansable Isern y aun de sus compañeros Almagro, Espada y Martínez. Allí estaban las plantas de algodón blanco y amarillo, ramas de árboles europeos aclimatados en Chile y Perú, y asimismo del *árbol del coral, Erythrina corallodendron* L., con sus frutos colgantes en forma de habichuela muy alargada rellena de multitud de semillas de un color grana muy subido y que usaban los indios como objetos de lujo. Seguían después las hojas del *Turusani,* usadas por los indios para teñir sus trajes de morado; las del *guallusa* del Macat con las cuales preparaban un cocimiento parecido al té y que tomado en gran cantidad por las indias suponían éstas que las hacía más fecundas; la corteza del *curapaí* de la cual se valían para curtir los cueros; los productos resinosos del *árbol del lacre* empleados para carenar sus canoas; las cortezas del *tabarí* de las que extraen las finísimas hojas en que lían sus cigarrillos; las del *lanchani* que les proporcionaban material para sus vestidos.

Había también en esta sección, plantas odoríferas, matas del *árbol de la canela,* ejemplares de las plantas conocidas por los indios con los nombres de *pani* y *ramo* y cuyos jugos emplean para envenenar las flechas con un tóxico tan activo y eficaz que causa la muerte en pocos momentos.

La colección de helechos era también notable así por el número, como por la belleza de los mismos.

Entre las maderas figuraban el finísimo laurel, el veteado palo de rosa de Buenos Aires, el ciprés de Chile, los troncos del *árbol de los deleites* o *ayahuasco* con cuya corteza, reducida a raspaduras y cocida en agua, preparaban los indios un brebaje que causaba embriaguez y sueños voluptuosos.

Las semillas eran asimismo abundantísimas y variadas, tanto por sus tamaños como por sus colores, llamando la atención por su magnitud las judías aclimatadas en Chile, las llamadas en el Ecuador *almizelillo* que tomadas en número de cinco usábanlas allí para combatir las afecciones cardíacas, las del árbol de la quina con las cuales preparan un bálsamo de gran aplicación y eficacia para curar heridas y mordedu-

ras, las del *huito* y un frasco del líquido extraído de éste y empleado por los indios para trazar los grotescos dibujos que cubren sus cuerpos.

Por último citaremos aquí la magnífica sección del tronco de un árbol que conocen en el Ecuador con el nombre de *Sapurema,* ejemplar que mide 1,70 centímetros de diámetro, por 95 de espesor y que constituye una de las joyas de nuestro Botánico.

No menos interesante que las ya descritas, era la sección de zoología, en la cual veíanse, en primer término, numerosos cráneos de mamíferos, aves, reptiles y peces. Seguían después ejemplares de *araguatos* o monos del Napo, mayores que los gatos, de *tutacusillos* o monos nocturnos; de *cotos* o monos notables por su extraordinaria movilidad; de ratas de color muy obscuro y tamaño superior al de las nuestras; de liebres cuyas extremidades anteriores eran casi iguales a las posteriores, a diferencia de lo que observamos en las especies europeas pertenecientes a esa familia; de chinchillas de piel finísima, de perezosos, de osos hormigueros, etc., etc.

En la colección de aves figuraban el famoso condor que remonta su vuelo sobre los picachos más elevados de los Andes, y á continuación estaban colocados, cientos de ejemplares de pájaros terrestres, fluviátiles y marinos, destacándose entre ellos, los bellísimos pájaros *moscas* llamados en América *esmeraldas, rubíes*, *granates,* etc., según sus colores; el *kindi real*, algo mayor y muy apreciado en Europa; el *pájaro carnero* que habita constantemente en el agua; el *camiqui,* gallinácea curiosa, que tiene dos espolones en la primera articulación del ala, y un cuerno en la cabeza por cima del pico; los tucanes de tornasoladas plumas; los *septicolores* así llamados por los siete diversos y preciosos colores que ostentan; el *gallo rojo* con elegante penacho; la *golondrina blanca* de las márgenes del Napo; el *pájaro niño* de la Patagonia; las perdices de Chile notables por su plumaje, y de tamaño igual al de una gallina de Guinea; y por útimo los cisnes de cuello negro que habían sido remitidos por don Marcos Jiménez de la Espada en 1865 con la colección de

animales vivos destinados al Jardín Botánico de Madrid. *Aquí murieron de hambre esos cisnes por los cuales había ofrecido la cantidad de dos mil duros, el Jardín de plantas de París.* Sólo el total de aves expuestas, se aproximaba a cuatro mil ejemplares y aún quedaban guardadas otras muchas.

Conservados en alcohol figuraban gran número de lagartos, sapos, murciélagos y culebras, y contiguo a éstos, se hallaba una numerosa colección de huevos de aves y de reptiles.

La colección de insectos numerosísima, no había podido ser preparada por lo que se presentaba en los frascos en que se hallaba conservada, esto no obstante podían verse muchos cuadros con ejemplares que atraían las miradas del público, por las bellísimas mariposas regaladas a la Comisión. Muy curioso, era también el nido de hormigas blancas (comejen) recogido por D. Fernando Amor en la islita de Itaparica (Brasil). Su figura, tamaño y color, semejaban a los de una esponja de grandes dimensiones cuando adquiere por el uso un tinte obscuro, y junto a él se veían multitud de otros nidos de insectos y entre ellos los de la abeja del Brasil que son de color negro como el betún.

Hallábanse incluídos además en esta sección los famosos *insectos del aroma*, que acuden a las luces durante la noche saturando el ambiente de fragancias exquisitas al batir las alas.

Había también, en la Exposición *cucullos* o insectos de luz, así llamados por la intensa fosforescencia que producen durante la noche cuando en número considerable revolotean en los bosques, mientras reinan en éstos las tinieblas nocturnas.

Debemos mencionar asimismo otros ejemplares también de insectos, los cuales al contrario, de los arriba citados, desprenden hedor insoportable que se hace sentir muy pronto, cuando el viajero se aproxima a los bosques en que habitan; las mariposas de *Sol* conocidas con este nombre por ostentar en sus alas un disco que semeja al Sol; otras grandes, propias del Brasil y muy conocidas de los navegantes por juzgarlas anuncio seguro de tempestad cuando aparecen en el velámen de un barco; insectos bellísimos cazados en las praderas que rodean la renombrada Jauja y por último, los venenosos alacranes de la Tierra del Fuego.



Momia recogida en Bolivia por D. Manuel Almagro (1865).

La colección de peces, constaba de dos mil quinientos ejemplares pertenecientes a seiscientas sesenta y siete especies.

A continuación de los peces, se hallaba el grupo de los crustáceos (langostas, cangrejos, langostinos etc. etc.) en número de mil ochocientos setenta y cuatro ejemplares, correspondientes, al parecer, a ciento setenta y nueve especies, y algunas tortugas cuyos huevos comen los indios con gran placer.

Más numerosa que todas la anteriores, era la colección de moluscos, calculada en cuarenta mil ejemplares, correspondientes a unas ciento veinte especies, entre las marinas, fluviátiles, lacustres y terrestres y habían sido recogidos por Jiménez de la Espada y Almagro y principalmente por Martínez y Paz y Membiela. Algunos venían con el animal, conservados en alcohol, la mayor parte eran conchas.

Por último cerraban la Exposición trescientos dos ejemplares de Zoófitos y entre ellos no pocos coralarios.

Figuraba también en la Exposición una canoa de los indios del Napo, de madera negra como el ébano y adquirida por los naturalistas a cambio de ocho varas de tela de color, de dos reales vara.

Aquella quedó abierta hasta primeros de Julio del 66 en que fué clausurada con el propósito de facilitar nuevamente al público el acceso a la misma en el próximo Septiembre, lo que al fin no se verificó.

Parecía obvio que terminado el plazo de la Exposición fuesen restituídas al Museo de Ciencias Naturales, aquellas colecciones que con destino exclusivo a él habían sido hechas; nada de esto ocurrió en lo que tal vez influyera la caída del Ministro el 10 de Julio del mismo año. Las colecciones quedaron pues hacinadas y hasta abandonadas en aquel reducido e impropio local que por ningún concepto les convenía.

Ante la abundancia de ejemplares en muchas de las colecciones, surgió la idea de formar algunas con destino a nuestras Universidades e Institutos; así se hizo en efecto enviándose en 1868, colecciones de aves, moluscos y minerales a las de Santiago, Sevilla, Valencia, Barcelona y Valladolid, así

como a los Institutos de segunda enseñanza de Santiago, Salamanca, Lugo, Oviedo, Sevilla, Cáceres y Palencia.

Esta medida que pudiera ser conveniente para esos centros de enseñanza muy necesitados de material científico era entonces prematura. Las colecciones del Pacífico no debieron tocarse mientras no fuesen detenidamente examinadas y estudiadas por especialistas y éstos, o no existían, o no se ocuparon de semejante asunto; D. Laureauo Pérez Arcas, además de ser un gran profesor dominaba la Ictiología, pero no pudo dedicar su atención a los peces del Pacífico, D. Joaquín González Hidalgo era ya una autoridad en Malacología, pero según él mismo nos ha manifestado, no tuvo parte en la preparación de las colecciones a que nos referimos. Quedaba únicamente Jiménez de la Espada para Vertebrados, especialmente reptiles.

En aves no había un solo especialista, lo mismo que en las restantes ramas de Historia Natural si se prescinde de las rocas y minerales a cargo del reputado geólogo Vilanova y Piera, pero aun habiéndolos, nada o muy poco, hubieran podido hacer, faltando como de hecho faltaba, toda clase de obras en el Museo de Ciencias Naturales, cuya biblioteca puede afirmarse que, con ligeras diferencias, se hallaba a la misma altura en que la dejó Carlos III.

Las magistrales obras de todas o la mayor parte de las especialidades que hoy la enriquecen, son de adquisición muy reciente.

He aquí por qué nos hemos permitido afirmar que nos pareció prematura la distribución de las mismas, entre aquellos centros de enseñanza.

Estos fueron por entonces los únicos trabajos llevados a cabo por la Comisión Receptora del Pacífico.

Había solicitado del Ministro se adquiriesen por compra las obras científicas más imprescindibles para poder llevar a la práctica la misión recibida de aquél, más pasaron los meses y aun los años y los libros no llegaban. Por fin se obtuvieron algunos y con su ayuda comenzó Jiménez de la Espada su obra magistral sobre batracios publicada (sólo parte de ella) en 1875.

Entretanto continuaban las colecciones en el Jardín Botánico sufriendo las consecuencias de tal incuria y abandono, y para remediar tantos inconvenientes, D. Miguel Colmeiro, Comisario Regio, a la sazón, del Museo y del Botánico, ordenó que pasasen al primero de dichos establecimientos las colecciones de la Exposición, lo que motivó la protesta del entonces Presidente de la Comisión D. Manuel M.ª José de Galdo que se manifestó en un oficio dirigido al Comisario defendiendo el *statu quo,* oficio que mereció del Sr. Colmeiro la siguiente carta, dirigida a D. Lucas de Tornos, director local del Museo;

«Mi estimado amigo y compañero: Devuelvo a V. la carta del Sr. Galdo que acabo de recibir en el Jardín Botánico. Creo que nada se debe ni se puede hacer en el asunto sobre que versa aquélla y al contrario es preciso sostener lo dispuesto con harta justicia como V. sabe perfectamente, porque en otro caso la autoridad de V. y la mía quedarían muy mal paradas. Además espero que la disciplina y el buen orden del establecimiento ganarán algún terreno, como lo necesitan para que los trabajos de laboratorio adelanten y *no sean una mera farsa de mal género y excesivamente escandalosa como varias veces hemos convenido V. y yo* y como el señor Galdo debe saberlo a fuer de hombre de ciencia y no extraño a las interioridades de este Museo cuya utilidad podrá ponerse en duda desde el momento en que se divulgue lo que pasa.

Creo haber dicho ya demasiado, pero todo puede pasar en el seno de la confianza y buena amistad y como yo se la profeso al Sr. Galdo no tengo inconveniente en que se entere de esta confidencial manifestación debiendo entenderse que oficialmente he disimulado mucho y he callado no poco, porque como el mismo Sr. Galdo dice, no tengo ni he tenido nunca interés en perjudicar a persona alguna; lo que quiero es que cada uno cumpla sus deberes y sobre todo que esté animado de buen espíritu y de tendencias favorables a la prosperidad del establecimiento, sin que por eso deje de tolerar faltas que no tienen el carácter de habituales».

Ante una medida tan necesaria y por todos conceptos justificada, lo primero que ocurre a cualquiera es que las colec-

ciones del Pacífico pasarían inmediatamente a su destino, es decir, al Museo de Ciencias Naturales; pues no fué así. Influencias poderosas debieron mediar sin duda alguna, para que la orden dada por el Comisario Regio quedase en suspenso. Nada nos extraña, pues según nos decía hace algún tiempo D. Manuel Antón y Ferrándiz, Ayudante por aquella época del Museo y Profesor después de Antropología, cuando se presentó en la Exposición a ejecutar lo dispuesto por el señor Colmeiro en virtud de un mandato de éste, fué recibido por el personal subalterno de aquélla en forma francamente hostil y agresiva.

Había sin duda alguna muchos intereses creados.

Tres años después o sea en 24 de Noviembre de 1872 apareció en la Gaceta una R. O. del tenor siguiente: Al Director General de Instrucción Pública. - Excmo. Sr.: S. M. el Rey (q. D. g.) ha tenido a bien disponer quede disuelta desde esta fecha la Comisión Científica Receptora del Pacífico y en su virtud que cesen D. Marcos Jiménez de la Espada, D. Manuel Almagro (1), D. Vicente Sánchez y D. Gregorio Pérez Alvarez en los cargos que han desempeñado en la misma, resolviendo al propio tiempo S. M. que el Director del Museo de Ciencias Naturales de esta Corte se haga cargo del material y objetos que existan en poder de la misma Comisión. A esta comunicación contestó D. Manuel María J. de Galdo con largo oficio del mismo tenor que el ya citado arriba, pretendiendo convencer al Director de Instrucción Pública de los supuestos perjuicios e inconvenientes que acarreaba consigo la consabida R. O., por cierto bien justificada.....

En 11 de Junio del siguiente año 1873 se dictó nueva Real orden disponiendo fuesen trasladadas al Museo las colecciones del Pacífico existentes en el Jardín Botánico, pero tampoco esta vez se le dió cumplimiento. Allí continuaron abandonadas y allí siguió también cobrando sus sueldos el personal subalterno.

En vista de semejante abandono la Junta del Museo de Ciencias Naturales dirigió en 16 de Abril de 1878 atenta co-

(1) Se hallaba en Cuba desde 1866.



Momia de Chin-chin.—Chile.—Recogida por D. Manuel Almagro.

municación al Director de Instrucción Pública haciéndole presente el estado lamentable en que se hallaban las colecciones del Pacífico, depositadas en el Jardín Botánico, a pesar de lo cual todavía siguieron aquéllas allí dos años más.

Por fin en 22 de Junio de 1880, se acordó la forma en que habían de ser trasladadas al Museo y por fin pasaron a este centro del cual jamás debieron haber salido.

Catorce mortales años habían permanecido en el mencionado jardín aquellos objetos que solo fueron a él por muy pocos meses. Digno epílogo de una empresa en que imperaron, por completo, la imprevisión, la apatía y la desorganización más lamentables. La misma conducta que habían observado nuestros gobernantes con los infelices naturalistas de la Comisión fué la que presidió al cuidado del fruto de sus trabajos.

II

Resultados científicos de la Expedición y trabajos publicados sobre sus colecciones.

La prematura muerte de D. Fernando Amor, unida a la desaparición de la mayor parte de sus manuscritos y observaciones, privó a la ciencia del fruto de éstas en lo referente a Geología y Mineralogía que estaban a su cargo; pero aun así, todavía pudo la Comisión suplir en gran parte la ausencia de aquél, merced a los esfuerzos de Jiménez de la Espada que tomó espontáneamente a su cargo cuanto se relacionaba con las materias dichas. Después del fallecimiento de Amor, aquél que había consignado siempre en su «diario» numerosas observaciones acerca de la gea suramericana, continuó haciéndolo con más esmero y diligencia.

Entre los parajes que se ofrecieron a su vista al peregrinar por los montes ecuatorianos, figura el Volcán de Asango conocido también allí con los nombres de Yana-volcán y Volcán de la Hacienda. El reconocimiento detenido y minucioso que hizo de éste y las notas tomadas en presencia del mismo, le sirvieron de base para un estudio concienzudo en que no se sabe qué admirar más, si la claridad y elegancia del estilo o la profundidad de los conceptos y la lógica de los razonamientos (1).

El Volcán de Asango, había sido visitado a principios del siglo XIX, por el célebre viajero Alejandro Humboldt y veinte años después, por el famoso químico francés Boussingault, quienes le describieron más tarde exponiendo ambos sus teorías respectivas, acerca de los extraños materiales eruptivos que en él se encuentran. Espada se hace cargo de ellas,

(1) Se publicó en el tomo 1.° de los Anales de la Sociedad Española de Historia Natural, págs. 49-76, Madrid 1872.

y después de someterlas a un examen detenido, escribe las siguientes frases. «Cuando comparo el recuerdo de él (del Volcán) y mis notas tomadas a su vista, con la pintura que trazaron Humboldt y Boussingault, las reflexiones que les sugiere y las hipótesis que de ellas deducen, me parece increíble que aquel lugar sea el mismo que hicieron fuente de sus teorías acerca de las lavas y volcanes americanos y base de transcedentales afirmaciones».....

Pasa después a describir la forma, constitución y origen de los materiales acumulados en el cráter del *Asango* y con tal motivo, pone de manifiesto las inexactitudes en que incurrieron los autores citados y las *alucinaciones* de los astrónomos franceses La Condamine y Bourguer.

Con respecto a las generalidades, que de aquel nevado y sus lavas escribió Mr. Orton, cronista de la expedición americana que visitó dicho volcán con posterioridad a los nuestros, dice sencillamente Espada, *que parecen más bien recogidas en los Atlas de Johnston o de Berghaus, que en los Andes quiteños.....*

Botánica.—Los apuntes botánicos de Isern, merecen, aunque inéditos, un sitio en este capítulo, como patente demostración de una labor meritísima por todos conceptos, que ciertamente ha permanecido oculta y hasta olvidada por las causas consignadas en el presente relato.

Entre los ciento y pico de paquetes que forman el herbario de la expedición a que nos referimos, hay alguno como el que contiene las plantas de la provincia de Esmeralda (Ecuador) en número de 114 especies, que aparece como donado al Jardín Botánico de Madrid por el Sr. Paz y Membiela quien a su vez lo recibió del misionero P. Vicente Solano en 1863. Al citado paquete debemos añadir los siguientes: uno de 68 especies, la mayoría musgos y helechos, por cierto muy bellos, recogidos por D. Fernando Amor en el Desierto de Atacama o al menos durante su viaje a éste; otro de Martínez (63 especies) encontradas unas en Bahía Gregorio, varias en Puerto del Hambre y otras en Playa Borja; y otro de Espada hecho asimismo en el Estrecho de Magallanes y compuesto de 76 especies. Aparte de esto, quedan todavía algunas do-

cenas de ejemplares debidos al celo de los tres naturalistas citados y entregados por los mismos al botánico Isern. Todo lo restante es obra de éste cuya labor no cesó por un momento, desde el comienzo del viaje hasta su terminación.

La campaña de recolección dió principio en Canarias y continuó en Cabo Verde y el Brasil. Desde este punto envió a España varios paquetes que contenían 3.660 ejemplares, pertenecientes a 538 especies. Siguió trabajando con idéntico resultado en todos los parajes americanos, hasta formar el magnífico herbario que hoy guarda el Jardín Botánico de Madrid como una verdadera joya.

Pero no se concretó Isern a cumplir la misión de colector, reservando para mejor oportunidad el trabajo de botánico; antes al contrario, combinando ambos con el mayor esmero, a las tareas de recolección, añadía la del estudio del material correspondiente, como se demuestra por sus apuntes. En éstos, consigna en primer lugar las localidades de las plantas de un modo concreto y el año, mes y día, en que fueron encontradas, el carácter de los terrenos en que vivían aquéllas y las condiciones climatológicas de las mismas. A esto añade las advertencias siguientes: 1.ª, si la especie es rara o por el contrario común y frecuente; 2.ª, su área de dispersión en los distintos puntos visitados por el colector; 3.ª si es hierba, arbusto o árbol; 4.ª, en muchos casos se citan asimismo los colores de las flores y la forma de las hojas; 5.ª, el aspecto y forma de los frutos; 6.ª, los nombres vulgares de las plantas y aparte una lista de nombres *guaraníes* de vegetales brasileños; 7.ª, los usos y aplicaciones de muchas plantas en aquellos países; 8.ª en cada especie el número de ejemplares recogidos, que ascienden en muchos casos a varias docenas, de modo que podrían formarse muy bien hasta seis herbarios completos o casi completos con el material de que nos ocupamos.

En los citados apuntes aparecen agrupados por familias los géneros y especies del Brasil, salvo algunos casos en que se citan solamente la familia y el género porque no tenía Isern seguridad acerca de la especie. Constan asimismo la familia, el género y a veces la especie, en las listas correspondientes

a las plantas del Uruguay, Argentina, Chile, Perú, Bolivia y el Ecuador, aunque sin el orden observado en las arriba dichas.

En bastantes casos se leen al lado del nombre genérico de la planta estas palabras, ¿especie nueva? Ya veremos después que Isern abrigaba la convicción de que había en el material del viaje al Pacífico no solo especies desconocidas para la ciencia botánica, sino también *géneros nuevos*.

Los paquetes preparados en el Brasil y, si mal no recordamos los de Canarias, traen en cada uno de los pliegos la etiqueta con los nombres correspondientes al género, especie y localidad del ejemplar contenido en cada uno de aquéllos, más en los fajos restantes varió Isern de sistema, concretándose a colocar al lado de cada especie una papeleta con un número que corresponde a otro de los apuntes en los cuales consigna los datos necesarios para el conocimiento de la planta.

Es indudable que pudo haber sido objeto de estudio parte del material botánico procedente de la expedición del Pacífico, una vez que las papeletas, a él correspondientes, contenían los datos necesarios para la determinación de las especies; pero un número muy considerable de plantas, solo podía ser clasificado teniendo a la vista los citados apuntes y de aquí el que renunciase D. Miguel Colmeiro, a la comisión que se le diera de hacer un trabajo sobre el herbario de Isern, una vez que fracasaron sus gestiones para lograr los manuscritos de éste.

Hoy los tenemos en nuestro poder con intención de donarlos al Jardín Botánico, cuyos profesores hallarían en ellos instrucciones indispensables y eficaces para el estudio de dicho herbario, el día en que las circunstancias les permitiesen abordarlo.

Zoología.—La falta de las obras más indispensables para el estudio de los ejemplares zoológicos recogidos por los individuos de la Expedición, demoró por largo tiempo su realización que sólo pudo hacerse a medida que se fueron adquiriendo los más precisos relativos a los diversos grupos, algunos de los cuales, por esta razón, sólo han podido ser estudiados recientemente.

Celentéreos.—La colección correspondiente a este grupo

constaba de cincuenta y cuatro especies y trescientos dos ejemplares, procedentes de San Vicente de Cabo Verde, Bahía, Río Janeiro, Isla do Desterro, Malvinas, Estrecho de Magallanes, etc. etc. En el volumen correspondiente a la Sección de Ciencias Naturales del Congreso de la Asociación para el progreso de las ciencias, celebrado hace seis años en Bilbao, se publicó la descripción de una especie nueva perteneciente al género *Gorgonia*, recogida en Panamá por don Francisco Martínez, a quien fué dedicada.

Con fecha posterior he hecho el estudio de numerosos ejemplares del grupo citado existentes en el Museo Nacional de Ciencias Naturales y esperamos no tardará en ver la luz pública el trabajo en que están consignados los resultados de dicho estudio.

Moluscos.—La colección de moluscos, compuesta de muchos miles de ejemplares, fué objeto de largas y minuciosas investigaciones por parte de los Sres. González Hidalgo y Martínez y Sáez, quienes consagraron a este asunto monografías magistrales. La primera, escrita por Hidalgo, terminó de imprimirse en 1872 y contiene el estudio de los univalvos terrestres (1) de los cuales describe doscientas noventa especies pertenecientes respectivamente a las familias de *Helicidæ, Cyclophoridæ* y *Helicinidæ.* Entre las especies dichas, hay catorce nuevas para la ciencia, que por cierto llevan respectivamente los nombres de Paz, Amor, Martínez y Jiménez con harta justicia, aparte de los de otros Naturalistas también beneméritos.

El autor del referido trabajo tubo a su disposición numerosos ejemplares de cada especie, tanto de esta colección, como de la de Paz, pudiendo hacer las descripciones muy completas y acabadas, como así lo realizó.

Las ochenta y nueve figuras que ilustran el texto fueron ejecutadas por los mejores dibujantes de París.

(1) Moluscos del viaje al Pacífico verificado por una Comisión de naturalistas mandada por el Gobierno español. Primera parte, Univalvos terrestres, por D. Joaquín González Hidalgo, Doctor en ciencias etcétera, etc. Madrid 1872. Un volumen de 144 páginas en folio, ilustrado con 89 figuras.

La segunda monografía relativa al presente asunto, fué escrita por D. Francisco Martínez y comprende los bivalvos marinos. Se describen en ella ciento cuarenta especies pertenecientes a veintiún familias. Vió la luz pública en 1869. No tiene figuras (1).

La monografía tercera acerca de la materia ya citada, tuvo por autor al mencionado Sr. Hidalgo y versa sobre moluscos univalvos marinos. Hay descritas en ella, ciento diez especies pertenecientes a quince familias. Tampoco esta lleva figuras.

Gusanos.—El número de ejemplares recogidos en la expedición al Pacífico ascendía a sesenta, creyéndose que había unas veinte especies.

Algunos de aquéllos, fueron enviados el año 1894 al Profesor italiano Daniel Rosa para que los estudiase y éste encontró dos especies nuevas el *Anteus crassus* y el *A. Iserni*, ambos de la familia *Geoscolecidæ* y descritos por el autor citado (2). Es lo único que se ha publicado acerca de esta colección, según nuestras noticias.

Artrópodos.—La colección de insectos, miriápodos y arácnidos, reunidos por los naturalistas de la expedición del Pacífico estaba calculada en veinte mil ejemplares y cuatro mil especies, y la de crustáceos en mil ochocientos setenta y cuatro ejemplares y ciento setenta y cuatro especies.

El estudio de este inmenso material fué confiado a última hora después de disuelta la Comisión, al Dr. D. Ignacio Bolívar, quien dió comienzo a su tarea preparando una monografía sobre insectos neurópteros y ortópteros que fué la última que se publicó por haberse suprimido entonces la consignación para este objeto, publicando entre tanto muchos de los géneros y especies que contenía aquel grupo en los Anales

---

(1) Moluscos del viaje al Pacífico verificado por una Comisión de Naturalistas mandada por el Gobierno Español. Parte segunda. Bivalvos marinos, por D. Francisco de Paula Martínez, etc. Madrid, 1866. Un volumen.

(2) Véase los «Anales de la Sociedad Española de Historia Natural»; tomo 24, páginas 151 y 152, 1895.

de la Sociedad Española de Historia Natural (1). Antes había publicado en los mismos Anales (2) las descripciones de varias especies nuevas de Hemípteros de la Expedición del Pacífico. En la monografía citada (3) se describen ciento cuarenta y ocho especies, de las cuales corresponden seis a los primeros y ciento dos a los segundos ó sea a los ortópteros. Es de justicia reconocer aquí, que los resultados del presente trabajo han sido realmente halagüeños y provechosos para la ciencia. Su autor nos da a conocer en él los géneros *Thrasyderes, Cratonotus, Jimenezia* y *Martinezia, nuevos para la ciencia, y treinta y cuatro especies también nuevas*. ¡Cuántas más no habría descubierto de no interponerse la medida lamentable del Gobierno, suprimiendo la Comisión encargada del estudio de las colecciones del Pacífico!

Vertebrados.—Los primeros estudios sobre vertebrados del Pacífico no vieron la luz pública hasta el año 1870. La Comisión que tenía a su cargo la obra descriptiva de los géneros y especies correspondientes a las colecciones formadas por los naturalistas, permaneció inactiva durante dos años largos (desde 1866 hasta fines del 68) «por haberse reproducido, aunque en otra forma no menos ingrata, (dice Jiménez de la Espada) los disfavores de la fortuna a orillas del Amazonas, con un cambio de Ministerio.» «Hoy, añade el mismo, ha cesado felizmente la desatención por no decir el desprecio, con que nuestras reiteradas instancias eran acogidas durante ese interregno, por parte de quienes debían siquiera agradecerlas.» Creía próxima, Espada, la fecha en que los trabajos de la Comisión iban a ver la luz pública (no lo fué tanto como esperaba); pero aún así, juzgó conveniente adelantar algunas

---

(1) Véase «Notas entomológicas». V. Nuevas especies de ortópteros americanos del viaje al Pacífico (Tomo X, 1881).

(2) Véase Hemípteros nuevos del Museo de Madrid, T. VIII (1879).

(3) Artrópodos del viaje al Pacífico, verificado por una Comisión de Naturalistas enviada por el Gobierno español. Insectos neurópteros y ortópteros, por Ignacio Bolívar, catedrático de Entomología en la Universidad Central, Madrid-1884. Un volumen de 114 páginas en folio, ilustrado con tres láminas.

noticias acerca de las materias que constituían el objeto de sus estudios «llevado, dice, de una ambición tan modesta como legítima, puesto que puedo declararla sin rebozo; la de que mi nombre figure con las nuevas especies de vertebrados descubiertas en nuestro viaje y no sólo mi nombre pero también el de personas a quienes deseo rendir un débil tributo de agradecimiento.....»

«Mientras corrían los dos o tres años en que la Comisión de estudio de nuestras colecciones se veía precisada a permanecer ociosa o poco menos, otros viajeros tuvieron tiempo de sobra para explorar los mismos países que nosotros anduvimos, remitir a Europa cosechas científicas y de aprovecharlas los zoógrafos describiendo y publicando especies nuevas, muchas de las cuales habían sido encontradas por nosotros. Solo de moluscos se cuentan siete ú ocho; y entre los cuadrumanos citaré el hermoso *Ateles* enviado de Géberos, junto al río Guallaga, en 1866, por Mr. Ed. Bartlett, y dedicado a este viajero por Mr. Gray en los *Proc, of the. Zool. Soc. of London,* mes de Diciembre de 1867; dos hembras adultas de magnífico pelaje y recién muertas con el veneno *ticuna* hallamos nosotros en *Tarapoto* o *Nuevo Curaray el día 30 de Julio de 1865.*»

Temeroso Espada de que autores extranjeros se adelantasen una vez más a describir especies ya recogidas por él y sus compañeros, se resolvió a publicar en varias revistas las descripciones de algunas de aquéllas, que halló ser nuevas para la ciencia. En un trabajo que lleva por título «Algunos datos nuevos o curiosos acerca de la fauna del Alto Amazonas (Mamíferos) (1) después de una introducción en la que pinta con trazos magistrales el aspecto de las montañas suramericanas con sus encantos y sus grandezas abrumadoras, pasa a describir dos especies de monos compañeras del *Chuva* del Napo *(Ateles Bartlettii),* del *Cotto* o *Mycetes chrysurus* y de otros cuadrumanos del Napo y Amazonas. Dichas especies pertenecían al género *Midas* (familia Hapálidos) y

(1) Fué publicado en el «Boletín Revista de la Universidad de Madrid, 1870» y después en folleto aparte.

resultaron nuevas para la ciencia, siendo designadas por Espada con los nombres de *Midas lagonotus* y *Midas Graellsi*, respectivamente.

En el mismo trabajo aparecen consignadas las observaciones sobre las *Thyroptera* de las cuales hemos hablado ya oportunamente.

Consecuente con su plan de adelantar noticias acerca de los ejemplares adquiridos en la expedición al Pacífico, envió en el ya citado año de 1870 a una revista portuguesa (1) el estudio titulado «Faunae neotropicalis species quædam nondum cognitæ.

En éste creó Espada el género *Edalorhina* anfibio perteneciente a los batracios saltadores y la especie *E. Perezi;* el género *Hyloxalus,* y las especies *H. fuliginosus* y *H. Bocagei;* el género *Limnopis* y las especies *L. cornutus* y *L. napeus;* el género *Pristimantis* y la especie *P. Galdi;* y por último, los géneros *Cerathyla* y *Dendrophryniscus,* con cinco especies correspondientes respectivamente, cuatro al primero y una al segundo.

En 1875 ante el retraso en la publicación de su obra «Batracios» se decidió a mandar a los «Anales de la Sociedad de Historia Natural de Madrid» (2) un nuevo trabajo basado en un curioso ejemplar de la familia de los *Salamándridos* procedente de las cercanías de Montevideo. Espada encontró en él caracteres tan típicos y tan diferentes de los de otros grupos, que le decidieron a establecer el nuevo género que designó con el nombre de *Urotropis,* y la especie *U. platensis.*

Algunos meses después, aunque en el mismo año de 1875, quedó por fin terminada la impresión de la ya citada obra de «Batracios» (3) que sólo comprende la primera parte del trabajo que su autor tenía proyectado.

---

(1) Jornal de Sciencias Mathematicas Physicas e Naturaes.—Publicado sob os auspicios da Academia Real das Sciencias de Lisboa.—Tomo III.—Junho de 1870-Decembre de 1871 y reproducido en la segunda edición del mismo volumen 1883.

(2) Tomo IV, páginas 69-73, 1875.

(3) Vertebrados del viaje al Pacífco verificado de 1862 a 1865 por

En ella se describen diecinueve géneros y treinta y cuatro especies; de aquéllos resultan nuevos para la ciencia los géneros *Litopleura*, de la familia de los *Cistignátidos*, y *Peralaimos* de los *Bufónidos* y de las especies hay también doce igualmente nuevas.

Uno de los estudios más interesantes que contiene la obra, en cuestión, es el que se refiere al pequeño escuerzo conocido en la ciencia con el nombre de *Rhinoderma Darwini*. Habíanlo descrito por vez primera los Sres. Dumeril et Bibron en su *Erpetologie Generale* (página 657) 1834-1854; y con fecha posterior, lo fué de nuevo por M. C. Gay en la Historia Física y Política de Chile. En 1864 recibió Espada diez ejemplares, regalados por el Dr. Rodulfo Armando Philippi, procedentes de Valdivia (Sur de Chile) y de los cuales ocho eran machos y dos hembras. En presencia de este material, procedió al estudio detenido del mismo y pronto adquirió la convicción de que los herpetólogos franceses citados, habían descrito el *Rhinoderma Darwini* de un modo inperfecto e inexacto, y que M. C. Gay había estampado en su libro el error de que la hembra de aquél era *enteramente vivípara*, siendo causa de que aceptasen como un hecho semejante inexactitud, primero Mr. Dumeril y después MM. Gervais y Van Beneden, quienes vinieron por ello a establecer, una afinidad que no existe, entre la reproducción del *Rhinoderma* y la que se observa en las Salamandras y Cecilias.

Espada más sagaz y concienzudo en sus investigaciones, comenzó por cerciorarse de las diferencias de sexo, distinguiendo los machos de las hembras sin dejar lugar a duda. Abrió el vientre de las hembras encontrando los ovarios repletos de huevos, algunos grandes, hizo lo mismo con los machos, y con la natural sorpresa, encontró la cavidad abdominal llena de renacuajos alojados en el saco aéreo que sirve de ordinario a los anuros para redoblar la fuerza y el alcance de la voz y que, en este caso, alcanzaba, dicho saco, un desarrollo muy

---

una Comisión de Naturalistas enviada por el Gobierno Español. Batracios, por D. Marcos Jiménez de la Espada. Madrid, 1875. Un volumen en folio de 208 páginas con cinco láminas y ciento veinte figuras.

superior al normal. De todo esto dedujo las siguientes consecuencias: 1.ª, que las hembras del *Rhinoderma* eran ovíparas y no vivíparas como afirmaba Gay sin duda por haber tomado los machos por hembras; 2.ª, que los machos recogían los embriones en el saco bucal conservándolos hasta convertirse en renacuajos, fenómeno verdaderamente curioso y que, en este caso, daba a conocer Espada por vez primera constituyendo esto un descubrimiento embriológico de gran interés tratándose de batracios; 3.ª, que la reproducción del *Rhinoderma,* ofrecía parecido, no precisamente con la de las Salamandras, sino con la de otro batracio llamado *Pipa*, cuya hembra guarda sus hijos en los alvéolos cutáneos de la espalda hasta la postrera metamorfosis; y 4.ª, (y es lo más notable) que el fenómeno citado del *Rhinoderma* tiene una semejanza evidente con el que observaron en el siglo XVIII, primero el sacerdote portugués Dr. José Monteiro de Noronha y después el oidor e intendente de la capitanía de San José de Río Negro, Francisco Xavier de Veiga e San Payo, y en 1865, el célebre Agassiz, en un pez del Amazonas llamado en idioma guarani *acará* perteneciente al género *Geophagus* Heckel. Este pez y otros del mismo grupo genérico, llevan sus crías en las agallas y fauces habiéndose encontrado algunos cuya cavidad branquial y espacio circunscrito por la membrana branquióstega, formaban una bolsa llena de pececillos ya desarrollados. Tales son las observaciones de Jiménez de la Espada sobre el *Rhinoderma Darwini.*

Todavía en 7 de Diciembre de 1898 o sea cuatro fechas después del fallecimiento de Espada, fué presentado en la sesión de la Sociedad de Historia Natural de Madrid, el estudio del mismo titulado «Examen descriptivo del grupo de los *Hemifractus*. En este trabajo escrito teniendo a la vista el *precioso hallazgo de nueve ejemplares,* dada la rareza extraordinaria de los mismos, se recuerda la historia del género *Hemifractus* establecido por Wagler en 1828 y relegado después al olvido por los *autores de gabinete*, dice Espada; se hace de él un estudio minucioso y acabado, y por complemento se crean el género *Cerathyla* o *Ceratohyla*-(de ambos modos suele escribirse) y las especies *C. probos-*

cidea, *C. bubalus*, *C. palmarum* y *C. Braconieri*. Fué éste el último de los trabajos de Espada, que vió la luz pública.

Hemos visto ya que éste no pudo continuar su obra sobre los vertebrados del Pacífico por falta de protección oficial; pues bien, a pesar de ello, cúpole todavía la satisfacción de transmitir noticias e informes numerosos y detallados acerca de aquéllos, a un jovencito que frecuentaba el trato del ya viejo explorador de las tierras suramericanas. Este jovencito era D. Angel Cabrera Latorre quien llevado de sus aficiones se constituyó gustoso en discípulo de aquél recogiendo de sus labios instrucciones provechosas, frases de aliento y por último, el encargo reiterado de que continuase el estudio de las colecciones traídas por Espada y sus compañeros.

Fiel a su promesa el Sr. Cabrera, dió principio a los trabajos publicando el año 1900 sus «Estudios sobre una colección de monos americanos (1). En estos constan la descripción original y la figura del *Calithris (Callicebus leucometopa)* y las noticias relativas a costumbres de estos monos recibidas verbalmente de Espada. Un año después dió nuevos informes sobre monos americanos y las descripciones de tres nuevos mamíferos del continente americano (2). En 1907, envió a la Sociedad de Biología de Washington la descripción original del *Noctilis zaparo* (3).

Finalmente en 1917, salió a luz la publicación del mismo autor sobre mamíferos del citado viaje (4) en la cual se dan a conocer siete especies nuevas, entre ellas el murciélago llamado *Molossops œquatorianus*, y la ardilla que lleva por nombre *Mesosciurus ferminœ*, aparte de varias subespecies, y se consignan además detalles interesantes sobre otras muchas, representadas en los ejemplares del Museo.

---

(1) Anales de la Sociedad Española de Historia Natural.—Serie 2.ª Tomo IX, páginas 65 a 93. Lámina 1.ª

(2) Boletín de la Sociedad Española de Historia Natural I, 1901, páginas 109 y 307 a 373.

(3) A new South American Bat (Proceed. Biolog. Soc. Washington XXII, página 57.

(4) Mamíferos del viaje al Pacífico etc., por D. Angel Cabrera Latorre. Folleto de 62 páginas en 4.° Madrid, 1917.

Antropología y Etnografía.—La colección Etnográfica constaba de treinta y siete momias, cuarenta cráneos güaraníes, peruanos, araucanos, aimaraes y quichuas; de objetos de oro, de piedra y de barro, de numerosos adornos y vestidos de indios jíbaros, záparos etc., etc., y por último, de armas e instrumentos musicales. Su estudio era incumbencia de D. Manuel Almagro, pero por causas que desconocemos no llegó a realizarse. Felizmente treinta años después de la famosa expedición, D. Luis Hoyos Sáinz, tuvo la ocurrencia laudable de elegir para objeto de su «tésis doctoral», la colección de cráneos arriba citada, y de ella hizo un magistral estudio que ampliado y perfeccionado, ha visto recientemente la luz pública (1). Con fecha muy anterior (2) había publicado ya dos trabajos sobre cráneos de la colección del Pacífico titulados respectivamente «cráneo fúgino del Museo Antropológico de Madrid» y «cráneos Araucanos del mismo Museo». Lo impreso en 1923 y 1924, forma tres memorias cuyo interés puede ser calculado por la simple enunciación de los temas, supuesta la gran competencia del Sr. Hoyos en esta clase de materias. Tuvo éste a su disposición no solamente lo coleccionado por Almagro e Isern, sino también varias series del Museo de París que pudo examinar detenidamente merced a los buenos oficios de los doctores Hamy y Verneau.

En la primera de las tres memorias, después de algunos preliminares relativos al objeto y problemas que se abordan en la misma, a la técnica utilizada en las investigaciones y a las colecciones estudiadas, nos ofrece el Sr. Hoyos Sáinz una síntesis histórica de la expedición de 1862 al Pacífico y una exposición de las deformaciones craneanas que clasifica en *sencillas,* (frontales u occipitales); *dobles:* frontooccipitales (altas o cónicas y aplastadas o cuneiformes); *múltiples*: (compresión lateral); y por último, *diversas y anulares*. El asun-

(1) Actas y Memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía, y Prehistoria. Tomo II, páginas 151-187, 1923, y Tomo III Memorias; páginas 1-37 y 185-230, 1924.

(2) Revista de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. Madrid-Diciembre de 1911 y Enero de ídem.

to verdaderamente complicado de la aplicación de la fotografía al estudio de las deformaciones y la clasificación etnográfica de las razas peruanas y bolivianas, completan la referida Memoria. La segunda, está consagrada al examen y descripción de las deformaciones craneanas tanto masculinas como femeninas y a los caracteres métricos de los cráneos, y por último, la tercera al estudio de los cráneos normales americanos procedentes de Chiu-chiu (Bolivia), de la Hacienda de las Infantas (Perú) y de otras localidades de aquellos países.

El Sr. Hoyos ha tenido a la vista al componer sus trabajos, cuanto se ha publicado antigua y modernamente acerca de esta materia y sus investigaciones llevan el sello de un criterio personal seguro e inspirado en los últimos adelantos.

También los Sres. Barras de Aragón (D. Francisco de las), actual Catedrático de la asignatura de Antropología en la Universidad Central y Medina (D. M.), han hecho unos notables estudios sobre algo de lo traído por la Comisión de Naturalistas españoles, titulados «Notas antropológicas» y «Momia» existente en el Museo de Historia Natural de la Universidad de Sevilla, procedente de Chiu-chiu, traída por la Expedición del Pacífico (1).

---

(1) Memorias de la Real Sociedad Española de Historia Natural. Tomo XXVI Año 1897. Actas, pág. 43.

Datos biográficos de los miembros de la "Comisión del Pacífico"

Al terminar la historia de la «Expedición al Pacífico», parécenos oportuno publicar los datos biográficos que hemos podido recoger acerca de los Naturalistas que la llevaron a cabo, como complemento de ella y para tributar así un modesto homenaje a aquellos sufridos viajeros que no dudaron en sacrificar en aras de la Ciencia su salud y hasta su vida, teniendo por norma el cumplimiento de un deber del que podían considerarse relevados desde el momento en que se vieron abandonados, siendo los únicos de cuantos intervinieron en esta empresa que supieron mantenerse en su lugar, fieles al cumplimiento de la misión que la patria les había confiado.

D. Patricio M.ª Paz y Membiela.

Aunque poco afortunados en nuestras gestiones encaminadas a reunir datos para la biografía del que fué Presidente de la Comisión, hemos podido, sin embargo, allegar algunas noticias de su vida y tejer con ellas un modesto recuerdo, que aun así, creemos sea lo único que se le ha dedicado.

El Presidente de la Comisión Científica del Pacífico había nacido en El Ferrol el año 1807, y era descendiente de noble estirpe. Su padre D. Rafael M.ª Paz y Fuentes, desempeñó el cargo de Fiscal General de Guerra y Real Hacienda, y al solicitar el ingreso de D. Patricio en la Real Armada el año 1820, suplicó aquél al Rey le dispensase de presentar las pruebas de nobleza, por haberlo hecho ya con sus otros hijos, D. Luciano y D. Angel.

En 19 de Diciembre de 1820, fué ascendido a Guardia Marina; nueve años después al grado de Alférez de Navío, y en 1837 a Teniente de Fragata. Durante su época de servicio no faltaron para el Sr. Paz y Membiela horas de amargura y peligros muy graves. Hallándose en 1826 a bordo de la fraga-

ta «Perla», que formaba parte de la Escuadra del General D. Angel Laborde, sufrió, en los mares de América del Norte, un terrible huracán por espacio de treinta horas, quedando su nave desmantelada por haber perdido la arboladura, el velámen, las jarcias y la obra muerta. Seis años después se repite la escena en el Mediterráneo con la goleta «Nueva María», mandada entonces por el Sr. Paz y Membiela. Dirigíase éste a Niza para cumplir una misión que le había encomendado el Gobierno, cuando fué sorprendido por un temporal que duró veinte horas. Perdió la embarcación su velámen, berga y trinquete, toda la obra muerta, las dos cañas del timón, la bitácora y el primer bote; más al fin, consiguieron salvarla los esfuerzos de sus tripulantes y la serenidad y pericia del Comandante Sr. Paz y Membiela. Con semejante motivo solicitó éste algunos años después la Cruz de Marina de la Diadema Real, que muy justamente le fué concedida, así como también se le había hecho merced del hábito de Santiago en 1832.

Como se ve, el Sr. Paz se hallaba en condiciones de hacer buena carrera en la Armada, pero durante el ya citado temporal de la «Perla» sufrió un golpe en el oído derecho, y la lesión consiguiente determinó una sordera progresiva, que al fin le puso en el duro trance de solicitar el retiro el año 1840. Le fué concedido el grado de Capitán honorario de Navío, negándosele con fecha posterior el de Brigadier, también honorario, de la Armada, que pidió asimismo. Desempeñó algunos años la Comandancia del resguardo en Matanzas (Cuba).

Durante sus prolongados y numerosos viajes por Europa y América había manifestado gran afición a recoger conchas y caracoles, que iba reuniendo y ordenando cuidadosamente, en sus ratos de ocio. Esta circunstancia debió conquistarle sin duda alguna, cierta fama de aficionado a la Historia Natural e influir no poco en el ánimo de aquellos que dispusieron la Expedición Científica del Pacífico, para confiarle el delicado encargo de presidirla. Sea por la razón apuntada, sea porque su navegación por aguas americanas, le había puesto en condiciones de conocer estos países y de ser en ellos, guía

experto o sea finalmente porque el hecho de haber sido marino de la Real Armada, podía servirle de título para fomentar la armonía entre la oficialidad de a bordo, y los individuos de la Comisión, es lo cierto que D. Patricio Paz y Membiela, fué designado para Jefe de los Naturalistas, Amor, Martínez y demás compañeros.

Ya sabemos por lo que se ha expuesto en páginas anteriores el fatal resultado que este nombramiento acarreó para los fines de la «Comisión» y no hemos de volver sobre la incompatibilidad de su carácter con el del Comandante Croquer ni sobre su desacuerdo con los individuos de la Comisión. Naturalistas éstos de profesión, tenían motivos a cada paso para corregir o criticar las decisiones de su Jefe, originándose las desavenencias que tanto perjudicaron al resultado de aquélla hasta que su desacuerdo con el Jefe de la Escuadra le obligó a presentar su dimisión.

Durante su actuación como Presidente de los Naturalistas, se verificó el viaje a través de las pampas argentinas, en el que fué acompañado por Amor, Isern, Espada y Almagro.

No cabe negar mérito a sus viajes y exploraciones ni a su celo de colector conquiliólogo; pero aun en esto figura como estímulo el interés particular al lado del interés por el Museo de Ciencias Naturales, pues D. Patricio, a la vez que recogía para ese Centro, aumentaba también la colección propia, que algunos años después vendía al citado Museo, en la respetable cantidad de 30.000 pesetas.

Ya en España, fué agregado a la Comisión Receptora de las colecciones del Pacífico y tomó asimismo parte muy activa en el arreglo de aquéllas con motivo de la Exposición del Botánico. Terminada ésta, el Sr. Paz desaparece, por decirlo así, de la escena, y el fruto de sus trabajos es objeto de interesantes estudios por parte de D. Joaquín González Hidalgo.

D. Fernando Amor y Mayor.

He aquí otra víctima del olvido y de la incuria. Medio siglo, largo de talle, ha transcurrido ya desde el fallecimiento de este mártir de la Ciencia, sin que hasta la fecha se le haya dedicado ni el homenaje más sencillo ni el recuerdo más modesto. Sólo su retrato, conservado en el Museo Nacional de Ciencias Naturales de Madrid, nos trae a la memoria sus méritos y sacrificios, viajes por tierras americanas y el triste fin de sus días allá en la gran ciudad de San Francisco de California. A subsanar tan lamentable injusticia tienden estas líneas que ahora le consagramos, como tributo de gratitud, aunque pobre y de poca valía.

D. Fernando Amor era hijo de Madrid, donde nació en 1820. Hizo sus estudios en la Universidad Central, cursando Ciencias y Farmacia, recibiendo en 1840 el título de Bachiller en Ciencias Exactas, Físicas y Naturales.

El 45 se doctoró en Farmacia, y un año después fué Catedrático interino del Instituto de Cuenca.

El 47 pasó al Instituto de Córdoba con el mismo carácter de interino y el 51 fué ya nombrado en propiedad; confiándosele además de su asignatura, las de Física y Química. Carecía dicho centro de gabinete de Historia Natural, y el nuevo Profesor recibió el encargo de formarlo cumpliendo a satisfacción su cometido, mediante el sistema de cambios.

Poco tiempo después, la Junta de Agricultura le dió el encargo de dirigir la destrucción de la langosta que alcanzó gran desarrollo por entonces.

En 1849 giró una visita de inspección a este Instituto, el Rector de la Universidad de Sevilla D. Santiago Fernández Negrete, quien expidió acerca de aquel Catedrático, el siguiente informe «D. Fernando Amor y Mayor, soltero, natural de Madrid, de 30 años de edad, es joven de talento, aplicado, aficionado al estudio de las Ciencias Naturales, en las que hace notables progresos. Es de buena presencia, de maneras

finas, bien quisto en la población, apreciado de sus discípulos e indudablemente uno de los mejores Catedráticos del Instituto de Córdoba.»

Por esta época entra D. Fernando en un período de gran actividad científica, sosteniendo relaciones con los entomólogos franceses Tarnier y Marseul y especialmente con sus antiguos profesores Graells y Pérez Arcas. A éste se dirige el 20 de Agosto del 53, en la forma siguiente: «Mi querido amigo: Hace pocos días tuve carta de Mr. Tarnier, quien debía haber pasado a Córdoba si un accidento funesto no se lo hubiese impedido..... La carta que me escribe tiene por objeto ofrecerme sus relaciones científicas y verificar cambios. En seguida le contesté aceptándolas y ofreciéndome para verificar las segundas.....

He estado arreglando el catálogo de las especies de coleópteros para remitirle a Mr. de Marseul y resultan 430 especies determinadas, 40 sin determinar a las que hay que añadir las que D. Mariano tiene, de que no conservo ejemplares y las nuevamente adquiridas en esta campaña.....

En lo que he trabajado mucho ha sido en plantas; las tenía un poco abandonadas, pero he dedicado a ellas todo el año. He hecho subir el número de fanerógamas a más de mil, algunas magníficas.....»

Un año después (5 de Enero del 54), escribe de nuevo al Sr. Pérez Arcas en esta forma: «Mi querido amigo: Ayer recibí la colección de Tarnier; estoy preparando su envío y el de V., que no será tan grande como yo quisiera, pues me es preciso corresponder a dicho señor por lo mucho que me envía, y no quisiera ser menos. Sin embargo, mandaré a V. cuanto pueda, sin perjuicio de repetir en la próxima campaña.

Por aquí se cría el falco *fulvus, imperialis* y *pennatus* y el *Vultur fulvus et cinereus*. Por ahora de todos ellos, poseo solo el ejemplar del colegio. Ignoro cuándo podré reunir algunos, pero ya está hecho el encargo, y conforme vayan cayendo serán mandados.....

D. Fernando, siguió con la misma constancia sus trabajos y su correspondencia científica tanto con los españoles como

con los franceses Fairmaire, Chevrolat y otros, durante los años siguientes hasta 1862.

El año 58 preparó además colecciones de maderas acometidas por insectos, para la Escuela de Montes, Universidad de Sevilla, Instituto de Córdoba, etc.

Estos trabajos no fueron obstáculo para el cabal desempeño de otras comisiones que le confiaron diversas entidades oficiales. En 1849 fué nombrado miembro de la Comisión Provincial, para informar al Gobierno de S. M. sobre las pesas y medidas de la provincia. En 1850, individuo de la Comisión encargada de promover la concurrencia a la Exposición Universal de Londres; un año después, representante de la Junta de Agricultura de la provincia de Córdoba, para informar sobre el resultado de un ensayo de navegación por el Guadalquivir por un nuevo sistema de balsas, para la conducción de trigos, aceites y otros productos agrícolas. En este mismo año recibió del Alcalde Corregidor de Córdoba, el encargo de practicar los análisis de artículos sospechosos.

En 1854, es nombrado vocal de la Comisión encargada de promover la concurrencia a la Exposición Universal de París y algunos meses después, la Diputación y la Junta de Agricultura provinciales, elígenle para representante suyo en la citada exposición, con el fin de que estudie allí los progresos agrícolas.

La Diputación, le da las gracias con fecha posterior, por el buen desempeño de su cometido y le encarga la formación de la correspondiente Memoria que había de imprimirse a expensas de la misma Diputación.

Como acabamos de ver, D. Fernando Amor era por estas fechas persona de nombradía y prestigio justamente adquiridos y de aquí el interés con que muchas corporaciones científicas le llamaron a su seno.

El 47 fué elegido Socio Corresponsal de la Academia Escolapia; el 52 le invita el Comité de Candidaturas de la Academia Nacional Agrícola, Manufacturera y Comercial de París, a pertenecer al número de sus miembros; el 53 recibe el nombramiento de individuo de la Sociedad Entomológica

de Francia; el 54 el de miembro de la Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba y el 56 idéntico título del Círculo Científico y Literario de Málaga. También mereció una medalla en la Exposición Universal de Londres del año 1851, por la colección de minerales de la provincia de Córdoba, que mandó allí, e idéntico galardón en la de París del 55 por la de insectos que atacan al arbolado. Con este motivo redactó un trabajo de positivo valor, titulado «Estudios sobre la Agricultura en sus varias aplicaciones, hecho en la Exposición Universal de París» (1).

El 57 tuvo lugar en Madrid la Exposición Agrícola Española, y D. Fernando no sólo promovió la concurrencia a ella, sino que también presentó en la misma una colección forestal muy completa de la provincia de Córdoba, ostentando además la representación de ésta.

Fué también individuo de la Comisión nombrada con objeto de redactar las bases para el reglamento de la Escuela de Agricultura, que según R. O. debía establecerse en Córdoba.

En 1859 hizo un viaje a Marruecos que duró desde el 19 de Julio al 7 de Agosto. Estuvo en Tánger y en Tetuán, y llevó a cabo numerosas excursiones a diferentes localidades, recogiendo curiosos e interesantes datos acerca de las costumbres de moros y judíos, aparte del material botánico y zoológico abundante y selecto. Al regresar dió sus impresiones a la estampa, primero en el periódico «Andalucía», y después en un libro ameno y atractivo por la viveza y el gracejo de su estilo (2).

El año 1862 fué trasladado al Instituto de Valladolid; tomó posesión de la cátedra hacia el 20 de Mayo, y cuatro días después, recibía carta del Sr. Pérez Arcas, invitándole a formar parte de la Comisión del Pacífico. No vaciló un momento D. Fernando: esta empresa era, en primer lugar, muy ade-

(1) Un vol. en folio menor publicado por la Diputación Provincial de Córdoba.—1856.

(2) Recuerdos de un viaje a Marruecos.—Sevilla.—1859.—Un volumen en 4.° de 115 págs.

cuada a sus entusiasmos de naturalista y a sus aficiones de explorador y le proporcionaba, por otro lado, un recurso insustituíble para salvar ciertos compromisos a que le había conducido su exaltado romanticismo. «Estoy pronto a marchar, contestó él, suceda lo que suceda en Córdoba». En efecto, dos meses después embarcaba en la fragata «Nuestra Señora del Triunfo» para aquel viaje del cual no había de volver.....

Quedan ya consignados en esta historia los principales episodios que tuvieron lugar en la navegación desde Cádiz hasta el Brasil. Al llegar los expedicionarios a la Isla de Desterro, Amor escribe a Pérez Arcas la siguiente carta con fecha 17 de Noviembre del 62. Mi querido Laureano. Aquí nos tienes a Paz, Martínez, Espada y a mí que venimos a pasar quince días por consejo de inteligentes, porque esperábamos que esto produciría más que Río Janeiro y sobre todo más que Montevideo donde ahora debíamos estar. Pero, amigo, también nos hemos llevado chasco. Insectos apenas se encuentran por la mala estación, pues aquí, contra lo que creíamos hay su invierno que es el que ahora está acabando.

Moluscos tan pocos, que hay días en que Paz y Martínez se vienen sin uno y lo poco que encuentran insignificante. Esto es una pena, Laureano; es un viaje magnífico como viaje, pero que nos aflige como Naturalistas. Nos matamos a trabajar, *algunos*, y todo lo que hacemos es nada. Las cosas se necesita verlas para saber lo que pasa; cada día nos convencemos más. El reino vegetal magnífico; es lo único que produce en esta estación. Mariposas, algunas, pero las grandes y magníficas vuelan como águilas, se meten en la arboleda impenetrable y si logras alguna saliendo hecho un San Lázaro, te las hallas en la manga con las alas destrozadas. Así se explica que los colectores de Río y Bahía, no las adquieran más que de larvas.

Esto, y unido a ello los disgustillos interiores de la Comisión, acibaran continuamente la ilusión y alegría, de viaje tan magnífico.

Yo, además de mis insectos y rocas (estas formarán una

serie no interrumpida de todos los terrenos que pisamos y es de lo que estoy satisfecho), me ocupo de un *diario extensísimo* para que sirva de base al *viaje pintoresco,* lo cual me hace no dormir ninguna noche más de *tres horas.*

El General me rogó fuera el que mandase la crónica a los periódicos de esa y tuve que darle gusto.

Ya he remitido a «La España» (que es el periódico que él quiere), dos cartas, una desde Cabo Verde y otra desde Bahía, pero ni una ni otra han venido insertas (1), atribuyéndolo a que no habiendo sido franqueadas, no las hayan querido recibir. Así, pues, te remito la tercera, primero para que corrijas si tiene algún defecto, pues ha sido escrita de batalla y en tres horas, segundo para que, si prefieres la inserte nuestro amigo Cuenca u otro amigo tuyo, lo hagas a tu gusto. En cualquier caso, necesito que se remita un número al Emperador del Brasil, dirigiéndola al Ministro de Estado en Río Janeiro, otro al Ministro residente español en la misma capital, otro al General Pinzón, otro a mi cuñado D. Isidro Ruiz Dana, en Córdoba, otro a Matilde Merás en ídem, y otro al Rector de la Universidad de Valladolid. Paz y Martínez te escriben, por lo mismo yo no me extiendo más en algunas cosas.

Ya sabrás que hasta ahora nadie hemos recibido carta de España, sin duda por la falta de franqueo, así, pues te ruego me escribas repitiéndome todo lo interesante que antes me hayas dicho....

La colección de aves ha sido comprada. Para *inter nos habrá hecho* (2) *hasta ahora unas cuarenta, que no sirven sino para tirarlas.....*

Hemos relatado ya oportunamente el viaje de Amor, Paz, Martínez e Isern, desde Buenos Aires a Valparaíso, a través de las Pampas argentinas. Terminado aquél, hubieron de resignarse a permanecer en la segunda de dichas capitales y en

(1) Lo fueron con fecha posterior y constan, de consiguiente, en el citado periódico.

(2) Se refiere al disecador Puig.

las poblaciones próximas, por exigencias de la Escuadra, a cuyos movimientos se hallaban sometidos.

A principios de Abril del 63, salió por fin D. Fernando para las minas de Copiapó y Cañarcillo y el Desierto de Atacama, dedicándose por espacio de tres meses a preparar una colección de rocas y minerales de cobre, plata y oro, valuada, según Almagro, en *cinco mil pesos*. Al terminar su campaña, sintió Amor los efectos de aquel clima mortífero y las consecuencias funestas de tantas fatigas y privaciones. Pronto aparecieron los síntomas de una dolencia hepática que agotó rápidamente sus energías. Se le embarcó en la fragata «Triunfo» y le fué tan perjudicial el viaje, que llegó a San Francisco de California en un estado de suma gravedad. Trasladado al Hospital francés, dejó de existir el día 21 de Octubre de 1863, a las ocho de la noche.

Noticioso de la desgracia el Sr. Arzobispo de aquella ciudad, D. José Sadoc Alemani, dominico español, ordenó se le preparase una sepultura digna en el cementerio de *Monte Calvario*, y allí fué conducido el cadáver del infortunado Naturalista, acompañándole Puig, Gavey, Pérez de Lora y algunos amigos más.

D. Fernando confió al Médico las alhajas, el diario y apuntes y la cantidad de mil pesos, para que lo entregase a sus herederos, pero desgraciadamente no llegaron a su destino, por haber desaparecido en el incendio de la fragata «Triunfo».

He aquí cómo terminó sus días D. Fernando Amor, primera víctima de la expedición científica del Pacífico.

No faltan en la Ciencia nombres de especies que recuerden el de este insigne Naturalista español; así lo atestiguan, el *Dorcadion Amori* Pérez Arcas, el *Largus Amori* Bolívar, *Helix Amori* Hidalgo, *Buprestis Douei* Luc. var., *Amori* Grlls., *Mylabris Amori* Grlls., *Asida Amori* Pérez Arcas, *Rhipidius Amori* C. Bolívar.

De sus publicaciones se han citado ya las principales.

D. Francisco de Paula Martínez y Sáez.

Era madrileño y vino al mundo el 30 de Marzo de 1835. Su cristiana familia infundió en él desde la misma infancia aquellas virtudes cívicas y religiosas que fueron su principal adorno, durante toda la vida, impulsándole por el camino de la honradez más acrisolada y de la piedad más profunda.

El año 1848 dió principio a los estudios de Humanidades y Filosofía, obteniendo en 1851 el título de Bachiller.

En 1853 se matriculó en Ciencias Naturales y tres años después consiguió la Licenciatura en las mismas.

Seguidamente hizo los estudios del Doctorado y a los pocos meses recibió el nombramiento de Ayudante de las clases de esa sección trabajando además con gran celo y constancia, en el arreglo y clasificación de los vertebrados del Museo.

En 1861-62 desempeñó, gratuitamente, la clase de Mineralogía y Botánica de la Universidad Central.

En 1862 obtuvo, en virtud de oposición, la Cátedra de Historia Natural del Instituto de Teruel, y poco después se prestó gustoso a formar parte de la Comisión Científica del Pacífico con el carácter de Secretario de la misma y el encargo de coleccionar peces, moluscos y zoófitos.

D. Francisco de P. Martínez tomó la ruta de América henchido de juveniles entusiasmos y de halagadoras ilusiones, pero la triste realidad vino muy pronto a desvanecerlas, y a poner ante sus ojos la imprevisión con que nuestros gobernantes le habían lanzado a una aventura verdaderamente temeraria. Así lo comprendió desde los primeros días de navegación y así lo hace constar en carta dirigida al Sr. Pérez Arcas desde la Isla de Desterro, en el Brasil, con fecha 18 de Noviembre de 1862. «Me encuentro, dice, bien de salud, aunque con algunas incomodidades de cabeza, sobre todo en los primeros días de llegar a esta población, mas eso cesará, pues el clima va siendo cada vez más análogo al de España. El decirle a V. las bellezas del país, lo creo excusado, pues puede

figurarse que rodeado de objetos tan diferentes de los del nuestro, ha de sentirse uno extrañado.....

Si viniese alguna vez a estas tierras vería que si bien es cierto que hay una vegetación asombrosa, animales extraños, etcétera, las dificultades para proporcionárselos son iguales a las de Europa, añadiendo las inherentes a la naturaleza del terreno, clima, estación, tiempo, espacio, etc. Yo le puedo asegurar que he hecho cuanto ha estado en mis facultades, aun exponiendo mi salud por salir con el mayor ardor del sol, estar noches enteras en un bote, etc., y el resultado ha sido pasar muy malos ratos, por no conseguir lo que esperaba.

Las cosas más interesantes en el Brasil están en el interior y en el Norte y nosotros no hemos tenido tiempo para internarnos, ni ha habido nunca el orden suficiente para que esto pudiera efectuarse.

Cotejando las cartas de Paz (de las que pocas me ha leído) verá los vaivenes que hemos experimentado en lo relativo a los medios que nos ha proporcionado la Escuadra, en la que se nos considera *como llovidos,* pues no hay cosa alguna oficial que les obligue a proporcionarnos los medios necesarios. El General siempre tratándonos bien, el Comandante, como súbditos, distinguiéndonos en lo que permite su tremendo carácter. Verá que de este modo marchamos bien en cuanto a esto, pero yo indicaré a V. que a bordo de un buque de guerra, existe una porción de obstáculos que hace imposible el desempeño de una comisión análoga a la nuestra.

Así lo reconocen todos los marinos; se entiende cuando las cosas no están bien dispuestas y en Cádiz se creyó que con proporcionar punto donde dormir a los de la Comisión, bastaba; lo que equivale a decir, que *no se pensó en nada absolutamente.*

Mi ignorancia de lo que es un barco (pues nunca me embarqué hasta hacerlo para el viaje), me hizo meterme en esta empresa, que nunca jamás me pesará de haber emprendido como viajero, pero sí como Naturalista amigo de cumplir bien con un encargo que se me confió. Así se explica la necesidad de vivir en tierra, cosa que en un país extremadamente caro,

como es este de América, hará que volvamos a esa sin honra y sin dinero». He aquí las primeras impresiones transmitidas por Martínez a Pérez Arcas en la primera etapa del viaje.

Hemos visto ya que le correspondió continuar en la «Triunfo», mientras Espada navegaba en la «Covadonga» y Paz, Almagro, Amor e Isern, hacían el viaje por las Pampas argentinas. Esta circunstancia le acarreó grandes molestias y sufrimientos, para los cuales no encontró lenitivo ni siquiera en sus compañeros Puig y Castro, cuyo proceder distaba mucho de serle grato.

Desde Valparaíso vuelve Martínez a dirigirse al Profesor Pérez Arcas, y la carta refleja ya una dosis enorme de contrariedad y de amargura. «Sigue, dice, la mala fe del Comandante, en términos que no deja hacer nada. Cerca del Cabo de Hornos, prohibió cazar pájaros-carneros, sólo tenemos dos. Nunca se nos da bote más que por dos horas útiles, ni hay donde colocar nada en nuestros camarotes, que jamás se limpian y son depósito, cuando estamos en tierra, de balas, carabinas, palanquetas, cajones viejos y hasta ropa sucia de los criados del Comandante. Ha llegado a su último límite la mala fe y la humillación. Todo cuanto se diga es poco». Lo restante de ésta, es ya de tonos tan subidos, que no nos atrevemos a trasladarlo aquí.....

Queda consignado en el capítulo que antecede, el comportamiento caritativo y fraternal de Martínez, durante la enfermedad y muerte de Amor. A pesar de no inspirarle gran simpatía el Sr. Paz, también mostró con éste una conducta noble y caballerosa. Fué un fiel Secretario, le asistió con prudentes consejos y tuvo para él, en momentos difíciles, frases de consuelo y aliento.

Vuelto el Presidente a España y habiendo fallecido el Vicepresidente D. Fernando Amor, quedó, por su categoría, como Jefe de los Naturalistas el Sr. Martínez y Sáez. Su gestión fué tan acertada, que poco después pudo escribir a Pérez Arcas las siguientes frases: «me aprecian y he conseguido que me respeten por el medio más difícil y más satisfactorio, la benevolencia para con ellos. Todos los compañeros, fuera de población, son excelentes y trabajadores.....»

Martínez había concebido el proyecto del *gran viaje* desde el momento en que tuvo a su cargo la dirección de sus compañeros, y cuando dieron éstos el necesario beneplácito, entonces se dirigió aquél al Ministro español de Fomento, para que lo autorizase y proporcionase los recursos convenientes.

Seca y hasta desabrida fué la respuesta de éste, pero así y todo, se accedió a lo pedido y Martínez hubo de comenzar los preparativos instruyendo y contratando después dos disecadores indios que sustituyesen a Puig, con quien no se podía contar. Antes de que la citada respuesta llegase a manos de los Naturalistas, decidieron éstos trasladarse a Quito para disponer aquí con la debida calma los preparativos del *gran viaje* cuya historia hemos relatado ya en la segunda parte del presente trabajo.....

De vuelta a España fué nombrado Martínez individuo de la Comisión encargada de la redacción de la obra científica del viaje al Pacífico, encargándole parte de los moluscos; se le dotó con 2.000 escudos de sueldo, hasta tanto que alcanzase esa cantidad en su carrera, reconociéndole además el derecho a ser nombrado Catedrático supernumerario de la Facultad de Ciencias de Madrid.

En 1867 pasó por concurso al Instituto de Oviedo, y un año después fué trasladado al de Jerez.

El 72 le nombraron Catedrático de Zoografía de Vertebrados de la Universidad Central, con la obligación de renunciar a beneficio del Estado, la diferencia entre el sueldo de 5.000 pesetas que disfrutaba, por la expedición del Pacífico y el menor que le correspondía como Profesor de entrada. Con esta fecha comienza para Martínez un período de gran actividad científica que se traduce en multitud de trabajos de índole muy diversa.

El año 1871 figura entre los fundadores de la Sociedad Española de Historia Natural y su nombre aparece ya en las actas de ésta, desde las primeras sesiones. El 72 dió a la imprenta su trabajo titulado «Moluscos del Pacífico». Parte 2.ª. Desde esta fecha se consagra principalmente al desempeño de su Cátedra de vertebrados, sin abandonar el cultivo de

sus aficiones entomológicas. Realiza numerosas excursiones por la Península, siempre a sus expensas, para recoger insectos, en especial coleópteros, y adquiere con sus recursos multitud de monografías para el estudio de esta especialidad. Fruto de los citados esfuerzos y de cambios con entomólogos extranjeros, fué su magnífica colección de coleópteros que llegó a sumar 35.895 ejemplares y 8.393 especies (1). No por esto dejaba de trabajar en el arreglo y clasificación de las colecciones de vertebrados del Museo, y en el aumento de las mismas. Iba también preparando su libro de texto que salió a luz en 1879 para facilitar a los alumnos el estudio de la asignatura y, por cierto, sin la esperanza de resarcirse de los gastos de la impresión, dado el exiguo número de aquéllos que acudía entonces a las aulas de la Sección de Ciencias Naturales.

El Consejo de Instrucción Pública emitió acerca de esta obra un juicio por demás halagüeño, declarándola de mérito para que su autor ascendiera en categoría.

Sus estudios no le quitaban tiempo para entregarse a ejercicios piadosos y a obras caritativas, muy en consonancia con sus cristianos sentimientos. Figuró desde joven en la extrema derecha y era socio de las Conferencias de San Vicente de Paúl y de varias Congregaciones religiosas. Sumamente ordenado, metódico y detallista en todas sus cosas, tuvo la energía suficiente para someter su vida a un método de severidad y modestia, que le impidió crearse necesidades de esas que traen consigo gastos supérfluos.

Gloriábase de haber ahorrado siempre alguna cantidad desde que cobró su primer sueldo; pero semejantes ahorros, lejos de constituir un síntoma de avaricia o de tacañería, eran por el contrario el *tesoro de los pobres,* pues D. Francisco los empleaba en socorrer ajenas necesidades. En cierta ocasión referíale, con pena, una pariente suya, el duro trance en que se hallaba determinada joven a quien la falta de una cantidad respetable le impedía seguir su vocación, después

(1) Esta colección se halla en la actualidad en poder de D. Jorge Lauffer.

de haber dado ya en ella los primeros pasos. Oyó aquél en silencio el relato de su allegada, marchó seguidamente a su domicilio, y algunas horas más tarde, volvía de nuevo a verla, trayendo 3.000 pesetas, que donó espontánea y generosamente para el fin indicado.....

Era Martínez de regular estatura, más bien bajo que alto, no corpulento, de aspecto fino, con cierto aire de modestia rayana en timidez, pacato y suave en sus modales y mesurado en sus acciones. A estas características hacía contraste muy singular su genio algo zumbón, siempre, por supuesto, dentro de los límites de la delicadeza. Trataba a sus discípulos como a hijos y esto hacía que sus frecuentes bromas sonasen más bien a caricias paternales. Conservó su ecuanimidad y buen humor hasta los últimos años de su vida y sólo la muerte de su amante esposa le hizo perder aquel optimismo envolviéndole en un velo de tristeza.

Llegó a una edad avanzada y fué casi el único de los Naturalistas de la Comisión del Pacífico, que gozó de salud después de regresar de tierras americanas. Fué socio fundador de las Sociedades de Historia Natural y Geográfica de Madrid, Miembro de las Sociedades Entomológicas de Francia, Berlín, Stetin y Científica de Bruselas.

Era además, Comendador de la Real Orden Americana de Isabel la Católica desde 1866.

Especies dedicadas al Dr. Martínez y Sáez.

El Dr. Hidalgo le dedicó el *Helix Martinezii* y la *Ampullaria Martinezi.*

Los Naturalistas franceses Villefroy y Allard le dedicaron respectivamente, el *Tapinopterus Martinezii* y el *Bruchus Martinezii;* D. Laureano Pérez Arcas, un cerambícido, e *Dorcadion Martinezii;* D. Serafín Uhagón, un estafilínido, el *Sunius Martinezii;* D. Ignacio Bolívar, un locústido, el *Platystolus Martinezii,* y un blátido americano, *Zetobora Martinezii* y también uno de los géneros recogidos por Martínez en América, con el nombre de *Martinezia,* y por fin un hemíptero del Napo, *Largus Martinezii.*

Relación de sus trabajos científicos:

La respiración de los vegetales. Ms. de 6 fojas 4.°

Nutrición de los vegetales. Ms. de 7 fojas 4.°

Sobre la utilidad del estudio de los insectos. Ms. 6 fojas 4.°. Constan los tres, en su expediente académico.—Archivo de la Universidad Central.

Discurso leído ante el Claustro de la Universidad Central por el Licenciado D. Francisco de Paula Martínez y Sáez, en el solemne acto de recibir la investidura de Doctor en Ciencias Naturales. Madrid, 1868. Folleto de 24 páginas en 4.°. *Trata de las utilidades que reporta la Agricultura del estudio de los insectos.*

Moluscos del Pacífico. Parte 2.ª. Bivalvos marinos. Un vol. de 78 págs. en fol. Madrid, 1869.

Sobre el *Hetœrius hispanus* y *Marseuli* (Anales de la Sociedad Española de Historia Natural).

Estragos del *Colaphus ater,* en las plantas (ibid.).

Sobre localidades españolas de la *Piochardia lepismiformis, Mecognathus cribellatus, Triplax Marseuli* y *Lycoperdina penicillata* (ibid.).

Indicación en España del *Necrodes littoralis* (ibid.).

Datos sobre coleópteros de Cuenca, con lám. col. (ibid.).

Descripción de coleópteros de España, con lám. col. (ibid.).

Nota sobre mamíferos americanos (ibid.).

Sobre el melanismo del *Canis vulpes* (ibid.).

Sobre la patria de la *Clythra appendicina* (ibid.).

Sobre ejemplares de cinco ofidios americanos (ibid).

Sobre localidades españolas de dos mamíferos (ibid).

Sobre una localidad española de la *Lissa chiragra* (ibid.).

Sobre cuernas trabadas del *Blastocerus campestris* (ibid.).

Denominación de himenópteros recogidos en España (ibid.).

Sobre localidad española del *Lixus augurius* y variedad de la *Leptura rufa* (ibid.).

Determinación del *Herpeton tentaculatum* (ibid.).

Determinación y observaciones acerca de 38 ofidios de la fauna índica (ibid.).

Noticias sobre el *Moloch horridus* (ibid).

Sobre el *Chamæleo owenii* y la *Vípera nasicornis* (ibid.).

Nueva localidad del *Saprinus cruciatus* (ibid.).

Observaciones relativas al *Labidostomis Ghiliani* (ibid.).

Determinación de 11 especies de reptiles y anfibios españoles (ibid.).

Hallazgo en España de la *Myogalea pyrenaica* (ibid.).

Nomenclatura de la *Anacæna bipustulata* y localidades españolas del *Rhinolophus siculus* y *Cossyphus moniliformis* (ibid.).

Indicación de nombres vulgares de 26 especies de aves encontradas en España (ibid.).

Observaciones sobre el género *Pœcilus* (ibid.).

Determinación de 12 especies españolas de reptiles y anfibios (ibid.).

Sobre localidades españolas de reptiles y anfibios (ibid.).

Sobre localidades españolas del *Oloperus manus* y *Pœcilus nitidus* (ibid.).

Clasificación y noticias sobre una colección americana del Museo de Madrid, de 27 especies de ofidios, seis saurios y cinco anfibios (ibid.).

Examen de retratos indígenas de Nueva Zelanda y Tasmania (ibid.).

Noticia sobre el *Histiophorus belone*, indicado por primera vez en España (ibid.).

Localidad española del *Harpalus kabilianus*.

Sobre metamorfosis de algunos bactracios dentro del huevo.

Noticias sobre ocho especies de vertebrados de Filipinas.

Distribución metódica de los vertebrados. Un volumen de 528 pág. en 8.º mayor. Madrid, 1879.

Especies nuevas para la Ciencia descritas por el Dr. Martínez y Sáez.

Chlænius proximus, Orthomus Perezii, Zabrus Castroi, Z. notabilis, Rhizotrogus Zapaterii, Bolivarii, Mylabris Uhagonii, Asida alonensis, Asida Ricoi, Acalles Graellsii y Strophosomus elongatus.

D. Manuel Almagro y Vega.

Nació en Matanzas (Cuba) el 8 de Septiembre de 1834, y fueron sus padres D. Manuel Almagro y Bellido y D.ª María de las Nieves Vega y Ramírez.

Hizo sus primeros estudios en el Instituto de 2.ª Enseñanza de la Habana y comenzó la carrera de Medicina en aquella Universidad, aprobando el primer año en el curso de 1850-51. En esta segunda fecha se trasladó a Madrid, matriculándose en San Carlos, donde ganó la Terapéutica, Patología Quirúrgica, Obstetricia y Patología Médica y Anatómica, con las calificaciones máximas.

En 1854 pasó a París, continuando sus estudios en la Sorbona, hasta 1862, en que terminó su carrera.

En 1857 fué nombrado, en virtud de concurso, alumno interno de los Hospitales de Medicina y Cirugía de París, ejerciendo su profesión el año 1858, en el *Hospital de Niños,* el 59 en el *Hotel Dieu* y en el *Hôpital de la Pitié* desde el 60 al 61. Después de su regreso a España, previa legalización de sus estudios, cursó en Madrid las asignaturas de Historia de la Medicina, Clínica Médica, Medicina Legal y Toxicología, todas las cuales aprobó en 1862, después de concedérsele por R. O. de 26 de Mayo del mismo año, la autorización correspondiente para incorporar a la Facultad de Medicina de esta Corte, los estudios realizados en la Universidad de París.

Un mes después hizo los ejercicios de la Licenciatura, obteniendo la calificación de *Sobresaliente,* y a los pocos días tomó parte en las oposiciones al Cuerpo de Sanidad Militar; ingresó en éste por R. O. de 24 de Julio y fué destinado como 2.º Ayudante Médico al 2.º Batallón del Regimiento de Asturias, al que no llegó a incorporarse por habérsele concedido a instancia suya, y en R. O. de 29 del citado mes, el pase al Ejército de la Isla de Cuba, con el empleo de 1.er Ayudante supernumerario.

Almagro había frecuentado en París las sesiones de la Sociedad de Antropología, de la cual era miembro, manifestando gran afición a esta Ciencia. Al organizarse por aquellos días la expedición al Pacífico, fué invitado a formar parte de la misma, con el carácter de etnógrafo y, a pesar de su reciente enlace, no vaciló un momento en aceptar el puesto que se le ofrecía, ilusionado con esta empresa que tantos frutos podía producir para sus estudios predilectos.

Almagro fué siempre un elemento de orden y un camarada fiel de sus compañeros de expedición.

Como Médico les prestó excelentes servicios y como explorador fué uno de los cuatro que hicieron la travesía de las Pampas argentinas recogiendo interesantísimos datos, de los cuales sólo una parte muy pequeña ha llegado hasta nosotros.

A su arribo a las Canarias, gestionó del Gobernador de Tenerife, recabase para el Museo Antropológico de Madrid tres magníficas momias yacentes, de antiguos guanches, y gracias a uno y otro vinieron a España dichas momias que constituyen hoy una de las joyas más preciadas del citado Museo (1). El número de éstas venido de la expedición al Pacífico, asciende a 37.

Almagro no sostuvo correspondencia con los Sres. Pérez Arcas y Graells, sin duda por no haber sido discípulo de éstos, ¡lástima grande!, pues así como se conservaron entre los papeles de aquéllos las cartas de Martínez, Espada, Isern y Amor, lo mismo hubiese ocurrido con las del antropólogo, en las cuales se hallarían sin duda alguna noticias de gran interés para nuestra historia.

Fué también éste uno de los cuatro, que sin arredrarse ante los peligros y privaciones del *gran viaje,* se aventuró a emprenderlo, uniendo su suerte a la de Martínez, Isern y Espada.

(1) Almagro se lamenta en su «Breve descripción de los viajes hechos en América por los Naturalistas españoles», pág. 9, de que no se hubiesen remitido a su destino las momias citadas, pero no se hallaba en lo cierto. Aquéllas estaban en Madrid, bien que abandonadas en un desván, donde las encontró el Profesor Sr. Antón.

Almagro llegó a Madrid de vuelta de la expedición, en la primera quincena de Enero de 1866, y tomó parte en los preparativos para la Exposición del Botánico.

En virtud de R. O. del 13 de Julio del año dicho, fué destinado a Cuba con el doble objeto de atender a su salud y redactar la memoria correspondiente a la comisión que se le había conferido en el viaje al Pacífico. Un mes después, se le concedió de R. O. el empleo de Médico Mayor supernumerario, en recompensa de los servicios prestados en la citada comisión. En 5 de Septiembre del 66 llegó Almagro a la Habana.

El Gobierno español le concedió, como a los Sres. Martínez y Espada, una pensión, reclamándole, varias veces, la prometida Memoria sobre los viajes por las Américas y a fin de que pudiese darla cima se dispuso en R. O. del 12 de Agosto del 67 no se le distrajese del trabajo especial que desempeñaba. ¿Terminó Almagro su tarea? y en caso afirmativo ¿llegó a Madrid el fruto de su labor?, he aquí lo que no hemos podido averiguar, después de prolongadas y minuciosas pesquisas.....

Hay en la vida de nuestro etnógrafo un hecho sumamente honroso que constituye nueva demostración de aquellos sentimientos humanitarios de que tantas veces había hecho gala en sus peregrinaciones por el Nuevo Mundo. Es el siguiente: En 1867 apareció en Cuba la epidemia del cólera, causando numerosas víctimas. Almagro estaba relevado de todo servicio en virtud de la R. O. arriba mencionada, mas a pesar de esto, se presentó desde el primer momento a las autoridades ofreciendo su cooperación, y una vez aceptada asistió con gran solicitud y constancia a los enfermos del hospital militar desde el 11 de Noviembre hasta el 31 de Diciembre, mereciendo los elogios del vecindario de la Habana y las gracias que le dió oficialmente el Excmo. Sr. Capitán General de aquella isla.

Con fecha 11 de Julio de 1868 la citada autoridad tuvo a bien disponer que fuese dado de alta en el servicio activo, siendo destinado al hospital militar de dicha ciudad, donde prestó servicio hasta el día 22 de Diciembre del mismo año

en que, a petición propia, le fué concedida la licencia absoluta.

Desde esta fecha se consagró Almagro a la vida de familia en el hogar doméstico, viviendo tranquilo por espacio de bastantes años.

Escribió la obra que lleva el título siguiente:

«Breve descripción de los viajes hechos en América por la Comisión Científica enviada por el Gobierno de S. M. C. durante los años 1862 a 1866. Acompañada de dos mapas y de la enumeración de las colecciones que forman la Exposición Pública, por D. Manuel de Almagro, Doctor en Medicina de la Facultad de París, revalidado en la de Madrid, ex Médico interno de los hospitales civiles de París, Miembro de la Sociedad Imperial Zoológica de Francia, de la Médica de Observación, Anatómica y de Antropología de París, Miembro de la Academia Imperial de Medicina de Río Janeiro, 1.er Ayudante de Sanidad de la Isla de Cuba, Individuo encargado de las Secciones Etnográfica y Antropológica de la Comisión Científica del Pacífico, etc., etc.

Publicada de orden del Ministerio de Fomento. Madrid, 1866. Un vol. en 4.º mayor de 174 págs.»

D. Marcos Jiménez de la Espada.

He aquí la figura de más relieve entre los que compusieron la Comisión Científica del Pacífico. Dentro de España, y más aún fuera, el nombre de Espada es pronunciado con respeto profundo así por americanistas como por muchos cultivadores de la Historia Natural, merced a múltiples trabajos y valiosos descubrimientos que le han creado una reputación sólida y duradera. Al recordar hoy su vida, bien pródiga por cierto en sacrificios y privaciones, abrigamos la convicción de que sus admiradores aceptarán gustosos este homenaje modestísimo, que ofrecemos a su memoria, impulsados por un sentimiento de estricta justicia y de legítimo patriotismo.

D. Marcos Jiménez de la Espada nació en Cartagena el 5 de Marzo de 1831. Hizo sus primeros estudios en los Institutos de Valladolid, Barcelona y Sevilla, y en esta capital obtuvo el título de Bachiller en Filosofía el 21 de Marzo de 1850.

Cursó después en Madrid la carrera de Ciencias en su Sección de Naturales, y se graduó de Licenciado el 15 de Mayo de 1855, escribiendo con este motivo una disertación sobre el tema siguiente: «Los anfibios de Blainville y los Batracios de Cuvier, forman una clase aparte» (1).

En 1853 hizo sus primeras oposiciones a causa de hallarse vacante la Ayudantía de las clases de Historia Natural de la Universidad de Madrid, y el 11 de Agosto del mismo año se le adjudicó de R. O. esa plaza, por haber sido propuesto en primer lugar de la terna.

El 8 de Abril de 1857 fué nombrado Ayudante de la clase de Mineralogía y Geología del Museo de Ciencias Naturales, en virtud de una disposición reglamentaria, y por esta época explicó varios cursos completos de Mineralogía, Anatomía Comparada y Zoología General, en ausencias de Catedráticos o por división de clases.

En 1859 obtuvo el ascenso a 1.er Ayudante y la gratifica-

(1) Ms. de 6 fojas en 4.°, escritas por ambos lados. Archivo de la Universidad Central.

ción de 500 pesetas por sus trabajos extraordinarios tanto en la Universidad como en el Jardín Botánico. Consagrado a éstos, pasó los años siguientes hasta el mes de Julio de 1862, en que acordó el Ministro de Fomento enviar al Pacífico la Comisión Científica. Espada sufría ya por entonces la enfermedad del intestino, que andando el tiempo había de llevarle al sepulcro, lo cual no dejaba de ser un motivo más que suficiente para retraerle de tan penoso viaje; pero sus entusiasmos juveniles saltaron por todo, y sin vacilar ante el temor de sinsabores y peligros, aceptó gustoso el puesto que se le brindaba.

A primeros de Agosto del año citado, partió de Madrid con dirección a Cádiz, pero el traqueteo del viaje exacerbó su antigua dolencia y hubo de resignarse a esperar en Sevilla el alivio indispensable para continuarlo. El carácter de aquélla le obligó a permanecer en reposo durante varios días, y en medio de su soledad escribió algunos versos saturados de añoranzas y presentimientos tristes (1).

(1)

Tiene celos el destino
De nuestra gloria precoz,
Como sin duda se espera
En el Sur y el Ecuador.
Y por esto le detiene
En el viaje que emprendió,
De una manera harto indigna
De tan potente señor.

Aún no ha dejado la patria,
Aún el barco no pisó
Que ha de llevarle orgulloso
Hacia el Sur y el Ecuador.
Y ya empiezan las desgracias,
Ya el carro se torció,
Ya el pegaso de la gloria
Le dió la primera coz.

¿Cómo queréis que no vuelva
Los ojos y el corazón
Hacia vosotros, amigos,
En medio de mi dolor
Aunque hubiera de quedarme
Como la estatua de Lot?

Por fin pudo llegar a Cádiz, donde hubo de continuar su tratamiento nuevamente.

El 10 de Agosto embarcó Espada en la «Triunfo», y el 13 escribe las primeras líneas de su «Diario» a impulsos de la impresión que le produjo la desgraciada muerte del marinero Dionisio Martín Fernández (1). Asendereado y maltrecho por el mareo continuo llegó a Canarias, y esto fué para él un respiro confortante así por el descanso que allí tuvo, como por las muestras de simpatía que recibió la Comisión en el Casino de Santa Cruz de Tenerife.

En San Vicente de Cabo Verde, parece reanimarse después del quebranto producido por el mareo, visita varios puntos de la isla y su espíritu de mirada amplia y sólida base cultural, recoge muchos e interesantes datos, no sólo de su especialidad (mamíferos, aves y reptiles) sino también geológicos, botánicos y etnográficos.

D. Marcos Jiménez de la Espada, poseía la visión del detalle y abarcaba el conjunto; era Naturalista y filósofo, poeta y escritor atildado. Las bellezas de la Naturaleza le seducían y causaban éxtasis, y a impulsos de estos sentimientos movíase su pluma para reflejarlas sobre el papel, con la maestría del más hábil pintor.

La presencia del paisaje americano le inspira párrafos tan bellos como los que hemos copiado en el Capítulo III de la primera parte del trabajo citado.

El Brasil con su naturaleza exhuberante y su suelo pletórico de material botánico, mineralógico y zoológico, con su abigarrada población, con sus sabios obsequiosos y amables y hasta con su Emperador sencillo, culto y entusiasta por las Ciencias, fué para los Naturalistas españoles un oasis placentero, donde pudieron dar expansión a su actividad cohibida y reposo a su espíritu amargado y deprimido.

La estancia en la Argentina tuvo asimismo satisfacciones para él y resultados provechosos para su misión científica,

(1) Véase el Capítulo III de la primera parte de nuestra historia de la Comisión Científica del Pacífico.

pero en cambio iban ahondándose entre Espada y el Jefe de la Comisión las diferencias ya antiguas que vinieron muy pronto a convertirse en manifiesta hostilidad. Felizmente fué una solución siquiera por unos meses, el citado viaje del primero a través de las Pampas argentinas.

Espada sentía repugnancia a continuar en la «Triunfo», y aprovechando su amistad con el nuevo Comandante de la «Covadonga» D. Luis Fery, logró de éste ser admitido en la goleta, por lo menos hasta llegar a Valparaíso. No dejaba de ser poco envidiable la perspectiva de un viaje a través del proceloso *Cabo de Hornos,* o del traidor *Estrecho de Magallanes,* a bordo de una barquichuela de *trescientas y pico de toneladas,* pero Espada prefirió arrostrar peligros en compañía del amigo a continuar en el ambiente poco grato de la fragata.

Ya en la «Covadonga» parecen invadir el alma de D. Marcos sombras de tristeza y decaimiento, que manifiesta en algunos versos de su diario (1):

En aquella marcha lenta y fatigosa de la «Covadonga», zarandeada constantemente por las olas, Espada, mareado y aterido de frío, dando pruebas de una gran serenidad, va escribiendo, día por día, el hermoso «Diario» que tenemos a la vista, como testimonio elocuente de travesía tan memorable.

---

(1)
Dichoso el que navegando
Desde España hacia las Indias,
Con la proa al hemisferio
Que ostenta la cruz bendita
Cambia el rumbo, y a las playas,
Que las olas intranquilas
Del ancho «Plata» blanquean,
Dirige la angosta quilla.
Dichoso porque el escudo
De la patria, que escondida,
Guarda tantos horizontes
Ante sus ojos se anima,
Do su entristecida vista
Traspasa mar infinita.
....

Paso a paso le hemos seguido en sus campañas científicas por Chile y Perú. Su extravío en el Pichincha por espacio de tres días, sus marchas a pie descalzo por los bosques cerrados del Ecuador, su navegación en balsa por el Napo y el Amazonas y las múltiples observaciones que llevó a cabo: todo queda consignado en nuestra historia con arreglo a los datos que obran en cartas y diarios. No procede, por lo tanto, repetirlo aquí.

Ya en Madrid, Espada tomó parte en los preparativos de la Exposición del Botánico, ordenando la «Sección de Vertebrados»; terminada esta labor debían dar principio Espada, Martínez y Almagro, a la obra científica en que apareciesen los estudios del Material recogido en la expedición, pero el cambio de Ministerio trajo como consecuencia la suspensión de esos trabajos hasta el año 1868. En éste leyó Espada su «Tesis Doctoral», que lleva por título «Descripción topográfica y botánica de las regiones del Napo», y en ésta comienza lamentando que viajeros posteriores a ellos se hayan adelantado a describir y publicar especies vistas y recogidas por la Comisión española.

Nombrada nueva Comisión para el estudio de las colecciones del Pacífico, dió principio el Sr. Espada a su obra de batracios, adelantando al mismo tiempo algunas noticias de otros grupos, en varias revistas así nacionales como extranjeras, pero no había dado aún a la Prensa la primera parte de aquélla, cuando apareció en la *Gaceta*, con fecha 1.° de Agosto de 1872, un R. D. declarando disuelta la citada Comisión.

Semejante medida fué para él un desengaño cruel; primero, porque veía malograrse el fruto de tantos y tan prolongados sacrificios, y segundo, porque sabedor de que existían en el material del Pacífico muchas especies y, aun *géneros*, nuevos para la Ciencia, suspender los trabajos y publicaciones de la Comisión equivalía, por decirlo así, a un menosprecio de la inmensa labor de la misma, cometiéndose además la injusticia de privar a nuestros Naturalistas de la gloria que de derecho les correspondía y a España del renombre a que sus esfuerzos la habían hecho acreedora. Además, perdida esta oca-

sión, era de esperar que los extranjeros continuarían dando a conocer las especies nuevas que, traídas antes por los españoles, fueran cazadas con fecha posterior por otros exploradores. Esto y el abandono de las colecciones en el Botánico, causó gran decepción en el ánimo de Jiménez de la Espada, impulsándole a cambiar el rumbo de sus estudios.

En virtud de R. O. de 26 de Junio de 1866 se reconoció a Espada el derecho a ser nombrado Catedrático supernumerario de la Facultad de Ciencias, una vez en posesión del título de Doctor; y por otra R. O. de 25 de Febrero del siguiente año, fué confirmada la primera, concediéndole el derecho a las mismas ventajas de que gozaban los demás supernumerarios, de aquella categoría.

En 1872 se presentó la gran oportunidad para que Jiménez de la Espada pudiese normalizar su situación económica y satisfacer sus aficiones predilectas y fué con motivo del concurso para proveer la Cátedra de *Vertebrados* de la Facultad de Ciencias Naturales de Madríd. D. Marcos se había especializado en esta materia, era ya un verdadero maestro en varios de sus grupos, y esa clase constituía su aspiración y su ideal; pero la obtención de la Cátedra suponía la renuncia de la remuneración que sobre el sueldo de la Ayudantía que desempeñaba le había sido concedida como a los demás miembros de la Comisión, y cuyo importe de 3.000 pesetas cobraba sobre las 2.000 con que estaba dotado su modesto cargo de Ayudante. De obtener la Cátedra sólo hubiera percibido por largo período el sueldo de entrada del Catedrático, inferior al que percibía e insuficiente para el sostenimiento de la familia, por lo que desistió de presentarse al concurso, obteniendo la Cátedra Martínez, que por otra parte le era superior en categoría y antigüedad, el cual pudo acomodar sus necesidades a tan modesto sueldo, pasando aquél por trance bien apurado por haberse englobado su sueldo en la suspensión de la Comisión, decretada en 1866, por el Gobierno y haberse tardado mucho tiempo en distribuir las sumas destinadas a esta remuneración, 1872.

En estas circunstancias Espada determinó dar a sus estudios una orientación que le permitiese desplegar todas las

energías de su privilegiado talento y satisfacer al propio tiempo sus deseos de saber.

La tierra americana habíase adueñado de su espíritu y las manifestaciones de la vida de aquel país le inspiraban señalado interés. La historia de nuestras antiguas colonias occidentales permanecía encerrada en los archivos, y la mayoría de los trabajos modernos sobre América escritos por extranjeros, por naturales de aquellos territorios y aun por los mismos españoles, no pasaban de *leyendas negras,* nacidas de la pasión o al menos de la ignorancia.

De las glorias científicas de nuestra patria, de sus exploradores y viajeros, de las figuras literarias del pasado, muy contados españoles hacían mención, ya por desconocerlas, ya también porque un extranjerismo irritante les impulsaba a mirarlas con menosprecio. Espada, que había paseado su vista por los mares surcados por aquéllos y había contemplado tantos parajes, testigos de sus hazañas y proezas, sintió latir su corazón a impulsos de los recuerdos de éstas y se propuso investigarlas con diligencia y hacerlas publicar, dando a la imprenta el relato de las mismas.

Jiménez de la Espada fué siempre un valetudinario, mejor dicho, un enfermo desde su regreso de América. Aparte de la afección intestinal, que nunca le abandonó sufría, casi a diario, una especie de ataque epiléptico que daba principio por un sueño dulce y terminaba con un despertar sumamente penoso. Este fenómeno era consecuencia de unas fiebres malignas de que había sido víctima en sus peregrinaciones por los bosques del Ecuador. En tal situación, no disfrutaba ni siquiera de aquel consuelo que pudiese proporcionarle un pasar decente, pues vivió hasta su muerte con una modestia rayana en pobreza. Y, sin embargo, desde la fecha citada despliega un caudal inmenso de energías en multitud de empresas científicas, que no habían de aumentar sus recursos económicos.

Jiménez de la Espada repartía las horas diurnas y parte de las nocturnas, entre Comisiones oficiales y registro de Archivos y preparación de artículos o de obras científicas o históricas.

El 15 de Mayo de 1871 nació en Madrid la Sociedad Española de Historia Natural, al calor del entusiasmo de un grupo de individuos amantes de esta ciencia y entre ellos aparece ya Espada, cuya firma consta en el primer volumen de los «Anales» de dicha Sociedad, al pie de dos trabajos de positivo valor.

Un año después publica en la «Ilustración Española y Americana» un curioso artículo acerca de los *naipes de cuero* usados por los indios patagones.

En 1873 figura en la Comisión encargada de mejorar el Gabinete de Historia Natural y el Jardín Botánico.

Por esta fecha los Sres. Marqués de la Fuensanta del Valle y D. José Sancho Bayón, concibieron el proyecto de publicar una colección de libros españoles, raros y curiosos, y con tal motivo preparó Espada los «Viajes de Pero Tafur», curiosísimo relato de las andanzas de éste por Francia, Italia, Turquía, parte de Africa y Palestina desde su embarque en 1435 hasta 1439 en que regresó a Sevilla (1).

En 1875 se imprime por fin su obra titulada «Vertebrados del viaje al Pacífico.—Batracios.»

En este mismo año tuvo lugar la fundación de la Real Sociedad Geográfica de Madrid, y Espada figura también como socio fundador de la misma.

En 1876 fué nombrado por el Ministro de Ultramar, individuo de la Comisión encargada de utilizar los documentos históricos existentes en el Archivo de ese departamento, y un año después coopera con los Sres. Barrantes, Vera, Zaragoza y Escudero, a la impresión de las «Cartas de Indias», dispuesta por el Conde de Toreno, y publica en la «Biblioteca Hispano-Ultramarina», el «Tercer Libro de las guerras civiles del Perú», escrito por Pedro Cieza de León.

El 77 se le designa para socio de la Comisión española encargada de la exploración de Africa, y en 1882 es elegido Miembro de número de la Real Academia de la Historia. Dice a este propósito el Sr. Fernández Duro (2), que D. Marcos

(1) Vió la luz pública en 1874.

(2) Biografía de Jiménez de la Espada. Boletín de la Sociedad Geográfica. Tomo 40, pág. 22.

meditaba un discurso de ingreso acerca de «Las primeras limeñas.—Influencia de las mujeres en la población de las Indias occidentales», pero no debió ser grande el deseo de componerlo, pues entre los numerosos legajos de sus manuscritos por nosotros registrados, no hemos dado con apunte alguno relativo a semejante asunto. Lo cierto es que no llegó a leerlo ni siquiera a presentarlo, de lo cual culpa el autor mencionado a la inercia y a otras *varias causas*. D. Juan Pérez de Guzmán (1), cita entre éstas la falta de *mil pesetas* para imprimirlo y comprarse el uniforme, y nosotros añadiremos otra más, que tal vez sea la principal. La elección de Jiménez de la Espada para la plaza de Académico, distó mucho de ser por voto unánime, según nos han referido, y esto debió causarle gran contrariedad, por lo mismo que se juzgaba con méritos más que suficientes para el caso. He aquí la clave que nos explica el retraimiento de Jiménez de la Espada a ingresar en la Academia de la Historia después de su elección, a pesar de desearlo ardientemente con el fin de aprovechar el inmenso acopio de datos que tenía hecho, como advierte el Sr. Fernández Duro.

En 1883 recibió el nombramiento oficial de Auxiliar de redacción de una «Colección Diplomática Española», y cuatro años después intervino activamente en las Juntas celebradas en Madrid para resolver la cuestión de límites entre Colombia y Venezuela, dilucidándose varios puntos obscuros gracias a sus luminosos informes. Por esta época la Sociedad Geográfica le comisionó para informar sobre la carta de Cuba, de Chao, y Espada satisfizo los deseos de aquélla después de un estudio serio y concienzudo.

La misma Sociedad, en unión del Gobierno y de la Real Academia de la Historia, eligiéronle por Delegado oficial para los Congresos americanistas de Bruselas (1879); Madrid (1881); Turín (1886); Berlín (1888), y París (1890). Con ocasión de este ultimo, fué tan mezquina la cantidad que le fué asignada para viaje y gastos de estancia en la capital

(1) Ilustración Española y Americana. Número del 8 de Octubre de 1898.

francesa, que hubo de renunciar el cargo con verdadero disgusto; felizmente se dió cuenta de ello el Excmo. Sr. Duque de Veragua, y con una esplendidez propia de su elevada alcurnia, puso en manos de aquél cuantos recursos eran necesarios para que pudiese presentarse con decoro al lado de los congresistas extranjeros.

El 92 tuvo lugar la Exposición Histórico-Americana de Madrid, y también figuró Espada como Delegado técnico de la misma con el encargo especial de instalar los objetos del Museo de Historia Natural.

Comisiones tan honrosas no aliviaban en nada sus escaseces, ni le atraían siquiera una mirada de respeto de las alturas ministeriales.

Cada vez que se preparaban nuevos presupuestos, temía ver cruzada por el *lápiz rojo,* la partida de sus 3.000 pesetas concedidas de por vida como recompensa prometida a los miembros de la Comisión del Pacífico. Era, pues, necesario *apuntalarla* y sostenerla por medio de poderosas recomendaciones.

A pesar de todo, no cejaba en su campaña de sacar a la luz pública documentos importantes acerca de América ú otras joyas científicas, ocultas en nuestros Archivos. Sin embargo, algunas muy valiosas quedaron inéditas por no encontrar Espada quien se determinase a publicarlas. Esta contrariedad, sumada a otras muchas y en especial a la de ver suprimida su pensión en los presupuestos de 1888-89, aniquilaron sus entusiasmos, acabando también con sus energías físicas. En esta época, dice Pérez de Guzmán, que D. Marcos visitaba las librerías de Sánchez y de Molina para vender sus libros y agenciarse con esto algún recurso, a fin de atender al sustento de su familia. Así llegó a verse privado de casi toda su biblioteca, que tanto amaba y tantos sacrificios le había costado.

El 13 de Diciembre de 1893 fué elegido individuo de número de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, pero tampoco llegó a tomar pensión de la plaza.

Los últimos años de su vida los pasó en un recluimiento

forzoso, rodeado de su familia que se afanaba por mitigar sus dolencias y por consolarle en sus aflicciones.

El 98 brilló por un momento para Espada la buena estrella de la suerte. Con motivo de haber publicado los dos volúmenes de las «Relaciones geográficas de Indias», la Sociedad Geográfica le concedió la señalada distinción de *Socio Honorario;* la Real Academia de la Historia, el primer premio del Duque de Loubat, y el Gobierno Peruano, una medalla de honor extraordinaria y personal. Fué un relámpago fugaz que iluminó por un momento aquella existencia destruída pocos meses después por la muerte.

La vacante de la Cátedra de Anatomía Comparada ocurrida por el fallecimiento de D. Mariano de la Paz Graells, facilitó a sus amigos y admiradores la ocasión para rendir un tributo de su admiración a Jiménez de la Espada y realizar una obra de justicia que le era debida, y vencidas con el auxilio de algunos de aquellos las dificultades para cumplir las formalidades de rúbrica, fué nombrado Catedrático de Anatomía Comparada de la Universidad Central, cargo que no llegó a desempeñar por haber ocurrido su fallecimiento antes de haberlo hecho.

Era D. Marcos Jiménez de la Espada una figura de porte arrogante, de ancha y espaciosa frente, mirada penetrante y escrutadora y maneras distinguidas. Dotado de un carácter franco y abierto, opuesto en absoluto a las ficciones y disimulos; tributaba a la verdad un culto sincero y ferviente y no se recataba de proclamarla de palabra y por escrito, siempre que le obligasen a ello los dictados del deber y de la justicia.

Semejante conducta no dejó de merecerle alabanzas y elogios, pero le acarreó también enemistades, recelos y ojerizas, que muchas veces se convirtieron para él en punzantes espinas.

Su alma bien templada y su voluntad enérgica, supieron imponerse a las dolencias del cuerpo y a los pesares del alma, y trabajó sin descanso en su época de optimismos e ilusiones, sin que para ello fuesen obstáculo las ingratitudes y de cepciones que se acumularon en el camino de su vida, haciéndola difícil y fatigosa.

Su honradez acrisolada aparece patente en muchos detalles de los cuales citaremos tan sólo éste: En sus viajes por el Continente americano halló un valioso objeto de oro, cuya venta hubiese podido proporcionarle recursos no despreciables para satisfacer sus necesidades y obligaciones; pues bien, el hombre que había sacrificado su bienestar y descanso y sobre todo su salud en medio del abandono y olvido inexcusables de los gobernantes de su patria, al regresar a ésta, hizo entrega de dicho objeto y de cuanto consigo trajera al Museo de Ciencias Naturales de Madrid, sin reservarse el objeto más insignificante.

Pudo también preparar para sí colecciones mineralógicas, zoológicas y aun botánicas, que vendidas a los Museos extranjeros le hubiesen producido fuertes sumas y, sin embargo, nada de esto hizo y sólo trabajó para el Museo a pesar del ejemplo de alguno de sus colegas.

En su época de recluimiento forzoso tenía verdadera complacencia en transmitir sus conocimientos y observaciones a los contados jóvenes que acudían a visitarle, como puede atestiguarlo nuestro querido amigo el reputado zoólogo don Angel Cabrera Latorre.

Su corazón bondadoso y caritativo le sugirió una vez el siguiente rasgo que nos refiere el Sr. Fernández Duro en la biografía que le dedicó con motivo de su fallecimiento: Salía Espada de la Academia de la Historia una tarde lluviosa y fría del 24 de Diciembre, cuando al pasar ante el escaparate de cierta tienda de comestibles, vió a dos rapazuelos andrajosos de diez a doce años, que contemplaban con avidez la exposición de manjares, sosteniendo el siguiente diálogo: —¡mira, mira qué jamón! ¡qué perdices! ¡qué de cosas tan ricas! Vamos a ver, dijo el mayor a su conpinche: si te dieran a elegir ¿qué escogerías? ¡ese pastel!, replicó en el acto el pequeño, —pues, amiguito, ese pastel, ni tú ni yo lo comeremos. Espada que contemplaba en silencio la escena, atajó en aquel momento al golfete y dirigiéndose a él, pronunció estas palabras: —Con que ¿no es para vosotros ese pastel?, pues vamos a verlo ahora mismo, y diciendo y haciendo entró en el comercio, compró la apetecida vianda y la puso en manos

del pilluelo, que salió corriendo de la tienda sin detenerse siquiera para dar las gracias.

Ese era por dentro D. Marcos J. de la Espada.....

Honores y condecoraciones que recibió.

Jefe Superior de Administración Civil, libre de gastos.

Comendador Ordinario de la Real Orden de Isabel la Católica.

Oficial de Instrucción Pública de Francia.

Académico Corresponsal de la de Ciencias Naturales y Artes de Barcelona.

Miembro de la American Antiquarian Society. (Worcester, Mass. EE. UU.)

Socio de Mérito de la Unión Literaria Ibero-Americana.

Idem de la Colombina Onubense.

Miembro Honorario del Ateneo de Lima.

Idem de la Sociedad Geográfica de Lima.

Idem íd. de la Sociedad Berlinesa de Antropologia, Etnografía y Prehistoria.

Idem íd. de la Sociedad de Americanistas de París.

Finalmente, D. Joaquín González Hidalgo le dedicó una especie nueva de molusco, denominada *Bulimus Jimenezii*, D. Angel Cabrera el *Eptesicus Espadæ* y Bolívar el género *Ximenezia* de los fasgonúridos con que designó el más interesante de los insectos de esta familia.

Labor científica de Espada.

D. Marcos Jiménez de la Espada brilla principalmente como Naturalista, como conocedor profundo de cuanto se refiere a la Historia, Etnografía, Arte y Geografía americanas, y como investigador sagaz e incansable de nuestras glorias científicas.

En el primer aspecto ha sido estudiado ya por nosotros oportunamente (1) y allí quedan consignados sus numerosos descubrimientos.

(1) Véase el Capítulo II de la tercera parte del presente trabajo.

Como historiador, geógrafo y americanista, ocupó en España un lugar preeminente y su fama perdura todavía a través de los tiempos entre las personas eruditas. Durante los muchos años de registros de Archivos y Bibliotecas pasaron por sus manos cientos de libros raros y de manuscritos inéditos que contenían un legado inestimable transmitido por las generaciones pasadas y relegado al olvido por la incuria de los gobernantes españoles del siglo XIX. Espada encontró en ellos un material riquísimo para nuestra historia científica y comenzó a descifrar muchos de ellos y tomar notas y extractos de todos y a ilustrarlos con adiciones aclaratorias escritas a veces después de no pocas consultas y pesquisas, y a preparar, en fin, su «Bibliografía de la Historia Natural en España», su obra maestra sin duda alguna. Ascienden a miles las cuartillas de este legajo, escritas en letra inverosímilmente diminuta y saturadas de noticias interesantes que fué espigando nuestro bibliógrafo en autores españoles y aun extranjeros, así antiguos como modernos. Pero Espada no se dió cuenta de la falta de ambiente para esa clase de estudios y de que no encontraría editor dispuesto a darlos a la publicidad y así se vió en la triste precisión de tener que archivar el fruto de tantas y tan prolongadas vigilias.

Otro de los proyectos acariciados por Jiménez de la Espada era el de sacar del olvido los manuscritos de la expedición Malaspina en las corbetas «Descubierta» y «Atrevida» por los años 1789-1794. Debía constar la obra de siete volúmenes de setecientas páginas en folio, ilustradas con setenta cartas y más de cien láminas y figuras, en fin, un verdadero monumento científico, pero hubo de abandonar también la empresa por la causa arriba dicha, concretándose a publicar las instrucciones que mandó el famoso Abate Spallanzani para la recolección de animales y minerales, no sin anteponerla un prólogo corto pero interesante.

Confiado todavía en que la suerte o los editores le serían propicios, se arriesgó a copiar íntegros los «Discursos Medicinales del Lic. Juan Nieto», por conceptuarlos, con sobrada justicia, como verdaderas joyas, no sólo científicas sino también literarias, pero aun aquí vino el desengaño, mejor

dicho, vinieron los desengaños; pues a pesar de muchas gestiones y después de algunas promesas, hubo de guardar en su Archivo las 1.600 cuartillas de que constaba la copia, toda ella de su *puño y letra*.....

Como americanista extendió su actividad a todas las ramas del conocimiento en lo que se refiere a nuestras antiguas colonias occidentales. «La mitología, la arqueología, la indumentaria, lengua, gobierno, costumbres, industria, cuanto atañe al modo de ser de aquellos regnícolas, dice Fernández Duro, inquiría, sin lástima de sus ojos, obligados a interpretar escrituras enigmáticas, sin sentimiento del tiempo perdido en comprobar hechos o datos, determinar lugares y confirmar nombres propios adulterados». En su «*Antigualla Peruana*» nos ofrece un manuscrito sumamente curioso que contiene las informaciones acerca del origen y procedencia de los incas y de sus derechos a la Soberanía del Perú. Están tomadas aquéllas de labios de los *incas viejos y antiguos* del Cuzco, reunidos en esta ciudad, por el Virrey D. Cristóbal Vaca de Castro, durante la época de su gobierno (1541-1544) cumpliendo órdenes del Emperador. Espada antepone al manuscrito citado un breve y sustancioso prólogo, con observaciones muy interesantes.

«*Del hombre blanco y Signo de la Cruz precolombiana en el Perú*».—Este trabajo fué escrito a raíz del Congreso de Americanistas de Bruselas en 1879 y publicado algunos años después. Su autor toma por base las manifestaciones de los abates Schmitz y de Meissas en el Congreso de Luxemburgo, acerca de las tradiciones guaraníes y peruanas sobre la predicación de Santo Tomás Apóstol o de un discípulo suyo, en distintos puntos de Suramérica, y después de analizar detenidamente los testimonios del Agustino La Calancha y de varios jesuítas, pronúnciase en contra de éstos, afirmando que el *Hombre blanco* del Perú, no era apóstol ni santo, ni cristiano, y que no existía fundamento alguno razonable para establecer relaciones entre el primero y las cruces halladas en aquel reino.

Espada reconoce, sin embargo, que las tradiciones citadas hacen presumir que peregrinó por aquellos países antes de

la llegada de los españoles, un personaje extraordinario y superior en cultura y en ideas a los habitantes indígenas, entre los cuales difundió teorías que al fin vinieron a echar hondas raíces.

El Código Ovandino.—Es una réplica a cierto informe del entonces Ministro D. Antonio María Fabié, quien juzgaba inexacto el calificativo de *ovandino* asignado por Espada a las Leyes de Indias. En ella, a vuelta de algunas consideraciones saturadas de gracejo y en tono un tantico sarcástico, se demuestra documentalmente que el Lic. Juan de Ovando fué el verdadero organizador de las Leyes mencionadas.

Una causa de Estado.—Escribió Espada este trabajo para contestar a una consulta de D. Gaspar Muro, acerca de los motivos de la famosa sumaria a que fué sometido el Brigadier D. Alejandro Malaspina, a su regreso de la expedición por los mares Atlántico y Pacífico en 1795.

D. Marcos conservaba en poder suyo documentos muy curiosos relativos a este asunto y con ellos compuso un estudio en que aparece de manifiesto la intriga palaciega de que fué víctima el infortunado marino.

El suceso o novela de D. Juan de Peralta, caballero indiano. Contado por él mismo.—Lo publica Marcos Jiménez de la Espada.

Poseía el manuscrito original D. Pascual Gayangos, quien lo entregó a Espada para su examen y copia. Consiguió éste descifrarlo a costa de no pocos esfuerzos, y comprendiendo que no carecía de interés tanto por su sabor arcaico como por las noticias que contenía acerca de la historia de Méjico en el siglo XVII y de la entrada de D.ª Mariana de Austria en Madrid, lo dió a la imprenta, después de castigar su estilo, llenar varias lagunas e ilustrarlo con interesantes notas.

El Palacio del Gallo.—Con este título presentó Espada al Congreso de Americanistas de Madrid un estudio del edificio de ese nombre, visitado por él en Diciembre de 1864.

Se trata de una obra de los incas acerca de la cual habían escrito varios autores, entre ellos el célebre Humboldt.

Espada hace una descripción detallada de aquél señalando

las inexactitudes en que incurrieron éstos, sin exceptuar el último.

Descubrimientos de Juan Vázquez de Coronado en Costa Rica.—Son dos cartas del citado Vázquez al muy ilustre Sr. D. Juan Martínez Landecho, del Consejo de S. M., y su Presidente y Gobernador de la Audiencia de Guatemala. Llevan fechas de 15 de Febrero de 1563 y 4 de Mayo del mismo año, y contienen noticias interesantes recogidas por el autor en sus exploraciones por Nicaragua y Costa Rica. Figuraron los originales en la Exposición Americanista de Madrid de 1881, y fueron publicadas por Espada un año después, con prólogo y notas.

Relaciones geográficas de Indias, Perú.—Publicólas el Ministerio de Fomento, 1881.

La Junta organizadora del Congreso Internacional de Americanistas de Madrid de 1881, dió a Espada la Comisión de ordenar y disponer para la imprenta las «Relaciones» citadas, y éste, después de una labor prolongada, árida y pacienzuda, desempeñó su cometido con tal acierto, que mereció el aplauso de las sociedades científicas y la distinción extraordinaria de que el Gobierno del Perú le ofreciese una medalla de oro acuñada expresamente para él.

La introducción escrita por Espada para esa obra, es un verdadero modelo de estudios críticos, notable por su forma, avalorada por un espíritu analítico verdaderamente certero y saturada de una erudición sólida y bien cimentada.

Las cuartanas del Príncipe de Evoli.—Con este título publicó Espada un relato interesante del procedimiento empleado por Juan Méndez Nieto para curar las cuartanas del príncipe de Evoli.

Había copiado aquél los *Discursos Médicos* escritos por el famoso Licenciado, y abrigaba la esperanza de que algún editor diese a la luz pública obra tan amena y tan curiosa, pero nadie se aventuró a imprimirla y los centenares de cuartillas escritas por el infatigable D. Marcos quedaron al fin inéditas y hoy las tenemos en nuestro poder deseosos de utilizarlas algún día si se presenta ocasión para ello.

Historia del Nuevo Mundo por el P. Bernabé Cobo de la

Compañía de Jesús.—Publicóla por primera vez, con notas y otras ilustraciones, D. Marcos J. de la Espada.

La obra del P. Cobo escrita a principios del siglo XVII constaba de treinta y tres libros de los cuales han desaparecido veintitrés. Los diez restantes fueron hallados por Espada en el Archivo de Indias y publicados en cuatro volúmenes por la Sociedad de bibliófilos andaluces en 1892.

Del conocimiento de todos los reinos, tierras y señoríos que son por el mundo, que escribió un franciscano español a mediados del siglo XIV *y ahora lo publica por primera vez, D. Marcos Jiménez de la Espada.*—1877. —*Boletín de la Soc. Geográfica.* —Tomo II.

Andanzas e viajes de Pero Tafur por diversas partes del mundo 1435-1439 Madrid-1874.

Este relato interesantísimo, escrito en la primera mitad del del siglo XIV por un religioso franciscano, que oculta su nombre bajo el seudónimo de *Pero Tafur*, había sido citado por los escritores extranjeros Bohotier, Le Verrier, Bergerón, Otto Peschel y Morel Fatio, quienes guardaron al viajero español muy poco respeto calificando su obra, de plagio de la Geografía de Edris y negando su autenticidad.

Espada que tuvo en su mano las copias manuscritas de aquéllas, existentes, una en la Biblioteca de Palacio, y dos en la Nacional, después de confrontarlas cuidadosamente, preparó el citado relato para la imprenta y lo dió a luz en el «Boletín de la Sociedad Geográfica», precedido de un hermoso prólogo en que hace patentes la precipitación e injusticia con que calificaron, los autores citados la obra de nuestro franciscano, de la cual no dejaron de aprovecharse.

España en Berbería.—D. Manuel Goicoechea, antiguo bibliotecario de la Academia de la Historia, encontró en ésta un documento curioso acerca de las posesiones españolas en Africa por los años de 1476 y lo entregó al Sr. Jiménez de la Espada. Estudiólo éste detenidamente, y después de maduro examen, dió lectura del mismo en la Sociedad Geográfica en 1880. Imprimióse en el «Boletín» de ésta, con prólogo y notas de Espada, en los cuales hace ver que el reino de Bu-Tata correspondía al territorio actual de Huad-Nun, extendido

por la margen derecha del río Dráa (antiguo *Daradus)* en una zona comprendida próximamente entre los 28°, 45′ y 29° 30′ de latitud setentrional y prolongada desde el mar que combate el inseguro puerto de Ifní hasta poco más allá de las alturas que por Oriente limitan la cuenca del Assaka.

Contiene además el trabajo de Espada la lista de poblados comprendidos en ese territorio y la situación de los mismos.

Trabajos no citados aún por los biógrafos de Espada:

Un autógrafo del Abate Spallanzani.—Anales de la Sociedad Española de Historia Natural. Tomo I, 1872, páginas 104-181.

Urotropis Platensis.—Anales de la Sociedad Española de Historia Natural. Tomo IV, páginas 69-73. Madrid, 1875.

Los Anfibios de Blainville y los Batracios de Cuvier forman una sola clase.—Ms. Archivo de la Universidad de Madrid.

Caracteres físicos de los minerales.—Ms. 5 fojas 4.° Archivo de la Universidad de Madrid.

Los vertebrados según Cuvier y según Bonaparte.—Ms. de 27 fojas en 4.° Ibid.

Descripción topográfica y botánica de las regiones del Napo.—Es el tema escogido por Espada para su discurso del Doctorado, discurso que por cierto leyó el 6 de Abril de 1898, es decir, pocos meses antes de su fallecimiento. Se trataba de un requisito exigido por la Ley para que pudiese tomar posesión de la cátedra de *Anatomía Comparada* que se le adjudicó por fin a última hora y hubo de llenarlo para conseguir el fin que se proponía.

La incubación en los batracios.—Ms. de 64 páginas que figura en el expediente de Espada para su nombramiento de Catedrático.

Diario de la Expedición del Pacífico.—Abarca los sucesos principales de casi todo el viaje y muy en especial la navegación de la goleta «Covadonga» desde Buenos Aires a Valparaíso a través del Estrecho de Magallanes, y las mar-

chas y peregrinaciones por los espesos bosques del Ecuador, con la odisea del Napo y Amazonas.

Es un arsenal de observaciones curiosas e interesantes acerca del clima y producciones de los territorios recorridos, de su fauna y flora, de las razas humanas por él vistas y de los monumentos prehistóricos visitados por la Comisión. Espada lo describe todo con elegancia y amenidad, intercalando reflexiones curiosas hijas de su espíritu observador y de su ingenio perspicaz y agudo.

Indicaciones sobre la habilidad que demuestran algunos salvajes para la fabricación de hachas y otros objetos.—Anales de Historia Natural. Tomo XI, 42'.

Observaciones sobre la importancia de los descubrimientos hechos en la cueva de Santillana. Ibid. 56'.

Noticia sobre borradores originales de la «Relación del viaje al Perú y Chile» extractado de los Diarios de D. Hipólito Ruiz. Ibid. Tomo I, 8'.

Noticia de un trabajo inédito de Mutis sobre hormigas y comejenes americanos. Ibid. I, 31'.

Noticia sobre un libro de entomología en parte autógrafo de D. Tomás Villanueva. Ibid. IV, 48'.

Noticia sobre vertebrados del viaje al Pacífico. Ibid. IV, 70'.

Observaciones a la noticia histórico-descriptiva del Museo Arqueológico Nacional, publicada siendo Director del mismo el Excmo. Sr. D. Antonio García Gutiérrez. Ibid. V, 42'.

Nota bibliográfica sobre un folleto titulado «Una Causa de Estado», relacionado con la expedición de Malaspina. Ibid. X, 42'.

Sobre las Relaciones Geográficas de Indias, Perú. Ibid. X, 66'.

Nota biográfica de D. Patricio María Paz y Membiela. Ibid. IV, 24'.

Observaciones a la nota del Sr. Rodríguez Ferrer sobre avispas vegetantes. Ibid. IV, 53'.

Observaciones sobre las costumbres de algunos murciélagos. Ibid. III, 98'.

Sobre los animales llamados ROQUE *y* SAMARDA *en algunos libros antiguos*. Ibid. VIII, 49'.

Sobre el sentido que debe darse a la palabra ZEBRA, *que consta en los libros antiguos y documentos, refiriéndose a un animal que vivía en España*. Ibid. I, 9'.

Observaciones a la nota del Sr. Lázaro, VASOS PERUANOS DEL MUSEO ARQUEOLÓGICO. Ibid. XX, 159', 189'.

D. Juan Isern Batlló.

Si la fortuna sonrió alguna vez al botánico Isern ha sido precisamente después de su fallecimiento y con motivo de su biografía.

Dos plumas y, por cierto bien cortadas, se consagraron a escribirla, la de D. José Ametller y la del Profesor Paz Graells. Ambos eran paisanos de aquél, ambos conocedores de su vida y andanzas; el primero condiscípulo desde la niñez, el segundo Profesor, amigo y compañero de excursiones y trabajos botánicos, podemos decir que ninguno de los dos le perdió de vista, desde que Isern abandonara el hogar paterno, para dar principios a su novelesca y accidentada carrera, hasta que sucumbió gloriosamente víctima de sus ideales científicos. Esta circunstancia les hizo apreciar en todo su valor las cualidades personales y los méritos del amigo, inspirándoles el aprecio y admiración hacia éste, que caldean los trabajos de ambos biógrafos. Uno y otro nos describen con bastantes detalles la vida de este botánico hasta que formó parte de la Comisión del Pacífico, pero al tratar de su labor en América los datos son escasos debido sin duda a que Isern agobiado ya por la mortal dolencia que le condujo al sepulcro, no tuvo fuerzas ni tiempo para referirlos. Aun así la figura de Isern hubiese adquirido su justo relieve de aparecer en otra forma los recuerdos que Ametller y Graells le dedicaron, pero publicados respectivamente en una revista y un diario de escasa circulación (1) resultaron *flor de un día,* que pasó desapercibida para la casi totalidad del público español.

En la actualidad ¿quién se acuerda de Isern? algunos Naturalistas y éstos muy contados; por eso abrigamos la convic-

(1) La biografía escrita por el primero vió la luz pública en «El Pabellón Médico» núms. 12, 13 y 14, correspondientes al 28 de Marzo y 7 y 14 de Abril de 1866.

ción de que los datos que aquí vamos a consignar, así los que tomamos de las biografías citadas, como aquellos otros que son fruto de nuestra labor personal, resultaran una de las muchas novedades, que aún se pueden ofrecer, tratándose de nuestra historia científica. Pasemos pues ahora a referir la vida de Isern.

D. Juan Isern y Batlló era natural de Setcasas, provincia y obispado de Gerona, y vió la primera luz el 14 de Noviembre de 1825. Sus padres disfrutaban de posición desahogada, hija en parte de los bienes heredados de sus ascendientes, y más aún de la cría y venta de ganado a que estaban dedicados.

Su niñez se deslizó tranquila entre la asistencia a la escuela y el cuidado de las reses; pero ya entonces aparece espontáneamente el primer destello de aquellas aficiones botánicas que habían de llenar su vida entera. «Una vez, decía Isern a su amigo Ametller (1), desaparecí y quedé perdido en el bosque; mis padres, llenos de angustia y zozobra, salieron en busca mía, encontrándome, después de bastantes horas, agradablemente entretenido en formar un ramillete con las flores silvestres del *Rhododendron ferrugineum*.....»

Regía en Cataluña la Ley que facultaba a los progenitores para legar todos sus bienes al *hereu* o primogénito, y como el niño Juan era segundón o como allí dicen *cabaler*, trataron aquéllos de darle carrera, en previsión de que el patrimonio paterno quedase íntegro para el hermano mayor. Con este motivo pasó aquél a Camprodón para dar principio al estudio de la lengua latina, considerada entonces como llave de todas las carreras. Mediaba también para ello un motivo especial, y era el siguiente: los antepasados de Isern habían erigido una capellanía vinculada en individuos de la familia siempre que éstos abrazasen la carrera eclesiástica. No dejaba de ser un porvenir para el joven Isern, y sus padres, creyéndolo así, le matricularon en el Seminario de Gerona una vez terminado el estudio de las humanidades. Obediente aquél a la voluntad de éstos, ingresó en dicho Centro, comenzando el estudio

(1) «Pabellón Médico».—Tomo VI, pág. 134.

de la Filosofía, y cuando aprobó ésta el de la Sagrada Teología.

El joven seminarista pasaba en Setcasas las vacaciones veraniegas, y como ese pueblecito está oculto en el corazón de los Pirineos, a él solían dirigirse los herbolarios de Viladrau en busca de plantas medicinales que vendían después a los boticarios de Barcelona y a otros comerciantes en hierbas, que las enviaban a las farmacias de Ultramar. Isern les acompañaba casi siempre en sus excursiones, y a su lado cobró afición a las plantas, y semejante afición se transformó después en amor intenso a la Botánica y en anhelo insaciable de buscar vegetales donde quiera que se hallasen.

Los herbolarios le enseñaron a conocer prácticamente aquellas especies que había preconizado Dioscórides para curar las enfermedades más rebeldes. Con ellos aprendió a recolectarlas en sazón y en los sitios donde nacían.

Isern pasaba temporadas entre los pastores, permaneciendo todo el día en el campo y refugiándose de noche en las majadas, donde tenía por alimento leche y pan de centeno. Su cultura le impulsó pronto a emanciparse de los herbolarios y a trabajar por su cuenta, con carácter más científico.

Durante sus peregrinaciones de herbolario tuvo ocasión de encontrarse con varios botánicos extranjeros que habían venido a estudiar la flora pirenaica, y sirviéndoles de guía pudo distinguir muy bien entre el empirismo y la ciencia, entre el herbolario y el botánico. De aquéllos merecen citarse M. Barker Webb, autor de la «Flora de Canarias» y el Sr. Bubani, nuevo florista de los Pirineos. Estos le aconsejaron que se trasladase a Barcelona para asistir allí a la clase de botánica al mismo tiempo que continuaba su carrera, e Isern siguió, en efecto, esos consejos aunque abandonando su primera vocación. Este cambio no fué del agrado de su familia, la cual dejó de auxiliarle, quedando reducido a sus propios recursos. Para satisfacer las necesidades más apremiantes, se dedicó a recoger plantas que vendía a los boticarios de Barcelona y a enseñar las primeras letras a los niños de un labriego de las huertas de San Beltrán, a cambio de una retribución mísera. En medio de esta penuria, Isern asistía a la clase de

Botánica que daba D. Miguel Colmeiro, quien tuvo siempre para él acogida benévola, frases de aliento y amistad sincera que fueron una compensación grata en medio de sus privaciones y apuros económicos.

Durante las vacaciones se trasladó a Setcasas, donde no fué ya mal recibido por su familia, y conocedor del sistema de Linneo y el método natural de De Candolle, volvió de nuevo a sus herborizaciones con gran entusiasmo y constancia. Pero las plantas producían poco y él necesitaba recursos para comprar libros y sostenerse mientras viajaba; a fin de aumentar los ingresos trató de extender el negocio a la trementina del abeto o butllofa, y para ello hubo de contratar seis u ocho jornaleros, con los cuales se dirigió al monte, dando principio a la tarea de recoger las gotas que destilaban del árbol citado. Engolfados en el trabajo, fueron internándose hasta penetrar en territorio francés. Vagaba entonces por aquella comarca una partida de bandoleros armados de trabucos y conocidos por esto, con el nombre de *trabucaires,* los cuales eran el terror de las gentes, por los horrendos crímenes que habían cometido (1). Semejante azote obligó a las autoridades españolas a tomar medidas enérgicas y a ponerse de acuerdo con el gobierno francés para exterminarla. Con este motivo, se activó la vigilancia de la frontera y cuando Isern y sus compañeros se hallaban más absortos en su trabajo, cayó sobre ellos un piquete de gendarmes, que después de darles el ¡alto! les amarró, codo con codo, y les condujo a pie y sin compasión alguna al inmediato pueblo de Pradas, donde cargados de grillos, se les encerró en un calabozo. Pronto se demostró su inocencia; pero aun así no dejaron de transcurrir para ellos largas horas de angustia y zozobra.

Convencido Isern de que no resolvía el problema de la vida con esos procedimientos, tomó la resolución de hacerse médico y como era requisito indispensable para esto el bachi-

---

(1) Entre éstos, dejaron memoria en aquella región, los asesinatos de los infelices viajeros Sres. Bellver, Massot y Roger, sorprendidos en el sitio llamado *Suro de la valla.*

llerato en Filosofía, dirigió de nuevo sus pasos a Tarragona, para matricularse en el Instituto.

Por aquella época habían establecido los ministros señores Pidal, Gil y Zárate y Revilla, los Institutos Provinciales, ordenando se diesen en ellos como obligatorias la Retórica, la Lógica, la Moral, la Geografía, la Mitología, tres cursos de Historia, dos de Matemáticas, el Francés, la Física, la Química y la Historia Natural. Isern tuvo la suerte de que le abonasen en ese centro las asignaturas estudiadas en el Seminario Conciliar y pudo así matricularse en el quinto año del Bachillerato. Aun con esto le fueron muy provechosas las enseñanzas recibidas en el Instituto, que por cierto se hallaba entonces muy floreciente, merced a las grandes iniciativas de su director el Presbítero D. Julián González de Soto. Enterado éste de que Isern era práctico en la clasificación de plantas, le llamó un día y después de algunas preguntas, le dió el encargo de completar un herbario donado al establecimiento por un Sr. Cura de Barbastro. Para estimular más, al joven botánico, le asignó un sueldo mensual y una habitación donde alojarse en el mismo Instituto, advirtiéndole también, que consignase sobre las cubiertas de los legajos de plantas la siguiente inscripción: «Herbario comenzado por D. N. N. Cura de Barbastro y continuado por D. Juan Isern alumno de este establecimiento».

Isern dedicaba los domingos y aun las horas libres de otros días a recorrer las inmediaciones de Gerona, acompañado, muy frecuentemente, de sus amigos D. José Comas y D. José Ametller, que fué después su biógrafo. Terminado el curso, volvió a Setcasas, reanudando de nuevo sus excursiones por aquellos parajes, y en Octubre se dirigió a Barcelona para comenzar los estudios de Medicina. Después de sus clases concurría a los jardines de la Universidad y de la Escuela de Comercio. Pronto se percataron del mérito y conocimientos del nuevo alumno los jardineros, y por este conducto llegó a los Profesores la noticia de aquéllos, comenzando Isern por granjearse primero el aprecio y estimación del Catedrático de Botánica D. Agustín Yáñez, y sucesivamente las simpatías del de Agricultura de la Escuela de Comercio, D. Jaime Llan-

só y de los Catedráticos de la Universidad D. Antonio Cipriano Costa, D. Juan Bautista Foix, D. Cipriano de Urribari y D. Antonio Sánchez Comendador. También le distinguió con su amistad D. Rafael Degollado, individuo de la Junta Central en 1843, y más tarde Diputado en las Cortes Constituyentes y uno de los oradores más fogosos de aquel memorable Congreso.

La necesidad de allegar recursos le obligó a dedicarse de nuevo al comercio de hierbas y a dar lecciones particulares. Con los productos de ésto, pagaba su frugal comida y los alquileres de un cuarto en la calle del Carmen y además de una azotea que le servía para depósito de plantas.

Sus colecciones aumentaban diariamente merced a los repetidos viajes que hacía, tanto a las faldas del Monjuich, como a las márgenes del Llobregat y a las cordilleras que forman las montañas de San Jerónimo, el Tibidabo y San Pedro Mártir. Isern volvía cargado con su *tesoro* a la humilde vivienda de la calle del Carmen y en ella, después de contemplar con fruición aquellas plantas que tantos sudores le costaran, las ordenaba y clasificaba envolviéndolas cuidadosamente en papel secante.

En los veranos repetía los viajes a Gerona con el fin de completar el herbario del Instituto, acompañándole en su labor el ya citado Ametller y D. Enrique Palahi y Moragas, que ingresó después en Sanidad Militar. El Director del Instituto continuó abonándole algunas cantidades por sus trabajos y dispuso además que se adquiriesen elegantes carpetas para el herbario, que llegó a formar nueve legajos voluminosos. Con los ahorros que pudo acumular emprendió nuevas excursiones a las dos Cerdañas, al monte de Cadí, a la República de Andorra, a los valles de Arán y Bohí y a otros puntos parecidos. No debemos omitir aquí que semejantes correrías tenían mucho de peligrosas y aun de temerarias, como vinieron a demostrarlo serios percances que hubieron de acontecerle.

Por aquella época (1845-50), ardía en España la guerra civil, recorriendo con frecuencia el Principado las partidas carlistas de Cabrera, Tristany, Marsal y Borgues, con las

cuales tenían frecuentes encuentros las tropas del Gobierno. El espionaje estaba entonces a la orden del día y ambas huestes trataban de substraerse a él deteniendo a cualquier persona que podía infundir sospechas e imponiéndola durísimas penas. El joven botánico, no paró mientes en semejantes peligros, fiando demasiado en su inocencia y hombría de bien y esta imprevisión le hizo dar un día cerca de Vich con una de las partidas mencionadas, que al verse con aquel individuo portador de una caja cilíndrica de hojalata a la espalda y llevando bajo el brazo una carpeta con papeles, procedió a detenerle conduciéndole a presencia del capitán. Este contempló con severidad a tipo al parecer tan extraño, ni bien caballero, ni bien patán, poco para bastón y mucho para azadón y después de algunos minutos, le sometió al siguiente interrogatorio:

—¡De donde viene V?

—De Gerona.

—¡Como se llama?

—Juan Isern y Batlló.

—¡Que hacía V. por aquí?

—Recoger plantas para un herbario.....

Eso es una excusa: V. es un espía del Gobierno y como a tal espía voy a mandarlo fusilar, repuso el capitán. Tan bárbaro procedimiento estaba entonces muy en boga, así entre carlistas como entre liberales, e Isern comprendió que se hallaba en trance asaz peligroso. Nada sirvieron sus explicaciones ante el citado cabecilla y aquél quedó detenido, en medio de la mayor angustia. En esta situación, le deparó la suerte un deudo de su familia quien presentándose al Jefe de la partida, le hizo saber que el supuesto espía, no era más que un estudiante de medicina, que se dedicaba también a la Botánica. El capitán llamó de nuevo a éste y después de breve interrogatorio, le dijo que si le curaba una fluxión de muelas que le venía molestando hacía ya tiempo, le daría libertad, de lo contrario que contase con ir a *herborizar muy en breve al otro mundo*. Isern preparó en seguida un cocimiento de hierbas con la diligencia y esmero que son de suponer y quiso la Providencia que surtiese su efecto, calmando

la fluxión que padecía el cabecilla, quien al día siguiente le autorizó para marcharse con sus plantas y demás efectos.

Parecía natural que tales percances retrajesen a Isern de aventuras tan arriesgadas, pero no fué así: el entusiasmo botánico de aquél y su alma, por cierto bien templada, le hacían saltar por cima de todos los peligros, y por esto no tardó en repetirse la escena que acabamos de referir. Herborizando Isern en el Ampurdan, poco tiempo después, vino a sorprenderle otra partida carlista, que le detuvo en el acto. Registrado su equipaje encontraron sí las consabidas plantas, pero..... envueltas en diarios liberales, repletos de furibundos artículos contra la causa carlista. El cabecilla y sus soldados creyeron ver en esto una prueba de las ideas políticas de Isern, dirigiéndole con este motivo serias amenazas; mas he aquí que en aquel momento se deja oir la voz potente de uno de aquéllos, ex-emigrado en Montpeller, advirtiendo a sus compañeros, que él había visto a los estudiantes franceses coger plantas en el campo y envolverlas en periódicos, como lo hacía el detenido, a quien consideraba inocente y sin asomo de malicia. Esta observación calmó, en parte, los excitados ánimos de aquella turba que, al fin, se dió por satisfecha con mandar a la hoguera los paquetes de plantas y despedir a Isern, prometiéndole una paliza si le volvían a encontrar con periódicos o sin ellos.

Mas no pararon aquí las aventuras del intrépido colector; otros accidentes igualmente peligrosos, aunque de distinta índole, vinieron a perturbarle en su vida de correrías. En cierta ocasión ascendió al *Coll de Ares,* para coger el *Galanthus nivalis,* curiosa amarilídea que nace entre la nieve. El cansancio y la temperatura glacial de aquellas alturas paralizaron sus miembros, y en medio de la soledad quedó arrecido e inmóvil. Por suerte acertaron a pasar, muy cerca de allí, unos contrabandistas de ganado lanar, quienes al divisarlo acudieron en su socorro, haciéndole entrar en reacción mediante un fuerte vapuleo y obligándole después a caminar de prisa hasta la cabaña de unos pastores donde encontró alimento y bebidas calientes. Sin embargo, de aquí no pudo ya moverse y hubo necesidad de trasladarle en hombros a Setcasas, per-

maneciendo en cama dos meses, al cabo de los cuales tuvieron que amputarle dos dedos del pie derecho, gangrenados a causa de la congelación.

Otra aventura también emocionante le ocurrió en el pico de Malaída o Maladetta, a donde solía dirigirse desde el hospital de Viella que tomaba como base de operaciones. En una de éstas alcanzó a ver a gran distancia un magnífico *Sorvus aucuparia* o *Serval de los cazadores* cargado de frutos. Gozoso con el hallazgo marcha en seguida al sitio del árbol en cuestión con el propósito de tomar buen número de ejemplares con fruto, pues los que guardaba en su herbario no lo tenían. Sin cuidarse de otra cosa, avanzó hasta la base del *Sorvus;* mas cuál no sería su sorpresa al dar de manos a boca con un oso enorme que le había ganado la delantera en la recolección de los sazonados frutos. Instintivamente retrocedió Isern, cediendo gustoso la vez a tan temible adversario, quien muy satisfecho con su tarea no hizo el menor esfuerzo para moverse de su sitio, concretándose a despedir al competidor, con un ademán harto significativo y elocuente.....

Otro lance no menos expuesto, le ocurrió asimismo en el valle de Arán, al tratar de adquirir la curiosa planta llamada en Botánica, *Lithospermum oleæfolium,* que vive en los Pirineos orientales. Isern vió a cierta distancia entre unos riscos, un espeso macizo de aquella que ostentaba multitud de flores de un hermoso azul celeste. Con su habitual agilidad se descolgó por el derrumbadero que le separaba de la mata y satisfizo sus anhelos, llenando la caja de magníficos ejemplares. Terminada la operación quiso buscar salida, pero le fué imposible; se vió cercado por todas partes.

Convencido de que no podía salir de aquel laberinto, sin ajeno auxilio, comenzó a dar grandes voces a fin de ser oído de los pastores y leñadores que solían frecuentar aquellos sitios. Percibía desde su *prisión* los cencerros del ganado y los hachazos de los cortadores de leña, pero nadie respondía a su demanda. Enronquecido ya de tanto gritar, calló por espacio de un buen rato, y cuando la noche estaba encima, redobló sus esfuerzos dando grandes voces que al fin fueron

oídas por un leñador que se aproximó al acantilado para saber quién llamaba.

Pronto se dió éste cuenta de lo que ocurría y examinando la situación del botánico le hizo saber que sin el auxilio de varias personas era imposible sacarle de aquel nido de águilas. El poblado más próximo distaba dos leguas y como las tinieblas envolvían ya la montaña, el citado leñador le advirtió que no era posible volver a socorrerle hasta el siguiente día, recomendándole que se resignase a esperar la llegada de los auxiliantes quienes estarían allí muy de mañana.

Esta promesa le llenó de consuelo y le dió fuerzas para soportar el hambre y el frío, *únicos compañeros* que allí le quedaban. Se tendió tranquilo sobre aquellas rocas consiguiendo conciliar el sueño por espacio de algunas horas. A media noche interrumpe el descanso y creyendo percibir voces lejanas, dirige su vista al horizonte y ve con sorpresa una procesión de luces que aparecían y desaparecían por intervalos quedando algún tiempo después todo en silencio. Isern no sabía cómo explicarse tan fantástica escena, ya que según el leñador no eran de esperar los auxilios prometidos hasta la mañana siguiente. Preocupado con estas dudas, dejó correr su imaginación recordando cuentos de hadas y leyendas de aparecidos, hasta que un rato después vió iluminada la cima de la roca y coronados los peñascos, de lugareños del pueblo inmediato que le llamaban por su nombre. ¿Que había ocurrido entre tanto? Isern lo contaba con emoción a sus amigos muchos años después. Aquellos caritativos y bondadosos montañeses al tener conocimiento del trance en que se hallaba el *estudiante de las hierbas,* no quisieron esperar al siguiente día y poniéndose inmediatamente en camino, marcharon al sitio consabido y después de largarle una cuerda le subieron a pulso llevándosele consigo sano y salvo.

Otros episodios semejantes podríamos registrar en la vida de Isern, pero vamos a prescindir de ellos para citar siquiera brevemente su campaña de herborizador. Recorrió toda la costa de Levante desde Francia hasta Barcelona, las cuencas del Segre, Llobregat y Noguera Pallaresa, el Alto Aragón

por la parte de Jaca, las campiñas de Vich, Olot, Castellfollit, Gerona y Barcelona, las montañas de Monserrat y Monsen y otros puntos de Cataluña. En la mayoría de estos casos encontró un decidido apoyo en el Rector de la Univervidad barcelonesa, quien siempre le favoreció con auxilios pecuniarios a los que supo corresponder nuestro botánico, enriqueciendo más y más el herbario de las Facultades de Ciencias y Farmacia.

El 17 de Julio de 1850 elevó dicha autoridad al Gobierno Central una comunicación acompañada de numerosos ejemplares zoológicos y botánicos preparados por Isern para el Museo de Madrid. En dicho documento le hacía presente la gran utilidad que podría proporcionar al Jardín Botánico de la Corte, una colaboración tan asidua y eficaz como la del experto colector de Setcasas, proponiéndose con este motivo su empleo en dicho jardín. La Dirección general de Instrucción Pública pidió informe al Museo de Ciencias Naturales, y éste lo dió muy favorable, pero no se tomó acuerdo alguno hasta que, previa nueva instancia del citado Rector, recibieron en Barcelona el nombramiento de Isern para Agregado del Museo y Botánico, asignándole la gratificación de 6.000 reales al año.

Isern trató de preparar su traslado a la Corte, pero como pobre, carecía de recursos para el viaje y equipo necesarios, y entonces fué cuando aparecieron bien patentes las grandes simpatías de que gozaba entre el Profesorado de Barcelona. Todos los Catedráticos, sin distinción de Facultades, contribuyeron, quien más quien menos, a resolver el conflicto de nuestro botánico, consiguiendo reunir una cantidad respetable, con la que pudo hacer frente a los gastos del viaje y de su instalación en Madrid.

Isern llegó aquí hacia el mes de Julio de 1851, dirigiéndose inmediatamente al domicilio de D. Mariano de la Paz Graells, donde le participaron que éste se hallaba en la cordillera del Guadarrama ocupado en estudios zoológicos, destinados a la Comisión del Mapa de Geología. Sin esperar más, salió en busca del Sr. Graells, con el propósito de asociarse a la campaña científica de aquel año.

La impresión que sacó Isern al contemplar por vez primera el paisaje castellano, fué poco halagüeña. Nuestras colinas, dice Graells, cubiertas de plantas humildes y poco frondosas, le parecían desnudas de interés; pero bien pronto se convenció no ser así al encontrarse con centenares de especies desconocidas para él, características de la flora de la meseta central y que por lo mismo han llamado la atención de todos los botánicos desde los tiempos de Clusio hasta nuestros días.

Isern, que al principio nada veía en nuestros tomillares ni en las rastrojeras, jarales y retamales, solía dirigirse instintivamente a los bosques de pinos y a las fresnedas de la sierra, cuya vegetación era más semejante a la que tantas veces había observado en los Pirineos, pero llamando su atención hacia las curiosas especies que vegetan entre los tomillos apreció su interés, emprendiendo con preferencia las herborizaciones hacia las áridas colinas de la parte baja de Castilla.

Los cerros de Cutarron, Rivas, Aranjuez y Ocaña; los de Alcalá, Guadalajara y Nuevo Baztan; las riberas del Henares, Jarama y Tajo; las del Manzanares y otros sitios como los cerros Negro y de Almodóvar, el Cana, Fuente de la Teja, Arroyo de Cantarranas, Chamar, montes de Villaviciosa y Boadilla, etc., etc., fueron reconocidos por Isern minuciosamente, encontrando especies botánicas de gran interés.

También hizo repetidas excursiones a los montes de Toledo y sobre todo a la cordillera del Guadarrama que recorrió desde Somosierra hasta Béjar, en compañía del Sr. Paz Graells, haciendo minuciosos reconocimientos en ambas vertientes y en todas sus alturas.

Fruto de estas herborizaciones, son los numerosos paquetes de plantas castellanas que se guardan en el Jardín Botánico de Madrid, recolectadas ya por él solo, ya en compañía de los Sres. Graells y Cutanda, autor éste de la «Flora Compendiada de Madrid».

Isern preparaba las plantas de un modo admirable, como discípulo que había sido del célebre colector Bourgeau. Tal habilidad le conquistó el aprecio y estima de Webb, Bubani y el mismo Bourgeau, quienes le dieron el encargo de formar colecciones de plantas españolas para sus herbarios.

A pesar de sus ocupaciones botánicas Isern parecía resuelto a continuar la carrera de Medicina en Madrid, matriculándose en el cuarto año, en el curso de 1851-52. Sin embargo las clínicas no le atraían, y a pesar de su constante aplicación, esta ciencia perdía para él atractivo que en cambio iban ganando, de día en día, la Botánica y sus aplicaciones.

Por esta época aparece una fase nueva en la vida de Isern, influída sin duda alguna por los camaradas de estudios, por Profesores y amigos, y sobre todo por el ambiente que reinaba entonces; esa fase fué la que podríamos llamar política.

La vida de aquél, primero en el Seminario de Gerona y después en sus peregrinaciones por valles y montañas, habíale conservado en absoluto alejamiento de cuanto se relacionaba con las cuestiones políticas, mas al trasladarse a Madrid germinaron en su espíritu, como en terreno virgen, las ideas progresistas, que abrazó con todo el entusiasmo de sus juveniles años. Este apasionamiento le acarreó algunos sinsabores y gracias que no le costó la vida.

Uno de ellos tuvo lugar con ocasión de haber cerrado las cortes el Ministerio Sartorius, adoptando además otras medidas encaminadas a reprimir los excesos de la prensa. «La Nación» y el «Clamor Público» acogieron en sus columnas multitud de protestas contra el Gobierno, y el segundo de los diarios citados publicó una firmada por varios estudiantes, entre ellos Isern.

No pasaron muchas horas sin que éste y algunos más de sus compañeros, recibiesen la cesantía en sus cargos oficiales. Se les llamó a los pocos días invitándoles a firmar una retractación, pero Isern, que por cierto había dado su nombre por compromiso, no quiso desdecirse. Felizmente intervino a favor de todos ellos el Ministro D. Jacinto Félix Domenech y fueron repuestos en sus empleos merced a las gestiones de éste.

Hay todavía en la vida de Isern un hecho elocuentísimo que pregona cual ninguno otro la grandeza de aquellos sentimientos que animaban su corazón y su acendrada caridad. Es el siguiente: En 1854 apareció en España sembrando por todas partes la desolación y el espanto, el cólera morbo. En

las grandes poblaciones no escasearon ni la asistencia facultativa ni otros medios adecuados para luchar con la epidemia, pero en muchos pueblos huérfanos de todo auxilio, la enfermedad se cebó de una manera aterradora. Uno de aquellos fué Valdemoro donde no había ni médico ni medicina para luchar con la dolencia. En circunstancias tan críticas acertó a pasar por allí coleccionando plantas, y noticioso de situación tan aflictiva, se presentó al Alcalde ofreciendo sus servicios como Bachiller que era en Medicina. Aceptados éstos en el acto, comenzó Isern a trabajar día y noche, con celo y abnegación verdaderamente heróicos. Sin cuidarse de sí mismo corría presuroso a todos los sitios donde yacía algún doliente prodigándole los auxilios de la ciencia y también de la caridad. Así continuó durante una temporada larga, hasta que agotadas sus fuerzas por el cansancio y la fatiga, cayó también enfermo, en casa de una honrada familia. Esta se propuso corresponder dignamente a los servicios prestados al pueblo por tan desinteresado cuanto heróico bienhechor y fiel a su consigna, le cuidó y atendió en todo lo posible, con solicitud y esmero paternales. Isern, a fuer de agradecido, guardó en su corazón un recuerdo de profunda gratitud para dicha familia y en especial para la joven Tomasa del Olmo, que había permanecido constante a la vera de su lecho, a la cual dió después su nombre ante los altares haciéndola su esposa.

El año 1857 se reformó el Reglamento del Museo de Ciencias Naturales, e Isern fué ascendido al cargo de Ayudante de las clases de Botánica, imponiéndole la obligación de licenciarse en Ciencias Naturales. Con este motivo se matriculó aquel mismo curso en la Universidad Central, pero los deberes del nuevo cargo le impidieron asistir a las clases y no pudo al fin lograr sus propósitos.

Por esta época hizo una excursión a la provincia de Almería acompañando hasta Macael al escultor D. Manuel Moreno, quien desalentado ante el decaimiento en que se hallaban las artes en España, arrojó el cincel, trocando su profesión por la de industrial y montando una fábrica de aserrar mármoles. Isern visitó las cercanías del pueblo citado,

las de Fines y otras inmediatas, y pasó después a la sierra de Bacares, donde recogió abundante cosecha botánica e hizo sobre la flora de la región observaciones interesantes que hubo de consignar después en una carta dirigida a su amigo D. José Hereter.

También acompañó al Catedrático de la Escuela de Ingenieros Industriales de Barcelona Dr. Balcells en una visita que hizo éste a las minas de Hiendelaencina, obteniendo Isern para su herbario muchas y valiosas especies vegetales. Por este camino llegó a ser éste el consultor nato de cuantas personas deseaban abquirir noticias tanto de las colecciones del Botánico como de la flora española.

El nombre de tan benemérito luchador por la ciencia botánica figura con elogio en la «Flora de Madrid y su provincia», por D. Vicente Cutanda; en la de D. Mariano de la Paz Graells, que lleva por título «Ramilletes de plantas españolas», en la de Wilkomm y la de Gay y Webb, quienes le dedicaron una especie.

Isern mereció la estimación y aprecio sinceros de los célebres botánicos extranjeros Mauricio Wilkomm, con quien sostuvo activa correspondencia y cambió plantas de Cataluña por otras alemanas; con Jorge Bentham y Mr. Webb. A éste encontró una vez en *Bagnères de Luchón,* donde se hallaba tomando aguas. Webb quiso saber donde se alojaba Isern, y enterado de que paraba en una posada modestísima, muy conforme con sus escasos recursos, ordenó a sus criados que trasladasen el equipaje de nuestro colector a la fonda lujosa en que él vivía, teniéndole a su lado por espacio de una semana.

El año 1850 salió del puerto de Cádiz en viaje de circunnavegación la corbeta de guerra «Ferrolana» y ya surgió entonces la idea de mandar en ella una Comisión destinada a realizar observaciones y estudios científicos.

Ese proyecto no se llevó a cabo, mas con fecha posterior, o sea en 1862, dispuesta por el Gobierno la marcha al Pacífico de las fragatas «Resolución» y «Triunfo» alguien volvió a lanzar la idea citadada y en vísperas, como quien dice, de hacerse éstas a la mar, se organizó, mejor dicho, se impro-

visó, la famosa «Comisión Científica del Pacífico» cuya historia hemos tratado nosotros de rehacer.

Uno de los primeros individuos invitados por Graells a formar parte de aquélla, fué nuestro colector Isern y no hay que decir el entusiasmo con que hubo de aceptar el puesto que se le ofrecía en semejante campaña, tan conforme con sus hábitos de explorador incansable y tan adecuada a su pasión por las plantas.

Por otra parte encontró en el sueldo que le asignaron, un medio de mejorar su modestísima posición económica, y esto fué un nuevo estímulo que no dejó de influir bastante en su ánimo, para meterse en esa aventura, separándose de su esposa y de sus niños, por cierto en vísperas de ser padre por tercera vez.

Isern debió partir de Madrid hacia mediados de Julio y hasta su embarque el 10 de Agosto escribió cinco cartas a su familia. El 14 de Agosto lo hizo en Santa Cruz de Tenerife y su espístola está saturada de un pesimismo tan negro, que se muestra francamente arrepentido de haber dado *este paso*, advirtiendo a su esposa que *callaría muchas cosas,* sin duda para no apenarla.

A pesar de esto, se entrega con ardor a sus herborizaciones en Canarias y Cabo Verde, donde encuentra hermosas plantas a pesar de la aridez del suelo, y este hallazgo templa su ánimo y contribuye a libertarlo de sombras y tristezas.

Desde los primeros días de navegación encuentra grato solaz y amable compañía en los Médicos Pérez de Lora y Martínez y en el capellán D. Vicente Almendros, pero la hombría de bien de nuestro botánico y su bondadoso carácter le atraen las voluntades de todos los tripulantes y le crean un ambiente de cordialidad y afecto que mitiga las molestias de aquella vida monótona y fastidiosa.

El 9 de Septiembre aparecen a su vista las tierras americanas engalanadas de vegetación exhuberante y el veterano explorador de montes y collados las contempla gozoso como quien contempla un edén, donde su espíritu amaestrado en el contacto con la Naturaleza, espera encontrar satisfacciones hondas y sorpresas gratísimas.

Desde el Brasil remite a España diez grandes paquetes de plantas recogidas en Canarias, Cabo Verde, Santos y Río Janeiro. Son las primicias de su labor y sudores, el primer presente que ofrece a su patria en esta campaña y la primera muestra de la flora americana que envía al Museo. Los ejemplares vienen dispuestos con singular cuidado y cada uno trae su etiqueta con el género, especie y localidad.

Isern repite los envíos desde Montevideo y emprende después su viaje a través de las Pampas argentinas hasta Chile. Desde Valparaíso escribe de nuevo a su familia comunicándola impresiones y sobre todo la escena emocionante de una misa celebrada a bordo de la «Resolución» con asistencia de la colonia española y el detalle de un precioso niño vestido de uniforme, como el de nuestros regimientos de cazadores. Dice además que tiene algunos ahorros, «pero ¡cuántos disgustos, sinsabores y otras cosas me han costado!» añade en seguida.

En esta república prepara nuevas remesas, pero ya no consigna en las etiquetas más que una cifra que corresponde a otra de la lista que lleva en su poder. Isern no confiaba en la honradez científica de alguien cuyo nombre callaremos, y decidió reservarse los datos en que se basa la descripción de las especies, cerrando así la puerta a cualquier usurpador sin escrúpulos.

A todo esto transcurrían las semanas, los meses y hasta los años, e Isern y compañeros no recibían instrucciones del Ministro, ni cartas que les orientasen acerca de su porvenir, ni nada que significase estímulo, aplauso o consuelo en medio de campaña tan ruda. Con fecha 15 de Abril de 1864 escribía nuestro botánico a su familia en la siguiente forma: «ignoro cuándo regresaremos a España, no es fácil calcularlo, pues depende del tiempo que permanezcan las naves en aguas del Pacífico. *¡Cuánto siento separación tan larga, sólo Dios y yo lo sabemos! pero antes morir que retirarme de mis compañeros, hasta que nuestra misión esté concluída.....*

Después de tantos trabajos como hemos pasado, confío poco en la retribución que nos pueda dar el Gobierno.»

Hemos comentado ya la situación crítica de los Naturalis-

tas en Chile después de la toma de la Chinchas por la Escuadra de Pinzón. Isern se refiere a ella en carta fechada en Valparaíso el 16 de Mayo del 64. «Insertan, dice, en sus periódicos, violentos artículos afirmando que hemos venido a estudiar caminos y carreteras para preparar la conquista. Yo soy el más comprometido de los compañeros, porque he viajado más por tierra. Salgo de cuando en cuando al campo, generalmente con Martínez. Vamos armados de revólver y puñal resueltos a jugar el todo por el todo, en caso de acometernos viles asesinos.....»

Casi a renglón seguido escribe estas palabras: «probablemente habrá asesinatos de españoles..... no importa aunque sea yo una de las víctimas. Sálvese el honor nacional aun a costa del sacrificio de algunos.....»

La muerte de Amor le causó impresión tan honda, que hubo de guardar cama. Con este motivo se expresa así en carta de 1.° de Agosto del 64: «En la lápida del Botánico estará esculpido el nombre de nuestro malogrado compañero (1). No quisiera yo que tuviesen que poner mi nombre, aunque no es grande mi apego a la vida. Una muerte gloriosa es casi de envidiar.....»

«Creo tener muchas plantas nuevas, esta será la mejor prueba de haber trabajado con celo en favor de la Ciencia.....»

Isern se lanzó al gran viaje impulsado por su entusiasmo científico y por un afecto de compañerismo, y sin embargo, no había en la Comisión individuo alguno que tuviese motivos tan graves para regresar a España como los tenía él. Durante su ausencia le había nacido un hijo y había perdido otro; su familia le reclamaba con insistencia y para ésta necesitaba vivir, y vivir sano y fuerte, y a pesar de esto sepulta en el fondo de su corazón los sentimientos de padre cariñoso y esposo amante, y se interna en los bosques americanos en busca de peligros y privaciones sin cuento.

El 21 de Enero de 1865 escribe a D. Laureano Pérez Arcas

(1) En el Botánico ni existe ni creemos se haya colocado semejante lápida. Donde sí figuran los retratos de Amor e Isern, es en el Museo de Ciencias Naturales.

una carta fechada en Quito, en la cual dice lo siguiente: «Muy pronto saldremos de esta capital para dirigirnos al río Napo. Mi entusiasmo no ha menguado y mis colecciones, aunque no muy numerosas, no dejarán de tener mucha novedad.

Los que no han visitado las Américas creen que es muy fácil formar grandes colecciones en poco tiempo; todo lo contrario. ¿Qué montaña de América, en cualquier superficie de terreno, contiene tan variado número de especies y tan propias y típicas como nuestro Guadarrama? ¿Qué cerro de América ostenta especies tan raras como nuestro Cerro Negro? Ciertamente que ninguno.

En América todo es grande. Las montañas más altas de Europa, son pigmeos comparadas con los picos de los Andes. Así es que las especies están más esparcidas y el viajero naturalista se ve obligado a recorrer mucho más terreno, para encontrar un número igual al de aquéllas.....»

«Estoy haciendo colecciones de tallos, frutos, semillas y bulbos. Creo tener actualmente muchas especies nuevas y tal vez (y sin tal vez) géneros....

Creo que la Junta estará satisfecha de nuestros trabajos, teniendo en cuenta las mil dificultades con que hemos tenido que luchar. De las pasadas fué testigo el digno y venerable Presidente (Paz y Membiela); de las presentes y futuras, podrá dar testimonio el Sr. Martínez, Jefe de los pocos restos que hoy quedan de la Comisión del Pacífico; pero el entusiasmo todo lo vence.

Sé que han de criticarnos, pero nuestra conciencia estará tranquila. No espero recompensas, y sí disgustos; estoy resignado a todo y si llegase el caso de que abusasen mucho de mi posición, me retiraría del servicio, conformándome con vivir tranquilamente con mi familia en un rincón de España.

Estoy muy lejos de hacer méritos de mi humilde persona, pero formo parte de una Comisión que ha dado alguna importancia a nuestra patria, y un mentís a los que creían sepultadas nuestras glorias.....

Los europeos residentes en América, nos hacen justicia muy pocas veces, y está en su interés eclipsar todo lo bueno de nuestra patria querida.....

Han visto ya la luz pública los resultados científicos de la Comisión Austriaca a bordo de la «Novara»; cuando nuestras especies hayan sido estudiadas, probablemente y casi con seguridad serán más importantes en Botánica, y en los demás ramos confiados a mis compañeros, abrigo la convicción profunda de que la importancia será mucho mayor.»

En esta carta, henchida de un entusiasmo confortante, manifiesta Isern las amarguras de su ánimo ante las críticas de ciertos individuos de Madrid, en una palabra, *de los eternos estrategas de café,* pero el recio temple de su espíritu se sobrepuso a todo, con la esperanza de que los hechos habían de ser sus defensores más elocuentes. Por desgracia, esos hechos no salieron a luz, al menos en Botánica. ¡Pobre Isern! Si hubiese adivinado el triste porvenir de aquellas colecciones (al menos de gran parte de ellas), si hubiese podido preveer que los Profesores encargados de su estudio, se vieron en el duro trance de suspender los trabajos por haberles retirado su protección el Gobierno, seguramente se habrían marchitado sus ilusiones, y en vez de correr hacia el Napo en busca de la muerte, habría retrocedido a Guayaquil para tomar la vía más breve y cómoda que le condujese a las costas españolas.

Consignadas quedan en la presente historia las aventuras de Isern y compañeros durante su odisea por las regiones amazónicas y no hemos de repetirlas aquí.

Cuando llegó a Madrid era una verdadera ruina y su aspecto cadavérico hizo preveer a su familia y amigos un desenlace funesto.

El 4 de Enero del 66, días antes de morir, escribía la siguiente carta a D. Laureano Pérez Arcas: «Mi querido amigo y protector: Desde el 9 del presente me hallo en ésta (Madrid), a causa de haberse agravado mi enfermedad en tales términos, que no sé si me harán hoy la operación de la *paracentesis*. En este estado, figúrese V. lo poco que puedo dormir y lo mucho que padezco. La sed es una de las cosas que más me molesta, y sobre todo, tener que arrojar cuantos líquidos entran en mi estómago. Hágalo presente a D. Patricio y me ahorra de escribirle, pues como puede suponer, me cuesta gran trabajo.....»

El 23 de Enero, a las cinco de la tarde, dejaba de existir en su casa (Alcalá, 40) D. Juan Isern y Batlló, el infatigable explorador de corazón de niño y alma de mártir. Incansable en el trabajo, enamorado siempre de sus plantas, sereno en los peligros, paciente y resignado en las tribulaciones, severo en sus costumbres, sencillo y bondadoso en el trato, abnegado hasta el sacrificio y patriota cual ninguno. Su figura tiene algo de espíritual, de legendaria y poética. Parece un héroe de otros tiempos, un personaje de la época de nuestros conquistadores, cuyos laureles vino a reverdecer.

Al dedicarle hoy estas líneas, no debemos omitir que tan modesto homenaje coincide precisamente con el centenario del año de su natalicio, que tuvo lugar en 1825.

Trabajos de D. Juan Isern.

1.° *Carta dirigida a D. José Hereter con fecha 12 de Marzo de 1861, desde Fines (Almería). Descríbese en ella la vegetación del pueblo citado, de Macael e inmediaciones y de la sierra de Bacares.* Pabellón Médico. Tomo VI, página 160, 1866.

2.° *Noticia de las plantas usadas en Medicina desde la más remota antigüedad, con expresión de los nombres que habían tenido en diversas épocas y en obras de distintos autores.* Ms. D. José Ametller dice haber visto este trabajo que por cierto era muy extenso e interesante.

3.° *Apuntes de Botánica escritos durante su viaje por América.* Los tenemos en nuestro poder y de ellos nos hemos ocupado ya.

4.° *Crónica de la Expedición al Pacífico.* Pabellón Médico. Tomo IV, págs. 27-28, 1863.

A GUISA DE EPÍLOGO

Vamos a cerrar nuestra «Historia de la Comisión Científica del Pacífico» con algunas frases que sirvan como de broche al presente relato que dirigimos, especialmente, a los Naturalistas españoles.

Hemos seguido paso a paso los viajes y andanzas de la Comisión citada, a través de los mares y del Continente americano, guiados siempre por documentos fehacientes y dignos de absoluto crédito. Merced a ellos nos ha sido posible reconstituir, al menos en parte, la historia de los episodios principales de aquella expedición memorable tan pródiga en abnegación y sacrificios por parte de los Naturalistas como en desaciertos y errores imputables por desgracia a los que la dispusieron y organizaron.

Colocándonos en el plano en que indudablemente hubiesen estado aquéllos de haber escrito la historia de este viaje, hemos procurado recoger de los diarios, cartas y comunicaciones oficiales, en primer lugar todas las referencias relacionadas con su labor directa de viajeros exploradores y colectores, después las que indican la gea, flora y fauna de cada uno de los principales parajes por aquéllos visitados, y por último, las que denuncian el estado social y político del Brasil, Argentina, Chile y demás naciones americanas. Con semejante procedimiento creemos haber dado al presente trabajo un triple aspecto que hará su lectura menos fatigosa y más instructiva y variada.

Mucho nos hubiese complacido el poder tributar alabanzas y aplausos a cuantas personas intervinieron en esta empresa y lamentamos por lo mismo muy de veras el que los fueros de la verdad nos hayan colocado a veces en el duro trance de tenerlas que juzgar severamente reprobando su imprevisión o su conducta. Aun así, todavía hemos de advertir a

quienes pudiesen calificarnos de poco indulgentes, que se han suprimido en la presente historia no pocas frases de sabor acre y tonos bastante duros, consignadas en los diarios de los viajeros Naturalistas, aparte de la colección de cartas que por idénticos motivos retiramos de la publicidad.

Comprendemos que nuestro relato presenta un carácter sombrío y que su lectura tal vez sugiera juicios poco favorables para la situación cultural y política de España durante aquella época; pero la realidad y elocuencia triste de los hechos se imponen aquí como un imperativo categórico, y seguir otro camino sería engañar al público y engañarnos a nosotros mismos.

Consignadas las anteriores observaciones, réstanos todavía dedicar un merecido recuerdo al General D. Luis Hernández-Pinzón, quien trató de mejorar la suerte de la Comisión del Pacífico y hasta contribuyó más de una vez al aumento de las colecciones zoológicas regalándola ejemplares de aves en varias ocasiones; al Comandante de la «Resolución» D. Manuel de la Rigada, al Comandante de la «Covadonga» D. Luis Fery, al Médico de la «Triunfo» Sr. López de Lora, al Capellán de la misma D. Vicente Almendros y a los Alféreces de navío D. Camilo Arana y D. Félix Gurrea.

Todos ellos fueron beneméritos de la citada Comisión, y nos complacemos en citar aquí sus nombres ya que no quepan dentro del plan de este libro las biografías que de los mismos habíamos escrito.

Por otra parte hacemos presente nuestro reconocimiento más profundo a nuestro querido amigo el Letrado D. Bernardo Aza, a cuya munificencia se deben gran parte de las láminas que ilustran esta obra; a nuestros compañeros los PP. Antonio Lozano y Víctor G. González, por su cooperación en la copia de diferentes documentos; a los Sres. Isern y Espada ya citados, y a las Sras. Excma. Marquesa de la Cortina y D.ª Teresa Menéndez, viuda de D. Manuel Almagro, por su amabilidad en proporcionarnos noticias de sus parientes que figuran en la presente historia.

Volvamos ahora la vista a los Naturalistas Paz y compañeros, y a las naves en que viajaron para consagrarles las

últimas líneas de este trabajo, consignando el fin de sus días a modo de complemento del mismo; D. Patricio María Paz y Membiela, falleció en San Sebastián el 14 de Enero de 1874; D. Fernando Amor y Mayor terminó sus días en San Francisco de California el día 21 de Octubre de 1863, según ya hemos dicho; D. Francisco de Paula Martínez y Sáez, en Madrid el 26 de Enero de 1908; D. Marcos Jiménez de la Espada, en Madrid el 3 de Octubre de 1898; D. Manuel Almagro y Vega, en la Habana el 23 de Octubre de 1895, y D. Juan Isern, el 23 de Enero de 1866, en Madrid.

¿Qué fué de las naves que componían la Escuadra de Pinzón tantas veces mencionadas en la presente historia? La hermosa fragata «Nuestra Señora del Triunfo» fué pasto de las llamas el 25 de Noviembre de 1867; la goleta «Covadonga», que tan bravamente había luchado con las tempestades en el Estrecho de Magallanes, fué apresada por la corbeta chilena «Esmeralda» el 26 de Noviembre del 65, después de sangriento combate, y terminó sus días, a lo que parece, en el puerto de Papudo.

En cuanto a la «Resolución», menos desgraciada que las anteriores, tomó parte en el bombardeo del Callao, partiendo de aquí con rumbo a España el 10 de Mayo de 1866; pero durante su travesía sufrió tales contratiempos que parecía cernirse sobre ella una sombra maléfica. Comenzaron aquéllos declarándose una epidemia de escorbuto en la tripulación que quedó diezmada. Llegó a notarse en cubierta la falta de timoneles y cabos de guardia, dice D. Alejandro Fery. Para mayor desconsuelo, añade el mismo, el botiquín estaba exhausto y en la despensa faltaban muchos artículos de primera necesidad.....

El 1.° de Junio sufrió la nave un temporal violentísimo y el 13 estuvo a punto de estrellarse contra la costa de la Isla de Diego Ramírez. Aquella misma noche perdió el timón y codaste exterior, y después de algunos intentos de salvamento por parte de la fragata dinamarquesa *Peter Fordt,* quedó por fin abandonada a sus propios recursos. Por último, se mandó una lancha a las Islas Malvinas, en la que embarcaron varios marineros y el Teniente de Navío D. Cecilio de Lora, y des-

pués de 14 horas de viaje consiguieron el auxilio que buscaban, viniendo con su vapor *Spiteful* el Comandante inglés Mr. Fletcher, quien remolcó la «Resolución» hasta puerto Stanley.

Pocos días después notaron síntomas de rebelión en los prisioneros chilenos que iban a bordo, y fué necesario que aquellos tripulantes hambrientos y extenuados se aprestasen a la defensa que por fin se hizo innecesaria.

Por último, y para colmo de calamidades, tuvo lugar un principio de incendio que por suerte pudieron sofocar a tiempo.....

El 31 de Diciembre de 1866 ancló la «Resolución» en el puerto de Cartagena, y el 2 de Enero del 67 quedó desarmada, terminando así su gloriosa carrera.

Tal es la última página de la «Historia de la Comisión Científica del Pacífico».

Madrid 9 de Febrero de 1926.

APÉNDICE

I.—*Reglamento para el régimen de la Comisión de Profesores de Ciencias Naturales agregada a la expedición marítima del Pacífico.*

Artículo 1.° Son objeto de la Comisión, las investigaciones y observaciones relativas a los diversos ramos de las ciencias naturales, así como la adquisición de ejemplares, copias y dibujos de seres naturales notables que se encuentren en las regiones por donde pase la escuadrilla que la conduce.

Art. 2.° Se compone la Comisión de un Presidente, un naturalista, dos ayudantes naturalistas, 1.° y 2.°, un encargado de los estudios antropológicos y etnográficos, un colector botánico, un disecador y un fotógrafo y dibujante.

Art. 3.° Se divide la Comisión, en personal científico y auxiliar. Pertenecen a la 1.ª categoría, el Presidente, el naturalista, los ayudantes y el encargado de los estudios antropológicos y etnográficos, y a la 2.ª, el colector botánico, el disecador y el fotógrafo-dibujante.

Art. 4.° En ausencia y enfermedades del Presidente, le sustituirán los demás individuos del personal científico en el orden expresado en el artículo anterior.

Art. 5.° El personal científico constituirá la Junta facultativa de la Comisión, cuyas atribuciones serán las siguientes: 1.° Acordar las expediciones al interior de los países en cuyos puertos fondee la escuadra y cuya duración sea de ocho días. 2.° Decidir qué objetos de los recogidos deben remitirse a la Península. 3.° Examinar y aprobar, si las encontrase conformes, las cuentas que le presente mensualmente el Vocal Secretario de la Comisión. 4.° Informar acerca de la compra de objetos cuyo valor pase de mil pesetas, y en todos los demás asuntos que el Presidente someta a su deliberación.

Art. 6.° Las atribuciones del Presidente son: 1.ª Dirigir la parte administrativa de la Comisión. 2.ª Poner el V.° B.° en las cuentas que mensualmente forme el Secretario y que deben presentarse a la Junta. 3.ª Poner el V.° B.° semanalmente en los libros, etc. y en los catálogos de los objetos que se remitan. 4.ª Organizar las expediciones que hayan de durar menos de ocho días, nombrando tanto en éstas como en las de mayor duración el personal que las haya de formar, pudiendo dividir la Comisión en dos ó más grupos según lo exija la naturaleza del terreno y sus productos, el tiempo de que pueda disponerse y las circunstancias especiales de los individuos. 5.ª cuidar de que cada individuo de la Comisión cumpla con los deberes que por el presente reglamento

se le imponen, amonestándoles privadamente por la primera vez si faltasen a ellos: reprendiéndoles ante la Junta si persistiesen en su falta, suspendiéndoles el sueldo hasta por un mes, dando cuenta a la Junta; y si ninguno de estos medios fuere suficiente proponer a la misma deje de formar parte de la Comisión el individuo que por díscolo o descuidado en el cumplimiento de sus obligaciones perjudique al éxito de la Comisión. En este caso quedará desembarcado en el primer punto desde el que pueda fácilmente regresar a la Península. Lo mismo se efectuará con el que por el mal estado de su salud declarasen los médicos de a bordo no ser conveniente continúe la navegación.

Art. 7.° El Secretario de la Comisión tiene las siguientes obligaciones: 1.ª Redactar la correspondencia oficial conforme a las órdenes que reciba del Presidente. 2.ª Formar mensualmente la cuenta de gastos justificada con los correspondientes documentos de comprobación, debiendo poner el *cónstame* los encargados de cada sección en los recibos o documentos que acrediten la compra de objetos pertenecientes a su ramo respectivo. 3.ª Llevar el libro diario de la Comisión en el que se anotará cuidadosamente los trabajos y operaciones de a bordo, los días de expedición, el resultado de éstas para cada individuo, las órdenes especiales que en cada caso hubiese dado el Presidente, su cumplimiento o falta de él por algún individuo. 4.ª Llevar el libro de actas de las sesiones que celebre la Junta facultativa que serán autorizadas con su firma y V.° B.° del Presidente.

Art. 8.° Si bien todos los individuos de la Junta, asi como el colector-botánico, están obligados a recoger los objetos de cualquier ramo que sean con tal de que los crean útiles al objeto de la Comisión; cada individuo se ocupará especialmente de los pertenecientes a la sección a que se hallare destinado.

Art. 9.° El Naturalista de la Comisión se ocupará de todos los objetos naturales, y como tarea suya particular en la recolección de insectos y arácnidos, de minerales, rocas y fósiles.

Art. 10. El primer ayudante Naturalista se encargará especialmente de los mamíferos y reptiles acuáticos, peces, crustáceos, anélidos, moluscos y zoófitos.

Art. 11. El segundo Ayudante, de las aves, mamíferos y reptiles terrestres.

Art. 12. El encargado de los estudios antropológicos y etnográficos de todo cuanto le sea posible en estos objetos.

Art. 13. El colector-botánico recogerá lo perteneciente al reino vegetal, cuidando de su preparación y conservación.

Art. 14. El Disecador se ocupará en preparar los objetos que se le entreguen para que puedan conservarse convenientemente; se atendrá a las indicaciones que le hagan los que los hubieren recogido acerca de los órganos que convenga conservar en alcohol o por cualquiera de los diversos medios conocidos, debiendo acompañar a cada objeto un número que corresponda al del catálogo del que lo hubiera adquirido y

en el que deban constar las diversas circunstancias de que se hablará después.

Art. 15. El Dibujante y fotógrafo tendrá a su cargo representar por los medios que se estimen más convenientes los objetos que le designe el Presidente, el cual dará la preferencia a aquellos que pierden el colorido o se deforman por los medios de conservación que se tengan que emplear; acompañará en sus expediciones a los individuos encargados de recolectar para sacar vistas de montañas, cortes de terrenos, aspecto de la vegetación, etc.

Art. 16. Cada uno de los individuos encargados de la recolección llevará un libro en que anote las excursiones que haga, en compañía de quien, los objetos que haya recogido, poniendo número a los objetos ya en conjunto, ya particularmente, según las circunstancias especiales de ellos, por manera que sea el conjunto de números, el catálogo de lo que haya recogido, poniendo a continuación de los números las circunstancias dignas de mención, como el nombre vulgar si lo hubiere, si se hace de él alguna aplicación, su coloración, si fuese fugaz, su abundancia y escasez, la estación, etc., etc.

Art. 17. En estos libros pondrá el V.º B.º el Presidente semanalmente si los encontrare conformes con lo que se indique en el libro diario de la Comisión, y en caso contrario, anotará las diferencias que se hallaren.

Art. 18. Cada uno cuidará de que el embalaje se efectúe de modo que no sufran alteración por el transporte los objetos que hubiera adquirido, formará el catálago de los mismos que firmará y presentará al Presidente para que ponga su V.º B.º si los hallare conformes con los objetos que se remitan.

Art. 19. Las remesas se efectuarán, cuando sea necesario, de los puntos más convenientes para el transporte de los objetos a la Península, dirigiéndolos a este Ministerio.

Madrid 9 de Julio de 1862.

Vega de Armijo.

II.—*Para la Historia de la Comisión Científica del Pacífico. Carta de D. Marcos Jiménez de la Espada a D. Mariano de la Paz Graells.*

Cádiz, 30 de Julio de 1862.

Mi querido amigo y maestro: creí al marcharme de Madrid, que no tendría tiempo ni motivo más que para escribirle a V. una sola vez; pero esto va largo y por lo menos hasta el 10 del que viene, según hoy mismo me ha dicho Pinzón, a las 3 de la tarde no nos damos a la vela;

podré, por lo tanto, tener el gusto de escribirle a V. dos cartas, suministrándole más por extenso pormenores que atañen a nuestra dichosa expedición.

Para entrar mejor en ellos le ocuparé a V. un momento con mi pobre persona. En Córdoba, a donde llegamos todos reunidos, me separé de mis compañeros tomando el camino de Sevilla, donde estuve cinco dias en cama con una inflamación hemorroidal que no me dejaba dormir ni descansar y con la cual tuve que ponerme en camino para Cádiz por no faltar a la promesa que hice a Paz de estar allí en dia determinado. Después de presentarme a él volví a meterme en cama y con otros cinco o seis dias de ella conseguí estar en disposición de salir a la calle. En este intermedio llegaron Pérez, Martínez y Puig, habiendo quedado Amor retenido en Córdoba por causas que V. comprenderá fácilmente. Puig fué el primero que me visitó, Paz y Pérez vinieron al poco tiempo y después Amor y Martínez a cumplir con las atenciones debidas a un enfermo, y he aquí todas las que han tenido conmigo, porque después no han estado una sola vez por mi casa. Ha hecho la casualidad que yo viva separado de ellos, y esto es sin duda un pretexto para que la división que existe entre nosotros se manifieste hasta en las más pequeñas circunstancias.

Antes que yo pudiese hacerlo fueron ellos a visitar la fragata en el arsenal de la Carraca y se ocuparon con los ingenieros navales de los pormenores de instalación a bordo, en la cual, como era natural, contaron conmigo como uno de tantos. Allí, según después supe, resolvieron que todos fuésemos en los camarotes de batería, sacrificando la comodidad de los de más categoría en beneficio de los que debian ir en el sollado en los camarotes de proa y en condiciones imposibles casi de soportar en una tan larga navegación. Por lo tanto, el sitio destinado a uno solo, lo ocuparemos dos. Hizose también por ellos la repartición de sitios, observando el mayor rigor en asignar el mejor y más honorífico al de superior categoría y así sucesivamente con los demás.

Yo rabiaba, como V. puede imaginarse, por ver el buque y enterarme de todo por mí mismo, tanto más cuanto que las opiniones respecto a la apreciación de las comodidades de nuestro alojamiento estaban divididas. Amor lo veia todo como optimista, Martínez como pesimista. Llegó el dia deseado y cuando me lo permitió mi salud, acompañado de Paz y Pérez, fuí a visitar la fragata. Sorprendióme su tamaño, su hermosura, su comodidad y el orden y la limpieza que se observa en toda ella; es un buque magnífico que convida al viaje más largo y más arriesgado que con ella quiera hacerse. Nuestros camarotes están situados en el piso que se encuentra inmediatamente bajo cubierta y que se llama la bateria, arrimados al castillo de popa y tocando a las habitaciones del Comandante; son cuatro, dos de ellos a proa, los demás hacia popa, de 17 pies de largo por 12 de ancho, con otros 10 de altura: los otros dos tienen sólo 13 pies de largo. En medio de todos ellos hay un cañón que quita bastante sitio, pero deja sin embargo el suficiente para

que su comodidad sea mayor que la de los oficiales. El primero de estribor, el más honorífico—pues corresponde a la derecha del buque al lado del compartimento que le han señalado a Paz en la cámara del Comandante—, lo ocupan Amor y Martínez. El de babor se me destinó a mí y otro que yo eligiera entre los expedicionarios, que fué Puig. Los dos restantes los ocuparon el antropólogo, Isern y el fotógrafo. Los dos camarotes situados debajo de este piso en el sollado y a proa que eran los destinados a Isern y al antropólogo, han quedado para almacenar los objetos que se recojan y el equipaje que no puedan contener los camarotes de arriba. Realmente era imposible vivir allí dos días y hubiera sido una inhumanidad relegar a ellos persona viviente; no tienen luz ni ventilación, son estrechos, están infestados continuamente por los olores de la cala y muy cerca de la máquina. Los de la batería son claros, frescos, ventilados, sanos y mucho más anchos. Cuando Paz me preguntó lo que de ellos me parecía, le contesté que estaba agradablemente sorprendido y que nunca me había imaginado que en un buque se pudiera ir con tanta comodidad. El mueblaje que nos dan es hasta lujoso; una cómoda con escritorio y la parte superior arreglada para biblioteca, una cama de hierro como las que se usan en las casas, un lavabo con cubierta de mármol, palangana, jarro y jabonera—dos o tres sillas—alfombra, cortinas y acaso nos agreguen una mesa si queda sitio. Respecto a la parte material voy contentísimo y quejarse sería una gollería, teniendo en cuenta lo que es un buque de guerra.

Sin embargo, de todo no puede entenderse lo que llevo dicho enteramente a mi favor, por lo que sabrá V.; cuando Paz me dió a elegir compañero de cuarto no me advirtió que las disecciones y preparaciones tendrían que hacerse en el camarote mismo; de manera que al elegir a Puig, elegí el más molesto compañero y el camarote perdió con él una de sus mejores condiciones, la de salubridad. Por supuesto que ya le dije a Paz, que al haberlo sabido, no le hubiera pedido a Puig, pero elegido ya, con él me quedaba. Contestóme que él no podía remediar eso y que en el buque no había más sitio donde hacerlo, y yo le hice observar, por último, que era materialmente imposible disecar un mamífero, por ejemplo, que tuviera vara y media en un espacio de una vara, aparte de lo deletéreo de los miasmas que en tan reducido sitio, y con los calores que hemos de aguantar, se desprenderán necesariamente de los cuerpos que se preparen. Ya se ve, como él no piensa más que en conchas y los otros en insectos y en animales, que todos pueden conservarse en espíritu de vino, les da una higa por lo demás.

Por lo que hace al más interesado en todo este negocio, Puig, sepa usted que está resuelto a no disecar donde no pueda hacerlo y a poner a Paz en un compromiso cuando estemos en alta mar y en sitio donde la cosa no pueda tener remedio.

Hoy por la mañana me ha dicho Paz que me variará de camarote y que iré con Isern en uno de los más pequeños, quedándome yo con la parte mayor de él igual a la que tendría en uno de los mayores. Cada

día se piensa una cosa y no sé en lo que quedaremos. *Tenía V. razón, D. Mariano, cuando decía que faltaba en la expedición lo principal, la cabeza.* Vale más que a uno le manden con el palo levantado, si mandan bien, que de buena fe y sin saber lo que se trae entre manos. No tengo, en honor de la verdad, ningún fundamento para variar mi opinión respecto al juicio que formamos del carácter de nuestro Jefe cuando juntos hablábamos ahí de sus cualidades, pero dejando a un lado las primordiales de caballerosidad, buena fe, finura y cortesía, voy viendo que respecto a su formalidad, modestia y otras menos importantes, hay que andarse con un poco de cuidado y reserva. Me fundo para aventurar esto último en hechos, no en imaginaciones, y tendré siempre buen cuidado en distinguir unos de otros cuando le hable a V. en mis cartas de tan delicados asuntos. Su sordera es un recurso que me parece, no quisiera equivocarme, emplea con maña, algo inocente por cierto, oyendo lo que quiere y eludiendo las conversaciones que no quiere oir, para lo cual, sigue su discurso, sacando conclusiones a medida de su gusto, sirviendo de poco las observaciones terminantes y justas que muchas veces se le hacen. Su prurito es aparecer formal y consecuente, prueba que ahí está el fallo de su carácter, y para sostenerse en ese terreno a toda costa, tiene que ser realmente sordo a muchas pruebas. He hecho ya una colección de contradicciones, cuyo origen he visto bien claro, y está, a no dudarlo, en su buena intención, primero, en su justicia que le hace prometer lo que cree con arreglo a ella, y después en la influencia de las personas que le rodean, y a quienes materialmente acata, cuyas miras van más bien por el camino de la conveniencia propia y egoismo, que por el de la rectitud e imparcialidad.

La copia del documento que acompaña a mi carta le hará a V. ver cuán fundadas son mis observaciones, y si hoy ya no es claro y terminante lo que antes solo eran sospechas aunque vehementes.

No tiene V. necesidad de detenerse mucho en su lectura; salta bien pronto a la vista el deseo ya conseguido de realzar a ciertas personas y deprimir a otras, quitándome a mí particularmente los medios de ponerme a su nivel aun en la parte relacionada con los trabajos de la Comisión. Es inútil, por lo tanto, que apunte muchas observaciones que me han ocurrido y a V. le ocurrirán como a mí; sin embargo vea V. a lo que ha quedado reducida la Junta para la distribución de los trabajos científicos y si al aplazar Paz para ella las cuestiones que respecto a dicha distribución yo suscitaba y al salir ahora con ese reglamento no pone en contradicción su formalidad y algo más.

El tal reglamento, en medio de los perjuicios que me causa, me ha proporcionado, no obstante, la satisfacción de descubrir a unos y a otros. Entregómele Martínez como secretario para que lo leyera y sacase copia de él; leílo, y a renglón seguido, expuse con toda claridad lo que me parecía. Dije, en primer lugar, que se había faltado a lo prometido mandando lo que debiera haber sido convenio entre nosotros, siendo ya por lo tanto inútiles las poderosas razones que yo hubiera opuesto

a la parcial distribución de los trabajos científicos, razones que les hice ver y que no me contradijeron; añadí asimismo que la distribución clasificando los mamíferos y reptiles en acuáticos y terrestres era absurda e insostenible en la práctica, sopena de ponerse en ridículo, porque en ciertos géneros la mitad de las especies serían de uno y la mitad de otro, que el quitarme a mí las especies de estudio más lucido de manera tan violenta y absurda para cargarlas a Martínez indicaba una parcialidad que me ofendía y que daba origen a que se exaltara mi amor propio y que se creara rivalidad a que yo no daba lugar; pero con eso y con ponerme en el último término del *cuadro de categorías* parecía darse a entender como que era el menos apto para el trabajo y como un pegote de la Comisión, al cual se le permitía venir y con el cual para nada se contaba ni aun para aquello más razonable, como era la distribución del trabajo que había de ser el más agradable a cada uno sin perjuicio de los otros. Quejéme también del nombre de Ayudante segundo, por el cual se me posponía a Martínez, siendo así que mi categoría era por lo menos igual si no superior a la suya, como él mismo en ocasiones me había dicho, y concluí diciendo: que de haber yo sabido la manera como se me trataba, no hubiera solicitado ir en la Comisión y aun desistiría de ir con ellos a no encontrarme en las particulares circunstancias en que me encontraba; pero que les constase que iba disgustadísimo en la Comisión y que recordasen mis palabras para su debido tiempo. El primero que me contestó fué Martínez, diciéndome que él no sabía quién había hecho el reglamento, y que habiéndosele ocurrido también algunas observaciones que comunicó a Paz; Paz le había dicho que lo mandado mandado estaba y que no había más que obedecer; que no era tan insignificante mi trabajo puesto que llevaba lo más engorroso y pesado y lo de más apariencia, y que después más llamaría la atención. Que respecto a la categoría que cuando a él le habían puesto sobre mí era señal que Sabau había juzgado que tenía más que yo; que respecto a que venía allí de pegote era una casualidad única, y tan llamado había sido yo como ellos, etcétera. En cuanto a esto añadió: bien pudiera yo quejarme más que usted, porque la oposición que se me ha hecho ha sido terrible, habiéndose expresado algún periódico de una manera que parecía rebajarme realzando a mis compañeros; yo no digo que haya sido V., observó, pero pudiera sospecharlo y no quiero, por amistad y porque no le creo capaz de ello.

Contestéle que lo que los periódicos dicen se lo lleva el viento, pero lo que consta en documentos oficiales es lo que produce efecto. En los primeros estaba él debajo, en los segundos está encima y, por consiguiente, el perjudicado soy yo; añadíle que a no habérseme ocultado todo eso, yo hubiera hecho mis reclamaciones en regla, pero todo lo que se había hecho contra mí aparecía como por sorpresa; que no me había dado razón ninguna para justificar la división de trabajos, y que no lo era el que los míos tendrían más apariencia, porque lo que todos

buscábamos era la importancia científica. Se me manda, le dije, y no se me escucha, punto redondo; conste que yo reclamo, y por lo demás, si yo llevo menos trabajo que VV., mejor; cuando VV. estén sudando yo descansaré tranquilamente y el viaje será más agradable. En cuanto a lo de la categoría, le repito a V. sus mismas palabras.

Amor habló poco, porque sus palabras iban principalmente dirigidas a Martínez, pero lo pocò que habló fué bueno. Ya durante la lectura del reglamento me interrumpió varias veces para hacer observacionos irónicas y burlescas a algunos de sus artículos, por supuesto, por no saber quién lo había hecho; y en general, se manifestó hostil a él. En mis contestaciones con Martínez, algunas de las cuales fueron bastante agrias, se echó fuera, y como opinión conciliatoria echó a volar su tema favorito de que todo dependía de que en la preparación del viaje y nombramiento del personal habían trabajado dos centros opuestos y de miras encontradas: uno el del Marqués y otra persona ajena a las Ciencias Naturales, y otro el de Sabau y Junta consultiva. «Yo, me dijo, sabía ya en Córdoba que se trataba de la expedición y que se me había propuesto para Jefe científico de ella; en Valladolid me dirigieron un despacho telegráfico invitándome a aceptar ese cargo, y ya estaba yo, por lo tanto, al cabo de todo desde hace mucho tiempo». Díjele yo si le había dicho a V. algo de todo eso, si estaba ya enterado como persona que tanto se había interesado en favor suyo, puesto que también le había propuesto en el otro centro, y me contestó: «No, no le he dicho nada a Graells porque como se me presentó tan de buena fe y tan dispuesto a favorecerme, como hizo tanto por mí, no quise quitarle la ilusión de que él lo había hecho todo; por otra parte, me había encargado la reserva y tenía que callar.»

1.°, Vilanova; 2.°, Pérez; 3.°, Amor; no quiero añadir más comentarios a tan expresivas palabras que yo le aseguro a V. con la mía y con mi firma que son textuales.

Concluyó la conferencia entre los Sres. Amor, Martínez y yo, pues Paz y los otros estaban fuera, ofreciéndome, sobre todo Martínez, sus relaciones y protección para la vuelta que es cuando se vería si era amigo mío y lo que haría por mí, etc.; yo le di las gracias y le dije que para nada le necesitaba, porque la recompensa que esperaba no podría obtenerla por su influencia, pues la que yo quería era volver sano y salvo, contentándome con eso.

Tuvo noticia Paz de esta conversación y al día siguiente, estando solos con Puig, me proporcionó motivo para hablar de ella y yo le dije redondamente que estaba disgustado con las disposiciones del reglamento que hacían referencia a mi trabajo, y que extrañaba como habiéndome él dicho que se convendría entre nosotros la distribución, ahora salíamos con que se mandaba lo que se quería sin atender a razones. Su contestación, como yo esperaba, fué evasiva, pero en resumen se redujo primero a confesar que el reglamento era cosa suya arreglado con Sabau, y que tenía poderes para variarle cuando le

pareciese y observar de él lo que tuviese por conveniente. En cuanto a la dichosa distribución de los trabajos se me mostró quejoso de que yo no hubiera estado por su casa y frecuentado los conciliábulos que tenían en Madrid acaso por no parecer que le adulaba y por excesiva delicadeza, que si hubiese ido a ellos allí podía haberme convenido en lo que hubiese querido con los otros. Rogóme, por último, que expusiera los motivos de mi queja. Se los expuse: y habiéndose conformado luego para decidir respecto a la parte científica al oir que me quejaba del poco trabajo que llevaba, se echó a reir y me dijo que se me aumentaría y atendería en una petición tan original. Yo le repliqué que no lo era tanto, porque veía mucho empeño en darse cada uno y en todos terrenos la mayor importancia posible, y quitándoseme a mí en el reglamento no podía menos de protestar, aunque obedeciese: Que tuviese presente mis palabras para cuando fuese oportuno recordarlas. Si yo no he ido antes de ser nombrado de la Comisión por su casa de V., ha sido, le añadí, por lo que V. ha supuesto y porque yo allí nada tenía que hacer; en cuanto le tuve a V. por Jefe no he faltado un solo día a su casa y siempre le he preguntado a V. con insistencia si me quería algo o me mandaba alguna cosa y V. nunca me invitó a conferenciar del asunto con los otros. Contestóme que era cierto, y la conversación quedó aquí.

Ahora bien, repare V., Sr. D. Mariano, la contradicción que existe en lo que Martínez me decía, con lo que Paz me ha declarado respecto a la paternidad del reglamento y a su estricta observancia y lo poco hábiles que en esto andan, pues mientras nuestro digno Secretario se oscurece con reservas y anfibologías y Amor le sigue, Paz, que se resiste a ciertas mentiras, me confiesa las cosas de plano; y ¿es posible que las minuciosidades tanto administrativas como científicas del reglamento, sean obra de Paz o Sabau, lego el primero por confesión propia, y el segundo por lo que en las Juntas con VV. demostraba? Así se lo dije yo al mismo Martínez y me contestó con la pregunta de quién sospechaba yo que fuese; no lo sé, le contesté a mi vez.

Me afirmo cada vez más en mis opiniones respecto a esa gente y en la resolución tomada en vista de ellas. Me aparto de todo corazón de unos hombres cuyas miras y conducta tan distintas son de las mías, cuyos planes para lo futuro van tan en contra de las personas en quienes he colocado mis afecciones y cuyos medios de acción me repugnan no sólo por lo que en sí ellos son, sino también por ayudar a aquellos planes. Algo de ellos he podido columbrar, si bien no me atreveré todavía a dar como sospecha lo que he entendido, pero acaso con el tiempo lo pueda V. saber.

Por de pronto, lo que sí puedo afirmar es que el Museo y Jardín Zoológico pueden esperar muy poco de la expedición; esto es cierto, usted ya lo sabe, pero bueno es, sin embargo, que se lo corrobore a V. yo desde aquí por lo que voy viendo después de nuestra salida de Madrid.

Y concluyo, o mejor dicho, corto aqui esta carta por no fatigarle a usted demasiado.

. . . .

. . . .

M. J. de la Espada.

III.—*Visita al saladero del Sr. Lafont.*

Lunes, Enero de 1863.

Expedición al cerro. Visita al saladero del Sr. Lafont, inglés de porte distinguido, guapo, franco, y tiene como consocio D. Enrique Hunzinger. Este nos recibió con mucha amabilidad y nos dió de almorzar. Ibamos Martínez y yo. Es el mejor saladero de América del Sur. Mata de 800 a 900 cabezas de ganado diariamente, con preferencia toros. Tiene como 200 empleados que consumen a veces un jornal de 10.000 patacones mensuales. Esta industria necesita un gran capital en circulación pues tiene que comprar el ganado con cuatro o seis meses de anticipación y alimentarlo en el campo. Por término medio compran cada cabeza en 9 patacones y dan uno de comisión al encargado de llevarlos al saladero, que responde de perdidos, etc. Tienen un empleado para reconocer las cabezas útiles, y un negociado se encarga de colocar los productos. La mayor parte de los jornaleros son vascos. Los que tienen encargos que requieren cierta práctica inteligente llegan a ganar hasta 5.000 reales mensuales, ¿un profesor? Se les da además comida, es decir, carne de despojos de las reses y pan y alojamiento. Los vascos del saladero tienen un juego de pelota en sociedad y casa para solazarse.

Los mataderos y saladeros principian a funcionar en Diciembre, y están parados en invierno. Es industria que yendo bien produce ganancias inmensas y yendo mal pérdidas enormes.

El saladero del Sr. Lafont está situado cerca del cerro próximo al rio..... que se pasa con una balsa, está cerca del mar y tiene un pequeño muelle donde atracan los barcos que cargan sus productos. Consiste principalmente el saladero en dos grandes tinglados: uno para descuartizar, desollar y descarnar; otro para salar, descubierto, y un tercero más abrigado, para la extracción de las grasas (graseria). Tienen además otro más pequeño para limpiar redaños y bandullos. Hay también dos grandes corralizas hechas de palitroques fuertes, atados con vergas de toro. Comunicando unos con otros por medio de trampas levadizas y basculadas con grandes piedras pendientes de cadenas; la primera para encerrar el ganado que viene del campo en *tropas*, la segunda para guardarlo después de contado, y la tercera para tenerlo

en depósito, del que se saca en pequeñas porciones para llevarlos al lugar donde los dan remate. Esta operación es curiosa.

Antiguamente los cogían con lazo en el campo; en el mismo sitio les daban muerte y después los llevaban a otro para someterlos a las operaciones de aprovechamiento. Hoy día se hace de un modo más rápido y que satisface a las exigencias de esta gran industria la principal de esta República. De la última corraliza arranca un pasadizo separado de ella también con trampa, donde las reses quedan encajonadas y apartadas; está hecho de tablas, y algunos de sus costados tienen un tablado desde donde se le domina. Concluye en dos postes verticales, sosteniendo dos travesaños horizontales: el superior fijo y el inferior movedizo, o mejor dicho, corredizo. En el superior hay una polea fuerte y resistente. El suelo, que es de madera y muy resbaladizo, está interrumpido a unas tres varas antes de llegar debajo de los postes, y en su lugar se coloca una carretilla que no levanta más que el nivel del piso. Colocado el matador encima del tablado del callejón, lanza desde allí el lazo al montón de reses y enlaza generalmente una o dos por los cuernos, operación en la que está muy adiestrado. El lazo es una fuertísima correa de cuero con una argolla de hierro en un extremo, por ella se pasa la cuerda y al tirar se corre y aprieta la parte que enlaza. El extremo opuesto al de la argolla del lazo del matador pasa por la polea última amarrado a dos caballos montados por sus simpáticos jinetes y así que el matador tiene enlazada una res lo advierte con la voz de..... que tiren. Empujado el toro con violencia y sin poder apoyarse en el suelo escurridizo que tienen cuidado de mojar, es arrastrado violentamente contra el poste horizontal corredizo y debajo de la polea donde queda sujeto y medio aturdido por el golpe. Entonces se llega a él el matador, coge la daga que coloca encima de una mesetita que hay en la polea y con una destreza admirable les da el cachete. El encargado de correr y descorrer el poste movedizo, lo saca de la corredera, dos mozos le quitan el lazo y tirando después de la carretilla, lo llevan al encargado de desollarle, descuartizarle, etc. Tan luego como desaparece la carretilla que lo conduce, aparece otra que la sustituye rápidamente en el mismo sitio. Mientras tanto el lacero ha tenido tiempo de enlazar otro y esta operación se sucede con una rapidez asombrosa. Como el callejón de matar desemboca inmediatamente en el tinglado de descuartizar, las operaciones no se interrumpen. El tinglado de descuartizar tiene el suelo interrumpido por una sección y su superficie está surcada de canales para las carretillas.

Dos canales recogen la sangre que corre materialmente a torrentes.

La primera operación a que es sometido el animal, todavía vivo después del cachete, es la de desollarle arrancándole, todavía palpitante, el pellejo en cuatro o seis cuchilladas, y si está muy entero le sacan los ojos de una cuchillada para que no vea aquella operación. Córtanle después la cabeza que van hacinando en montones separados los cuatro miembros que van a otro montón, y en un par de golpes saca en dos

solas porciones la carne de ambos costados. Cuelgan los miembros de garfios y son despojados asi de la carne. La columna vertebral se hace pedazos con una hacha. Se arrancan por otro las entrañas para llevarlas al tinglado lavadero, todo en carretillas, y en un abrir y cerrar de ojos un toro se divide para formar parte: 1.° de un montón de pellejos; 2.° de las carnes para el tasajo; 3.° de las tripas para lavar, y de las cabezas para aprovechar los cuernos; 4.° de las costillas, vértebras y extremidades, para aprovechar las grasas. La lengua se pone aparte y la verga también para la construcción de vergajos. Es una de las partes que más utilizan. La cola queda también separada aparte. El aspecto de este tinglado es horroroso. El suelo rojo de sangre y resbaladizo por los cuajarones; los hombres manchados de sangre, con el afilado cuchillo en la mano y con barro de sangre en los pies desnudos o con las abarcas empapadas. Los toros luchando allí con la agonía; las cabezas vivas aún y sin pellejo.

El tinglado de salar tiene diferentes secciones: una para los cueros; otra para las carnes y la lengua; otra para contener la sal; otra para amontonar el tasajo. En el suelo, cubierto en su mayor parte de madera en la primera sección, hay sólo grandes tinas rectangulares llenas de salmuera donde se empapan los cueros que se van amontonando sucesivamente encima de ellas y en terreno pendiente para que muera en las mismas tinas. En el departamento de salazón de carnes hay unas mesas donde van a parar aquellas que son reducidas a cuchilladas al menor espesor posible con el objeto de que se penetren bien de la sal. De las mesas pasan a las tinas de salmuera; sácaselas de allí, se las extiende en el suelo y se las rocia con sal por medio de palas, después se amontonan regularmente y al cabo de uno o dos dias se las somete a la misma operación, que se repite hasta que están bien empapadas. labor la más importante de todas. Una vez empapadas, se las pone a secar como la ropa, al sol y al aire para que se blanqueen. El aparato para secar consiste en palos fijos en el suelo que sostienen otros horizontales amarrados siempre con vergas. Están colocados paralelamente unos a otros.

Secas ya las carnes pasan a las prensas que en el saladero de Lafont son a máquina y en otros talleres con grandes piedras encima. De la prensa pasan a los buques que las transportan al Brasil y a la Isla de Cuba, únicos puertos de salida de este comercio. Puede decirse que Montevideo es la despensa de los negros esclavos del Brasil y Cuba. Los huesos con la carne que necesariamente queda pegada a ellos y los demás despojos menos los cueros, cola y verga, pasan sobre carriles al departamento de grasería. Este departamento tiene el suelo mucho más bajo que el tinglado de descuartizar porque los carriles descargan precisamente en las bocas superiores de las grandes tinas donde se extrae la grasa. Empléase por el Sr. Lafont el vapor, cuya temperatura liquida las grasas, sin quemarlas sirviendo también para lavarlas y purificarlas. Toda la grasa va a un depósito donde se la priva de la nata

con una espumadora y donde se dejan sedimentar los cuerpos extraños. De allí por caños aéreos pasa a otros depósitos para enfriarla y envasarla en ese estado porque caliente se pierde. La grasa no se vierte bruscamente cual de pronto se enfria, sino que va cayendo sobre una serie de discos de madera con el objeto de que se airee y enfrie. Esta grasa se exporta para Inglaterra y cada pipa de dos varas de largo y tres cuartas de ancho vale 18 duros. Los residuos que quedan después de extraida la grasa se emplean como combustible, para las calderas de vapor separando antes los huesos largos que mandan a Inglaterra para molerlos y hacer una especie de harina excelente para abono. Los residuos de la combustión se aprovechan y la Inglaterra se los lleva asimismo. Nosotros no recibimos sino algunos cueros y grasas, y mandamos de Cádiz la misma sal que consumen. Les es más barato traerla de allí que fabricarla al pie mismo de la fábrica, por el precio exhorbitante que tienen aquí los jornales.

Los trabajadores mejores son los vascongados; la gente de la tierra suministra pocos y éstos malos. Se ven entre ellos algunos tipos tan interesantes como si se estuviese en los puertos de Vizcaya o de Guipúzcoa. La boina es aquí tan común como el hongo del país. El trabajo a que se entregan es excesivo y luego conservan sus fuerzas con el abuso del aguardiente de caña. Como es fácil de comprender, el trabajo es a destajo.

Todos los productos del saladero se venden al peso, incluso los cueros, y en el establecimiento del Sr. Lafont todos los carritos que van a un pequeño puerto, se pesan en una gran balanza, donde se anota cuánto pesan, y la contabilidad es tan sencilla como la del que mide fideos por libras.

Las grandes lluvias son una de las grandes contras que tiene esta industria; las carnes no pueden secarse y los productos se amontonan a medio elaborar sin poder darles salida. Por esta causa hay sitios dispuestos convenientemente para amontonar las carnes saladas y cubrirlas con cueros para que las lluvias no disuelvan la sal.

El olor de los saladeros y sus cercanías es insoportable para el que no las frecuenta; al cabo de cierto tiempo aquella gente no huele nada.

El encargado D. Enrique Hunzinger vive allí cerca, en una casa de mucho gusto y de estilo suizo. El dueño, algo más lejos, en una hermosa quinta, cuyos bosques se ven desde el saladero, de cuyas suciedades y malos olores salen los lindos vestidos de sus hijas y las esencias de sus surtidos tocadores.

D. Enrique nos dió de almorzar cuatro platos de carne de diferentes sitios de las mismas reses. Es un almuerzo curioso, pero en verdad no muy agradable.

Nos embarcamos en un bote que mandó llamar Hunzinger por medio de un telégrafo de banderas, con el que se comunica con los de la ciudad. A las seis nos pusimos en camino; había poco viento; llegamos al ponerse el sol a Montevideo.

ÍNDICE DE NOMBRES DE PERSONAS CITADAS

D

E

F

G

N

O

P

Q

R

ÍNDICE GEOGRÁFICO

CH

D

E

J

L

LL

M

N

O

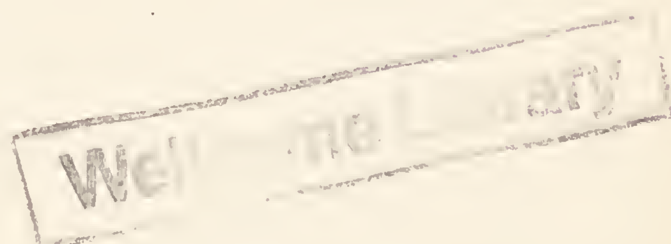
P

Q

R

S

T


We

FE DE ERRATAS

PÁGINAS	DICE	DEBE DECIR
6	(Nota) Hemicoralismo.	Hemicorallium.
111	Tormento.	Tormenta.
188	Augusto Fery.	Luis Fery.

La corrección de algunas más que hayan podido deslizarse, la dejamos al buen criterio de los lectores.